MARY ROBINETTE KOWAL

LA LUNA IMPLACABLE

GANADORA DE LOS PREMIOS NÉBULA, LOCUS Y HUGO

13

La supervivencia de la humanidad depende de una mujer. Es el año 1963 y la situación en la Tierra parece haber llegado a un punto de no retorno. Después del impacto del gran meteorito, los desastres naturales están a la orden del día y la Coalición Aeroespacial Internacional se propone evacuar al máximo de personas del planeta antes de que se convierta en un lugar inhabitable. Sin embargo, un sector de la población se muestra reacio a abandonar su hogar. Entretanto, las tensiones en la Tierra se harán notar también en la nueva colonia lunar, donde Nicole Wargin, una de las primeras mujeres astronautas, deberá valerse de sus habilidades y su ingenio para detener una conspiración en la Luna que amenaza con poner fin al programa espacial y el futuro de la raza humana.

Mary Robinette Kowal

La luna implacable

La astronauta
3

INSURGENTES

Título original: *The Relentless Moon*
Mary Robinette Kowal, 2020
Traducción: Aitana Vega Casiano, 2021

-

Revisión: 1.0

05/02/2023

Para Alyshondra y Amara

«Veo el horizonte, una hermosa raya celeste.
Es la Tierra. ¡Qué bonita! Todo va bien».

Valentina Tereshkova, la primera mujer astronauta

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

A MEDIO CAMINO DE MARTE

Por John Schwart
Edición especial de *The National Times*

Kansas City, 28 de marzo de 1963 — Si todo va según lo previsto, lo cual en el espacio nunca está garantizado, a lo largo del día de hoy, trece valientes viajeros cruzarán un Rubicón al que ningún hombre ha llegado: el punto medio del camino que separa nuestro planeta de Marte.

Ha sido una misión repleta de triunfos y terrores, de desastres evitados y otros que, por desgracia, han ocurrido, en la que trece hombres y mujeres astronautas atraviesan el vacío cósmico a gran velocidad.

La misión no solo ha puesto a prueba la tecnología, sino también el ingenio, los conocimientos y el espíritu de la humanidad.

Norman Clemons, director de la Coalición Aeroespacial Internacional, ha dicho: «Como Julio César, debemos prepararnos para lo peor y en eso consiste el entrenamiento. Sin embargo, también debemos esperar lo mejor y confiar en que este maravilloso equipo está preparado para casi todos los imprevistos posibles».

Este equipo de hombres y mujeres de nacionalidades tan variadas que la famosa astronauta Elma York se refirió a él como

una «Exposición Universal en el espacio» ha entrenado durante años para este momento.

Después del hito de mañana, a los astronautas solo les quedarán veintisiete millones de kilómetros para llegar al Planeta Rojo.

¿Cuántos lugares consideras un hogar? En mi caso, están la casa de mis padres en Detroit, la Mansión del Gobernador, que comparto con mi marido, Kenneth, y la litera donde duermo en la colonia lunar. Sin embargo, he dejado de hacer esa pregunta a la gente porque, después del meteorito, muchas personas ya no tienen un hogar de verdad.

La he cambiado por una más inofensiva que no he dejado de repetir en la gala benéfica de esta noche: «¿Dónde vive?». Mientras Ella Fitzgerald cantaba, yo sonreía a todos los hombres poderosos a los que mi marido buscaba encandilar para que apoyasen sus políticas como gobernador.

Los diamantes que llevaba en el cuello resplandecían, creando un contraste muy llamativo con las alas de astronauta engarzadas en el tafetán de color verde pavo real de mi vestido de noche. Ser una flamante esposa trofeo era más fácil antes de cumplir los cincuenta, pero lo cierto era que estaba en mejor forma que cuando tenía treinta.

A pesar de mis palabras, la artritis de los pies hacía acto de presencia a cada paso que daba con los tacones. Disimulé el dolor y el suspiro de alivio cuando Kenneth nos hizo detenernos sobre el suelo de parqué por enésima vez.

—Te acuerdas del señor Vann, ¿verdad, Nicole?

No lo recordaba. El señor Vann era otro tipo blanco y fofo de mediana edad con una reluciente esposa colgada del brazo.

—¡Qué alegría que haya venido! —Mi voz todavía conservaba el encanto que había aprendido en la escuela suiza para señoritas.

Menos mal que nos enseñaron a esconder el aburrimiento tras una capa de esplendor.

—Es un placer, señora Wargin. —Tenía acento del Medio Oeste. Necesitaba otra frase para ubicarlo del todo, pero la forma en

que pronunciaba las vocales lo delataba—. Creo que no conoce todavía a mi mujer, Bethany.

Oklahoma. Era el único lugar donde los sonidos del Medio Oeste y del Sur se mezclaban de esa manera, lo que significaba que era muy probable que no hubiesen perdido a casi ningún familiar por el meteorito y que los últimos once años hubiesen diluido la urgencia en sus mentes. Sonrío a los dos.

—Es un placer. Me encantaría que me visitasen en la Luna.

—Prefiero tener a Bethany en la Tierra, donde está a salvo. —Dio una palmadita en el brazo a su mujer que habría hecho que Kenneth durmiera en el sofá durante una semana—. Me sorprende que permita a su mujercita ir allí arriba, gobernador.

Kenneth se rio, pero me apretó la parte baja de la espalda con la mano para indicarme que él se encargaría. Me incliné en su dirección para aceptar la oferta en un lenguaje mudo que habíamos perfeccionado durante años en la administración pública.

Sonrió a su interlocutor.

—Si piensa que mi esposa es una mujer que deja que nadie «le permita» hacer algo, está muy equivocado.

—Además, vivir en la Luna no es muy diferente a hacerlo en la Tierra. En muchos aspectos, la colonia lunar se parece a un pueblo pequeño. Incluso tenemos una galería de arte. —La cual había fundado yo misma, pero lo importante era que existía y que teníamos obras de arte.

—Trabaja con Elma York, ¿no es cierto? —La esposa me miró y me di cuenta de que lo que había interpretado como insustancialidad era en realidad un hastío igual de profundo que el mío.

—¡Desde mucho antes de que fuera la famosa mujer astronauta! —Elma y yo íbamos a la misma clase de formación de astronautas, y fui integrante del primer grupo de mujeres elegidas para el programa espacial, pero ella siempre sería «la Mujer Astronauta».

La cara de la señora Vann se iluminó.

—¿Cómo se conocieron?

—Las dos estábamos en el WASP en la Segunda Guerra

Mundial. —Es cierto, aunque una verdad más completa sería que no recuerdo nuestro primer encuentro. Sé que las dos éramos pilotos del Servicio femenino de las Fuerzas Aéreas, pero no era famosa cuando nos conocimos. Éramos muchísimas. El primer recuerdo concreto que tengo de Elma es de una fiesta en la base aérea de Palm Springs, cuando le sujetó el pelo a una joven piloto desafortunada que había bebido demasiado y vomitó hasta la primera papilla.

Sin embargo, nadie querría escuchar mi primer recuerdo de la célebre astronauta.

La señora Vann suspiró.

—Me apuntaría sin pensarlo si estuviera cualificada.

Si se parecía a mí, su área de especialización sería la planificación de menús, la recaudación de fondos y caminar con un libro equilibrado sobre la cabeza. Si no fuera porque era una WASP y por mi marido, que en aquel momento era senador, nunca habría pasado el corte.

La canción de Ella Fitzgerald terminó, y me dieron ganas de gritar a todas las personas que no comprendían el gran don que era su voz que al menos fuesen amables, disimulasen y aplaudiesen.

En el descanso antes de que volviese al escenario, se oyeron unos gritos distantes al otro lado del salón de baile que dirigieron mi atención a los ventanales que cubrían una de las paredes del hotel. Detrás de las cortinas blancas, había un brillo naranja que me recordó a la base de un cohete al despegar.

Se me tensó la columna, me volví hacia Kenneth y me incliné hacia él como si solo fuera una muestra de cariño.

—¿Hay un incendio fuera?

—¿Qué? —Siguió la dirección de mi mirada. En la espalda, noté cómo apretaba los dedos—. Nicole

—¿Qué pasa?

La ventana explotó con una lluvia de fuego y cristales. En cuanto mi formación como astronauta se activó, agarré a Kenneth y le di la vuelta para arrastrarnos a los dos al suelo. ¿Una explosión? Agacharse, buscar refugio y proteger las partes vulnerables del

cuerpo como la cabeza y el pecho.

Todo mientras llevaba un vestido de noche con los hombros descubiertos.

Hubo gritos detrás de nosotros. La neblina del aburrimiento que había notado durante toda la noche se evaporó de sopetón. Enfoqué con precisión la sala plagada de hombres blancos y rechonchos de mediana edad acompañados de sus glamurosas esposas y de camareros de piel oscura y guantes blancos como si estuviera en el asiento de un *jet* T-38. El mejor camino para poner a Kenneth a salvo sería pasar junto las mesas del banquete y atravesar la puerta de servicio hacia la cocina.

—Kenneth. —Lo agarré por la manga del esmoquin—. Tenemos que…

Un enjambre de guardias de seguridad vestidos de negro, con mandíbulas cuadradas y el pelo rapado nos rodearon.

—Por aquí.

Uno me agarró del brazo y otro sujetó el de Kenneth. Por un instante, sentí una oleada de frustración por verme controlada, pero estaba fuera de lugar. Los hombres hacían su trabajo: proteger al gobernador y, por extensión, a su esposa.

Me arrastraron hasta un lugar seguro como si no fuera más que una baratija decorativa. En realidad, cuando estaba en la Tierra, en eso consistía en mi trabajo.

En el asiento trasero del coche oficial del gobierno, a Kenneth le brillaba el pelo con destellos dorados y plateados bajo las farolas de vapor de sodio. Iba sentada de costado en el amplio asiento con los pies apoyados en su regazo mientras mi marido me masajeaba el dolor del empeine del pie derecho y miraba por la ventana en busca de más alborotadores, como si pudiera hacer algo al respecto. Así era Kenneth: incapaz de ignorar un problema sin buscarle solución.

—Cariño. —Bajé los pies y le puse un mano en el pantalón del esmoquin. No me critiquéis porque mi marido me pareciera más atractivo cuando se preocupaba—. Seguro que la ONU lo tiene todo

controlado.

—Es mi estado.

—Técnicamente… —Los dos lados de Kansas City se habían escindido de sus correspondientes estados y rediseñado para reemplazar Washington D.C. Aunque nada llegaría a reemplazar Washington.

—Ni se te ocurra. —Pero sonrió un poco y me levantó la mano para besarme las yemas de los dedos.

Me apoyé en él a pesar de que hacía demasiado calor para acurrucarse.

—La escasez de alimentos no es culpa tuya.

—Soy quien autorizó la aceptación de refugiados de otros estados.

El conductor dio un frenazo. Me deslicé hacia adelante con un siseo de tafetán y apreté las piernas para tratar de sujetarme. Nos desviamos por una calle lateral y pensé que Kenneth me iba a romper la mano si me la seguía apretando con tanta fuerza.

Por la ventanilla, vi por qué el conductor se había desviado. Había un grupo de manifestantes con cubos de basura en llamas delante del rascacielos donde teníamos nuestra segunda residencia en la capital de la nación. Kenneth miró por el espejo retrovisor.

—Lo siento, señor.

—No pasa nada, hijo. —Siguió mirando por encima del hombro mientras dejábamos atrás los disturbios—. Quizás deberíamos intentar volver a Topeka. Confío en que encuentres la mejor ruta.

Me mordí el labio inferior y miré por la ventanilla mientras el conductor recorría las calles de barrios antiguos bordeados de árboles.

—¿Por qué no vamos al Parque Aéreo de Cedar? —Tenía el Cessna en el hangar de las 99. Me di la vuelta y le planté un beso en la mejilla a Kenneth, con cuidado de no mancharle el cuello de la camina de pintalabios—. Te llevaré a casa en avión.

—También podríamos ir a un hotel.

—¿Y que los periodistas te acosen? Ni hablar. Además, tengo que volver a la CAI por la mañana para un ejercicio de efecto pogo.

Así no tendré que tomar el tren de cercanías.

—Lo cual no tendrías que hacer si…

—Periodistas. Disturbios. —Me incliné hacia adelante para dirigirme al conductor—. ¿Crees que el gobernador debería ir en tren esta noche?

—Eh, no, señora.

Kenneth tuvo el valor de negar con la cabeza.

—Ahora pregúntale si cree que deberías llevarnos a Topeka.

—No lo presiones. —Tenía razón. Si fuéramos a un hotel, me ahorraría el viaje, pero la idea de que acosen a mi marido me resultaba intolerable. Además, me gustaba aprovechar todas las oportunidades de volar que se presentaban—. No tardaríamos nada en volver a Topeka, así que calla y deja de discutir con quienes saben más.

—No me extraña que siempre me vaya bien en los debates. Nadie más te tiene a ti para prepararlos. Tengo otra idea. —Se inclinó hacia adelante y le dio al conductor la dirección de nuestros amigos los Lindholm.

El chico lo escudriñó con una brusquedad repentina.

—Señor, eso está en la parte negra de la ciudad.

—Hijo, voy a hacerte un favor e ignorar que lo que acabas de decir no era una advertencia sobre las personas negras. —La sonrisa de Kenneth estaba cargada con la decepción característica del abuelo que nunca sería—. El doctor Martin Luther King es un buen amigo mío.

Lo miré con las cejas levantadas. Lo que había dicho era cierto, pero la dirección que le había dado al conductor no era esa. Murmuré:

—Ahora el crío se va a pensar que nos lleva a casa del doctor King.

—Eugene Lindholm no se le parece en nada, pero Myrtle y él viven lo bastante lejos del centro como para que no me preocupe que los disturbios lleguen hasta allí. —Me besó en la mejilla—. Tienes razón, ir a un hotel atraería a los periodistas.

—Kenneth…

—Esta noche ha habido heridos. Tengo que estar aquí. —Me apretó la mano con una sonrisa triste—. Además, mañana es la partida de póquer del Club de los Maridos de Astronautas. Tendría que volver de todas maneras.

—Mañana por la noche.

—Y mañana por la mañana tú tienes que estar en la CAI. Si quieres, sigo con la lista de razones por las que debería quedarme. Coordinar una respuesta entre el gobierno estatal y la policía local, visitar a las víctimas de los disturbios, tranquilizar a los invitados, hacer el control de daños en la ONU y, si lo piensas bien, casi seguro que tendré que dar una rueda de prensa. Si estoy en la capital del país, podré compartir escenario con el presidente, lo que será un buen empujón para cuando presente mi candidatura.

—De acuerdo. Quédate. —Fruncí los labios y me recosté en el asiento. Todavía no lo había hecho público, pero convertirse en el presidente Wargin era el siguiente objetivo de Kenneth, lo que significaba que ya había empezado a preparar el terreno para 1964. Incluso en el mundo posterior al meteorito, la temporada electoral seguía siendo una batalla interminable para los políticos y tenía razón sobre la necesidad de dar una rueda de prensa. También tenía razón en que supondría una ventaja asociarse con la tribuna presidencial—. En cuanto fijes la hora de la rueda de prensa, dímelo e intentaré cambiar el entrenamiento para estar contigo.

Se acomodó en el asiento, lo que me brindó una falsa sensación de seguridad. Dado que estábamos casados, sería lógico pensar que ya debería estar preparada. El conductor casi había llegado a la casa de los Lindholm antes de que Kenneth hablara de nuevo.

Antes se aclaró la garganta, lo cual nunca era una buena señal.

—Nicole.

—Ya has ganado la discusión.

—Esta es otra diferente. —Nunca parecía inseguro, ni siquiera cuando se sentía completamente bloqueado; la línea de su mandíbula y la firmeza de su mirada marrón oscuro siempre proyectaban confianza. La manera de saber cuándo vacilaba eran las pausas entre las palabras. Arrastran un significado que otras

personas confundían con solemnidad. En ese momento, se preparaba para enfrentarse a la inseguridad. Las palabras avanzaron con una lentitud pasmosa—. Creo que… sería mejor si… no vinieras a esta rueda de prensa.

—No pasa nada. Clemons sabe lo importante que es tu apoyo para el programa.

—De eso se trata. —Tragó y la pausa se extendió—. Dios sabe lo orgulloso que estoy de tu trabajo en la CAI…

—Habría escuchado ese «pero» desde la Luna.

Se rio, me besó en la mejilla y luego suspiró.

—Lo siento. Me he enfrentado a cierto recelo. Unas cuantas personas esta noche me han preguntado… Querían saber si apoyo el programa espacial por nepotismo.

—Por amor de Dios. El objetivo es sacarnos a todos del planeta. ¿A eso lo llaman nepotismo?

—Pero lo cierto es que no podremos salvarlos a todos. Así que… ya lo entiendes. —Me dedicó esa puñetera sonrisa amable suya—. Me convendría demostrar mi apoyo de forma más prudente. Queremos aprobar el proyecto de reforma fiscal y… En fin.

Sé cuál es mi trabajo. Pilotar aviones y cohetes, y sonreír ante las cámaras.

—Desde luego, no quiero ser un problema.

—Nicole…

—No pasa nada.

El coche se detuvo junto a la casa en la que Myrtle y Eugene se instalaron con su hijo mayor cuando volvieron de la Luna. Dejé que el conductor me abriera la puerta.

Apenas audibles, las sirenas gemían a lo lejos. Me obligué a calzarme los zapatos y los pies me dolieron todavía más que antes. Era el problema de quitarse algo que no encajaba bien del todo. Volver a ponérselo resultaba mucho más difícil.

CAPÍTULO 2

LOS DISTURBIOS ASOLAN LA CAPITAL SE HAN NOTIFICADO DOS MUERTES

La organización La Tierra Primero reivindica la noche de terror desatada en Kansas City después de que civiles atacaran a guardias de la ONU

> Kansas City, 29 de marzo de 1963 — Han estallado graves enfrentamientos entre las tropas de la ONU y civiles en la capital de Estados Unidos, Kansas City. Los informes provisionales adelantan que han muerto dos personas y cerca de ochenta han resultado heridas en los disturbios que comenzaron el jueves por la noche.

La luz de la mañana se reflejaba en las encimeras de linóleo blanco de la cocina de los Lindholm. Myrtle levantó un plato azul brillante con la última tostada encima. Los apretados rizos enmarcaban su rostro moreno. Cuando nos conocimos, lo llevaba liso y cardado en un *bouffant*, pero había dejado de peinarse así en la Luna. Al parecer, las mujeres negras necesitan usar sosa cáustica y calor para alisarse el pelo, lo cual no es muy recomendable con un

sexto de gravedad. Por un motivo similar, yo me había hecho un corte *pixie*. No todas las mujeres del cuerpo de astronautas seguían el mismo ejemplo, pero sin duda me había facilitado mucho las cosas antes de que los ingenieros diseñaran la «ducha lunar».

Con la tostada en alto, preguntó:

—¿Quieres…?

La vibración grave de un cohete invadió la habitación. El sonido se convirtió en un rugido e, incluso dentro de una casa a quince kilómetros del lugar de lanzamiento, sentí las ondas sonoras en la piel.

—¿El Sirius IV? —preguntó Eugene mirando a la ventana.

Era un cohete de carga pesada, por lo que debía de llevar personas y suministros, aunque no sabía si la tripulación se detendría en la estación espacial o continuaría hasta la Luna. Hubo una época en la que asistía a todos los lanzamientos, antes de que la CAI sumara los puertos espaciales de Brasil y Europa, pero ahora eran tan frecuentes que había perdido la cuenta de los cohetes, y de quienes iban en ellos. Al principio éramos una veintena, mientras que ahora había cientos de personas que vivían y trabajaban en el espacio.

A mi lado en la mesa del desayuno, Kenneth escudriñaba el periódico de los Lindholm, ajeno al cohete. Era fácil saber cuál de nosotros no era astronauta. No es que estuviera siendo grosero, aunque, según las estrictas reglas de etiqueta así era, pero todos entendíamos que tenía que estar preparado para lo que le esperaba.

Delante de mí, Myrtle volvió a ofrecer la tostada, levantando la voz para hacerse oír por encima del ruido del cohete.

—Que no se desperdicie.

Eugene levantó el plato para aceptarla.

—Encantado de ayudar.

Lo apartó de un manotazo.

—¿Hablaba contigo?

—Luego no te quejes de que no ayudo en casa. —Bajó el plato con un suspiro de pena exageradamente cómico.

Su mujer puso los ojos en blanco y me ofreció la tostada.

—¿Nicole?

—No, gracias. —Pinché una loncha de beicon y la agité como una varita mágica—. También me quedan huevos.

Kenneth levantó la vista del periódico y estudió mi plato para comprobar que comía. Di un bocado al beicon y dejé que la sal y la grasa me llenara la boca. A mi lado, dio unos golpecitos en el papel con los nudillos.

—Anoche murieron dos personas.

Eugene hizo una mueca triste.

—Siento mucho oírlo.

No le deseaba la muerte a nadie, pero me aterrorizaba la idea de que hubiera sido alguno de nuestros invitados.

—¿Terraprimeristas o…?

—Un transeúnte que fue pisoteado y un tendero que quería evitar que los saqueadores entraran en su negocio.

—Qué horror. —Dejé el beicon en el plato con un suspiro—. Dicen que protestan en contra de tus políticas, pero luego atacan a un comerciante inocente. Solo buscan una excusa para saquear.

—La Tierra Primero negará tener ninguna relación con los saqueos. —Kenneth levantó el tenedor—. Eugene, cuando te presentes a la alcaldía lunar, tendrás que estar preparado para hablar de esto. ¿Cómo responderías a lo que pasó anoche?

Eugene dejó la tostada y se limpió las manos con la servilleta. Cuando se concentraba, era muy fácil vislumbrar al piloto de combate que antes era, sobre todo con el pelo tan corto que dejaba entrever el brillo de su piel oscura entre los rizos apretados. Frunció las cejas de una manera que dejaba ver que estaba verdaderamente interesado, no solo preocupado, lo cual era una diferencia muy sutil y un buen rasgo para un político.

—Supongo que diría lo mucho que lamentamos la pérdida de vidas humanas y que no ignoraremos los gritos de socorro que llegan desde nuestro mundo.

Ladeé la cabeza.

—Eso suena como si simpatizaras con los agitadores.

—Porque así es. No me gustan sus métodos, pero entiendo sus

miedos. —Señaló al tenedor que temblaba en su plato por la constante vibración del Sirius IV—. Muchas personas ven esto como un desbarajuste de sus vidas, un recordatorio de que ellos no irán al espacio.

—Buena observación. —Kenneth pinchó el último trozo de huevo—. No voy a convencerte para que dejes el programa espacial y te unas a mi equipo, ¿verdad?

Myrtle negó con la cabeza y arrastró la silla lejos de la mesa.

—Ni lo sueñes. Todavía no tengo claro si debería dejarte entrar en mi casa después de que lo convencieras para presentarse a alcalde.

—El doctor King lo convenció; yo solo me ofrecí para asesorarlo. —Le pasó el plato y miró con suspicacia los huevos que seguían en el mío—. Eres una cocinera maravillosa, Myrtle. Es imposible que se desperdicie comida en tu casa.

Lo quise y lo odié al mismo tiempo, pero levanté el tenedor para ser una buena invitada y dejar el plato limpio.

—Sigo pensando que deberías tener cuidado a la hora de expresar simpatía hacia los agitadores. Sería una buena estrategia en la Tierra, pero cuando la Luna empiece a tener un gobierno autónomo, las personas que te votarán serán las menos comprensivas con los terraprimeristas.

Eugene asintió.

—Lo sé, pero también soy consciente de que todos mis discursos se retransmitirán en el planeta. Además, si soy sincero, creo que sería un error ignorar los temores de los terraprimeristas. Las solicitudes de ingreso a la CAI han bajado.

Myrtle bufó y recogió el plato de su marido.

—Tenemos muchas más solicitudes que puestos.

—Eugene tiene razón. Lo que importa es la tendencia. —Kenneth se recostó en la silla y apoyó las manos en la barriga—. La disminución del número de solicitudes es un indicador de que el grueso de la población empieza a perder el interés en el espacio…

No oí el resto, porque el ruido del cohete había parado. Eso no tendría que pasar.

Una explosión agrietó el aire.

Me levanté de la silla y llegué a medio camino de la puerta de la cocina antes de que el estruendo terminase. Eugene iba detrás de mí, algo más lento por los meses que había pasado en la gravedad lunar. Myrtle encendió la radio mientras que Kenneth se quedó paralizado en la mesa.

—¿Cuántos minutos? —Atravesé el salón corriendo hasta la puerta de entrada mientras Eugene se desviaba hacia el teléfono.

¿Cuánto llevábamos hablando desde que el cohete despegó? ¿Dos minutos? ¿Tres?

—No estoy seguro. —Era un dato importante porque nos indicaría qué sistema de aborto seguiría la tripulación. El sistema bravo uno se desplegaba entre 3000 y 30,5 kilómetros de vuelo. El sistema de escape para el lanzamiento transportaría el módulo de la tripulación lejos del cohete principal—. Todavía lo oíamos, así que seguían en la atmósfera.

Es decir, que no habían alcanzado el segundo sistema, así que se desplegaría el sistema de escape. Abrí la puerta de un empujón y salí corriendo al patio. El lugar del lanzamiento no se veía desde el barrio de los Lindholm, pero la trayectoria del cohete sí. Por toda la calle había personas que levantaban la cabeza para seguir el rastro de humo que se elevaba hasta desaparecer entre las omnipresentes nubes. Miraban la columna como si la parte de la trayectoria que veíamos fuera significativa.

Yo buscaba los paracaídas.

Me clavé las uñas en la palma. Nubes. Nubes intactas.

Kenneth salió al porche de los Lindholm.

—¿Quiénes…?

—No lo sé. —Me costaba hablar—. Debería saberlo, pero ¡no lo sé!

Se me acercó por detrás para abrazarme por la cintura y esperar.

Esperar.

Y esperar.

Ahora siempre hay nubes. De hecho, hemos llegado al punto en que un cielo encapotado se considera un día bonito. Sin embargo, el puñetero techo de nubes implicaba que todo quedaba escondido

detrás de una capa de algodón.

Esperamos.

Eugene salió al porche.

—Las líneas están saturadas. ¿Veis algo?

—Solo nubes. —Me di cuenta de que le apretaba a Kenneth las muñecas con fuerza. Intenté abrir los puños—. ¿Qué dicen en la radio?

—Solo que ha habido una explosión —respondió.

Eugene hizo una mueca y señaló la casa de espaldas con el pulgar.

—Volveré a intentarlo.

No sé por qué me quedé esperando en el patio. No había nada que pudiera hacer, pero me acordaba de cuando cayó el meteorito; estaba en casa de mis padres en Detroit y nos sentamos junto a la radio mientras la habitación se volvía más y más pequeña con cada nueva información que llegaba. Ahora mismo no soportaría estar dentro.

Alguien gritó. Un hombre negro al final de la calle señalaba al cielo, donde unas brillantes bolsas naranjas y blancas se abrían paso entre las nubes, como si el mismo sol arrastrase un carro.

Apreté más las manos de Kenneth y grité en dirección al interior de la casa.

—¡Eugene! ¡Veo los paracaídas!

Detrás de mí. Kenneth agachó la cabeza.

—Padre nuestro que estás en los Cielos, gracias por devolvernos sanos y salvos a estos valientes hombres y mujeres…

Me mordí los carrillos y dejé rezar a mi marido. Si hubiera un Dios, no habría dejado que el cohete explotase ni habría lanzado un meteorito contra la Tierra. Pero era un consuelo para Kenneth, y no pensaba negárselo, aunque lo que hubiera salvado a esas personas fuera la ciencia. Las repeticiones, los métodos y la práctica los habían salvado.

Eugene salió corriendo de la casa y Myrtle lo siguió poco después.

—¿Paracaídas?

Asentí, mientras me alejaba de Kenneth y me limpiaba los ojos.

—A unos veinticinco kilómetros de distancia.

—Gracias a Dios. —Myrtle levantó las manos y cerró los ojos unos segundos—. Gracias, Señor, por este milagro.

—Y gracias a la CAI por el entrenamiento y la formación. —De verdad que procuraba no inmiscuirme en las creencias de la gente—. ¿Has conseguido contactar con alguien?

Eugene negó con la cabeza.

—Las líneas están ocupadas, pero podemos ir hasta allí.

Me moría de ganas de acompañarlos.

—Id vosotros. Nosotros cerraremos aquí.

Que hubieran saltado los paracaídas no significaba que la tripulación fuera a llegar a tierra a salvo. Aun así, no me necesitaban para nada en concreto, mientras que a Kenneth sí le vendría bien mi ayuda para preparar la rueda de prensa. No podía aconsejarle sobre la estrategia referente a los disturbios, pero sí prepararlo para hablar del fallo del cohete.

Agarré a Kenneth del brazo.

—Vamos, cariño. Tienes que arreglarte para ir al centro.

CAPÍTULO 3

UN COHETE FALLIDO ESTREMECE LA CAPITAL

Kansas City, 29 de marzo de 1963 — Un cohete de la Coalición Aeroespacial Internacional ha explotado esta mañana en un vuelo rutinario a la estación orbital Lunetta. Después de un despegue impecable, uno de los gigantescos motores del cohete Sirius IV parece haber fallado, lo que provocó que la nave se desviase del curso. El sistema de escape para el lanzamiento de emergencia separó el módulo de la tripulación del resto del cohete antes de que los tanques detonaran sobre Kansas; un crudo recordatorio de la potencia explosiva de los cohetes que vuelan con asiduidad por encima de la capital de nuestra nación.

En la sala de reuniones del Capitolio de Estados Unidos en el centro de la ciudad, bebía una taza de café con parsimonia mientras el equipo presidencial informaba a Kenneth de las novedades. Al otro lado de la sala, se abrió la puerta y el director Clemons, de la Coalición Aeroespacial Internacional, entró, dejando tras de sí un rastro de humo de puro igual que un cohete. La tensión de mis entrañas se relajó un poco. Si se hubiera producido alguna muerte, habría sido imposible sacarlo de la CAI.

Estrechó la mano del presidente, que era un hombre blanco,

guapo y delgado, tipo Clark Gable, con el pelo oscuro que empezaba a clarear en las sienes.

—Director. Muchas gracias por venir.

—Gracias por invitarme a participar en la rueda de prensa. —El untuoso acento británico de Clemons transmitía que todo estaba bajo control, pero las arrugas de sus ojos delataban su preocupación —. Aunque temo haber cometido un error de estrategia al enviar a mis dos mejores portavoces en una misión de tres años a Marte.

Stetson Parker y Elma York. El primer hombre en el espacio y la Mujer Astronauta. Siempre me fascinaba lo bien que Elma escondía cuánto le afectaba ser el centro de atención. Para mí nunca ha sido un problema; sí tenía otros, pero la ansiedad no era uno de ellos.

Dejé la taza de café en la mesa y me levanté de la silla. La articulación de mi dedo gordo del pie protestó cuando recibió el peso del resto del cuerpo. Apostaría a que nadie se daba cuenta de cómo me dolía caminar ni de cuánto suplicio me causaban los zapatos de punta. Me acerqué a Clemons, deseando haber traído el traje de vuelo azul de la CAI para representar al cuerpo de astronautas si fuera necesario, en vez del sobrio conjunto de falda de tubo y chaqueta de color azul marino que había elegido en calidad de esposa del gobernador Wargin. No obstante, sí tenía el pin de las alas de astronauta y podía ponérmelo si el director me necesitaba.

Me detuve en el quicio del arco social que habían creado los dos hombres y esperé a que se fijasen en mí, lo que les daría la ilusión de que controlaban la situación. El presidente seguía hablando con Clemons y me dedicó una breve mirada para indicar que se había dado cuenta de que me había acercado.

—¿Qué piensa la tripulación de la expedición a Marte de todo esto?

—No se lo vamos a contar. —Clemons dio vueltas al puro entre los dedos—. No pueden hacer nada y no quiero que se preocupen sin motivo.

—Ojalá nosotros tuviéramos esa opción. —El presidente cambió de postura, haciéndose a un lado para invitarme a participar en la

conversación—. Señora Wargin, ¿necesita algo el gobernador?

—Está bien atendido, gracias, señor presidente. —Sonreí y avancé un paso hacia el interior de su esfera de influencia—. Se me había ocurrido que podía ofrecer mi ayuda al director Clemons.

—¿De verdad? —Levantó las cejas como si lo desconcertase que pudiera tener alguna utilidad.

—En caso de que resulte útil, Elma y yo tenemos una experiencia de vuelo espacial similar. No soy «la» Mujer Astronauta, pero soy «una» mujer astronauta. —Esbocé una sonrisa perfectamente calculada para resultar cálida, pero sin ignorar la gravedad de la situación—. Estoy a su disposición para participar en cualquier acto publicitario que sea de ayuda al cuerpo.

—Es muy amable de su parte, Nico… señora Wargin. —Clemons miró hacia la puerta—. Pero Cristiano Zambrano llegará pronto y era el enlace de comunicaciones del lanzamiento. Sé lo valiosa que es para el gobernador y no querría dividir su atención.

—Por supuesto. —Sonaba razonable, pero aun así tenía ganas de gritar. Si me dejase, podría serle útil. Se me daba bien moldear la opinión pública y era una maestra de las ruedas de prensa—. Les dejaré que sigan con lo suyo.

Me di la vuelta y estimé que ir a ver a Kenneth sería el siguiente movimiento más inteligente. Como mínimo, podría llevarle un café.

Detrás de mí, Clemons murmuró:

—La verdad es que, si fuera un poco más joven, no habría sido una mala idea, pero las primeras seis ya son unas antiguallas.

El nivel de autocontrol que me hizo falta para seguir caminando y no darle una bofetada fue un testimonio de mi refinada educación. Antigualla. ¡Antigualla! Por amor de Dios, Cristiano era un año mayor que yo. Pero se ve que los hombres no envejecen igual.

Al llegar junto a Kenneth, conseguí disimular la mayor parte de la indignación detrás de una sonrisa. Empujé la rabia de vuelta a su rincón habitual porque, a pesar de la injusticia de sus palabras, hacer venir al enlace de comunicaciones era lógico. Yo no había estado en la base y, por tanto, no tenía más que una comprensión superficial de lo que había salido mal. En realidad, lo único que sabía era

cuándo había ocurrido. Cristiano tendría información más actualizada.

Por supuesto, si no llegaba, entonces todavía tendría una oportunidad. Había momentos en los que era terriblemente despiadada, pues pensaba en la tragedia que acababa de acontecer como una oportunidad para escalar. En ocasiones, era difícil distinguir la línea entre el deseo de ayudar y la ambición.

Kenneth me dedicó una sonrisa tensa cuando me acerqué.

—¿Has descubierto algo?

—Cristiano Zambrano va a venir. Era el enlace de comunicaciones de la misión.

Kenneth hizo una mueca de desagrado y frunció los labios durante una fracción de segundo.

—Es un buen hombre.

—¿Pero?

—Pensaba en los pros y los contras de recordar a los ciudadanos estadounidenses que esto es una asociación internacional. Supongo que es la acción correcta, pero… —Se encogió de hombros—. Ya me conoces. Siempre quiero ver todos los ángulos.

—Bueno, todavía no ha llegado, así que…

Cristiano entró en la sala. Podría haber sido perfectamente una estrella de cine en su país, México, con la barbilla partida y el pelo fuerte y brillante que enmarcaba unos ojos con un fuego natural. Podría jurar que a todos los astronautas masculinos originales los habían seleccionado, al menos en parte, por sus cualidades fotogénicas. Lo mismo se aplicaba a nosotras, algo que siempre había molestado a Elma. A mí me parecía razonable; éramos un símbolo.

—Nicole, lo que comentamos en el coche… —Kenneth iba a pedirme que me quedase allí, en aquella puñetera habitación, sin hacer nada útil—. ¿Te importaría…? —Se calló cuando Cristiano me vio y se nos acercó.

Mi compañero me dedicó una sonrisa cansada.

—Menos mal. Creía que iba a ser el único astronauta.

—Clemons dice que no me necesita —dije con una risita; una

capa de alegría para esconder la amargura.

Bufó y miró por encima del hombro hacia donde Clemons y el presidente mantenían lo que parecía una conversación muy intensa sobre una carpeta de papeles.

—Qué poca proyección de futuro, teniendo en cuenta que estás en el próximo equipo de lanzamiento.

Detrás de mí, a Kenneth se le cortó la respiración. Sabía en qué posición de la rotación me encontraba, pero no me había parado a pensar en que estaría en la siguiente tripulación de un Sirius IV.

Me alejé con Cristiano antes de que dijera algo más que angustiara a mi marido. Había volado en media docena de misiones como su copiloto en los días de las cápsulas. De cerca, aprecié la tensión en las finas líneas alrededor de sus ojos. Murmuré:

—¿Estás bien?

—Voy a necesitar un martini enorme cuando termine el día. —Bajó la mirada y me mostró la mano derecha. El temblor que había terminado por apartarlo del espacio era mucho peor de lo normal, como si me hiciera falta un recordatorio de lo que le sucedía a un astronauta que reconocía que su salud no era perfecta. Cerró el puño y lo guardó en el bolsillo como si nada—. Pero todos están bien. El equipo de rescate estaba listo cuando llegaron a tierra.

Suspiré aliviada al escuchar la confirmación.

—Ven esta noche y te prepararé ese martini.

Me guiñó un ojo y un hoyuelo destelló por un segundo en la comisura de su boca.

—Gracias, pero tengo que volver a casa con Giulia y los niños. Aunque yo no iba a en el cohete, estará preocupada.

—Por supuesto. ¿Quién estaba?

—Randy Cleary pilotaba, Isabel Sophia Dieppa Betancourt era la calculadora de vuelo y…

—¡Damas y caballeros! —Un empleado se asomó por la puerta de la sala de prensa—. Vamos a empezar, vengan por aquí.

La sala de prensa del edificio del Capitolio se construyó específicamente para las reuniones informativas y tenía un estrado en el extremo de la habitación cuadrada. Las paredes estaban

cubiertas de pesadas cortinas de terciopelo azul para amortiguar el ruido. Habían sido verdes durante la administración de Brannan, pero Denley se inclinaba más por los símbolos militares.

No salí al estrado, sino que me quedé en la galería con la primera dama y las mujeres de otros políticos. Todas pusimos la ensayada expresión de «apoyo y atención» habitual. Era muy útil como esposa de un político y también como astronauta.

El presidente Denley subió al podio y miró a los periodistas.

—Gracias a todos por venir. Permítanme responder primero a la pregunta que más nos preocupa a todos. La explosión del cohete Sirius IV esta mañana no ha causado ninguna víctima mortal. Los pasajeros y la tripulación que viajaban a bordo han recibido atención médica como medida de seguridad, pero todos parecen gozar de buena salud. Damos gracias a Dios por este resultado. He invitado al director Clemons de la CAI para que más tarde responda sus preguntas al respecto.

Le dio la vuelta a un papel sobre el podio.

—La preocupación más inmediata para la mayoría de los ciudadanos de la capital son los disturbios de anoche. En primer lugar, permítanme afirmar que no nos dejaremos intimidar por terroristas.

Después, se lanzó en una diatriba de frases manidas sobre los disturbios y el civismo. Pronunció media docena de variaciones de «no nos dejaremos intimidar por terroristas», las cuales eran falsas, en boca de un hombre que quería reducir la contribución de los Estados Unidos a la CAI. La verdad es que desconecté y me limité a prestar la atención justa para asentir en los momentos correctos en caso de que alguno de los cámaras quisiera una toma secundaria de las esposas.

Se pasó quince minutos hablando sin decir nada con un mínimo de sustancia a la vez que prometía «actuar con firmeza» antes de por fin dar paso a las preguntas.

—Gerrard St. Ives, de *The Times*. —El periodista británico era un hombre blanco y corpulento con un traje gris arrugado—. ¿Existe alguna relación entre la explosión del Sirius IV y los disturbios de

anoche? Específicamente, ¿la explosión se debió a un sabotaje de los terraprimeristas?

El presidente le hizo una seña a Clemons.

—No, pero dejaré que el director Clemons les explique por qué.

Eso me llamó la atención. Sabía que le harían la pregunta, lo que significaba que como mínimo habían considerado la posibilidad de un sabotaje.

Clemons se incorporó en el asiento y se le arrugó la piel por encima del cuello de la camisa.

—La seguridad en la CAI es muy estricta y está reforzada por la ONU. Aun dejando a un lado la idea de que alguien pudiera llegar a colarse en el campus, no hay ninguna parte del cohete que sea accesible para que una persona pueda dañarla. Estas naves miden treinta y seis pisos de altura.

A fuerza de muchísima práctica, no mostré ninguna reacción, pero lo miré anonadada en mi fuero interno. Era cierto que el Sirius medía treinta y seis pisos una vez lo erigían para el lanzamiento, pero había múltiples oportunidades de sabotaje antes de ese momento, sin mencionar que la nave estaba rodeada por una torre con un diseño perfecto para escalar. Si de verdad el sabotaje no era un motivo de preocupación, estaría bien mencionar algunas pruebas que fueran un poco más sustanciales que la altura del cohete.

El siguiente reportero era un hombre rubio y flacucho con el mismo traje gris arrugado que llevaban todos.

—Altus Oosthuizen, de *Volksblad*. Teniendo en cuenta el juicio en curso de los Seis de la Cygnus y la investigación del FBI sobre la posibilidad de que los astronautas negros sabotearan deliberadamente ese cohete, ¿va la agencia a involucrarse en la investigación de este accidente?

Otra vez lo mismo. Hacía unos dos años, una de las naves Cygnus que regresaba de la estación espacial Lunetta había fallado, se había desviado del curso y había aterrizado en Alabama en vez de en Kansas. Fue grave, pero los pilotos se las arreglaron para que todos salieran ilesos. El problema fue que un grupo de seis cazadores, los llamados «Seis de la Cygnus», habían decidido

aprovecharse de la situación. Se adelantaron al equipo de rescate y recuperación de la nave, y tomaron a todos los pasajeros como rehenes, incluida a la Mujer Astronauta, Elma York, lo que provocó que el incidente recibiera mucha más cobertura mediática de la que habría tenido en circunstancias normales.

El verdadero problema fue que habían sido hombres negros y miembros del movimiento La Tierra Primero. ¿A qué creéis que se le dio más bombo? Las acusaciones de que Leonard Flannery, el único hombre negro en la expedición a Marte, había estado involucrado en el accidente del Cygnus se basaban únicamente en el hecho de que había sido un pasajero del cohete, y en que era negro.

El director Clemons se inclinó hacia el micrófono.

—No estoy al tanto de tales planes.

—John Schwartz, del *National Times*. Esta es la tercera nave que falla en los últimos dos años. ¿Qué pasa con el peligro que supone para los residentes de la capital tantos accidentes de cohetes? ¿Considerará la agencia reubicar el lugar de lanzamiento?

Era imposible que la CAI fabricase cohetes más seguros, pero nada cambiaba el hecho de que, cada vez que despegábamos, íbamos sentados encima de una bomba gigante. No hacía falta un saboteador para estar en peligro, solo una anomalía.

—Esa pregunta equivaldría a decir: «Gobernador, ¿es cierto que ha dejado de pegar a su esposa?». Con mis disculpas al gobernador Wargin. —Clemons hizo una pausa mientras la sala abarrotada de periodistas se reía—. Las rutas de vuelo atraviesan los campos de Kansas, no sobrevuelan la capital, así que los residentes de Kansas City no corren ningún peligro. En cuanto a la reubicación…

Mi marido se inclinó hacia el micrófono.

—Personalmente, espero que la CAI no se traslade, porque eso supondría una pérdida de miles de empleos para los ciudadanos de Kansas. Rezo por que los manifestantes de anoche se den cuenta de que el espacio es la mayor industria, con diferencia, del estado, al igual que la de nuestro vecino Misuri. Perder la sede sería devastador para nuestra economía en un momento en el que apenas empezamos a recuperarnos del meteorito. Además, si los habitantes

de Kansas fueran la clase de personas que se dejan avasallar por el miedo, no viviríamos en el epicentro de los tornados.

Por dentro, aplaudí cómo mi marido había reconducido la pregunta hacia sus propios fines. Por fuera, mantuve la misma sonrisa de apoyo silencioso que recibían todos los oradores. La rueda de prensa continuó mientras un hombre de traje gris arrugado tras otro hacían preguntas que no tenían respuesta, fuera porque era demasiado pronto para responderlas o para saber siquiera cómo hacerlo; preguntaron por los cambios en las medidas de seguridad, por las causas, por cuándo se reanudarían los lanzamientos y, en general, diferentes versiones de querer saber lo que había pasado.

No era demasiado pronto para confirmar que aquellos tacones habían sido un error. Sí, podía mantenerme de pie con ellos e incluso correr si fuera necesario, pero, a medida que las preguntas avanzaban, mis pies empezaron a deslizarse despacio hasta que mis huesos artríticos quedaron atrapados en la estrecha punta. La planta me ardía, mientras todo el peso del cuerpo la aplastaba contra el suelo.

¿Dolía tanto como estar cabeza abajo en el laboratorio de flotabilidad neutra al final de un largo día y con la fibra de vidrio del traje espacial clavada en la clavícula? Tal vez. Desde luego, no podía reconocer la existencia de ninguno de esos dolores, pero al menos en el laboratorio tenía algo que hacer para distraerme. Aquí debía quedarme en el sitio y escuchar a hombres responder preguntas.

Un periodista me sacó de mis pensamientos.

—Gobernador, ¿qué tiene que decir respecto al beneficio directo que el programa espacial supone para su familia? Su esposa es astronauta, lo que, además de conllevar una paga federal, la coloca a la cabeza de la lista para trasladarse a la Luna o a Marte.

—Para que quede claro, es difícil vivir en la zona de la capital sin tener un trabajo pagado por el gobierno de forma directa o indirecta. Mi esposa se ha ganado las alas de astronauta como una de las seis primeras mujeres. —Dudó y alargó una de esas pesadas pausas que le hacían parecer solemne. La sala se inclinó un poco hacia adelante con expectación—. Me siento orgulloso del trabajo que mi esposa

lleva a cabo para crear un nuevo hogar para la humanidad en la Luna y de que lo haga sin ninguna expectativa de beneficio personal, porque no hemos solicitado entrar en la lista para la reubicación permanente. Como saben, no tenemos hijos, así que hemos tomado la decisión de quedarnos aquí en la Tierra, hasta que todos los que puedan se hayan marchado del planeta. Así que sí, es astronauta, pero el único beneficio que sacamos de ello es la certeza de que estamos ayudando a la humanidad.

Mantuve la sonrisa y asentí como si estuviera de acuerdo con él. Como si lo hubiéramos hablado. Sin embargo, lo cierto era que había intentado entrar en la primera expedición a Marte y pensaba presentarme para la segunda.

El director Clemons ya me había descartado por ser una «antigualla». No me hacía falta que Kenneth lo rematara afirmando que me parecía maravilloso quedarme en la Tierra.

CAPÍTULO 4

ALIMENTOS POR LA PAZ

> Kansas City, 29 de marzo de 1963 — El Departamento Postal de los Estados Unidos ha fusionado la iniciativa federal «Alimentos por la Paz» con la actual campaña «No Más Hambre» de la Organización de las Naciones Unidas de la Alimentación y la Agricultura. El «Sello de Estados Unidos», que se diseñó como una manera de promover el esfuerzo estadounidense por ayudar a las personas que pasan hambre en todo el mundo, se lanzará en la Cumbre Mundial de la Alimentación.

Después de la rueda de prensa, el chófer me dejó en el edificio 3, donde estaban los despachos de los astronautas. Apreté los dientes y corrí al interior, lo que, como bien he dicho, todavía era capaz de hacer, porque llegaba por los pelos a la sesión de entrenamiento que se suponía que impartiría. Tenía diez minutos para cambiarme y atravesar todo el complejo. Guardaba una muda de ropa en la oficina, un par de ellas, en realidad, así que solo tardé unos minutos en quitarme las medias y ponerme unos pantalones y zapatillas. Las plantas de los pies todavía me palpitaban, pero caminar sobre plano alivió gran parte del dolor. Si usaba una de las bicicletas repartidas por doquier, reduciría aún más la tensión. Salí, saqué una del aparcabicis y pedaleé hasta el edificio 9.

De camino, me crucé con cuatro ciervos, una familia de pavos salvajes y un pato. La vida silvestre se había trasladado al campus de la CAI a medida que Kansas City se había ido expandiendo. Teníamos vastas extensiones de tierra sin explotar para mantener las rutas de vuelo despejadas para los lanzamientos. Nadie molestaba a los animales, así que lo convirtieron en su hogar. Al verlos, costaba recordar lo mal que estaban las cosas fuera de la CAI.

El aire húmedo de principios de verano me empapó de sudor. La humedad en verano estaba entre las cosas que no echaba de menos en la Luna. Ni la echaba en falta.

Cuando entré corriendo, el aire acondicionado enfrió el sudor y lo volvió pegajoso. El edificio 9, también conocido como el Centro de Maquetas de Vehículos Espaciales, era un edificio gigantesco y la mayor parte estaba destinada a una gran cámara abierta llena de, sorpresa, maquetas a escala real de vehículos espaciales. Por supuesto, la CAI había tomado un nombre perfectamente descriptivo y lo había convertido en un acrónimo indescifrable, CMVE.

Rodeé la enorme maqueta de la cabina de un Cygnus 4 que había junto a la puerta y me encontré con Halim Malouf bajo el gran marco azul del simulador POGO de gravedad cero. Hice una mueca y aminoré el paso hasta caminar. Siempre era desconcertante cuando el jefe de los astronautas aparecía de repente.

Estudiaba una carpeta, escudriñando una página con los ojos entrecerrados. No estaba segura de si era por preocupación o si había olvidado las gafas de leer. Tenía los hombros un poco más altos de lo normal, así que aposté por la preocupación, pero me sonrió cuando levantó la vista.

—Voy a tener que robarte parte de la sesión de entrenamiento. Cambios de horario.

—Sin problema. —Sin duda, se había pasado la mañana reunido con los demás jefes de departamento para reajustar el programa después del accidente. Me apresuré hasta la mesa donde estaba mi arnés y respiré hondo para calmarme antes de ponérmelo. Algunas cosas se podían hacer con prisa, otras no. Lo lento es rápido—.

¿Cómo está la tripulación?

—Viva. —Cerró la carpeta—. Pero el reingreso fue brutal. Cleary me dijo que alcanzaron hasta 8 *g*.

—Uf. —Recordaba la sensación de la centrífuga; sentías como si tuvieras todo el cuerpo dentro de una de esas máquinas nuevas de mamografía—. Pero ¿están todos bien?

—En general, sí. Un par de fracturas y unas cuantas contusiones. Fue un aterrizaje movidito, como en los días de las cápsulas.

Esbocé un gesto de dolor. Los paracaídas solo reducían la velocidad hasta cierto punto. Cuando una cápsula se estrellaba contra el suelo, incluso cuando todo estaba previsto, el impacto era equiparable al de un accidente de coche.

Los conectores del arnés parecían en orden, así que lo levanté de la mesa y lo llevé al ascensor hidráulico.

Halim dejó la carpeta en la mesa.

—¿Te echo una mano?

—Claro.

Se arrodilló en el suelo y sostuvo el arnés abierto para que me metiera dentro.

—Cuando termines aquí, Clemons quiere hablar contigo.

Levanté una ceja.

—Acabo de verlo en la rueda de prensa. No me ha dicho nada.

—No querría arriesgarse a que lo oyera algún periodista.

—¿Y ya está? ¿No me das ni una pista?

—Es parte del cambio en el programa. —Por encima del zumbido del equipo y los ventiladores, se adentró en la estancia el parloteo de un grupo de personas. Halim ladeó la cabeza—. Diría que ya están aquí.

¡Porras! ¿Por qué querría Clemons hablar conmigo? En el mejor de los casos, sería para la asignación de una misión. Aunque también podría ser un análisis de drogas aleatorio. Pero lo de los cambios de horario… Encerré las esperanzas en el mismo rincón que la rabia. No iban a dejarme pilotar uno de los cohetes gordos, y menos después de un accidente como aquel. Me tragué la curiosidad y traté de volver a concentrarme en lo que tenía entre manos. Los

colonos se acercaban.

—Mira, los bebés están emocionados.

Halim bufó.

—«Bebés». La mayoría tienen un doctorado.

—Joder, yo no he hecho ni un máster. —Si me presentase a la CAI ahora, no estaría cualificada. Mierda. ¿Y si Clemons iba a sacarme de la rotación? Al fin y al cabo, era una antigualla—. Además, es más divertido pensar en ellos como bebés que como novaros o discípulos.

—Tú también tuviste que pasar la formación.

—Por eso los veo como bebés. —Me encogí de hombros para colocarme el arnés de cuero negro. La gente se imagina que un arnés de cuero negro es *sexy*, pero esto se acercaba más al delantal menos estético del mundo—. Los bebés son listos, solo necesitan que les lleven de la mano. Y pañales.

Se rio y me ató la liga de la pierna en la pantorrilla.

—Venga, los astronautas no llevan pañales.

—Llevamos PMA. —Prendas de máxima absorbencia. Eran pañales, pero ningún piloto de combate que se precie lo reconocería. Lloraban como bebés cuando les tocaban el ego. Cambié el peso del cuerpo para que me atase la otra liga en el muslo—. Hablando de formación, no me importaría dar clases adicionales si eso beneficia al cuerpo. —Por ejemplo, si quisiera que entrenase con uno de los nuevos cohetes gordos. Levanté el casco de seguridad y me lo puse encima del pelo corto en un solo movimiento; otra razón para renunciar a los peinados cardados.

—Lo tendré en cuenta, gracias. Algunos de los otros veteranos se resisten a impartir sesiones de formación, pero creo que es bueno que los novatos interactúen con el cuerpo original.

—Ah… —Me contuve antes de explicarle que me había malinterpretado. Me refería a que no me importaría hacer alguna formación adicional, no impartir más clases, pero… el secreto de ganarte a tus superiores consiste en no presionar demasiado en un solo intento. Me desplacé hacia un lado para meterme en el hueco que me había preparado—. Estoy de acuerdo. Por cierto, si se

muestran reacios durante la formación con el Sirius, no tengas reparos de meterme en el simulador.

Algún día, la CAI permitiría que una mujer pilotase uno de los grandes cohetes, pero, por el momento, la lista de turnos nos mantenía ancladas en los roles de copiloto o calculadora de vuelo. Al parecer, las tetas me impedían manejar los propulsores. Adoraba mi trabajo, pero no había posibilidad de ascender. A menos…

A menos que Clemons quisiera sacarme de la rotación. Antigualla. Apenas superaba los cincuenta. Antigualla. Mierda.

Me mordí el labio inferior y me obligué a apartar la mente de ese pozo gravitatorio. ¿Qué otras posibilidades había? Halim había dicho que varias personas tenían fracturas y contusiones. Si alguno de ellos era un piloto, tal vez necesitasen dejar que una de las mujeres volase. Con Elma fuera, yo acumulaba el mayor tiempo de vuelo.

Ay, joder. Eso era plausible. El corazón se me subió a la garganta; si hubiera estado conectada a un medidor de constantes, me habrían pegado un manguerazo. Tuve que concentrarme en volver a respirar con normalidad. Plausible y probable eran cosas distintas.

El grupillo de jóvenes colonos dobló la esquina de la maqueta del Sirius IV, liderados por el astronauta que los escoltaba, Curtis Frye. El joven piloto estadounidense era nuevo en el cuerpo y nunca se le pasaba una. Podría deberse a su pasado en el equipo de debate de Annapolis o a que antes de entrar en la CAI había sido piloto de caza. En cualquier caso, cuando vio a Halim conmigo, inmediatamente redujo el paso del grupo. Se dio cuenta del cambio de rutina y los hizo detenerse al lado de las líneas amarillas de seguridad pintadas en el suelo alrededor del POGO.

Halim asintió.

—Buenos días. Intentaré ser breve para que empecéis con la sesión de entrenamiento lo antes posible. Lo primero que querréis saber es qué ha pasado esta mañana. Todos los que iban a bordo están bien, pero aprovecharé la oportunidad para recordaros que reviséis los protocolos de emergencia y mantengáis los brazos

pegados al cuerpo durante el lanzamiento y la reingreso. Lo segundo que quería contaros es que va a haber cambios en el programa, que implicarán que algunos de vosotros viajaréis en la próxima nave.

Los jóvenes que teníamos delante representaban lo mejor que la Tierra podía ofrecer. Todos eran atléticos e inteligentes, y el resultado de unos criterios de selección muy rigurosos en sus países de origen. Blancos, negros y todos los tonos intermedios unidos por un objetivo común: fugarse de este planeta condenado.

Aunque formaban parte de la CAI, solo eran colonos. No contaban con una formación completa como astronautas y noté cómo el miedo comenzaba a asomar en sus ojos y su respiración se aceleraba. Intervine para echarle un cable a Halim; les daba miedo la nave espacial y había que arreglarlo.

—He tenido la oportunidad de trabajar con vosotros las últimas semanas y, si creyera que no estáis preparados, lo diría. Lo estáis.

—Por supuesto que sí. —La sonrisa de Halim era absolutamente encantadora—. Hablaremos de esto en detalle más adelante, pero, como sé que los rumores vuelan, quería asegurarme de que estuvierais al corriente de los cambios. Con la expansión en el hábitat de las cuevas de Marius Hills, vamos a necesitar toda la ayuda posible para mantenernos al día con el programa. Si hay algún problema, el que sea, decídmelo y lo resolveremos.

En un extremo del grupo, Ruben du Preez, de Sudáfrica, preguntó:

—¿Se sabe qué ha pasado con el cohete?

—Tardaremos meses en saber qué ha causado la explosión, pero los datos preliminares sugieren que fue un problema de exceso de presión. —Levantó la mano con gesto tranquilizador—. Sea como sea, era un Sirius IV. Vosotros viajaréis en un cohete de clase Cygnus mientras seguimos investigando el incidente.

—Gracias, Halim. Sé que tienes mucho trabajo. Apreciamos que te hayas pasado. —Para evitar que lo acosaran a preguntas, me volví hacia los estudiantes con una de mis sonrisas más deslumbrantes y palmeé el arnés que llevaba puesto. El delantal más feo del mundo estaba diseñado para sujetarme como si estuviera en

un ambiente con la sexta parte de la gravedad de la tierra—. Vamos a ponernos a prueba en el POGO. Es decir, el Simulador de Gravedad Parcial. Sí, lo sé. Si la CAI fuera consistente se llamaría SGP, pero no vamos a pedirle milagros a una agencia gubernamental internacional. Este conjunto de servos, almohadas de aire y cardanes no debe confundirse con la oscilación pogo. ¿Alguien sabe cuál es esa?

Una joven morena con el pelo largo y liso recogido en una coleta alta levantó la mano. Aahana Kamal, cómo no. Siempre era la más rápida en responder del grupo.

—¿Sí?

Tenía un acento británico tan marcado como el de Clemons, lo que indicaba que había estudiado en colegios de lengua inglesa, no en hindi, y que, por lo tanto, probablemente tenía dinero.

—La oscilación pogo es una vibración autoestimulada en los motores de los cohetes de propulsión líquida debido a la inestabilidad de la combustión. Las variaciones de propulsión del motor resultantes provocan unas variaciones de aceleración correspondientes en la nave que estresan al bastidor y, en casos graves, pueden llegar a ser críticas.

—Bien explicado. —Sonreí, aunque me sentía superada por una novata—. Los nombres son parecidos porque vienen del mismo concepto. ¿Alguien ha usado alguna vez un saltador POGO?

Halim se había detenido a mirarnos y levantó la mano.

—Yo sí.

Casi me resistí a poner los ojos en blanco.

—Tú le has puesto el nombre, ¿a que sí?

—Ni confirmo ni desmiento.

Entre risas, me volví hacia los colonos y señalé el arnés que llevaba.

—Vais a usar el equipo de POGO para atravesar una pista de obstáculos en gravedad lunar simulada. Iré yo primero para que veáis cómo es.

Se alzó otra mano. Birgit Furst, del contingente suizo.

—Tenía entendido que el Laboratorio de Flotabilidad Neutra

era mejor para simular la gravedad cero.

—Es mejor para las caminatas espaciales, sí, porque simula cómo es llevar un traje espacial. Sin embargo, el agua también genera una sensación de arrastre, así que el POGO es más adecuado para darnos una idea de cómo es moverse por la Luna.

También suponía un gasto de recursos infinitamente menor que el laboratorio.

Curt enganchó la línea hidráulica al gancho giratorio de la parte trasera de mi arnés. La línea subió hasta la enorme estructura en forma de A que se elevaba sobre nosotros como una grúa hidráulica gigante de color azul.

—¿Lista?

—Afirmativo.

Sonrió, se hizo a un lado y encendió el POGO. La línea se tensó hasta contrarrestar mi peso. La gravedad lunar simulada ponía contentos incluso a mis pies.

—Lo primero que tenéis que saber es que vuestro peso será tan bajo que es muy difícil conseguir tracción. Cuando empiece a moverme, notaréis que me inclino mucho hacia delante. Caminar es básicamente una caída continuada y controlada. ¿Alguna pregunta hasta ahora?

Se levantó otra mano predecible. Vicky Hsu, de Estados Unidos.

—¿Puedo ser la primera?

Chica lista. Ser la primera te hace parecer entusiasta y los errores que cometas se podrán achacar al hecho de haber sido la primera. Los que van por el medio pasan desapercibidos y la última persona puede quedar de educada si lo hace bien, pero, la mayoría de las veces, solo parece reticente. Este grupo iba a la Luna, sí, pero todos sabíamos que, si querías ir a Marte, tenías que sobresalir en la Luna. Le guiñé un ojo.

—Por supuesto.

Dejé de inclinarme y caminé de manera normal como haría en la Tierra.

—¿Veis cómo reboto? —Mis pies se alejaron del suelo un poco demasiado, ya que toda la fuerza que en la Tierra se suponía que

tenía que sostener mi cuerpo, en la sexta parte de gravedad que tenía la Luna, me empujaba hacia arriba—. Cuando te inclinas hacia delante, la fuerza va hacia atrás y se convierte en impulso. Pero hay que tener cuidado: el objetivo es la precisión y la eficiencia, no la velocidad. En el espacio, lo lento es rápido. Moverse deprisa puede provocar que te pases de la raya. Observad.

Llegué al otro extremo y giré sobre mí misma para volver. Inclinada a casi cuarenta y cinco grados, me propulsé con una zancada lunar. Apreté las nalgas y las piernas para crear una figura larga y esbelta mientras me deslizaba por el suelo. Ayudaba con el impulso, pero también te hacía un culo estupendo. Había algo muy…

El suelo se estrelló contra mí.

Antebrazos. Barbilla. Rodillas. Hombros. No sé qué me golpeé primero; todos se iluminaron con alertas rojas de dolor. Se me fue el aire de los pulmones. Se me nubló la vista y los oídos me rugían como en el lanzamiento de un cohete. ¿Qué narices…?

—¡Nicole! —Curt estaba a mi lado y me quitaba la barra de soporte de la espalda. Si no hubiera estado inclinada hacia delante, me habría golpeado en la cabeza. Con o sin casco, no habría sido agradable.

Detrás de él, los bebés estaban aterrorizados. Dos de ellos habían dado un paso adelante y el resto había retrocedido, porque una de las líneas hidráulicas se había roto y estaba descargando fluido por todo el lugar. Me había empapado la parte delantera de la camisa.

Los pulmones me quemaron al llenarlos de aire. Jadear no es muy glamuroso, pero no era la primera vez que me quedaba sin respiración.

—Estoy bien.

Detrás de mí, Curt desabrochaba las hebillas del arnés.

—Te has abierto la barbilla.

Halim apareció con el botiquín de primeros auxilios.

—Vas a necesitar puntos.

—Ah. —Miré hacia abajo como si fuera a poder verme la

barbilla y tenía la camiseta cubierta por un rojo intenso. O sea, que no era cosa del fluido hidráulico—. Vaya. Supongo que mi carrera de modelo se ha acabado.

CAPÍTULO 5

EL COMISIONADO DE REFUGIADOS DE LA ONU HACE UN NUEVO LLAMAMIENTO EN PANAMÁ

> Kansas City, 29 de marzo de 1963 — Reuters — El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el príncipe Sadruddin Aga Khan, hizo un llamamiento a las naciones para que acepten refugiados de Panamá. El príncipe Sadruddin ha comunicado que mil ochocientos refugiados han sido acogidos o están en proceso de serlo en veinte países diferentes. La mayoría son guna, una población indígena cuya tierra natal en las islas de Panamá ha quedado inundada por la subida del nivel del mar.

El cirujano de vuelo quería que me fuera a casa. ¿Será posible? ¡Ja! ¿Acaso algún hombre se iría a descansar por un golpecito en la barbilla? Me tomé unos minutos para ponerme una camisa limpia y me dirigí a la oficina de Clemons con mis siete puntos recién estrenados. Llevaba un portapapeles en la mano derecha porque servía para hacer creer a la gente que eras una persona seria y ocupada.

Cuando entré en la oficina exterior, su secretaria, la señora Kare, me miró con una sonrisa que no tardó en convertirse en conmoción.

—¡Cielo santo!

—Me he peleado con un ganso. —Es una cosa de pilotos; nunca damos una respuesta directa sobre una lesión a nadie excepto al cirujano de vuelo, y solo lo justo para que nos deje volver a pilotar—. ¿Está dentro?

Me miró y estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se resistió. Admiré su profesionalidad por ello.

—Sí, la está esperando.

En el despacho, Clemons tenía los pies encima de la mesa y un informe encima de su prominente barriga. La nube de humo de su omnipresente puro lo rodeaba. Juro que el único sitio donde no fumaba era en las salas blancas.

—Ah, Wargin, ¿podría…? Cielo santo. ¿Eso es por lo del fallo hidráulico?

—Me ha dado un cabezazo una cabra. —La piel de debajo del vendaje se tensaba y palpitaba con cada sílaba—. Pero he ganado. ¿Quería verme?

—Eh… Sí.

Bajó los pies de la mesa y me miró la barbilla. El supervisor de planta del Centro de Maquetas habría llamado para ponerle al corriente sobre el accidente, pero no iba a permitir que se explayara hablando de la lesión, por eso había traído el portapapeles. Me senté como si no pasara nada.

—Halim compartió con mis alumnos lo del programa nuevo. Tengo sus evaluaciones listas cuando las necesite.

—Ah. Gracias. —Revolvió unos papeles de la mesa y sacó un par de hojas grapadas—. Siento no haber mencionado nada en la rueda de prensa de hoy, ya sabe cómo son esos chacales. Pero sí, vamos a adelantar el próximo lanzamiento.

—Por supuesto. —Tragué saliva y sentí como el vendaje me estiraba la piel—. ¿Cuándo necesita que despeguemos?

—En diez días.

—Ya veo. —Por una parte, estaba encantada de volver a la Luna, donde me sentía útil y, la verdad, la vida era más sencilla. Por otra, se suponía que iba a pasar otro mes en casa con Kenneth.

Estaba furiosa con él por el comentario que había hecho en la rueda de prensa, pero no por ello lo quería menos.

—Malouf dice que es el tiempo mínimo que necesitan para prepararse. —Levantó un papel—. Antes de aceptar, eche un vistazo a esto. Voy a cambiarla de puesto, este es el itinerario revisado de la tripulación.

«Por favor, que sea piloto. Por favor, que sea piloto». Tomé la hoja y la enganché en el portapapeles. Junto a mi nombre, ponía «personal de secretaría». Me había sacado por completo del departamento de astronautas. Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo. Una cosa era escuchar a alguien decir que eras una «antigualla» y otra muy diferente que te jubilasen a la fuerza. Debería sentirme agradecida de que, al menos, me hubieran incluido en el lanzamiento.

—Secretaría. No es mi fuerte, pero haré lo que la CAI necesite.

—Excelente. —Clemons miró detrás de mí—. Hola, Malouf.

—Disculpad. Me ha retenido un colono. —Halim entró con un archivador y una expresión tensa—. Hay uno que no quiere despegar ni aunque sea en un cohete de clase diferente.

—Cuento con que habrá más, por lo que… Un momento. —Con una mueca, Clemons se levantó y se acercó a la puerta del despacho—. Señora Kare. No me pase llamadas. Programa Icaro.

—Sí, señor. —La mujer me miró por encima de las gafas y siguió tecleando como si no pasase nada inusual.

¿Programa Icaro? Pasaba seis meses al año en la Luna y a menudo perdía la lista a los proyectos terrestres. No tenía ni idea de qué era le Programa Icaro. ¿Una nave? ¿Una estación? ¿Un protocolo de entrenamiento?

¿Una frase en clave?

Clemons cerró la puerta.

Se pasó una mano por el pelo y me miró. A la barbilla.

—Hábleme del accidente.

—Eh… —Mis dos jefes estaban en la habitación. Incluso si Halim no hubiera presenciado lo ocurrido, no era momento para bromas—. Estaba haciendo una demostración en el simulador

POGO. Mientras estaba en el arnés, el sistema hidráulico tuvo una fuga.

En la silla de al lado, Halim se removió y miró a Clemons. Sentí que se producía toda una conversación tácita entre ellos, pero el tema iba más allá de mis suposiciones. Por fin, Clemons suspiró y bajó la vista al suelo.

—Lo he consultado con mi oficial de seguridad y voy a proporcionarle cierta información teniendo en cuenta su habilitación de seguridad y la reciente necesidad de que esté al tanto. Esto es AS/IC.

—Ya veo. —Permanecí en el asiento sin inmutarme, pero estaba tensa por dentro. Por distintas razones, entre ellas haber sido una de las primeras astronautas, haber estado en la guerra y un poco por mi marido, tenía habilitación de alto secreto (AS). No tenía ni idea de a qué parte del historial de mi expediente se refería Clemons. En la CAI, la autorización AS solo me había permitido acceder a datos técnicos de las naves, y no parecía que fuéramos a hablar de cohetes.

Había que recibir una autorización específica para cada información clasificada (1C). Al gobierno le encantaban los acrónimos. Mi voz era tranquila y constante, mi postura era perfecta, pero, por dentro, se me retorcían las tripas.

—¿Debo asumir que no existe ningún programa Ícaro?

—Así es. —Clemons se recostó en la silla—. Si alguien pregunta, el programa Ícaro es un proyecto teórico para navegar en solitario por el espacio.

—No sé si es el mejor nombre para un programa espacial.

—Es perfecto para referirnos a quienes intentan hacernos caer de vuelta a la Tierra. —Su gesto era más sombrío que nunca—. Sospechamos que el lanzamiento fue saboteado y que no ha sido un asunto aislado.

Los años de práctica conversando con los electores de mi marido me permitían expresarme con sosiego, incluso cuando me moría de nervios. Acabábamos de dar una rueda de prensa. Nos habían preguntado sobre esto.

—¿Por qué no lo hace público? Limpiaría la imagen de la CAI.

—El FBI nos ha pedido que no lo hagamos, porque creen que están cerca de descubrir a los culpables. Hacerlo público podría espantarlos.

Tomé nota mentalmente de que el FBI estaba involucrado, lo que significaba que pensaban que el sabotaje provenía de un ciudadano estadounidense. Si no, estaría en manos de la CIA o la ONU.

—Espantarlos no me parece una consecuencia terrible.

—Se reagruparían y volverían con un plan diferente para el que no estaríamos preparados.

Un cohete había estallado esa mañana. No me parecía que ahora mismo tuvieran una ventaja.

—¿Qué vamos a hacer?

Clemons se aclaró la garganta y miró a Halim, que dijo:

—Nicole, ¿qué opinas de un lanzamiento brasileño?

—Depende del contexto. En el marco de esta conversación, me hace pensar que los saboteadores son locales. Como astronauta, Brasil está más lejos de las instalaciones de entrenamiento, pero los costes de lanzamiento son menores. —Brasil se encargaba principalmente de naves de carga pesada. La ubicación ecuatorial les daba una ventaja sobre Kansas, además de contar con un océano adyacente donde los cohetes se precipitaran en lugar de hacerlo sobre campos de cultivo. La única razón por la que comenzamos los lanzamientos desde Kansas era, en un principio, que aquí se encontraba la industria aeroespacial, con la Armería Sunflower. Pero ¿ahora? Ahora solo se debía a los políticos, como mi marido, que intentaban mantener los empleos en el país. La teoría apuntaba que las instalaciones de entrenamiento para astronautas ya estaban aquí, pero en realidad era una cuestión de dinero. Y de poder.

Suspiré. Todo aquello no tenía nada que ver con mi habilitación de seguridad, sino con que estaba casada con el gobernador de Kansas.

—¿Quiere que hable con Kenneth sobre la posibilidad de trasladar las operaciones fuera de Kansas? De acuerdo. Evitaré que se oponga.

—Gracias, se lo agradecería. No obstante, ya le he informado esta mañana después de la rueda de prensa. —Clemons hizo una mueca—. Siento no haberla incluido. Quiero dejarla fuera de los focos en todo lo relacionado con Icaro.

Una señal de alarma se disparó dentro de mi cabeza. ¿Era aquello parte de la razón por la que Kenneth había querido que no asistiera a la rueda de prensa? ¿Lo habían hablado él y Clemons y…? ¿Mi marido ya lo sabía? No. Un segundo. Clemons había dicho que habló con Kenneth después de la rueda de prensa.

—¿Qué papel quiere que tenga?

Halim asintió en dirección al itinerario revisado que Clemons me había entregado.

—Serás la secretaria personal del administrador de la colonia lunar con la intención de que estés en contacto directo con Otto Frisch.

Asentí y traté de reprimir la sensación de alivio porque no fueran a jubilarme. Hablábamos de sabotaje y terroristas, y yo me sentía agradecida de que todavía me considerasen útil.

—¿Con quién más voy a trabajar?

Clemons negó con la cabeza.

—En la Luna, estarán los dos solos. El FBI habría preferido que solo fuera el administrador, pero… tengo información para él que no puedo transmitirle. Creemos que tienen a alguien en comunicaciones.

Un escalofrío me recorrió la piel. Un saboteador ya era malo, pero alguien que trabajase desde dentro de la CAI era aterrador.

—¿Aquí o fuera del planeta?

—No lo sabemos. —Clemons giró el puro entre los dedos—. Más bien, la CAI no lo sabe, no estoy tan seguro en cuanto al FBI.

—¿No se lo han contado todo? —Entendía la necesidad de limitar la información solo a quienes fuera indispensable que estuvieran enterados. La noticia de un saboteador potencial en la Luna causaría estragos en la moral de una comunidad pequeña y aislada, pero Clemons era el director de la agencia. Él tenía que saberlo—. ¿Quieren que solucione el problema sin disponer de todos

los datos?

Halim se frotó la nuca.

—Intento enfocarlo como un enlace de comunicaciones que filtra los datos de un caminante espacial para que se concentre en el trabajo crítico de la misión, sin distracciones.

Me costó mucho no gritar, pero respondí con la voz totalmente serena:

—Siguiendo con la metáfora, cuando me toca estar en la mesa de comunicaciones, mi trabajo consiste en analizar y filtrar la información que recibe un astronauta en órbita, pero no le oculto los posibles errores críticos. Y cuando se me pide más información, por supuesto que la doy, porque es su vida la que está en juego. Yo estoy sentada a una mesa. —Mi madre tenía una mirada que desplegaba cuando se disponía a explicarle sus errores a un hombre que intentaba echarla del campo de golf. Sentí como se me cerraban las fosas nasales y mi boca se convertía en una fina línea—. El FBI está sugiriendo que enviemos un equipo de astronautas a la Luna sin compartir los detalles de la misión. Están pidiendo que personas arriesguen la vida sin mencionar que hay un posible error crítico.

—Estoy de acuerdo. —Clemons sacudió la ceniza del puro con más brío del necesario—. Pero mi superior de la ONU me ha confirmado que el FBI tiene la jurisdicción. Así que… tengo autorización para informar a una persona más. Y esa es usted.

—Sigamos con la sesión informativa… —Halim sacó un papel vegetal de la carpeta—. Esto es un borrador interceptado a los terraprimeristas. El FBI lo llama «El Manifiesto».

Exodo 32, 27: Entonces les dijo Moisés: «El Señor, Dios de Israel, ordena lo siguiente: "Cíñase cada uno la espada y recorra todo el campamento de un extremo al otro, y mate al que se le ponga enfrente, sea hermano, amigo o vecino"».

El planeta Tierra se está recuperando del impacto del meteorito, pero los Estados Unidos no. Las necesidades de nuestros compatriotas son ignoradas en favor de una élite que persigue el falso ídolo de vivir en el espacio. El dinero que debería invertirse de forma legítima en infraestructuras de la Tierra se destina a pagar programas complejos que

benefician a otras naciones.

Apocalipsis 16, 21: Del cielo cayeron sobre la gente enormes granizos del peso de un talento. Y maldecían a Dios por esa terrible plaga.

En representación de cada estado y región, hemos hablado largo y tendido de nuestra situación, de lo que Dios ha hecho y hace, en nuestro mundo y en las fronteras inexploradas a las que ahora nos enfrentamos. Podríamos valorar el mundo en términos de emergencia, de la necesidad crítica de dinero y mano de obra para mantener a la población viva en muchas áreas. Estas necesidades son absolutas, cuantificables y apremiantes. Sin embargo, tenemos la firme convicción de que interpretar el mundo postmeteorito solo en esos términos sería erróneo. Estas necesidades demuestran que las ideas que tenemos unos de otros y de nuestra vida en común están totalmente obsoletas y son irrelevantes para nuestra situación actual.

Hemos intentado cambiar el curso de los acontecimientos mediante el diálogo. Hemos escrito cartas. Nos hemos manifestado. Hemos rogado y suplicado, pero nuestros hijos y nuestras esposas siguen pasando hambre. Siguen sin tener agua corriente. Siguen sin tener electricidad. Hemos sido pacientes. Hemos esperado.

Pero después de once años, ya no nos conformamos con esperar. Nuestras súplicas han caído en saco roto y hemos decidió actuar. Que esto sirva como aviso de que las vidas de los hombres y mujeres astronautas que nos iniciaron en este camino fatal estarán perdidas hasta que el gobierno de los Estados Unidos se retire de la Coalición Aeroespacial Internacional.

Exodo 22, 24: Arderá mi furor y os mataré a vosotros a filo de espada. ¡Y vuestras mujeres se quedarán viudas, y vuestros hijos se quedarán huérfanos!

El resto del día, no dejé de darle vueltas a la reunión con Clemons y Halim. Hasta tal punto que, cuando llegué a casa casi me había olvidado de los disturbios de la noche anterior. Entonces, lo vi desde un nuevo enfoque. ¿Habían sido solo unos disturbios o había sido Icaro?

Cuando llegué a nuestro apartamento, había guardias de seguridad adicionales y algunos trozos de acera quemados. Una de las ventanas del vestíbulo estaba astillada donde alguien había tirado piedras, al menos esperaba que solo hubieran sido piedras. El

edificio se había construido según las normas postmeteorito con cristales a prueba de balas. No tenía mucho sentido, porque las posibilidades de que otro asteroide se estrellara contra la Tierra eran escasas.

Por otra parte, también se suponía que los rayos no le caen dos veces a la misma persona y a mi madre la habían alcanzado tres.

Aunque también jugaba al golf y era una cabezota que se negaba a entrar en casa. La cuestión era que la exageración arquitectónica implicaba que era el lugar más seguro posible donde resguardar a un gobernador.

Debo decir que es una experiencia fascinante tener que identificarte para entrar en tu propio edificio. Había una corta fila al lado del joven y agradable oficial de seguridad y, al acercarme, me di cuenta de que conocía a dos de los hombres.

—¡Reynard! ¡Nathaniel! —Se me retorció el corazón en el pecho; a pesar de que ambos eran amigos, también eran ingenieros de la CAI y Nathaniel era el doctor Nathaniel York. Si el ingeniero jefe del programa espacial había venido a informar a mi marido, entonces debían de haber descubierto algo nuevo sobre el accidente —. ¿Cómo estáis?

—*Sacre bleu!* —se horrorizó Reynard al verme—. ¿Qué te has hecho?

—Un accidente de *ballet*. —De hecho, una vez me di una patada a mí misma en la cara, pero eso fue hace décadas. Me incliné para besar a Reynard en ambas mejillas al estilo parisino y le eché un vistazo a Nathaniel. Las sombras que le cubrían el rostro no provenían solo del sombrero—. Me sorprende que hayan conseguido sacarte del edificio.

Miró a la acera y se encorvó en su chaqueta de traje; me fijé en cómo los huesos del hombro atravesaban la tela. Siempre había estado delgado, pero se lo veía demacrado de una manera que me provocaba una familiaridad incómoda.

—Reynard me apagó la luz del despacho.

—¡Clemons me dijo que lo hiciera! —Le enseñó el pasaporte al agente de seguridad y atravesó el torniquete—. Te habrías quedado

hasta el amanecer, y se lo prometí a tu mujer.

—¡Yo también! —dije con alegría mientras le enseñaba al guardia mi identificación. Cuando asintió, crucé el torniquete.

Nathaniel hizo una mueca de desagrado y se presionó el costado con la mano.

—Hoy hemos perdido un cohete. Debería estar allí, no jugando al póquer.

La noche de póquer. Se me había olvidado, pero el alivio de que no hubieran venido a informar a Kenneth sobre un nuevo y peor desarrollo de los acontecimientos me puso de muy buen humor.

—Deja que otros trabajen también. Sube y te abasteceré de martinis.

Le enseñó su identificación al guardia y nos siguió al otro lado del torniquete. Tenía ojeras oscuras bajo los ojos y el cansancio le hundía los rasgos. El día había sido angustioso, pero llevaba acumulada más de una jornada de fatiga. Cuando llegamos al ascensor, dejó los ojos entrecerrados como si estuviera tan exhausto que apenas pudiera tenerse en pie.

Había sido una amiga malísima. Le había prometido a Elma que le echaría un ojo a su marido y no recordaba la última vez que lo había visto. Y ahora iba a marcharme y… ¡Oh! Nathaniel lo sabía. Era una de las pocas personas que sabían lo del saboteador porque, como ingeniero jefe, tenía que estar al corriente de que los fallos no eran accidentes.

Entramos en el ascensor y pulsé el botón de nuestro piso. Una curiosidad de los edificios postmeteorito: se extendía hacia abajo tanto como hacia arriba. Los pisos más caros estaban abajo del todo, pero Kenneth y yo vivíamos en el último piso, porque ni de coña iba a pasar el tiempo que estaba en la Tierra enterrada bajo la roca. Tenía suficiente con el tiempo que vivía bajo el regolito en la Luna, gracias.

Reynard se apoyó en el lado del ascensor.

—He leído en el periódico que anoche os pillaron los disturbios. —Hizo un gesto hacia mi barbilla—. ¿Es por…?

—No, no. No nos pasó nada. —Me estallaron los oídos cuando

llegamos al piso 24—. Nos quedamos con los Lindholm.

Nathaniel sonrió y la piel sobre los pómulos se le estiró.

—Se les da bien acoger a refugiados.

—Desde luego. —Los conduje por el pasillo hasta el piso y asentí al guardaespaldas que vigilaba la puerta por las tardes cuando estábamos en la ciudad—. ¿Vendrá Eugene esta noche?

—No. Dijo que le había surgido algo. —Reynard suspiró—. Una pena.

Según el nuevo itinerario que Clemons me había dado y que llevaba en el bolso, era una razón plausible. Los Lindholm volverían a la Luna conmigo, igual que… Mierda. El nombre de Helen también estaba en la lista y era evidente que Reynard todavía no había hablado con su esposa.

—¿Cómo está Helen?

—Está en Chicago en el Adler. No, espera. —Se miró el reloj de pulsera—. Debería aterrizar en Sunflower en breve, si no lo ha hecho ya.

—Tal vez prefieras volver a casa. —Abrí la puerta del piso y una ola de voces masculinas inundó el pasillo. Reynard levantó la cabeza como un resorte y tensó los hombros. Alcé una mano para tranquilizarlo—. Está bien.

—¿Qué pasa?

Si no sabía lo del sabotaje, no podía decírselo, pero desde luego debería estar al día de las misiones de su esposa.

—Clemons ha adelantado nuestro regreso a la Luna. El lanzamiento será desde Brasil, por lo que tendremos que salir la semana que viene.

—*Merde!*

Nathaniel cerró los ojos un momento en un gesto de dolor.

—Lo siento. —Tenía la voz rasposa—. Yo quería detener todos los lanzamientos. No creí que Clemons… Debería haberte contado que era una posibilidad.

Reynard descartó la disculpa con un gesto de la mano y miró hacia la puerta.

—Saluda al gobernador de mi parte.

Salió y, un instante después, mi marido apareció en el pasillo.

—¡Nathaniel! Veo que me has traído a mi… ¡Nicole! ¿Qué?

Me acerqué para besarlo en la mejilla y le susurré:

—Un accidente durante el entrenamiento. Parece peor de lo que es. Luego te lo cuento.

La presión de sus labios sobre mi mejilla y el roce de su mano en el brazo consiguieron que relajara los hombros, solo un poquito. Habría querido sentarme con él y hablar de todo, pero teníamos invitados.

Kenneth se apartó y se volvió hacia Nathaniel para tenderle la mano. Me percaté del momento en el que mi marido miró de verdad a Nathaniel y sus mejillas hundidas. Intenté ignorar el instante posterior, cuando me miró a mí y el espectro de mi pasado se asomó en sus ojos.

—¿Cómo está Elma?

—Bien. —Nathaniel se aclaró la garganta—. Me ha dicho que está leyendo *Dioses de Marte* y que le está gustando.

—¿Y tú cómo lo llevas? —Kenneth lo condujo fuera del vestíbulo hasta el salón del apartamento—. No te lo tomes a mal, pero tienes una pinta horrible.

Nathaniel se rio y el sonido me aterrorizó. Escondía un silbido y un desgarro como si estuviera a punto de convertirse en un sollozo que no podría parar.

—Clemons me ha obligado a salir del edificio el día que ha fallado un cohete.

Los seguí al salón, que estaba a rebosar con los hombres del Club de los Maridos de Astronautas. Todavía era un grupo pequeño y solían venir solo cuando sus esposas estaban fuera. La mayoría se agrupaba alrededor de la mesa del comedor, con las cartas repartidas, y unos pocos estaban en el salón con desnivel, sentados en el sofá o en algún sillón, charlando.

—Entra, socializa y deja que te avasallemos con sándwiches y martinis suficientes para que duermas como un lirón.

—Eso estaría bien. —Su voz sonaba grave y rasgada—. Ya sabes cómo es.

—Lo sé. —Kenneth le apretó el hombro y volvió a mirarme.

Su miedo era distinto. En esa mirada silenciosa, un espacio infinito se reflejó en sus ojos oscuros y me permitió echar un vistazo a lo que pasaba cuando yo no estaba. A todas las preocupaciones de mi marido. Lo había visto en todos los lanzamientos a los que había asistido como astronauta acompañante; el trabajo consistía en hacer que la familia se sintiera cómoda y servir de apoyo en caso de producirse una «contingencia». Contingencia. Así se refería la CAI a las muertes. Kenneth y Nathaniel habían sido miembros fundadores del club de maridos, que se construía a partes iguales sobre una base de orgullo y terror.

Y esta vez sería peor, porque Kenneth sabría que alguien podía sabotear el lanzamiento.

—La madre que te parió, Ken. ¿Qué le has hecho a tu mujer? —El marido de Fiorina Morales se encontraba junto a los aperitivos del aparador.

—Por fin le ha demostrado quién manda —respondió el marido de Mandy Self—. ¿No es cierto?

—¡Oye, Nicole! —El martini del marido de Deana Whitney se agitó al señalarme—. ¿Qué has hecho para cabrear a Ken?

—Señor Whitney, por favor. —Coloqué un dedo con una manicura perfecta bajo el vendaje de la barbilla en una clásica pose de modelo—. Diga la verdad. Me lo hice al darme un cabezazo con usted. Es que se me olvidó que llevaba tacones.

Los hombres se rieron y el señor Whitney se puso un poco rojo. No tiene nada de malo ser bajito y, en circunstancias normales, no lo habría atacado con algo que sé que lo acompleja, pero deja que te cuente un chiste que no tiene gracia. Cuando ves a una mujer con puntos en la cara y le preguntas qué ha hecho para enfadar a su marido.

Hay dos posibles escenarios. En el primero, está felizmente casada y has insultado su relación. En el segundo, su marido es violento de verdad y no te va a dar las gracias por ponerla en peligro al llamar la atención sobre ello. En el abanico de posibilidades intermedias, no hay ni una sola en la que un chiste sobre una mujer

maltratada tenga gracia.

Me había cansado de las bromas sobre los puntos, así que me marché del salón y me dirigí a la cocina. Me serviría un vaso de *whisky* y después comería lo que fuera que la asistenta hubiese preparado para la cena.

Unos minutos después, Kenneth me siguió a la cocina.

—Siento que hayas tenido que escuchar eso.

—Estoy bien. —Agarré uno de los sándwiches que me había dejado la asistenta y le di un mordisco para que al menos Kenneth dejase de preocuparse por eso. Jamón y queso con mostaza—. No abandones a Nathaniel.

Asintió y se frotó la nuca.

—Lo he dejado con un sándwich y Fernando Morales iba a prepararle un martini.

Dejé el sándwich en la mesa, abrí el armario y saqué el *whisky* de malta que escondíamos las noches de póquer. Un Abelourde dieciséis años. Me caían bien los maridos de las astronautas, pero no tanto. Saqué un vaso bajo.

—¿Quieres uno?

—Beberé un sorbo del tuyo. —Se apoyó en la encimera a mi lado. Llevaba la corbata desanudada y las mangas remangadas hasta los codos—. ¿Me cuentas lo del accidente en el entrenamiento?

—Estaba haciendo una demostración con el POGO y la línea hidráulica cedió. —Me encogí de hombros. Al sacar el corcho se liberó la turba y la resina oscura de brezo—. Clemons ha ajustado mi habilitación de seguridad para contármelo todo.

—Mierda. —Kenneth se dio la vuelta y al final sacó un vaso para él. Dadas las implicaciones del sabotaje, no me sorprendió—. ¿Te enseñó el informe del fallo del cohete lunar de hace dos años?

—Lo mencionó. —Myrtle volvía de la Luna y un propulsor falló durante el atraque en Lunetta. No había muerto nadie, pero había causado bastantes daños. Vertí el preciado líquido ambarino en el vaso—. Me dijo que te pidiera la copia del informe. ¿Desde cuándo lo sabes?

Kenneth suspiró.

—Desde esta mañana.

Le serví un dedo de *whisky*.

—¿Has tenido que gritarles para que te informasen?

—No, no. Clemons me necesitaba para…

Alguien gritó en el salón.

—¡Joder!

Brotaron gritos de alarma de múltiples gargantas masculinas. Dejé el vaso en la encimera y corrí al salón. Los hombres se agrupaban cerca del aparador y rodeaban a Nathaniel.

Estaba encorvado y de rodillas, con la camisa manchada de sangre. Por un momento, pensé que se había abierto la barbilla.

Howard Brown le sujetaba los hombros mientras vomitaba. Sangre de un color rojo intenso le salía de la boca. Todos los maridos se quedaron paralizados y lo miraban con horror. Corrí hasta ellos, como si estuviera en el equipo de triaje en un procedimiento de contingencia. De camino, agarré el cubo de hielo y volqué su contenido en la alfombra.

Kenneth me siguió corriendo también.

—¿Quieres el coche o una ambulancia?

—El coche. Es más rápido. —Me arrodillé junto a Nathaniel y le puse el cubo de hielo frente a la boca justo a tiempo de atrapar la siguiente arcada.

—Por Dios, Nicole —dijo una voz masculina—. No es momento de preocuparse por la dichosa alfombra.

—Vete a la mierda. El médico querrá ver el estado de la sangre en el vómito. —Era de un rojo fresco y brillante. Tenía una hemorragia interna.

CAPÍTULO 6

SE PRUEBA UN DISPOSITIVO PARA ESCANEAR LOS MARES

Un sensor por satélite que comprueba la existencia de vida vegetal en los océanos

Por Walter Rusell
Edición especial de *The National Times*

Bruselas, 30 de marzo de 1963 — Los científicos de la Coalición Aeroespacial Internacional han desarrollado un método para vigilar por vía aérea una de las actividades más vitales de la Tierra: la productividad biológica de lagos y mares. El dispositivo detecta signos que indican la presencia de clorofila. La vida vegetal a la deriva de los océanos es vital no solo porque alimenta a los peces, sino también porque repone el oxígeno de la atmósfera.

Todos los hospitales tienen el mismo olor a desinfectante y aire viciado que apenas llega a enmascarar el hedor a vendas usadas. Kenneth y yo esperábamos sentados en las sillas de plástico frente a la única cabina telefónica de la sala de espera mientras nos

esforzábamos por no meterle prisa al joven que la utilizaba, llorando de alegría. Llevaba una hora llamando a una lista de familiares para informarles del nacimiento de su hija. Intenté no odiarlo, pero tenía que hacer una llamada.

Por otro lado, no estaba segura de qué diría. Miré el reloj de la pared, las dos de la madrugada. Nathaniel llevaba cinco horas en quirófano.

—Estará bien. —Kenneth me puso la mano en la rodilla.

—Lo sé. —Los dos mentíamos, porque era imposible adivinar lo que pasaría, pero cada uno se consuela cómo puede—. ¿Te has pensado lo del viaje a la Luna?

El guardaespaldas estaba sentado al final de la fila y fingía leer un libro, pero en realidad escudriñaba la sala en busca de amenazas. Kenneth miró hacia ese extremo de la sala antes de suspirar.

—No quiero que vayas.

—Kenneth.

—Me has preguntado. —Quitó la mano de mi rodilla—. No quiero que vayas. Pero sé que lo harás de todas formas.

No debería haber empezado la conversación en un sitio donde ninguno de los dos podía hablar con libertad.

—En Brasil no habido problemas.

—Todavía. —Se inclinó hacia adelante—. El teléfono está a punto de quedarse libre.

Una enfermera entró en la sala y se acercó al joven a paso ligero. Él se apartó de la cabina, se sonó la nariz con un pañuelo y la siguió para ver a su hija.

Intenté de veras alegrarme por él, pero mis esperanzas estaban concentradas en que Nathaniel saliera de la mesa de operaciones con todos los órganos intactos.

Me levanté de la silla y me apresuré hasta el teléfono antes de que otra persona lo hiciera. Llevaba el número del hermano de Elma en el bolso porque había sido la acompañante de su familia cuando se marchó a Marte. Me metí en la cabina, marqué el 0 y esperé a la operadora para hacer una llamada de larga distancia. Eran las dos de la madrugada, por lo que sería medianoche en California.

—Operadora.

—Larga distancia, por favor.

—Por supuesto. —En mi oído, el sonido cambió sutilmente y una mujer diferente dijo—: Larga distancia.

—Operadora, quisiera hacer una llamada a Rockwell, Los Ángeles. 54975.

—Por favor, introduzca un dólar y cinco centavos para los primeros tres minutos.

Metí varias monedas de veinticinco y una de cinco en la ranura de la parte superior de la máquina y esperé retorciendo el cable con los dedos mientras la operadora conectaba la llamada.

Sonó cuatro veces antes de que una adormilada voz de barítono respondiese:

—Residencia de los Wexler. Soy Hershel Wexler.

—Hola, Hershel. Soy Nicole Wargin. —Su respiración se agudizó como el filo de un cuchillo—. Elma está bien.

Suspiró.

—Gracias a Dios. Perdona. Es solo que, cuando has llamado…

—Lo entiendo. Escucha, estoy en una cabina telefónica, así que tengo que ser breve. Perdóname por ser brusca. Nathaniel tiene una úlcera sangrante. No han conseguido parar la hemorragia y lo están operando de urgencia. Tengo tu información de contacto, pero no conozco a nadie de su familia. —Así era la vida después del meteorito. Ya no preguntábamos por las familias de la gente, debido a los cientos de miles de personas que habían muerto—. ¿Tiene…? ¿A quién debería llamar?

—Mierda.

—El médico parecía optimista cuando entraron en el quirófano, pero aún no tengo noticias. —Ya habían pasado cinco horas.

El teléfono crujió cuando lo bajó.

—No pasa nada, Doris. Vuelve a la cama. —De nuevo su voz me atravesó el oído—. No tiene mucha familia. Es hijo único. A la boda, aparte de un par de primos, asistieron sobre todo compañeros de la universidad o amigos del trabajo.

—¿Debería llamar a alguno?

—Trabajaba en Langley.

Langley. Langley ya no existía. No había estado justo en la zona de impacto de meteorito, pero, entre la onda expansiva y los incendios, era como si lo hubiera estado.

—De acuerdo. Pues…

La operadora me interrumpió.

—Introduzca diez centavos para continuar la llamada.

Los metí en la ranura.

—Organizaré a la gente de aquí para que lo cuiden.

—Gracias. ¿En qué hospital está? Reservaré un vuelo en cuanto cuelgue.

—Ah, es que no sabía a quién llamar. No tienes que venir.

—Es de la familia. —Soltó una risa seca—. Además, conoces a mi hermana.

—Cierto. —La verdad, sería un alivio dejar que otra persona se hiciera responsable. Si Hershel venía para ocuparse de la recuperación de Nathaniel, no tendría que sentirme culpable por irme a la Luna. Salvo, claro, porque Hershel era un superviviente de la polio y llevaba aparatos ortopédicos en ambas piernas—. Pero… Es decir… ¿Podrás…? Lo siento. Eso ha…

—Puedo cocinar y limpiar. Incluso cambiar pañales si es necesario.

Me puse roja de vergüenza por haber preguntado.

—No lo dudo. Pero espera a que salga del quirófano y sepamos algo más. Seguramente querrán que se quede aquí un par de días.

—Vale. Sí, tiene sentido.

La puñetera operadora volvió interrumpir.

—Introduzca diez centavos más para continuar la llamada.

Rebusqué en la cartera, pero solo encontré algunos centavos sueltos.

—Porras. No me queda cambio.

—¿Qué hospital?

—El Washington Memorial. —La operadora cortó la llamada. No estaba segura de si Hershel había escuchado la última sílaba.

Colgué el teléfono y me apoyé un momento en la pared antes de

salir de la cabina. La persona con la que debería haber contactado de inmediato estaba casi a mitad de camino de Marte en ese momento y para hablar con ella hacía falta un teletipo con un retraso de veinte minutos en los mensajes.

Por eso había decidido esperar, porque me haría preguntas para las que no tenía respuesta. En cuanto Nathaniel saliera y supiéramos que estaba bien, iría directamente a la CAI y le enviaría un mensaje.

Cómo no, en cuanto salí de la cabina, el médico entró en la sala de espera. Mi marido se enderezó y se levantó para recibirlo, envuelto en su máscara de político calmado cual mortaja. Al fondo de la sala, el guardaespaldas se puso de pie, como si pudiera protegernos de este tipo de peligro.

—Está en reanimación y por ahora se encuentra bien. —El médico era un británico rubio con pinta de estar más a gusto en un campo de críquet que en el quirófano. Miró el vendaje que me adornaba la barbilla con interés profesional, pero por suerte no dijo nada al respecto—. ¿El doctor York se había sometido a una prueba de diagnóstico recientemente?

Miré a Kenneth, que negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No que yo sepa.

—Habría sido una explicación demasiado sencilla. —Suspiró y se pasó una mano por el pelo—. Parece que ha ingerido algo radiopaco. Queremos averiguar qué…

—¿Radioactivo?

—No, radiopaco. Quiere decir que los rayos X no lo atraviesan. A veces puede ser radiactivo. En este caso, sospechamos que es bario o talio… —Se interrumpió al ver nuestra confusión—. Le hicimos una radiografía antes de la cirugía y su estómago aparecía en blanco. Si no se ha sometido a una prueba… ¿Tienen idea de cómo podría haber ingerido matarratas?

El suelo de la sala del hospital se hundió como si hubieran apagado la gravedad. No suelo quedarme sin palabras, pero no me salía la voz. Kenneth se quedó boquiabierto.

Fue el primero en recuperar la compostura.

—¿Está insinuando que alguien ha envenenado al doctor York?

—A menos que tengan razones para pensar que lo ha ingerido de manera intencionada. —La cara del médico se retorció por la incomodidad—. El talio, al ser un raticida, es fácil de conseguir y radiopaco. ¿Tendría el doctor York motivos para…?

—No. Ni hablar. —Me froté la ceja mientras intentaba procesar la situación—. ¿Tiene alguna idea de cuándo?

—A juzgar por el progreso en el intestino, no más de tres horas antes de su ingreso. —Negó con la cabeza y adoptó un ademán serio —. Déjenme decirles que es la primera vez en toda mi carrera que he dado las gracias por una úlcera sangrante. Si no hubiera vomitado sangre, sospecho que habría ignorado todos los síntomas del envenenamiento al igual que ignoró los de la úlcera y no sabría decir cuál lo habría matado primero.

Había visto la extrema delgadez de Nathaniel. Conocía las consecuencias de no comer, pero, si lo habían envenenado, esa era sin duda la mayor preocupación.

—Pero era solo una úlcera.

—¿Solo una úlcera? —El médico me taladró con esos severos ojos azules—. Pongamos que no hubiera sido envenenado y efectivamente estuviéramos lidiando con «solo» una úlcera. En el caso del doctor York, la úlcera le había perforado el estómago y, de no haber acudido al hospital, habría desarrollado una infección grave en la cavidad abdominal, seguida de una peritonitis. Tenemos suerte de que la perforación fuera reciente. Aun así, ahora le falta un trozo de estómago y todavía hay riesgo de infección. Así que no, no se trataba de «solo una úlcera», sino de una úlcera que llevaba meses siendo ignorada y sin recibir tratamiento.

—Ya veo. —¿Cuándo había sido la última vez que habíamos invitado a Nathaniel a casa, sin contar las noches de póquer?—. ¿Y el veneno?

—Estamos esperando los resultados de las pruebas para confirmarlo, pero lo he llenado de azul de Prusia.

—¿La pintura? —Yo no pintaba, pero me encargaba de la galería de arte de la Luna y no conseguía entender la relación.

—Casi. El pigmento bruto. Se adherirá a cualquier sustancia radiopaca que haya tragado, aunque habrá absorbido algo. —Se encogió de hombros, impotente—. Ya veremos, podría estar bien o podría tener efectos secundarios permanentes.

—Gracias. —La frase me sonaba fuera de lugar—. ¿Podemos verlo?

—Habitación 220. Estará aturdido. —El médico se inclinó hacia mí—. Disculpe, pero he de ser muy claro sobre la importancia de que mantenga la tranquilidad.

Había rozado la grosería y me pedía lo imposible, pero asentí.

—Haré lo que pueda.

Me aferré al bolso y me dirigí a la habitación 220 con Kenneth y el guardaespaldas detrás. Antes de entrar, me detuve y abrí el bolso. Habrá a quienes les parecerá absurdo que me retocase el pintalabios antes de entrar a ver a Nathaniel, pero había un motivo. Tenía que pensar que no había importunado a nadie. Si parecía impecablemente arreglada, disimularía que había estado allí sentada durante más de cinco horas.

Detrás de mí, Kenneth se ajustaba la corbata por el mismo motivo. Miró al guardaespaldas.

—Espera aquí.

Kenneth me sostuvo la puerta y entré. Había creído que era imposible que Nathaniel tuviera peor aspecto, pero estaba muy equivocada. Estaba tumbado en la cama del hospital bajo una fina sábana blanca que no ocultaba lo demacrado que estaba. Las rodillas formaban montículos bajo la tela. Por encima de la bata de color verde pálido del hospital, las clavículas le sobresalían como ramitas frágiles.

Al menos tenía los ojos abiertos. Ladeó la cabeza.

—Lo siento.

—Anda, pero si me has hecho un favor. —Me acerqué a él y le sonreí—. Siempre me cuesta una barbaridad conseguir que se marchen de casa a una hora razonable.

—Te he destrozado la alfombra.

—Odiaba esa alfombra.

Kenneth me puso la mano en el hombro.

—No es mentira. Lleva meses pidiéndome que la cambie.

Nathaniel se rio y puso una mueca de dolor.

Le apreté la mano con cariño.

—Lo siento. Conozco las alegrías de la cirugía abdominal, mejor no reírse.

—Tomo nota. —Se relajó poco a poco—. ¿Qué te ocurrió a ti?

—Perdí un combate de esgrima con un ganso. —Más bien una histerectomía de urgencia, pero fue hace décadas y odiaba la compasión—. Hemos prometido al médico que no nos quedaríamos mucho. Solo quería verte con mis propios ojos antes de escribirle a Elma.

—No se lo cuentes. —Me agarró la muñeca—. No lo hagas.

—Nathaniel, es tu esposa.

—Se preocupará.

—Tiene motivos para hacerlo. —Al mirarlo a la cara y ver cómo el cráneo casi se le transparentaba a través de la piel, me pregunté cómo lo habíamos dejado ambular en ese estado durante tanto tiempo—. Lo primero que le diré es que estás bien.

—No, no se lo cuentes. No le digas nada. —Me apretó la muñeca con una fuerza sorprendente—. Por favor, prométeme que no se lo dirás.

—No puedo… Ella querría saberlo. Y ya he llamado a Hershel.

Nathaniel gimió y cerró los ojos.

—No lo entiendes. Elma no… Me esfuerzo mucho para no preocuparla. Esto le va a dar ansiedad y no hay nada que pueda hacer. Para cuando vuelva, ya estaré bien.

—Ahora no lo estás.

—Por amor de Dios. Ya tiene bastantes preocupaciones sin tener que pensar en que estoy enfermo. —Le temblaba la mano y el sudor le perlaba la frente.

—Nicole. —Kenneth me rodeó y apoyó una mano en el hombro de Nathaniel—. No se lo diremos.

—Kenneth…

—No se lo diremos. —Mi marido me miró y juro que nunca lo

había visto tan enfadado—. Nicole, danos un minuto.

—Pero… —El médico nos había dicho que procurásemos que Nathaniel estuviera tranquilo—. De acuerdo. —Me metí el bolso bajo el brazo y salí al pasillo con la cabeza alta. Kenneth tenía razón en que no era el momento para esa conversación.

En honor a la justicia, entendía las reticencias de Nathaniel. Estaba al tanto de la ansiedad de Elma, pero no podría ocultárselo para siempre. No era posible. Y tendríamos que contárselo a Clemons.

Envenenado. Joder.

En el pasillo, el guardaespaldas miró alrededor cuando salí y luego volvió a esperar. Me apoyé en la pared opuesta a la puerta y me quedé mirándola. No contárselo a su mujer. Ja. Los hombres y su desesperada necesidad de protegernos. Llegaba a ser exasperante, incluso con las personas que me caían bien.

La puerta se abrió y Kenneth salió mientras se arreglaba la corbata.

—Te veré mañana. Descansa un poco. —Perdió la sonrisa cuando la puerta se cerró y toda la preocupación volvió a delinear su rostro—. Olvirsson, organiza una escolta para el doctor York.

—Sí, señor.

Esperé hasta que el guardaespaldas se alejara a una distancia plausible para que no nos oyera.

—¿Qué le has dicho a Nathaniel?

—Que no se lo contaríamos a Elma.

—Kenneth. Tiene derecho a saberlo.

Mi marido se giró hacia mí y habló con rabia contenida.

—No. No lo tiene. Cuando os vais, tenemos que seguir adelante lo mejor que podemos. Nos preocupamos y esperamos. Si no decírselo hace que la espera le resulte más fácil y reduce su preocupación, entonces es exactamente lo que haremos. No hay nada que Elma pueda hacer desde Marte, así que respetaremos el derecho de Nathaniel a tomar esta decisión según lo que sea mejor para él.

Levanté la cabeza.

—¿Es eso lo que haces cuando estoy en la Luna?

—Sí. —Se alejó por el pasillo tras su guardaespaldas—. Pero te irás de todos modos.

Me apresuré a seguirlo y lo maldije por obligarme a trotar para alcanzarlo.

—¿Me mentirías?

—No te supone ningún problema cuando la mentira te gusta. —Toda la rabia que había contenido salió a la superficie.

—Kenneth Talbot Wargin. Prometí que no volvería a mentirte y espero la misma cortesía a cambio.

Se detuvo en mitad del pasillo y flexionó los dedos.

—¿Has comido hoy?

—Eso no…

—¿Lo has hecho?

Puse los ojos en blanco.

—Por amor de Dios. Me viste desayunar en casa de los Lindholm. Me viste comer un sándwich en casa esta noche.

—Te vi empujar la comida por el plato en casa de los Lindholm y dar un bocado no cuenta como comer un sándwich. —Se quedó mirando al fondo del pasillo—. ¿Qué has comido a mediodía?

—Eh… —Será capullo—. No he tenido tiempo. Fui directamente de la rueda de prensa a la sesión de entrenamiento y luego a ver al médico. Después hablé con Clemons y volví a casa.

—¿De verdad? ¿Así que tuviste una reunión de seis horas con Clemons? ¿Aproximadamente? —Las manos de Kenneth se cerraron en puños—. No te atrevas a recriminarme que te mienta cuando estás en la Luna. Y no le digas ni una palabra a Elma York sobre Nathaniel.

—¿Si me hubiera pasado a mí, no querrías que alguien te lo contara? Si de verdad hubiera dejado de comer otra vez, y no por haber estado ocupada porque hoy ha explotado un puñetero cohete, ¿de verdad no querrías saberlo?

Kenneth negó con la cabeza.

—Lo que digo es que la vida de Nathaniel York está descontrolada. Decidir cuándo y cómo contárselo a su mujer es una

elección que le corresponde a él y que nosotros vamos a respetar.

—Entonces ¿qué? ¿Ahora sí vale? ¿Puedo mentirte cuando esté en la Luna?

Kenneth me miró por fin y el corazón se me partió en dos.

—Cariño, te quiero, pero no espero que me cuentes la verdad. No en lo que respecta a la comida.

CAPÍTULO 7

BRASIL AYUDA A LOS ESTADOS UNIDOS CON UN PRÉSTAMO DE 322 MILLONES DE DÓLARES

> Brasilia, 30 de marzo de 1963 — Hoy se ha anunciado la concesión de un paquete de créditos por valor de 322 millones de dólares a Estados Unidos para solventar un problema crítico de balanza de pagos. Junto con los 398 millones de dólares que se anunciaron el lunes para Canadá, el importe de ayudas financieras supera los 700 millones de dólares, en un esfuerzo firme por salvar la estabilidad política y económica de las naciones norteamericanas más castigadas por el meteorito.

El azulejo aislante en la entrada de la sala de conferencias de la CAI tenía un patrón de puntos que parecían conformar un caballo. Me había dado cuenta porque llevaba una hora entera repantingada en una silla plegable en el pasillo mientras el FBI hablaba con Kenneth. Cualquier esperanza de que Nathaniel no hubiera sido envenenado se esfumó cuando Clemons nos hizo venir directamente desde el hospital para hablar con ellos.

Aun así, estaba agotada y lo único que me mantenía despierta era el hecho de que a veces babeo cuando duermo. Eso y que no dejaba de darle vueltas a la pelea con Kenneth. Tardo más de lo que

me gustaría en dejar de estar a la defensiva y de enmascararlo con rabia. La mayor parte de mi vida, incluso siendo una hija única mimada, he tenido que presionar para que me dejaran entrar. La gente intenta encasillarme y me molesta.

El hecho de que Kenneth me mantuviera todavía encasillada dentro de la anorexia nerviosa me desquiciaba.

Porque tenía razón, había tenido tiempo suficiente para comer. Porque había estado lo bastante ocupada para justificar saltarme una comida por los pelos. Porque me habían hospitalizado dos veces por ello a lo largo de nuestro matrimonio. Porque cada vez que volvía de la Luna me sentía pesada, y aunque era consciente de que se debía a la gravedad, alguna parte de mí no lo entendía, y tenía que esforzarme por tener apetito.

Me levanté y me acerqué a la máquina expendedora que estaba allí por el turno de noche. No había nadie mirando, así que acorté las zancadas para no flexionar demasiado los dedos de los pies. La cafetería estaba abierta, pero, aunque hubiera querido caminar tanto, dudaba que el FBI se *tomara* bien que deambulara por otro edificio. La máquina expendedora de Telechef Mini Expedito era una fuente de bromas constantes entre las mujeres astronautas, pero eran proteínas y calorías. La comida era combustible.

Y… no me quedaban monedas. Mierda. Las había metido todas en la cabina de teléfono para llamar a Hershel Wexler.

Se abrió la puerta y mi marido salió. Llevaba la corbata torcida y si un fotógrafo viera el estado de su pelo aprovecharía para hacer su agosto. Me apresuré a volver por el pasillo hasta él, aunque me habría gustado quedarme junto a la Mini Expedito para que viera que al menos lo intentaba.

Tenía los hombros hundidos. No lo suficiente como para que alguien que no fuera yo se diera cuenta, pero el agotamiento empezaba a pasarle factura. No se debía solo a la hora que era, a Nathaniel o al FBI; también estaba preocupado por mí.

Me detuve frente a él y le enderecé la corbata; me entretuve con el nudo para no tener que mirarlo a los ojos.

—Lo siento.

Kenneth me agarró las manos y se las llevó a los labios.

—Yo también.

—¿Señora Wargin? —Detrás de Kenneth, un agente del FBI tan delgado que dolía mirarlo apartó la vista del vendaje de mi barbilla y la dirigió a mis ojos. Tenía unos pómulos que me hicieron sentir envidia y a la vez miedo de esos celos—. Soy el agente Boone. Ya puede entrar.

—Por supuesto. —Apreté las manos de Kenneth—. Vete. Desayunaré en la cafetería antes de volver a casa.

Suavizó la mirada mientras seguía las partes no pronunciadas de nuestra conversación.

—Gracias. Y… tengo que volver a Topeka.

La capital de Kansas. Esa mañana, Kansas City era donde debía estar, pero como gobernador tenía que volver a su despacho.

—Vete. —Le solté la mano y retrocedí—. Te veo en casa esta noche.

Entré en la sala de conferencias, a la que normalmente solo accedían astronautas. En la larga y estrecha habitación, había solo otra persona, un hombre blanco de un atractivo genérico, cuyo único rasgo distintivo era una cicatriz casi imperceptible en la frente, justo debajo de la línea del pelo. Estaba sentado a un extremo de la mesa y garabateaba en una libreta sin levantar la vista.

—Mi colega, el agente Whitaker. —Boone señaló al hombre que estaba sentado y que apenas levantó la vista.

—Ah, sí. Buenos días. El director Clemons los mencionó a ambos ayer. —En la sesión informativa sobre Ícaro, me comentó que habían empezado a investigar a los conspiradores relacionados con los Seis de la Cygnus. Lo que me recordó que anoche no había tenido tiempo de leer la copia de Kenneth del informe por culpa de Nathaniel, lo que significaba que no sería capaz de hacer preguntas inteligentes—. No sé si habrá tenido tiempo de informarles de que me ha puesto al día del proyecto Ícaro.

—Sabía que iba a hacerlo. —El hombre delgado se acercó a las cafeteras de la pared del fondo—. ¿Café?

—Gracias. Espero que se encuentren a gusto en la CAI. —

Clemons había dicho que el FBI era reacio a compartir información y tenía al alcance de la mano un acceso directo a los agentes al mando del proyecto Ícaro. Era el momento de allanar el camino para que aquel hombre comenzara a acceder a nuestras peticiones. Para establecer una buena relación, le hice una oferta que nunca, jamás, había hecho en la CAI—. ¿Quiere que prepare yo el café?

Soltó una risita.

—No es necesario. El director Clemons ha hecho que nos traigan café recién hecho. Y unos dónuts, si le apetecen.

—Gracias. —No me apetecían, pero caminé hasta el fondo de la sala de todas formas. Mientras me servía una taza de café, tomé un plato de papel para un dónut. Sabía que a algunos astronautas les encantaban aquellos puñeteros dulces. Glaseados, cubiertos de chocolate o rellenos de crema. Elegí uno de los simples, sin nada—. ¿Así que creen que hay una relación entre el accidente del Cygnus y el de esta semana?

Detrás de mí, el lápiz de Whitaker golpeó la mesa con un chasquido.

—Vamos a dejar algo claro: usted no es investigadora. La han puesto al día para que haga de mensajera y hoy está aquí como testigo. Nada más.

—Por supuesto. —Sin duda creían que había una conexión. ¿Seguían tratando de implicar a la NAACP, como los abogados de la acusación que procesaban a los Seis de la Cygnus, o el FBI se concentraba en los terraprimeristas? Me volví hacia él con mi sonrisa patentada de preocupación solidaria. Mostraba transparencia y empatía al mismo tiempo, y servía para todo, desde conocer a huerfanitos hasta calmar a agentes del FBI. O al menos eso esperaba —. Estaré encantada de cooperar en todo lo posible.

Whitaker me dirigió una mirada inexpresiva que no me ofreció nada que pudiera interpretar, salvo que mi persona no le impresionaba. Levantó el lápiz y pasó una página de sus notas, trazando una línea debajo de un par de palabras.

A mi lado, Boone suspiró.

—¿Cómo toma el café?

—Sin nada más que pura y amarga oscuridad, como mi alma.

Al menos eso hizo que Boone se riera.

—Yo lo tomo con tres cucharadas de azúcar. No estoy seguro de lo que implica sobre el estado de mi alma.

—O es dulce o quiere compensar una amargura igual de profunda que la mía. Dejaré que lo decida usted mismo. —Acepté la taza de café que me ofrecía y permití que mis dedos rozasen los suyos. No era un coqueteo, pero el contacto físico, aunque sea mínimo, puede crear una sensación de afinidad. Me lo enseñaron en la escuela de señoritas y me ha sido muy útil.

—No es dulce. —Whitaker no levantó la vista de la página, pero me permití celebrar la pequeña victoria. Había conseguido que participase, aunque fuera un poco.

Boone dijo:

—Tu madre cree que lo soy.

—Con unas flores convences a mi madre de lo que sea, capullo.

—Estamos en presencia de una dama. —Boone se aclaró la garganta y me dedicó una sonrisa de disculpa—. Lo siento.

Me reí y eché la cabeza hacia atrás para mostrar el cuello.

—Por favor, que soy piloto. Esto ni se acerca a las burradas que he soltado en cabina.

Whitaker levantó la vista y la comisura de sus labios osciló como si acabase de recordar cómo sonreír. Fingí no darme cuenta y me acerqué para sentarme en una de las sillas que estaba ligeramente apartada de la mesa. La otra estaba torcida en dirección a la puerta, así que probablemente era donde Boone había estado sentado. Lo que significaba que la que había elegido probablemente fuese la misma en la que Kenneth se había sentado.

El cojín todavía estaba un poco caliente. Qué curiosos los detalles que nos derriten un poquito el corazón.

—Bueno, ¿cómo puedo ayudar? —Rompí un trocito de dónut. Las migas se me quedaron pegadas a las puntas de los dedos.

Boone se sentó en la silla que había deducido como suya y sacó una libreta del bolsillo interior de la chaqueta. Hojeó una página repleta de tinta negra con letra puntiaguda.

—¿Tiene raticida en casa?

—Lo cierto es que no lo sé. —Así que había sido talio. El dónut se desmigajaba entre mis dedos—. Debería preguntar a nuestra asistenta.

—¿Preparó ella la cena de anoche?

—Pues sí, pero… fue una tabla de sándwiches.

Me metí un bocado de dónut en la boca para ganar tiempo para pensar. El azúcar me recubrió la lengua de una dulzura gomosa. El médico creía que Nathaniel había ingerido la sustancia radiopaca unas tres horas antes de que llegara al hospital… Mierda. No había comido antes de llegar.

Tenían que haberlo envenenado en nuestra casa y el FBI pensaba lo mismo.

Mastiqué y rocé con la lengua el techo del paladar.

—¿Hubo algún otro envenenado?

—¿Probó la comida de la tabla?

Por supuesto, no iba a responder a mis preguntas.

—La asistenta me había dejado un sándwich. Era de jamón y queso con mostaza, si les sirve de algo.

Solo le había dado un mordisco.

El agente Whitaker apuntó algo en la libreta.

—¿Han comprobado la mostaza?

Boone asintió.

—Los llamaré.

Se me vinieron a la cabeza dos pensamientos a la vez. El primero era que todavía no habían descubierto el portador del veneno y estaban dando palos de ciego. El segundo era que Kenneth me había dicho que le había dado un sándwich a Nathaniel. Esos hombres estaban a punto de empezar a investigar a mi marido por intento de asesinato. No había envenenado a Nathaniel, por supuesto, pero, si la prensa se enteraba, el asunto inundaría las noticias.

—También se tomó un martini. —Si existía el infierno, estaba a punto de ganarme un billete de ida porque iba a tratar de alejarlos de mi marido usando a otra persona—. Kenneth me dijo que dejó a Nathaniel con Fernando Morales. Preparó un martini para el doctor

York, creo… No estoy segura, claro, yo estaba en la cocina en ese momento.

—¿Qué puede contarnos de Fernando Morales?

—¿Creo que es ingeniero? O profesor de baile. —Fruncí el ceño al darme cuenta de que no recordaba cuál de las dos—. Uno de los maridos es profesor de baile. No, un momento, ese es Howard Brown, porque siempre tiene unas manos de *ballet* perfectas cuando gesticula y está con los pies en tercera posición. Eso es. El señor Morales es ingeniero.

Había activado mi parte parlanchina de *socialité* porque quería alejarlos de Kenneth tanto como fuera posible. Reduciría su confianza en mí para el proyecto Ícaro, pero eso ya estaba claramente condenado.

Sonreí a mis interlocutores.

—Es el marido de Fiorina Morales y el miembro más reciente del club. Se unió el año pasado cuando su esposa dejó la tierra para la última parte de la formación. Ahora está en la Luna come técnico de trajes. Supongo que querrán que les hable de todos los maridos. El señor Whitney es oficial de la marina y estuvo en un submarino durante la guerra. Lo recuerdo porque siempre se jacta de que ser bajito es una ventaja. Su esposa es Deana Whitney, una astronauta nativoamericana de ascendencia cheroqui. A su hijo le encantan los dinosaurios y siempre se lleva uno de sus dibujos a la Luna. ¿No es adorable? Me cuesta creer que alguno de ellos haya traído raticida a nuestra casa solo para matar a Nathaniel York…

Cesé el parloteo de golpe.

—Disculpen, pero ¿estamos seguros de que Nathaniel era el objetivo? —Las piezas de la noche anterior se reorganizaron en mi cabeza—. ¿Y si alguien intentaba matar a Kenneth?

El agente Whitaker ni siquiera levantó la vista de la libreta. Boone dio un sorbo de café y dejó la taza en la mesa.

—¿Ha recibido amenazas?

—Es el gobernador del estado, por supuesto que las ha recibido. Ya le llegaron amenazas cuando era alcalde por culpa de unas begonias. —Me incliné hacia delante en la silla para tratar de atraer

la atención de los dos—. Anteanoche hubo unos disturbios en su recaudación de fondos. ¿Y ahora veneno en nuestra casa?

—Son dos cosas muy diferentes.

Mi rabia cambió de objetivo. Ni siquiera iban a considerarlo. Entonces un vacío me succionó toda la ira y me dejó fría.

—Dejamos a su guardaespaldas con Nathaniel.

—Fue muy amable de su parte. —La boca del agente Boone se estiró en el rictus de una sonrisa—. Hemos enviado agentes a vigilar la habitación del doctor York, así que no tiene que preocuparse por él.

Puse el tono más aristócrata del que era capaz.

—Aunque me preocupa Nathaniel, también temo que hayamos dejado a mi marido expuesto al centrarnos en la amenaza equivocada. ¿Qué van a hacer con respecto al gobernador Wargin?

El agente Whitaker dejó de garabatear y levantó la cabeza de la libreta.

—Seguiremos haciendo nuestro trabajo, que consiste en investigar las amenazas creíbles y los delitos reales. —Trazó una línea en la página—. Ha mencionado que el señor Morales era ingeniero. ¿En qué departamento?

No iban a hacer nada. La habitación se tiñó de rojo por el calor de mi rabia. Asesinaría a cualquiera que se atreviera a tocar a Kenneth. Que Dios me ayude, ya estaba enfadada por lo que le había pasado a Nathaniel, pero, si Kenneth había sido el objetivo, no habría un cohete lo bastante grande para escapar de mí.

Cuando por fin me liberé de las garras de Whitaker y Boone, había acumulado tanta rabia que temblaba. No querían hablarme de Icaro ni que mi cabecita se preocupase por Kenneth. Pero, si no me equivocaba, en ese momento iba en un tren sin guardaespaldas.

Salí de la sala y corrí al segundo piso. Tenía que elegir entre el ascensor, que era más lento, o las escaleras, que me harían daño en los pies. Di prioridad a la velocidad y decidí que podía subirlas en falda y tacones, aunque me costase. A cada paso sentía como si

alguien tratase de cortarme los dedos.

Había un teléfono en una de las salas de reuniones. Empujé la puerta con el hombro y…

Clemons y Halim levantaron la vista hacia mí. El director se apartó el puro de la boca.

—Ah, Wargin, qué bien. ¿Cómo le ha ido con el FBI?

—Todo bien. —El teléfono estaba en la mesa junto a Halim—. ¿Hay alguna novedad del doctor York?

—Quiere que alguien le lleve las cosas del despacho. —Clemons negó con la cabeza—. Se lo hemos impedido. ¡Envenenado! Un asunto muy feo.

—Así es. —Retrocedí un paso mientras pensaba dónde habría otro teléfono cerca.

Halim levantó una mano.

—Espera, Nicole. ¿Sigues dispuesta a llenar un hueco en una simulación del Sirius? La mujer de Al-Zaman se ha puesto de parto, así que ha tenido que dejarlo. Es el asiento central.

El asiento central. Copiloto.

Clemons arqueó las cejas.

—No puedes meterla sin ninguna formación.

—Nicole se lee los manuales por diversión. Y es la primera vuelta.

Los momentos así son los que me demuestran que no hay Dios. Aunque, si de verdad existe, es voluble y cruel.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, si estás dispuesta. —Halim asintió, como si quisiera darme ánimos.

Ya había estado en el simulador del Sirius, no porque me lo hubieran asignado, sino porque quería estar preparada. Por si acaso. Y el «por si acaso» había llegado.

—Tengo que hacer una llamada antes. ¿Me da tiempo?

—Por supuesto. —Clemons me estudió envuelto en una nube de humo—. Pero, Halim, ha pasado toda la noche en vela en el hospital. Aunque se sepa los manuales, estará agotada.

—Estoy bien. —Estaba hecha un trapo. Tenía una mancha de

sangre en el puño de la camisa, pero también una postura perfecta y el pintalabios impecable, lo que era perfecto para disimular una infinidad de pecados—. Solo tengo que hacer una llamada.

—Tampoco puede hacer la simulación en tacones.

Lo cierto era que podría, pero no era el momento de sorprenderlos con tal revelación.

—Tengo ropa para cambiarme en el despacho. Pero necesito un teléfono. ¿Por favor? Tengo que… —Una alarma se disparó dentro de mi cabeza. Si le contaba a Clemons que me preocupaba Kenneth y por qué, no me permitiría ir al simulador. Diría que estaba distraída—. En realidad, tengo uno en mi despacho. Llamaré desde allí después de cambiarme. Estaré en el CMVE en media hora.

—¿Y la barbilla?

—Caballeros, estoy bien. Esto es lo que va a pasar. Voy a ir a mi despacho para cambiarme de ropa y llamar por teléfono. Entre tanto, Halim va a llamar al CMVE y les va a avisar del cambio de personal. —Asentí en su dirección—. Gracias por la oportunidad. Me marcho ya para no hacerles esperar.

Hui antes de que pudieran detenerme. Bajé corriendo las escaleras, me subí a una de las omnipresentes bicicletas del recinto, me subí la falda y pedaleé hasta el edificio de los despachos de los astronautas. Subí corriendo los escalones hasta el mío y fingí que el dolor de pies era parte del entrenamiento. El truco me serviría quizás una vez más antes de empezar a cojear.

Cuando llegué al despacho, tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor. Cerré la puerta de una patada y me lancé a por el teléfono. Con el auricular sujeto entre la oreja y el hombro, marqué con una mano y abrí la taquilla con la otra.

El teléfono sonó una vez y la secretaria de Kenneth respondió.

—Despacho del gobernador Wargin. ¿En qué puedo ayudarle?

Me quité los zapatos.

—Soy la señora Wargin. ¿Está el gobernador?

—No, señora, todavía no ha llegado. Lo esperamos en el tren de las diez y media. De hecho, el conductor acaba de salir a buscarlo.

Mierda. ¿Lo esperaba o me marchaba al CMVE?

—¿Está Medgar Davis?

—Sí. Un momento, le transfiero la llamada.

Me temblaban las manos mientras me desabrochaba los botones de la falda. Me la quité y saqué un pantalón de la taquilla. Mientras saltaba sobre un pie con el otro a medio camino de la pernera del pantalón, el jefe de personal de mi marido respondió.

—Hola, señora Wargin, ¿cómo está?

—Creo que es posible que alguien haya tratado de matar al gobernador. —No tenía tiempo para formalidades—. ¿Sabe lo del doctor York?

—Sí. El gobernador me llamó para informarme antes de subir al tren. —La voz del señor Davis era siempre tranquila. Lo adoraba.

—Existe la posibilidad de que el veneno se administrase en nuestro apartamento la noche de póquer. —Estaba siendo alarmista, pero prefería exagerar a ignorar un posible peligro para mi marido —. Además, están los disturbios de la noche anterior. No sé si los hechos están relacionados, pero ¿podría tomar precauciones, por si acaso?

—Por supuesto, señora.

Me quité la camisa manchada de sangre y sudor.

—Gracias. Dígale también que llame cuando llegue. Solo para saber que está bien.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Eso es todo. —Descolgué la camisa limpia y la percha cayó al suelo—. ¡Gracias!

En cuanto colgué el teléfono, me puse la camisa limpia, que se me pegó al torso por el sudor. Esperaba equivocarme al pensar en que Kenneth fuera el objetivo. Ojalá me equivocase, por favor. Me calcé las zapatillas y salí corriendo por la puerta otra vez.

Durante todo el trayecto por las escaleras, traté de ignorar los pensamientos del tren de Kenneth descarrilando o un asesino acechándolo con un cuchillo. Tenía que recuperar la mentalidad de astronauta y concentrarme en el Sirius. No había nada que pudiera hacer en cuanto a Kenneth que no hubiera hecho ya.

Salí corriendo al exterior y…

—Mierda.

Alguien se había llevado la bici. Es el problema de las bicicletas omnipresentes, que, como siempre estaban ahí, cualquiera podía llevárselas. Pues vale. Estaría todavía más sudada cuando llegase al CMVE, pero llevaba zapatillas de deporte y a veces había que aguantarse e ignorar el dolor.

El CMVE estaba a menos de un kilómetro, corría más distancia cuando hacía ejercicio. Salí a un trote constante bajo la hermosa humedad de Kansas. Los primeros pasos me dolieron cuando mis huesos se movieron y se rozaron unos contra otros, pero luego se relajaron. Para cuando llegué al CMVE, los pies no me dolían más que en un salón de baile y estaba empapada en sudor, lo que sería muy agradable para todos los que entrasen conmigo en el simulador.

Abrí la puerta del edificio de un empujón mientras pensaba en si me daría tiempo a pasar por el baño y secarme un poco, o al menos a limpiarme las axilas. El bendito aire acondicionado me golpeó en la cara dándome la bienvenida con una brisa fresca.

Y me desmayé.

CAPÍTULO 8

LA ENERGÍA NUCLEAR SUPONE GRANDES AHORROS

Un estudio de la AEC afirma que las plantas de energía nuclear son vitales

> Chicago, 30 de marzo de 1963 — UPI — El director de la división de desarrollo de reactores de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos ha declarado hoy que la energía nuclear con aplicaciones pacíficas podría suponer un ahorro en el coste de la electricidad para los consumidores estadounidenses de «entre cuatro y cinco miles de millones anuales para el año 2000». La comisión ha determinado que, si no se empiezan a utilizar formas de energía suplementarias, el ritmo de lanzamientos de cohetes de la CAI y los esfuerzos de recuperación en curso por el meteorito provocarán que la nación agote sus «reservas de combustibles fósiles disponibles y de bajo coste en cuarenta o sesenta años».

Recuperé la consciencia poco después de caer al suelo. Lo sé porque la gente todavía venía corriendo hacia mí cuando me incorporé. Todos los que estaban en el CMVE me rodearon, así que no traté de levantarme todavía, solo los saludé con alegría desde el

suelo.

Curt iba en cabeza y se deslizó de rodillas frente a mí, con los ojos azules entrecerrados de preocupación.

—¿Estás bien?

—Estoy avergonzada. Es la segunda vez en veinticuatro horas que me has visto por los suelos. —Me incorporé y le guiñé un ojo—. Espero que no se convierta en costumbre.

Rachel Gutin, una de las nuevas calculadoras de vuelo, se acercó corriendo.

—¿Está todo…? ¿Qué te ha pasado en la barbilla?

—Tuvo un accidente en el entrenamiento de ayer. El POGO falló.

—No me he dado en la cabeza. Venía corriendo desde el despacho y el cambio de temperatura me ha pillado por sorpresa. Nada más. —Me incorporé sobre las rodillas y me moví con cuidado por si volvía a desmayarme—. Siento haberos hecho esperar, pero ya estoy bien.

—Estás sudando a mares. —Curt se levantó detrás de mí con las manos extendidas por si me caía otra vez.

—Ya he dicho que he venido corriendo, no era una exageración.

Nadie se movió, pero las palabras de Curt eran ciertas. Estaba empapada en sudor y el corazón me latía más deprisa de lo que debería, incluso después de la carrera. Porque no había comido.

—He tenido una noche muy larga. Halim lo sabe y me ha mandado aquí de todos modos, así que ¿qué tal si empezamos?

Más gente se había reunido a nuestro alrededor. Se diría que todas las personas relacionadas con el simulador, los aprendices, los preparadores, los técnicos, todos habían decidido venir a echarle un vistazo a la mujer que se ha desmayado. Desde un lado de la maqueta de Sirius, donde estaban las estaciones de monitorización, Ana Teresa Almeida Brandáo trotaba hacia mí con el botiquín.

Mierda. Una médica aeroespacial. Ana Teresa tenía potestad para impedirme volar. Gritó:

—¡Curt! ¡Acércale una silla!

—De verdad que estoy bien. —Si dispusiera de unos minutos

para recomponerme, y tal vez sacar algo de la máquina expendedora, estaría como nueva.

Ana Teresa me miró como si la diferencia de altura entre las dos la cabrease.

—Siéntate.

—Estoy…

—Siéntate. Si no te sientas, asumiré que no puedes comprender las instrucciones básicas y, por tanto, no deberías volar. —Se acercó un paso más—. Siéntate. Ya.

—Sí, señora. —Me acomodé en la silla que me había traído Curt—. Pero de verdad que estoy…

—Podrían decapitarte y seguirías insistiendo en que estás «bien», por favor. Conozco muy bien a los pilotos. No me tomes por tonta. —Sacó un puntero de luz no sé de dónde y me iluminó los ojos—. ¿Cuándo te golpeaste la cabeza?

—No es… —Me mordí los labios para no gritar. Respiré hondo y me obligué a sonreír—. ¿Podemos hablar en privado?

Me fulminó con la mirada. En realidad, no había dejado de hacerlo en ningún momento. Ana Teresa me caía bien, pero cuando trataba a los pacientes me recordaban a un terrier enfadado. Miró a los hombres que nos rodeaban—. ¡Largo de aquí! Cada mochuelo a su olivo.

Ver a media docena de hombres escabullirse con miedo a que fuera a arrancarles las pelotas de un bocado fue uno de los únicos placeres del día. Cuando se marcharon, dijo:

—Si me vas a decir que estás embarazada…

Se me escapó una risotada.

—Dios, no. Ni siquiera es posible. —Levanté la mano para evitar preguntas—. Me he olvidado de desayunar. He pasado toda la noche despierta con un amigo que tuvo que ir a urgencias, Halim ya lo sabe, así que me olvidé de comer, y luego el aire acondicionado me golpeó como una tonelada de ladrillos. Déjame que saque algo de la máquina expendedora y todo arreglado.

—Una exposición repentina al frío no causaría un desmayo. —Se cruzó de brazos y me miró con más dureza—. ¿Cuándo comiste

por última vez?

Odio esa pregunta.

—¿Una comida completa? —Antes de ayer—. Ayer me comí medio sándwich. Y un dónut esta mañana.

—Y ayer te diste un golpe en la cabeza.

—En la barbilla. No tengo el cerebro en la barbilla.

—Para tener una conmoción cerebral por latigazo cervical no hace falta un golpe directo en la cabeza.

Me incliné hacia adelante y apoyé los codos en las rodillas. Me concentré en mirarla, porque si no, iba a echarme a llorar, y no soy una mujer que llora.

—Por favor. Es solo una simulación. Van a dejar que me siente en el asiento del copiloto. Nunca han permitido que una mujer finja siquiera pilotar un Sirius. Por favor. Por favor, déjame hacer esto.

Frunció los labios, hizo una mueca y apartó la mirada.

—Lo siento, pero no.

—Por el amor de…

—No. Porque si te desmayas aquí, se puede justificar como algo puntual. Un día de descanso y se acabó. Pero ¿si te desmayas ahí? Entonces es porque pilotar un Sirius es demasiado duro para una mujer. —Ana Teresa me devolvió la mirada y sentí cada golpe que había tenido que soportar para graduarse en medicina—. Dime que me equivoco.

No se equivocaba. ¡Joder!

Me senté a la mesa de mi despacho con una bandeja de la cafetería. Acorde a mi habitual reacción exagerada, la había llenado con montones de puré de patatas, verduras hervidas, lentejas al *curry*, pollo a la parmesana y dos tipos distintos de tarta. Reconocer un ciclo y ser capaz de detenerlo no es lo mismo.

Me froté la frente para intentar librarme del dolor de cabeza. Era probable que desapareciera después de comer algo. Me apreté los párpados con las palmas. Había estado muy cerca de entrar en esa cabina. Aunque solo fuera un simulacro, era un asiento de

copiloto en uno de los grandes cohetes, y era solo culpa mía no estar allí.

Suspiré y bajé las manos. Tenía más de cincuenta años y me había esforzado mucho para aprender a controlarme a mí misma. Abrí el cajón derecho del escritorio y saqué el frasco de pastillas Miltown.

Ya no lo tomaba a menudo, pero había días en los que tomar algo para calmarme tenía más sentido que intentar pelear para superar el día por mi cuenta. Se me revolvía el estómago al pensar en comer. Pero ¿una pastilla y un poco de agua? Era soportable. Al menos, había dejado atrás los días de mezclar pastillas con martinis.

No me hizo efecto hasta pasados unos veinte minutos, pero me relajó el mero hecho de volver a ejercer cierto control sobre mí misma. En mi siguiente demostración de autocontrol, comería una cantidad razonable de comida.

—La comida es combustible. —Di un bocado a las verduras y eché un vistazo al buzón de mensajes.

Había recibido una llamada mientras estaba fuera del jefe de personal de Kenneth. Mi marido había llegado sano y salvo en el tren y estaba en su despacho de la capital de Kansas.

Dejé escapar otro suspiro con la potencia del despegue de un cohete. Rara vez agradecía equivocarme, pero este era un buen ejemplo de ello. Por supuesto, eso empeoraba los sucesos del día, porque significaba que sin duda habría tenido tiempo de desayunar. Había asumido que Nathaniel no había comido nada en el trabajo, porque yo no lo había hecho y porque tenía cara de pasar hambre. Tomé un poco de puré de patatas que, incluso en mi estado actual, estaba infinitamente más rico que los copos de patata deshidratados de la Luna. Tenía un sabor natural, a tierra.

«A tierra» tenía un significado muy diferente en la colonia lunar. ¿Habría comido algo Nathaniel antes de venir a nuestra casa? Descolgué el teléfono, marqué el número del hospital y pregunté por su habitación.

El teléfono sonó tres veces y luego se oyeron rozaduras contra el soporte como si lo arrastrasen. Sentí una punzada de pánico por si lo

había despertado.

—¿Diga? —Incluso en solo dos sílabas, su voz ya sonaba más fuerte que por la mañana.

—Nathaniel, hola. Soy Nicole. ¿Cómo estás?

—Como si alguien me hubiera abierto y sacado las tripas.

—Tienes derecho a sentirte así después de que te abran en canal y te saquen las tripas.

Soltó una risotada y luego siseó.

—Esto de no reírse es un problema.

Bromeaba, lo cual era buena señal. Aunque seguiría aturdido y descentrado durante días. El médico había dicho que no debíamos estresarlo, lo que me hacía dudar si había hecho bien en llamarlo. Revolví el puré de patatas con el tenedor.

—¿Qué ha dicho el médico?

Lo había estructurado como una pregunta de respuesta abierta y la forma en que decidiera responderla me diría mucho. Nathaniel suspiró.

—¿Te refieres al veneno para ratas? Me preguntó si había estado en contacto con talio en el trabajo.

—¿Y ha sido así?

—No. —Mientras esperaba a que siguiera hablando, apreté el teléfono con fuerza contra la oreja y escuché un pequeño suspiro—. Es que… No entiendo por qué.

—Has sido la cara del programa desde que el presidente Brannan anunció que teníamos que salir del planeta. La gente… —Me contuve antes de justificar de ninguna manera a la persona que le había hecho esto—. No lo sé. Es horrible.

—Nadie se lo ha dicho a Elma, ¿verdad?

—No que yo sepa. —Dudé mientras dejaba el tenedor en la mesa y luego lo volvía a recoger—. Creo que deberías decírselo.

—No es un buen momento.

Solté una carcajada que rebotó en las paredes de mi pequeño despacho.

—¿Cuándo es buen momento para descubrir que al marido de una lo han envenenado y tiene una úlcera péptica? —Comí un

bocado de puré y me aparté el auricular del teléfono de la boca para que el micrófono no captara el grotesco sonido de la masticación.

—Técnicamente, ya no tengo una úlcera. —Volvió a suspirar—. Se lo contaré, pero no ahora.

—Escucha, Nathaniel. ¿Comiste algo antes de venir a nuestro apartamento?

—Has hablado con los agentes del FBI. —El teléfono crujió cuando se movió—. Café. Puede que un dónut en algún momento del día. La verdad es que no lo recuerdo. El cohete… No me concentré en nada más.

—Claro.

—Y para ahorrarte las mismas preguntas que me hicieron ellos, me tomo el café con un terrón de azúcar y un poco de nata.

—Gracias. —Me humedecí los labios y recordé mis estancias en una cama de hospital—. ¿Necesitas algo? Puedo pasarme por tu casa si quieres.

—En realidad, sí. Es una tontería, pero ¿te importaría pasarte por la sala de teletipos para ver si hay correo de Elma?

—No es ninguna tontería.

—Lo que viene ahora sí lo es. ¿Sabes que las transmisiones tienen algo de basura en ambos extremos? ¿Podrías traer eso también? Sé que es ridículo, pero empieza a transmitir en cuanto se enciende y, aunque sea basura, es basura que ella ha tocado.

Qué raro, pero sabía que estaba bastante drogado.

—Claro. Sin problema.

—Y… —Tragó saliva—. Si no es pedir demasiado, tengo un ejemplar de *Los cuentos de así fue* en mi mesa. ¿Te importaría traérmelo?

Me reí.

—Cuando Clemons me dijo que habías intentado que te llevasen las cosas del despacho, pensaba que serían planos. ¿Un libro? Te lo llevaré con mucho gusto.

—Lo cierto es que también quería los planos, pero me colgó antes de que terminase de pedirlos. Supongo que no…

—No me obligues a colgarte.

Se rio y volvió a sisear.

—No hay prisa, si estás trabajando…

—Que va. —Debería estar en una simulación—. Iré enseguida, en cuando termine de comer.

Recoger la última carta de Elma fue fácil. No leerla supuso un grandísimo esfuerzo que la mayoría no apreciaría. Metí el papel de teletipo en un sobre y lo guardé en el bolso; aunque me quemaba con el calor del sol, no cedí a la curiosidad y no lo leí.

Ojalá fuese algo de lo que de verdad sentirme orgullosa.

Con la carta en mi poder, me dirigí al despacho de Nathaniel, que estaba en un edificio más allá del Centro de Control. Había muchos coches negros aparcados fuera del edificio de ingeniería. Algunos ingenieros se arremolinaban en la acera, hablando en grupitos o barajando papeles en las manos. De vez en cuando, alguno miraba hacia el edificio, donde un hombre con un traje negro sencillo esperaba delante de la puerta.

Cuando me acerqué por la acera, el hombre levantó la mano antes de que llegara a la puerta. Incluso detrás de las gafas de sol, vi cómo estudiaba el vendaje de mi barbilla y procedía a analizarme e identificarme. Era evidente que pertenecía al FBI, pero fingí no darme cuenta de su falta de sutileza. En cambio, me detuve y levanté una ceja.

—¿Puedo ayudarlo?

—Me temo que la entrada a este edificio no está permitida en este momento.

Eso explicaba a los ingenieros merodeando por la acera, pero quería saber por qué.

—Tengo identificación. Vengo a hacer un recado para el doctor York, el doctor Nathaniel York.

Sus hombros se tensaron una milésima de segundo cuando dije el nombre de Nathaniel, lo suficiente para indicarme que mi corazonada era correcta. El FBI estaba registrando su despacho.

—Lo siento, señora. No puedo dejarla pasar.

Separó un poco los pies como si se preparase para enfrentarse a mí.

No era un hombre al que pudiera hacer frente con bravuconerías, así que ignoré todas las tácticas que habría desplegado en otras circunstancias y fui directamente a por la línea de mando.

—Entiendo. ¿Puedo hablar entonces con el agente Boone? Estoy segura de que comprenderá la naturaleza del recado.

—No está disponible.

—¿Y el agente Whitaker? —Seguramente sería igual de inflexible que aquel patán, pero al menos podría persuadirlo para traerme el libro.

—No está disponible.

Apreté los dientes tras una sonrisa.

—Entonces, tal vez podría indicarme quién está al mando.

—Lo siento, señora. Tengo que pedirle que siga su camino. —Inclinó la cabeza hacia abajo y me devolvió una sonrisa igual de falsa que la mía—. No puedo permitirle la entrada en este momento.

—Está bien. Sin duda, les agradezco sus servicios. Estoy segura de que todo el mundo se siente mucho más seguro sabiendo que están trabajando en el caso.

El sarcasmo no siempre es la respuesta más útil; el hombre dio un paso hacia mí.

—¿Cuál es la naturaleza del recado?

—Venía a recoger un libro infantil para un amigo enfermo.

Me di la vuelta y me alejé, porque de repente me di cuenta de que no quería provocarlo para que me registrara, no mientras tuviera la carta de Elma para Nathaniel. Seguro que esos cabrones la confiscarían para su investigación. Nathaniel ya disponía de pocos consuelos sin perder también eso.

Sin embargo, el orgullo me obligó a lanzar un último disparo de despedida por encima del hombro.

—Le haré saber al doctor York que su libro no está disponible en este momento.

CAPÍTULO 9

MILES DE PERSONAS HUYEN DE LAS INUNDACIONES

Tres estados devastados por las lluvias y los tomados piden ayuda al presidente

Harlan, Kentucky, 30 de marzo de 1963 — AP — Los torrentes crecidos por la lluvia han bajado hoy desde las montañas del sureste de Kentucky y han dejado a miles de personas sin hogar y causado pérdidas de millones de dólares en daños materiales en veinte condados. Los meteorólogos achacan el aumento de tornados e inundaciones al cambio climático, provocado por el impacto del meteorito hace once años. Las inundaciones, que han afectado gravemente a los estados colindantes de Tennessee, Virginia y Virginia Occidental, se produjeron después de que los tornados dejasen un rastro de muerte y destrucción en partes de Misisipí, Alabama y Georgia.

Cuando entré en la habitación de hospital de Nathaniel, pensé que estaba dormido. Avancé de puntillas para evitar que los tacones retumbaran contra el linóleo. También me detuve un momento y le miré el pecho para asegurarme de que respiraba.

Tenía la mandíbula relajada y la cabeza inclinada hacia un lado. Algunos mechones sueltos de pelo rubio le cubrían la frente. No tenía mejor aspecto que antes, pero, al estar dormido, parte de la tensión había desaparecido de sus rasgos.

La puerta se cerró detrás de mí y abrió los ojos. Eran muy azules, como el cielo en un día despejado. Nathaniel sonrió.

—Hola.

—¿Qué tal estás?

—Mejor. —Se removió en la cama, que estaba un poco elevada—. No sé si es por la morfina o por la cirugía.

—Según mi experiencia, la morfina no está nada mal. —Dejé las bolsas que había traído y acerqué una silla para sentarme a su lado. Si no tuviera que marcharme a Brasil y después a la Luna, tal vez habría esperado, pero tenía cosas que decirle y tenía que hacerlo en persona. Siendo sincera, si hubiera esperado, probablemente habría encontrado una excusa para no decir nada—. Oye, Nathaniel.

—Ay.

Levanté las cejas.

—¿Tan transparente soy?

—Me vas a hacer pagar la limpieza de la alfombra, ¿verdad?

—Peor. —Sonreí, contenta de que bromease. Luego suspiré y acerqué la silla—. He pasado por tu apartamento de camino para traerte algunas cosas.

—Gracias. —Frunció el ceño—. ¿Cómo has entrado?

—Por favor, el día que no sea capaz de convencer a tu casero para que me abra una puerta, será el día en que tenga que devolver el carné de dama de la alta sociedad. Pero, en realidad, vuestra llave de repuesto sigue debajo del ladrillo del patio. —Me encogí de hombros—. Me acordaba de cuando regaba las macetas.

—Vale. ¿Y por qué vas a echarme la bronca?

—Nathaniel, no tienes comida en casa.

Dejó de moverse e incluso su respiración se detuvo por un momento.

—¿Has rebuscado en mi cocina?

—Sí y no voy a disculparme por ello. —Ni siquiera tenía judías

enlatadas en la despensa—. Lo único que encontré fue inedia botella de leche que tenía pinta de llevar allí desde que Elma se fue y un paquete de galletas saladas.

Tragó saliva y miró por la ventana. No se veía nada más que otro edificio.

—Me acabo de mudar.

—Hace semanas.

—No tiene sentido cocinar para uno, y menos con la cafetería de la CAI.

—Sientes que tu vida está fuera de control sin ella, ¿verdad? Pero no hay nada que puedas hacer por Elma que no hayas hecho ya, así que…

—¿Qué quieres decirme?

Suspiré y me pasé la mano por la cara. Tenía que buscar otro ángulo y esa era una conversación que no quería tener. Nunca. Pero tenía que conseguir que me escuchara.

—Cirugía abdominal.

—¿Qué? —Sintió suficiente curiosidad como para mirarme.

—Me hicieron una histerectomía de urgencia después del quinto aborto. —Junté los dedos y miré el anillo de bodas con el gran diamante que Kenneth me había regalado hacía muchos años—. El embarazo había avanzado lo suficiente como para que pensáramos que podría llegar a término, así que técnicamente fue una mortinata. Evelyn Marie Wargin. Todavía parecía embarazada después, así que dejé de comer.

—Yo no…

—Odiaba mi cuerpo y odiaba sentirme impotente. La comida era una cosa, una sola cosa, sobre la que tenía control total. Kenneth tuvo que internarme. —Me dolían los dedos de apretarlos—. Después del meteorito, lo volví a hacer. Ha habido otras veces, pero esas dos terminé en el hospital.

Más allá de las ventanas, un tranvía pasó con estrépito. En el vestíbulo, alguien empujaba un carro con una rueda que chirriaba. Tragué y volví a tragar antes de levantar la vista. En su rostro se reflejaba la expresión de lástima y horror que temía.

Levanté la barbilla y tomé aire.

—Tienes que comer. No tiene que gustarte, pero debes comer.

—Lo hago. Es que… Solo estoy ocupado. —Tiró del borde de la manta como si recolocarla ocultase lo delgado que estaba—. Y me han envenenado, ¿no te acuerdas?

—Por supuesto. —El veneno no era ni de lejos el único problema—. Entonces no te importará que Myrtle y yo te llenemos la despensa.

—En realidad, sí. No me hace gracia que me traten como a un niño.

Me humedecí los labios y miré por la ventana el ala del hospital que teníamos enfrente. Las ventanas reflejaban un cielo plateado pálido. Forzarlo serviría tan poco como conmigo. Me puse la máscara de buena anfitriona y me incliné hacia el bolso con una sonrisa—. Te he traído la carta de Elma. Con la basura, rarito.

—Gracias. —Se incorporó apoyándose en el codo para cogerla —. ¿Y el libro?

Negué con la cabeza y rebusqué en el bolso.

—El FBI no me dejó entrar en el edificio de los despachos, así que te he traído el que estaba en la mesita del salón.

Nathaniel aceptó el libro de bolsillo de *The Mile-Long Spaceship*, de Kate Wilhelm, y se le ensombreció la expresión.

—Gracias. Es solo que… ¿Crees que, si los llamo, te dejarán ir a por él?

—¡Ajá! —Con una floritura, saqué una copia de *Los cuentos de así fue* del bolso—. He pasado por una librería de camino. ¡Tachán!

Se le hundieron los hombros y, por un segundo, casi me creo su sonrisa.

—Granas, eres muy amable.

—¿Me he equivocado? Era el de Kipling, ¿verdad?

—Sí. —Aceptó el libro y hojeó las páginas—. Pero es una edición diferente. Me gustaban las ilustraciones de la nuestra. —Junté las piezas en mi cabeza: la basura del teletipo, una edición específica, la decepción—. ¿Elma y tú os enviáis mensajes codificados con el libro?

Nathaniel manoseó el ejemplar de *Los cuentos de así fue* y se le cayó por un lado de la cama. No sabía cómo sobrevivía a las partidas de póquer.

—No, eso es… Mierda. —Dejó caer la cabeza de nuevo sobre la almohada y puso los ojos en blanco hacia el techo—. Sí. Por favor, no se lo digas a Clemons.

—Cariño, creo que es brillante.

Se rio y se llevó una mano al costado.

—¿Cómo lo has sabido?

—Salí con un compañero de inteligencia durante la guerra. —Más de uno, en realidad, pero eso no venía al caso—. ¿No puedes leer el mensaje de la basura sin el libro?

—Puedo sacarlo a lo bruto. —Nathaniel entrecerró los ojos para mirar la página—. Normalmente.

—Pero un código con un libro… —Me callé, porque la basura del teletipo eran casi todo letras y un código de libro necesitaba números. Página, línea y palabra.

—No es un código de libro como tal. Es un cifrado César. — Se frotó la frente mientras miraba el papel y las líneas volvieron a marcarle la piel mientras lo observaba—. Usamos el libro para elegir una palabra clave diferente cada vez. Las letras del alfabeto se mezclan para poner la palabra clave al principio de…

—Sé cómo funciona un cifrado César, Nathaniel. —Me levanté y estiré el brazo hacia el papel—. Dame eso.

—¿Qué?

Agité los dedos.

—Te lo voy a descifrar.

Se puso rojo. Una buena señal, pues significaba que tenía suficiente sangre para sonrojarse.

—Son bastante personales.

—Aunque no lo creas, tu mujer y yo hablamos de muchas cosas. Espero que no pienses que soy tan delicada como para escandalizarme u ofenderme por insinuaciones que impliquen cohetes, propulsores o inserciones orbitales. —Tensé el brazo—. ¿Acaso te crees capaz de descifrar un código bajo los efectos de la

morfina, al día siguiente de que te hayan envenenado y después de pasar por una cirugía de tal calibre?

Se aclaró la garganta.

—Eh…

—¿Se dará cuenta Elma si no le respondes y no dices nada sobre el contenido de la «basura»?

Suspiró de forma dramática y me entregó la carta.

—Como le cuentes algo de esto a alguien…

—Te morirás de vergüenza, lo sé. —Me acomodé en la silla y saqué un lápiz del bolso—. Qué delicaditos sois los hombres a veces.

(En respuesta a tu pregunta, leí tu última carta en el módulo de jardinería. Mientras tus manos se ocupaban de conseguir el máximo empuje en casa, yo me encargaba de calcular el ángulo de entrada adecuado. Espero que podamos comparar cifras cuando regrese. Me muero de ganas de aterrizar).

Querido Nathaniel:

Me cuesta creer que ya estemos a mitad de camino de Marte. El problema es que cada vez que alguien lo dice, pienso durante unos segundos que eso significa que a mitad de la misión, pero en realidad aún faltan años para vernos. Aquí todo va tan bien como se puede esperar.

Terrazas no deja de insistir en que hagamos otra radionovela solo por romper la rutina. Es curioso lo mucho que echo de menos escuchar las emisiones de radio de la Tierra. Florence cree que en una misión futura podríamos crear una gran red de comunicaciones uniendo las tres naves de alguna manera. Seguiría habiendo retraso, por supuesto, pero sería agradable escuchar las voces de casa.

Te echo de menos.

Con amor,
Elma

(Sigo preocupada por Florence y Leonard. Lo único que veo cuando Parker publica la lista de turnos es que solo les asignan tareas de limpieza y mantenimiento. Supongo que no es del todo cierto, ya que Florence está en comunicaciones, pero hace mucho que ninguno de los dos han

rotado a ninguna de las partes científicas de la misión. Lo achacaría a que el FBI sigue fastidiando a Leonard, salvo que también afecta a Florence. Ella no estaba en el Cygnus con nosotros, pero ambos son miembros de la NAACP. ¿En qué narices piensa el FBI?).

Cuando terminé de descifrar el código, la clave parecía ser «armadillo». Le entregué la carta traducida a Nathaniel sin mediar palabra. Se puso como un tomate al leer la primera parte, no me extrañaba. No por el contenido, sino porque sus insinuaciones sobre cohetes eran vergonzosas. Estaban casados, por amor de Dios. No pasaba nada por decir «polla» y «masturbarse» como los adultos. Pobres inocentes. Recuerdo cuando le mostré a Elma mi vibrador en la Luna y pensé que su traje especial iba a derretirse por el calor de la vergüenza. Era adorable.

Pero la segunda parte de basura traducida hizo que Nathaniel frunciera el ceño. Se mordió el labio inferior y, por fin, se aclaró la garganta.

—Dado que ya lo sabes, ¿estarías dispuesta a enviarle un mensaje por mí? Puedo reutilizar su código.

Había esperado esa oportunidad desde que empecé a traducir el texto. No fue lo primero que se me ocurrió. De entrada, solo quería que el hombre dejase de intentar trabajar. Por suerte o por desgracia, nunca dejo de buscar ángulos y oportunidades. Una persona más amable habría dicho que sí sin dudarlo, pero Nathaniel me había ofrecido algo con lo que negociar y tenía intención de aprovecharlo. Si no hubiera estado en su casa, era probable que lo hubiera usado para insistir en que le contara a Elma lo ocurrido, pero… Quería que estuviera vivo cuando ella volviera a casa.

Me senté más erguida.

—Con una condición.

—No se lo voy a contar. Ahora no.

—Por suerte para ti, esa no es la condición. —Crucé las piernas y me acomodé en mi silla como si no me importase—. Mandaré tus mensajes y recogeré los que recibas hasta que me envíen a Brasil, solo si aceptas que Hershel venga y prometes comer siguiendo un

horario regular y regulado.

—Eso son dos condiciones.

Incliné la cabeza y le lancé una mirada asesina con los labios fruncidos.

Nathaniel se hundió un poco en la almohada.

—El hospital me controla el horario de comidas.

No cambié la expresión y parpadeé una vez. En silencio, conté y aposté a que se desmoronaría antes de que llegara al cinco. Duró hasta el cuatro.

—Cuando salga de aquí, será la Pascua judía. Hershel no debería estar lejos de su familia.

—Hershel es tu familia. —Me levanté y recogí el bolso—. Deja de fingir que eres un bastión de un solo hombre porque Elma no esté. Estas son mis condiciones. ¿Quieres escribirle a tu esposa, o quieres que le escriba yo?

No era justo ni bonito, pero me preocupaba demasiado para que me importase.

Nathaniel se frotó la cara con una mano.

—Eres una mujer cruel.

—Sí, lo soy. —Saqué del bolso un par de guantes blancos para ponérmelos de forma dramática y retrasar mi salida.

—De acuerdo, vale. Hershel puede venir, pero solo si se ofrece. No se lo pidas.

—Ya se ha ofrecido. —Me senté y volví a guardar los guantes en el bolso. Los cambié por el cuaderno de la CAI—. Incluso cifraré el mensaje por ti.

Soltó un suspiró que sonó más dolorido que cualquier efecto de la cirugía.

—No me vas a dejar hacer ningún esfuerzo, ¿verdad?

—Seré generosa y te permitiré que escribas tú mismo el texto sin codificar. —Le entregué el lápiz y el bloc de notas—. Pero solo porque me preocupa que tanto rubor le pase factura a tu sistema circulatorio.

Reprimió la risa con un gruñido y una mueca de dolor. Mientras escribía, saqué la carpeta de la CAI y estudié los mascones entre la

base lunar principal y las nuevas ubicaciones mineras. Las concentraciones masivas de gravedad podían desviar la navegación si no estabas preparada. No era lo mismo que saber cómo afectaban las corrientes térmicas a un avión, pero sí lo bastante parecido como para que prefiriera de buen grado estudiar antes de entrar en la cabina de la nave espacial.

Cuando Nathaniel terminó de escribir, resultó no ser una carta larga.

(30 7 4 Soy tonto y me he dejado a Kipling en el despacho, así que voy a reutilizar tu código. Lo siento. Entiendo la preocupación por los turnos, pero el Centro de Control tiene motivos para hacer estas asignaciones. No sabes lo mal que están las cosas aquí, y me alegro por ello, enviamos las noticias más optimistas posibles para mantener la moral alta. Confía en mí cuando te digo que no es algo con lo que debamos presionar ahora mismo).

Querida Elma:

Te sentirías orgullosa de mí. El viernes salí temprano del trabajo para ir a la noche de póquer en casa de los Wargin. No me preguntes cómo me fue, es mejor no mencionarlo. Soy muy consciente de que no debería haber estado trabajando un viernes por la noche desde un principio. Como te he recordado en más de una ocasión, cuando te casaste conmigo sabías que era un judío terrible.

La buena noticia es que el equipo lunar ha descubierto una forma de fundir el polvo lunar en piezas de maquinaria, o eso creemos. Vamos a enviar un prototipo en el próximo lanzamiento para estar seguros, ya que las cosas nunca funcionan del todo igual en la gravedad terrestre que en la lunar, ni siquiera con las pruebas en aeronaves de gravedad reducida.

Me he puesto a divagar sobre trabajo después de presumir de haberme tomado una tarde libre. Sé que te estás riendo a un millón de kilómetros de distancia. ¿Habéis hecho algo en la nave para celebrar haber alcanzado la mitad del trayecto?

Con todo mi amor,
Nathaniel

(No estoy seguro de que haya una sola hora en la que no piense en ti. Lo

que más quiero es acurrucarme a tu lado en la cama y olvidarnos del resto del mundo. No necesito un lanzamiento, me conformo con que estemos en la misma órbita).

Tema que concederle una cosa: todo lo que le había dicho a Elma era cierto. Es sorprendente cuántas mentiras se pueden ocultar con la verdad.

CAPÍTULO 10

UN CICLÓN EN ARGEL ACABA CON LA VIDA DE 43 PERSONAS

> Argel, 30 de marzo de 1963 — AP — El ciclón que ha arrasado hoy la ciudad de Mascara, en el oeste de Argelia, se ha cobrado cuarenta y tres víctimas mortales. Las autoridades han informado de que más de un centenar de personas han resultado heridas y gran parte del centro histórico de la ciudad ha quedado destruido.

Antes del meteorito, la Mansión del Gobernador en Topeka era una antigua construcción victoriana, pero fue sustituida por un búnker con salones de baile. Fue antes de que Kenneth fuera gobernador, o habría puesto fin a esa tontería. La gente estaba muy asustada por la posibilidad de otro meteorito, así que decidieron enterrarlo todo. No es del todo subterránea, sino que se construyó en la ladera de una colina para crear zonas seguras.

El exterior tenía una fachada porticada que descendía varios escalones hasta la puerta principal. Era un diseño horrible y sin ninguna elegancia que acumulaba agua en el rellano cuando llovía, como en aquel momento. El chófer se acercó a abrirme la puerta con un paraguas, que no sirvió de mucho porque se levantó un viento que provocó que el agua se colase por debajo del resguardo.

Al bajar las escaleras, me quité los guantes, feliz de liberarme de ellos en la humedad del ambiente. Tu Guanyu Chu, nuestro mayordomo, abrió la puerta principal para recibirme, Como siempre, llevaba el esmoquin impecable y el cuello blanco almidonado resaltaba su tez bronceada. Se fijó en la venda de mi barbilla y después me miró a los ojos.

—Buenas noches, señora. El gobernador acaba de sentarse en el comedor.

Se apartó para dejarme entrar y el chófer volvió a subir las escaleras para llevar el coche al garaje.

—Gracias, Chu. —Le entregué el bolso y me quité los zapatos mientras suspiraba con alivio.

Desde las escaleras, un diminuto rayo negro apareció corriendo con la cola en alto. Marlowe maulló mientras trotaba hacia mí.

Me agaché para saludar a mi gato.

—Hola, guapo.

Soltó otro maullido y empujó la cabeza contra mi mano.

—Ya lo sé, la situación es preocupante. —Lo levanté en brazos —. ¿Qué vamos a hacer?

Me puso la cabeza bajo la barbilla y mezcló el ronroneo con los maullidos. Más que maullar, hace monólogos.

—Es un plan muy sensato. —Le froté las orejas oscuras mientras el animal cerraba los ojitos dorados de placer y luego me volví hacia Chu—. Discúlpanos. ¿Hay algo que deba atender antes de la cena?

—No, señora. La correspondencia que requiere su atención personal está en su mesa y la señora Pelletier quiere que apruebe el menú de la próxima semana, le preocupa cómo abordar el té para el Club de Jardinería dentro de las restricciones del racionamiento.

Hice una mueca de dolor y cambié a Marlowe al brazo izquierdo. Se mantuvo en equilibrio, con las patas agarradas a mi hombro como un bebé, mientras me quitaba el sombrero. La próxima semana me prepararía para ir a Brasil, y de allí a la Luna.

—Hablaré con ella, pero me temo que tengo que cancelar el té.

Levantó las cejas, pero fue la única reacción aparte de decir:

—Por supuesto, señora.

Suspiré y cerré los ojos mientras apoyaba la cabeza por un momento en el cálido cuerpo del galo. No me había concedido tiempo para reaccionar ante el colapso de Nathaniel de la noche anterior ni ante mi propia estupidez de esa misma mañana. Todavía estaba tan enfadada conmigo misma que quería llorar.

Como mínimo, necesitaba un rato para mí. Tengo la suerte de ser capaz de retrasar mis reacciones ante los sucesos intensos.

Por ejemplo, cuando Kenneth estuvo a punto de cercenarse un dedo con la puerta del coche, me mantuve tranquila. Hay sonidos que nunca quisieras oírle a tu marido, pero me mantuve serena durante todo el día, como si fuera una cuestión de negocios. Al día siguiente, me desmoroné.

Abrí los ojos y le sonreí al mayordomo.

—Bien. Gracias, Chu. ¿Puedes informar al gobernador de que he ido a cambiarme y de que volveré en…?

—Querida, empezaba a preguntarme si llegarías a tiempo. —Kenneth apareció en la puerta del comedor vestido de esmoquin. Somos así de anticuados, nos arreglamos para cenar. Nunca se sabe cuándo va a aparecer un diplomático. Sea como sea, Kenneth siempre está tan elegante que disfruto mucho de nuestro pequeño ritual.

Dejé que Marlowe bajara de un salto y crucé el suelo de mármol para besar a Kenneth en la mejilla.

—Siento mucho llegar tarde. Me he pasado por el hospital para ver a Nathaniel después del trabajo.

—Me preguntaba qué te había retenido. —La preocupación en su mirada era para mí, pero su postura y su tono se mantenían imperturbables para mantener las apariencias delante de nuestro personal—. Gracias por el mensaje, por cierto. No se me había ocurrido.

—Me alegro de que fuera una falsa alarma. —Necesitaba alejarme antes de derrumbarme. Me acurrucaría en la cama con Marlowe a llorar un poco y después vendría a cenar—. Voy a cambiarme.

—Nicole, no pasa nada. No tienes que arreglarte para la cena por mí.

—Tonterías, querido. No somos unos salvajes.

Me agarró del brazo antes de que me alejase y abrió la boca. En sus labios, tomó forma una versión de la pregunta: ¿Intentas saltarte la cena?. Sin embargo, volvió a cerrarla, sonrió y asintió. Me apretó el brazo.

—Entonces me alegro de haberme tomado la molestia de ponerme el esmoquin.

Si me hubiera presionado, me habría puesto cabezota. Al no hacerlo, me desahogué:

—Hoy la he fastidiado. —Me quedé mirando a Marlowe como si nunca hubiera visto un gato—. Halim me pidió que participara en un simulacro del Sirius, en el asiento del medio, pero… —Me ardía la garganta por el anhelo—. No había comido. Me desmayé y…

Kenneth me abrazó. El mundo se desvaneció en la lana negra de un esmoquin bien confeccionado. Fuera del círculo de sus brazos, unos pasos silenciosos salieron de la habitación. Kenneth me murmuró al oído:

—Estamos solos.

—Joder, estaba tan cerca… —Me aferré a la lana y sollocé. Solo había sido un simulacro, pero, de haberlo hecho bien, tal vez la próxima vez me habrían programado desde el principio y quizás un día habría llegado a pilotar uno de los cohetes grandes. Cuando las manos empezaron a temblarme, sabía cuál era el problema. Me desmayé por culpa de una serie de decisiones que había tomado. Por mucho que me quejase del sistema que impedía a las mujeres progresar, cuando por fin me llegó la oportunidad…—. La cagué.

Me abrazó con fuerza y se balanceó conmigo como si bailásemos y la banda acabara de empezar a tocar, sin que ninguno de los dos estuviera seguro del ritmo. Kenneth apoyó la mejilla en mi cabeza mientras respiraba despacio y de forma constante. Olía a cítricos y a clavo.

El arrebato no me duró mucho. No soy una mujer que llore, excepto en ciertas condiciones muy específicas: funerales, bodas, una

obra de teatro bien representada, el beso adecuado en una novela… El dolor y la alegría de otras personas pueden llevarme a un llanto catártico.

La rabia, cuando es contra mí misma. El llanto de esa noche se había debido casi por entero a lo enfadada que estaba conmigo misma, junto con unas pocas lágrimas de rabia dirigidas a la CAI por crear nuevos santuarios internos de clubes masculinos modelados a partir de siglos de clubes masculinos. Conocía el sistema, sabía cómo trabajar con él; no significaba que no lo odiase.

Había estado muy cerca y no me habría hecho falta forzarme así si ellos no hubieran creado las barreras en primer lugar. Pues que les den: la próxima vez, estaría preparada. Me sorbí los mocos y levanté la cabeza.

—Gracias. Estoy muy enfadada conmigo misma.

Se sacó el pañuelo del bolsillo y me secó los lagrimales.

—Siento que haya pasado.

Seguía esperando el «te lo dije», aunque sabía que no lo diría. Ni siquiera me arrastró al comedor ni me interrogó sobre cuándo había comido por última vez. Me enderecé y restregué las manos en el satén de sus solapas.

—¿Cenamos?

Kenneth me sonrió, pero había dolor en el fondo de sus ojos.

—Cuando estés lista.

Eran las pequeñas cosas las que me hacían quererlo. Empecé a llorar otra vez.

El olor a café se coló en mis sueños y me arrastró a la superficie. Marlowe ronroneaba acurrucado entre mis omóplatos.

Kenneth me besó la mejilla antes de incorporarse en la cama para dar la bienvenida al ama de llaves.

—Buenos días, Thelma.

—Buenos días, gobernador. Buenos días, señora Nicole.

Gruñí. Tenían suerte de conseguir siquiera eso, solo quería dormir hasta el fin de los tiempos. Hundí la cara en la fría seda de la

almohada, había un punto húmedo donde se me había caído la baba. Abrí los ojos y fulminé la tela con la mirada.

—Creo que está despierta. —Kenneth me apretó el lóbulo de la oreja.

—Les he dejado dormir todo lo que he podido. —Thelma rodeó la cama con una bandeja de desayuno para Kenneth—. Ahora le traigo la suya, señora… ¡Dios santo!

Apreté la sábana con los puños y tiré de ella para cubrirme la cara.

—Un accidente de malabarismo.

—Claro… Ahora le traigo la bandeja.

—Tal vez luego.

—Deberías… —Kenneth me apoyó una mano en el hombro—. Tenemos que ir a la iglesia en unos cuarenta y cinco minutos.

Gemí. La idea de ir a misa y fingir una fe que no poseía me apetecía tanto como despellejarme la piel de la columna vertebral.

—Había olvidado que era domingo. —Bajo las sábanas, cerré los ojos como si eso fuera a salvarme y murmuré contra la almohada—. No puedo levantarme, molestaría a Marlowe.

Kenneth dio unos toquecitos con el tenedor en la porcelana y la cama se movió.

—Marlowe. ¿Quieres huevos?

Mi gato se esfumó con un maullido mientras saltaba por la cama.

—Traidor. —Me levanté para sentarme y me apoyé en el cabecero. Aparecieron nuevos dolores por la caída en las rodillas y los hombros. Eran fáciles de disimular, pero no estaba segura de poder soportar a toda una congregación de personas preguntando qué me había pasado en la barbilla—. ¿Y si fingimos que sigo en la CAI?

Mientras Marlowe mordisqueaba un trocito de huevo de su plato, Kenneth le rascó la oreja.

—Lo siento, cariño. Necesito que vengas.

—¿Incluso con esto? —Le di un toquecito a la venda.

Dudó y, por un segundo, pensé que había conseguido librarme,

pero al final negó con la cabeza.

—Me temo que sí.

Suspiré y cerré los ojos con la cabeza apoyada en el cabecero de caoba. Sabía cómo iban esas cosas. Si había vuelto a casa de la Luna y él iba a la iglesia sin mí, enviaría el mensaje de que nuestro matrimonio hacía aguas. De no ser por eso, me lo saltaría siempre que fuera posible. En cambio, acudiría a la iglesia con mi marido demostrando la misma fe que cualquiera de la congregación.

—Al menos dime que Linda Salvatore no va a hacer un solo esta semana.

En su favor, no me respondió como a la adolescente quejica que parecía. El cuchillo de Kenneth raspó la tostada mientras la untaba con mantequilla.

—Ojalá pudiera.

—Uf, su vibrato suena como si usara un martillo hidráulico de consolador. —Aparté las sábanas y me deslicé fuera de la cama—. Si me hubiera acordado, me habría quedado en Kansas City anoche.

El cuchillo tintineó contra el plato cuando lo dejó.

—La gente ya busca señales de que nuestro matrimonio se tambalea por todo el tiempo que pasas fuera.

Me detuve con una mano en la bata mientras repasaba nuestra conversación de la noche anterior. Había estado tan absorta en mi propio disgusto que se me había escapado algo. Kenneth agarró la nata y le echó un poco al café. Su expresión era afable y me sentó como una bofetada; era su cara pública.

—¿Y es verdad?

Levantó la cucharilla y removió el café.

—¿El qué?

—¿Se tambalea?

Thelma entró con la segunda bandeja. Lo último que me apetecía era comer. Los huevos revueltos brillaban en el plato. Apreté la mandíbula contra la oleada de saliva amarga que me llenó la boca. Tragando, sonreí a Thelma.

—Gracias. —Aparté un poco a Marlowe y lo llevé hasta la mesa a los pies de la cama—. Comeré aquí, si no te importa.

—Por supuesto. —Con movimientos perfeccionados, dobló las patas de la bandeja y la dejó encima del mantel de encaje blanco.

Me senté en la silla y acomodé a Marlowe en mi regazo. Se retorció y se bajó de un salto, lo cual no me sorprendió. Estaba tan erguida que mi espalda ni se acercaba al respaldo de laca blanca. Agarré una tostada y le di vueltas hasta que Thelma se fue. El tintineo de los cubiertos de Kenneth llenaba la habitación. Di un mordisco a la tostada y mis dientes crujieron a través de las capas de papel de lija engrasadas con mantequilla.

Me tragué el bocado. Comí otro. Era muy consciente de que Kenneth me observaba desde la cabecera de la cama y me costó mucho contenerme para no agitar la tostada hacia él. Por el amor de Dios, me había visto cenar la noche anterior.

Se aclaró la garganta.

—¿Crees que nuestra relación se tambalea?

—Antes no. —No quería llorar, sería una tremenda manipulación si lo hacía—. ¿Por eso no quieres que vaya a la Luna?

Bufó.

—¿Un saboteador suelto no te parece motivo suficiente?

No era una respuesta a la pregunta, era una evasiva. Di un mordisco a los huevos que no me apetecían antes de volver a hablar. Cuando estuve segura de que estaba tranquila, dejé la taza en la bandeja y miré a Kenneth. Seguía con aquella expresión afable y levanté la barbilla para enfrentarme a ella—. ¿El problema es el saboteador o la política? ¿O lo soy yo?

Abrió la boca y luego la cerró, tragándose la primera respuesta que se le hubiera ocurrido. Suspiró, se frotó la nuca, dejó la bandeja a un lado y apartó las sábanas.

—Nicole, no es solo una cosa. —Cuando se levantó de la cama, se quedó de espaldas a mí. Se puso su bata púrpura y se la ciñó a la cintura—. ¿Me preocupan las implicaciones políticas del nepotismo? No haría bien mi trabajo de no ser así, pero, en este caso, la política y mis propios temores se solapan. ¿Qué habría pasado si hubieras estado en ese cohete?

—El sistema de escape funcionó. Si hubiera estado en el cohete,

seguiría viva y tú habrías redactado un mensaje que…

—¡Ya lo sé! —La bata se agitó al darse la vuelta y el rostro afable había desaparecido. Señaló con una mano temblorosa a la sala de estar—. A nivel público, podría gestionarlo. Joder, mi equipo ya tiene una declaración redactada en caso de que mueras ahí arriba. Pero eso no… No tiene nada que ver con lo que me pasaría a mí.

Se me formó un nudo en la garganta. Aparté la silla y me acerqué a él para abrazarlo. Había visto lo que la semilla del luto potencial les hacía a los miembros del Club de los Maridos de Astronautas y el día anterior había visitado a un miembro fundador en el hospital, pero me resultaba fácil olvidar los estragos que todo eso le causaba a Kenneth, porque lo ocultaba muy bien.

Las mentiras que me gustaban. Acomodé la cabeza en su hombro mientras nos abrazábamos. Lo que debería decir es que abandonaría el programa y me quedaría en casa para encarnar a la esposa ideal de un político que solía ser. Se me erizó la piel al pensar en volver a encasillarme en ese papel. Además, sabía lo que supondría para el programa si abandonaba justo después del fallo del cohete.

Era demasiado conocida: la esposa del gobernador Wargin, una de las seis mujeres astronautas originales. Aunque fuera una «antigualla», la gente se daría cuenta y especularía sobre si había abandonado el programa porque era demasiado peligroso. ¿O eran las mentiras que me contaba a mí misma porque no quería abandonar? Apreté los dedos en los pliegues de la tela de su bata.

—Lo siento.

Me abrazó más fuerte y me besó en la frente.

—Gracias.

—Sabes que… —Contuve la mentira antes de pronunciarla: «Lo dejaría si me lo pidieras». Ya me lo había pedido.

Kenneth hizo una mueca de dolor antes de que terminara y apartó la mirada mientras negaba con la cabeza.

—Será mejor que nos vistamos o llegaremos tarde a la iglesia.

—Kenneth.

Recogió su desgastada Biblia y hojeó las páginas acompañado

del silencioso roce del papel de cebolla. No creo ni que viera el libro.

El libro. Parpadeé.

—Existe una forma de enviarte mensajes privados, solo para ti. ¿Ayudaría eso?

—¿Qué quieres decir?

Me mordí el labio inferior durante un segundo, porque había descubierto el secreto de Nathaniel, pero seguía siendo su secreto.

—Otra astronauta y su marido se envían mensajes codificados escondidos en la basura de los teletipos y…

Abrió la boca.

—¿Nathaniel y Elma envían mensajes codificados?

No debería sorprenderme que lo adivinara.

—No lo cuentes. Podríamos usar un código si eso hace que te sientas más tranquilo.

—Tranquilo… Por el amor de Dios, Nicole. —Kenneth se pasó la mano por el pelo y se despeinó—. La gente cree que hay una conspiración en las altas esferas de la CAI y ahora resulta que el ingeniero jefe envía mensajes codificados a la primera expedición a Marte.

Las venas se me enroscaron en nudos.

—Mierda. —Cerré los ojos y recordé al FBI hurgando en el despacho de Nathaniel—. Puede que tengamos un problema.

Kenneth gimió y se sentó entre un crujido de telas y el repiqueteo de la porcelana.

—Qué.

Me obligué a abrir los ojos. Se había apoyado en el cabecero de la cama con la taza de café volcada en la bandeja. Me humedecí los labios.

—Envié un mensaje para Nathaniel. —Qué tonta había sido, debería haber detectado la vulnerabilidad. Joder, quería explicárselo. Que Nathaniel estaba preocupado, que lo había convencido para que dejase venir a Hershel, pero nada tenía que ver con el tema que nos ocupaba—. Después de visitarlo en el hospital, volví a la CAI y envié un mensaje codificado en el teletipo con sus claves. También debo señalar que el FBI seguía en el campus, registrando el

despacho de Nathaniel.

—Recuerdas que eres la primera dama de Kansas, ¿verdad? Sabes lo que va a parecer.

—Tú eras el que quería ayudar a Nathaniel a mentirle a Elma.

Kenneth se tensó y su cara se quedó completamente en blanco. Se levantó de la cama y se desabrochó el cinturón de su bata.

—Será mejor que nos demos prisa o llegaremos tarde a la iglesia.

—Me da igual la puñetera iglesia.

—Soy consciente de ello, Nicole. —Sacó una corbata y la apoyó en el traje—. Estaría bien que te preocuparas por mí más que por la Luna.

—Por Dios, ¿quieres lanzar algún otro golpe bajo?

—No, pero, si me sigues presionando, lo haré. —Abrió la puerta del armario y hurgó en busca de un pañuelo de bolsillo—. Estoy enfadado y, ahora mismo, los dos tenemos que poner buena cara cuando salgamos.

Quería gritarle. Quería ser mezquina y pedirle que coordinara mi vestuario. Quería salir hecha una furia de la habitación. Pero, para mi desgracia, soy adulta. Mi voz sonó cortante y formal, pero era mejor que las otras opciones.

—Lo siento, no lo pensé. Informaré a Davis en cuanto lleguemos a casa.

—Gracias. Yo también lo siento. —Kenneth agachó la cabeza como si rezase y después se volvió para mirarme—. Sé que ayer fue un día difícil. Debí tenerlo en cuenta antes de responder y agradecería que lo hablásemos más tarde.

Eramos diplomáticos, los dos. Me vestí y me pinté los labios de un tono rojo elegante para acompañar mi sonrisa de los domingos. Dios no quiera que nadie en la iglesia pensara que nuestro matrimonio se tambaleaba.

CAPÍTULO 11

LA CARRERA LUNAR: LAS IMPLICACIONES NACIONALES E INTERNACIONALES DE LA CARRERA ESPACIAL

Por Amitai Etzioni

Meg Greenfield informó desde *The National Times* a *The Reporter*: «El programa lunar se ideó en un fin de semana muy estresante en mayo de 1953 dentro de un búnker tras el impacto del meteorito en Washington D. C. Fue una respuesta política a los maremotos e incendios del desastre, entre otras cosas. Al parecer, el presidente Brannan, el doctor Nathaniel York, uno de los remanentes del Comité Asesor Nacional para la Aeronáutica, y otros pocos se reunieron sin descanso a partir del viernes por la noche y redactaron el programa urgente que se presentó a la ONU para que tomara una decisión el lunes siguiente. En palabras de uno de los participantes: "Se nos dijo que no se podía perder el tiempo"».

Nunca se había tomado una decisión tan importante en tiempos de paz después de tan poca investigación y deliberación. El 25 de mayo de 1953, la ONU proclamó que el establecimiento de una colonia en la Luna era un objetivo internacional de suma importancia y el proyecto espacial de mayor rango.

Kenneth y yo éramos miembros de la Primera Iglesia Metodista Unida de Topeka, que tenía la distinción de ser más antigua que el estado de Kansas. Cuando nos unimos, no me percaté de que la congregación era exclusivamente blanca. Tras años de trabajo en la Coalición Aeroespacial Internacional, me resultaba inquietante la uniformidad de los feligreses.

Cuando nos acercamos al vestíbulo, preparé el guion para sortear a las masas hasta el santuario. Kenneth nunca deja de ser un político, ni siquiera en su día de descanso. Mi repertorio habitual se componía de: «¡Qué alegría verle!», «Bonito sombrero, o abrigo, o broche», «Me encantaría seguir hablando, pero tengo que conseguir que Kenneth avance».

Sin embargo, ese día llevaba una venda en la barbilla, así que iba a ser muy divertido. Como bien podría haber dicho Jane Austen, es una verdad universalmente conocida que una mujer con una venda en la barbilla debe ser objeto de cotilleos. Comenzó en cuanto llegamos al vestíbulo. Todos estaban demasiado bien educados para quedarse boquiabiertos, pero el número de personas que de repente sintió la necesidad de contemplar las vidrieras en dirección contraria a mí fue impresionante.

Kenneth me apretó la mano con dos toques rápidos que significaban que se avecinaban problemas. Un hombre con pinta de perro de presa se nos acercó con la manga izquierda del abrigo vacía y sujeta con un imperdible.

Me coloqué entre Kenneth y él.

—Señor Salvatore, me alegro de verlo.

—¡Santo cielo! —Se me quedó mirando la barbilla—. ¿Iba en el cohete?

—En absoluto, estábamos desayunando con unos amigos. —Sonreí con la calidez de un día de sol premeteorito—. Qué broche más bonito.

—Gracias. —Bajó la mirada como si hubiera olvidado que se lo había puesto.

Aproveché ese segundo de despiste para escabullirme con Kenneth antes de que Salvatore empezase a quejarse de las políticas

de mi marido.

—Me encantaría seguir hablando, pero tengo que conseguir que Kenneth avance.

—Oiga, gobernador, ¿qué piensa hacer con las explosiones de los cohetes?

En fin, Jo había intentado. Su herida de guerra implicaba que nunca lo considerarían apto para los viajes espaciales y, en su opinión, si no podíamos sacar a todo el mundo del planeta, nadie debería irse. No comprendía que la Tierra era como el *Titanic*. Se iba a hundir. No había suficientes botes salvavidas para todo el mundo, pero eso no significaba que no intentaríamos salvar al máximo número de personas posible.

La voz de Kenneth sonó jovial, pero con una capa de hielo por debajo.

—Pásese por el despacho y estaré encantado de hablar. Pero hoy quiero disfrutar de mi día de descanso, dejemos la política en la puerta.

Como si eso fuera posible. Puse la mano en el brazo de Salvatore para establecer un lazo de confianza y le sonreí.

—Me alegro de verlo. ¡Vaya! Ya empieza el preludio.

Fue la primera y única vez que me alegré de escuchar el apasionado vibrato de su esposa.

Cuando Kenneth y yo nos pusimos en marcha, se inclinó para susurrarme:

—Gracias.

Llegamos a nuestro banco habitual y me senté en el asiento acolchado. La secuencia ritual de sentarse y levantarse me ofrecía un momento de calma. Era el valor del ritual y la repetición, ya fuera en una cabina o en un banco de la iglesia. La familiaridad nos da un espacio para respirar y pensar.

Nuestro matrimonio se tambaleaba, porque las campanas de alarma se habían disparado hacía tiempo y yo no les había prestado atención. Kenneth estaba centrado en la política. Yo estaba centrara en el espacio. No recordaba la última vez que habíamos ido a algún sitio sin que lo indicase la agenda del día.

El murmullo metodista me transportó del *Gloria Patri* al padrenuestro sin pensar. A veces me he sentido hipócrita al recitar las palabras, pero lo cierto era que, incluso cuando de verdad creía, rara vez prestaba atención a lo que decía. Irónicamente, después de alejarme de Dios, a menudo empecé a encontrar significado en las palabras del servicio. Por supuesto, también lo encontraba en las letras que cantaba Ella Fitzgerald, así que interprétalo como quieras.

Sin embargo, cuando dije «perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden», tomé la mano de Kenneth. Odio que nos peleemos y me preocupaba no haberlo visto venir.

Bajó la mirada y me apretó la mano. Era apenas una conversación silenciosa, pero me dio esperanzas de que solucionaríamos el problema.

Después de la misa, nos escabullimos del salón social y nos deslizamos en el asiento trasero del coche que nos esperaba. Kenneth me dio la mano.

—¿Te apetece un aperitivo?

—Suena encantador. Ay, espera. —Pasé el pulgar enguantado por el borde de sus dedos para sentir su cálida forma roma—. Lo siento, le prometí a Myrtle que la ayudaría a prepararse para un vuelo de prueba. ¿Un almuerzo tardío?

Hizo una mueca y besó el algodón de mi guante.

—Tengo una reunión por la tarde.

El conductor se deslizó en el asiento delantero lo que supuso el final de nuestra conversación privada. Esbocé una sonrisa cargada de promesas.

—Vale. Procuraré volver con tiempo suficiente para la cena.

Me miró divertido, antes de bajar mi mano para apoyarla en su muslo.

—¿Te acuerdas de que tenemos entradas para la ópera esta noche?

Dejé caer la cabeza en el asiento.

—No. —Al otro lado de la ventana trasera, el cielo estaba nublado y claro.

—¿Nos lo saltamos? No, espera. Lo había olvidado. Tenemos que socializar con Ferguson. Es *Idomeneo*, ¿verdad?

—Sí. —Suspiró—. Lo siento.

Me encogí de hombros y dejé la mano en la suya mientras observaba el paso de las ramas de los árboles al avanzar por la calle.

—Yo también.

Kenneth tiene su iglesia y yo la mía. El incienso es el embriagador aroma de los derivados del petróleo en forma de combustible y asfalto. Tenemos nuestro catecismo en forma de señales de llamada y el lenguaje sagrado de las siglas. En el templo que es el hangar, guardamos nuestros artefactos, reliquias y recipientes sagrados.

Salí del coche y mis compañeras sacerdotisas de los cielos levantaron la vista para saludarme. Myrtle Lindholm se sentaba con el grupo en la mesa de pícnic junto a las puertas del hangar y se reía con Imogene.

—¡Myrtle! Siento haberte hecho esperar. —Cerré la puerta del coche de un portazo y me guardé las llaves en el bolsillo.

—Así he tenido tiempo de ponerme al día. —Se encogió de hombros—. Hace más de un año que no vengo a una reunión de las 99… ¿Qué narices has hecho?

—¿A qué te refieres?

Helen Carmouche asomó la cabeza del motor de su biplano Beechcraft Staggerwing. Cuando todo empezó, era la única astronauta de Taiwán; por entonces había seis. Ese día, tenía una mancha de grasa en la frente y nos guiñó un ojo.

—No nos lo digas, te has cortado al afeitarte.

Al otro lado de la mesa, Betty levantó la vista del periódico.

—Yo apuesto por un accidente de jardinería.

—No seas boba. Se ha cortado con su propia lengua afilada. —Imogene se agachó pasa pasar bajo el ala de su Mustang y se quedó mirando el vendaje—. ¿Cuántos puntos tienes ahí debajo?

—Siete. Y voy a copiar todas esas explicaciones. —Me incliné para tomar una galleta de la mesa. No me apetecía, pero me había saltado el almuerzo para llegar a tiempo. Era de color marrón intenso y estaba recubierta de cristales de azúcar.

Imogene se rio.

—Pregunta. Helen dice que han adelantado tu viaje, ¿es verdad?

—¿Por qué? ¿Quieres que te preste mi avión? —El Beechcraft Debonair, con sus cinco plazas, es perfecto para pasear a los dignatarios que nos visitan y permitir que mi marido los agasaje con unas vistas insuperables del gran estado de Kansas. Eso les impresiona.

Lo que más les impresiona es cuando llevo el avión por encima de la capa de nubes y les recuerdo cómo es un cielo azul. He visto llorar a senadores cuando la luz dorada y sin filtros del sol inunda la cabina.

Imogene niega con la cabeza.

—Me preguntaba si hay algo que debería saber antes de la reunión de personal del lunes por la mañana.

Algunas de las integrantes más recientes se nos acercaron atraídas por la pregunta. Alyshondra Meacham agarró una galleta con disimulo. De pronto, Birgit Furst necesitaba un trapo cerca de nosotras. Rehema Njambi ni siquiera fingió ser sutil y se quedó a escuchar.

Puse los ojos en blanco.

—No creerás de verdad que Clemons va a darle información extra a una mujer. El lunes será una sorpresa para todas.

El sutil arte de no mentir cuando se oculta la verdad. Odiaba guardar el secreto de Icaro con el grupo, pero ya había gestionado información sensible antes y sabía cómo compartimentar. Por otra parte, Myrtle y Helen eran dos de mis mejores amigas. Era evidente que el FBI estaba en el campus, así que al menos podría avisarlas de eso. Mantuve la voz ligera y despreocupada.

—Helen, ven con nosotros para ayudar a Myrtle a reorientarse hacia la Tierra.

Helen ladeó la cabeza un momento antes de asentir.

—Me parece bien.

Sabía que pasaba algo. El peligro de tener amigas muy inteligentes que te conocían muy bien era que sabían cuándo te ibas por las ramas. Mantener el proyecto Icaro en secreto iba a ser un reto.

Me encanta el ritual de las comprobaciones previas al vuelo. El orden y el ritmo me llenan la mente y alejan la lista fragmentada de cosas que tengo que hacer. Horómetro y transpondedor, comprobados. Comprobación externa previa al vuelo, completada. Combustible, medido. Dispositivos electrónicos, apagados. Interruptor principal, apagado. Cinturones de seguridad…

—¿Llevas el cinturón de seguridad? —Me volví hacia Myrtle, que estaba a mi lado en el asiento del copiloto.

—Sí, asegurado. —Su voz tenía un ligero deje de nerviosismo; lógico, dado que era evidente que me traía algo entre manos. Eso, y que estaba a punto de dejarla pilotar el Debonair. Una vez arriba, claro. Quería ver cómo se manejaba con la palanca antes de dejarla despegar o aterrizar.

Detrás de nosotras, Helen confirmó que había asegurado su cinturón. No lo dudaba, pero seguimos al dedillo las listas de comprobación antes de cada vuelo con la esperanza de que nos mantendrán a salvo.

Abrí la ventana y grité:

—¡Despejad la hélice!

No había nadie cerca, porque las 99 tenían sentido común, pero nunca se sabe cuándo algún transeúnte despistado se va a colar en la pista. Tiré del arranque y cerré la ventanilla.

Amortiguaba el sonido, pero no lo suficiente como para mantener una conversación real. Por suerte, Kenneth y yo habíamos invertido en mejorar las comunicaciones del avión. El interruptor operado por voz era un milagro de la tecnología, ya que me permitía hablar con mi marido sin tener que soltar los mandos.

En mi oído, Myrtle activó el micrófono mientras avanzábamos

hacia la pista.

—No seas indulgente.

—Querida, no tenía intención de serlo. —Aceleré por la pista e hice el despegue más corto posible. La fuerza de la gravedad nos clavó en los asientos con más brusquedad que el lanzamiento de un cohete, aunque no tuviera ni por asomo la misma potencia.

A mi lado, Myrtle se rio con un desenfreno delicioso.

Teníamos que esperar hasta alcanzar los novecientos metros antes de hacer verdaderas acrobacias aéreas; estaba capacitada para los cuatrocientos sesenta metros, pero jamás lo haría llevando pasajeros, lo que significaba que teníamos tiempo para conversar.

—Imogene me ha preguntado qué deberíais saber antes de la reunión de mañana. Trataré de ser lo más breve posible. El FBI está en el campus porque Nathaniel fue envenenado este fin de semana. —Mis oídos se llenaron de exclamaciones de sorpresa.

—¡Veneno!

La voz de Myrtle se escuchó por el comunicador.

—Joder, Nicole.

—Lo sé. Al principio creíamos que era una úlcera, pero…

—No, quiero decir que por qué no nos llamaste.

—Ah.

—Reynard es uno de sus mejores amigos. —La voz de Helen era tranquila, pero con un borde de ira amarga—. ¿Por qué no nos avisasteis?

—Lo siento. Después de que el FBI nos interrogara nos pidieron que guardáramos silencio.

—Somos sus amigos. —La dicción de Helen siempre se volvía muy nítida cuando se enfadaba. ¿Si se emocionaba? Entonces se le escapaba un poco la sintaxis nativa taiwanesa. En ese momento, sonaba como una dama de Nueva Inglaterra—. Deberíamos haber estado a su lado.

—Sí. Lo siento, fue un error. Llamé a Hershel Wexler, así que vendrá alguien de su familia, pero tenéis razón. Debería haberos llamado también.

La voz de Myrtle estaba más tranquila.

—¿Has dicho que el FBI está investigando lo ocurrido?

—Sí, y son los mismos que investigaron a los Seis de la Cygnus. —Era un asunto de dominio público, por lo que no estaba infringiendo la confidencialidad.

Cruzamos los novecientos metros y todavía quedaba mucho espacio antes de alcanzar el techo de nubes. Nivelé el avión y esperé a que Myrtle o Helen respondieran. Quería contarles lo del sabotaje. Joder, Clemons debería compartirlo con todos. Pero también conocía la realidad de las situaciones así. La única forma de mantener algo en secreto era no decírselo a nadie y, si el objetivo era pillar a un saboteador sin que se diera cuenta, cuanta menos gente lo supiera, mejor.

Helen preguntó:

—¿Crees que hay un vínculo entre lo de Nathaniel y los Seis de la Cygnus?

—Ni idea. —Sería cierto si no supiera lo del sabotaje—. Pero es casi seguro que el FBI seguirá allí el lunes y apuesto a que Clemons les dejará empezar a interrogar al personal.

—¿Otra vez? —El suspiro de Myrtle sonó fuerte en el comunicador—. Ya interrogaron a Eugene cuando el equipo de Marte se preparaba para el lanzamiento.

—Deberías hacer algún truco. Se van a preguntar por qué volamos en línea recta —dijo Helen.

No me hizo falta que insistiera más. Empecé con lo básico, una vuelta sobre el ala. Sobre el papel, era un movimiento que permitía convertir la velocidad en altura, pero la realidad es que era divertido. Me elevé en la postura más vertical que pude y luego giré mientras me inclinaba, manteniendo la presión trasera para que el morro del Debonair permaneciera sobre el horizonte mientras completábamos el giro. Dejar caer el morro en picado era mejor que una montaña rusa.

Hice una *chandelle*, seguida de una inmersión en un ocho perezoso y rematada con un par de giros pronunciados. Para el último de los giros, hice un sesenta grados, así que la gravedad subió 2 *g* mientras mantenía el avión nivelado, en parte para ver cómo

Myrtle manejaba la gravedad, ya que había vivido en 1/6 *g* durante más de un año, pero sobre todo porque me encantaba estar pegada al asiento y sentir la respuesta del avión.

Las maniobras no fueron suficiente para despejarme la cabeza, estaba demasiado atenta a las otras mujeres de la cabina. Sentía cómo analizaban las cadenas de causalidad y las posibilidades.

Después de jugar un rato, nivelé el avión.

—Myrtle, ¿quieres los mandos?

—Sí —gimió—. De verdad que tengo que prepararme para este vuelo de prueba.

La cuestión sobre la CAI es que es una organización internacional, con astronautas de diferentes países, donde se asignan las plazas en función de la cantidad de dinero que cada país aporta. Estados Unidos se lleva plazas adicionales por las «dificultades» que provocó que el meteorito cayera aquí. Así que la CAI impone los criterios de calificación, pero cada país se rige también por los suyos propios.

En Estados Unidos, todavía se exige una licencia de piloto para ser candidato a astronauta. En realidad, el número de personas que de verdad pilotan en el espacio es una ínfima parte de los que suben. ¿Por qué una nación restringiría quién puede presentarse mediante una norma arcaica?

Si la intención es limitar las posibles solicitudes a personas con ingresos y una determinada formación, entonces una norma como esta resulta muy útil. Joder, si hasta las 99 tenían una regla tácita de no aceptar mujeres negras, y por eso había tantos clubes aeronáuticos negros en Estados Unidos. Curioso, pero no se me ocurre su correlación…

Al menos la CAI había abandonado el requisito de pilotaje. Había que superar un examen físico y una batería de pruebas, porque nadie quería ser responsable de la muerte de un astronauta por las fuerzas del lanzamiento, pero, por lo demás, las plazas estaban abiertas a todo el mundo.

Ajusté la nave para que voláramos niveladas y esperé a que Myrtle tuviera las manos en los mandos.

—Tomas el control —dije.

A lo que Myrtle contestó:

—Tomo el control.

Solté los controles y dejé que pilotara. Esperé hasta que el músculo de su mandíbula se relajó y la tensión de sus hombros desapareció. Después, esperé a que hiciera un giro a la izquierda y luego a la derecha para que se familiarizara con el avión. Tiró de los mandos para subir, un movimiento un poco brusco y descuidado, como si no hubiera usado suficiente empuje para mantener los giros coordinados. Mantuve los hombros hundidos de forma consciente.

Era una buena piloto, pero volar en la Luna no tenía nada que ver con hacerlo en la atmósfera. Sus tiempos de reacción estaban algo desfasados. Con una nave espacial, había que anticiparse de manera muy diferente a un avión, porque no había aire para frenar la inercia.

Cuando volvió a nivelarse, les pregunté:

—¿Qué queréis que haga, si es que queréis hacer algo? Me refiero a lo del FBI.

—La verdad es que estoy más preocupada por Nathaniel. —Aceleró al máximo para subir hasta que nuestros pies estuvieron en la línea del horizonte, y luego nos llevó en una suave inclinación hacia la derecha—. La NAACP elaboró hace años un protocolo sobre cómo responder a la policía o a los federales. Deberías escuchar a Eugene repasando los puntos, suena más blanco que los malvaviscos en gelatina.

Parpadeé.

—Pero entonces ya no son blancos.

—Ay, cariño… —Myrtle se rio de mí—. ¿Por qué los blancos odiáis tanto la comida?

No era una pregunta que pudiera responder o refutar, pero planteaba otra cuestión.

—Nathaniel tenía la despensa vacía. ¿Qué te parece hacer unas llamadas para recolectar guisos y llenarle el congelador?

La sonrisa de Myrtle fue casi audible.

—Elma siempre tenía que estar encima de él el día entero

cuando se quedaron con nosotros. Te juro que ese hombre puede enfrascarse tanto en una ecuación que sería capaz de morir de hambre antes que acordarse de comer.

Quise decirle que no se trataba de acordarse o no.

—Su cuñado vendrá para ayudarlo con la convalecencia.

—Hershel es un buen hombre y… —El ruido del motor cambió.

La hélice chisporroteó y se hizo visible cuando el motor se apagó.

Lo que fuera que Myrtle iba a decir se esfumó. Volvió a girar el avión hacia el aeródromo, mientras subía para convertir la velocidad del aire en altitud. Era la maniobra correcta. Estaría bien preparada para hacernos descender planeando si no recuperábamos el motor.

Chisporroteó. La hélice se agitó y se quedó pillada hasta que volvió a girar. Pasó tan deprisa que podría no haber sucedido. Tal vez había agua en la línea.

Dejó escapar un suspiro tembloroso.

—En la prueba habrá un simulacro de emergencia, así que gracias por…

El motor se apagó de nuevo.

Myrtle mantuvo el avión nivelado y optimizó su configuración para facilitar el planeo y aligerar la hélice. Detrás de nosotras, Helen guardaba silencio, no por miedo, sino para mantener las líneas de comunicación despejadas. Nos separaban unos ocho o nueve kilómetros de la pista de aterrizaje y lo más grave ya había pasado. Ni con la mayor velocidad de planeo del Debonair podríamos hacer el giro y volver, por mucha altitud que Myrtle convirtiera en velocidad. Me incliné hacia un lado para buscar campos en los que aterrizar. Ya lo había explorado en vuelos anteriores por costumbre, pero siempre existía la posibilidad de que alguien hubiera añadido un sistema de riego o un granero.

Entonces el motor arrancó de nuevo. Mierda. Lo creas o no, eso era peor que un fallo completo del motor. Un fallo parcial intermitente implicaba que Myrtle se vería atrapada entre la idea de volver al aeródromo y la posibilidad real de que volviera a cortarse.

Y así fue.

La miré. Tenía la cara tensa y todo el cuerpo concentrado en solucionar el problema. No quería que intentara llegar al aeródromo por ahorrarle un aterrizaje brusco a mi avión.

—Hay un campo de maíz a las diez en punto.

Asintió.

—Entendido.

Como ya tenía bastante que hacer, tomé la radio.

—Debonair uno cero a torre para declarar una emergencia. Tenemos un fallo en el motor y vamos a aterrizar en un campo de maíz a unos a ocho kilómetros al noroeste de la pista de aterrizaje.

Myrtle tenía el labio inferior entre los dientes. Estaba acostumbrada a volar en el vacío.

Me acerqué y tomé los mandos.

—Tomo el control.

—Tomas el control. —Recitó la letanía y los soltó.

Apunté el morro más bajo para aprovechar la velocidad al máximo. La relación entre impulso y resistencia. Si el impulso se maximiza, la resistencia se minimiza. Cuando llegué a ese equilibrio, fijé el rumbo hacia el campo de maíz. Además de estar convenientemente situado, el ángulo de aproximación iría en contra del viento y necesitaba que la velocidad de aterrizaje fuera lo más baja posible.

Con una mano, solté el pestillo de la puerta. A mi lado, Myrtle hizo lo mismo. No corrían peligro de abrirse, porque el viento las mantenía cerradas, pero, si el fuselaje se deformaba en el aterrizaje, podríamos salir así del avión. Por ejemplo, en caso de que se incendiara.

Por cierto, lo de abrir las puertas no se aplica en el vacío.

Sentí la resistencia del avión al extender los alerones al máximo para reducir todavía más la velocidad. El campo ganó nitidez y dividí mi atención entre los controles del avión y mirar las espalderas de maíz.

Los aterrizajes siempre parecían que iban a ser suaves y entonces…

Las hileras de maíz se enganchaban en el tren de aterrizaje y la cabina se llenó de los ásperos golpeteos de los tallos al chocar con la estructura metálica. El avión dio silbidos y sacudidas al aterrizar sobre el terreno irregular. Las ventanas se convirtieron en un caos de color verde que nos zarandeó como si el Gigante Verde jugase a los dados con nosotras.

El cinturón me sostuvo en la frenada.

—Buen aterrizaje —dijo Helen, y no lo hizo con ironía. El avión aterrizó limpio y nivelado en mitad de un mar de jóvenes tallos de maíz.

Myrtle abrió el micrófono.

—Debonair uno cero a torre. Aterrizaje de emergencia al noroeste del campo. Tripulantes a salvo.

La miré.

—¿Preparada para el vuelo de prueba?

CAPÍTULO 12

SE PROHÍBE LA VACUNA CONTRA LA POLIO

Edición especial de *The National Times*

> Chicago, 31 de marzo de 1963 — En Illinois, se han suspendido temporalmente las pruebas de una nueva vacuna contra la polio desarrollada con el patrocinio de la Fundación Nacional para la Parálisis Infantil, según reveló ayer en Springfield el doctor Roland R. Cross, Director Estatal de Salud. Se ha sabido que el doctor Cross se pronunció en contra del uso de la vacuna en Illinois por consejo de un comité asesor técnico con el que se reunió ayer en Chicago. Cross ha declarado que había escrito a la fundación para solicitar más pruebas sobre la vacuna antes de aprobar su uso en los ensayos de campo nacionales que la fundación iniciará el 8 de mayo.

Los trámites para llevar el avión de vuelta al hangar me habían retrasado. Entré corriendo en la habitación y casi tropiezo con Marlowe, que intentó enredarse entre mis piernas. Sorteé al gato en zigzag y arrojé el bolso a la cama.

—Siento llegar tarde, pero… —La frase se desvaneció en mi boca.

Kenneth estaba en mangas de camisa. Había velas encendidas, flores en la mesa y una bandeja auxiliar de la cocina junto a los pies

de la cama con un cuenco de madera encima y una botella de vino junto al decantador.

Parecía una cena de disculpa.

Miré por encima del hombro a través del pequeño recibidor hacia el patio. La parrilla lanzaba destellos de calor al aire nocturno.

Sin lugar a duda, una cena de disculpa.

Kenneth tenía la arruga que le salía en el entrecejo cuando llevaba todo el día concentrado, tardaba horas en desaparecerle. Cruzó la habitación a toda prisa.

—¿Estás bien?

—¿Qué…? —Miré la bandeja. Tenía los ingredientes para hacer una ensalada César. Una cena de disculpa en toda regla. Cuando paso por un «episodio», la única comida que me resulta remotamente apetecible es una ensalada César y un filete poco hecho—. ¿No íbamos a la ópera esta noche?

—Que le den a la ópera. —Se frotó la frente como si la arruga fuera a abrirse paso hasta su cráneo—. Podrías haberte matado.

Parpadeé al mirarlo. Sabía lo del avión. Reconozco que me había planteado no decírselo. No por mucho tiempo. Tal vez hasta después de la ópera.

—¿Cómo lo has sabido?

Hizo un gesto con la mano hacia el teléfono.

—Ha llamado Medgar Davis.

—¿Y él cómo se ha enterado?

Para mi asombro, Kenneth se sonrojó.

—Tengo a gente controlando el tráfico aéreo cuando estás en el aire.

—Perdona. —No sé si alguna vez he escuchado algo tan dulce y exasperante al mismo tiempo—. En fin. No sé qué pensar al respecto. Desde luego, no me halaga tu confianza en mis habilidades.

Hizo una mueca.

—Cariño, sabes que no es eso.

Lo sabía. Era una persona con tendencia a preocuparse. Lo impulsaba a intentar arreglarlo todo y hacer del mundo un lugar

mejor, pero también lo mantenía despierto por las noches pensando todas las cosas que no podía solucionar y…

—Un segundo. ¿También lo haces cuando estoy en la Luna?

Kenneth se volvió y se acercó a la bandeja.

—Al principio, nos dieron a todos un intercomunicador, para que pudiéramos escucharos.

Era un rito de la época. La CAI les traía una caja cableada directamente desde el Centro de Control para que las familias pudieran escuchar a sus seres queridos en el espacio. Después empezamos a ser demasiados.

—¿Todavía lo tienes?

—Uno personal, no. —Agarró el decantador y lo puso delante de la vela para comprobar si tenía sedimento—. Pero reconozco que, como gobernador de Kansas, me pareció prudente disponer de un intercomunicador por si pasaba algo que debiera saber por cuestiones de relaciones públicas. Está en el departamento de prensa y tienen instrucciones de ponerse en contacto conmigo si hay alguna anomalía.

—Kenneth Talbot Wargin, eres un cabrón con recursos.

—¿Quieres vino? Es un burdeos de la ribera derecha, de… —Inclinó la botella para mirar la etiqueta, lo que me indicó que Chu la había escogido por él—. Es un Lafleur, del cuarenta y nueve.

—Sí, por favor. —Un burdeos de la ribera derecha. Kenneth no solo se había acordado de que me gustaba el merlot, sino que lo que fuera que le hubiera dicho a Chu había hecho que eligiera una impresionante añada anterior al meteorito.

Me quité los tacones de una patada y hundí los pies doloridos en la alfombra. A veces no me doy cuenta de cuánto me duelen hasta que dejan de hacerlo. Con un suspiro, me dejé caer en la silla de brocado verde y liberé los pies del resto del peso. Marlowe saltó a mi regazo en cuanto tuvo oportunidad y empezó a amasarme el muslo con las patitas.

—Ahora ya sabes que estoy bien. No es la primera vez que aterrizo un avión sin motor, no hay necesidad de saltarnos la ópera.

Descorchó la botella y dejó el corcho en la mesa, alineado con el

borde.

—Sí que la hay.

Me enderecé.

—Me estás preocupando.

Kenneth no respondió de inmediato y se concentró en verter el vino en las copas que compramos en Venecia en nuestra luna de miel. Me acercó una y se sentó frente a mí.

—Hay dos razones. —Suspiró y le dio vueltas al tallo de la copa con la mano—. No sé por dónde empezar.

Era muy poco propio de él. Sentí un escalofrío en las venas.

—Cariño.

Dio un sorbo de vino y se quedó unos segundos mirando el suelo.

—He mirado el calendario.

Esa era una actividad cotidiana para un funcionario público, así que esperé a que me contase qué había visto exactamente. Tenía la garganta seca, como si respirase oxígeno puro. Tragué saliva, levanté la copa de vino y di un sorbo. Sabía a lavanda, arcilla húmeda e higos.

Kenneth seguía mirando el suelo.

—He contado los días que faltan para que te marches a la Luna y no son muchos. Seis, para ser exactos.

—Lo sé. Lo siento.

Negó con la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—He pensado en la conversación sobre Nathaniel y en cómo los dos nos enfadamos con el otro por ocultarnos cosas. Luego pasó lo del avión de hoy y…

—Iba a contártelo. —Me incliné hacia adelante—. Después de la ópera, lo reconozco, pero te lo habría dicho.

—Esa es la cuestión. Siempre esperamos al momento adecuado, pero he mirado el calendario y me he dado cuenta de que no existe un momento adecuado. Así que no voy a esperar más.

Ay, Dios. Comprendí a dónde quería llegar y dejé el vino. «La gente creerá que nuestro matrimonio se tambalea». ¿Qué me había ocultado? El aire de la habitación se espesó. La hipoxia era posible

en la Tierra, pero poco probable en nuestro dormitorio.

—En tu último viaje, tuve un infarto.

—Un infarto. —Volví a estirar la mano a por la copa de vino y casi la derribé. Había temido que la frase terminase de otra manera, pero era aún peor—. Joder. ¿Alguna vez ibas a contármelo?

—Acabo de hacerlo.

—Sí, pero… —Cerré los ojos con fuerza—. ¿Cuándo? Me refiero a cuándo paso.

Se humedeció los labios.

—Unas dos semanas después del lanzamiento.

—¡Podría haber vuelto a casa! —Un día de viaje a Lunetta. Tres para aclimatarse y transferir suministros al transbordador lunar. Tres para volar a la Luna. Una semana en la Luna para la adaptación… El transbordador lunar habría seguido acoplado y podría haber vuelto en él— ¿Por qué no…? Ah. Porque habría vuelto a casa.

—No podrías haber hecho nada y no podía contártelo sin arriesgarme a que se filtrase, lo que habría hundido cualquier esperanza de mi carrera presidencial. —Tragó saliva—. Por eso no quería que te fueras. Estoy bien, ¿de acuerdo? No fue grave, pero ya no estoy habilitado para vuelos espaciales. Ni ahora, ni nunca.

Lo miré.

—Me suena a dicotomía. ¿Cómo es posible que estés bien y que al mismo tiempo no te permitan volar?

Kenneth se aclaró la garganta y se levantó.

—El objetivo de la CAI es establecer una base para la humanidad fuera del planeta. El umbral de riesgo en cuanto a la salud es más conservador que…

—O sea, que existe un riesgo de que tengas otro.

Tamborileó con los dedos en la bandeja y agarró un diente de ajo para pelarlo.

—Sí.

—Y sigues decidido a presentarte a la presidencia, que no es un trabajo precisamente tranquilo. —Levanté el vino y le di un buen trago—. Le diré a Clemons que no puedo ir.

Kenneth tiró el diente de ajo en el cuenco.

—No, quiero que vayas.

—¿Hablas en serio? Después de quejarte sin parar de que no querías que me fuera durante los últimos días. Después de decirle a la prensa que íbamos a vivir aquí en la Tierra. —Lo que, de repente, tenía sentido—. ¿Después de que te diera un puñetera infarto y no me lo dijeras?

—Después de que hayan saboteado tu avión.

—Venga ya. —Dejé el vaso en la mesa con rabia. Marlowe levantó la cabeza y me miró con sus enormes ojos dorados. Le pasé una mano por el lomo, pero no sabría decir si pretendía tranquilizarlo a él o a mí misma—. Fue un fallo parcial del motor, esas cosas pasan. Me han preparado para…

—El mecánico ha llamado. —Kenneth agarró el borde del cuenco—. Mientras volvías del aeródromo. Habría sido una manera maravillosa de enterarme de que te habías estrellado, por cierto.

—Fue un aterrizaje controlado. —Mi condición de piloto no era mi mayor preocupación en el momento, pero era más fácil corregirle en eso—. No cambies de tema, intentas evitar hablar del infarto inventándote una crisis.

—Entonces, ¿pusiste aceite de motor en el tanque de gasolina?

Me quedé boquiabierta. ¿Aceite de motor? Encajaba con el fallo intermitente. Se filtraría poco a poco hasta contaminar el motor por completo. Solo que el cárter de aceite y el depósito de combustible no estaban cerca el uno del otro.

—¿Cuánto había?

—Tres o cuatro litros. No se sabe cuánto había al principio. —Echó un poco de sal en el bol y empezó a machacar el ajo con un par de tenedores—. Según él, «la señorita» se habrá confundido. Se ve que las de tu especie se confunden con facilidad.

No se me ocurría ninguna razón para que hubiera aceite en el depósito de gasolina. Incluso si alguien hubiera decidido tocar mi avión mientras yo no estaba, todas las mujeres de las 99 eran pilotos consumadas que nunca cometerían un error así.

—Estás pensando en Icaro.

Los músculos de los antebrazos de Kenneth se flexionaron

mientras arrancaba y prensaba el ajo en el bol.

—El avión. Un «accidente» en un vuelo de práctica. El manifiesto. —Levantó la vista para mirarme—. Empiezo a pensar que Nathaniel no era el objetivo.

—Creí que podrías ser tú.

—El manifiesto habla de «las astronautas». Tú eres la esposa del gobernador y una de las primeras en ir al espacio. Si quisiera acabar con la CAI, atacarte a ti no sería una mala estrategia, a la vez que desacredito el programa mediante una serie de muertes accidentales. —Kenneth echó un filete de anchoa en el cuenco y empezó a machacarlo en la pasta de ajo.

—El veneno es un elemento atípico.

—Sí, pero soy uno de los mayores defensores del programa espacial. Si tú murieras… —Agarró un huevo y se quedó con él en la mano sin moverse durante un largo minuto. Se aclaró la garganta —. Dejando de lado la cuestión de cómo me afectaría personalmente, si te envenenaran en nuestra casa, la prensa se plantearía si es cosa mía.

«La gente creerá que nuestro matrimonio se tambalea».

Marlowe dio un chillidito y saltó de mi regazo. Algunos mechones de pelaje se quedaron pegados al sudor de mis puños cerrados.

—Joder.

—Exacto. —Levantó el huevo y lo rompió contra el cuenco. El chasquido de la cáscara sonó sorprendentemente fuerte—. Todo lo que el FBI ha identificado como Icaro ha ocurrido en Kansas City. Estarás más segura en la Luna que aquí.

—No creerás de verdad que voy a dejarte después de contarme que has tenido un infarto.

—Nicole. —Kenneth dejó el tenedor y se limpió las manos en una servilleta blanca—. Si no te hubiera contado lo del infarto y solo te hubiera dicho que había cambiado de opinión, ¿me lo discutirías?

—Eso no importa. —Me habría sentido aliviada, pero me había contado lo del infarto, y eso lo cambiaba todo. No iba a abandonarlo, y menos para salvar mi propio pellejo.

—Intento… Quiero que entiendas que podría haberte «manejado», pero no lo he hecho. Quieres que sea sincero contigo y este es el precio. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres que no te proteja? Pues aquí estamos. Tuve un infarto hace meses. Tú estabas en la Luna y yo estoy bien. El hecho de que no estuvieras aquí no cambió nada, estoy bien.

No cambió nada. Ese era el problema, ¿no? Me limpié las manos en los pantalones para quitarme el sudor y el pelo de gato.

—En resumen, para que me quede claro: quieres que me vaya a la Luna porque allí estaré más segura y porque aquí no sirvo para nada.

Puso los ojos en blanco.

—Por favor.

Hice una mueca.

—No, tienes razón. Lo siento. —Me froté la frente y dirigí al suelo mi expresión angustiada—. Sé que intentabas tranquilizarme. Pero, sarcasmo aparte, esa es la realidad. En este contexto, soy más útil en la Luna que aquí. Si me voy, proporcionará una ilusión de normalidad, como efecto secundario, lo cual es una ventaja política en este momento.

—Sí. —Negó con la cabeza—. Pensé en ocultarte lo del infarto. Y sé que parece injusto que lo haga ahora, pero si no lo hubiera hecho esta noche… Lo he pospuesto durante meses, esperando el momento adecuado. Nunca habrá un momento adecuado y la mentira me acechaba sin descanso. Lo siento.

—No estoy segura de si debería darte las gracias por contármelo o gritarte por no hacerlo.

Me señaló con un dedo.

—Ya me has gritado.

No lo suficiente. Pero lo entendía. Yo misma planeaba esperar antes de contarle lo del aterrizaje sin motor. Si no hubiera llegado el momento adecuado… Suspiré.

—Gracias por contármelo.

—Entonces, ¿irás?

No sentí alivio, ni alegría, ni nada, solo desesperación.

—Iré. —Lo apunté con el dedo—. Si prometes contármelo en caso de que vuelva a ocurrir.

—Te lo prometo.

—Y no esperarás. —Lo miré con toda la fuerza aplastante de mi educación suiza para señoritas combinada con las lecciones de mi madre. Es una mirada que le dice a quien la recibe que no planeo matarlo, sino que ya está muerto y voy a por sus familiares más cercanos—. Sé lo que opinas de los códigos privados ahora mismo, pero, si no puedes comunicarlo con claridad, quiero un código.

Kenneth inhaló como si estuviera a punto de comenzar un apasionado discurso ante el Senado, pero logró contenerse. Soltó el aire en un largo y lento suspiro, y supe que había ganado.

—Está bien. Pero nada de intercambiar cartas. Si vuelve a ocurrir, te enviaré un mensaje que diga que «los brotes están floreciendo».

Quería presionarlo para conseguir algo más, pero tendría que ser suficiente. Por el momento.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 13

DISTURBIOS EN EL CAPITOLIO

Kansas City, 9 de abril de 1963 — Los manifestantes han puesto fin hoy a una invasión de siete horas del Capitolio de Estados Unidos tras un llamamiento personal del gobernador de Kansas, Kenneth T. Wargin. Un centenar de manifestantes se habían atrincherado en el edificio, algunos incluso llegaron a amenazar con prenderse fuego a sí mismos y al edificio si la policía intentaba desalojarlos. Al principio, los amotinados declararon que no se irían hasta que el presidente accediera a reasignar recursos a los estados todavía empobrecidos por los efectos del meteorito. Sin embargo, la protesta terminó de manera sorprendente tras la llegada del gobernador. Wargin se dedicó a rezar con los manifestantes y a tomar notas manuscritas de sus preocupaciones. Uno a uno salieron del edificio, aunque uno de los manifestantes aseguró que el grupo iba a reunirse con el gobernador más tarde y que intentarían volver a tomar el edificio si la reunión no resultaba satisfactoria. Wargin es uno de los posibles favoritos para las elecciones presidenciales de 1964, aun sin haber declarado si se presentará al cargo.

Me pasé todo el tiempo que estuvimos en Brasil esperando a que algo saliera mal, pero no ocurrió nada. Habían reestructurado el equipo de forma drástica, sin apenas justificaciones de cara al público general, para eliminar a cualquiera que pudiera suponer un

problema potencial. Estaba acostumbrada a equipos que habían trabajado juntos durante meses antes de un lanzamiento. Esa vez solo tenía la mitad. Conocía a algunos de los nuevos miembros desde hacía años, otros iban a la Luna por primera vez.

La noche anterior al lanzamiento, entré en la cabina de teléfono para la llamada que tenía programada con Kenneth. Las dependencias para astronautas brasileñas tenían unas vistas muchísimo mejores que las del centro de Kansas. Era una casa de tres pisos, con escaleras que bajaban a una playa privada. Fuera de la cabina, las aguas del Atlántico bailaban sobre los escarpados acantilados rojizos. A lo lejos, un velero atravesaba las olas con una vela amarilla y roja tensa por el viento.

El teléfono apenas sonó una vez antes de que Kenneth respondiera.

—¿Sí?

Me derretí un poco al oír su voz, pero incluso en esa única sílaba inocua, noté la tensión.

—Hola, amor. Por aquí todo va de maravilla. ¿Qué tal la vida en casa?

—Bien, bien. Tengo a Marlowe en el regazo. Te echa de menos.

—¿Le rascas las orejitas por mí?

—Por supuesto. Escucha. —El teléfono tintineó y susurró cuando el receptor rozó algo y luego un ronroneo constante me llenó el oído.

Cerré los ojos y me tapé la boca con la mano para contener el llanto.

El ronroneo se desvaneció y volvió la voz de mi marido.

—¿Lo has oído?

—Sí. —Me limpié la piel de debajo de los ojos e inhalé para despejarme la nariz—. Te echo de menos.

—Y yo a ti. —Lo visualicé en el sillón de su estudio, con la cabeza apoyada en el lateral y Marlowe acurrucado en el regazo. En una mano sostenía el teléfono, con los ojos entornados, mientras con la otra dibujaba círculos en el denso pelaje negro. Todas las cosas que no nos habíamos dicho crepitaban en la línea telefónica que nos

separaba. Kenneth se aclaró la garganta—. ¿Cómo va todo por el infierno?

Me reí. Por motivos desconocidos, el puerto espacial de Brasil se llamaba *Barreira do Inferno*. La barrera del infierno.

—Ayer me tomé un daiquiri de mango, la vida aquí es muy dura.

Se rio como si fuera una conversación normal y no mi última noche en la Tierra.

—¿Lista para el lanzamiento de mañana?

—Sí. Todo el mundo ha apechugado con los cambios y nos hemos unido como equipo, creo. —Lo que era cierto, pero se trataba solo de la punta del iceberg de la situación. Todos estaban tensos y estresados por los cambios porque no entendían lo que pasaba, pero tenían sus conjeturas. Si envías a un grupo de personas aterradoramente brillantes a hablar con el FBI y haces cambios constantes en el calendario de lanzamiento y en el personal, no esperes que crean que todo es normal—. ¿Qué hay de ti? ¿Alguna flor en el jardín?

—No. Todo está de un verde saludable, pero nada ha florecido. —Se aclaró la garganta—. No tienes que preguntarme todos los días.

—Cuando esté en la Luna, prometo que solo te preguntaré una vez a la semana.

Se rio.

—Solo tienes permitida una llamada a la semana.

—También está el teletipo. Podría preguntarte a diario por correo, así que confórmate con lo que te toca.

—Lo hago. Todos los días. —No me dijo que rezaba porque volviera a casa a salvo, pero se lo noté en la voz—. Cambiando de tema, Nathaniel ha salido del hospital. Me pasé a verlo con Reynard y jugamos al póquer. Hershel es un jugador muy retorcido, estoy convencido de que cuenta las cartas.

—Si tiene la mitad de las habilidades matemáticas de su hermana, es muy probable que intuya las probabilidades sin ni siquiera pensarlo.

—Pues ahora tiene un precioso frasco de cebollas de cóctel para presumir. —Suspiró en el receptor—. ¿Sigues las noticias desde allí?

Hice una mueca.

—¿La situación en el Capitolio? Sí. ¿La prensa ha hecho que suene mejor o peor de lo que fue?

—Una mezcla. La mayoría era gente pacífica, pero el contingente que se volvió violento fue muy efectivo a la hora de sembrar el caos. Denley planea establecer un toque de queda y creo que solo empeorará las cosas, pero… Es más fácil vigilar si hay menos gente por la calle.

—¿Te estás quedando en Topeka?

—Voy y vuelvo. La verdad es que solo he venido a casa para hablar contigo. —Cambió el teléfono de posición—. Verás… Creo que tendré que hacer oficial mi candidatura antes de que vuelvas. ¿Te parece bien?

La habitación se enfrió. Había estado a su lado en todos los mítines de apertura. Cuando se presentó a alcalde, a senador estatal, también a senador del nuevo gobierno después del meteorito y a gobernador. Si no estaba, la prensa lo comentaría. Empezaría la campaña agobiado por las especulaciones de que nuestro matrimonio hacía aguas. De que no iba a cumplir con mis deberes como primera dama si estaba en la Luna.

Pero también entendía el porqué.

—Tienes que aligerar las noticias. —Todo se iba a la mierda y, una vez hiciera el anuncio, su voz se amplificaría más allá de Kansas. Cerré los ojos para bloquear el océano y la playa—. ¿Serviría de algo si hago una transmisión desde…?

Alguien llamó a la puerta y Birgit la abrió de golpe.

—¡Nicole! Ha salido el sol.

—Ah. Eh…

Por teléfono, Kenneth dijo:

—Lo he oído. Corre, vete. Antes de que las nubes se cierren.

—Te quiero. —En menudo mundo vivíamos, en el que era más extraño que saliera el sol que hablar con mi marido desde la Luna.

Supongo que no sorprenderá a nadie saber que soy más feliz cuando tengo el control. Me he acostumbrado a ser una pasajera en los lanzamientos de los grandes cohetes, pero no me hace gracia. Echo de menos los días en que solo había tres personas en una cápsula y tenía un trabajo de verdad. Aquel día, iba tumbada de espaldas, bien atada al asiento de lanzamiento mientras escuchaba las comunicaciones que llegaban desde el compartimento del piloto más arriba. Era el cuarto *intento* de lanzamiento. Hasta el momento, lo había impedido un rayo, un avión que invadió el espacio aéreo de la CAI y un interruptor de relé atascado.

Al menos, tenía un asiento de pasillo.

La voz de Eugene crepitó por los altavoces.

—Quedan dos minutos, piso de abajo. Que las azafatas suspendan el servicio de bebidas y se preparen para el despegue.

Las risas recorrieron la cabina. No había azafatas. Solo veintiocho astronautas y colonos, atados a los sillones con los pies en el aire y una desesperante necesidad de orinar. Alcé la mano para cerrarme el visor y el policarbonato silbó al rozarse con las juntas de goma. Encajó en su sitio y me dejó envuelta en el sabor metálico del aire embotellado, el zumbido del ventilador del traje y los crujidos de los novatos que activaban los comunicadores con la respiración agitada.

Imelda Alva Corona estaba a mi derecha, con el largo cabello oscuro recogido debajo de los auriculares. Miraba el mar por la ventana y suspiraba.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Se sobresaltó, sorprendida de que la hubiera oído suspirar con el casco cerrado, pero tenía el comunicador encendido. Se encogió de hombros—. El mar es… Crecí en las llanuras y llegué a ver la estación espacial antes de ir a una playa.

Al otro lado del pasillo, Luther Sanchez dijo:

—En lo que a mares respecta, la costa de Brasil es bastante impresionante. Me crie en una zona con largas playas planas. Toda esta combinación de selvas, acantilados y agua desconcierta.

Nadie le preguntó de dónde era. Después del meteorito, mucha

gente ya no hablaba de su hogar, porque obligaba a recordar a demasiados amigos muertos. Como había revisado todos los archivos con Clemons, sabía que Luther había nacido en Florida. La frontera seguía bien, en su mayor parte, pero las marejadas habían afectado mucho a la costa. Su ciudad natal había desaparecido. Él estaba en Europa con la Fuerza Aérea cuando cayó el meteorito. Fue la primera persona de su familia en graduarse en la universidad y salir del pueblo.

—Crecí en Detroit e íbamos de vacaciones a los Grandes Lagos. —Teníamos una casa a la que escapar en verano cuando hacía calor —. Pensaba que sabía surfear, hasta que fui a California. Estaba muy equivocada.

Detrás de mí, Faustino Albino Ríos dijo:

—Creo que es la primera vez que te oigo reconocer que te has equivocado en algo.

—Me equivoqué al pensar que me caías bien.

En el asiento de la ventana de estribor de nuestra fila, Imelda exclamó:

—¡Mirad! El brazo LOX.

Por mucho que algunos desearan que eso significara que habían cargado la nave con salmón ahumado, se refería al brazo de suministro de oxígeno líquido que se retraía. No se veía desde mi posición. Un débil zumbido mecánico reverberó en la cabina y, en la ventana de babor de nuestra fila, Aahana se estremeció en el asiento.

Hay cosas para las que ninguna simulación puede prepararte. Me incliné hacia ella, aunque mi voz se transmitiría por los comunicadores de la tripulación al resto de la cabina.

—Le están quitando la kipá.

Nathaniel había hecho esa broma al principio y se quedó como nomenclatura oficial para la tapa que mantenía el cohete estable en la plataforma hasta justo antes del lanzamiento. Esperaba que estuviera bien. Hershel dijo que seguía teniendo problemas para retener la comida.

—Gracias. —Aahana sonrió, aunque con un poco de tensión—. Debería haberlo sabido.

—Algún día, harán una simulación que lo incluya todo. Hasta entonces, piensa que es la magia del directo.

Deseé, no por primera vez, que no hubiéramos tenido que llevar a nuevos colones en el viaje. Si Clemons hubiera eliminado a todos los novatos, la gente lo habría notado. Se habría perdido aún más confianza en el programa.

Al otro lado de la ventana, apareció una enorme ráfaga de bruma blanca que borró el mar y la conversación desapareció bajo el áspero silbido. Desde algún lugar de la cabina, un hombre gritó:

—¡Virgen santísima!

—Ventilación de oxígeno líquido —murmuré a Aahana—. Completamente normal.

—Al habla el capitán. Por favor, asegúrense de tener el cinturón de seguridad abrochado y las bandejas recogidas. —Eugene era un payaso—. Un minuto. Repito: un minuto, piso de abajo.

Luther Sanchez se apretó el arnés, lo cual fue adorable. En el «piso de arriba», el módulo de mando, estarían haciendo las últimas comprobaciones mientras los que estábamos en el «piso de abajo», el módulo de pasajeros, llevábamos casi dos horas anclados a los asientos.

—Es probable que la presión de la cabina dispare una alarma. —Eugene apenas había terminado de hablar cuando un claxon retumbó en el compartimento.

Varias personas jadearon. El problema de los colonos era que su tiempo de entrenamiento era significativamente menor al nuestro. Era cierto, pero no toda la verdad. Todos los ruidos y las alarmas me tensaban de una manera que no solía pasarme en los lanzamientos. Con cada uno, estaba segura de que algo que parecía un problema rutinario estaba a punto de matarnos a todos.

Myrtle alzó la voz para cortar el zumbido en los comunicadores.

—Chicos, esta es una alarma bastante rutinaria antes de un lanzamiento.

—Siento el ruido… —Eugene sonaba tranquilo. Por supuesto, también le había oído igual de calmado mientras pilotaba un avión en llamas, así que no sabía cómo tomármelo—. Todo en orden.

Lo que significaba que la presión de nuestra cabina era aceptable. Clemons había viajado a Brasil para el lanzamiento y sabía que estaba en la sala de despegue. Incluso si nadie más en el centro de lanzamiento estaba al corriente de las preocupaciones internas, no nos dejaría volar si hubiera algo fuera de lo normal.

—El volumen libre ha subido. —La voz de Curtis Frye se transmitió desde el asiento del copiloto—. Y el tanque de helio del motor derecho tiene los niveles un poco bajos.

—También lo estaba ayer. —En circunstancias normales, tener unos niveles de helio un poco bajos no nos retrasaría en absoluto—. ¿Tenemos confirmación para el lanzamiento?

Las comunicaciones se silenciaron un segundo, hasta que el enlace de Tierra habló:

—Detenemos la cuenta atrás en cuarenta y tres segundos.

Un gemido recorrió la cabina. A mi lado, Imelda dijo:

—Mi hijo me ha preguntado a qué hora teníamos la cancelación de hoy.

Desde otro punto de la cabina, un británico dijo:

—Maldita sea. Empiezo a preguntarme si vamos a despegar alguna vez.

—Y que lo digas —respondió una mujer, estadounidense del medio oeste, así que tal vez Sarah Holtermann o Vicky Hsu—. Si a mi marido le costara tanto activarse, lo habría dejado hace años.

—Empiezo a entender a los terraprimeristas. —Esa voz fue baja, masculina y estadounidense; podría pertenecer a un puñado de personas. Si hubiéramos mantenido el equipo original, habría reconocido la voz de todos, pero a buena parte del grupo lo había conocido en Brasil.

—En mi primera misión, el vuelo se canceló seis veces. —Me estiré todo lo que pude en el asiento, pero el ritmo de mi corazón habría preocupado al médico a bordo en los viejos tiempos, cuando llevábamos enganches de telemetría para medir las constantes vitales —. Calmaos todos. No es una cancelación, solo han pausado la cuenta atrás.

—Gracias, *mamae*. —Faustino tuvo la suerte de estar justo

detrás de mí porque, si hubiera podido alcanzarlo, no le habrían gustado las consecuencias.

—Avísame cuando necesites que te cambien el pañ…

Las comunicaciones crujieron y me callé cuando el enlace habló:

—El tanque de helio derecho está bien. Se reinicia la cuenta atrás en cuarenta y tres segundos.

Al otro lado del pasillo, Luther cruzó los dedos sobre el regazo. Aahana se inclinó hacia la ventana, con el labio inferior entre los dientes. Cerré los ojos y me pregunté si Kenneth estaría escuchando el comunicador de su despacho.

¿En qué pensaba? Conocía a mi marido. Por supuesto que estaba escuchando. Abrí los ojos y dije, lo más claro que pude, para los colonos y para él:

—Todo irá bien, no os preocupéis.

—Gracias, *mamae* —dijo Faustino.

Puse los ojos en blanco.

—No me hagas ir a por ti.

—Treinta segundos, piso de abajo.

Dentro de las botas, encogí los dedos de los pies como si así fuera a conseguir una mejor tracción, como si sirviera de algo. Remetí los brazos a los lados y miré hacia arriba, más allá de tres filas de cascos y sillones de lanzamiento.

—Quince.

Desde algún rincón de la cabina, uno de los nuevos comenzó a recitar la cuenta y otros se le unieron como si fueran turistas.

—Diez, nueve, ocho, siete, seis…

Los motores principales se encendieron y la nave se estremeció. Se balanceó hacia atrás cuando los motores comenzaron a ejercer presión contra los pernos que nos anclaban al suelo. La cuenta atrás se convirtió en una risa nerviosa.

—Tres a cien. —Eugene informó de que teníamos un cien por cien de empuje en los tres motores.

Curtis Frye dijo:

—Allá vamos.

Y despegamos. Nada salió mal, todos los sistemas estaban en

orden.

CAPÍTULO 14

HACIA 1964

> Topeka, Kansas, 12 de abril de 1963 — La semana pasada, la campaña no declarada del gobernador Kenneth T. Wargin para la nominación presidencial del Partido Demócrata de cara a las elecciones de 1964 parece haber dado otro paso. Se reunió en Kansas City con Elbert Simmons, el líder del partido, quien lo calificó como el aspirante «favorito». A lo que Wargin respondió: «Lo importante ahora es crear unidad. Es demasiado pronto para grabar en piedra el nombre de un solo candidato».

Floté cerca del techo de la lanzadera translunar con un pie enganchado en uno de los raíles guía y eché otro vistazo a mis cartas magnéticas. Imelda estaba a mi izquierda en la silla «sur», aunque no hay ni «norte» ni «sillas» cuando se juega al *bridge* en gravedad cero. Desde la silla «este», tenía una buena vista de mi asiento y del kit de preferencias personales de la tripulación. Mi KPP incluía un paquete de Clemons para el administrador de la colonia lunar. Habría preferido tenerlo conmigo, pero, cuando lo probamos en la Tierra, interfería con el cierre del traje y no conviene que eso pase en el espacio.

Imelda se mordió el labio inferior *mientras* miraba sus cartas. Era una manía que tenía que controlar si quería seguir jugando al

bridge. Y mejor que ni lo intentara con el póquer.

Su compañera, Vicky, flotaba a mi derecha en la silla «norte».

—De verdad, los conejos de Angora son el futuro.

Levanté las cejas.

—¿Sabes que existen otras aficiones además de tejer?

—En algún momento, tendremos que confeccionar nuestra propia ropa en la Luna. Cultivar algodón no es una opción. —La botánica arrugó la nariz mientras Imelda ofrecía un tres de corazones—. Los conejos de Angora son una fuente de alimento y su piel es una maravilla para hilar.

El último miembro del grupo, Myrtle, estaba en la silla «oeste», frente a mí.

—¿Y las cabras? El mohair es una fibra muy buena y tendríamos productos lácteos.

Vicky ladeó la cabeza y lo consideró.

—No sería tan sencillo transportarlas.

En el tránsito de tres días a la Luna hacemos algo de trabajo, pero, en su mayor parte, es lo más cercano a unas vacaciones. La transferencia en Lunetta existe para que cambiemos de un vehículo de lanzamiento a un transbordador lunar, diseñado para volar solo en el vacío. Uno de los efectos secundarios más ventajoso era que les daba tiempo a los novatos a aclimatarse a la microgravedad y aprender a usar un inodoro de gravedad cero, por lo que así evitábamos muchos vómitos y cacas flotantes en el vuelo a la Luna. Por toda la nave, la gente leía, jugaba a las cartas o charlaba como si siempre hubiera estado en el espacio. Doblé la carta de Imelda.

—¿Y si llevásemos crías de cabra?

—Chivos. —Myrtle observó mi jugada y reconsideró sus cartas —. Se llaman «chivos» o «cabritos», urbanita.

Le saqué la lengua como la mujer adulta que soy.

Vicky hizo un remate.

—¡Ay! ¿Habéis visto las cabras enanas de Camerún? ¡Son tan pequeñitas! También son mejores para el compostaje. Aunque no sé sí el pelaje será una buena fuente de fibra…

Aahana se acercó flotando al grupo y se agarró a una barandilla

para detenerse junto a Myrtle. Se inclinó y susurró algo que hizo que la mujer mirase de sopetón hacia el módulo de mando.

—Gracias. —Tragó saliva y se volvió hacia nosotras—. Con vuestro permiso.

He jugado al *bridge* con Myrtle y Eugene el tiempo suficiente para conocer sus reacciones sutiles, y esa no era una reacción sutil. Algo le pasaba a Eugene.

Una hora más tarde, estaba colgada en mi asiento mientras fingía leer y observaba la actividad en la parte delantera de la nave. Ana Teresa entraba y salía del módulo de mando, por lo que deduje que seguramente Eugene estaba enfermo. En el desayuno parecía encontrarse bien. Basándome en la cantidad de artículos de limpieza que Helen y Myrtle llevaban al módulo de mando, también deduje que había vomitado.

Quería ayudar y me costó muchísimo quedarme quieta y no entrometerme.

Sin embargo, no dejaba de pensar en Nathaniel.

No imaginaba cómo alguien habría introducido matarratas en una comida deshidratada, pero no significaba que fuera imposible. Tampoco sabía si los síntomas de ese tipo de envenenamiento se manifestaban de inmediato o si Nathaniel había vomitado a causa de la úlcera.

Nada impidió que me preocupara. Me mordí el interior de la mejilla y leí la misma página una y otra vez.

Curt salió del módulo de mando, tirando de los pies de un saco de dormir. Todo el mundo en la cabina principal se quedó quieto al ver cómo Ana Teresa aparecía cargando el otro extremo. Dentro del saco, Eugene estaba acurrucado en posición fetal. Tenía un brazo colgando y una bolsa de emesis en la mano, así que había acertado con el vómito. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido por la concentración, como si se esforzara por no volver a vomitar.

Myrtle los acompañó hasta un rincón. Echó un vistazo por la cabina principal, nuestras miradas se encontraron y me hizo señas.

Me desenganché del reposapiés del sillón y guardé el libro en la red sujeta al respaldo de la silla de delante. Solo necesité dos empujones para avanzar como Superman hasta delante, donde me enganché a un asidero junto a Myrtle.

—¿Qué puedo hacer?

—La verdad es que no lo sé. —Apoyó una mano en el hombro de su marido—. Va a mentir y a decir que está bien.

—No. —Eugene abrió un ojo—. Pero te prometo que sé usar una bolsa de emesis. Enganchadme aquí y…

Se Le retorció la cara y se llevó la bolsa a la boca. Que vomitase era malo, que un piloto reconociera que no se encontraba bien era terrorífico.

Ana Teresa le puso una mano en los hombros para estabilizarlo, mientras Curt le sujetaba los pies. Me di la vuelta y tomé unas correas de una de las bolsas de estiba. Era lo único que podía hacer.

Aseguré el hombro derecho del saco de dormir a la esquina de la cabina, consciente de que todo el mundo nos observaba. Eugene terminó y se quedó inerte y jadeante dentro de las ataduras, como si acabaran de retorcerle las entrañas. Ana Teresa le quitó la bolsa con cuidado y le deslizó otra vacía en la mano.

Desde el fondo de la cabina, Faustino se acercó un poco más.

—¿Qué le pasa?

Ana Teresa introdujo la bolsa usada en una de basura más grande.

—Creo que se trata de una intoxicación alimentaria contraída antes de la salida y que se recuperará en cuanto termine de recorrer su organismo. No es nada contagioso, así que no hay motivo para alarmarse.

—Se recuperará a tiempo para aterrizar. ¿Verdad, doc? —Curt seguía sujetando los pies de Eugene. El sudor le cubría la frente y me di cuenta de que, como copiloto, si Eugene no mejoraba, él se encargaría del aterrizaje. Sería la primera vez que aterrizase en la Luna.

—Eh… —Ana Teresa miró más allá de Curt hacia el resto de la cabina y vi cómo la mentira tomaba forma en esa vacilación—. Por

supuesto.

No dejaba de pensar en Nathaniel. También empecé a preguntarme si la enfermedad que había afectado a la expedición de Marte también había sido una simple intoxicación alimentaria.

—¿Hay…? ¿Estás segura de que solo es una intoxicación alimentaria?

Resopló.

—No son «gérmenes espaciales», si es lo que me estás preguntando.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor, concédeme un mínimo de inteligencia. —Los periódicos se habían aferrado a esa tontería como si fuera una realidad, pero nadie que trabajara en la industria aeroespacial creía en extrañas enfermedades mutantes del espacio exterior—. Me preguntaba si podría ser una úlcera, una gripe estomacal o una infinidad de cosas que causan vómitos.

Negó con la cabeza.

—Hay una razón por la que llamamos a la medicina una «práctica». No tengo nada en esta nave con lo que hacer ninguna prueba real. Solo podemos asegurarnos de que esté cómodo para que se recupere lo antes posible.

Me deslicé hasta donde estaba Curt.

—Terminaré de atarlo para que puedas volver al módulo de mando.

Asintió y le apretó el pie a Eugene.

—No te atrevas a dejarme aterrizar esta cosa solo.

Eugene consiguió sonreír.

—Ni lo sueñes, me robarías el puesto.

No hay muchas opciones para contener el vómito en el espacio. Incluso con el máximo cuidado, siempre hay algún líquido que se escapa de la contención. Desde la parte trasera de la cabina, Guillermo Reyes Muñoz retrocedió de sopetón.

—¡Puaj!

Dio un manotazo al aire y enseguida se arrepintió.

—Ya voy. —Imelda se acercó a él con una patada—. Quién me iba a decir que tener un niño de cinco años me sería útil en el espacio.

Eugene abrió los ojos y carraspeó.

—Os voy a invitar a todos a una cerveza.

—Una promesa vacía. —Myrtle levantó la vista del ganchillo—. No hay cerveza en la Luna.

—Todavía no, pero sé que Ken Harrison ha metido lúpulo en su asignación personal. Hay… Mierda. —Volvió a llevarse una bolsa a la boca y tuvo una arcada.

Ana Teresa lo observaba y la línea entre sus cejas se volvió más profunda.

Me acerqué flotando a su lado.

—Pareces preocupada.

La comisura de su boca se crispó.

—No tengo ninguna forma de mantenerlo hidratado y me inquieta. —Miró a Eugene y habló en voz baja—. Me parece imposible que sea capaz de pilotar mañana.

Eugene bajó la bolsa.

—Lo he oído. Pídele un reemplazo al Centro de Control ahora mismo. Incluso si se produce un milagro, es mejor que haya un sustituto preparado.

Mi asquerosa ambición se animó y agitó los brazos. «¡Elígeme a mí! Soy la astronauta más veterana de la tripulación. ¡Elígeme a mí!». Pero mantuve la boca cerrada, a pesar de que tenía más tiempo de vuelo acumulado que cualquiera de la nave, excepto Eugene, a pesar de que había aterrizado en la Luna antes, porque él no era el que tenía que tomar la decisión. La CAI conocía mis cualificaciones. Si Clemons quería que pilotara, me elegiría.

Cuando la maniobra orbital se activó y tuvimos gravedad por primera vez en tres días, mi espalda chocó con el asiento. Fue un poco más burdo de lo necesario.

Me deslicé de un lado a otro en el sillón mientras oscilábamos a bandazos. Antes de que me llegara a tensar, se asentó y los vaivenes desaparecieron. Me mordí el interior del labio y miré por la ventana detrás de Imelda. No se veía nada que me diera algún indicio de ritmo o altitud.

Solo era una sutil sensación de que algo iba mal. No me malinterpretéis, la aproximación a la Luna es un poco diferente cada vez en función del lugar en el que nos encontremos en los ciclos orbitales, pero siguen existiendo ciertos ritmos y patrones. Una oscilación no era del todo anormal; de hecho, la nave de Jacira experimentó una muy severa en su primer aterrizaje. Podía tratarse de cualquier cosa, desde un mínimo residuo hasta un propulsor que no funcionara bien, un indicador defectuoso o un error del piloto.

Si Eugene hubiera estado a los mandos, no me preocuparía. Pero estaba atado a un asiento en la parte delantera de la cabina, con los labios agrietados y un tono grisáceo nada saludable.

La CAI ascendió a Curt a piloto y puso a Michael Lin de copiloto. Dos novatos para aterrizar la nave, porque antes tendría que congelarse el infierno que dejarme pilotar.

Al menos Helen se había quedado en el asiento de calculadora de vuelo, así que tenían a una veterana allí arriba. Ella mantendría el rumbo y compensaría los errores de combustión.

—Lanzadera translunar 1093 a Artemisa. —La llamada de Curt al Control de Tierra Lunar sonó tranquila, como si no fuera su primer aterrizaje.

—Artemisa a LTL-1093. Al habla Deana Whitney en el puesto enlace de comunicaciones aeroespaciales. —Bien. Me gustaba, era sensata y lista como el hambre. Entonces recordé que su marido había estado en el Club de Maridos de Astronautas la noche en que envenenaron a Nathaniel—. ¿Me recibís?

—Alto y claro. Comprobación con el horizonte justo a tiempo. Los controles del radar indican 15200 metros de perilunio. La altitud visual se estabiliza en unos 16 100.

—LTL-1093, el vector de estado es correcto. La zona de aterrizaje es segura. Tenéis aprobación para proceder con el

aterrizaje.

—Recibido. Piso de abajo, vamos a hacer la aproximación final —anunció Curt—. Azafatas, suspended el servicio de bebidas y preparad la cabina para el aterrizaje.

Nadie se rio. Me dieron ganas de gritarle que se concentrara en pilotar. Eugene hacía bromas cuando estábamos sentados en la plataforma de lanzamiento esperando, no durante el vuelo real. Apreté el arnés. Curt era muy joven.

Un momento después, Mikey dijo:

—Disyuntores de control del dispositivo de bloqueo del motor de ascenso y gimbal de corriente alterna del módulo de control del motor de descenso, fijados, índice del nivel, habilitado. Escala de velocidad, 25.

Me removí en mi asiento e imaginé la cabina. Había hecho cinco misiones a la luna cuando el cuerpo era lo bastante pequeño como para que no les quedase otra que dejar que las mujeres pilotaran de vez en cuando. Iría bien, todo iría bien. En mi primer aterrizaje no pasó nada, por lo que no había razón para pensar que los novatos tendrían problemas.

—La alineación del sistema de guía de aborto es correcta. A mi señal, tres treinta para la ignición —dijo Helen.

Curt respondió:

—Recibido.

—Comienza la cuenta atrás.

Esos tres minutos y treinta segundos se alargaron hasta llenar el vacío negro del espacio. Al otro lado del pasillo, Aahana tenía los dedos clavados en las rodillas del traje espacial y no se me ocurría nada para tranquilizarla. Yo no dejaba de estirar los dedos de los pies, como si estuviera a punto de hacer puntas, y tenía que obligarme a relajarlos una y otra vez.

Los tres minutos y treinta segundos se me hicieron eternos. Siempre parece más tiempo.

—Conversión de empuje, cuatro propulsores. Par de equilibrio, activado. Acelerador del módulo de control de conversión de empuje, mínimo. Acelerador en control automático. A la espera

de…

Los motores volvieron a clavarnos en los asientos. En algún lugar de la cabina, uno de los integrantes del contingente argelino murmuró algo árabe que parecía una oración.

—Inclinación 212, desvío 37 —anotó Helen.

Esperé el impulso lateral de la maniobra de desvío, pero no llegó.

Su voz sonó un poco más urgente.

—Curt, inclinación 212, desvío 37.

—LTL-1093, os aproximáis en un ángulo demasiado elevado.

—El regulador no responde. —Su voz seguía muy tranquila—. He perdido el control de altitud. Tengo que mantener de forma manual toda la entrada de rotación.

Incluso los novatos sabían lo suficiente para que la tensión inundase la cabina. Nadie habló. Aunque no estábamos en el módulo de mando, mantener las líneas de comunicación despejadas era primordial. El fallo de control suponía una gran sobrecarga mental para mantener la nave alineada.

En la parte delantera, Eugene se lanzó a por las correas de los hombros y se detuvo, sin soltarlas. Conocía la sensación. Me moría por desabrocharme el cinturón e impulsarme como Superman hasta la parte delantera para ayudar. Había formas de compensar los fallos del sistema de control. Curt y Michael habían sido pilotos antes de unirse a la CAI. Habían recibido los años de formación adicional como astronautas que los colonos no tenían. Podrían con ello.

Asumiendo que la nave no hubiera sido saboteada, claro, y que fuera un error recuperable.

Desde la parte delantera de la nave, la voz de Eugene sonó áspera, pero tranquila.

—Tripulación, sellen los cascos y aseguren los cinturones.

A mi alrededor, decenas de cascos se cerraron con un clic. Deslicé el visor hacia abajo y me sellé en el aire del traje. Si había una brecha, estaríamos protegidos del vacío. Si había una explosión…

Por los auriculares, nuestras respiraciones colectivas silbaban y

estallaban al activar los comunicadores en diferentes intervalos. Mientras la gente respirara con calma, los canales activados por voz se mantendrían en silencio, pero no apostaba por que muchos de los colonos fueran capaces de aguantar.

Sentí que la gravedad venía desde la izquierda cuando Curt encendió dos propulsores para girar la nave a la posición correcta. Iba a gastar mucho combustible, lo que haría que los márgenes para el aterrizaje fueran ajustados, pero nos haría descender.

—Angulos después del giro: inclinación de banda S, menos 9, desvío, más 18 —dijo Mikey.

—Recibido. Pinta bien.

Solté un pequeño suspiro de alivio, pero muy pequeño.

—Beta ARM. La altitud es un poco alta. —Mikey hablaba como si la situación no fuera más emocionante que una misa metodista—. Recibo una pequeña fluctuación en el voltaje de corriente alterna.

—Recibido.

—¿Podría ser cosa del medidor?

Esa sería una forma sencilla de estrellar un cohete. Ni siquiera habría que dañar un motor, solo hacer que el panel de instrumentos fallara. Pero no pasaba nada, nos habíamos entrenado para pilotar solo con información visual. Sabían cómo hacerlo.

Helen lo confirmó.

—Esperad. Las comprobaciones de posición de trayectoria muestran que estamos un poco lejos.

—Compensando. —Un momento después de que Curt hablara, una combustión rápida nos clavó en los asientos y luego paró.

—Bien. —Sentí el alivio en la voz de Mikey—. Tenemos un buen enganche. Luces de altitud, fuera. Diferencia de altura de menos 2900.

—Artemisa, ¿habéis comprobado nuestra diferencia de altura?

—Afirmativo, LTL-1093. Parece correcta.

—Seis más 25, comenzamos descenso —dijo Helen.

—Recibido. Seis más 25.

Bajé la mirada para comprobar con disimulo el reloj Omega

enganchado al exterior de mi traje. Imelda captó el movimiento y levantó las cejas con gesto interrogante. Primero negué con la cabeza, después apagué el micrófono y me incliné para acercar mi casco al suyo.

—Cronometro las combustiones. Van muy bien.

Justo a tiempo, nos precipitamos hacia delante cuando Curt aceleró. Nos desviamos un poco, pero parecía que el rumbo se mantenía estable.

—El sistema de guía de aborto y el sistema primario de guía, navegación y control indican lo mismo —dijo Mikey.

—El control de actitud manual es correcto. Ese propulsor vuelve a aparecer en los sistemas.

No, no, no. No te fíes. Era como el fallo intermitente del motor. Sí, tal vez el propulsor volviera a funcionar de forma permanente, o tal vez fallara de nuevo. Apreté los puños dentro de los guantes y solo una buena manicura me impidió atravesar las puntas.

—Seiscientos metros. Dentro del SGA, cuarenta y siete grados. —Mientras Mikey hablaba, me volví para mirar por la ventana de estribor.

El horizonte lunar ocupaba el lado de estribor. Me estiré por el pasillo y le di un golpecito a Aahana, que se sobresaltó con el lo que. Señalé hacia la ventana y abrió la boca de puro asombro.

—35 grados. 230. Bajando a siete.

Los extraordinarios cráteres y las sombras pasaban por el exterior. La escala era imposible de distinguir sin una atmósfera que suavizara la diferencia. En las fotos, la Luna siempre parece gris, pero el color fluctúa para incluir marrones y blancos brillantes según dónde se mire.

—165 metros, abajo en nueve. Abajo en cinco.

En la distancia, el cráter Brannen apareció a la vista. En la sombra de su borde, una luz artificial marcaba la presencia de la humanidad: la cúpula de entrada al puesto de avanzada Marius Hills, donde se construía un enorme hábitat dentro de un tubo de lava de cuarenta kilómetros.

—Velocidad horizontal asegurada. 91 metros; 1,06 abajo; 14

adelante.

Llegábamos un poco rápido para mi gusto, pero todavía estábamos dentro de los parámetros.

—A 1 minuto; 0,45 abajo.

Al otro lado de las ventanas, nuestra sombra apareció, revoloteando sobre la superficie rocosa. Nos quedamos sin aliento al unísono, como si lo hubiéramos ensayado. No importaba cuántas veces volara a casa, la primera vista de la sombra siempre hacía que el pecho me cosquillease de asombro.

—15,25; abajo en 0,76; 6 adelante.

Levanté el brazo para señalar la primera cúpula de la Base Artemisa que apareció a la vista, brillando vivaz en la superficie de la Luna. Aahana se inclinaba hacia delante contra el cinturón para mirar.

La nave dio un bandazo hacia un lado y me estampó el brazo en el lateral del asiento. Volvimos a cambiar de vector y las correas de sujeción se me clavaron en el pecho con tanta fuerza que me dejaron sin aliento. Jadeé y miré por la ventana mientras se levantaban nubes de polvo.

La nave descendió de golpe. Incluso a través del casco, el metal gimió cuando toda la nave se retorció muy por encima de las especificaciones. Los bultos de equipaje y las bolsas de KPP se precipitaron como una avalancha, acompañadas de gritos de dolor sin dueño. Por encima de todo, retumbaba el persistente sonido de la alarma de descompresión.

Dejamos de movernos. La gravedad de 1/6 nos acomodó en los asientos.

—Tierra. —Curt tragó de forma audible en el micrófono—. Hemos tocado tierra.

La alarma de descompresión seguía sonando. Llevábamos los trajes de presión justo por esa razón. Todo iría bien. Tendríamos que evacuar. En circunstancias normales, no me preocuparía por el equipaje, pero tenía que entregar un paquete y…

Ya no estaba.

Mi bolsa de KPP había desaparecido. Debía de haberse soltado

con el impacto, llevándose consigo el paquete de libros de códigos. Mierda. Negué con la cabeza dentro del casco. Ya me preocuparía por eso más tarde. Primero había que sacar a todo el mundo de la nave.

Alguien intentaba no llorar, una respiración perdida que se entrecortaba y no lograba mantenerse en silencio.

Me ardía el brazo de dolor, pero respiré para intentar ofrecer una imagen de calma.

—No pasa nada, gente. Ha sido duro, pero ya hemos aterrizado. No os mováis mientras apagan el…

El cohete dio una violenta sacudida.

La adrenalina me inundó el cuerpo. Estábamos en tierra, así que ¿por qué seguíamos moviéndonos? Miré por la ventana y el horizonte se inclinó hacia un lado. Con un chirrido de metal que sentí a través del asiento y en los dientes, todo el vehículo se inclinaba muy despacio hacia un lado. En una gravedad de 1/6 caerse requiere de mucho tiempo.

CAPÍTULO 15

EL NÚMERO DE MUERTOS DEBIDO A LAS INUNDACIONES EN PAKISTÁN ASCIENDE A 2300

Edición especial de *The National Times*

> Karachi, Pakistán, 13 de abril de 1963 — El número de muertos en las inundaciones de Pakistán ha subido hoy a más de 2300, a medida que el crecido río Indo avanzaba hacia el sur a través de distritos densamente poblados. Más de quince millones de personas han perdido sus hogares desde que las aguas de los ríos empezaron a desbordarse en las provincias de Punjab y Sind hace dos semanas, tras unas lluvias más intensas de lo habitual. Los meteorólogos advierten que cabe esperar más inundaciones similares debido a los cambios posteriores al meteorito en los patrones meteorológicos.

Volcamos a diez grados de la vertical y nos sacudimos hasta detenernos. El metal crujió y volvimos a caer. Quince grados.

A pesar de las horas pasadas en simulacros, me tensé y me agarré a los brazos de la silla, lo que me provocó una oleada de dolor en la muñeca izquierda. Todo el mundo respiraba con agitación, incluida yo. El oxígeno me secó la lengua. Un sexto de gravedad, después de

tres días a cero, me resultaba mucho más significativa de lo que debería.

La nave se bamboleaba como si un fuerte viento la azotara. O como si alguien usara los propulsores de reacción para mantenerla en pie.

—Que nadie se mueva. —La voz de Eugene se abrió paso entre el caos de respiraciones. Sonó más fuerte a través del comunicador que en los últimos dos días. No pilotaba la nave, pero seguía siendo el comandante de la misión—. Mantened las líneas de comunicación despejadas. Frye, dame el informe del estado del módulo de mando.

La pausa mientras esperábamos la respuesta de Curt casi acabó conmigo. La nave seguía volcando y luego volvía a balancearse hasta la vertical. Respondió con la misma calma que si se tratara de un simulacro.

—Hemos perdido un puntal de aterrizaje y lo estoy compensando con propulsores.

Mikey continuó con el informe para dejar que Curt se concentrara en mantenernos en posición vertical.

—La presión en el módulo de mando es buena. Tenemos una alarma de despresurización en el módulo de pasajeros. Vamos a evaluar el nivel de pérdida de presión.

—Frye, ventila los tanques principales. —Eugene se aflojó las correas de los hombros—. No ventiles los tanques ATC.

—Recibido.

Cuando la nave cayera del todo, se vería sometida a una tensión lateral muy superior a los parámetros para los que se diseñó. Era casi seguro que se romperían los tanques principales de combustible, lo cual, en palabras de nuestro supervisor de simulación durante el entrenamiento, nos llevaría a «un mal día».

En el lado de estribor de la nave, la aerocina se propulsaba en un chorro, que se congelaba al instante cuando el químico tóxico se esparcía por el paisaje lunar. En el lado de babor, fuera de mi línea de visión, el oxidante formaría otro chorro que contrarrestaba el empuje generado por la ventilación.

Eso solucionaba un problema, pero quedaba otro. Un piloto experimentado podría usar los propulsores delanteros para mantener la nave en posición vertical. Pero ¿con un puntal de aterrizaje roto? Cuando los tanques de los propulsores se vaciaran, la nave caería. Alguien tendría que quedarse a bordo y mantenerla en posición vertical hasta que todo el mundo evacuase.

—Tripulación, preparaos para la salida de emergencia, pero permaneced sentados. —Eugene sacó la bombona de oxígeno de emergencia de debajo de su asiento—. Helen, conéctame con el Control de Superficie Lunar.

Por supuesto, el CSL no podría oírle desde el módulo de pasajeros.

—Recibido. Espera. —La voz de Helen era fría como el hielo.

Mientras esperábamos, el traqueteo de las respiraciones empezó a desaparecer a medida que la gente se centraba en prepararse para la evacuación y dejaban de encender por accidente los comunicadores activados por voz. Tal vez estaban como yo, llenos de adrenalina, sin saber qué hacer con ella y esforzándose por respirar con la boca cerrada para mantener las comunicaciones despejadas.

Di vueltas a la hebilla giratoria del cinturón de seguridad y procedí a liberarme el hombro izquierdo. La correa se me enganchó en la muñeca y me envió una sacudida de dolor a través del codo y directamente al cerebro.

Las lágrimas me inundaron los ojos. Me quedé sin respiración por un momento.

Mierda. Si me había torcido la muñeca por señalar como una novata durante el aterrizaje, me iba a cabrear mucho. La saqué por las correas mientras intentaba no flexionarla; palpitaba de forma constante desde que me la había golpeado. Menuda imbécil.

Casi se me sale el corazón por la boca cuando Helen volvió a hablar.

—LTL a Control de Superficie Lunar, el comandante de Misión Eugene Lindholm está en línea. Adelante.

—Lindholm a CSL. ¿Pueden hacernos llegar el puente en esta posición?

Las comunicaciones se quedaron en silencio, como si todos aguantásemos la respiración al mismo tiempo.

En la Tierra, teníamos que aterrizar a kilómetros del Centro de Control, para evitar que las ondas sonoras destrozaran a la gente. En el vacío, no había que preocuparse por las ondas sonoras ni por la transferencia de calor, así que, en la Luna, aterrizábamos junto a la base.

—Negativo.

Sin el puente, la salida del transbordador estaba a casi cinco pisos del suelo.

—Recibido. ¿Pueden enviar a alguien con *rovers*? Solicito una salida deslizante de escotilla de Modo V.

El Modo V significaba que íbamos a descender por un tubo inflable de cinco pisos enhebrado con una línea de rápel de velocidad constante para controlar la caída. En el entrenamiento, es muy divertido. En la Tierra. Desde una maqueta de un vehículo espacial estático.

Me adelanté para agarrar la tarjeta de evacuación del respaldo del asiento. Sí, había enseñado a colonos cómo evacuar, pero las tarjetas de guía evitaban que se cometieran errores en el *momento*.

Debajo de la superficie lunar, docenas de hombres y mujeres se esforzaban por ponernos a salvo. De vuelta en la Tierra, con un retraso de 1,3 segundos, la totalidad de la CAI se habría movilizado en pos de prepararse para solucionar problemas inesperados.

En su oficina, mi marido estaría escuchando el comunicador. Su equipo estaría preparando sus propios puestos de combate, llenos con temas de debate y comunicados de prensa. Me habría gustado hablar para hacerle saber que estaba bien, pero me mordí la lengua.

En vez de eso, me coloqué la tarjeta de evacuación en el velero de la muñeca. Tenía los dedos torpes y mis guantes se endurecieron cuando la presión de la cabina se convirtió en vacío. El traje se presurizó para compensar y me apretó el brazo dolorido con una insistencia desgarradora. Me iba a salir un moratón enorme.

—Lindholm, un equipo minero va a salir por la esclusa de la cúpula Dewey y se dirigirá al encuentro con su gente. Los ingenieros

preguntan cuánto combustible queda en los propulsores.

—Con el uso actual, nos quedan quince minutos de propulsión —respondió Helen.

Por costumbre, miré mi reloj y marqué la hora. Para los astronautas, era suficiente. Habíamos hecho múltiples simulacros en los que habíamos bajado en rápel por los costados de diferentes clases de naves. Podíamos hacer una evacuación en 6,5 minutos.

Los colonos habían tenido una clase de tres horas.

—Recibido. —Deana no se despidió, así que Control seguía escuchándolo todo en la nave.

—Está bien. Modo V. Modo V. Curt, voy a subir a tomar el control.

Al otro lado del pasillo, Myrtle levantó la mano hacia Eugene, como si pudiera detenerlo, pero se apartó sin completar el gesto.

El precio que pagaba por estar en el cuerpo de astronautas con su marido era aceptar la posibilidad de que él se encontrara en el cohete cuando cayera. No se trataba solo de que el capitán se hundía con la nave. Eugene era el piloto con más experiencia en el vacío. La nave seguiría balanceándose, pero la oscilación sería mínima comparada con el viaje que nos había dado Curt. Ninguno de sus instintos estaba acostumbrado al vacío.

Por encima de mí, Eugene se conectaba a la bombona de oxígeno de emergencia.

—Myrtle, posición 1 para la apertura de la escotilla. Carmouche, posición 2 para el despliegue de la rampa. Wargin, posición 3 para distribución de dispositivos de seguridad. Tripulación, preparaos para el vacío puro. No os desconectéis de la línea de comunicaciones de la nave hasta que… —La comunicación se cortó. Eugene torció la cabeza y los hombros hacia un lado. Ana Teresa le puso una mano en la espalda para estabilizarlo.

La nave se balanceaba con cada impulso del propulsor mientras Curt luchaba contra la gravedad.

Myrtle bajó por la escalera en dirección a la escotilla de la base del compartimento de pasajeros. Por encima de nosotros, Helen salió del módulo de mando, puso los pies a ambos lados de la

escalera y se deslizó como si fuera un poste de bomberos doble.

Agarré la bombona de oxígeno de emergencia con la mano buena. La izquierda padecía un dolor frío y punzante que me llegaba hasta el hueso, pero no tenía tiempo para ser delicada. En la escuela de señoritas, me habían obligado a usar la derecha; tendría que ser suficiente.

—Pernos de seguridad pirotécnicos retirados. —Debajo de nosotros, Myrtle estaba en la esclusa, enganchada al pasamanos superior—. Escotilla de lanzamiento a la de tres. Uno. Dos. Tres. —El estruendo de los pernos pirotécnicos al dispararse resonó por todo el armazón de la nave, aunque no llegó al nivel de sonido de la cabina sin aire—. Escotilla despejada.

En el nuevo ángulo en el que se encontraba su cuerpo, Eugene se llevó la mano al pecho para encender el micrófono. Usaba el control manual para evitar que la activación por voz se disparase con las arcadas. Cuando habló, su voz sonó tensa.

—Wargin, ¿puedes tomar los mandos?

No lo emitió como una orden, porque no solo me pedía que mantuviera la nave vertical. Me pedía que siguiera a bordo cuando cayera. Lo hacía porque, si vomitaba mientras intentaba mantener la nave vertical, sería un día muy muy malo.

—Sí. Por supuesto. —Kenneth estaría escuchando—. Quién sabe, a lo mejor consigo posar la nave de costado.

—Pernos de las bisagras delanteras y traseras retirados. —En la posición 2, Helen trabajaba enganchada a la nave con los cordones de emergencia junto a la exclusa—. La rampa está encajada, negro sobre negro. Esperando para inflar.

Helen tiró del cordón de inflado. No ocurrió nada. Se apoyó con una mano en la nave y volvió a tirar con un movimiento similar al de un jardinero que intenta poner en marcha un cortacésped.

¿Podía ayudarla de alguna manera? No. Y centrarme en cosas con las que no podía hacer nada provocaría que se me escapara algo importante en las tareas que sí tenía asignadas. Me até la botella de oxígeno al traje y tiré de la «manzana verde» para activarla. En cuanto el indicador de oxígeno se puso en verde, desconecté el traje

de la nave. Sin comunicaciones directas, me sumergí en un silencio espeluznante. Solo escuchaba mi propia respiración y los ventiladores.

Aparté las piernas del asiento y me agarré a la escalera. El ángulo se inclinaba hacia el exterior y, con los guantes presurizados, iba a ser una subida desagradable. Apreté la mano izquierda en la barandilla y tiré hacia arriba.

En el interior de mi brazo, las alarmas se tornaron de un color rojo intenso, a toda potencia. Fallo del sistema.

Jadeé y cerré los ojos. Eso no era un esguince. Tenía el brazo roto.

No había palabrotas suficientes en el mundo. Aunque quisiera poner en peligro a mis compañeros al esconder una lesión grave, el brazo no soportaría mi peso para subir hasta el módulo de mando. Me arrastré de nuevo al asiento y me conecté al comunicador.

—La rampa no funciona. El tanque de argón está vacío. ¿Por el impacto?

—Recibido. Cambiamos a modo V. a. Descenso libre.

En las comunicaciones, alguien gimió, y no lo culpaba. Habíamos entrenado cómo mantener el cohete vertical con control manual, cómo descender en rápel sin rampa y cómo actuar si sufríamos una despresurización. Pero eran un montón de fallos graves a la vez.

Y la situación no dejaba de empeorar.

—Lindholm, aquí Wargin. —En teoría, podía pilotar, pero no teníamos tiempo para averiguar cómo llevarme hasta allí—. Tenemos un problema, creo que me he roto el brazo izquierdo en el aterrizaje.

—Recibido. —Sonó como una palabrota. Entre el ruido de las respiraciones y los ventiladores, sentí cómo evaluaba a los demás pilotos astronautas de la nave. Myrtle. Helen. Curt. Mikey. Las mujeres habían volado en el vacío, pero no con esta nave. Los hombres conocían el cohete, pero no el vacío. Solo quedaba él. Cualquier sacudida tenía el potencial de aplastar a la persona que bajase por la línea de rápel en un lado de la nave—. Tomaré los

mandos.

En el comunicador, alguien jadeó. Nadie habló, pero estaba dispuesta a apostar por Myrtle.

—Frye y Lin, preparaos para el traspaso y después ayudad a Carmouche en la posición 2. Myrtle, eres la primera en la línea para estabilizarla. Ana Teresa, asiste a Wargin con la lesión.

Eugene se desconectó y subió al módulo de mando.

En los simulacros, más de una vez me había tocado hacer de tripulante herida para que mis compañeros se hicieran una idea de lo que sería tener que evacuar a alguien incapacitado. Sería la primera astronauta en bajar después de los colonos. Lo mejor que podía hacer era mantenerme al margen hasta que estuvieran preparados para mí. No me iba a mover rápido.

Fuera de la vista, en el módulo de mando por encima de nosotros, Eugene dijo:

—Tomo el control.

Le siguió la respuesta ceremonial de Curt.

—Tomas el control.

Con los trajes espaciales, mis compañeros de tripulación solo se distinguían unos de otros por la forma general de los cuerpos y la calidad de los movimientos. Fue obvio cuando Curt y Mikey bajaron la escalera del módulo de mando, porque se movían con una seguridad de la que carecían los colonos.

Salvo los que ya habían subido antes, como Faustino o Rose Barlow, los colonos habían experimentado un traje presurizado solo una vez, en una cámara de vacío en la Tierra.

El cohete se balanceó hasta la posición vertical y se mantuvo casi quieto, oscilando solo un poco.

—Estamos en vertical. Proceded con la evacuación.

Habíamos dejado de escuchar al Control de Superficie Lunar. O bien mantenían las líneas despejadas para la evacuación, o Eugene había cortado la comunicación externa ahora que estaba en el módulo de mando. Apostaba por lo segundo.

Me impulsé hacia un lado para dejar salir a Aahana de la fila. Su preocupación era evidente a través del visor, pero siguió el

entrenamiento a rajatabla y no se detuvo; se movió como una astronauta de verdad. Me sentí muy orgullosa. Abrí el mosquetón del arnés de mi hombro izquierdo para estar preparada cuando llegara a la escotilla. Ana Teresa bajó de la escalera junto a mí y se amarró, con los pies enganchados en el respaldo del asiento de debajo.

En la escotilla, a cinco pisos por encima del suelo, Myrtle estaba sentada al borde de la esclusa, enganchada por el hombro izquierdo a la cuerda de rápel, que la sujetaba a una barra de apoyo que se extendía un metro desde la nave. Curt se asomó por la escotilla, atado a la nave con un seguro y una cuerda corta, para vigilar el suelo y hacer de observador. Le enseñó el pulgar levantado.

Myrtle se inclinó hacia delante, balanceándose con el movimiento de la nave, y desapareció en un rápido y controlado descenso por el lateral. Desde la escotilla. Curt anunció:

—Está en el suelo. Cuerda despejada. Sus señales indican que la línea está asegurada.

—Recibido. Quedan diez minutos de combustible.

—Vamos a bajar a los colonos —respondió Helen.

Ana Teresa se inclinó hacia delante para comunicarse de casco a casco.

—¿Necesitas el cabestrillo de evacuación? Y no se te ocurra responderme en plan piloto.

Apagué el micrófono y me aguanté las ganas de soltarle un comentario mordaz.

—Puedo bajar con una sola mano. —Había practicado cargando a miembros de la tripulación «incapacitados» en simulacros—. Pero es posible que me haga falta un observador en la escalera y al llegar al suelo.

Asintió.

—Bajaré primero y te esperaré abajo.

Sentía los rápidos impulsos de los propulsores de actitud a través del armazón de la nave mientras Eugene nos mantenía en posición vertical con una economía de empuje muy elegante. Debajo de nosotras, Curt, Helen y Mikey ayudaban a los colonos a enganchar

los mosquetones a las sujeciones y a salir. Algunos dudaban en el umbral, antes de deslizarse por el borde y desaparecer de la vista. La mayoría se movía, si no con suavidad, sí con determinación.

Eché un vistazo al reloj. Según mi cronómetro, nos quedaban cinco minutos de combustible.

En cuanto la escalera quedó libre, Ana Teresa me dio un codazo suave. Me solté en silencio y me impulsé con las piernas para reunirme con ella en la escalera. Se colocó dos peldaños por debajo de mí, con las manos en los raíles exteriores. Su casco me presionaba la baja espalda.

Bajar con una sola mano era más lento de lo que me gustaría, pero las prisas podían hacernos caer a las dos de la escalera.

Ana Teresa me guio hasta la escotilla, como si el brazo roto afectara de algún modo al resto de mis sentidos. Otros dos colonos salieron por la puerta, dirigidos por Helen con precisas indicaciones manuales. Cuando el último salió, Ana Teresa se enganchó a la cuerda y salió por la escotilla en cuanto le dieron la señal.

Nada más Curt levantó el pulgar para indicar que estaba en el suelo, Mikey envolvió la cuerda muy deprisa una sola vez en el eje de mis sujeciones, pues era la única fricción necesaria en la escasa gravedad lunar, y volvió a encajar el cilindro de cubierta en su sitio con el tornillo de mariposa. Helen lo enganchó al mosquetón de mi arnés como si fuera una niña. Era el procedimiento correcto cuando había un miembro de la tripulación lesionado, pero no me hacía gracia no tener el control y en el fondo me exasperaba.

Me resultaba extraño llevar la cuerda a la derecha, pero la agarré y me la coloqué detrás de la espalda para aplicar la máxima presión al cabo antes de sentarme en el borde de la escotilla.

Debajo de mí, Myrtle sostenía el extremo de la cuerda para tratar de guiar a quienes descendían por fuera de la nave que se tambaleaba. Me incliné hacia delante para alejarme de la esclusa mientras separaba el brazo derecho del cuerpo. Me colgué del hombro izquierdo y bajé a un ritmo tan lento que por un momento pensé que los mosquetones se habían atascado.

Sin embargo, a pesar de todos los entrenamientos en la Tierra,

nunca había hecho rápel con una gravedad de 1,6. La cuerda se deslizaba por la sujeción a una fracción de la velocidad que esperaba, a pesar de que lo habíamos discutido en clase, y caí con suavidad por el lateral del cohete.

Hasta que mi espalda se estrelló contra la nave con toda la masa que había traído de casa. El brazo me volvió a arder al rojo vivo. Volví a girarme hacia afuera, retorciendo el extremo de la cuerda, mientras la nave oscilaba hacia delante. El paisaje lunar se deslizaba en blanco y negro. Por encima de mí, en el lado más alejado de la nave, los propulsores de ajuste expulsaron un chorro blanco al cielo oscuro y Eugene volvía a enderezar el cohete a la posición vertical. Volví a estrellarme contra la nave y apenas conseguí sujetarme con un pie.

El descenso fue inestable y no dejaba de chocar con el lado; me habría caído con el traje rígido si Ana Teresa y Myrtle no hubieran estado allí para sostenerme.

Me ayudaron a desenganchar el mosquetón. Retrocedí para despejar la línea mientras Mikey salía. Solo veía su silueta dibujada en el lateral y lo reconocí únicamente porque sabía que saldrían por orden de antigüedad.

En la lejanía, un vehículo minero avanzaba sobre el regolito de la colonia lunar. El polvo gris se esparcía dejando una cola tras de sí, que se arqueaba de vuelta al suelo con una trayectoria perfecta, sin que la brisa la estropeara. Me dirigí con Ana Teresa hacia el puente para esperar a nuestros rescatadores, luchando contra el traje a cada paso.

Incluso así, resultaba más fácil moverse que en ninguna otra ocasión sobre la superficie. Sentía el calor que irradiaba el sol y empecé a sudar dentro del traje de presión intravehicular.

Los trajes de presión intravehicular no se diseñaron para usarse en la superficie de la Luna. Proporcionaban aire, pero no tenían sistema de refrigeración y las botas no estaban preparadas para soportar los afilados granos de vidrio del suelo lunar.

Me desvié de la plataforma y me coloqué a la sombra del puente. Al darme la vuelta, llegué a ver a Helen deslizándose por la nave.

Empecé a contar de memoria. Le habría dicho a Eugene que era la última en salir antes de desconectar. Le daría treinta segundos para bajar.

Helen aterrizó con la mayor ligereza que un traje de presión permitía. Curt y Mikey intervinieron para ayudarla a desengancharse.

En cuanto se liberó, Myrtle señaló al puente. Todos se dieron la vuelta y corrieron con las incómodas zancadas que eran necesarias para pelearse con un traje presurizado en la superficie.

Detrás de ellos, los propulsores dejaron de funcionar y el cohete empezó a alejarse paulatinamente.

Me moví para interceptar a Myrtle, que no debería estar sola mientras veía a su marido… caer. Llegó al borde de la plataforma de aterrizaje y se volvió hacia la nave; se quedó mirando fijamente, como si fuera a distinguir el módulo de mando en la parte superior. Helen se detuvo junto a Myrtle y le ofreció la mano enguantada. Me acerqué a ellas mientras los propulsores del lado opuesto disparaban una serie de ráfagas rápidas y silenciosas.

El cohete siguió cayendo.

Agarré la mano de Myrtle con la derecha. Se aferró a ella con tanta fuerza que sentí su palma incluso a través de las capas presurizadas de goma y tela. Dentro del casco, su boca se movía en una oración silenciosa.

Seguían bajo el sol. Las arrastré a ambas hacia la sombra, lejos del calor de 173 grados centígrados, con el corazón encogido en el pecho.

Los enormes motores de aterrizaje apagados estaban ahora de cara a nosotras mientras el cohete seguía descendiendo por debajo de los cuarenta y cinco grados. Salieron chorros blancos, apenas visibles más allá de los laterales de la nave. En la sombra, la superficie lunar estaba fría y absorbía el calor de las plantas de mis pies, pero me quedé quieta, siendo testigo de cómo el cohete continuaba su inexorable camino hasta el suelo. Ya no salían chorros. ¿Se había quedado sin combustible o lo estaba ahorrando?

Parecía que el cohete había alcanzado la superficie. Hubo una

secuencia de varias combustiones rápidas. El polvo se arremolinó en espirales salvajes y cayó en línea recta en el momento en que los propulsores se detuvieron. Eugene los encendió de nuevo, en un único y largo impulso sostenido que roció polvo lejos de la nave espacial mientras…

… aterrizaba. Dejó de moverse y quedó en reposo sobre un lado. Después rodó hasta asentarse con el borde del puntal de aterrizaje dañado clavado en el suelo. Silencioso y quieto.

CAPÍTULO 16

DESASTRE EN LA LUNA

Base Artemisa, la Luna, 13 de abril de 1963 — AP — Esta mañana, un vuelo de Lunetta a la Base Artemisa en la Luna se ha estrellado al aterrizar y ha contaminado el campo de aterrizaje con aerocina, el propulsor altamente tóxico que utilizan los módulos de aterrizaje lunares. Aunque no se han perdido vidas, la señora de Kenneth T. Wargin, esposa del gobernador Wargin (Kansas), ha sufrido una fractura en el brazo. Al parecer, el accidente se ha debido al mismo retropropulsor que se bloqueó en el transbordador lunar 1063 hace dos años. Este es el primer cohete que ha viajado a la Luna desde el fallido lanzamiento del Sirius IV el mes pasado. La explosión resultante de esa nave ha arrojado escombros sobre un amplio campo cerca de la capital del país. Los representantes de la CAI afirman que el hecho de que ninguno de los dos incidentes haya provocado víctimas mortales es una prueba de que los sistemas y la formación que han implementado funcionan. Sin embargo, los críticos del programa señalan que el aumento de las catástrofes aeroespaciales evidencia que el programa espacial ha ido demasiado lejos y demasiado rápido. Afirman que es solo cuestión de tiempo que la CAI pierda a los pasajeros junto con el cohete.

Incluso en la Luna, donde el mismo aire reciclado circulaba por el resto de la colonia, los filtros de la enfermería no enmascaraban el

olor típico de hospital a desinfectante y enfermedad.

Sentía el brazo izquierdo extrañamente pesado por la escayola. Qué irónico que me resultase más pesado en la Luna que en la Tierra. Estaba sentada en una de las sillas de plástico que poblaban la colonia. Ligeras, fáciles de montar y de un color gris genérico.

Myrtle se sentó junto a la cama de su marido.

Eugene se apoyó en el costado, con las rodillas levantadas debajo de la sábana blanca. Se humedeció los labios y dijo:

—¿Alguien más cree que sabotearon la nave?

—Esa es una idea aterradora. —Quería ponerme a gritar que sin duda había sido sabotaje. Sentía arder en el fino bolsillo de los vaqueros la carta codificada para Kenneth que iba a seguir allí hasta que tuviera la oportunidad de usar la máquina del teletipo—. ¿Qué piensas?

—¿Además del fallo de los propulsores? El tanque de argón para la rampa de evacuación estaba vacío. No lo estaba cuando despegamos.

Contuve la respiración.

—¿No se dañó en el golpe?

—Helen dijo que el sello estaba roto, lo habían drenado. —Tensó la mandíbula—. Lo comprobé en la revisión previa al lanzamiento.

La decisión del FBI de mantener a los Lindholm en la inopia era una tontería. Pero Eugene había sacado el tema del sabotaje por su cuenta. Si no mencionaba Icaro ni compartía la información clasificada que había descubierto en la sesión informativa, tal vez podríamos trabajar en el problema.

—¿Crees que está relacionado con el cohete que se estrelló?

—Sí. ¿No vas a ser la secretaria de Frisch? —Eugene se frotó la frente, como si solo de pensar en el administrador de la Colonia Lunar le diera dolor de cabeza—. Intenté decirle que quería hablar con él en privado, pero con el resto del personal rondando alrededor, no era fácil presionarlo.

—Además, deberías descansar. —Myrtle le pasó la mano por la frente y le dibujó círculos en la sien mientras Eugene dejaba caer la

mano—. No tienes que ser un héroe todo el tiempo.

—Hay un saboteador en la Luna.

—No lo sabemos. —Apartó la mano y se alisó la tela de los pantalones como si fuera una laida.

—Drenaron el tanque de argón. Los propulsores. Nathaniel envenenado…

—Eso pasó en la tierra. —Se levantó y rodeó la cama para comprobar la vía intravenosa de Eugene.

—Sí, pero… —Lo miré, tumbado en la cama de hospital. Tenía la cara cenicienta y tensa de incomodidad—. No sería una locura valorar si también envenenaron a Eugene.

—Ha sido una intoxicación. —Miró a Myrtle y después otra vez a mí.

¿Quería que no comentase que existía una gran probabilidad de que alguien lo hubiera envenenado para que Myrtle no se preocupara? Ya habíamos dejado muy atrás esa opción, ni siquiera valía la pena intentarlo.

—La intoxicación alimentaria puede ser deliberada. El hecho de que hayas enfermado solo tú y nadie más es revelador.

Myrtle se acercó a los pies de la cama y alisó la fina manta que lo cubría.

—Podría haber ocurrido en Brasil.

No se equivocaba y era el escenario preferible.

—¿Dices que no debería hablar con Frisch?

—Digo que… —Suspiró. Tiró de un extremo de la manta, la dobló y la metió bajo el colchón—. No quiero sospechar de la gente con la que vivo aquí arriba.

—Yo tampoco quiero sospechar de la gente de la CAI.

—Es diferente para nosotros. Para los que vivimos aquí a tiempo completo.

»El viaje a casa para la graduación de nuestro hijo fue la primera vez que pisamos la Tierra en más de un año. Solo hay unas trescientas personas en la Luna. Somos una comunidad demasiado pequeña para empezar a sospechar los unos de los otros.

La sospecha y la paranoia nunca son buenas, pero, en un grupo

tan reducido, serían un absoluto desastre. Todos se volverían contra los demás. Se dividirían en grupos. Las cosas se volverían personales muy rápido.

—De acuerdo, entiendo tu punto de vista. ¿Qué sugieres?

—Habla con Frisch. No hay mucho… —Eugene se movió en la cama y cerró los ojos.

Salté, demasiado alto, y tuve que agarrarme al techo. La escayola se estrelló con el plástico y me provocó una sacudida en el brazo. Myrtle rodeó la cama, moviéndose con gracia en la gravedad lunar, y agarró un cubo para ofrecérselo a Eugene.

Abrió los ojos y lo rechazó.

—Un retortijón. —Se enderezó y dijo—: Al menos he terminado con la fase del vómito. Alégrate cuando la mierda sea…

—¡Eugene! ¡Esa boca!

—Por favor, Nicole es piloto. Si alguna vez se escandaliza por lo que digo, será que me he inventado una palabra nueva.

—¿Y qué pasa conmigo?

—¿Contigo? —Bufó—. Se supone que tienes que tratarme bien mientras agonizo.

—Te he limpiado el culo. No sé qué más quieres.

Se rio y me sonó de maravilla.

—Luego el malhablado soy yo.

Me reí con ellos y me alegré de tener algo de lo que reírme, aunque fuera por un breve instante.

—Os dejo, tortolitos. Disfrutad de las limpiezas de culo. Tengo una reunión con el administrador.

—Gracias. —Eugene apoyó la cabeza en la almohada—. ¿Nos vemos mañana en la iglesia?

Me detuve en la puerta y enarqué una ceja. Ignoré el resto de preguntas.

—¿Crees que ya habrás salido de aquí?

—Es Pascua. —Se encogió de hombros lo mejor que pudo, tumbado de costado con la vía en el brazo. Dichosos pilotos—. Estaré bien.

—Señor, líbrame de tener que pelear con este hombre. —Myrtle

miró al techo—. Señor, dame fuerzas para sobrevivir a su obstinación y…

—¿Mi obstinación?

Escapé del fuego cruzado y salí al pasillo. Estaba vacío y en silencio, salvo por la alegre discusión de los Lindholm y el lejano zumbido de la sala de centrifugado. Por un momento, me quedé sola.

La ola de emociones con las que tenía que lidiar se despertó; la pena, la rabia y el miedo me quemaban los ojos y se me pegaban al paladar. Kenneth habría estado en una habitación como aquella, meses atrás, y habría estado solo.

Cerré los ojos, apreté los puños y me clavé las uñas en la escayola. No tenía tiempo para eso.

Con un portapapeles debajo del brazo bueno, recorrí el pasillo más nuevo de la Base Artemisa de la Luna dando las típicas zancadas inclinadas hacia delante, la forma más eficiente de desplazarse. Las primeras horas de vuelta en la Luna siempre eran un poco incómodas, ya que mi cuerpo tenía que readaptarse a la presencia de la gravedad después de unos días sin ella. Los habitantes experimentados de la Luna se distinguían por su forma de caminar.

Me detuve en la entrada del pequeño tubo enterrado en el regolito que hacía de despacho exterior para el administrador de la Colonia Lunar. Un plástico gris opaco formaba la pared del despacho interior de Frisch, decorado con un calendario anticuado en un lado y una carta estelar de una órbita terrestre en el otro.

A través del plástico translúcido de la «puerta», me llegó la voz de Curt.

—Con todo el respeto, señor, yo era el piloto.

—Soy consciente de ello, teniente Frye. Sin embargo, la política de la CAI es muy clara. —Frisch era suizo, pero había aprendido inglés de un británico, así que tenía un acento muy marcado. Siempre sonaba afectado—. No será un estado permanente.

—No es justo. Carmouche ni siquiera estaba cerca de los

controles.

—Le proporcionó los cálculos para el aterrizaje, ¿no es así?

—Sus cálculos no tuvieron nada que ver con el fallo del controlador manual. Eso lo sabe. ¿Y Mikey? Si no me hubiera dado unas buenas lecturas del panel de instrumentos, no habría podido aterrizar.

Los dejaban sin volar. Apreté los dientes y di una palmadita al panel, el equivalente a llamar a la puerta en la Luna.

—¿Sí?

Deslicé el plástico a un lado.

—Siento molestarlo…

—Ah, señora Wargin. —Frisch se encorvó sobre el escritorio como una cigüeña anémica. Su palidez suiza era aún más pronunciada en la Luna que en la Tierra. Le hacía falta pasar más tiempo en la sala de la lámpara solar.

Curt estaba de pie frente a la mesa, con los brazos cruzados y la expresión excesivamente neutral de alguien que intenta no fruncir el ceño.

—Perfecto, puedes respaldarme. Quieren suspender a Helen y a Mikey. Entiendo que tengan que hacerlo conmigo, pero no debería afectar a nadie más.

Hice una mueca. No iba a ganar la discusión y, como era novato, no lo sabía. Frisch era un burócrata que amaba las reglas hasta la médula.

—Yo tampoco puedo pilotar. —Levanté el brazo escayolado. Aunque estaba de acuerdo con él, también necesitaba que Curt se marchara para hablar con Frisch—. No es descabellado que quieran examinar la participación de Helen y Mikey.

Respiró hondo como si fuera a gritar y luego suspiró mientras se clavaba los dedos en los bíceps. Tenía unos bíceps bonitos, pero eso no viene al caso.

Frisch asintió.

—Será solo hasta que termine la investigación, que llevaremos a cabo con la mayor eficacia posible.

Curt miró al suelo, con los labios apretados.

—¿Tenemos algún piloto en activo en este momento?

—Sí, por supuesto. —El administrador se apartó el pelo rubio ceniza de la frente—. Es cierto que la rotación será más ajustada, pero es manejable.

Es curioso cómo el cerebro establece conexiones. Eugene estaba fuera de combate por la intoxicación alimentaria. Yo estaba fuera. Curt, Mikey y Helen estaban fuera. Ya había algunos pilotos en la Luna, pero, cuando rotaran de vuelta a la Tierra en dos semanas, nos quedaríamos muy cortos de personal. De hecho, era posible que Frisch tuviera que programar a algunos de los novatos que tenían las habilidades de vuelo como calificación secundaria.

¿La intención era activar a un piloto que de otro modo no habría tenido acceso a una nave? ¿O era solo un efecto secundario de intentar matarnos a todos en el aterrizaje?

Entonces, como soy muy buena manipulando a la gente, mi cerebro fue un poco más allá. ¿Podría haber fingido el fallo del propulsor? Si hubiera estado a los mandos, ¿podría haber hecho un aterrizaje controlado que pareciera un accidente? Probablemente. Sí. Curt era muy insistente para ser un novato en la Luna. ¿De verdad le preocupaban tanto su copiloto y su calculadora de vuelo, o trataba de «demostrar» que era uno de los buenos?

A veces odio mi cerebro. Pero es muy útil, así que me anoté que debía vigilar a Curt.

Le tendí el portapapeles a Frisch, que llevaba enganchados unos papeles al azar.

—¿Sería un buen momento para hablar del programa Icaro?

Parpadeó varias veces en una rápida sucesión. ¿Por qué todos los hombres que me rodeaban tenían una cara de póquer desastrosa?

—Eh, sí… Sí. —Tragó saliva y esbozó una sonrisa que no habría engañado a nadie—. ¿Nos disculpa, teniente Frye?

—Por supuesto, señor. —Curt se dio la vuelta y perdió un poco el equilibrio en la escasa gravedad lunar. Alargué la mano para sujetarlo mientras se compensaba como podía. Me lanzó una mirada tensa y asintió con un gesto de agradecimiento. Se movió con más cautela, tanteó la lámina de plástico y salió del despacho del

administrador.

Frisch me miró con una sonrisa fina y dirigió la vista hacia la puerta. Ambos esperamos, en silencio, a que el sonido de los pasos rebotando sobre la goma se desvaneciera por el pasillo.

—Disculpe, pero no sabía que estaba involucrada en el programa Ícaro.

—El director Clemons me informó antes de salir. —Señalé la silla—. ¿Puedo sentarme?

—Por supuesto. —Se levantó con cuidado en el reducido espacio—. ¿Le apetece una taza de té? Tengo un hervidor nuevo a presión, así que puedo conseguir agua hirviendo que siga caliente al servirla.

—Sí, por favor. —Me senté en la silla y apoyé el portapapeles en el regazo—. El director Clemons me envió con un paquete para usted, que por desgracia sigue en la nave.

—Ah. Los ingenieros me han dicho que habrá que esperar a que el combustible se disipe de la superficie antes de estabilizar la nave lo suficiente como para recuperar la carga.

—Entiendo. —El sol tardaría un día lunar completo, es decir, casi dos semanas, en arrastrarse por la superficie y llegar a todas las sombras—. Le daré un informe verbal cuando esté listo.

Se volvió hasta que el pico de su nariz quedó de perfil.

—Adelante.

Le hablé del accidente del Sirius IV, del incidente de mi avión, de las líneas hidráulicas del POCO y de los otros pequeños «accidentes» que habían tenido lugar en la CAI, como cortocircuitos, fugas de combustible y válvulas pegajosas. Le hablé del tanque de argón para la rampa.

Cuando el agua hirvió, Frisch me sirvió agua en una taza de té.

—¿Leche y azúcar?

—No, gracias.

Me entregó la taza y se sentó.

—¿Dice que el mayor Lindholm le pidió que hablara conmigo?

Asentí.

—Sospecha de sabotaje por su cuenta. Le recomiendo

encarecidamente que lo ponga al día de la situación.

El administrador dejó caer un par de terrones de azúcar en su taza y negó con la cabeza.

—Ahora no, pero lo consultaré con Clemons.

—Lo que nos lleva de nuevo al problema de los libros de códigos que siguen en la nave. —Saqué una hoja de entre las que llevaba en el portapapeles y se la tendí—. ¿Me permite ofrecer una posible solución? Todo el mundo esperará que le envíe una carta a Kenneth después del accidente y nadie le prestará atención.

Se estiró para cogerla con el ceño fruncido. Los incansables abanicos agitaban el aire mientras la leía y, aunque se la había entregado por voluntad propia, me tensé un poco al compartir una carta dirigida a mi marido. Frisch dio un sorbo al té, todavía con el ceño fruncido.

Al cabo de un rato, dejé la taza en la mesa y dije:

—La primera letra de cada frase. —Me preocupaba que fuera un código demasiado descarado, pero no estaba segura de qué otra manera indicarle a Kenneth que tenía que mirar.

—¡Ah! —Sostuvo la taza a un lado y asintió—. Muy inteligente, no lo habría detectado si no me lo dice. ¿Cree que lo entenderá?

—No lo sé. —Recuperé el papel y lo guardé en el portapapeles hasta que fuera al teletipo—. Kenneth no sabrá que tiene que buscarlo.

Aunque la pregunta sobre las flores también era un código. Esperaba que, si Kenneth no veía la señal de la primera letra, la referencia a Nathaniel le hiciera echar un segundo vistazo, pero no pensaba hablarle a Frisch de ninguna de las dos cosas. Secretos y más secretos.

—¿Quieres que ajuste el mensaje para preguntar por el mayor Lindholm?

—Por ahora, no. —Frisch dejó la taza en el platillo—. Aquí no ha habido problemas, así que esperaremos a recuperar los libros de códigos.

¿Esperar? ¿Creía que podíamos esperar? Apreté el portapapeles contra las rodillas y recordé que debía hablar como una subordinada

porque el administrador Frisch valoraba la jerarquía.

—Disculpe, señor. Quizás el informe verbal no haya sido muy claro… Los indicios apuntan a que Icaro ha llegado a la Luna.

—Corrección: es posible que Icaro haya entrado en su nave en algún momento. Que esté o no en la Luna es otra cuestión. —Recogió la taza y me sonrió por encima de ella—. Seguro que es muy emocionante estar involucrada, pero no dejemos volar la imaginación, ¿vale?

Tengo mucha práctica en sofocar la rabia, así que dejé que la ola de calor me recorriera sin clavarle el portapapeles en la frente. Pero por muy poco.

13 de abril de 1963

Querido Kenneth:

Es la primera carta que envío a casa y ya ha habido problemas.

Déjame que te prometa que no se va a convertir en costumbre. Imagino que ya estás al tanto de lo que ocurrió en el aterrizaje. La gente por aquí opina que Eugene ha conseguido un milagro, aunque dudo que los periódicos de la Tierra reproduzcan sus palabras exactas, que fueron: «Hostia puta, ha funcionado». Espero que no te preocuparas tanto como para comprarme flores. Como si pudiera impedírtelo…

Supongo que te habrá angustiado enterarte de que me he roto el brazo. Lo bueno es que solo es una fractura leve. En cualquier caso, el personal médico de aquí está extasiado de tener una fractura real para estudiar. Mi primera fractura, lo cual es sorprendente, dada la cantidad de rodillas desolladas y esguinces que me he hecho. Otra cosa no, pero al menos pasaré a los libros de historia como el primer brazo roto en la Luna. No hace falta que te diga que lo considero un dudoso honor. Sin embargo, me emociona un poco que la gente me firme la escayola.

La prescripción de Ana Teresa de realizar tratamientos diarios en la cámara de centrifugado, en cambio, me hace menos ilusión. Además de una radiografía semanal para controlar cómo me recupero. Que las centrifugadoras serán necesarias para nuestra supervivencia a largo plazo en la Luna es innegable, pero son malvadas. Un invento endemoniado. En términos cinéticos, son bastante interesantes. Tiene que ejercerse tensión sobre el hueso para que se cure correctamente, lo acabo de aprender. Por lo menos, la gravedad debería ser más útil aquí que en un entorno de microgravedad como el de la primera estación espacial, antes

de que añadieran el anillo centrífugo. En la base, todo el mundo habla sin parar de que hasta ahora solo han podido hacer estudios con roedores. De verdad, empiezo a pensar que se alegran de que me haya lesionado.

Por suerte, todo mi equipo se está adaptando bien, debería poder continuar con el entrenamiento sin interrupciones. Imagino que no te molestará que te pida un favor. De casualidad, alguien mencionó *Los cuentos de así fue* de Kipling y nos hemos obsesionado con que no recordamos el nombre de la historia del armadillo. Odio pedírtelo, pero la biblioteca de aquí no tiene un ejemplar, así que podrías buscarlo en casa o preguntarle a Nathaniel; sé que él tiene uno.

Con amor,
Nicole.

CAPÍTULO 17

EL ASESOR DE LA CAI ES INFORMADO SOBRE UNA MUERTE EN LA EXPEDICIÓN A MARTE

Los dirigentes de la ONU en la capital recibirán un informe confidencial

Kansas City, 14 de abril de 1963 — Un alto cargo de la Coalición Aeroespacial Internacional ha recibido hoy el primer informe preliminar y confidencial de los resultados de la investigación del trágico accidente ocurrido el pasado mes de noviembre, cuando apenas había transcurrido un mes de la Primera Expedición a Marte, de tres años de duración. Norman Clemons, director de la agencia espacial, ha pasado todo el día en una junta de investigación compuesta por nueve hombres y más tarde ha compartido los detalles del informe con los diplomáticos que representan a las ocho naciones miembro de la CAI. El director Clemons se ha negado a hacer declaraciones antes o después de la reunión.

Cuando era pequeña, el Domingo de Pascua implicaba un vestido y un sombrero nuevos, unos guantes blancos brillantes y que

mi niñera me lustrara los zapatos hasta dejarlos impolutos. Después de misa, toda la familia se reunía en el amplio jardín delantero de la casa del primo Walter para buscar huevos de chocolate. De adolescente, teñía los huevos y los escondía para mis primos más pequeños mientras soñaba con el día en que lo haría para mi propio hijo.

Cuando me casé, la gente me preguntaba cuándo tendríamos hijos. Y entonces…, dejamos de ir.

No hay niños en la Luna para los que esconder huevos. Hemos tenido gallinas por primera vez estos últimos seis meses y sus huevos acaban de aprobarse para entrar en la rotación de alimentos. Dudo que fuera posible convencer a la CAI de que nos dejaran teñirlos por diversión.

No tenía un vestido nuevo; ningún vestido, en realidad. Los tocados y los sombreros eran una tontería en la Luna. Llevaba un delicado pañuelo de seda verde anudado al cuello y una blusa de lino blanco, que había traído para celebrar el paso de la colonia lunar a un entorno de «mangas de camisa», después de años de llevar trajes de vuelo y un casco de seguridad. Con eso, me arreglé lo mejor que pude y me fui a la iglesia.

No porque fuera Pascua, sino porque Eugene y Myrtle eran mis amigos y era importante para ellos. No teníamos curas, ni rabinos, ni imanes oficiales, pero sí había miembros de todas las creencias y encontraban la manera de celebrar los servicios de culto. No había ninguna iglesia, ni mezquita. Ningún espacio sagrado, salvo que contásemos el Control de Superficie Lunar.

En esta ocasión, el «templo» consistía en el restaurante de Midtown.

Le Restaurant, porque la Luna solo tiene uno y lo regenta una pareja de franceses que son unos cocineros excelentes, pero no muy originales con los nombres. Atravesé la esclusa del tubo de hámster de Baker Street hacia Midtown y tuve que resistir el impulso de cerrarla tras de mí. La colonia lunar contaba ahora con cerraduras electromagnéticas que permitían sellar las puertas de forma automática en caso de que se produjera una brecha.

Sentí un ligero calor en el pecho al entrar en la gran cúpula abierta de Midtown. La luz es siempre lo primero que me llama la atención. Incluso con los filtros que hacen que la cúpula sea translúcida, una luz blanca y viva inunda Midtown durante el día lunar. Se reflejaba en los bordes de los cubículos y recubría de plata las paredes de goma. Midtown solía ser nuestro único hábitat, donde se apiñaba todo lo que había. Ahora, la planta superior funcionaba principalmente como espacio de recreo, con una pista de atletismo que rodeaba el resto de habitáculos que se alineaban en las paredes.

Incluso los domingos, la gente correteaba por la pista y hacía la hora de ejercicio obligatoria que establecía la CAI. La música de guitarra flotaba por las «calles» formadas por contenedores de almacenamiento. En medio de todo, estaba Central Park. Viniendo de la Tierra, la patética mancha verde era indigna de llamarse «parque». Seis maceteros elevados que cultivaban una colección de hierbajos.

Todavía lo veía con ojos terrestres. En una semana, me parecería un paraíso de materia viva. Los hierbajos eran una elección lógica en un suelo poco nutritivo. Había disfrutado de más de una deliciosa comida con hojas de diente de león o higos chumbos asados.

—¡Nicole! —Myrtle se paró con Helen cerca del macetero de dientes de león—. Ayúdanos a zanjar la discusión. —Helen sonrió a las flores como si no viniéramos de la exuberancia de Brasil—. ¿El vino de comunión tiene que ser de uvas o serviría el de diente de león?

Levanté las manos.

—Le preguntas a la persona equivocada. Casi me quedo en la cama esta mañana.

—Iba a decir… —Helen llevaba un elegante top de lino rosa salmón con un pavo real de pedrería color turquesa intenso; probablemente era el único pavo real del espacio—. Creo que nunca te he visto en la iglesia.

—Eugene la invitó ayer. —Myrtle se rio—. Es un milagro de Pascua.

Intenté no quedarme mirando al espacio vacío donde debería estar su marido.

—Sospecho que el verdadero milagro ha sido que convencieras a Eugene para no venir.

Myrtle puso los ojos en blanco.

—Ya está dentro.

—Ah. —Miré hacia *Le Restaurant*, que era un cubículo que apuntada hacia Central Park—. ¿No quería que nadie se enterase de que está hecho un trapo?

—Recordadme por qué me casé con un piloto. —Llevaba una blusa azul marino, ceñida a la cintura con un ancho cinturón de charol blanco, combinada con un pantalón azul marino de puño fruncido a juego. Los tobillos se ajustaban bajo la suave tela con botones marinos a juego. De alguna manera, había conseguido traer una preciosa boina azul. En ella, el sombrero no quedaba ridículo; el velo y los detalles florales eran gloriosos y me hicieron reconsiderar mis elecciones de vestuario—. Qué hombre, por Dios. Lo quiero, pero va a acabar conmigo.

Mientras caminábamos hacia *Le Restaurant*, bajé la voz.

—¿Cómo está?

—Mejor, aunque no sé hasta qué punto es por la gravedad.

—Desde luego, está mejor que en el módulo de mando. —Helen frunció el ceño con preocupación—. Creí que se nos iban a acabar las bolsas de emesis.

El problema de la gravedad cero es que no hay nada que retenga la comida en el estómago. Así que, si tienes gases, no se elevan por encima de la materia sólida, sino que la empujan hacia fuera. Es probable que eructar desemboque en algún tipo de vómito. ¿Y el malestar intestinal? Es un lío tremendo. Incluso una gravedad de 1,6 era suficiente para que los gases subieran mientras la comida se quedaba dentro.

Les sostuve la puerta a Myrtle y Helen. Parecía que los Arnaud habían pintado *Le Restaurant* desde la última vez que estuve en la Luna. El suelo de plástico tenía un diseño de madera de grano, raspado en algunas partes para revelar un gris acorazado. Los cojines

trenzados en azul y blanco, hechos con uniformes viejos, hacían que las omnipresentes sillas grises parecieran muebles de jardín.

Al frente de la sala, Eugene tenía mejor aspecto, aunque no era difícil después de limpiarse el vómito seco del pelo. Estaba sentado y hablaba con un par de personas mientras asentía con seriedad. Me recordó a Kenneth hablando con los constituyentes.

—Deberíamos hablar de nuestros maridos de vez en cuando.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho el tuyo?

Myrtle entró en el minúsculo restaurante de seis mesas y se orientó inmediatamente hacia Eugene del mismo modo que un panel solar se alinea con el sol.

Abrí la boca para quitarle importancia, pero el miedo se me agolpó en la garganta. Tuve que tragar antes de hablar.

—Na…

—No me digas que nada. —Levantó una mano—. Si no es asunto mío, dímelo. Pero no me mientas. No en Pascua.

Me mordí el interior del labio y suspiré. Bajé la vista al suelo de madera sintética y me encogí de hombros.

—Tuvo un… problema de salud mientras yo estaba fuera la última vez. Y no me lo dijo.

—Por el amor de… —Myrtle se pellizcó el puente de la nariz—. Hombres. ¿Cómo sobreviven a la edad adulta?

—Es uno de los misterios del universo. —Helen chasqueó la lengua—. Reynard no era consciente de que hay que barrer debajo de la cama. No voy a contaros los horrores que he visto.

Me reí con mis amigas, aunque, para ser sincera, yo tampoco lo sabía. Había crecido con una criada y un ama de llaves. Me colgaba la ropa en el armario y algunas de mis amigas de la alta sociedad me consideraban una progresista por hacerlo.

El resto de la pequeña congregación empezó a llenar la estancia.

—Voy a por una silla antes de que se acaben.

Myrtle señaló al frente de la sala.

—Ven a sentarte con nosotros. Él se levantará dentro de nada y podrás quedarte con su asiento.

—Estoy más cómoda en la parte de atrás, si no te importa. —Le

guiñé un ojo—. Además, por si acaso… no quiero estar en la zona de salpicaduras.

Resopló.

—Intenté hacérselo entender.

Helen me apretó el brazo y se dio la vuelta para dirigirse a la parte delantera de la pequeña sala con Myrtle. Me acomodé en una silla del fondo, donde veía la puerta y podía contar quién entraba y salía; quienquiera que hubiera escrito el manifiesto era cristiano.

Y era Domingo de Pascua.

Cuando Deana Whitney empezó a cantar el himno de la comunión, admito que me quedé con la boca abierta. Tenía una soprano clara y aguda que parecía flotar como si estuviera libre del más leve toque de la gravedad. Había entrenado con ella y no tenía ni idea de que tuviera una voz así.

Hay una fuente sin igual
de sangre de Emmanuel,
en donde lava cada cual
las manchas que hay en él.

Una a una, las hileras de congregantes se pusieron en pie para dirigirse al frente. Aldrin había gastado parte de su asignación personal para llevar hostias y vino a la Luna.

Me quedé en el rincón de atrás y tomé nota de todos los asistentes. Quienes se levantaron y quienes, como yo, siguieron sentados. No estaba segura de cuántos ciudadanos lunares eran cristianos, pero cincuenta y tres acudieron al servicio religioso.

Asistieron once personas de nuestro cohete, sin contar a los Lindholm, a Helen y a mí. Más de lo que esperaba, la verdad, pero supongo que una experiencia cercana a la muerte justo antes de una gran fiesta religiosa inculcaría la fe incluso en la más dudosa de las almas.

El malhechor se convirtió
clavado en una cruz;
él vio la fuente y se lavó,
creyendo en Jesús.

De la lista de once, eliminé a las personas que Clemons había incluido en el equipo. Ana Teresa, Ingram, Tierra y Faustino. El razonamiento era que habían pasado por una investigación adicional y todos habían estado en la Luna más de una vez. Si pretendían causar problemas, ya habían tenido la oportunidad.

A menos, por supuesto, que los hubieran reclutado hacía poco o que todo estuviera planeado para coincidir con la actividad en la Tierra.

Eso me dejaba con una lista de ocho.

1. Kadyn Murphy
2. Imelda Corona
3. Vicky Hsu
4. Ruben du Preez
5. Danika du Preezf
6. Curtis Frye
7. Luther Sanchez
8. Catalina Suarez Gallego

—¿No te acercas? —Faustino se sentó en la fila de delante. En la iglesia de mi marido, habría tomado la comunión, porque no hacerlo habría provocado preguntas. Allí, me parecía una falta de respeto. Negué la cabeza.

—Gracias, pero no.

—Sé que no es un cura de verdad, pero te prometo que no arderás en el infierno. —Ladeó la cabeza—. Espera, olvidaba con quién hablo.

—Te voy a dar patadas en la silla el resto del servicio.

Sonrió e inclinó la silla hacia atrás, que era muy sencillo en la gravedad lunar, pero seguía siendo igual de molesto. Le di una

patada.

Incluso con la precisa advertencia, se sobresaltó y perdió el equilibrio. La silla cayó hacia atrás. Levanté los brazos para sujetarlo y el respaldo me golpeó la escayola.

Contuve la respiración cuando un rayo me atravesó el brazo. Pero lo atrapé. De acuerdo, no pesaba mucho más de diez kilos. Aun así, en cuanto empujé la silla hacia arriba, me apreté el brazo contra el cuerpo y me presioné la muñeca con la mano derecha para tratar de detener las punzadas.

—¡Nicole!

—¿Estás bien?

—¿Qué ha pasado?

Y así sin más, mi discreto rincón en la parte de atrás se convirtió en un corrillo de gente. Luther me tendió una bolsa de agua, como si eso fuera a ayudar.

—¡Oye! Me ha dado una patada en la silla. —Faustino bromeaba, pero mi sentido del humor se había ido a algún punto fuera de la esfera lunar.

—Era eso o en las pelotas. —En cuanto las palabras salieron de mi boca, me arrepentí de decirlas. Por muy improvisado que fuera todo, seguía siendo un espacio sagrado para las personas que estaban allí—. Lo siento, lo siento mucho. Ha sido inapropiado.

—Bueno. —Faustino se encogió de hombros—. No, soy yo el que lo siente. No debería haberme metido contigo cuando estás herida.

Me enderecé.

—Estoy bien. He evitado que te cayeras, ¿no?

—Estoy harta de pilotos. —Myrtle negó con la cabeza desde el pasillo como si me tratase de una niña—. Siempre igual.

Al frente de la sala, Aldrin levantó las manos.

—¿Todos los que han querido comulgar han recibido la comunión? —Esperó un momento—. Genial. Supongo que eso es todo, entonces.

Curt se levantó de un salto.

—Un momento, por favor. Antes de irnos. Soy nuevo aquí, pero

mi familia siempre ha hecho una búsqueda de huevos de Pascua, así que he traído algunos huevos de caramelo y los he escondido en el parque de fuera.

Hubo casi un éxodo masivo, en el que me incluí, pero Faustino hizo un gesto con las manos.

—¡Esperad! Terminemos al menos la oración de despedida.

Casi. Mientras la gente se acomodaba de nuevo en las sillas, Vicky me tendió mi pequeño cuaderno, que estaba raspado porque lo habían pisado.

—Se te ha caído.

—Gracias. —Lo recuperé y fingí prestar atención mientras Faustino se dirigía al frente.

—Acabemos hoy con una oración de acción de gracias. —El crujido de la ropa acompañó sus palabras mientras la pequeña congregación inclinaba la cabeza—. Señor, Padre celestial, te suplicamos con humildad que nos concedas tu perdón, por los méritos y la muerte de tu Hijo, Jesucristo, y por la fe en su sangre…

Agaché la cabeza, no para rezar, sino para actualizar las notas sobre quiénes habían comulgado.

La página había desaparecido.

Rebusqué por la libreta. Estaba rayada y las páginas estaban dobladas, pero solo habían arrancado una. A mi alrededor, el resto de la congregación se levantó.

—¡Huevos de Pascua en el parque! —La voz de Curt sonó joven y enérgica—. Hay un premio para quien encuentre más.

Me arrodillé y busqué por al suelo. La página no estaba allí, pero tenía que estar. No había nada demasiado incriminatorio en ella, ¿no? Solo una lista de nombres. No es que hubiera escrito lista de sospechosos en la parte superior ni nada.

—¿Todo bien? —Curt se situó al final de la fila de sillas.

Me incorporé sobre los talones.

—Sí, sí. Gracias. Se me cayó algo con el alboroto de antes.

—¿Te ayudo?

Le hice un gesto para que se fuera.

—Gracias, no hace falta. Además, deberías ir a buscar huevos,

¿no?

Me miró desde arriba y curvó las comisuras de los labios.

—Es el problema de esconderlos, sé dónde están. —Ensanchó la sonrisa y el muy capullo tuvo la desfachatez de ponerse de rodillas —. Pero ¡no pasa nada! Has perdido algo, así que es lo más parecido a buscar huevos de Pascua, ¿no? ¿Qué buscamos?

En la Tierra, la mentira fácil habría sido que se me había caído un pendiente. Aquí no los llevaba. Así que opté por una casi verdad, por si acaso lo encontraba.

—Una lista. Había pensado organizar una noche de *bridge* y tenía una lista de posibles jugadores.

—Estupendo. —Deslizó las sillas a un lado y miró por el suelo —. ¿Estoy en la lista?

El lunes después de la llegada, en circunstancias normales, habría pilotado una lanzadera para refrescar la memoria. En cambio, me estaba peleando con una máquina de escribir. Saqué el papel de la máquina negra y brillante y me lo quedé mirando. Me las había arreglado para insertar el papel carbón al revés, otra vez.

En teoría, ser la secretaria de Frisch tenía sentido.

En la práctica, aunque no me hubiera roto el brazo, era una mecanógrafa pésima. Fin la Tierra, tenía mi propia secretaria. ¿Para qué me servía saber escribir a máquina? ¿O usar papel carbón?

Por el pasillo, Danika y Ruben du Preez se acercaban a mi pequeña mesa con la excesiva velocidad de los nuevos residentes lunares que se confiaban demasiado. El primer día, la gente iba muy muy despacio. El segundo día, pensaban que lo tenían dominado. Advertirles no servía de nada, así que tocaba esperar.

La cabeza de Ruben golpeó el techo del túnel después de impulsarse con demasiada fuerza. El electricista sudafricano blanco se estremeció y compensó en exceso el movimiento, así que chocó en ángulo contra la pared ligeramente curvada. Danika iba demasiado deprisa para esquivarlo y la pareja cayó en una maraña de miembros.

Me levanté de la mesa y avancé con un ritmo lunar bajo. Cuando llegué hasta ellos, me eché hacia atrás sobre los talones para hacer contrapeso y me detuve con elegancia, como si nunca hubiera vivido en la Tierra.

—¿Estáis bien? —Les ofrecí la mano para ayudar a levantarlos.

Danika se puso de rodillas y se inclinó hacia delante para ver cómo estaba su marido.

—Bien, gracias. Al menos las caídas aquí son más suaves.

—Habla por ti. —Ruben besó a su mujer en la mejilla e ignoró mi mano—. No se te ha caído un ángel encima.

—Si fuera un ángel, habría volado.

—¿Acaso no estamos en los cielos? —Ruben se puso de pie con cuidado. Sonrió mientras ayudaba a su mujer a levantarse—. Nos va muy bien, de verdad.

—Me alegra oírlo. —Angeles. Los cielos. Y habían estado en la iglesia ayer. ¿Podrían haber escrito un manifiesto lleno de referencias religiosas?

Danika comprobó las horquillas que le sujetaban las largas trenzas rubias en una corona alrededor de la cabeza.

—¿No es como el POGO?

Me reí y negué con la cabeza, mientras trataba de ignorar las pesquisas de mi suspicaz cerebro. Los conduje de vuelta a mi mesa.

—No te creas. Le pasa a todo el mundo. Recordad que lo lento…

—Es rápido. —Danika puso los ojos en blanco—. Lo sé. No dejo de repetírselo, pero…

—Pero es que me emociona mucho estar aquí. —A Ruben se le dibujó una sonrisa, pero pronto se desvaneció. Se aclaró la garganta —. ¿Está el administrador?

—Lo siento, Frisch no está disponible en este momento. —No sé escribir a máquina, pero sé cómo suena una secretaria—. ¿Puedo ayudaros en algo?

Ruben se mordió el labio inferior y cambió el peso de un pie a otro.

—Es una tontería.

—Entonces será fácil de resolver. —Me hundí en la silla y saqué un bloc de notas—. Déjame adivinar: te acabas de dar cuenta de que es día 15 y se te ha olvidado pagar los impuestos.

—¿Qué? —Me miró desconcertado.

—La declaración de la renta en Estados Unidos termina hoy. —Negué con la cabeza. El FBI pensaba que Ícaro era estadounidense y ellos eran sudafricanos—. Da igual. ¿Qué necesitáis?

Danika entrelazó los dedos y puso una mueca.

—Odio hacer esto, pero…

—Nuestro país tiene ciertas regulaciones. Por favor, que quede claro que nosotros no tenemos ningún problema. —Ruben levantó la mano—. De verdad. Pero tenemos que…

—Tenemos que poner una queja. —Danika tragó saliva—. El módulo de los dormitorios de matrimonios no está segregado.

—Nos caen bien Myrtle y Eugene, pero la Administración Aeroespacial Sudafricana estipula que…

Puse la mano sobre el escritorio, apenas evité dar un golpe.

—En la Luna no hay segregación. Esta es una colonia internacional y las normas locales no se aplican aquí.

Ruben suspiró aliviado.

—Gracias a Dios. Solo tenemos que… —Agitó la mano con frustración.

—Tenemos que poner la queja. —Las mejillas de Danika enrojecieron de vergüenza—. ¿Puedes presentarla para que no tengamos problemas en casa?

No tenía ni idea de cómo presentar una queja. Supuse que habría un formulario para ello. La CAI siempre tenía formularios y seguro que hasta tenía un acrónimo.

—Veré qué puedo…

Las luces se apagaron. Aparte del brillo luminiscente de mi reloj de pulsera Omega, el pasillo se quedó oscuro como un mausoleo. En el silencio, la voz de Danika sonó penetrante.

—¿Eso es…?

Las luces volvieron a encenderse.

Me estremecí por el repentino resplandor. Las luces de

emergencia. Me las arreglé para mirar directamente a una cuando se encendieron. La luz alimentada por baterías era de un amarillo tenue y daba un tinte ictérico a la piel clara de Danika.

Ruben se rio con incomodidad al tiempo que miraba la luz por encima del hombro.

—La energía solar no suele…

Chisté para hacerlo callar. Cerré los ojos, como si volver a la oscuridad fuera útil, y escuché. A lo lejos, me llegaba el murmullo de otras voces mientras la gente intentaba averiguar qué ocurría. Las oía con claridad y no debería. El zumbido constante de los ventiladores debería enmascararlo con ruido blanco.

Nos habíamos quedado sin energía.

CAPÍTULO 18

NEGROS Y BLANCOS RECHAZAN LA INTERPRETACIÓN DE KINLOCH

San Luis, Misuri, 15 de abril de 1963 — Los líderes blancos y negros están preocupados porque los incidentes de esta semana en el extrarradio de Kinloch se han interpretado erróneamente como disturbios raciales. Les molesta especialmente porque San Luis, sobre todo en la década posterior al meteorito, ha progresado muy rápido en cuanto a las relaciones raciales. Consideran que los avances en este campo serán clave para la prosperidad de la ciudad en los próximos años. En retrospectiva, los residentes responsables de la comunidad atribuyen los disturbios a las frustraciones reprimidas de los jóvenes menos privilegiados que sienten que se les negará la oportunidad de abandonar el planeta Tierra.

Solo habían pasado quince minutos. En lo que respecta a cortes de alergia, no había sido nada. No era tiempo suficiente para que la temperatura cambiara, ni para que el aire se volviera tóxico por el dióxido de carbono, ni para que se me acabaran las bromas alegres diseñadas para distraer a dos residentes lunares recién llegados.

—Las partidas de *bridge* son una gran oportunidad para conocer a la gente fuera de las clases de la CAI.

Danika se mordía la punta del pulgar. Parpadeó cuando dejé de hablar.

—Ah. Suena agradable. —Apostaría a que no había escullido nada de lo que había dicho y que solo había respondido a la pausa. Seguí hablando con toda la despreocupación que pude.

—¿Preparamos una para el viernes por la noche? Puedo avisar a más parejas.

Ruben volvió a mirar por el pasillo hacia las luces de emergencia.

—Debería intentar ayudar.

Negué la cabeza.

—Las esclusas estarán selladas. —Si hubiera habido una brecha, habría saltado una alarma de despresurización. Ergo, no había una brecha, pero sentía la ausencia de mi máscara de emergencia con intensidad—. Los ingenieros eléctricos de guardia lo tendrán controlado.

Danika pasó a rascarse las cutículas de las uñas.

—¿Deberíamos hacer algo?

Ni siquiera sabía si el corte era en toda la base o solo en el módulo de administración. En otros tiempos, habría abierto el manual de procedimientos 49.a y habría consultado la sección 137.C, lista para resolver cualquier problema con mis compañeros de equipo. Ahora, teníamos un equipo que se ocupaba de arreglar las fluctuaciones de energía.

Aunque no habíamos tenido un fallo de energía desde los muy remotos inicios de la historia de la colonia. No era una coincidencia.

—Estamos haciendo justo lo que se supone que debemos hacer: no movernos ni entrar en pánico. —Deberían saberlo, era parte de la formación—. Cuanto menos nos movamos, menos oxígeno consumiremos.

—¿Deberíamos hablar? —Danika abrió de nuevo los ojos de par en par—. ¿Por qué no…?

Las luces volvieron a encenderse. El aire se agitó con un suave zumbido. Se me escapó un suspiro de alivio, porque estaba convencida de que alguien se había cargado todo el módulo de energía. Comprobé el reloj Omega. Dieciséis minutos.

¿Qué daños se podían causar en dieciséis minutos sin energía?

Me levanté de detrás de la mesa.

—Vamos. Hagamos la comprobación de la esclusa.

Los conduje por el pasillo, pero Aahana se nos había adelantado. Apretaba la puerta contra el electroimán que la mantenía abierta. Sonrió con alegría y señaló la esclusa.

—¡Mirad! Mi primera restauración de energía. He comprobado la presión Delta-V y he hecho una confirmación visual. ¿Qué tal lo he hecho?

—Se ve muy bien, Aahana. —Examiné la puerta con falso entusiasmo, porque la pregunta que me rondaba la cabeza era por qué estaba aquí. Aahana era geóloga y no tenía motivos para encontrarse en el módulo de administración. Debería estar preparándose para salir hacia el puesto minero del Polo Sur—. ¿Qué te trae por aquí?

—Venía a verte. Curt me dijo que organizabas una noche de *bridge* y, bueno, no quiero parecer presuntuosa, pero adoro el *bridge*.

—¡Perfecto! Te añadiré a la lista. —Le devolví la sonrisa y me pregunté si tendría tanta práctica como yo simulando sinceridad. Poca gente la tenía. Busqué en el bolsillo y saqué un bolígrafo—. ¡Por cierto! ¿Me firmas la escayola? Deberíais hacerlo todos. Es el primer brazo roto en la Luna. Entraremos juntos en los libros de historia.

Con ese proceso, descubrí que Aahana y Danika eran diestras. Ruben era zurdo, como yo.

Aahana tenía tierra bajo las uñas. Como geóloga, probablemente era normal.

16 de abril

Querida Nicole:

Las primeras cartas son algo misterioso y maravilloso.

Has ido muchas veces a la Luna sin que haya pasado nada, pero me preocupo en cada lanzamiento como si fuera el primero. El hecho de que este te haya provocado una lesión no es agradable, por supuesto, pero intento consolarme pensando en que es un ejemplo de que los sistemas

de la CAI funcionan. Cero pérdidas de vidas humanas. Hay sin duda que celebrar el milagro, dada la dureza del entorno. Obviamente, se tomaron todas las precauciones posibles y la formación del equipo dio sus frutos cuando se produjo una avería que no se podía haber previsto.

Debo pedirte una vez más, por favor, que tengas cuidado. Incluso desde aquí, siento cómo pones los ojos en blanco, pero no quiero tener que comprar flores para tu tumba. Los médicos saben lo que hacen; escúchalos y haz lo que te digan. Estoy seguro de que ignorarás mi súplica, así que seré breve. Amor mío, ojalá que te quisieras tanto como te quiero yo.

Finalmente, he decidido que el viernes seguiré adelante con aquello que hablamos, aunque me gustaría retrasarlo, pero algunos de nuestros amigos sugieren que es el momento adecuado para hacerlo. Realmente, eso se queda corto. Imagina, esta misma tarde he recibido no menos de cinco llamadas instándome a seguir adelante. Siguiendo su consejo, siento tener que pedirte un favor. ¿Considerarías una ofensa que tenga compañía cuando llames a casa esta semana? Hay alguien que opina que recibir una llamada de la Luna es muy romántico, así que espero que estés dispuesta a hablar con él un minuto.

Realmente espero que me perdones por eso. Es muy duro estar en casa sin ti, vivir aquí es solitario. Incluso Marlowe te echa de menos y va de una habitación a otra llorando. Se cree que los gatos son inescrutables, pero no es así. Ahora que lo pienso, la temporada de gatitos acaba de empezar. Rescatar uno para que le haga compañía no me parece mala idea.

¡Ah! Lo siento. Me voy por las ramas y querrás saber noticias de casa. Ahora te pongo al día sobre la salud de Nathaniel. Cuando fui a visitarlo, se encontraba en mejor forma y estado de ánimo, lo que atribuyo por completo a los buenos cuidados que le ha dispensado Hershel. En la última reunión del Club de Maridos de Astronautas, algunos propusieron prepararle una cesta de regalo, pero sugerí que dejáramos su dieta en manos de los médicos por el momento. No te sorprenderá saber que protestaron un poco, pero al final lo entendieron. Estoy intentando pasarme por allí cada vez que estoy en Kansas City. Sin embargo, Nathaniel me ha dicho que el médico le ha dado permiso para volver a trabajar a media jornada después de Pascua.

Buena suerte consiguiendo que trabaje solo a media jornada.

Otra persona que trabaja demasiado, aparte de mí, es Eugene; me he enterado de que se puso enfermo durante el vuelo. Mándale un saludo de mi parte y dile que espero que se recupere pronto. Batallar con él para que baje el ritmo será inútil, igual que contigo. Así sois los astronautas,

aunque se supone que sois los mejores y más brillantes, es imposible conseguir que os preocupéis lo más mínimo por vuestra propia salud. Siempre que miro las nubes y distingo el brillo de la Luna a través de ellas, pienso en vosotros.

Con todo mi cariño,
Kenneth

Dieciséis minutos. Habían pasado más de veinticuatro horas desde el apagón y no había ocurrido nada más. Pero no dejaba de pensar en cuántos daños podría haber causado yo en dieciséis minutos.

Envenenar el suministro de agua. Ensuciar los depuradores de CO_2 Vaciar los tanques de oxígeno.

Me incliné sobre la mesa de Frisch y dejé la carta de Kenneth encima.

—Clemons quiere que revisemos los almacenes de explosivos.

Levantó el pico de la nariz como si fuera a emprender el vuelo.

—¿En los puestos mineros?

—¿Los guardamos en otro sitio?

Resopló, bajó la cabeza para mirar la carta y se frotó la frente como si le doliera.

—¿Dice por qué?

—Aquí no. —Miré el calendario de la pared. Hacía cuatro días que habíamos aterrizado—. ¿Alguna novedad sobre el paquete de la nave?

—Todavía están colocando el andamiaje. —Bajó la mano y levantó la taza de té—. Pediré que hagan inventario de los explosivos.

—¿A quién?

Era ingenuo, pero no idiota. Si Icaro estaba en la Luna y no sabíamos quiénes eran, sería muy fácil mentir sobre el inventario. La comprensión llegó a su rostro y sus extremidades mientras hundía los hombros. Se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en las manos.

—De acuerdo, lo haremos nosotros. —Se incorporó y me miró

la escayola del brazo—. ¿Puede pilotar una lanzadera con eso?

—Por fortuna, sí. Los controles están diseñados para pilotos diestros. —No tendría un control tan delicado como me gustaría, pero sería aceptable—. ¿Cuándo quiere salir?

Frisch acercó el calendario y pasó algunas páginas. Días. Pasaba los días del calendario hacia el futuro.

—Tengo el resto de esta semana repleto de reuniones y… *Gott im Himmel*. Creo que el sábado veintisiete es el siguiente día en el que no tengo nada programado.

Estábamos a dieciséis.

—Con todo el respeto, es lo bastante urgente para considerar despejar la agenda.

—Con todo el respeto, siempre me ha parecido que esa frase no es nada respetuosa. —Se echó el pelo rubio hacia atrás—. No he dicho que vaya a esperar hasta el 27, solo que era mi próximo día libre. Es demasiado tarde para salir hoy y mañana tengo reuniones que no puedo aplazar.

—Señor.

Levantó la mano para callarme.

—Soy responsable de la salud y la seguridad de trescientas veintiocho personas. El puerto espacial principal se encuentra bloqueado por un cohete derribado y contaminado de combustible. Los suministros que estaban en la nave siguen a bordo. Cuando digo que no puedo reprogramar el día de mañana no lo hago por cabezonería. Priorizo porque soy el administrador de la colonia. ¿Queda claro? —Tuve que tomar prestado un truco de Elma y contar hasta diez antes de responderle con calma.

—Sí, gracias. Por favor, hágame saber cuándo quiere ir y prepararé la lanzadera.

—En dos días, el 19. —Giró el calendario para enseñármelo—. Dado que se supone que es mi secretaria, cancele estas citas, ¿de acuerdo?

CAPÍTULO 19

CIEN DIRIGENTES PIDEN EL FIN DE LA VIOLENCIA

Los habitantes de Misisipí exigen que los culpables sean procesados

> Jackson, Misisipí, 17 de abril de 1963 — Los continuos enfrentamientos entre los refugiados del meteorito evacuados de Nueva York y los residentes de Jackson se han extendido incluso fuera de la ciudad, a las zonas del extrarradio. Más de cien dirigentes empresariales, industriales y profesionales de Misisipí han pedido hoy que se ponga fin a la violencia en el estado y que se procese a los responsables de los disturbios.

Esperé en el módulo de comunicaciones para llamar a Kenneth sentada en una de las omnipresentes sillas de plástico, albergando sospechas sobre todo el mundo. Habían transcurrido dos días desde el apagón y no había pasado nada.

Wafiyyah Zinat Abbasi se sentaba a mi lado. Era la tercera rotación lunar de la joven botánica y había entrado en nuestra lanzadera como sustituta. En teoría, Clemons la había añadido porque era de confianza, pero yo apenas la conocía. Hasta ese viaje,

nunca habíamos coincidido en las rotaciones.

—¿Ya has ido a las cuevas en este viaje? —Enmarcada por el pañuelo que llevaba en la cabeza, su piel tenía un brillo juvenil que yo solo conseguía a fuerza de una saludable capa de crema fría todas las noches—. Han acabado de cablear las luces de cultivo desde la última vez que estuve, es alucinante.

Levanté la escayola y guiñé un ojo.

—Ahora casi ni me dejan salir de la base principal.

—Ay, claro. —Se puso seria y me arrepentí de la broma—. ¿Cómo tienes el brazo?

—Bien, gracias. —La verdad era que la escayola era peor que el vendaje de la barbilla. Al menos, con eso me había divertido inventando excusas—. Deséame suerte para tranquilizar a mi marido. ¿A quién vas a llamar?

—A mi compañera de laboratorio, Huda. Tiene un asma muy grave, así que no está capacitada para los vuelos espaciales, pero es la persona más inteligente que conozco en cuanto a la habilitación del suelo. Quería comprobar unos números con ella.

—¡No deberías gastar la llamada personal para eso! Pásate por el despacho del administrador y te dejaré usar la línea.

—No, no. Es algo que debería resolver por mi cuenta.

—Sigue siendo trabajo. —Rebusqué el bolsillo del muslo de los pantalones para sacar la libreta. Por cierto, lo mejor de la vida en la Luna es la cantidad de bolsillos—. Tienes una llamada personal a la semana, no la desperdicies con asuntos de trabajo.

Se sonrojó.

—Ya lo sé. Bueno, somo… Somos muy buenas amigas, así que es sobre todo una llamada social. Los números son solo una excusa.

Sonreí para mis adentros al encajar las piezas. Le tendí el bolígrafo, ofreciéndole la cortesía de fingir que no me había dado cuenta de que probablemente se trataba de una llamada romántica.

—Todavía no me has firmado la escayola, ¿verdad?

Había mejores formas de registrar con quiénes había hablado, pero no corría el riesgo de perder estas notas. Wafiyyah era diestra y tenía una firma pequeña y elegante.

—Nicole Wargin. —Faustino me hizo una seña.

—Faustino, ¿qué haces en comunicaciones?

Se encogió de hombros.

—Birgit está resfriada, así que me ofrecí a cubrirla.

—¿No es una intoxicación alimentaria?

—No, dice que solo está un poco dolorida. —Volvió a encogerse de hombros, que al parecer era la forma en que se comunicaba—. Te toca la cabina cinco.

Las cabinas telefónicas no eran muy diferentes de las de la Tierra. Eran cajas pequeñas, apenas lo bastante grandes para un taburete con un teléfono montado en la pared. La diferencia es que están hechas de plástico y aluminio en lugar de madera y vidrio. Entre las finas paredes, se colaban retazos de conversaciones.

—Me he perdido el recital.

—A ver qué dice el médico.

—Dos barras de mantequilla, una taza de…

—¿Que la señora Which ha hecho qué?

Empujé la puerta y me acomodé en la silla de plástico. Todavía estaba caliente de la llamada anterior. El auricular tenía la misma forma negra y lisa que en la Tierra, así que, al levantarlo, sorprendía lo ligero que era.

—Operadora. —La voz al otro lado de la línea era la de una joven de la estación orbital Lunetta.

—La Tierra, Kansas. Larga distancia, por favor.

—Por supuesto. —En mi oído, el sonido cambió de forma sutil, como si la fuerza de la gravedad de la Tierra fuera audible, y una mujer diferente anunció:

—Larga distancia.

—Operadora, me gustaría hacer una llamada a Topeka, Oldfield 37234.

Hubo una pausa mientras mi voz atravesaba el espacio para llegar hasta ella. No fue larga, pero sí lo suficiente como para notar la diferencia.

—Por supuesto.

No me pidió que depositara monedas. La CAI pagaba las

llamadas semanales y me sentía muy agradecida por ello cada vez que llamaba a casa.

El teléfono sonó y se cortó a mitad del tono.

—Hola, al habla Kenneth Wargin.

Me desplomé contra el lateral de la cabina porque una parte de mí estaba convencida de que la carta me la había enviado otra persona que escribía para enmascarar otro ataque al corazón. La voz me tembló de alivio.

—Hola, mi amor.

Una pausa, bastante larga como para hacerme creer que la línea se había cortado, aunque sé que la voz tarda 1,3 segundos en llegar a la Tierra y otros 1,3 segundos en volver hasta mí.

—Nicole. —Solo dijo mi nombre, pero le noté la voz raspada. La respiración que siguió retumbó en el altavoz—. Estaba preocupado.

—Lo siento. Estoy bien, de verdad. —Me miré la escayola y me pregunté si la «compañía» que mencionó ya estaría en la habitación. Era nuestro código para referirnos a los periodistas. Si hubiera dicho «invitado», habría sido un diplomático de algún tipo. Por si acaso no estaba solo, fui circunspecta con la respuesta—. Es más molesto que otra cosa.

—Me alegra oírlo.

—¿Me has comprado flores?

Se rio.

—No. Espero que eso no te angustie.

Enrollé el cordón en los nudillos.

—Ni lo más mínimo. Además, ¿qué iba a hacer con flores en la Luna?

—¿Quizás preferirías un libro? Nathaniel me ha puesto al día de su última lectura.

Quería hablar con él con libertad, pero nuestras conversaciones privadas estaban al servicio del proyecto Icaro. Y la gente se preguntaba por qué nuestro matrimonio tenía problemas. ¿Cuándo teníamos tiempo para nosotros? Pero sabía cuál era mi deber, así que mantuve la voz alegre.

—¿Has pensado en algún libro?

—Así es. *The Long Tomorrow*, de Leigh Brackett. Como no puedo mandártelo, he comprobado que hubiera un ejemplar en la biblioteca lunar. Yo me he comprado otro, para imaginarnos leyendo juntos. Los dos solos.

—Eres lo más romántico que… —Eso fue inesperado. Si le había entendido bien, quería usar el código del libro para nosotros, no para los asuntos de la CAI. Tuve dos reacciones simultáneas. Por una parte, me sentí encantada de disfrutar de un poco de privacidad con él. Por od a, tuve miedo al pensar en qué habría salido mal para que necesitase un código para hablar—. Lo comprobaré en cuanto acabemos aquí.

—Hablaremos de ello en nuestra próxima carta, ¿de acuerdo?

Me acomodé el teléfono en la mejilla y algo produjo un silbido similar a la onomatopeya de un muelle votando en un cómic.

—¿Has oído eso?

—¿Esa especie de muelle?

—Sí. —En el espacio silencioso que nos separaba flotó una pregunta: ¿Era un sonido sin importancia o había alguien interceptando la llamada? Clemons había dicho que Ícaro tenía a alguien en comunicaciones. El envío de ondas de radio desde la Tierra a la Luna requería usar la Red de Seguimiento del Espacio Exterior. Cuando empezamos, la CAI solo tenía una antena parabólica y la rotación de la Tierra provocaba pérdidas de señal, excepto cuando Kansas apuntaba a la Luna. Ahora, la Red contaba con tres antenas de gran tamaño en la Tierra acopladas a satélites. Ninguna debería haber enviado un sonido a nuestra llamada—. Qué extraño.

—Debe de ser del aparato que la periodista ha instalado en la oficina. —Kenneth suspiró y empezó a hablar más despacio, intercalando pausas de angustia entre las palabras—. Debería hacerla pasar. Lo siento, Nicole. La presión política por el anuncio es considerable. Denley ha impuesto el toque de queda y las cosas no van bien. Creo que ser un candidato oficial me ayudará a que me escuchen más. Por poco que sea.

—Lo entiendo. —Hubo un tiempo en que hablábamos de la ópera en aquellas llamadas—. ¿Algún tema nuevo que deba destacar?

—Lo de siempre. Enfatizar, quizás, que la angustia de los ciudadanos atados a la Tierra es real, pero dejando claro que existe una clara línea entre las protestas pacíficas y el extremismo de los terraprimeristas. Aunque no menciones…

—No menciones el movimiento de La Tierra Primero de forma directa, lo sé. —Suspiré y cerré los ojos—. Sé lo que hago. Seré la esposa espacial cariñosa y comprensiva.

—Nicole.

—No pasa nada. —Me sorbí los mocos y me senté un poco más recta en la cabina, como si la persona al otro lado de la línea fuera a verme. Disponíamos de la tecnología necesaria para realizar una conferencia visual, pero solo la utilizaban los ingenieros y los controladores de vuelo. No tenía acceso a ella para asuntos privados —. Déjame hablar con la periodista.

Lo bueno de trabajar en el despacho de Frisch era que tenía fácil acceso a los archivos de personal. Me miré la escayola para comprobar quién me faltaba por firmar y saqué el expediente de Kadyn Murphy del armario. Según este, había anotado el ajedrez como actividad recreativa.

Así que me dirigí a la cafetería donde se reunía el club de ajedrez. Era una sala baja y alargada que ocupaba la mitad de la planta principal del módulo de viviendas. Las paredes curvas brillaban durante el día lunar de dos semanas, gracias a los pozos de luz de la superficie. Al día siguiente, la luz bajaría de forma brusca al llegar la noche y menos gente encontraría motivos para congregarse allí.

En medio del olor a col y judías rehidratadas, parejas de hombres y mujeres se apiñaban sobre los tableros de ajedrez junto a una pared. En algunas partidas, había espectadores que charlaban en voz baja. La de Helen era una de ellas, como era de esperar. Se

recostaba en la silla con una sonrisa incipiente mientras esperaba a que su compañero se diera cuenta de que ya había perdido. De vez en cuando, alguien le ganaba, pero la mujer había sido campeona de ajedrez en Taiwán antes de entrar en la CAI.

Levantó la vista cuando crucé la cafetería y me saludó.

—¡Nicole! ¿Qué te trae por aquí?

Adiós a la discreción. La mitad del club se volvió para mirarme.

—He venido a comer algo.

Uno de los chicos levantó las cejas.

—¿No es un poco tarde para comer?

—Estaba ocupada y se me ha olvidado. —Me encogí de hombros—. Ya sabes a qué me refiero. Llámalo una cena temprana si te hace sentir mejor.

—¡Tienen coles! —Uno de los veteranos sonrió—. ¡Y lechuga del jardín!

—Echaré un vistazo. —Para aparentar que tenía una razón legítima para estar allí, me acerqué a los puestos de comida en busca de algo apetecible. Kadyn Murphy debería haber sido fácil de detectar. Medía casi dos metros, era uno de los colonos más altos. Me había encantado hablar con él en los entrenamientos, porque su acento pasaba de caribeño a inglés neutro, pero más británico que el de la mismísima reina, con su elegante voz de barítono.

Lo pillé cantando una vez. Solo una vez, pero estaba decidida a conseguir que volviera a cantar.

Me acerqué a la mesa de Helen y esperé a que terminara su turno. El ajedrez no era lo mío, pero Helen jugaba con blancas y no quedaban muchas piezas negras en el tablero.

—¿Has visto a Kadyn?

Negó con la cabeza.

—No desde ayer en la verificación del *rover*.

—¿Te tienen enseñando a conducir los *rovers*? —Enseñar a la gente a conducir en la Luna no era el peor trabajo del mundo, pero estaba tan por debajo de sus habilidades que daba risa.

—Al menos salgo del hábitat. —Miró alrededor de la sala y frunció el ceño—. Me sorprende que Kadyn no esté aquí. Jugamos

un par de veces en la Tierra y no se le da mal.

Uno de los veteranos silbó.

—¡Uf! Recuérdame que no juegue con él. Si la Abadesa piensa que no se le da mal, eso significa que es bueno de cojones. Con perdón.

—¿La Abadesa?

Su compañero levantó un peón y se quedó quieto, con los dedos apoyados en la pieza y el ceño fruncido.

—El femenino del alfil. El alfil es una de las piezas más poderosas del tablero, pero está infravalorada porque todo el mundo se centra en la reina. La gente nunca ve venir a Helen.

Dos mesas más abajo, una de las mujeres del departamento de informática se inclinó hacia delante.

—Kadyn está enfermo.

—¡Vaya por Dios! ¿Y cómo lo sabes, Garnet? —Otra calculadora le dio un codazo—. ¿Ya le has echado el guante?

—¡No! Nada de eso. —El rubor de Garnet indicaba que su compañera había acertado de pleno—. Solo somos amigos, eso es todo. Conocí a Kadyn en la Tierra, pero a mí me destinaron primero. Jugamos al ajedrez juntos. Nada más.

Mi cerebro le dio vueltas a su ausencia.

—Lamento oír que no se siente bien. No parecía que tuviera náuseas espaciales en el vuelo de ida.

Arrugó la nariz.

—Solo es un dolor de barriga. Dice que a lo mejor ha pillado lo mismo que el mayor Lindholm.

—Pobre. —¿Había alguien contaminando la comida a propósito? Se me helaron las venas—. Fue uno de mis alumnos, así que iré a ver cómo está. ¿Está en su camarote?

—Te acompaño. —Helen deslizó la silla hacia atrás.

Su compañero movió el peón una casilla hacia adelante.

—¿Significa eso que te rindes?

—No. Jaque y mate en dos. —Deslizó el alfil por el tablero y le comió la torre que le quedaba—. Tu turno.

Resultó que Kadyn no estaba en su camarote, sino en el baño de hombres, con unas arcadas audibles. No era el momento más apropiado para interrogarlo.

Al cruzar el pasillo desde el baño de hombres del ala oeste, no dejaba de pensar en lo enfermo que había estado Eugene en la nave. ¿Sería lo mismo? ¿O lo habían envenenado como a Nathaniel? Si así era, ¿por qué alguien tendría como objetivo a Kadyn? Era botánico.

En el pasillo entre los dormitorios de hombres y mujeres, Helen me tocó el brazo y se detuvo junto a la escalera de caracol en el centro del módulo.

—¿Qué pasa aquí?

—¿Qué quieres decir?

Frunció los labios.

—Después de contarme lo de Nathaniel y el FBI, tuviste varias reuniones con Glemons antes del lanzamiento. Te puso de secretaria cuando no sabes escribir a máquina. La CAI ha hecho una serie de cambios en el programa y muchos en el personal. Todo apunta a que aquí pasa algo gordo, fuera de lo normal.

—Un cohete se estrelló. —Intenté reírme, pero Helen era lo bastante lista como para rellenar los huecos—. ¿Echas de menos a algún buen contrincante de ajedrez?

Dio un suspiro ofendido.

—Respeto los secretos, pero prefiero que me digas que es información clasificada a que me mientas. Un agujero en los datos, eso puedo soportarlo.

Mentir era más difícil cuando no querías hacerlo.

—Un agujero en los datos. Suena como uno de los absurdos eufemismos de Elma.

—Espero que aprecies que no te presione para sacarte más información. —Tamborileó con los dedos en la barandilla curvada que rodeaba la escalera—. Siento mucha curiosidad.

—Lo aprecio más de lo que crees. —La entendía. Si hubiera estado en su lugar, no habría parado de escarbar hasta sacarlo a la luz. Tenía que cambiar de tema, así que me dirigí a la puerta de los camarotes femeninos del ala este con la esperanza de que un cambio

de ubicación me ayudara.

—Al menos hemos confirmado que Kadyn está enfermó de verdad. —Helen me siguió hasta el «vestíbulo» del ala, una pequeña zona común semicircular que servía de separación entre las habitaciones de la tripulación que la rodeaban. Cuando la base era nueva, dormíamos en literas, pero con la ampliación llegaron las habitaciones privadas. Pequeños armarios privados, más bien.

Me encogí de hombros para desviar el foco de la conversación del proyecto Ícaro.

—Cierto. Es casi imposible conseguir que los hombres hablen de su salud con precisión. Hasta donde sé, «un poco pachucho» significa estar muriéndose. Todos se creen lo suficientemente machos para vencer a los gérmenes.

—¿Quieres contarme lo que le pasa a Kenneth? —Se quitó los zapatos y los dejó junto a la puerta de su cubículo. En medio de la sala común, una gigantesca alfombra trenzada suavizaba el suelo gris. Los colores azules y blancos de la tela de los uniformes desechados se habían convertido en lilas, lavandas y morados profundos gracias al tinte que alguien había traído.

Miré las puertas cerradas de los cubículos. Aunque tuviéramos la sala *común* para nosotras solas en ese momento, no había garantías de que no hubiera nadie en las habitaciones. Por experiencia, sabía que las «puertas» de plástico apenas aislaban el ruido.

—Lo típico. Se puso enfermo y no me lo dijo. —La miré a los ojos y articulé en silencio «infarto».

Abrió los ojos de par en par.

—¿Está bien ahora?

Extendí las manos como si pudiera abarcar todas mis frustraciones.

—Eso dice.

Helen me miró un instante. No estoy segura de lo que vio, o si solo valoró los posibles escenarios de la misma manera que reproducía las jugadas de ajedrez en su mente. Solo sé que cruzó la pequeña habitación y me abrazó.

No quería llorar. Al menos lo hice en silencio.

CAPÍTULO 20

¿LA PRIMERA DAMA EN LA LUNA?

Por Julie Holderman
Edición especial de *The National Times*

Topeka, Kansas, 19 de abril de 1963 — El gobernador Wargin se ha convertido en el primer representante demócrata en postular su candidatura a la carrera presidencial. Tras el anuncio, muchos han notado la ausencia de su esposa en sus actividades. Esta periodista se puso en contacto con la señora Wargin, en su residencia en la colonia lunar, para preguntar por su capacidad para desempeñar las funciones de primera dama desde la Luna, en el caso de que su marido logre su objetivo. Su respuesta fue: «Por supuesto, las necesidades de nuestra gran nación son lo primero. Aunque me encanta servir al planeta con mi trabajo aquí, estoy deseando volver a casa, a Kansas».

La señora Wargin me contó que lucía un sencillo traje de pantalón azul, con un broche que le había regalado su madre, y que llevaba un corte de pelo «lunar» muy de moda.

El viernes por la mañana, llevé mi bolsa a la esclusa 3, que solo albergaba autobuses lunares o lanzaderas. Confiaba en que la escayola no supondría un problema, pero lo más inteligente era llevar a cabo un simulacro para asegurarme de que conocía mis

limitaciones de rango de movimiento dentro de la cabina.

Las lanzaderas eran poco más que un tubo con un motor. En otros viajes, las pilotaba varias veces al día para trasladar a trabajadores de la construcción, mineros o geólogos entre diferentes lugares. Elma lo describía como ser un conductor de autobús glorificado.

Sin embargo, cualquier vuelo era una alegría, independientemente de la nave. Volar en el vacío es muy diferente a volar en la Tierra. Por una parte, está la falta de viento, por supuesto, pero también la forma en que relacionas masa y velocidad en la expresión más pura entre ambas. Y volar en el espacio es diferente a volar sobre la Luna. Ambos están en el vacío, sí, pero la claridad del paisaje lunar daba una sensación de velocidad que no se tenía en el espacio exterior.

Sin olvidar los vuelos nocturnos, bajo las estrellas. Recuerdo verlas desde la superficie de la Tierra, pero siempre he sido una chica de ciudad, así que eran unas cositas pálidas y apagadas que revoloteaban en un cielo iluminado por lámparas de vapor de sodio. En la Luna, cuando vuelo de noche, es como si alguien hubiera derramado diamantes sobre terciopelo negro. Mataría por un vestido que se pareciera a las estrellas del espacio.

También mataría por tener la oportunidad de pilotar uno de los grandes cohetes, pero no contaba con ello.

Frisch agachó la cabeza dentro de la cabina.

—Ah, bien. Ya está aquí. —Se colgó del hombro el kit de preferencias personales y se dirigió a una de las taquillas—. En cuanto termine con las comprobaciones previas, nos preparamos.

Volví a meter el tronco en el soporte elástico y me puse de pie.

—Listo.

—No me sorprende. —Metió el KPP en la taquilla y aseguró la bolsa con correas de sujeción temporal—. Había pensado en comenzar por el puesto de avanzada del Polo Sur, ya que es el más alejado, y pasar por lo demás a la vuelta.

—Suena bien. —Lo seguí fuera de la lanzadera hasta la sala de equipamiento adyacente a las esclusas.

La sala bullía mientras el turno de mañana se preparaba para un día de trabajo. Algunos se dirigían a la construcción del hábitat en el tubo de lava de Marius Hills y otros a la prospección de agua en el Polo Sur. Cuando la base era nueva, la sala de equipamiento había sido mixta para aprovechar el espacio. El plan original había sido dividirla de la misma manera que los cuartos de la tripulación, pero nunca llegó a estar arriba en la lista de prioridades; para ponerse un traje de presión intravehicular no era necesario desnudarse.

Si hubiera que usar una unidad de movilidad extravehicular completa, sería diferente, pero los trajes de presión que llevábamos en tránsito solo estaban pensados para protegernos en caso de despresurización. No hacía falta un equipo de refrigeración líquida y ventilación ni un paquete de baterías, solo un cable umbilical que nos conectara a la nave principal para obtener aire, energía y comunicaciones.

Las primeras veces que viajé a la Luna, nos ayudábamos a cambiarnos unos a otros en el interior de diminutas naves espaciales atestadas de instrumentación. Ahora, los astronautas tenían el lujo de contar con técnicos de trajes en la Luna, una ventaja inesperada de que los colonos no estuvieran igual de preparados que los astronautas de pleno derecho. Tener a otra persona que revisara y preparara los trajes era más seguro.

El traje de presión que me habían asignado colgaba en el puesto de equipamiento 6B junto con otros, dotado para trabajar en la superficie, tal y como había solicitado en la orden de trabajo. Fiorina Morales sonrió cuando me acerqué y me tendió un par de guantes interiores.

—Buenos días. ¿Qué tal en la Tierra?

—Frenético. —Agarré la lana fina y cálida, que me protegería las manos dentro del traje, y respondí a la pregunta que de verdad quería hacerme—. Vi a tu marido en el Club de Maridos de Astronautas. Le va bien.

—¡Le han ascendido! —Sonrió y las mejillas le brillaron de

orgullo—. A jefe de proyecto.

—Espléndido. —Su marido había estado allí la noche en la que envenenaron a Nathaniel. ¿Significaba que tenía que sospechar de ella también? Morales era ingeniero y tenía acceso a los cohetes. Existía la posibilidad de que se hubiera acercado a la gente equivocada porque quería a su mujer en casa. O tal vez yo no podía pasar una hora sin sospechar de todas las personas de la Luna—. Vuelves en el próximo cohete, ¿no es así?

—Depende de lo rápido que descontaminen el puerto espacial. —Miró al otro lado de la habitación, donde Frisch se ponía sus propios guantes—. ¿Has oído algo?

Muchas cosas.

—La verdad es que no. —El guante de tela se me ceñía a la escayola. Por suerte, los guantes y las botas del traje de presión eran modulares, por lo que se podían cambiar en función de la actividad —. ¿Has puesto el guante extragrande para la izquierda?

—Sí, pero ¿por qué…? —Le echó un segundo vistazo a la escayola y me hizo una seña para que le devolviera los guantes—. No, ni hablar.

—Es el mismo conector.

—No. —Fiorina dio un paso adelante, me agarró la escayola y me quitó el guante de tela como si fuera una niña—. Para empezar, ¿los médicos te han autorizado el vuelo?

No lo habían hecho, pero tampoco me habían dicho lo contrario.

—Voy con el administrador Frisch.

—Ajá. Lo segundo, el traje no está preparado para tener un yeso duro dentro.

—Habrá lana entre el traje y yo.

—Pero no está pensado para llevar nada rígido dentro. Para nada. No. Ni hablar. —Se interpuso entre el traje y yo, con los brazos cruzados, como si fuera a empujarla y a ponérmelo de todos modos.

Me di la vuelta para buscar a Frisch. Las lanzaderas eran un entorno informal para los pasajeros. Incluso los pilotos volaban con

los cascos abiertos, así que quizás podría ir sin traje. En cuanto se me ocurrió la idea, la parte más inteligente y profesional de mi cerebro me gritó que no era un problema que pudiera resolver. El espacio era peligroso. Era fácil dejarse llevar por la autocomplacencia con la ropa informal, las cafeterías y las noches de cine, pero seguíamos en el espacio.

Al otro lado de aquellas paredes, estaba el vacío.

Frisch se había cerrado la cremallera del traje. Su técnico le tendía los guantes exteriores. Mientras se los ponía, Frisch se asomó por detrás del técnico. Ladeó la cabeza con gesto interrogante.

Puse una mueca y levanté la escayola. Echó un vistazo al traje y después a los guantes. Echó la cabeza hacia atrás para mirar al techo. Con un suspiro, le devolvió los guantes al técnico y me hizo una señal.

Tragué saliva y me acerqué a su puesto mientras se abría la cremallera exterior del traje. Sentí las mejillas como un campo de plasma.

—Lo siento, le buscaré otro piloto.

Se desabrochó la cremallera interior y me miró por encima del hombro para echar un vistazo al reloj de la pared.

—Me voy al despacho. Si consiguen tener a alguien preparado antes del mediodía, invertiremos el orden previsto y empezaremos por el puesto de avanzada más cercano. —Se quitó el traje de los hombros y miró al suelo—. Si no, lo reprogramaremos para el lunes.

Faltaban tres días.

—Tal vez mañana podría…

—Ya he explicado mis restricciones de horario y no tengo interés en discutirlo aquí. —Frisch se quitó el traje y dejó que el técnico recogiera del suelo aquella pesada indumentaria—. Si lo aconsejable es ir hoy, encuéntrame un piloto que pueda volar.

Subí las escaleras de caracol para llegar a la zona común de las habitaciones para parejas casadas. Tenía menos puertas, ya que cada cubículo era el doble de ancho. El umbral del cuarto de los

Lindholm tenía un felpudo de bienvenida que Myrtle había tejido con tiras de bolsas desechadas de la tripulación. Me puse sobre él, levanté la mano para acariciar la lámina de plástico y dudé. Era muy temprano, quizás siguieran dormidos.

Di una palmada en la puerta. A través del fino plástico, Eugene preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Nicole.

Myrtle murmuró:

—¿No deberías estar en una lanzadera?

Me llegó el roce de telas y el chirrido de la cama. Un momento después, Eugene abrió la cortina mientras se abrochaba una bata y se asomó.

—¿Qué pasa?

Levanté la escayola y traté de ser lo más clara y directa posible.

—No puedo ponerme un traje. Frisch necesita otro piloto antes del mediodía. —Se enderezó, echando la cabeza hacia atrás con comprensión—. Me han dado permiso para volver al servicio, pero el médico no me autorizará pilotar hasta la semana que viene.

»Perdona, quería preguntarle a Myrtle si está disponible.

Dentro del cubículo, la cama volvió a crujir y un par de pies golpearon el suelo de plástico. Myrtle se levantó para situarse detrás de Eugene, con un pañuelo anudado en el pelo.

—¿Qué necesitas?

—Frisch necesita un piloto que lo lleve a los puestos mineros.

Se encogió de hombros y asintió.

—Claro, dame un minuto.

Eugene frunció el ceño y le puso una mano en el hombro.

—Hay otros pilotos en la rotación. ¿Qué es lo que le estás pidiendo en realidad?

Myrtle enarcó las cejas.

—¿Pretendes decidir por mí?

—Solo he hecho una pregunta.

Myrtle resopló y lo fulminó con la mirada mientras se ajustaba el tirante del *negligé* en el hombro. Cuando se volvió hacia mí con los

labios fruncidos, todavía quedaban restos de esa mirada y casi di un paso atrás. Me sorprendió que Eugene no hubiera sido incinerado.

—Danos un minuto. —Myrtle cerró las láminas de plástico. A través de la puerta, me llegaron unos susurros furiosos y sibilantes. Retrocedí y crucé la sala hasta una de las sillas de plástico del otro lado. Me senté y miré la escayola mientras la acariciaba con los dedos. Los nombres la cubrían con bucles rojos de letras en cursiva, florituras en árabe e intrincados caracteres chinos. Todavía tenía que hablar con Kadyn, Imelda y Luther. Tal vez debería organizar una noche de *bridge*. Le preguntaría a Myrtle si haría de anfitriona conmigo. Podríamos usar una de las salas comunes o quizás organizar un pequeño convite en la galería.

La lámina de plástico se abrió. Me levanté y me acerqué para recibir a Myrtle cuando salía a la sala común. Llevaba una bolsa de KPP en una mano y negó con la cabeza baja y la vista en el suelo antes de hablar.

—Tengo mis conjeturas sobre el motivo de tu petición y me molesta que no nos lo digas. Pero entiendo la necesidad.

—No hemos terminado de discutirlo. —Eugene salió mientras se subía la cremallera de un traje de vuelo como si fuera a pilotar en su lugar—. ¿Quién lleva los pantalones en esta familia?

—¿En la Luna? —Myrtle se echó el KPP al hombro—. Los llevamos los dos.

Recorrí el pasillo del módulo de administración a toda prisa y crucé el despacho exterior de Frisch.

—Le he encontrado una piloto… Lo siento. —Me detuve justo en la puerta. Ana Teresa estaba en la silla frente a la mesa de Frisch y tenía los hombros caídos, como si estuviera agotada—. Myrtle Lindholm se dirige a la esclusa para reunirse con usted.

Frisch levantó la vista de la mesa, donde leía una hoja de papel. Consultó el reloj y suspiró.

—Doctora Brandáo, lo siento, pero tengo otro compromiso.

Ana Teresa levantó la cabeza, con los ojos entrecerrados.

—Esto no puede esperar.

—Lo entiendo. —Frisch tamborileó con los dedos en la mesa, junto a una pila de páginas de teletipo aún plegadas en acordeón—. Tiene mi permiso para proceder como sea necesario, pero recurra a los protocolos de cuarentena como último recurso. Los trabajadores temporales ya deberían haber rotado, pero están retrasados por el choque del cohete. Wargin la ayudará con las solicitudes y a despejar la agenda.

¿Cuarentena? Sabía que algunas personas se encontraban mal, pero no tenía ni idea de que fuera algo serio.

—Por supuesto, nos encargaremos de ello en cuanto el administrador se vaya.

Ana Teresa arrugó la nariz con disgusto.

—Esto tiene que ser prioritario.

Frisch deslizó la silla hacia atrás y se levantó con la cuidadosa gracia de un veterano.

—Debería volver de los puestos de avanzada el domingo, pero estaré en contacto por radio si requiere de mi atención inmediata.

Di un paso atrás, fuera del pequeño despacho, para dejarle espacio al salir.

—Le mantendré informado.

—Espere. —Ana Teresa se levantó, con más torpeza que Frisch; se impulsó un poco más de la cuenta y se puso de puntillas con la fuerza de la aceleración—. ¿Va a los puestos de avanzada?

—Sí. ¿Cree que la gripe viene de allí?

—No. No ha leído… Síntomas parecidos a los de la gripe, no la gripe. Fiebre alta, rigidez en el cuello, calambres en las piernas. —Se inclinó sobre la mesa y pasó a una página más avanzada del informe que Frisch había estado leyendo cuando llegué—. Hay una posibilidad significativa de que sea polio.

La habitación se calentó y se enfrió al mismo tiempo. Polio. Las cifras aumentaban cada año. Lo que había sido una enfermedad infantil afectaba cada vez a personas de mayor edad. Todo el mundo conocía a alguien que la hubiera tenido. Pero…

—Nos han vacunado.

Con el ceño fruncido, Frisch se sentó de nuevo a la mesa y escudriñó la página.

—A los que estamos en la Luna, no.

—¿A nadie? ¿Cómo es posible?

—Para mayor precisión, catorce personas en la Luna han sido vacunadas. —El cansancio de Ana Teresa parecía aumentar—, La vacuna del doctor Sabin es muy reciente y los suministros son limitados. La vacunación seguía el calendario de lanzamientos original. Los nuevos contratados aún no han sido vacunados y las vacunas enviadas para los residentes lunares estaban en el cohete que perdimos.

—Dime que al menos han vacunado al personal médico.

Incluso su ceño fruncido transmitía agotamiento.

—Me vacunaron antes de salir. El resto del personal médico de aquí… Es un problema.

Frisch pasó otra página del documento.

—¿Dice que los primeros casos han sido todos personas que viajaron en su nave, así como quienes entraron en contacto con ellas?

—Correcto. El virus se propaga a través del tracto alimentario, del intestino. Cuando Eugene enfermó en la nave, la contención no fue tan buena como debería haber sido.

—Un segundo. Creía que habías dicho que Eugene había parecido una intoxicación alimentaria. —Había estado muy segura de que alguien lo había envenenado. Si estaba enfermo de polio, eso cambiaba las condiciones de navegación.

Ana Teresa miró las páginas que Frisch sujetaba y se mostró insegura por primera vez, posiblemente en toda su vida.

—Las enfermedades se manifiestan de forma diferente en gravedad cero, así que podría equivocarme, pero… la cuestión más importante es que la vacuna de Sabin utiliza un virus vivo. En raras ocasiones, este permanece vivo en el intestino durante dos semanas. Si hubiéramos seguido el programa de lanzamiento original, todo eso habría ocurrido en la Tierra.

Deseé que apareciera otra silla en el despacho para desplomarme

en ella.

—Entonces, ¿alguien vacunado podría contagiar a la gente?

Ana Teresa levantó la mano.

—No. El vómito creó el vector potencial. Lo que me preocupan son los individuos sin vacunar que han tenido contacto directo con Eugene después de aterrizar, como el administrador.

Frisch echó la cabeza hacia atrás como una cigüeña que hubiera comido algo desagradable.

—¿Yo? Si no estoy enfermo.

—No hace falta estarlo para ser portador. —La médica extendió las manos—. De hecho, es más contagioso antes de que los síntomas se manifiesten.

Frisch se desplomó en la silla y la miró fijamente.

—*Mein Gott.* —Las páginas parecieron marchitarse en sus manos. Se lamió los labios y bajó la mirada al informe—. ¿No ha habido casos en los puestos de avanzada?

—Todavía no.

Asintió con la cabeza y supe lo que iba a pasar antes de que lo dijera. No podía rebatírselo.

—Entonces no puedo ir.

CAPÍTULO 21

EL CAPITOLIO SOPESA EL NUEVO ENFOQUE DE LA VIVIENDA

Se proponen subvenciones para la rehabilitación de edificios deteriorados y para el alquiler

Kansas City, 19 de abril de 1963 — Los asesores de vivienda del presidente Denley están estudiando dos variaciones significativas de la anterior política de reubicación tras el meteorito como parte del esfuerzo continuo por ayudar a las familias necesitadas a encontrar hogares dignos.

Las comunicaciones formaban parte del módulo de administración, situadas al final del pasillo del despacho de Frisch. Aunque era posible conectarse a ellas, no había manera de garantizar una línea segura en el despacho, lo que significaba que teníamos que ir hasta allí. En la sala de comunicaciones había unas cuantas personas esperando en las sillas para llamar a casa. La mayoría eran de los contingentes europeos, ya que los husos horarios de allí se adaptaban mejor a una llamada diurna según la hora de Kansas.

Frisch se dirigió al mostrador de la recepcionista y se abalanzó

sobre ella.

—Necesito la línea segura de la CAI de inmediato.

La mujer ni parpadeó.

—Sí, señor.

—Dos auriculares. —Ignoré la mirada fulminante de Frisch; no le iba a dejar que hiciera la llamada solo porque le restaría importancia a lo ocurrido.

—Sí. —Se cruzó los brazos sobre el pecho—. Dos auriculares, por favor.

—Por supuesto. Por cierto, señora Wargin, hay una carta para usted en su buzón. —Se volvió hacia la lista de turnos y la recorrió con el dedo—. La cabina está ocupada. Denme un segundo mientras la despejo.

Mientras se iba para echar a quien estuviera en la cabina asegurada, sentí cómo la atmósfera de la sala se transformaba a medida que la gente se percataba de que pasaba algo. No nos convenía que circularan por la colonia rumores sobre la polio antes de que se emitiese un comunicado. Cundiría el pánico. Mantuve un lenguaje corporal lo más relajado que pude, pero Frisch tenía los hombros encorvados y en tensión. Por mucho que quisiera recuperar la carta del buzón, no pensaba dejarlo desatendido.

Mientras esperábamos, murmuré:

—¿Y si Eugene va con Myrtle? Llevaría el traje en todo momento.

Frunció los labios y negó con la cabeza. Con la voz igual de baja que la mía, contestó:

—Quiero hablar con el director y conocer la urgencia del asunto.

Un grito de frustración tomó forma en el fondo de mi garganta, pero íbamos a hablar con Clemons en los próximos cinco minutos; podía esperar. Siempre que estuviera en el despacho. Esbocé una sonrisa plácida y alentadora.

—Es una medida prudente.

—¿Administrador Frisch? —La recepcionista reapareció con un grupo de ingenieros tras ella—. La cabina está lista.

Seguí a Frisch hasta allí. Mientras avanzábamos por el estrecho

pasillo, escuché algunos retazos de conversaciones en francés, alemán de Suiza y español. Independientemente del idioma, los patrones sonaban como cualquier llamada a casa. Recetas, cumpleaños y expresiones de añoranza. El administrador abrió la puerta y entró en la cabina segura. Era más grande que las demás, diseñada para que el personal clave pudiera realizar conferencias telefónicas con la CAI en la Tierra. Cerré la puerta, una de verdad, para dejar de escuchar el ruido de la colonia, salvo por el zumbido constante de los ventiladores.

Agarré el segundo receptor y esperé con Frisch a que nos conectaran a través de Lunetta con la Tierra, con la secretaria de Clemons y finalmente con él.

—Otto. El acento británico de Clemons redondeó las oes del nombre del administrador. —¿Me llama por el inventario que le pedí?

No hay que andarse con rodeos cuando se recibe una llamada no programada. Frisch agachó la barbilla contra el pecho.

—Me temo que aún no he tenido ocasión de hacerlo.

—Lástima.

Habría besado a Clemons, pero me contuve y tampoco le espeté a Frisch «te lo dije».

—Iba a ir esta mañana, pero tenemos un problema en ciernes. En resumen, resulta que… tenemos un posible brote de polio.

El silencio se extendió como los kilómetros entre la Tierra y la Luna. Enredé los dedos en el cordón de los auriculares y presioné el aparato contra la oreja en un intento de arrancarle algo más que silencio. Imaginé cómo las palabras llegaban al director y cómo los hilos de humo de los puros se enroscaban en signos de exclamación y sorpresa.

El grito ahogado de Clemons atravesó el espacio.

—¿Cuántos casos?

—Cinco en el hospital, más otras tres personas que han tenido fiebre. La doctora Brandáo nos ha pedido que aislemos el módulo científico y que pongamos en cuarentena los puestos de avanzada para contener la enfermedad.

—Pero ¿no está segura de que sea polio?

—Correcto. No ha habido casos de parálisis. De hecho, podría ser gripe. —Frisch consultó el informe de Ana Teresa—. El principal problema es que no tenemos instalaciones para atender a tantos enfermos. Me gustaría pedir que se eliminen los suministros de construcción del próximo lanzamiento para que nos envíen un paquete de ayuda en su lugar.

—Envíe la lista por teletipo y lo prepararé. Aun así, quedan al menos dos semanas.

—Soy consciente. Seguiremos lo mejor que podamos hasta entonces. —Frisch se frotó la frente—. ¿Qué opina de los protocolos de cuarentena? Se detendrá la expansión.

—Que Brandáo consulte con los médicos aeroespaciales de aquí y haremos lo que nos aconsejen.

Algo en el teléfono hizo un ruido parecido a un muelle. Frisch se lo apartó de la oreja un segundo.

—¿Qué ha sido eso?

Conecté dos pensamientos diferentes. Clemons había dicho que las comunicaciones estaban comprometidas y era el mismo ruido que había oído cuando Kenneth y yo hablamos con la periodista.

Garabateé en el bloc de notas: «Icaro».

Frisch levantó las cejas y articuló la palabra. Nunca debería jugar al póquer.

Sin embargo, estaba segura de que nos estaban grabando. Procuré que mi voz sonara ligera y despreocupada.

—Solo ha sido un traspaso de los satélites.

Un momento después, llegó la voz de Clemons.

—¡Por Dios! ¿Wargin está en la línea?

Frisch se aclaró la garganta.

—Sí, señor, he creído conveniente tenerla aquí para que tome notas por si usted tiene algo que añadir a la cuestión de la polio.

—Ah, bien. —Clemons era un hombre inteligente y sentí cómo encajaba las piezas al otro lado de la línea. Después, dijo—: Creo que tiene razón en lo del satélite, el calor del sol hace que esas cosas se expandan.

La mirada de Frisch se dirigió a la palabra «Icaro» garabateada en la libreta.

—Estoy de acuerdo. —El administrador enderezó las páginas—. Hablaré con Brandáo sobre la cuarentena y le enviaré la lista lo antes posible.

Frisch se disponía a colgar y ambos habían dejado de lado la cuestión del inventario. Era más difícil discutirlo con Icaro escuchando, pero no imposible. Intervine con toda la elegancia posible.

—Director Clemons, se me ocurre que todavía es posible terminar el inventario que solicitó si el equipo no se quita los trajes aislantes.

—Sí. Por favor, hagan eso. Sobre todo si vamos a cambiar el envío, sería aconsejable tener un inventario preciso. Y que lleven suministros a los puestos de avanzada. —Clemons suspiró y me imaginé la nube de humo del puro que lo envolvería—. Otto, estará muy ocupado con el brote, así que voy a delegar en Nicole todo lo relacionado con la gestión del inventario.

Las fosas nasales del administrador se hincharon. Se quedó mirando la pared de la cabina como si se encontrara con los ojos de Clemons.

—Confío en que es consciente de que tiene el brazo roto.

—Lo cual no afecta a mi capacidad de razonar y delegar. —Le sonreí mientras el triunfo se extendía bajo mi piel—. Me alegro de quitarle eso de encima. Director, he pensado en enviar a los Lindholm, ya que ambos están vacunados. ¿Tengo su permiso para informarles sobre los objetivos del inventario?

El silencio se extendió como nubes de humo subiendo hasta el techo.

—No les moleste con los detalles, infórmeles solo de lo necesario para que lleven a cabo la tarea.

—Por supuesto. —Así que podría hablarles a grandes rasgos de la presencia del saboteador, aunque no darles todos los detalles. Era mejor que nada—. Gracias, eso simplificará las cosas. Además, permítame señalar que una cuarentena detendría el movimiento

entre módulos. Podría considerarlo como una medida de seguridad preventiva.

Esperamos más de los *2,6* segundos que tardaban las voces en hacer el viaje de ida y vuelta a la Tierra. Crucé los dedos porque se debiera a que Clemons me había entendido y estaba considerando la sugerencia de proceder con la cuarentena para mantener a Icaro contenido.

—Sí, claro, es mejor estar seguros. Comiencen con los procedimientos de cuarentena mientras Brandáo habla con los médicos aeroespaciales.

—Entendido, señor. Lo haré en cuanto tengamos la oportunidad de prepararnos adecuadamente. Y le enviaré la lista de suministros. Buenos días. —Frisch terminó la llamada y se dirigió a mí—. No vuelva a desacreditarme de esa manera.

—Solo he hecho una pregunta.

—Por favor. —Se levantó y pasó, empujándome—. La conozco mejor que eso. Con usted una pregunta no es solo una pregunta.

La carta que había recogido en comunicaciones me quemaba en el bolsillo. Lo único que quería era leer las palabras de Kenneth, pero, en lugar de eso, estaba recorriendo el pasillo a toda prisa hacia el puerto con un Lindholm a cada lado.

Myrtle negaba con la cabeza mientras murmuraba.

—¿Y desde cuándo lo sabes? Te juro por Dios que tienes suerte de que no te dé unos azotes para devolverte el sentido común que tu madre te inculcó.

No la culpaba por sentirse traicionada. Había tenido cuidado de no decirles ni una palabra que fuera falsa, pero les había mentido por omisión.

—Myrtle. —Eugene le puso una mano en el brazo y redujo un poco la velocidad—. Sabes que durante la guerra tuve que esconderte muchos secretos. Lo que ha hecho Nicole no es distinto.

—Esos secretos no me ponían en peligro, estos sí.

Suspiré.

—Supongo que no te servirá de mucho saber que estoy de acuerdo contigo, pero lo estoy. —Doblamos la esquina hacia el

puerto—. Por el momento, ¿tenéis todo lo que…? ¿Curt?

Estaba medio arrodillado, con las piernas en un ángulo incómodo en el suelo. El sudor le empapaba la camisa. Se agarraba con las dos manos a los rieles guía que bordeaban el túnel y trataba de levantarse.

—Mierda. —Eugene dejó caer la bolsa y saltó hacia adelante.

—Ah. —Curt nos sonrió. Puñeteros pilotos—. Hola, chicos.

—Hola, colega. —Eugene se arrodilló junto a él—. ¿Qué te pasa?

—Son un nuevo tipo de sentadillas. —Levantó la parte superior de su cuerpo unos grados, y una de sus piernas casi se movió—. ¿Ves?

—Curt. —Le puse una mano en la frente. El calor irradiaba de su piel como si hubiera apoyado la cabeza en un motor—. ¿Puedes mover las piernas?

La sonrisa vaciló.

—Podía… Tuve unos calambres y decidí dar un paseo para calmarlos, pero… —Hizo una mueca y se miró las piernas—. Estoy en un apuro.

Intercambié una mirada con Eugene y Myrtle por encima de su cabeza. La polio atacaba rápido. Cuando era niña, una familia en mi pueblo estaba perfectamente una mañana y, por la tarde, a la hija mayor le subió la fiebre. Al anochecer, estaba muerta. Uno tras otro, los nueve hijos enfermaron. Solo tres sobrevivieron, dos de ellos quedaron paralizados por debajo de la cintura. Le puse la mano en el hombro a Curt y le pregunté:

—¿Desde cuándo estás así?

—No lo sé. —Negó con la cabeza y trató de sonreír de nuevo—. Esta mañana caminaba.

Myrtle tenía las manos entrelazadas y movía los labios en una oración silenciosa.

—Vamos a llevarte a la enfermería y Brandáo nos dirá qué te pasa. —Me humedecí los labios y miré a Eugene—. Myrtle y tú, id a la lanzadera. Llamad desde allí.

—No podemos dejarlo aquí —protestó Myrtle.

—¡Estoy bien! —Curt agitó la mano—. Solo son unos pinchazos.

—Claro. —Le apreté el hombro y me levanté; dejé que siguiera en negación un rato más. Me incliné hacia Myrtle y murmuré:

—Frisch cree que la cuarentena es solo una precaución. La estaba demorando, pero, en cuanto se entere de esto, no dejará que salgáis. Sabes que tengo razón.

—Y sabes que no podemos dejarlo así sin más. —Miró a Curt, que seguía intentando alcanzar las barandillas como si pudiera levantarse.

—Lo llevaré a la enfermería. Marchaos.

En el módulo médico, un miasma de enfermedad escapaba de los filtros. Las cinco camas estaban llenas. En todos los años que había pasado en la Luna, nunca había visto a nadie tan enfermo como para tener que ser hospitalizado. Esguinces, cortes, moretones, algún novato de vez en cuando con un caso grave de náuseas espaciales y a veces un resfriado. Hacíamos cuarentena antes de subir por una razón. La colonia lunar era el lugar más limpio y saludable que el dinero podía conseguir.

Aquel día, sin embargo… Imelda estaba doblada sobre sí misma y vomitaba. Kadyn tenía un paño húmedo encima de los ojos. Birgit, de comunicaciones. Hans, de la tripulación minera que nos había ayudado a salir de la nave. Curt. Todas las camas estaban llenas de gente que gemía o temblaba bajo las mantas.

Curt. Kadyn. Imelda. Tres de mis «sospechosos» abatidos por la polio. Detrás de mí, escuché el clic del botón del intercomunicador.

—¿Administrador Frisch? Soy Brandáo.

La voz de Frisch era metálica y zumbaba contra las paredes.

—Adelante.

—Tengo un paciente con parálisis en la pierna izquierda y debilidad severa en la derecha. —Ana Teresa inhaló y sentí el peso de lo que venía a continuación, aunque ya lo sabía—. Ya no tengo dudas, es poliomielitis paralítica.

—¿Quién? —Frisch podría haber pasado directamente a hablar del procedimiento a seguir, pero, a pesar de todos sus defectos, el hombre se preocupaba por las personas que estaban a su cargo.

—Curtis Frye, señor.

Desde la cama, Curt murmuró:

—Pregúntale si sigue sin dejarme pilotar.

Mordí con fuerza para reprimir un gemido. Hacía bromas en un momento en el que era probable que no volviera a volar.

La voz de Frisch tembló un poco, pero se estabilizó al hablar.

—Lo he oído, capitán. Vamos a curarlo primero, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

Sentí un escalofrío.

El cohete que explotó llevaba las vacunas para la colonia. ¿Era ese el plan? ¿Dejar a la mayoría de la colonia lunar sin protección e introducir deliberadamente la polio?

La cama de Kadyn estaba junto a la puerta y me acerqué a él; mantuve la voz baja y un tono tranquilizador.

—Hola, Kadyn, soy Nicole. Garnet estaba muy preocupada por ti en el club de ajedrez. —Estaba enfermo, también en la lista de personas que podrían ser Ícaro. Si Ícaro no actuaba solo en la Luna, entonces saber con quién había interactuado sería una información útil—. Creo que al personal médico le ayudaría tener una lista de todas las personas con las que has estado en contacto.

¿De verdad iba a interrogar a un chiquillo con polio? ¿Qué clase de monstruo era?

Levantó una mano y apartó el trapo para entrecerrar los ojos, con la piel morena convertida en ceniza.

—Garnet no está enferma, ¿verdad?

—No, no. —Aunque, si la hubiera contagiado, todavía no habría enfermado. Los primeros síntomas tardan en presentarse entre siete y catorce días después de la exposición. Parecía una gripe leve. Mejoraba y, tres días más tarde, aparecían los síntomas graves. Por lo que sabía, podría tener fiebre en ese mismo momento—. La vi anoche.

—Dile que estoy bien, que solo es un dolor de cabeza.

La voz de Ana Teresa llamó mi atención.

—Recomiendo el aislamiento inmediato: cerrar las esclusas. Informe a todos de que se refugien en donde estén hasta que tengamos un historial médico.

Si estaba allí cuando cerraran las esclusas, me tocaría hacer guardia en el hospital hasta que terminara el aislamiento, lo que también dejaría a Ícaro libre para operar sin supervisión. Frisch suspiró por el micrófono.

—Tiene razón. Haré un anuncio general.

—Kadyn, voy a decirle a Garnet que estás bien. —Caminé tranquilamente hacia la puerta, pero, en cuanto crucé el umbral, corrí en dirección a Midtown. Para ir de un módulo a otro, había que pasar por allí.

Sin embargo, si yo fuera Ícaro, me interesaría mucho más que el Control de Superficie Lunar estuviera alojado en Midtown. Desde allí, se controlaba todo.

Estaba más agotada de lo que me había sentido desde los primeros días de formación, una parte de mí esperaba que la esclusa de Midtown se cerrara de golpe nada más atravesarla. No fue así. El administrador y Ana Teresa debían de seguir hablando. ¿Cuánto tiempo tenía antes de que Frisch cerrara las puertas?

Al tamborilear con los dedos de la mano buena en el muslo, el papel crujió.

La carta de Kenneth. Con todo lo que había pasado esa mañana, solo había tenido tiempo de echarle un vistazo, pero había sido suficiente para saber que me había enviado un mensaje codificado, tal como había prometido en nuestra llamada telefónica. Necesitaba el libro que me había mencionado, así que establecí un orden de actuación. Iría a la biblioteca, conseguiría *The Long Tomorrow* y luego avisaría a Frisch sobre mi ubicación.

La biblioteca estaba en la curva exterior de Midtown. Al igual que *Le Restaurant* y mi pequeña galería, la CAI la había construido para levantar la moral. Cada mes, recibíamos un pequeño

cargamento de libros para añadir a la biblioteca.

Atravesé la puerta de plástico y el olor a papel, tinta y pegamento me hizo relajar los hombros. Las paredes estaban repletas de estanterías con finos libros de bolsillo impresos en un endeble papel cebolla. Desde mi última rotación, alguien había añadido una nueva estantería en el centro de la habitación, construida con paneles de plástico y restos de puntales de apoyo desechados tras la expansión del hábitat.

Catalina Suarez Gallego estaba sentada en una mesa plegable haciendo un crucigrama. Era parte de mi lista de posibles sospechosos, pero todavía no había tenido la oportunidad de hablar con ella. Al otro lado de la sala, Danika hojeaba el catálogo de tarjetas con el labio entre los dientes.

Su imperturbable calma se desvanecería en el momento en que Frisch hiciera el anuncio.

Me dirigí a las estanterías de ficción y saludé a las otras mujeres. Los estantes estaban hechos con una malla de aluminio y fijados a la larga curva de la pared exterior. Pasé el dedo por el estante debajo de los libros. Bates, Bouzerous, Bracket… Incliné la cabeza hacia un lado para leer los títulos, pero *The Long Tomorrow* no estaba. Di un paso atrás y me quedé mirando la estantería, como si así el libro fuera a aparecer. Para ser justa, a veces la distancia ayudaba; mis ojos se estaban haciendo viejos.

Comprobé las estanterías de arriba y de abajo. Miré las que estaban a ambos lados.

El libro no aparecía.

No había ningún bibliotecario de guardia. Se confiaba en la buena fe a la hora de sacar los libros y devolverlos, aunque no a su sitio en las estanterías. Al principio, cada uno colocaba los libros, pero, hacía un par de años, la CAI contrató a una operadora de comunicaciones que también era licenciada en biblioteconomía. Se podrían haber propulsado cohetes con la rabia que le entró al ver cómo se hacía la catalogación. Desde entonces, había un pequeño carrito de devoluciones.

Me acerqué al carro y hojeé todos los libros que había. Nada.

Me dije que *The Long Tomorrow* era un libro popular, que otra persona lo habría sacado y que el ruido de muelle del teléfono había sido una coincidencia.

Seguí con esa letanía interior mientras se me tensaba el estómago. Las otras mujeres me miraron mientras buscaba, pero, incluso en la Luna y sin la presencia de un bibliotecario, ninguna pensaba hablar en la biblioteca. Intenté disimular la angustia mientras me dirigía al catálogo para hojear las fichas de los libros que se habían sacado y buscar *The Long Tomorrow*.

Lo encontré. Me dolían los ojos de intentar enfocar las letras diminutas, pero no había ningún error. Lo habían sacado hacía dos días. El día que había hablado con Kenneth.

Vicky Hsu.

Las coincidencias ocurrían a veces, pero en este caso me parecía poco probable. Sin embargo, ¿por qué iba a anunciar que lo tenía escribiendo su propio nombre? Me miré la escayola y busqué la firma de Vicky.

Había firmado cerca del codo, puse la tarjeta al lado. Incluso teniendo en cuenta las diferencias de superficie y de utensilio de escritura, la firma de la tarjeta no coincidía con la letra de Vicky.

Entonces, ¿de quién era? Deslicé la tarjeta por encima de la escayola en busca de una coincidencia. No las veía todas bien y algunas estaban escritas de forma transversal. Catalina y Danika me miraban. No era necesariamente sospechoso, porque era yo quien actuaba de forma extraña. No me costó fingir vergüenza mientras les enseñaba la escayola y susurré:

—Me pica.

Danika cerró el cajón del catálogo de tarjetas y se acercó a mí. A lo lejos, sonó un golpe metálico, seguido de otros tres, uno detrás de otro. Las esclusas se cerraron. Danika y Catalina se volvieron para mirar hacia la puerta de la biblioteca. Joder, hasta yo lo hice. Aunque supiera que iba a pasar, el sonido me dio escalofríos.

Hubo tres campanadas cuando se activó el sistema de megafonía.

—Atención a toda la estación. —La voz de Frisch era clara y

pausada—. Esto no es un simulacro. Repito, no es un simulacro. Hemos comenzado los procedimientos de aislamiento inmediato y pasado al modo de cierre temporal. Por favor, consulten la sección 141.a de los manuales de emergencia para conocer el protocolo completo.

Danika se tapó la boca con la mano y abrió los ojos. La expresión de Catalina no cambió.

—Hay un brote de polio en la colonia y, como precaución, se limitarán los movimientos entre módulos hasta que se evalúe el alcance total. Si algún miembro de la colonia experimenta fiebre, dolores, vómitos o rigidez en el cuello, debe informar de inmediato al módulo médico por el intercomunicador para recibir instrucciones.

—Ruben está enfermo. —Danika corrió hacia mí—. Se pasó la noche vomitando, ¿tiene la polio?

Catalina se apartó un paso de Danika, no la culpaba. Si había estado con su marido, era muy probable que fuera portadora. La agarré por los hombros.

—¿Dónde está Ruben?

—En nuestra habitación. —Le fallaron las rodillas y creí que se iba a desmayar—. Las esclusas están cerradas.

—Tranquila, no pasa nada. —Sí que pasaba, pero la guie a una silla—. Danika, mírame. Oye, mírame. Respira.

—No le gusta que lo traten como a un bebé… Me dijo que me fuera.

Me arrodillé frente a ella.

—¿Eres experta en la polio?

Negó con la cabeza.

—Apenas hay casos en Sudáfrica.

—Exacto. Informaremos al módulo médico de que necesita atención, pero no podrías hacer nada por él aunque estuvieras allí. —Se me rompió el corazón en pedazos mientras hablaba, porque eran los mismos argumentos que Kenneth había utilizado conmigo con lo del infarto—. Lo mejor es que te quedes aquí y hagas tu trabajo.

CAPÍTULO 22

LA HAMBRUNA PONE EN PELIGRO LA VIDA DE MILES DE PERSONAS EN LA ZONA DE JAVA

> Semarang, Indonesia, 19 de abril de 1963 — UPI — Según los informes recibidos, la hambruna amenaza las vidas de los habitantes de las regiones superpobladas del centro de Java. Cerca de 12000 personas están siendo tratadas por inanición en hospitales desbordados de pacientes o en campamentos de emergencia instalados por el gobierno indonesio. Miles de refugiados se han visto desplazados por la subida del nivel del mar y han llegado al centro de Java, tras haber cambiado sus escasas posesiones por comida. Las ciudades y los pueblos ya estaban superpoblados tras absorber una oleada anterior de refugiados durante el invierno del meteorito, y la nueva afluencia los ha llevado al límite. Las autoridades han confirmado cincuenta víctimas mortales que estaban recibiendo tratamiento médico. Las estimaciones oficiales de muertes causadas por la escasez de alimentos ascienden a quinientas al mes.

La gente se amontonaba alrededor del intercomunicador junto a la esclusa de Baker Street, según el punto 47 del procedimiento de cierre 12, subsección 3.a: Aislamiento. Como astronauta de mayor antigüedad en Midtown, cuando se cerraron las esclusas, asumí el

mando y la responsabilidad de las personas encerradas conmigo.

Joder, era la astronauta más veterana en la Luna. Solo había seis personas que llevaban en el cuerpo más tiempo que yo, y ninguna estaba allí arriba.

Los astronautas y los colonos esperaban en un tenso silencio. Bertuska y Abdullah estaban sentadas en la pista de atletismo y se agarraban las manos con tanta fuerza que les tenían que doler. Chaffee se retorcía los pulgares, apoyado en la pared de la esclusa. Había un grupo de personas con las que había volado, de pie en la parte superior de las escaleras que conducían al Control de Superficie Lunar.

Mantuve una postura relajada, y la expresión alerta y tranquila que había perfeccionado como esposa de un político. Sabía cómo plantarme en un escenario y dar la impresión de que era útil sin hacer absolutamente nada. Sería de ayuda, incluso en aquellas circunstancias.

Hubiera preferido hablar con Frisch desde uno de los cubículos erigidos para servir de oficinas o desde mi galería, pero, según el protocolo, el CSL usaría ese intercomunicador porque estaba situado en el centro de la zona.

Se me tensó todo el cuerpo cuando llegó el zumbido del intercomunicador.

—Estación de Midtown, aquí Frisch. Informe.

—Al habla Nicole Wargin desde la estación de Midtown. —La rejilla del intercomunicador era de latón brillante y tenía motas de polvo atrapados en los bordes—. He pasado lista, siguiendo el protocolo: treinta y siete personas aquí. Avíseme cuando esté listo para recibir la lista de personal.

El CSL habría hecho su propia lista del piso inferior. Debajo de ellos, el departamento de informática habría hecho lo mismo. Seríamos unas sesenta personas en la cúpula de Midtown en ese momento, aisladas unas de otras como si estuviéramos en naves diferentes.

—¿Alguien con fiebre?

Detrás de mí, la multitud se movía inquieta y algunas personas

se cruzaron de brazos, como si así fueran a evitar tocar a alguien con la enfermedad.

—Nadie de momento, pero Garnet Cunningham y Vihaan Bhatrami dicen haber tenido fiebre en la última semana. También tenemos catorce personas que han estado en contacto con pacientes reconocidos en los últimos siete días.

—Entendido. Cuando prepare los espacios para dormir, separe a los individuos que han estado en contacto con los pacientes del resto del grupo. —Continuó, ajeno a cómo las personas se apartaban unas de otras con una tensión inconsciente.

No, me equivocaba. Las catorce personas que habían mantenido contacto estrecho se juntaban y se apartaban del resto.

—Aísle a Cunningham y a Bhatrami por el momento y vigílelos.

Otros colonos se agruparon y empezaron a gesticular, como si empezaran a organizar cómo íbamos a dormir. Me sentía muy orgullosa de esa gente. Estaban aterrorizados y, aun así, se habían puesto a trabajar en el problema. Con el dedo de nuevo en el timbre, dije:

—Estamos haciendo los arreglos ahora mismo.

—¿Tienen espacio para cinco personas más?

Recorrí el espacio disponible, pensando en cómo aislar a los grupos. Podía montar hamacas de la vieja escuela, como las que se utilizaban en el centro de la ciudad.

—No debería ser un problema.

Todavía tenía el dedo en el botón del micrófono cuando un hombre murmuró:

—Entonces, ¿para qué rayos sirve la cuarentena?

Me volví para buscarlo. Acento de Brooklyn, tenor, un ligero zumbido nasal.

—El objetivo es minimizar el riesgo. —La voz de Frisch era fría como la sombra de la Luna—. Las personas que estaban entrenando con el *rover* lunar estarán más seguras si no les pedimos que se refugien en una esclusa o en un vehículo aparcado en la superficie. Confío en que nadie se oponga.

Nadie dijo nada.

—Acogeremos al grupo del *rover* encantados. Como ha escuchado, tengo público y algunos están preocupados por sus colegas. ¿Alguna noticia de los puestos de avanzada?

No era algo que hubiera entrado en mi lista habitual de preguntas en este escenario, pero quería saber si Eugene y Myrtle habían informado.

—Sí, he hablado con ellos y con los pilotos que estaban en ruta. Informan que todo está correcto.

Correcto, en ese contexto, significaría que los Lindholm habían terminado el inventario del primer puesto y que no faltaba nada. Me sentí aliviada, aunque también me cuestioné si habría estado cazando fantasmas.

Aunque todavía quedaban otros dos puestos por comprobar.

Querida Nicole:

He tenido el privilegio de asistir a la celebración del cumpleaños de la señora Denley en la Sala del Mayflower de Kansas City, aunque creo que me invitaron en tu honor, ya que fui uno de los pocos caballeros que asistieron sin acompañante. El presidente Denley fue cortés, aunque se burló de mí por haber entrado en la carrera tan pronto, y dijo que intentaría no tomárselo como una afrenta personal. Después me preguntó dónde estabas, como si el hecho de que te encuentras en la Luna no fuera de dominio público.

Red Skelton actuó. Salió de una enorme caja de regalo, hizo su espectáculo y nos divirtió a todos con unas ciento dos ocurrencias muy buenas. Invitó a la señora Denley a acompañarlo en el escenario, lo que creo que la asustó, así que se llevó a otras tres mujeres con ella. Me costó no imaginarte en su lugar allí arriba. Todo fue muy grandilocuente y la banda tenía al menos nueve trompetas. Creo que te habría gustado su vestido, que carecía del motivo floral tan común en estos días. Le pregunté por ti y me informó de que era un brocado francés.

Lo que me recuerda… Estaba revisando las cuentas con Chu y he visto algunos cargos que no tengo claro qué son. Odio pedirte algo tan tedioso, pero ¿podrías revisar los números y decirme a qué corresponden? ¿Batas? ¿Sombreros? ¿Guantes? Se me siguen escapando los pormenores de tu vestuario en la Tierra. Por favor, dime que al menos entiendes mi confusión.

191,14 dólares el día 6
47,19 dólares el día 1
10,01 dólares el día 3
215,20 dólares el día 12
73,09 dólares el día 10

En otro orden de cosas, he sucumbido a la tentación de los gatitos. Uno de mis empleados ha traído a la oficina una caja de esas pelusas en una estrategia despiadada. Me he traído a casa una bolita de pelo gris con ojos iridiscentes como uno de tus broches. Ahora mismo, la llamo Monstruito, aunque intentaré pensar en algo más elegante. Las sugerencias son bienvenidas. Marlowe está desconcertado con ella y tolera sus torpes abalanzamientos.

Me muero por presentársela.

Con todo mi amor,
Kenneth

Me había pasado el día organizando las disposiciones para dormir, coordinando la distribución de paquetes de comida y recibiendo instrucciones de los médicos sobre los primeros síntomas a los que había que prestar atención. Sin embargo, la gente en la zona de cuarentena de Midtown era tan profesional y estaba tan concentrada que, en cuanto delegué las tareas, me quedé sin nada que hacer, salvo rumiar. Necesitaba una tarea concreta.

Colgar un cuadro en la galería era un acto intrascendente, pero necesitaba hacer al menos algo bien, ya que todo lo demás escapaba de mi control. Sujetar la herramienta con empuñadura de pistola, o HEP, con la mano derecha era molesto, pero factible.

La puerta de la galería se abrió y una figura entró. Se detuvo para que sus ojos se adaptasen a la tenue habitación. Aparte de la claraboya y de las cinco luces de la galería, que había subido de una en una en mi asignación personal de peso, la estancia se mantenía a oscuras.

—Pensé que te encontraría aquí.

—¿Helen? —El alivio me inundó al oír su voz, me bajé del banco en el que estaba subida y solté la HEP—. ¿Estabas en el

grupo del *rover*?

—Así es. ¿Por qué no estás en el módulo de administración?

—Uy. —Esbocé una media sonrisa y me encogí de hombros—. Resulta que tenía que hacer un recado, fue un total y completo accidente que no llegara al módulo de administración antes de que se cerraran las esclusas.

—Ajá. —Se dejó caer en el banco—. ¿Nueva exposición?

—Lleva mucho retraso. El trabajo se ha acumulado mientras estaba fuera. —Además, mi marchante en la Tierra me había conseguido unos precios muy buenos para la serie caligráfica de retratos de astronautas de Ariela Housman. Me pasé la mano por la cara y me senté, con el mundo sumido en la oscuridad—. ¿Qué narices vamos a hacer?

—¿Contratar a un curador de arte?

Bajé la mano.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. Por eso, se le llama hacer una broma. —Suspiró y apoyó la cabeza en la pared—. No creo que sea un problema que podamos resolver.

Nos quedamos sentadas en el banco de la galería mientras mirábamos la escultura situada en el centro de la diminuta sala. Fernando Botero había cincelado una figura suave e inquietante hecha con basalto lunar. Tenía las curvas redondeadas de una estatuilla de fertilidad, pero representaba a un caminante espacial sentado. Vino desde París con una beca de residencia, porque Francia todavía era civilizada y había invertido recursos en enviar un artista a la Luna.

El resto de sus esculturas habían sido enviadas a la Tierra donde alcanzaron precios literalmente astronómicos. Yo había comprado esa. Había otras piezas en la galería que me encantaban, pero ninguna me hacía sentir en paz de la misma manera.

Necesitaba desesperadamente un momento de paz.

Pero no tenía tiempo. Saqué la carta de Kenneth del bolsillo y se la pasé a Helen. Un código de mi marido no estaba restringido por el proyecto Icaro.

—¿Qué ves?

Inclinó el fino papel hacia el haz de luz más cercano y frunció el ceño.

—¿Es un código de libro?

—Sí.

¿Sabes lo que se siente al sostener una carta de tu marido con la seguridad que hay un mensaje oculto en ella que no puedes leer? La cadena de gastos que me había pedido me indicaba la posición de página, línea y palabra del texto. Había enviado un mensaje de seis palabras.

—¿Cuál es el libro?

—*The Long Tomorrow.* —No era tan simple como el código de los York, que habían usado un libro para elegir una clave para un cifrado César. No se podía descifrar a lo bruto un código de libro auténtico. Sin el texto, solo eran números aleatorios—. Parece que Vicky lo ha sacado de la biblioteca.

—Ay, no.

—Parece, no es su letra.

Algo iba mal en la Tierra, algo iba muy mal en la vida de mi marido y no sabía qué era. Estaba dispuesta a apostar que no estaba directamente relacionado con Icaro porque, cuando hablamos por teléfono, había dejado claro que era un tema exclusivamente nuestro. En la propia carta, Kenneth se había asegurado de que supiera que no había tenido otro infarto al mencionar la ausencia de un estampado floral, aunque eso seguía dejando cabida para otro montón de posibles problemas de salud.

Saqué la tarjeta que me había llevado de la biblioteca y se la entregué a Helen.

—¿Puedes comprobar si la legra de alguien coincide? No tengo buen ángulo.

—¿La letra de…? —Se interrumpió cuando le acerqué la escayola. Asintió con la cabeza, agarró la tarjeta y se puso a trabajar.

Me concentré en mirar la escultura y tracé las líneas del brazo, donde el suave rayo de la claraboya parecía dibujar estrellas en el oscuro basalto. Oigo «claraboya» y en realidad me refería al panel

translúcido que había hecho colocar en la parte superior del cubículo de almacenamiento. En esa época del mes lunar, era una luz artificial, pero en su contexto daba la sensación de que el mundo exterior bañaba la habitación de plata.

¿Qué pasaba en la Tierra? Me quedé mirando la carta y daté de encontrar algún significarlo adicional. Lo único que me quedaba eran las ausencias. Cuanto más pensaba en ello, sentía una ausencia con mayor intensidad.

No había mencionado a Nathaniel.

Helen suspiró.

—Quizás sea Curtis Frye o Imelda Corona. Pero ninguno incluye letras en común, salvo la «c» y la «i».

—Y los dos están enfermos de polio. —¿Era posible fingir una enfermedad? ¿Cómo se fingía la fiebre, el sudor y los vómitos?

Para lo último, conocía la respuesta.

Helen negó con la cabeza y miró la escayola.

—La otra posibilidad es que sea una de las personas que han firmado en árabe o en chino.

—O alguien con quien aún no he hablado. —Hice una mueca y reposé de nuevo el brazo en mi regazo—. Así que tengo que entrevistar a más gente y necesitamos muestras más amplias de escritura en alfabeto latino. —Irónicamente, si estuviera en el módulo de administración, tendría acceso a los archivos y habría tenido muestras de sobra en varios informes y documentación. Tendría que encontrar otra razón para hacer a la gente escribir—. ¿Qué tal si hacemos un inventario de…?

Las luces se apagaron y los ventiladores se detuvieron.

—Mierda. Otra vez no.

CAPÍTULO 23

SE INAUGURA EN FRANCIA UNA NAVE TRANSLUNAR ISRAELÍ

Tel Aviv, 19 de abril de 1963 — La nave translunar de pasajeros *Shalom*, que se está construyendo en un astillero francés, se ha diseñado para ofrecer a los pasajeros la posibilidad de elegir una dieta kosher y formará parte de la flota que transportará a los colonos a la Luna cuando finalice la construcción del asentamiento Marius Hills el próximo año. La nave se pondrá en órbita a bordo de cohetes Sirius IV y será ensamblada en el espacio. El rabinato israelí ha participado en el diseño y la construcción, con la esperanza de establecer unas directrices para la aprobación y el mantenimiento de una sección kosher en las naves espaciales en un futuro viaje a Marte, además de acomodar a los pasajeros no judíos en los viajes interplanetarios.

En el exterior de la galería, todas las conversaciones cesaron. Las luces de emergencia se encendieron, pero la galería seguía casi a oscuras. Agarré la herramienta con empuñadura de pistola y la encendí. La luz de guía bajo el cañón se encendió y nos proporcionó una linterna.

Helen ya estaba de pie, con el ceño fruncido por la concentración.

—¿Crees que es en toda la estación otra vez?

—Asumo que sí. —Me dirigí a la puerta y me detuve con la mano en el pomo. Helen no había sido informada sobre Ícaro, pero necesitaba ayuda. Le di instrucciones sin contexto y confié en su habilidad para unir los puntos—. Dirígete a la esclusa de Baker Street, avísame si pasa alguien.

Me miró un momento y luego asintió.

—Quisieres saber si sale alguien del módulo de operaciones.

—Sí. —Abrí la puerta y la luz de la HEP dibujó un círculo brillante en el suelo—. Voy a comprobar el Control de Superficie Lunar.

Antes, cuando todo estaba en Midtown, la zona albergaba todos los controles. El CSL era el único que seguía alojado allí, mientras que sus «salas privadas» estaban en el módulo de operaciones. Desde ambos extremos se podía controlar la colonia.

—Wargin, ¿qué pasa? —Faustino me cortó el paso.

—Es lo que voy a averiguar. —Me aparté y pivotó conmigo—. Ya conoces el protocolo para un corte de luz.

Me agarró del brazo y bajó la voz.

—Ayudaría saber si ocurre algo más.

—Luego. —Me solté el brazo y lo aparté. Detrás de mí, Faustino suspiró y luego gritó:

—Está bien, gente. No es vuestro primer apagón, así que dejad de lloriquear. Quedaos donde estáis y dejad que el equipo de energía haga su trabajo.

Me incliné hacia delante y me impulsé con las piernas, con la cabeza y los hombros para controlar la dirección. Al correr, entraba y salía de los charcos de luz de la red de emergencia. Con la luz de la HEP balanceándose delante de mí, la gente se paraba en los cruces y retrocedía cuando yo pasaba.

Hasta que una puerta se abrió delante de mí. Intenté desviarme, pero el pie se me agarrotó como si hubiera pisado un clavo. En la Luna, era fácil olvidar que tengo artritis en los pies porque solo peso una sexta parte de lo que lo hago en la Tierra, pero mi masa es la misma.

Me arrastré hacia adelante y me estrellé contra la puerta.

Caí de culo. El poco aire que me quedaba tras el impacto inicial se desvaneció al golpearme contra el suelo.

—¡Santa Madre de Dios! —Luther se arrodilló a mi lado—. ¿Estás bien?

Asentí y traté de arrastrar un poco de aire a mis pulmones vacíos.

Me puso una mano en la espalda.

—Lo siento mucho. Venía a ver si… ¿Seguro que estás bien?

El silbido de los pulmones al reinflarse me quemó la garganta y sentí como si me hubieran llenado el pecho con miles de pequeños cuchillos.

—Estoy bien —grazné.

—No lo pareces.

Luther estaba en mi lista. Estaba en mi lista y había salido justo mientras yo corría. Era sospechoso, pero ¿cómo iba a saber que tenía que esperarme?

Fácil, si Icaro era más de una persona. Solo les haría falta una radio inalámbrica.

—Solo me he quedado sin aliento. —Se me había caído la HEP y estaba inclinada, mientras la luz se extendía por el suelo. Apoyé la mano buena en la suya y dejé que me ayudara a levantarme. Mostrarme desconfiada sería una de las peores decisiones posibles. Sonreí y recuperé la herramienta.

—Gracias. De verdad que estoy bien.

No se lo veía convencido o tal vez deseara haberme golpeado más fuerte. No lo sabía. Bajé las escaleras hacia el Control de Superficie Lunar, un poco más despacio. El mantra de «lo lento es rápido» existía por una razón que había ignorado por completo al ponerme a correr.

La puerta del CSL estaba cerrada como debía, lo cual era un alivio. Las posibilidades de que alguien que trabajara allí fuera capaz de cortar la corriente sin que nadie se diera cuenta eran escasas. Si conseguía una lista de todos los que estaban de servicio, podríamos repasar los registros en una sesión informativa.

Volví a subir las escaleras y me dirigí al módulo situado justo encima del CSL. Más pequeño que mi litera, el módulo de control de energía remoto era un sistema heredado que solía albergar los fusibles y los interruptores de la colonia. Seguía allí porque a la CAI le encantaba la redundancia.

Abrí la puerta, que cedió con facilidad. Hasta ese momento, nunca había querido candados en la Luna. Dentro, la HEP era la única fuente de luz. Los estantes llenaban la pequeña cámara con gruesas marañas de cables. Se había diseñado para permitirla expansión de la colonia mediante el enrutamiento a un nuevo tablero de interruptores en el módulo de operaciones.

Sin embargo, cortar algo aquí tendría el mismo efecto que fundir un fusible o apagar uno de los nuevos fusibles.

Me mordí el interior del labio y pasé la luz de la HEP por los estantes, con los ojos entrecerrados para leer las diminutas etiquetas. En el tenue resplandor, me costaba enfocar la vista y echar la cabeza hacia atrás no me ayudaba porque la letra era muy pequeña. Repasé recuerdos antiguos mientras buscaba la fuente de energía principal.

Mando y control, comunicaciones, iluminación, soporte vital…

Desde la vía exterior, me cegó una linterna al iluminar el interior con un resplandor blanco.

—¿Nicole? —Una voz de mujer joven, culta, con un acento británico, pero no muy marcado.

—¿Aahana? —Levanté la mano para bloquear la luz.

—¿Qué haces? —Bajó la linterna para que no me apuntara a los ojos.

Muy buena pregunta. Si le decía algo parecido a la verdad, era probable que colase.

—Sistemas heredados. Formé parte del equipo de instalación cuando la colonia era nueva. —Salí para unirme a ella e hice un gesto hacia el interior porque cerrar la puerta haría que pareciera que ocultaba algo—. Pensé en venir a mirar si detectaba algún problema.

—El protocolo no…

—¡Eh! Veo que recuerdas la formación al dedillo. Haces que me sienta orgullosa. La verdad es que, como el protocolo no detectó el

problema la primera vez que nos quedamos sin electricidad, pasé a la resolución de problemas de segundo nivel. —Señalé la linterna—. ¿Y tú?

—Faustino me pidió que comprobara el módulo antiguo. —Se quedó mirando la habitación, luego a mí y después a la herramienta que llevaba—. ¿Qué hacías con un taladro ahí dentro?

—Usarlo de linterna. —Lo levanté y señalé la luz de la HEP. Sin embargo, entendía lo que parecía desde su punto de vista. Tenía que impedir que sospechara de mí y una de las mejores maneras de lograrlo era convertirla en aliada—. Estaba en la galería y era la única opción disponible, pero no la mejor. ¿Me echas una mano?

Dudó y miró hacia la entrada de la pequeña habitación.

—¿Qué buscamos?

—Empezamos por lo obvio y lo vamos descartando. —Volví a entrar, con la esperanza de que solo fuera un peón de Faustino y que él no fuera más que un entrometido—. ¿Qué tal si traes la linterna y me ayudas a leer las etiquetas?

Aahana se apretujó en un espacio que habría sido justo para dos personas en la Tierra, pero en la Luna el concepto de espacio personal cambiaba de forma drástica. Iluminó los estantes y mejoró un poco la visibilidad, pero todavía tenía que entrecerrar los ojos.

Pasé el dedo por la balda, la miré de reojo e intenté desviar aún más la conversación de mis actividades.

—Por cierto, si no quieres sonar como una novata, llámala HEP.

Suspiró y se ablandó.

—Lo sé, lo sé. Herramienta con empuñadura de pistola. Sigue siendo un taladro.

—Querida, ¿te atreves a cuestionar la sabiduría de la CAI y su pasión por los acrónimos? Da gracias por no haber tenido que memorizar las cincuenta páginas de siglas que había cuando yo empecé. —Solté una risa chispeante cortesía de la escuela de señoritas—. Elma lo pasaba fatal. No recuerdo si tuviste la oportunidad de conocer a la doctora York antes de que se fuera.

—En la recepción cuando aceptaron a nuestra clase. —Le

brillaron los ojos con el fervor habitual de cuando alguien hablaba de la famosa mujer astronauta—. Fue muy amable.

—Sin duda lo es. Una vez… —Las luces volvieron. Parpadeé y levanté el brazo para comprobar el reloj—. ¿Dieciséis minutos?

Igual que la última vez. ¿Qué hacía Icaro en esos intervalos de dieciséis minutos? ¿Cuándo sería el siguiente?

Segundo día de cuarentena. Todo el mundo estaba nervioso y tenso, y eso sin saber lo del saboteador, así que decidí matar dos pájaros de un tiro: mostrar la partida de *bridge* de la que tanto había hablado. Me senté delante de Danika en *Le Restaurant*. No dejaba de frotarse la nuca y no sabía si era un tic nervioso o si le dolía el cuello.

—Declaro —dijo Danika— todo triunfos. —Los demás pasamos y anotó la baza en la hoja de puntuaciones. Así me dio un breve ejemplo de su letra, que no coincidía con la de «Vicky».

A mi derecha, Luther miraba sus cartas mientras esperaba su turno.

—La cuestión, en mi opinión, es si las cuevas lunares son un modelo mejor para la Tierra después de haber sido abrasada por el Sol.

—Este es un entorno más duro. —Catalina miró sus cartas—. La Tierra tiene microorganismos y una atmósfera respirable. Si aceptamos que se va a calentar hasta el punto de que los océanos hiervan, entonces también hay que aceptar la pérdida de ambos.

—¿Si lo aceptamos? —Levanté las cejas. Las mentes más brillantes se habían pasado la década posterior a que se estrellara el meteorito en la bahía de Chesapeake tratando de encontrar una salida al efecto invernadero desbocado al que nos enfrentábamos. ¿Era una terraprimerista o solo era una forma de hablar?—. ¿Tienes una nueva interpretación de los datos?

Catalina se encogió de hombros, sin levantar la vista de las cartas.

—Quiero decir que los océanos van a hervir, a menos que ocurra un milagro, por eso considero que la falta de microbios aquí es

beneficiosa. Nos da una idea de lo que será necesario en las profundidades de la Tierra.

Danika frunció el ceño.

—Espera, creo que se me escapa algo. ¿Por qué hacen falta cuevas en la Tierra?

Catalina levantó la cabeza y la miró como si le hubiera crecido un tercer brazo.

—Para la gente que se queda. Por mucho que consigamos aquí o en la primera expedición a Marte, hay personas que nunca sobrevivirán al lanzamiento.

Como Kenneth.

—Cierto, lo siento. —Danika se frotó la nuca—. Perdón, hoy estoy un poco espesa.

A nuestro alrededor, los murmullos de las conversaciones hacían que pareciera que todo el mundo lo estaba pasando bien. A todos se nos daba de maravilla fingir que no pasaba nada. Sin embargo… Solté las cartas.

—Cariño, ¿tienes el cuello rígido?

Hundió los hombros y miró la mesa. Luther echó la cabeza hacia atrás e infló las fosas nasales al comprender. La rigidez del cuello era uno de los primeros síntomas de la polio.

Catalina miró las cartas como si fueran a contagiarla y las dejó sobre la mesa.

—¿Para qué hacemos cuarentena en la Tierra si venimos aquí a enfermar?

—Pensaba que era una artimaña. —Luther miró a Danika como si fuera una bomba sin explotar durante la guerra—. La cuarentena no estaba en el programa original. Tampoco despegar desde Brasil.

Eché la silla hacia atrás.

—El programa original se esfumó con el cohete que explotó.

—¿Desde Brasil? Me alegré de estar en casa, pero… —Catalina frunció el ceño—. Levanta sospechas sobre la CAI, como si intentara encubrir algo.

—¿Cómo qué? —Quería seguir con la conversación, pero también tenía la responsabilidad de aislar a Danika.

—Ha habido muchos fallos últimamente. —Se limpió las manos en los pantalones—. ¿Y si saben que hay un error y lo ignoran por conveniencia?

Luther tiró las cartas sobre la mesa y negó con la cabeza.

—Si vas a creer en conspiraciones, ve de lleno, empezando por que la Luna está hecha de queso.

—No he dicho que lo crea, solo que entiendo por qué la gente se lo pregunta. —Se encogió de hombros—. O tal vez haya de verdad gérmenes espaciales.

Solté una risotada.

—Por favor, se lo inventó la prensa, y no tiene nada de verídico.

Luther se inclinó hacia atrás en la silla y se dio toques en la barbilla con el dedo.

—En realidad, el aumento de la radiación podría explicarlo. —Agitó una mano como para abarcar toda la situación de la cuarentena—. Podría ser la razón por la que la vacuna revirtió de la versión atenuada.

—También ocurre en la Tierra. —Dos días antes, no sabía que el virus podía revertirse, pero después de leer el informe de Ana Teresa, sí—. Es poco frecuente, pero puede ocurrir.

—Claro, pero es posible que la probabilidad aumente aquí. Merece la pena investigarlo para crear un protocolo al respecto, si resulta ser el caso.

Le puse la mano en el hombro a Danika y me agaché.

—Vamos a buscarte un sitio para descansar.

Se encorvó sobre sí misma y se levantó. Le puse una mano en la espalda para guiarla y se estremeció. ¿Piel sensible o solo estaba nerviosa? Cuando salimos de *Le Restaurant*, la gente nos miraba como si Danika fuera a matarlos solo por acercarse. Irónicamente, existía la posibilidad de que todos los presentes estuvieran infectados de polio.

Al parecer, el 95 % de las personas no desarrollaban ningún síntoma. ¿A que tiene gracia? Un montón de vectores de la enfermedad andantes y solo el cuatro o el cinco por ciento enfermaría de forma visible. En la Luna, eso suponía unas dieciséis

personas. No era una epidemia muy destacable, excepto por dos cosas.

1. La enfermería lunar no estaba preparada para atender a dieciséis enfermos.
2. Era la polio, por lo que podías estar bien por la mañana y muerto por la noche.

En el exterior, Danika se detuvo junto a Central Park y pasó la mano por los dientes de león.

—¿Crees que el administrador me dejará estar con Ruben ahora? Ya que ambos estamos enfermos.

—Se lo preguntaré. Por el momento, vamos a llevarte a que te tumbes y después lo llamaré.

Las personas podían ser contagiosas hasta diez días antes de mostrar *síntomas y*, después de recuperarse, todavía era posible propagar el virus de la polio durante seis semanas.

La cuarentena no iba a terminar pronto.

CAPÍTULO 24

CUARENTENA EN LA LUNA POR EPIDEMIA DE POLIO

Edición especial de *The National Times*

Base Artemisa, la Luna, 21 de abril de 1963 — Un brote de poliomielitis paralítica ha detenido todo el tráfico entre la Luna y la Tierra. El administrador de la Colonia Lunar ha declarado que la enfermedad ha alcanzado una fase epidémica en la Base Artemisa y, tras consultar con el director de la Coalición Aeroespacial Internacional, ha ordenado una cuarentena drástica. Se han registrado diecinueve casos en la Base Artemisa. Hasta ahora, la enfermedad no se ha extendido a los tres puestos de avanzada, pero la doctora Ana Teresa Almeida Brandáo solicitó el viernes pasado a la CAI la autorización para imponer la cuarentena. El administrador Frisch comunicó anoche: «Quisiera asegurar a las familias de la Tierra que hacemos todo lo posible para mantener a los residentes lunares sanos y salvos».

Según la CAI, se planea conseguir dosis suficientes de la nueva vacuna contra la polio para enviarlas a la Luna en la próxima nave disponible. A pesar de la urgencia, pasarán semanas antes de que la nave de suministro llegue a la Luna. Los opositores al programa espacial señalan el brote y su gravedad como una prueba de que los gérmenes en el espacio son más virulentos que en la Tierra. La CAI no ha respondido a la

petición de comentarios.

Tercer día de la cuarentena, dos personas más tenían fiebre. Había enviado a Wafiyyah Zinat Abbasi y Eric Wright a la enfermería y sorprendido a Todd Sanders lavándose las manos con desinfectante hasta desollarse los nudillos.

Me incliné sobre una mesa en Midtown, con el brazo bueno a la altura del hombro para intentar colocar un cable de una antena de radiofrecuencia en su sitio. Y pensar que me había alegrado al darme cuenta de que no podía limpiar los baños con la escayola. Pero eso fue antes de comprender que Helen y yo éramos las únicas cualificadas para hacer el mantenimiento de los trajes espaciales entre las personas alojadas en Midtown. Con la cuarentena en vigor, éramos responsables de la limpieza completa de los trajes después de su uso.

Una peculiaridad fascinante de una cuarentena con trajes espaciales era que las personas sin vacunar que desempeñaban funciones críticas podían seguir atravesando las esclusas para ir a sus turnos habituales, siempre que tuvieran un traje. ¿Era un poco exagerado? Sí. La polio no se transmite por el aire. Solo se podía contraer al ingerir materia fecal o saliva, pero trabajábamos para la CAI, que creía en la redundancia y en tomar todas las precauciones posibles. Por lo que las personas que no habían sido vacunadas llevaban trajes espaciales si tenían que salir de su zona de cuarentena.

Un paquete de comida envuelto en papel de aluminio me rebotó en el hombro y cayó despacio hacia el suelo dando vueltas. Intenté agarrarlo, pero lo golpeé con la escayola y acabó en el suelo.

—Buena captura. —Helen agitó su propio paquete y vino a sentarse conmigo en la mesa—. Tienes permiso para sentarte a comer, sabes.

—Quiero terminar antes el enrutamiento de los cables. —La postura para acceder al cableado era un dolor y no quería empezar de nuevo—. Comeré más tarde.

Me observó y nunca me había sentido tan juzgada por alguien

que bebía sopa de tomate fría con una pajita.

—Tengo una pregunta que tal vez no puedas responder.

—Vale. —Me enderecé para prestarle atención e hice una mueca de dolor cuando la espalda me estalló como el 4 de Julio—. Prueba a ver.

Helen me pasó el paquete de comida por el suelo con el pie.

—¿A qué puesto de avanzada fueron Eugene y Myrtle?

—Empezaron por Marius Hills, luego iban a El Jardín y hoy terminaban en el Polo Sur. —Recogí el paquete de papel de aluminio y estuve a punto de dejarlo a un lado, pero sentí que Helen me observaba. ¿Cuándo fue la última vez que comí algo? No lo recordaba, lo que nunca era una buena señal. La comida era combustible. Retiré el papel de aluminio y extraje un trozo cuadrado de pastel de dátiles.

—¿Informaron de algo inusual en El Jardín?

—Es una serie de preguntas alarmante. No lo sé, no hablaré con Frisch hasta el final del turno. —Roí el bloque marrón y la boca se me inundó de saliva. El ladrillo de cartón congelado ni siquiera sabía bien, pero por lo visto tenía hambre—. ¿Por qué lo preguntas?

—Según Luther Sanchez, que ha contactado con los mineros de El Jardín porque están trabajando en «sus» maceteros…

—¿Suyos? —Estaba en mi lista—. Menudo sentido de la propiedad.

Asintió, pero no sonrió.

—El selenólogo *in situ* registró un evento sísmico. Tuvo que ser una explosión o el impacto de un meteorito.

Bajé el ladrillo de comida.

—Pero…

—Pero no había ninguna explosión programada. Ocurrió durante el apagón, así que no saben dónde ha sido.

Tardé unos segundos en atar cabos. Con la colonia principal desconectada, solo habrían recibido la información telemétrica de sus propios sensores y no habrían podido triangular la ubicación.

—Crees que fue una explosión, programada para ocurrir durante el apagón.

—O fue un meteorito y estamos persiguiendo sombras.

Helen se cruzó de brazos.

—¿Puedes decirme el verdadero motivo por el han ido allí?

—Hacer un inventario de los suministros mineros.

—Durante una cuarentena. —Helen puso los ojos en blanco—. ¿Qué te he dicho de mentirme?

Apreté la mandíbula.

—No es una mentira. —¿Podría decirle algo más? Sabía lo de Nathaniel, sabía lo del FBI, sabía que existía la posibilidad de que hubiera un saboteador en la Luna, pero no sabía lo del manifiesto—. El inventario incluiría los suministros de explosivos, así que Eugene y Myrtle podrán decirnos si…

AI final de la «calle» que salía de la esclusa, Faustino dobló la esquina con Paulo Mendes da Rocha, uno de los arquitectos de la Luna. Cada uno llevaba un traje de lanzamiento/reentrada que habrían usado para aventurarse en otras partes de la colonia.

—… necesario para otra partida de *bridge*. —Sonreí a Faustino y Paulo—. ¿Alguno sabe jugar al *bridge*?

Faustino pareció ofenderse ante la mención del juego y dejó el traje en la mesa, junto al que yo estaba reparando.

—¿Todavía seguís con eso?

—Es importante levantar la moral en tiempos de estrés.

—¿Y sugieres el juego más aburrido del mundo? ¿Por qué no un concurso de talentos? —Flexionó los bíceps y adoptó una pose con el pecho hinchado—. Haré de forzudo.

—Por favor. —Envolví de nuevo la comida restante en el papel de aluminio—. En la Luna, cualquiera puede fingir que es un forzudo.

Se encogió de hombros.

—La música y la comedia serán mejor que un montón de papanatas sentados alrededor de una mesa de juego.

—¿Papanatas? —Cuidadosamente, me guardé el paquete de comida en un bolsillo de la cadera para no tirárselo—. Me alegra saber lo que opinas de nosotros.

Se recostó sobre los talones, juntó las cejas y levantó las manos.

—Un segundo. ¿«Papanatas» no significa «persona tímida»?

Suspiré.

—Significa tonto.

Para mi sorpresa, se sonrojó.

—Lo siento mucho. —Miró el interfono de la pared—. También acabo de decirle a Frisch que es un papanatas.

Por supuesto, no se ruborizaba por haber insultado a quienes jugaban al *bridge*; aun así, se había disculpado.

—Si te hace sentir mejor, Frisch tampoco es un hablante nativo, así que es probable que haya asumido que tenía la definición equivocada.

—Ya… —Negó con la cabeza y le palmeó a Paulo el hombro mientras cambiaba a portugués—: Do *jeito que conversamos?*

—*Eu aínda acho que você está sendo urna* «papanatas», *mas, para você, eu digo*. —Paulo puso los ojos en blanco y se volvió hacia Helen —. Me han dicho que se me da tan mal el ajedrez que debería pedir ayuda. ¿Tienes un rato?

Helen se quedó callada durante una fracción de segundo más de lo necesario antes de responder.

—¿Puedes prescindir de mí, Nicole?

Aunque me tentaba decirle que no, tenía curiosidad por ver qué tramaba Faustino. Dominaba el francés y el alemán, pero solo hablaba «portugués espacial». Cuando despegamos de Brasil, sabía hablar de cohetes, pero todo lo que había pillado del intercambio era algo sobre una conversación. Y lo de papanatas, claro.

—Por supuesto. Además, te toca un descanso de quince minutos.

Como si no acabara de volver de un descanso para comer.

—Gracias. —Se volvió hacia Paulo—. Vamos a Central Park. Hay un tablero montado.

Faustino se quedó mirando mientras se iban y se mordió el labio inferior. En cuanto Paulo y Helen doblaron la curva de la «calle», se acercó a mí y bajó la voz.

—Frisch quiere verte.

Levanté las cejas y miré el interfono.

—No me ha llamado.

—Dice que es más conveniente. Eres su secretaria y tal y cual. —Faustino miró por encima del hombro y bajó la voz—. Cuando se cortó la luz, sabías algo más que los demás. Dijiste que me lo contarías más tarde y todavía me debes una explicación.

Quería gritarle que no le debía nada, pero necesitaba calmar la situación y redirigirlo. Suspiré y relajé el lenguaje corporal; incliné la cabeza para que el palo que tenía metido por el culo no se notase.

—Tuve la corazonada de que quizás estaba relacionado con el sistema heredado. —Me encogí de hombros—. Me equivoqué. Lo siento, pero no sé por qué nos quedamos la energía.

Ojalá no fuera cierto.

Pasar de un módulo a otro, incluso estando vacunada, requería un nivel meteórico de lavados antivirales. Todavía me escocían las manos cuando llegué al despacho de Frisch. Golpeé con la mano la lámina de plástico de la puerta.

—Adelante. —La voz de Frisch rechinó de cansancio.

Aparté la lámina y entré. El aire del cubículo apestaba a sudor y mal aliento, como si los depuradores hubieran fallado. Frisch tenía un rastro de barba en las mejillas y estaba encorvado en la silla. La mesa estaba repleta de informes, encima de paquetes de comida sin abrir. En una esquina había una manta enrollada.

Levantó la vista cuando entré, con los ojos inyectados en sangre.

—Nicole, siéntese.

Recogí la manta y la sacudí.

—¿Ha dormido aquí?

Señaló vagamente al interfono.

—Si alguien llama y no estoy disponible…

—Podría delegar en otra persona.

Torció la boca al verme doblar la manta.

—Ya, bueno. Mi secretaria ha estado supervisando Midtown.

—Para eso están las secretarias de reserva.

Tenía la piel amarillenta.

—La dotación de personal no es una prioridad en este momento. Siéntese y prosigamos con la conversación, ¿de acuerdo?

—¿Quizás podamos solucionar el problema juntos?

Frisch cerro los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—No.

—¿Perdón?

—He dicho que no. Sea cual sea el problema, comuníquemelo y me encargaré, pero no participará en la resolución de nada.

—¿En serio? —Agité los dedos—. Clemons me encargó específicamente que me ocupase de…

—¡Cállese! —Frisch dio un golpe en la mesa y dejé de hablar por la sorpresa—. He soportado su intimidación y grandilocuencia durante años y…

—¿Intimidación y grandilocuencia? Se refiere a pelear porque se me escuche. Si fuera Stetson Parker, dígame una sola cosa que haya hecho que no hubiera sido, como mínimo, deseable.

—Se ha excedido… —Frisch se cortó y enderezó las páginas de la mesa. Tenía los orificios de la nariz contraídos y la boca apretada en una línea dura y plana. Después de un segundo, tomó aire y continuó con la voz calmada y formal que me recordaban a los oficiales británicos de la guerra—. Por favor, siéntese. Lamento haber levantado la voz. La he invitado a venir por cortesía y he sido descortés. Somos colegas y soy consciente de que esta no será una conversación fácil para usted. —Se apartó de la mesa y se acercó al hervidor de agua—. Por favor, siéntese. Voy a preparar un té.

El primer pensamiento que se me pasó por la cabeza fue que a Kenneth le había pasado algo. Me hundí en la silla mientras el corazón me saltaba a la garganta y me asfixiaba. La parte racional de mi cerebro me recordó que Frisch había dicho que me había «excedido». Tenía que ser un tema de trabajo.

Un tema de trabajo era aceptable. Eso se podía solucionar hablando. No podía «intimidar» a un infarto.

Frisch jugueteó con el hervidor y destapó la válvula despacio para descargar la presión. El vapor salió con un silbido. Frunció el ceño, abrió el pitorro y vertió agua caliente en dos tazas.

—¿Cómo lo quiere?

—Solo. Gracias. —Se me formó un nudo de tensión debajo del omóplato derecho mientras esperaba a que colocara las bolsas de té en las tazas.

Una parte de mí no quería aceptar nada de él, pero también necesitaba distender la situación. En ese momento, su desprecio por mí no tenía prioridad por encima del brote de polio o Ícaro.

No esbocé una sonrisa completa cuando tomé la taza, pero me aseguré de poner una expresión suave.

—Gracias. ¿Ha sabido algo de Eugene y Myrtle?

Frisch se acomodó en la silla y se encorvó sobre la taza.

—Seré breve y luego responderé a las preguntas complementarias que pueda haber. Debo recordarle que el tema de esta discusión está clasificado como alto secreto. —Sopló el té y luego lo dejó a un lado para mirarme a los ojos—. Se la ha acusado de enviar mensajes codificados.

Fruncí el ceño.

—Sí. Ya sabes que lo he hecho. Clemons me envió a la Luna con libros de códigos. ¿Podemos recuperarlos ya?

—No me refiero al uso autorizado de códigos. Desde entonces, ha salido a la luz que estos no son los únicos mensajes codificados que ha enviado o recibido.

Di un sorbo al té, que seguía siendo en su mayor parte agua caliente y valoré las opciones antes de hablar.

—Mi marido y yo tenemos un código para intercambiar mensajes privados relacionados con su carrera política, sí.

—Eso es preocupante, pero me refería a los mensajes que ha enviado a la primera expedición a Marte con la clave del doctor Nathaniel York. Se han filtrado a la prensa, lo que ha dado credibilidad a las teorías conspirativas de los terraprimeristas. —Frisch juntó los dedos y me miró por encima de ellos—. Para controlar la situación, en el momento en que se levante la cuarentena, volverá en la próxima nave de regreso a la Tierra. Hasta entonces, estará suspendida sin sueldo y confinada en su habitación.

La habitación se desvaneció a mi alrededor y solo quedó el calor

de la taza de cerámica en las manos. Un entramado de respuestas surgió en mi cabeza y todas querían salir. Levanté la barbilla.

—Nos toman el pelo.

—¿Niega haber enviado los mensajes? —Se acomodó en la silla y bebió un sorbo de té.

Estaba casada con un político, lo que significaba no admitir nunca la culpabilidad.

—Solo señalo que este asunto ha aparecido ahora con el objetivo de obstaculizar la investigación. El momento es sospechoso.

—Aunque sea el caso, la historia ha llegado a la prensa y se ha corrido la voz. ¿Tiene idea del daño que ha causado? —Volvió a dar un sorbo de té y se encogió de hombros como si nada estuviera en sus manos—. Tengo instrucciones de Clemons. Se quedará confinada en su habitación.

Le devolví la taza de té.

—¿Cuántas personas hay inmunizadas contra la polio y que sepan hacer el mantenimiento del traje?

Frisch me miró mientras el vapor salía de la taza. Parpadeó y bajó la vista a los papeles de la mesa, como si contase una lista. Era posible que lo hiciera.

Yo sabía la respuesta porque le había ayudado a confeccionar las listas de turnos a través del interfono.

—Solo para refrescarle la memoria, somos cinco. —Me incliné hacia delante y dejé la taza en la mesa—. Confíneme donde quiera, pero sugiero que mi habitación quizá no sea el lugar apropiado. Con el debido respeto.

CAPÍTULO 25

MENSAJES SECRETOS EN EL ESPACIO. WARGIN EN EL CENTRO DE UNA CONSPIRACIÓN

Kansas City, 26 de abril de 1963 — La esposa del gobernador de Kansas, Wargin, parece haber enviado mensajes codificados a la primera expedición a Marte. Los documentos compartidos con *The National Times* por una fuente de la CAI revelan la existencia de una investigación interna sobre las actividades de la señora Wargin.

Sin embargo, William J. Reed, líder de la mayoría demócrata del Senado Estatal, ha afirmado hoy en el pleno de la Legislatura que la filtración provenía del gobierno de Denley, con la intención de avergonzar a la administración del gobernador Wargin. Se considera al gobernador el principal oponente del presidente Denley en las elecciones de 1964.

Reed ha declarado que los agentes del FBI se dedican a manipular el estado bajo el pretexto de una investigación de conspiración. Ha afirmado que el trabajo de los agentes implicaba «muchas escuchas telefónicas» y «una malinterpretación intencionada de lo que son claramente cartas de amor».

«La crueldad de la administración federal es increíble». Según Reed, el propósito de todo es «avergonzar a un gran ciudadano estadounidense». Ha dicho que la administración Denley teme al señor Wargin.

No me confinaron en mi habitación, sino en el módulo científico, donde se aislaba a los pacientes de polio del resto de la colonia. Cerca de la puerta del laboratorio de biología reconvertido, me arrodillé junto a la cama de Guillermo y le sujeté el pie izquierdo con la mano derecha. Tenía la escayola envuelta en un gigantesco guante de maquinista negro de goma, porque era lavable. Muy higiénico, pero parecía la villana de un cómic y tenía que resistir las ganas de reírme como una maníaca.

—Empújame la mano. —No pasó nada, aun así dije—: Bien.

Le guie la rodilla con la escayola y le empujé la pierna hacia arriba como Ana Teresa me había enseñado. Me dolía la espalda de inclinarme sobre las camas y ayudar a ejercitar a los pacientes del ala de hombres. El persistente almizcle de los conejos subyacía al olor de sudor y vómito. Los conejos estaban ahora en Midtown, junto con la bandada de pollos lunares, y en su lugar había seis pacientes de polio.

Algunos solo tenían una leve debilidad muscular. Otros estaban… peor.

—Ahora tira. Eso es. —Un músculo se sacudió bajo mi mano —. ¡Bien!

Al otro lado del pasillo, Kadyn me observaba e imitaba los ejercicios. El miedo le tensó la cara, pero bajo la manta levantó un poco la rodilla izquierda. Había empezado a recuperar la movilidad en las piernas a medida que la fiebre disminuía.

Guillermo gruñó y apretó la manta con los puños.

—Patético, ¿eh?

—Mejor que ayer. —Levanté la vista cuando Ana Teresa entró en la sala y se dirigió a la caja que había dejado antes en la encimera —. Vamos a ver qué opina la médica de verdad, ¿vale?

—Gracias. ¡Doctora! ¿Recuerdas lo del partido?

Asintió hacia Guillermo y me hizo una seña.

—Si dejas de quejarte de los ejercicios, te conseguiré una radio para que escuches el partido.

No sería una simple radio. Una radio normal no podía captar una emisora de la Tierra, sobre todo mientras estuviéramos

enterrados en el regolito. Teníamos una selección de cinco emisoras que emitían desde la Tierra a través de nuestro sistema de satélites. Para conseguir escuchar el partido, Ana Teresa tendría que enviar una solicitud a la CAI para que añadieran una nueva emisora. Sin embargo, los chicos no tenían nada más que hacer con su tiempo. No dudaba de que Clemons lo aprobaría, la CAI cuidaba de los suyos.

—Nada me animará más que escuchar la derrota de Francia. Brasil los va a machacar. —Se arrancó la manta que le cubría las piernas inertes.

—Sin duda, es algo por lo que merece la pena esforzarse. —Le acaricié la pierna, me puse de pie y volví con Ana Teresa.

La médica rebuscó en el cajón, sacó una tira de aislamiento rotativo y frunció el ceño.

—Haremos lo posible.

Miré dentro de la caja, preocupada por si había metido la pata con las instrucciones.

—Querías tiras de diez centímetros, ¿no?

—Sí, sí. Están bien. —Agitó la mano para despejar el aire, antes de levantar la caja—. Me gustaría tener lana, pero no puedo. Es gruesa y absorbente. Solo se necesita una sola capa. Aquí, tengo que hacer dos.

—¿Cómo te ayudo?

—¿Agua caliente? ¿Con una escayola? —Soltó un fuerte resoplido—. Usa la sala de centrifugado. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?

—Me refería a las vendas.

Me lanzó una mirada de la que mi madre se habría sentido orgullosa.

—¿Cuándo fue la última vez que usaste la sala de centrifugado?

—No me acuerdo.

La terrier del espacio estaba a punto de agarrarme entre los dientes y sacudirme.

—Vete. Lo último que necesito ahora es reajustar un hueso malformado.

El caso es que correr en la gravedad terrestre me hace daño en los pies. En la Luna, la artritis sigue ahí, pero me cuesta mucho menos moverme, así que los dedos no se flexionan ni soportan tanto peso ni… Si se lo dijera a Ana Teresa, añadiría en mi expediente que tengo artritis. Clemons ya creía que era una antigualla. No necesitaba que mi cuerpo le demostrara que tenía razón, no si quería volver al espacio después de la suspensión. Le sonreí como una niña buena.

—Iré ahora.

—Bien. —Llevó la caja de vuelta a la cama de Guillermo—. De acuerdo, ¿listo para seguir con la tortura?

Desde otra cama, alguien se rio.

—Parece que lo disfrutes.

—Lo hago. —Ana Teresa dejó la caja junto a Guillermo y apartó las mantas.

Salí al pasillo y me apoyé un momento en la pared lisa de goma. En el otro extremo del corredor, fuera de la auténtica enfermería, uno de los nutricionistas apoyaba la cabeza en la pared. Había tenido polio de niño y se recuperó por completo, pero perdió a su hermana pequeña. Sin embargo, obtuvo inmunidad de por vida, así que, al igual que yo, lo asignaron a ayudar a los enfermos.

Levantó la cabeza y se pasó la mano por la cara.

—Wargin, ¿cómo vas?

—Bueno, ya sabes. —Fingí no notar que tenía los ojos rojos y las mejillas húmedas mientras levantaba la escayola—. Me han mandado a correr a la sala de centrifugado.

Se rio.

—Diviértete.

—Ya… —Pasé junto a él hasta el armario de suministros donde tenía guardado el equipo. Había colgado una hamaca del techo y disponía de la relativa privacidad de una habitación llena de mantas, suero y bisturíes. No tenía ropa para correr, sino el traje de vuelo. Tampoco importaba. Todo el mundo en el módulo científico estaba tan agotado que podría ponerme a correr desnuda y habría pasado desapercibida.

Caminé por la pista de la centrifugadora y el suelo se curvó frente a mí *como una* colina que nunca subiría. Se suponía que iba a correr, pero no había nadie en la sala de centrifugado y quería ahorrarme el dolor de pies. Tener el peso habitual de la Tierra durante una hora era un horror. En circunstancias normales, habría gente trotando por la curva y «por encima» de mí donde no pudiera verlos, pero hacía una semana del brote y no se veía a nadie más. Aunque hubiera una enfermera o un médico haciendo ejercicio, la curva de la sala y el débil zumbido del motor y el volante me daban la ilusión de privacidad.

Si tenía suerte, tal vez podría pasar toda la hora sin tener que correr.

Delante de mí, aparecieron un par de pies sobre el suelo curvo. Estupendo. Con una mueca, empecé a trotar despacio. Con cada pisada sentía que me trituraban los huesos. Avancé un metro y distinguí que había tres personas. Dos mujeres y un hombre. Eugene se agachó para mirar más allá de la curva del techo. Me hizo un gesto y se levantó, esperando a que llegara hasta ellos.

Myrtle y Helen estaban con él, iban hablando en voz baja. Reduje la velocidad y sentí al mismo tiempo alivio y temor. Saber que habían regresado sanos y salvos del viaje de inventario era distinto a verlos en persona.

—Qué casualidad encontrarte aquí. —Me detuve a su lado y esperé el golpe. Dudaba de que una casualidad benigna nos hubiera conducido a los cuatro a tener la sala de centrifugado para nosotros solos.

—¿Qué pasa?

Helen me dio un abrazo rápido.

—¿Estás bien?

—Cansada y ahora mismo preocupada. —Los pies me palpitaban al ritmo del pulso. Ladeé la cabeza—. ¿Cómo habéis vaciado esto y por qué?

La sonrisa de Eugene no era inocente.

—Dado que somos unas de las pocas personas inmunizadas, nos ha parecido adecuado ayudar con la entrega de suministros a la

enfermería. Y ya que estamos aquí, aprovechar para hacer nuestra rutina de ejercicios era lo más sensato.

—Hablando de eso. —Myrtle señaló la pista—. Vamos.

La miré boquiabierta.

—Quieres que corra cuando claramente tienes algo que contar.

Myrtle negó con la cabeza y me señalo la escayola.

—Eso tiene que curarse bien y es el trato que hemos hecho con Ana Teresa.

—Así que ella sabe que… —Antes de dejarme terminar, Myrtle comenzó a trotar despacio lejos de mí. Helen y Eugene la acompañaron y me obligaron a seguirlos—. Vale, ¿qué es lo que sabe Ana Teresa?

—Le di a entender que tenía relación con Kenneth y que queríamos hablar contigo en privado porque, como amigos, estábamos preocupados. —Myrtle tenía un rasguño cerca de la línea del pelo y un moretón en la mejilla—. Y aunque eso es cierto, lo dejaremos para luego.

—Te haré un resumen rápido. —Eugene trotaba con facilidad, como si no se preparara para decirme que algo había salido mal en la misión de inventario—. Luego pasaremos a las preguntas.

—Dispara. —Mi cerebro se puso en marcha poco a poco y se preguntó por qué Helen estaba allí y quién les preocupaba que nos escuchase.

—En primer lugar, la tarea que se nos encargó, el inventario de los almacenes de explosivos en los puestos de avanzada. Todo estaba contabilizado y no faltaba nada. Todo coincidía con las listas de inventario que nos habían dado, que también coincidían con las listas *in situ*. Sin embargo… —Eugene miró a Myrtle—. Mi brillante esposa planteó una pregunta.

—Antes trabajaba en una empresa química. Fabricábamos sobre todo productos de belleza, alisadores de pelo, cremas despigmentantes y cosas por el estilo, pero algunos de los suministros debían controlarse con mucho cuidado porque tenían propiedades explosivas o corrosivas. Me preguntaba si a alguien que estuviese interesado en conseguir explosivos no le resultaría más fácil

enmascarar el rastro con otros componentes.

—Así que hicimos un inventario de los fertilizantes y oxidantes en cada ubicación. —Eugene respiró hondo—. Los números no coincidían.

—En el laboratorio de química también falta una botella entera de ácido perclórico —añadió Myrtle.

—Mierda. —Con eso, Icaro no tendría problemas para fabricar una bomba. Múltiples bombas, de hecho—. ¿Qué más?

—De camino a la primera parada en Marius Hills, el mando derecho falló. Eugene usó los controles del copiloto para llevarnos a una de las estaciones de emergencia.

—Frisch no informó de eso.

—Sucedió durante el apagón —dijo Eugene—. Pensamos que también habíamos perdido las comunicaciones y, para cuando nos dimos cuenta de que no era así, habíamos llegado a la conclusión de que teníamos motivos para dejar de informar. Los mandos de Myrtle habían sido dañados de forma torpe y precipitada. —Formó una línea sombría y apretada con la boca, tomó aire y redujo la marcha—. A la porra. Deberías ver esto.

El corazón me latía demasiado rápido para llevar solo cinco minutos de carrera. Helen se cruzó de brazos.

Eugene rebuscó en el bolsillo y sacó un rectángulo envuelto con un pañuelo. Lo desdobló con cuidado.

—Esto se había caído en el suelo, debajo de la consola de control. Solo lo encontré porque tuve que sacar el panel para hacer reparaciones.

Sostenía una maltrecha navaja suiza, de las que tienen alicates y destornilladores. En el extremo, con incrustaciones de plata, había un bello monograma de la letra «F».

—Encontré *The Long Tomorrow*. Estaba en el despacho de Frisch —dijo Helen.

Si hubiéramos seguido corriendo, me habría tropezado con los pies y me habría caído de cabeza. Frisch se había resistido a la idea de hacer el inventario e incluso a la posibilidad de que Icaro estuviera en la Luna. Pero también había vivido y trabajado allí

durante años. No entendía por qué iba a unirse a los terraprimeristas.

Me humedecí los labios.

—Ya veo. ¿Dónde estaba? ¿A simple vista o hizo falta un reconocimiento?

—¿Un reconocimiento?

—Un registro. —Eugene me miró un segundo y después siguió con la explicación—. Quiere saber si tuviste que registrar la habitación o si estaba en un sitio obvio.

—Ah. Hice un «reconocimiento». —Señaló la navaja—. Había tres personas con esta inicial que tuvieron acceso a la lanzadera esa mañana. Faustino, Curtis Frye y Otto Frisch. Revisé las habitaciones de los tres por si había algún objeto que los incriminara, así como el despacho de Frisch mientras estaba en el CSL. El libro fue lo único que, a mi entender, tenía importancia, pero actúo con datos incompletos.

Suspiré y asentí.

—Lo sé. Gracias.

—El libro se había caído debajo de la mesa y tenía una copia de la carta de Kenneth debajo.

Me volví hacia ella tan deprisa que el efecto Coriolis de la sala de centrifugado casi hizo que me cayera.

Myrtle me atrapó mientras me tambaleaba.

—Quizá deberíamos dejar que te sentases antes de contarte el resto.

—¿Hay más? —Le puse una mano en el hombro—. Por supuesto que sí. Vais a contarme lo que decía la carta.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Helen.

—Hasta yo quiero sentarme. —Myrtle se acomodó en el suelo curvado—. Si vivo en la Luna es porque ya no soporto la gravedad completa.

Eugene se rio, pero se sentó a su lado.

—Fuiste tú la que insistió en que la hiciéramos correr.

—Y ya lo hemos hecho. Que corra más después.

Tenía ganas de estrangularlos a todos por retrasar la respuesta de

aquella manera. Me senté con las rodillas levantadas y me mordí el interior de la mejilla para no gritarles.

Helen se arrodilló frente a mí con las manos apoyadas en los muslos y la columna vertebral muy recta.

—«Veneno en casa. Gobierno me investiga».

—Por Dios. ¿Cuántos vectores tienen cubiertos? —Cerré los ojos. Quienquiera que fuera Icaro había demostrado una increíble previsión al plantar raticida en nuestra casa, aunque a esas alturas ya dudaba de que hubieran envenenado a Nathaniel allí. Habría sido complicado garantizar su llegada, a menos que Reynard lo hubiera atraído de manera deliberada. Incluso si así fuera, había formas más fáciles de envenenarlo en el trabajo.

—¿Quiénes, Nicole? —preguntó Helen.

Me pasé la mano por la cara mientras intentaba ordenar mis ideas. Si era Frisch, ¿por qué actuaba ahora y no antes de que llegáramos?

—Creo que debemos considerar la posibilidad de que a Frisch le hayan tendido una trampa y nos la estén jugando.

Eugene frunció los labios y me observó.

—¿Porque ambos objetos fueron fáciles de encontrar? Te aseguro que la navaja no lo fue.

—También es por el momento; crear discordia en las filas es una forma efectiva de provocar una disrupción. Hacernos sospechar de Frisch encajaría muy bien. —Fui tachando puntos con los dedos a medida que avanzaba—. Por otro lado, podría haber dos culpables y que Frisch fuera un agente durmiente que estuviera esperando a que su cómplice llegara en nuestra nave.

Eugene me miró como si yo fuera un problema de un simulacro que tenía que solucionar.

—¿Por qué te envió el FBI?

Fruncí el ceño, incliné la cabeza y me reí, casi por reflejo. Sin embargo, por dentro me había quedado fría porque, aunque Clemons me había propuesto venir y era evidente que cooperaba con el FBI, no se lo había mencionado a nadie allí.

—Me acabas de decir que el FBI investiga a mi marido. ¿Por

qué iban a mandarme a la Luna?

—Kenneth ha dicho «el gobierno».

—Dudo mucho que «FBI» saliera en el libro que usamos de clave. —Una parte de mí quería dejar de dar evasivas y contárselo todo. Otra, la más odiosa, me señalaba que, si los terraprimeristas habían conseguido reclutar a un agente durmiente como Frisch, ¿por qué no a mis amigos? Los Lindholm y Helen habían estado en todos los lugares donde había actuado Ícaro. Era difícil de creer, pero así era cómo actuaban los agentes durmientes. Además, sabía que Eugene simpatizaba con algunas de las motivaciones del movimiento La Tierra Primero—. Todo esto es una distracción. Repasemos las oportunidades de cada una de las personas que habéis identificado, sin preocuparnos por las motivaciones. De todos modos, rara vez sirven como pronosticadores.

Eugene se volvió hacia Myrtle y Helen.

—¿Me dejáis un momento a solas con Nicole?

Myrtle abrió la boca y se volvió hacia Eugene. No sé qué matices leyó en la posición de su mandíbula o en la línea de sus hombros, pero cerró la boca y se levantó.

—Vamos, Helen.

Después de una sola mirada hacia atrás, Helen la siguió y nos dejó a solas. Esperó hasta que estuvieron a punto de doblar la curva y se inclinó hacia delante, en voz baja.

—¿Qué hacías durante la guerra?

—Estuve en el WASP, ya lo sabes. —Una risita de la escuela suiza de señoritas no iba a servirme de nada, así que me conformé con la preocupación.

—Venga ya. —Eugene se apartó un poco y me estudió—. No dejo de darle vueltas a por qué te envió Clemons. Por qué te pidió que investigaras lo que sea que está pasando y no a mí. ¿La respuesta fácil? Porque eres blanca o porque tienes más antigüedad que yo. Pero nada de eso te concede una autorización de seguridad para recibir información clasificada de alto secreto. No te enseña palabras como «reconocimiento», «operativo» o «agente durmiente». No te enseña estrategias para sembrar discordia en un grupo. Así que…

—Olvidas quién es mi marido.

—No lo olvido, pero la primera dama de un estado no recibe autorización así como así. —Eugene se humedeció los labios—. ¿Sabes? Una vez entregué un «pájaro» en la guerra. Solo una vez, porque mantenían a los aviadores de Tuskegee segregados, pero no es algo que se olvide. El pájaro no parecía una espía. En eso consistía el trabajo, ¿no? Una chiquilla blanca, bajita, rubia, con ojos azules y de clase alta. Sabía alemán, usar un paracaídas y enviar y descifrar códigos. Adivina dónde dijo que lo había aprendido.

Tenía la garganta seca y tragar no me sirvió de nada. No había nada que decir para arreglarlo.

Sonrió casi con tristeza.

—En una escuela de señoritas suiza.

CAPÍTULO 26

EL NÚMERO DE VÍCTIMAS A CAUSA DE LAS INUNDACIONES EN AFGANISTÁN ASCIENDE A 107

> Kabul, Afganistán, 26 de abril de 1963 — AP — Según ha anunciado hoy la Sociedad de la Medialuna Roja Afgana, el número de muertos por las inundaciones en Herat, al oeste de Afganistán, ha aumentado a 107. Es probable que las inundaciones empeoren, ya que los informes de los meteorólogos de la estación espacial de la CAI advierten que otro sistema de tormentas se cierne sobre la maltrecha región. Las precipitaciones de este año han duplicado su récord anterior.

Hay momentos en la vida en los que hay que elegir entre dos lealtades. A veces, es una decisión en apariencia inocua, como elegir entre asistir a un bautizo o a una graduación. A veces, es entre tu marido y tu trabajo.

Se reduce a un balance de daños.

Cuando Eugene me preguntó si era espía, cuando sabía que lo era, tuve que elegir. Podría haber guardado los secretos que había prometido guardar y sacrificar su amistad. Era militar, lo habría entendido si le hubiera dicho que no podía decírselo.

Sin embargo, él me importaba. ¿Qué daño causaría contar el

secreto? Podría destrozar mi carrera. Y la de Kenneth.

¿Qué daño causaría mantener en secreto el proyecto Ícaro? Podría costar las vidas de todos los que estábamos en la Luna. Si hubiera tenido la oportunidad de hablar con Clemons, tal vez habría tomado una decisión diferente.

Le pedí a Eugene que volviera a llamar a Myrtle y a Helen. Me aferré al escaso permiso que me había dado Clemons para informarles de «lo necesario para llevar a cabo la tarea» y se lo conté todo. Cuarenta y cinco minutos más tarde, me sentía tan agotada como si hubiera estado vomitando todo el tiempo. En cierto modo, así había sido. El suelo de la sala de centrifugado retumbó bajo mi cuerpo. Seguía sentada, con las rodillas dobladas mientras las rodeaba con los brazos. La audiencia de tres personas permaneció en silencio cuando terminé de hablar.

Era verdad que había estado en el WASP. Me habían reclutado allí. En cuanto a la escuela suiza de señoritas… Había ido a dos. A una, de adolescente, como buena heredera de la alta sociedad. La otra no estaba en Suiza y me enseñó unas habilidades muy distintas.

Myrtle habló por fin.

—¿Kenneth lo sabe?

Levanté la cabeza y la miré.

—Por supuesto que sí.

—Algunas mujeres nunca se lo cuentan a sus maridos…

Me encogí de hombros.

—Confío en él. —Nuestro matrimonio no estaba en su mejor momento en todos los sentidos posibles, pero lo único que sabía con absoluta certeza era que Kenneth me cubría las espaldas—. Ahora ya sabéis que fui espía y sabéis lo de Icaro. ¿Qué más queréis saber?

Eugene se frotó la cabeza con ambas manos.

—Creo que Icaro te ha dejado fuera de juego, y a Kenneth también. A los demás no nos han hecho una mierda.

Con una mano, Myrtle le golpeó el hombro.

—¿Qué parte de «sabotaje evidente» se te ha olvidado?

—Si a Nicole se le hubiera permitido llevar el traje espacial, habrían sido ella y Frisch.

—También está la intoxicación alimentaria.

Eugene puso los ojos en blanco y luego se enderezó.

—Tienes razón. Cuando se tiene como objetivo a unas personas específicas, hay una razón estratégica detrás. A Nicole y Kenneth para sacarlos de la ecuación. El sabotaje de la lanzadera para impedir el inventario. Nathaniel porque perderlo habría hundido el programa. ¿Por qué envenenarme a mí?

Helen levantó la mano y marcó algunas opciones.

—Propagar la polio de forma deliberada. Cancelar el lanzamiento a la Luna. Poner en los mandos a un piloto específico.

Había formas más fáciles de propagar la polio y mejores enfermedades con las que mermarnos. La gripe era más contagiosa y tenía una mayor tasa de mortalidad. Me mordí el interior del labio mientras pensaba.

—Lo último… ¿Por qué crees que el Centro de Control eligió a Michael Lin como copiloto?

—¿Dices en lugar de a ti o a Myrtle? —Eugene se tiró de la oreja, pensativo—. Estaría distraída por preocuparse por mí.

Myrtle resopló.

—Como si no fuera mi día a día como la esposa de un piloto.

—¡Tú también eres piloto!

—No. Sé pilotar. Hay una gran diferencia. —Negó con la cabeza—. ¿Qué piensas de Mikey?

Apreté los ojos y me pellizqué el puente de la nariz donde empezaba a formarse un dolor de cabeza.

—¿Hace falta que tengamos esta conversación con 1 *g* de gravedad?

—Si vas a quejarte de la gravedad… —Myrtle se levantó y estiró los brazos por encima de la cabeza, rozando con los dedos el techo bajo y curvo—. Vamos a correr y hablar. ¿Es posible que Mikey hiciera enfermar a Eugene para entrar en la cabina?

Su voz se apagó un poco al alejarse de nosotros.

—Te odio. —Pero me puse en pie y la seguí. ¿Admitir que me dolían los pies, incluso ante mis amigos? Seguía siendo piloto—. Tal vez Curt necesitaba tomar los mandos.

Helen trotó con facilidad a mi derecha.

—¿Con qué propósito?

—No dejo de preguntarme si habría sido capaz de fingir el fallo del propulsor. —Miré a Eugene, que nos seguía al otro lado de Myrtle—. ¿Podrías hacerlo?

Eugene ladeó la cabeza y asintió.

—Sí, estoy bastante seguro.

—¿Falló cuantío estabas allí?

Negó con la cabeza.

—No, pero no me habría servido para mantener el vehículo estable y lo evité de forma consciente.

—Menudo vuelo de lujo.

—Técnicamente, no volé. ¿Encallé? —Se encogió de hombros —. Sea como sea, sí. Podría haberlo fingido. ¿Y tú?

Asentí.

—Helen, tú estabas en el módulo de mando con Curt. ¿Qué opinas?

—Estaba centrada en los números. —Como calculadora de vuelo, habría tenido que trabajar a destajo en cuanto las trayectorias empezaron a cambiar. Golpeaba la pista con los pies a un ritmo uniforme mientras lo consideraba—. Nada de lo que oí por las comunicaciones ni lo que vi en los instrumentos me hizo dudar de que el propulsor hubiera fallado. Aparte del puntal de aterrizaje roto, eso fue real.

—Cierto. Pero un aterrizaje forzoso podría provocarlo. —Intenté imaginarme cómo aterrizar la nave de forma que se rompiera el puntal de aterrizaje de forma deliberada—. No creo que pudiera hacerlo a propósito. No de forma fiable.

Eugene negó con la cabeza.

—No. Fingir que un propulsor falla en el vacío es posible, pero en el momento en que tocas tierra… Hay demasiadas variables. Es más probable hacer un agujero en el lateral del cohete que arrugar el puntal. Además, es imposible practicarlo.

Gruñí en respuesta y corrí junto a ellos mientras sentía cada sacudida de los pies contra el suelo a través de mi insoportablemente

pesado pellejo.

—Si Curt es Icaro, entonces nuestros problemas podrían haberse resuelto solos, ya que está enfermo de polio.

Myrtle me miró de reojo.

—Qué frialdad.

—Pero tiene razón —dijo Helen—. No ha habido ningún incidente en toda la semana desde que Curt enfermó.

—Hubo un apagón —añadió Myrtle.

—Se podría haber usado un temporizador —rebatió Helen.

Había pensado lo mismo sobre los apagones y su extraña duración.

—Así que tal vez sus planes se hayan ido al traste, salvo que se haya infectado a propósito para propagar la… —Me atravesó el repentino recuerdo de los huevos de Pascua de caramelo entre los dientes de león—. Mierda. Curt trajo los huevos de Pascua y se los ofreció a la gente del servicio de la iglesia. ¿Y si eran el vector del virus de la polio?

—¿Es eso posible? —Helen redujo la velocidad—. De ser así, los primeros casos habrían sido las personas que comieron los huevos.

—No tiene por qué. —La última semana, había aprendido más sobre la polio de lo que habría querido saber—. Algunas personas podrían haber sido portadoras sin síntomas. Le preguntaré a Ana Teresa, creo que puedo hacerlo sin ser demasiado evidente.

—Pero, si ese era su plan, ¿no se habría vacunado Curt antes de subir?

Era una buena observación. Si los huevos eran el vector de contagio, ¿por qué Curt se contaba entre los enfermos?

—Tal vez no sea Curt. Tal vez la cuarentena haya detenido a Icaro y se haya quedado atrapado en un módulo desde el que no puede causar daños.

—Si ese es el caso, en cuanto se levante el confinamiento, volveremos a tener problemas.

Los pasos retumbaban en la interminable pendiente de la sala de centrifugado. Eugene redujo un poco la velocidad y luego nos

alcanzó.

—Dijiste que el documento estaba lleno de versículos bíblicos. ¿Cuáles?

—Éxodo 32,27, Apocalipsis 16, 21 y Éxodo 22,24. —Hice una mueca al recordar el derramamiento de sangre y la violencia de los versículos.

—Uf. —Sonó como si supiera exactamente lo que decían, lo cual no era sorprendente, dado que Myrtle y él dirigían clases de estudios bíblicos en la Luna—. ¿Alguna posibilidad de que recuerdes la edición específica de la que provenían?

—No, lo siento. ¿En qué piensas?

—Me imagino que el FBI ya lo habrá considerado, pero la edición puede indicar la confesión de una persona e incluso como es su relación con Dios.

Myrtle lo miró con una sonrisa cariñosa y luego se volvió hacia mí.

—Mi marido estuvo en el seminario antes de la guerra y habría sido un gran predicador.

Eugene esbozó una pequeña sonrisa.

—Pero entonces descubrí los aviones. Ninguna iglesia me llevaría más cerca de Dios.

—Amén. —Ese era también el altar al que yo dirigía mis oraciones. Suspiré y dije—: Clemons envió una copia del Manifiesto junto con unos libros de códigos. Pero está en mi bolsa de KPP, que sigue en la nave, así que no sé cómo…

—Descargaron el cohete antes de ayer. —Helen frunció el ceño y supuse que se preguntaba lo mismo que yo. ¿Por qué nadie me lo había dicho?—. Los equipajes están en el puerto hasta que se reclamen.

—Frisch sabe que los códigos están en mi bolsa, así que asumo que la habrá cogido. —Troté y los talones me ardían contra el suelo curvo—. Estará en su despacho, ¿podrás conseguirlo?

Negó con la cabeza.

—Complicado, ha empezado a dormir allí.

—Yo lo haré —dijo Myrtle.

—¿Cómo? —Levanté las cejas—. Sin ofender, pero antes me dedicaba a esto. Cuando hay alguien presente…

—Tengo una herramienta que tú no tienes. —Levantó la mano y cambió un poco la pronunciación al hablar, suavizando las «t» como «d» y añadió una ligera desviación—. Ponme una aspiradora en la mano y nadie dudará de que tengo turno de limpieza.

Tardé casi dos días en conseguir quedarme a solas con Ana Teresa. Al final, tuve que recurrir al mismo truco que Helen había usado conmigo. Le lancé un paquete de comida a la doctora.

—Vamos.

Lo agarró a tientas y casi volcó el cubo de restos de tela que estaba ordenando en la encimera de la enfermería. Al atrapar la caja que giraba en el aire, la miró con una expresión vaga, como si nunca hubiera visto uno antes, lo que me preocupó.

—¿A dónde?

—Vamos a tomarnos un descanso. —Levanté mi paquete de comida y lo sacudí—. Sígueme.

—Tengo que terminar de… —Señaló las telas.

—No, de eso nada. —Era un guion que conocía muy bien, aunque normalmente representaba el otro papel. Ese día, interpreté el papel de Kenneth y me acerqué para enlazar el brazo con el suyo —. Es una tarea que puedes delegar. De hecho, delegar es algo que también puedes delegar. Lo más importante es que tienes que meterte comida en el cuerpo para que, cuando necesites estar lista, no te atonte el hambre.

—No voy a tardar mucho, ya comeré mientras trabajo. —Sin embargo, me dejó alejarla de la tela.

—Punto de disminución en el rendimiento. —La había llevado casi hasta el fregadero, pero ralentizaba el paso conforme pasábamos por las camas de la sala—. Por ejemplo, hablas de comer mientras clasificas ropa sin lavar que ha envuelto los cuerpos de pacientes de polio. Sudor, heces, ungüento…

—El ungüento no es tóxico.

—No la creas —dijo Garnet desde una de las camas. Estaba tumbada inmóvil, pero aun así consiguió sacar una sonrisa—. Escuece como el demonio.

—Y apesta. —Birgit se incorporó en la cama y bajó el libro que estaba leyendo—. La polio tiene un pase, pero el ungüento me hace dudar de tu buen juicio.

—Vamos, doctora, tómate un descanso. —Wafiyyah giró la cabeza sobre la almohada—. No nos vamos a ninguna parte.

—Lávate las manos. —Detuve a Ana Teresa frente al lavabo—. Y la cara. Vamos a sentarnos quince minutos. Eso es todo, luego puedes volver y ordenar telas si te sigue pareciendo la mejor forma de emplear tu tiempo.

Ayudó que supiera que tenía razón. Se frotó las manos y el exterior del paquete de comida, se echó agua en la cara y después se quedó inclinada sobre el lavabo. El agua le goteaba de la barbilla y la nariz de vuelta a la pila.

Recorrería una serie de tubos y tuberías hasta uno de los recicladores de agua, que la filtraría, irradiaría y reprocesaría. Sería un buen objetivo para Icaro. Si se rompían todos, la colonia lunar estaría acabada. No por la polio, sino por simple deshidratación. El puesto de avanzada del Polo Sur extraía hielo lunar, pero no se podía derretir un bloque y beberlo.

Observé el agua que aún goteaba de la nariz de Ana Teresa y pensé en el daño que yo podría hacer en dieciséis minutos al sistema de recuperación de agua.

Tomó aire y se enderezó para acercarse al secador. Mientras se secaba las manos con brío bajo el aire caliente, parecía tratar de hacer una lista de tareas de memoria. Le clavé la caja de plástico con comida en el brazo.

—¿Cuál es tu canción favorita?

Ana Teresa enseñó los dientes como si fuera a morderme.

—¿Qué?

—Estamos en un descanso. Dime el título.

Cuando levantó el paquete de comida de la encimera, sopesé la posibilidad de que fuera a matarme con él. Creo que solo me salvé

porque Birgit dijo:

—La mía es *When the Roll Is Called Up Yonder*, que pega con la situación más de lo que me gustaría…

—La mía lo arreglará, —Garnet se rio sin aliento—. *Chattanooga Choo Choo*.

Desde la cama, Wafiyyah añadió:

—*Hymne à Vamour*.

En la sala, un coro de voces femeninas entonó títulos de canciones. Me hizo sonreír.

—A ver si os conseguimos traer algunas, señoras. —Apunté con el paquete de comida a Ana Teresa—. ¿Y tú?

—No lo sé. —Miró el paquete—. ¿Vamos a comer ya?

No insistí en el tema de la canción, porque no era la batalla que necesitaba ganar. La conduje al pasillo. Empezó a sentarse en el suelo, pero la agarré del brazo.

—Vamos, un descanso de verdad. Arriba.

O bien se dio cuenta de que sería más rápido dejar de discutir conmigo o bien una pequeña parte de su mente comprendió que un descanso real le vendría bien. Lo usaba como excusa para tenerla a solas, pero tampoco me equivocaba. Me siguió hasta las escaleras y subimos.

Todos los grandes módulos lunares se construyen siguiendo el mismo objetivo: conseguir la forma más eficiente. Pero hay ciertas variaciones porque se fabricaron en momentos diferentes, por lo que en cada uno se aplicaron las lecciones aprendidas en los módulos anteriores. Midtown se excavó en la superficie de la Luna, con una gran cúpula translúcida. El módulo científico se construyó, en cambio, en la superficie y se cubrió con regolito lunar para enterrarlo en su mayor parte. No tenía la cúpula translúcida de Midtown para facilitar el control de la temperatura en los distintos experimentos.

Sí tenía ventanas. La parte más alta del módulo era un salón, rodeado por ventanales que daban al paisaje lunar. Era de noche y la Tierra proyectaba una luz plateada azulina sobre la cordillera de los montes Apenninus.

Ana Teresa se detuvo a contemplar las suaves y redondeadas

laderas, que se elevaban desde el Mare Imbrium envueltas en terciopelo negro. Durante la noche de dos semanas, bajo la luz de la Tierra, la Luna es un paisaje mágico bañado en azules, plateados y un negro que rivaliza con el del espacio. Recordé que Ana Teresa había sido médica aeroespacial tanto en la Tierra como en Lunetta, pero era la primera vez que estaba en la Luna. Ya había visto el salón, pero habíamos llegado de día y desde entonces todo había sido una crisis continua.

Era muy probable que nunca hubiera visto la Luna de noche. Se dejó caer en una de las sillas y soltó un suspiro que me confirmó que había hecho bien en sacarla de la enfermería.

Por cierto, mi suspiro tampoco se quedó atrás.

Mientras contemplaba las colinas onduladas, Ana Teresa abrió la comida y dio un mordisco. Seguí su ejemplo y el cubo me cubrió la lengua de residuos cerosos. La dejé admirar en silencio. Como si hubiera querido hacer otra cosa; nunca me cansaría de contemplar la Luna.

Tragó saliva.

—Gracias. Es… —Señaló el paisaje con la misma elocuencia que todos mostramos la primera vez.

—Lo es. —Suspiré y me acomodé en la silla.

—¿Cómo tienes el brazo? —Me miro la escayola.

—Estuve en la centrifugadora ayer, y esta mañana antes de empezar mi turno. —Era verdad. Desde que Myrtle me obligó, había recordado que el ejercicio era bueno para mí, incluso cuando dolía. Eran veinte minutos en los que tenía el control absoluto. Dado que había conseguido que Ana Teresa empezase a hablar, tenía que hacerme con el hilo y dirigir la conversación hacia la pregunta que quería hacerle. Di otro mordisco de lo que fuera.

—¿Disfrutas de la comida?

Resopló.

—El único cumplido que le haré es que es mejor que la comida de mi madre.

—¿No me digas? Creía que todas las madres estaban obligadas a ser unas virtuosas de la cocina.

—¡Ojalá! Después de la guerra, se obsesionó con la comida italiana y empezó a coleccionar libros y revistas de cocina. —Puso los ojos en blanco con una sonrisa cariñosa—. Pero no habla italiano.

—¿Y cómo…?

—Intentaba hacer platos que se parecieran a las fotos. Llegué a pensar que no me gustaba la pasta. —Levantó la barra—. Esto, al menos, no finge ser lo que no es.

—Cierto. Al menos has sobrevivido. —Arrugué la nariz—. Algunas de las primeras comidas en tubos… Hay cosas que nunca deberían convertirse en puré. Pensé que intentaban envenenarnos.

—Que aporte una nutrición completa no implica que sepa bien.

—Hablando de comida envenenada… ¿Deberíamos tener cuidado con la contaminación? Por ejemplo, ¿podría la polio contaminar la comida de alguna manera?

—No, a menos que se ingieran heces o escupitajos. La polio no sobrevive fuera del cuerpo humano y, desde luego, no sobreviviría a los requisitos de procesamiento de alimentos de la CAI.

—Claro, entendido. Pero la gente trae golosinas a la Luna en los KPP, como… —Chasqueé los dedos como si se me acabara de ocurrir—. Por ejemplo, Curt trajo unos huevos de Pascua de caramelo para compartir con la gente. Los compró en una tienda de cinco y diez centavos. Tal vez algo así se contaminó.

Ana Teresa se rio en mi cara.

—¿Huevos de caramelo? —Se rio más fuerte, de la manera en que se ríe la gente cuando está demasiado cansada, aunque en realidad el asunto en cuestión no tiene gracia—. *Viajar na maionese*. La polio no funciona así. Huevos de caramelo… Ja, ja, ja, ja, ja.

Me reí con ella y levanté las manos en señal de rendición.

—Solo preguntaba. ¡Soy piloto! ¡No médica!

—Eso está muy claro. —Se secó los ojos, todavía riendo. Respiró hondo y se estiró—. Gracias por el descanso. Debería dejar de trabajar a destajo y delegar la clasificación de telas a una de las personas que se ha recuperado.

Lo complicado de la polio era que, incluso después de que un

enfermo mejorara, era posible seguir contagiando el virus, así que los manteníamos aislados por seguridad. Asentí y di un último bocado antes de doblar el envoltorio alrededor del cuadrado de cera por comida.

—Antes de que te vayas…

—¿Más hipótesis de huevos de caramelo? —Se levantó y su postura era un poco menos hundida que antes.

No consideré oportuno responder a semejante impertinencia, solo me dirigí a la larga curva de ventanas que quedaba a nuestra espalda y le hice una seña. Me siguió y escuché el momento en que se acercó lo suficiente al cristal para ver la Tierra.

Un suave jadeo detrás de mí.

—*Mãe do Céu.*

Apagué el interruptor de la luz. Sobre el borde oscuro de la Luna, la joya de la gibosa menguante de nuestro planeta natal flotaba en un campo de estrellas de cristal. Miré por encima del hombro de Ana Teresa. La luz azul y plateada de la tierra dibujaba lágrimas en sus mejillas como los ríos de casa.

CAPÍTULO 27

ARGELIA PLANEA VENDER TRIGO A CANADÁ POR VALOR DE 500 MILLONES DE DÓLARES

Ottawa, 30 de abril de 1963 — Argelia está a punto de cerrar con Canadá un acuerdo de ayuda exterior de venta de trigo por valor de 500000000 de dólares, el mayor de su historia. Se espera que a principios de la próxima semana se anuncie oficialmente la firma de un acuerdo con la delegación canadiense para la venta de 250000000 fanegas de trigo, con el fin de solventar la escasez que se produjo tras las repetidas tormentas de granizo que devastaron las cosechas el pasado otoño. El acuerdo cubriría un período de tres años y la mayor parte del grano se entregaría a lo largo de los próximos doce meses.

La lámpara que había sujetado en el extremo de la mesa hacía que el casco en el que trabajaba desprendiera brillos. Por si acaso alguien pensaba que solo tenía una tarea en el módulo científico, todavía había que reacondicionar los trajes y yo era la única persona del módulo capacitada y certificada para ello que gozaba de buena salud.

A pesar de todo, tarareaba mientras sustituía una junta del casco. Desde que había hablado con Helen y los Lindholm, me sentía más

ligera. No solo porque hubiéramos salido de la sala de centrifugado, teníamos un plan. Habíamos hablado, valorado el problema y delegado, como debería hacer un equipo. Una luna llena de gente extremadamente inteligente, la mayoría con múltiples títulos de educación superior, y los federales habían decidido no confiar en nadie.

Tras tirar el sello desgastado y sudoroso en una bolsa de desechos biológicos, me incliné hacia atrás y miré la pantalla que habíamos improvisado con unas sábanas y un par de correas. Un cartel advertía hacer una comprobación verbal antes de entrar en la zona en la que yo trabajaba, en teoría, para evitar contaminar algún traje que acabara de limpiar.

En realidad, el objetivo era que tuviera un poco de privacidad. Cerré los ojos y escuché los ventiladores, el chirrido y los chasquidos habituales del metal cuando los fluidos de refrigeración bombeaban a lo largo de las tuberías del techo… Al final del pasillo, distinguí murmullos, pero no lo suficiente claros para identificar las voces.

Satisfecha, abrí los ojos y acerqué el casco. Lo incliné hacia atrás y saqué la almohadilla de la parte trasera. Tendría que lavarla antes de volver a colocarla, era clave para la higiene. Sin embargo, lo más importante, en ese momento, no era la limpieza, sino el trozo de papel metido detrás de la almohadilla.

N.:

No sé cómo he conseguido que me nombrasen secretaria, pero esto es lo que hemos descubierto.

Revisé el puerto primero y tu KPP seguía allí, tenemos el contenido.

E. dice que la traducción utilizada para los versos.

Es de la edición Douay-Rheims de 1899, se trata de un texto católico.

H. dice que, de las personas de tu lista original, solo tres son católicas: Imelda Corona, Curtis Frye y Catalina Suarez Gallego.

También ha hecho una lista de personas con la inicial «F» que tenían acceso a la lanzadera y viajaron en nuestro vuelo. Eso añade a Faustino Albino Ríos como posibilidad y refuerza el potencial de Curt.

En mi último turno en el Control de Superficie Lunar, revisé los registros de vuelo para buscar a cualquiera de las listas que hubiera ido a

El Jardín desde nuestra llegada, por si fuera quien había robado los abonos. Aparte de nosotros, nadie de la nave ha ido allí.

Le hemos estado dando vueltas. No solo encontramos a Curt de camino al puerto, lo que significa que es posible que volviera de allí, sino que el sabotaje de la lanzadera fue torpe y apresurado, lo que sería consistente con alguien enfermo.

Creemos que Curt es nuestro hombre. Está ahí dentro contigo. ¿Qué opinas?

Mientras tanto, ve a la sala de centrifugado, come algo y descansa un poco.

M.

Entre los posibles resultados que me había planteado respecto a los libros de códigos, no esperaba que estuvieran tirados sin más en un hangar. El hecho de que fuera así me hizo pensar que tal vez habían pasado desapercibidos, como Clemons y yo esperábamos. El problema era que Frisch sabía que existían. Que el administrador de la Colonia Lunar no los hubiera recuperado era muy preocupante. Tenía la oportunidad de enviar informes a Clemons de forma segura y no lo había hecho.

No entendía por qué.

La radio sonaba cuando entré en el pabellón de hombres. Guillermo estaba sentado al borde de la cama, lo que suponía una gran mejora.

—¡Venga ya! ¿Comparar a Eusébio con el novatillo ese de Pelé? Espera y verás. Los diez goles fueron pura casualidad y… —Me vio y de repente no supo adonde mirar—. Hola, Nicole.

—Hola. —Le sonreí y fingí no notar la forma en que todos los hombres me miraban o buscaban cualquier otra cosa en la que fijar la vista—. ¿Qué tal el partido?

—Ha sido genial, una pasada. —Miró a Kadyn, quien le hizo una especie de gesto para que continuase. Guillermo negó con la cabeza—. ¿Has asistido a algún directo? De fútbol europeo.

—Normalmente, no. —Llevaba un portapapeles en la mano. Tanto en la Tierra como en la Luna, siempre daba un aspecto muy oficial. Pasé una página, como si revisara una nota. Tenía que hacer

terapia con los sospechosos, pero podía empezar con cualquiera. No quería que Curt fuera Icaro, ni nadie en la Luna. Era imposible que algunas cosas que habían pasado en la Tierra fueran cosa suya, pero quizá sí de un colaborador.

No tenía forma de haberse hecho con el fertilizante; sin embargo, tampoco nadie más de la lista. Dejé el portapapeles en un extremo de la cama de Curt y le sonreí.

—¿Cómo estás hoy?

Detrás de mí, escuché un susurro:

—Pregúntale.

—No, pregúntale tú.

—Como un toro. —Pero Curt frunció el ceño y miró hacia la dirección de la que provenían voces, así que me fue imposible fingir que no las había oído.

—¿Preguntarme qué, chicos? —Me puse el ridículo guante de goma negro y retiré las mantas de las piernas de Curt. Habían pasado casi dos semanas y empezaban a perder musculatura.

Curt puso los ojos en blanco.

—Han dado las noticias justo antes de que entraras. —Hoy tenía más fuerza en la voz, lo cual era bueno, ya que no teníamos ninguna forma de lidiar con la parálisis respiratoria—. ¿Lo de los mensajes codificados? Les dije que no era asunto suyo.

Ah. Frisch había dicho que había llegado a las noticias. Me preguntaba cuánto tiempo tardaría en llegar al resto de la comunidad lunar. Era la desventaja de darles una radio a los chicos.

—¡Es cosa nuestra si la CAI la ha mandado a espiarnos! —espetó Guillermo.

En el rincón más alejado, Hans estaba en la cama de Kadyn jugando a las cartas.

—En mis primeras veces aquí, teníamos que llevar monitores de salud todo el tiempo, así que recibían telemetría de todo lo que hacíamos.

Gracias al cielo por Hans. No llevaba tanto tiempo viniendo a la Luna como yo, pero sí el suficiente. Le guiñé un ojo mientras levantaba el pie de Curt con la mano buena y apoyaba la escayola

revestirla de goma en su rodilla.

—No olvides los micrófonos abiertos. Nada como que la CAI escuche y grabe todo lo que dices. Y haces. Ir al baño era una fiesta. Una vez cuando estaba de enlace de comunicaciones, escuché a un astronauta cerrar la válvula de orinar demasiado pronto y…

El grito de horror colectivo de los hombres de la sala al imaginarse todos a la vez el pellizcarse su querida hombría con la válvula de vacío fue muy satisfactorio.

Flexioné el pie de Curt.

—Empújame la mano.

—Pero eso no es lo mismo que los mensajes codificados. —Kadyn me miró como si lo hubiera traicionado personalmente, aunque podría deberse a la historia del pis. Lo dudaba.

Suspiré, porque la realidad era que me habían enviado a espiarlos. Mientras empujaba la pierna de Curt para doblarle la rodilla, recurrí a la misma frase que había usado con Frisch.

—Es cierto. Mi marido y yo tenemos un código privado para hablar de su carrera política.

—Dicen que has enviado un mensaje a la expedición a Marte. —Guillermo se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. ¿Qué tiene eso que ver con la política?

Kenneth tenía que estar dejándose los cuernos en solucionar el asunto en casa. Si tuviéramos la oportunidad de hablar, le diría que me echase a los leones. Era lo más inteligente, porque, al ser mujer, tenía la opción de alegar que era una chica boba, algo que él no podía hacer. Podría hacerlo en la Tierra, como la esposa del gobernador Wargin. En la Luna, no.

—En ese caso, envié un mensaje en nombre del doctor York, ya que estaba en el hospital. Usamos estrategias similares para lidiar con las largas separaciones de nuestros cónyuges, así que teníamos la confianza suficiente como para pedirme ayuda. —Omití la parte en la que había presionado a Nathaniel para que me dejara ayudarlo. Aparté la mirada de Curt durante un minuto y le dediqué a Guillermo una sonrisa triste—. Hay alguien en casa a quien echas de menos, ¿verdad?

—¡Sí, claro! Pero no envío mensajes codificados.

—¿Te siguen los periodistas cuando vuelves a casa? ¿Te registran la basura? ¿Hablan de ti en columnas de opinión y te juzgan por la ropa que llevas? —Por la forma en que ensanchó los ojos, supe que no. Por supuesto que no. No le había ocurrido a nadie de la forma en que les ocurrió a los astronautas originales y a las seis primeras mujeres astronautas. También era la esposa de un político. Era lo más cierto que le había dicho a Guillermo—. No hay ni un segundo de mi vida que no esté sometido al escrutinio público. No me prives de hablar con mi marido con un mínimo de intimidad. No juzgues a Elma por ello.

Los ventiladores zumbaban a nuestro alrededor y en la radio sonaba *Will You Love Me Tomorrow* con las complicadas armonías de The Shirelles. Guillermo se miraba los pies como si fueran lo más importante del mundo. Había empezado a moverlos, así que quizá lo fueran. Si fuera una persona generosa…

Ralenticé la respiración y moví la pierna de Curt con los ejercicios prescritos. Arriba, abajo, afuera, adentro. Arriba, abajo, afuera, adentro.

Curt me tocó la mano.

—Lo siento. —Le bajé la pierna antes de contestar.

—No hace falta.

Pero mi cerebro se puso en marcha. Si los mensajes codificados habían salido a la luz, la gente habría descubierto los mensajes de las primeras cartas con Kenneth con facilidad. Lo que significaba que sabrían que me habían pedido que registrara los almacenes de explosivos. Sabrían que me habían enviado a espiar a su operativo en la Luna.

Estaba segura de que Clemons estaría investigando quién había filtrado las copias de las cartas del teletipo en la Tierra, pero todavía tenía que averiguar quién era Icaro en la Luna. Por muy simpático que fuera, Curt era la mejor apuesta.

Cambié a la otra pierna.

—¿Y tú? ¿Alguien especial en casa a quien merezca la pena enviar mensajes codificados?

Esperaba un respingo, un gemido o algo, pero Curt se limitó a reírse.

—Sí, mi madre.

—¿De verdad? —Hice una pausa antes de guiarle la rodilla hacia arriba—. ¿Le enviarías mensajes codificados a tu madre?

Entonces dudó.

—No debería… —Soltó un suspiro y volvió la cara hacia la pared—. A ver, tiene algunos problemas de salud y es muy reservada. Así que no le gusta que alguien de la CAI tenga que leer su correo para introducirlo en el teletipo. Un código sería… ya sabes. Solo quiero saber que está bien.

Lo entendía muy bien. Le apreté el pie con solidaridad. Al mismo tiempo, me quedé con el dato de que también tenía a alguien que nunca podría salir del planeta. No me había motivado a mí para acabar con el programa espacial, pero cada uno reacciona de forma diferente ante los factores de estrés.

—Dicen que han empezado a trabajar en el envío de correo con drones. Ya se puede enviar correo físico, solo que tarda más.

Curt jugueteó con la manta mientras le seguía probando la pierna. Arriba, abajo, adentro, afuera. Arriba, abajo, adentro, afuera.

—Oye, te dejan ir de un módulo a otro, ¿no?

—Estoy vacunada, así que sí. —Omití que Erisch me había confinado en el módulo científico, en lugar de en mi habitación, porque sentía curiosidad por saber a dónde quería llegar Curt con esa pregunta.

Me hizo un gesto para que me acercara y esperó a que me agachara, lo cual no fue nada sutil.

—Si de verdad eres una espía, ¿podrías comprobar algo por mí?

—Curt.

Negó con la cabeza.

—Olvida que lo he dicho así, pero hay algo que no me saco de la cabeza.

—Algo. —Levanté una ceja. Lo había hecho antes: suscitar la inquietud suficiente como para mandar a quien sospechara de mí a un lugar donde «se tropezaría» con algo que inculparía a otra

persona—. Continúa.

—Cuando me encontrasteis, estaba muy enfermo, ¿verdad? Había decidido dar una vuelta para intentar que las piernas… Ya me entiendes. Estuve en la pista de Midtown, fui al puerto; estuve vagando por esa zona.

Era el momento en el que me diría que había perdido su navaja suiza y me daría un pretexto para buscarla o me contaría que había visto a Frisch con ella. Le seguí moviendo la pierna con el mismo ritmo constante.

—En fin, me tropecé con un bloque oscuro. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que era un filtro de depuración de CO_2. —Me miró con el ceño fruncido—. Pero ¿por qué iba a estar en el suelo? Estoy aquí tumbado y no dejo de preguntarme… ¿Y si les pasa algo a los depuradores?

—Si eso crees… —Volví a dejarle la pierna en la cama—. ¿Por qué no has dicho nada hasta ahora?

—Porque antes de escuchar las noticias, estaba convencido de que era cosa del delirio. —Me miró con las cejas formando una línea arrugada sobre sus claros ojos grises—. Pero hay más, ¿no es así? Algo que nos están ocultando, y me hace pensar que no debería ignorar las anomalías.

—Ya…

—No es nada, lo sé. Un técnico se lo dejaría ahí y punto. Pero no dejo de pensar en ello y yo no puedo comprobarlo porque… ya sabes. —Se señaló las piernas con tristeza, la única muestra de amargura que le había visto.

—Lo comprobaré. —Si decía la verdad, desde luego, merecía la pena indagar. Aunque tendría que pedirles a Helen o a los Lindholm que lo hicieran. Si mentía, descubrir una pista falsa también sería útil. La clave era averiguar cuál de las dos opciones era.

CAPÍTULO 28

LA ONU PLANEA UNA CAMPAÑA DE RECAUDACIÓN DE CUOTAS

Por Thomas J. Hamilton
Edición especial de *The National Times*

Naciones Unidas, Kansas City, 1 de mayo de 1963 — El secretario general U Thant ha decidido lanzar una campaña extraordinaria para cobrar las cuotas atrasadas de los cuerpos de las Naciones Unidas en Estados Unidos. Al ser el país más afectado por el meteorito, ha recurrido a los recursos de la ONU para complementar sus esfuerzos de reconstrucción. Las cuotas impagadas a las fuerzas de paz ascienden a 104000000 dólares. Si las cuotas siguen sin pagarse, la ONU podría verse obligada a disolver sus efectivos a finales de año.

N.:

Hemos comprobado los depuradores. Todo estaba en orden.

E. estaba convencido de que era una trampa y tomó unas precauciones por las que le tomaré el pelo en el futuro. No había nada fuera de lugar, ni bombas de fertilizante, ni cables cortados, ni faltaban filtros.

Encontramos el filtro del que hablaba Curt, metido en un rincón bajo las escaleras. Estaba usado, suponemos que se le debió de caer a un técnico cuando lo subía para procesar.

H. quiere saber si se ve el puerto desde el salón del módulo científico. Si es así, ¿podrías contar el número de lanzaderas acopladas?

M.

En el siguiente descanso, corrí escaleras arriba hasta el salón. Caminando, las escaleras son iguales que en la Tierra, la anatomía de la pierna dicta lo que es cómodo. Pero corriendo, las salté de tres en tres. Salí del hueco de la escalera al salón justo para ver amanecer en la Luna.

Sombras alargadas y nítidas, todavía negras como la noche, se extendían por el paisaje. A la luz del sol de la mañana, los bordes de los cráteres resplandecían en blanco. La superficie brillaba con diminutas esferas de cristal procedentes de antiguos flujos de lava e impactos de meteoritos.

No estaba sola.

Frisch se sentaba en una silla junto a las ventanas, frente a la puerta, con una manta subida hasta los hombros. Parecía dormido. La imagen levantaba muchas preguntas y solo una respuesta sencilla. Estaba enfermo. Cerré los ojos para esconderme de la opción más probable por un instante más.

Estaba furiosa con él, pero no se lo deseaba a nadie. Por lo menos, había tenido el sentido común de venir al módulo médico en lugar de hacerse el duro.

De puntillas, me acerqué con todo el sigilo posible a la ventana que daba al puerto. En el exterior, los otros módulos de la colonia lunar parecían un gran castillo de arena que había sido devorado por un mar ya desaparecido. Enterradas en medio del regolito, las cúpulas y las ventanas resplandecían bajo el sol de la mañana, añadiendo su propio brillo al amanecer. Al noreste, el módulo portuario estaba enterrado en su mayor parte, con solo una pequeña zona de observación para contemplar las aproximaciones.

Veía cuatro de las ocho lanzaderas, pero el montículo de sudo lunar que cubría la cúpula del puerto ocultaba el resto. Debería ver también el cohete, pero seguía tumbado de lado. Las otras dos naves de mayor tamaño estaban en plataformas alrededor del puerto, pero

era imposible cargar ninguna mientras la plataforma de lanzamiento principal siguiera obstaculizada por el cohete estrellado.

Lo que seguramente fuera el objetivo. Suspiré sin apartar la mirada de las cosas que no podía tocar ni arreglar.

—¿Se encuentra bien? —La voz de Frisch crujió.

—¿Ahora nos preocupa eso?

El suspiro se le entrecortó y se convirtió en una tos. El siseo de dolor que siguió me hizo darme la vuelta. Tenía los ojos cerrados y una mano en el estómago mientras hablaba.

—Siento haberle gritado. No debería haberlo hecho y sí, me importa. Me importan todos los que están aquí arriba.

Tenía un sarpullido rojizo y púrpura en el dorso de la mano y había perdido pelo, no parecía polio.

—¿Qué le pasa?

—Brandáo no está segura.

Me acerqué un paso más y me fijé en los huecos de sus mejillas y la tensión de sus hombros.

—¿Le ha preguntado si podría tratarse de un veneno?

Inclinó la cabeza y me observó.

—No se ha descartado.

¿Era posible calibrar una dosis para ponerse enfermo, pero sin llegar a morir? A veces odio mi cerebro, porque me quedé allí, mirando a un hombre al que conocía desde hacía años, y me pregunté si se había infligido daño a sí mismo para despistarnos. Respiré hondo.

—¿Quiere que haga algo?

Frisch se frotó la frente.

—Supongo que no se está ofreciendo para hacer el papeleo.

—Si fuera una posibilidad, sí lo haría. —Me mordí el interior del labio—. ¿Por qué no recuperó los libros de códigos?

—¿Los libros de códigos? *Mein Gott*. —Se echó la manta sobre los hombros y se encorvó debajo de ella como una cigüeña que va a anidar—. Supongo que me olvidé, he tenido algunos problemas de concentración.

—Ya veo. —Me senté en el brazo de la silla cerca de él mientras

valoraba la posibilidad de que fuera verdad. ¿Estaba afectado por el veneno o intentaba enmascarar un esfuerzo deliberado por obstaculizar la búsqueda de Ícaro? En cualquier caso, la mejor opción era intentar convertirlo en un aliado.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Se le aguaron los ojos, parpadeó deprisa y apartó la mirada. Se le movió la nuez al tragar y, cuando volvió a hablar, tenía la voz más ronca.

—Tengo que hacer un reparto de turnos. —Se aclaró la garganta y se enderezó un poco en la silla—. Mañana lanzarán la nave de ayuda. Lunetta va a hacer una transferencia de carga acelerada a un transbordador lunar el viernes y deberíamos verlos aterrizar la mañana del martes, el día siete. Le he pedido a Eugene que ejerza de administrador interino, pero no conoce los formularios y… ¿Podrías enseñarle?

—Claro. —Por supuesto que me necesitaba como secretaria. No importaba que fuera más eficiente dejarme hacer el trabajo en lugar de enseñar a un hombre. No obstante, Eugene era un buen hombre, sería un buen sustituto de Frisch. Además, le vendría bien a su carrera. Todo era bueno.

A la mañana siguiente, me liberaron del encierro en el módulo científico para ayudar a Eugene por triplicado. Estaba junto a la mesa de Frisch, con la mano apoyada en el respaldo de la silla. Tomó aire y se sentó. Myrtle hizo un gesto con la cabeza cuando lo hizo, como si afirmase que ese era su sitio. Estaba de acuerdo, aunque no en esas circunstancias.

Tamborileó con los dedos en la mesa mientras revisaba el trabajo apilado.

—Siendo positivos, aún tengo una jornada más para ponerme al día.

El lanzamiento de la carga en la Tierra de esa mañana se había cancelado, una lectura del sensor no había sido como debería. Era una razón normal para cancelar. Había estado en una docena de

lanzamientos que se retrasaron o cancelaron por culpa de un sensor.

Me senté en la silla frente a Eugene y crucé una pierna sobre la rodilla para intentar que todo pareciera normal.

—¿Alguien más piensa que el retraso es cosa de los terraprimeristas?

—Por supuesto. —Eugene tenía el rostro sombrío—. No estaré tranquilo hasta que Halim aterrice aquí.

—Amén. —Myrtle miró hacia el techo—. Nunca me había sentido tan ansiosa por un lanzamiento desde el primero.

Siempre bromeábamos con la idea de que nos ataban a una bomba gigante y nos lanzaban al vacío en el espacio por el bien de la ciencia. Ya no tenía tanta gracia.

—Está bien. —Myrtle se volvió hacia el archivador—. Empezaré a investigar mientras hablamos.

Helen se apoyaba en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Si hubiera estado jugando al ajedrez con alguien, significaría que el contrincante ya había perdido.

—Nicole, ¿cuál es la respuesta a la pregunta sobre el número de lanzaderas?

—Solo alcancé a ver el lado suroeste. Había cuatro lanzaderas en los atracaderos uno a cinco.

—¡Ja! —Se dio una palmada en el muslo—. El cinco estaba vacío, ¿correcto?

—Sí… —Me quedé mirando el regocijo de su cara—. Todos queremos saber qué has descubierto.

—Me pregunté cómo sería posible llegar a El Jardín sin una nave, lo que me llevó a preguntarme si había una forma de sacar una lanzadera sin que se notara. El inventario dice que debería haber una allí para mantenimiento. Los indicadores de la escotilla muestran que hay una nave atracada. El ojo de buey está esmerilado, por lo que no se puede saber qué hay al otro lado. Pero… la iluminación no cuadra. Pensé que no era una nave, pero la única forma de estar segura era abrir la escotilla y… —Extendió las manos para representar una descompresión en el aire—. No sería buena idea.

Di un silbido bajo.

—Una cosa más. La aproximación en ese punto de atraque queda fuera del alcance visual del Control de Superficie Lunar si no se mantienen las altitudes correctas.

Desde el archivador, Myrtle asentía con la cabeza, porque recorría las mismas rutas de trasporte a los puestos de avanzada que yo.

—Un buen piloto podría mantenerse fuera de la línea de visión, sobre todo si se sintiera cómodo con el vuelo nocturno.

—Todo eso está muy bien. —Eugene levantó un dedo—. Pero ¿dónde está la nave?

El silencio se interpuso entre nosotros salvo por el zumbido de los ventiladores. Era una muy buena pregunta. Si Ícaro la había llevado a El Jardín, ¿por qué no la había traído de vuelta? Sabíamos dónde estaban Curt y Frisch. Pero había un tercer nombre en la lista.

—¿Alguien sabe dónde está Faustino?

—No, aunque hemos movido tanto a la gente que ya no sé dónde está nadie. —Eugene se volvió hacia el estante con cuadernos de la pared y pasó el dedo por debajo—. Supongo que estará registrado.

—Permíteme. —Me incliné sobre la mesa y saqué la lista de turnos actual del lado izquierdo—. Si estoy aquí para ser tu secretaria, déjame hacer al menos esto. Porque no quieres que escriba a máquina.

Mientras hojeaba las páginas en busca del nombre de Faustino, Myrtle abrió otro cajón del archivador.

—Menudo desastre, esperaba algo mejor de un británico.

—Suizoalemán. Solo tiene el acento. —Pasé otra página—. Y la petulancia.

—De ahí el hervidor para el té, imagino.

Desde la mesa, Eugene dijo:

—¿Un hervidor? —Se giró en la silla y vio el reluciente aparato cromado—. ¿Un hervidor a presión? Joder.

—Esa boca. —Myrtle ni siquiera levantó la vista del archivador.

—¡Estamos en una sala llena de pilotos! ¿O acaso insinúas que

las damas no soportan una palabrota de nada? —Agarró el hervidor y rebuscó entre las cosas del té.

—Te digo que quiero que hables bien. Deja de revisar el alijo de té del pobre hombre como si fueras un saqueador de tumbas. —Jadeó y se volvió para señalar el té—. Tenemos que llevarle todo eso a Ana Teresa para que lo examine.

Eugene dejó la caja con bolsas de té que tenía en la mano. Todos la miramos como si fuera una bomba a punto de estallar. Podían estar envenenadas, o tal vez no. Podía ser el hervidor, o tal vez Frisch había tenido mala suerte y desarrollado porque sí un problema de hígado.

—Mierda. Todo es un puto asco. —Eugene se frotó la frente y cerró los ojos—. Nicole, ¿lo llevas al módulo científico cuando terminemos aquí?

—Sí. —Me habían dejado salir de la jaula, pero seguía siendo una de las pocas personas vacunadas y Ana Teresa me necesitaba. Llegué a la última página de la lista de tareas de la semana y volví al principio—. Faustino no tiene ninguna tarea asignada esta semana.

No era algo extraño en sí mismo, ya que la cuarentena implicaba que muchas tareas estaban paralizadas. Salvo por un pequeño problema. Miré a Helen, que parecía pensar lo mismo que yo.

—Si no tenía nada asignado, ¿por qué necesitaba que revisasen un traje espacial?

Esa noche, soñé que llovía. Cuando me desperté, tenía la cara pegada a una mancha de humedad en la almohada de la hamaca. El hecho de que babeo al dormir es uno de mis rasgos menos atractivos y estar en una gravedad de 1 /6 debería hacer que ocurriera más despacio, pero por desgracia no es así. Mi cuerpo apenas hundía la tela de la hamaca, pero la dinámica de los fluidos seguía permitiendo que la saliva se escapara y saturase la almohada. Tenía demasiado calor en el reducido espacio. Sin un ventilador que hiciera circular el aire, sentía el mismo calor y humedad que una noche de verano en la Tierra. Algo tintineó en la oscuridad de mi casillero. La tenue luz

que entraba en la habitación desde la enfermería no me indicaba qué hora era. Pero había dormido lo suficiente como para que las etiquetas fosforescentes se desvanecieran.

Bostecé y me di la vuelta con cuidado para comprobar el reloj Omega donde lo había apoyado, en un estante sobre bolsas de suero.

Eran las dos de la mañana, solo había dormido tres horas. Volví a dejar el reloj en su sitio y me percaté de que el estante estaba húmedo. Me incorporé con un gemido. Si una de las bolsas de suero tenía una fuga, otros suministros se estarían mojando.

Me levanté. El suelo también estaba húmedo. El agua me goteaba en la cara.

—¿Qué…? —Encendí la luz.

La condensación cubría todas las superficies. Mientras miraba alrededor, atónita, una pesada gota cayó del techo. Las gotas de agua colgaban de las tuberías y corrían por los estantes metálicos. Es cierto que el armario no estaba pensado para que alguien durmiera en él, pero no debería haber creado tanta humedad con mi aliento. Algo les pasaba a los controles ambientales.

No pude evitar pensar en el filtro de CO_2 que Curt había mencionado, aunque esos filtros no tenían nada que ver con la humedad.

Al abrir la puerta, salí a la lluvia. No era lluvia de verdad, por supuesto, pero que cayese agua sobre la Luna era tan absurdo que mi cerebro lo interpretó como lluvia. En la sala principal de la enfermería solo brillaba el tenue resplandor de una lamparita de noche, pero iluminaba lo suficiente la condensación que cubría las tuberías expuestas como para que el agua goteara sin cesar. Garnet me vio y se relajó de forma visible en la cama. Habló en apenas un susurro.

—Gracias a Dios. Birgit está en el suelo.

Una de las camas estaba vacía.

—¿Birgit? —El agua tibia me goteaba por el brazo y me corría por la piel, hasta desaparecer al chocar con la escayola. Hice una mueca. Iba a ser un problema.

—Aquí. —La voz provenía de un charco de oscuridad cerca de

la pared.

Al apresurarme, resbalé en el suelo húmedo y me enganché a la cama de Wafiyyah. Estaba incorporada y se limpiaba el agua de la cara.

—¿Qué pasa?

—Parece que los deshumidificadores han fallado. —Los seres vivos exhalamos dióxido de carbono, pero también vapor de agua. Por eso, la primera generación de cascos espaciales se empañaba—. No os preocupéis, los de operaciones se encargarán.

Encontré a Birgit sobre las manos y una rodilla, mientras arrastraba la otra pierna tras ella. Se dejó caer para sentarse con la pierna débil estirada delante y me sonrió.

—Casi llego. —Señaló la pared—. Pero no he encontrado la forma de alcanzar el interfono.

—Yo me ocupo. —Extendí las manos—. Deja que te lleve a la cama.

Negó con la cabeza.

—De momento estoy bien. Llama a operaciones para que empiecen a ocuparse del problema.

Asentí y miré alrededor de la habitación en busca de detalles sobre los que informar. Era mucho peor allí fuera y el goteo del agua sobre el metal y el plástico era constante.

—Les haré saber que has detectado el problema.

Eso hizo que su apellido me viniera a la cabeza. Birgit Furst. Suiza. Trabajaba en comunicaciones. Era probable que fuera una coincidencia, pero todo empezó a dar vueltas dentro de mi cabeza. No había estado en el servicio de la iglesia, pero tampoco Frisch. Tal vez debería haberla incluido en la lista, tal vez todo el mundo debería estar en ella. Me levanté y pulsé el botón del interfono.

Un millar de aguijones me picaron la mano, la luz me cegó y todo se oscureció.

CAPÍTULO 29

APARECE EL CUERPO DE UN EXPLORADOR POLAR AL DERRETIRSE LOS GLACIARES

Por John Schwartz
Edición especial de *The National Times*

Nuuk, Groenlandia, 3 de mayo de 1963 — La capa de hielo de esta nación del norte ha revelado hoy uno de sus secretos, al descubrirse el cuerpo del científico y explorador Alfred Wegener a causa del retroceso de la nieve y el hielo.

Alfred Lothar Wegener, que inventó el concepto de deriva continental, murió en una expedición a Groenlandia en 1930.

Wegener propuso en 1912 que los continentes de la Tierra habían estado unidos, antes de separarse y alejarse unos de otros. Wegener no fue el primero en darse cuenta de que la costa este de Sudamérica parecía encajar con la costa oeste de África, pero reunió una gran cantidad de pruebas para apoyar la teoría. Mientras que cualquier colegial sería capaz de ver que el este de Sudamérica podría anidar sin problemas en el oeste de África, Wegener llevó a cabo el trabajo científico de compilar los datos geológicos que corroborasen sus afirmaciones. El hallazgo de fósiles similares de animales y plantas a través de un vasto océano sugería que los continentes separados habían estado unidos una vez en un supercontinente, al que llamó Pangea. Sin embargo, los principales geólogos cuestionaron su teoría, que languideció hasta

la década de 1960, cuando el campo en desarrollo de la tectónica de placas reveló el mecanismo subyacente del movimiento continental.

«El cambio climático es una crisis global, pero es capaz de sorprendemos con buenas noticias», dijo Peter Harrer, nieto de Wegener. «Me alegra que podamos devolver los restos de mi abuelo a su hogar ancestral, en lugar de que permanezcan en los sombríos páramos del Ártico».

—La he encontrado. —Unas manos suaves me acariciaron los brazos y bajaron hasta agarrarme la muñeca derecha—. Tiene pulso.

Estaba oscuro. Parpadear no lo solucionó.

Tenía un dolor palpitante en el brazo izquierdo, punzante, caliente y frío a la vez. El agua me goteaba en la cara y el aire olía a tormenta.

—El pícnic se va a mojar. —Nada más decirlo, estaba bastante segura de que no tenía sentido. Fruncí el ceño y traté de entender por qué estaba oscuro. Las nubes ocultaban las estrellas, supuse.

—Traeré a la doctora Brandáo. —Una mujer joven con acento suizo habló desde el otro lado de la habitación.

Otra mujer, tal vez árabe, dijo:

—¡Cuidado! ¡No te vayas a electrocutar! Todo está mojado.

—No hay energía.

Me sentí como si tuviese el cerebro sumergido en lodo, pero por fin empecé a distinguir la superficie. Una descarga, me había dado una descarga. Tragué y me dolió la garganta.

—Estoy bien. Solo un poco aturdida.

—¿Aturdida? —La mujer que me había tomado el pulso parecía ofendida. Sabía su nombre, de Arizona. Imelda—. Has salido volando al otro lado de la habitación. Todavía tengo la trayectoria grabada en las retinas.

—Dame un *brandy* y estaré bien. —Me incorporé sobre el codo derecho. Me dolían todos los músculos del cuerpo, pero tenía especialmente mal el brazo izquierdo.

—¿Un *brandy*? —Imelda no parecía tener claro que no hubiera perdido el juicio.

—Es algo que mi madre decía. La alcanzó un rayo hasta en tres ocasiones. —La habitación estaba tan oscura que me salían destellos fantasmales de color en los bordes de la visión—. Solo por confirmar. ¿Las luces están apagadas?

—Sí. —Seguía con la mano en mi muñeca—. Descansa hasta que llegue la médica.

—*Starnefóifi*. —Esa era Birgit, que había dicho que iba a buscar a Ana Teresa—. La puerta está cerrada.

—Claro, nos hemos quedado sin energía. —Quise acurrucarme para protegerme la muñeca, pero me senté y me sentí algo más despejada. Había alguna razón por la que no quería que Birgit se fuera, pero me costaba sacarla del fango—. Las esclusas se cierran automáticamente.

—Pero se puede abrir, ¿verdad? —Una voz jadeante que era apenas un susurro: Garnet. La calculadora que se veía con Kadyn Murphy.

—Sí, pero no tenemos luz para comprobar la presión Delta-V. —Podría no ser fiable incluso si viéramos el manómetro—. ¿Alguien sabe a qué hora empezó?

Un murmullo general de disculpas y recriminaciones recorrió la enfermería. Me puse de rodillas, con la mano derecha apoyada en un charco de condensación poco profundo. El relleno de algodón del interior de la escayola estaba húmedo y frío. Suspiré y dejé caer la cabeza. Estaba lloviendo, no teníamos un intercomunicador que funcionara y era la única que podía caminar.

En teoría. Todavía no había intentado ponerme de pie y mamá siempre se tambaleaba un rato después de un rayo. Ni siquiera tenía un hierro nueve en el que apoyarme. Al menos nadie me veía mientras a duras penas me ponía en cuclillas y decidía que tendría que esperar un minuto antes de levantarme del todo. Una gota me salpicó la cabeza y me recorrió el pelo.

—Está bien, señoras. Vamos a trabajar. —Cerré los ojos, lo que me facilitó pensar, a pesar de estar en una habitación oscura—. Nombre y estado.

—Birgit Furst. Ilesa. ¿Mencionamos la polio?

Con una mueca de dolor, me volví hacia el sonido de la voz, que estaba a mi derecha y presumiblemente cerca de la puerta.

—Solo si ha habido un cambio de estado o necesitas asistencia médica inmediata. —¿Para qué mencionarlo cuando yo era la única en la habitación que no la tenía?

—Imelda Corona. Ilesa. —Seguía a mi derecha.

—Garnet Cunningham. Ilesa. —Una ironía, ya que la calculadora era una de las más afectadas y apenas podía susurrar. Ana Teresa le había puesto oxígeno puro, pero no era muy diferente del aire normal de la colonia. Usábamos una mezcla de argón y nitrógeno para reducir el peligro de incendio, pero el oxígeno seguía siendo un porcentaje mayor que en la Tierra.

Me estremecí al imaginar si me hubiera dado la descarga en una de las viejas cápsulas de oxígeno puro.

—Wafiyyah Zinat Abbasi. Ilesa. —Todavía en cama, también, y un poco detrás de mí, lo que me facilitó construir una imagen mental de dónde me encontraba en la habitación.

Estaba más o menos a un metro de la pared del interfono y la puerta exterior, así que no había salido despedida por la habitación. Solo me había caído hacia atrás, pero el proceso de sentarse había hecho parecer que estaba más lejos en realidad. Eso significaba que el armario de almacenamiento debería estar a mi izquierda en la otra pared más corta.

—Bien. —Pasaba algo más, además del goteo de agua, mi brazo y el apagón. El apagón era… Debería haber luces de emergencia. No debería estar tan oscuro—. Otras personas se estarán ocupando del problema principal, así que vamos a resolver solo lo que ocurre en esta habitación. La luz, el agua y la puerta. En ese orden. Por casualidad, alguna no tendrá una linterna, ¿verdad?

—La luz que Brandáo utiliza para revisarnos los ojos funciona con pilas —dijo Imelda—. Creo que está en uno de los armarios.

—Bien pensado. —Si la puerta estaba a mi derecha y el armario de suministros a mi izquierda, junto con la mayoría de las camas, entonces solo tenía que encontrar la puerta y tantear a lo largo de los armarios de la izquierda—. Birgit, ¿has encontrado la puerta?

—Sí, pero no he hecho nada con ella.

—Bien. La luz debería estar en uno de los cajones de la izquierda. —Me arrastré con una mano entre los charcos de agua hacia su voz, sin confiar todavía en mí misma para caminar en la oscuridad—. ¿Por qué no hablas de cualquier cosa para que siga tu voz?

—Puedo buscarla —gruñó y la tela crujió—. ¿En qué cajón está?

Su voz venía de más arriba que antes. Me detuve.

—¿Acabas de levantarte?

—Me he arrastrado, sí. —Me parecía que estaba junto a la encimera—. También he recuperado la fuerza en la pierna izquierda, pero no lo suficiente para sostenerme todavía. ¿En qué cajón?

Entrecerré los ojos en un intento de aclararme la memoria. Joder, cómo dolía.

—La segunda cajonera desde la puerta. Es el de arriba, creo.

El metal repiqueteó y me arrastré en esa dirección. Había algo más. Algo en lo que debería estar pensando. Incluso si no me hubiera llevado una descarga, la humedad me dificultaba pensar. Me sentía como en una noche de verano en la Tierra y eso me hizo desear tener uno de los abanicos de sándalo de mamá.

Dejé de arrastrarme.

—Los ventiladores están apagados.

—¿Qué? —Imelda jadeó al comprender—. ¿Cuánto aire respirable hay?

Desde la cama, Garnet susurró:

—Tenemos bombonas de oxígeno.

—Buena chica. —Sin embargo, el resto de la colonia no. Por fin me di cuenta de que no se filtraba luz desde la ventana de la puerta, tampoco había energía en el pasillo. Las habitaciones eran lo bastante grandes como para que no fuera un problema durante un par de horas, pero lo terminaría siendo—. Vale, estamos bien. En cuanto tengamos luz, nos pondremos con el problema del agua. Dejemos que de la energía se encargue el equipo de mantenimiento.

—La he encontrado. *Gopferdammi*. —Un repiqueteo de metal,

un chasquido de cristales al romperse y algo metálico rodando por el suelo—. Seré imbécil… Lo siento. Se me ha caído.

Parecía que la bombilla también se había roto. Estupendo.

—Tranquila, le puede pasar a cualquiera. Vuelve a la cama y ten cuidado con los cristales.

—Pero está muy oscuro. —La voz de Garnet sonaba temblorosa—. ¿Qué vamos a hacer?

Cuando la gente está indefensa, empieza a tener miedo de cosas que en su vida normal no la asustarían en absoluto. Probablemente Garnet no había tenido miedo a la oscuridad desde que era una niña pequeña, pero ¿atrapada en una caja, sin poder moverse y con la lluvia goteándole en la cara? La oscuridad era lo único que parecía tener solución.

—Habrá otra bombilla. Seguro que hay una caja entera, a la CAI le encanta la redundancia. —Cambié de rumbo e intenté encontrar el camino hacia el armario de almacenamiento. El agua me goteaba por la espalda—. Oye, Garnet, háblame para que encuentre el almacén. ¿Dónde te criaste?

En cuando las palabras salieron de mi boca, me estremecí. Estaba tan descolocada que había hecho la pregunta que habíamos dejado de hacer después del meteorito, y sabía la respuesta.

—En Delaware. —El estado que ya no existía. En la oscuridad, todas recordamos el día en que cayó el meteorito en la bahía de Chesapeake. Recuperó fuerza en la voz a medida que hablaba, así que al menos parecía haber servido de algo—. Era una casita muy mona, de madera blanca. Mi bisabuelo la construyó y la fue mejorando poco a poco. Lo que más recuerdo son dos magnolias gigantes a cada lado del camino hacia la entrada. Ten. Los troncos eran tan gruesos que era imposible abarcarlos, ni siquiera con la cara pegada a la corteza. Las ramas se doblaban hasta el suelo y estaban huecas por dentro, las usábamos para jugar a las casitas.

Choqué con el hombro la estructura metálica de su cama y una sacudida me recorrió el brazo izquierdo hasta la muñeca. Gruñí y agaché la cabeza como si así fuera a mantenerme en silencio. Joder, me sentía como si me hubiera roto el brazo otra vez. Pero llevaba

una escayola. Inspiré y traté de sonar normal.

—Te encontré.

—Yo crecí en un piso. Teníamos halcones, pero no árboles —dijo Wafiyyah—. Tu casa parece mágica.

—Lo era. —Soltó una corta carcajada—. Nadie me pregunta nunca por ella, así que es como si hubiera dejado de existir ese día. Ya me entendéis.

—¿Dónde estabas?

—Mi primo se casaba en Texas, así que estábamos todos allí. —Preguntó a la oscuridad—: ¿Y tú? ¿Recuerdas dónde estabas cuando cayó el meteorito?

Por Dios, sí. Leía el periódico en la sala del desayuno con mis padres cuando el ama de llaves entró y encendió la radio. No dijo nada, solo la encendió con la cara tan blanca como el mantel. Al principio, pensamos que era otra guerra. Apreté la mandíbula para contener los recuerdos de aquella habitación que se hacía cada vez más pequeña conforme escuchábamos la noticia y tanteé la cama de Garnet hasta llegar a la pared.

—Yo daba clases en Constantina —dijo Wafiyyah—. Oí pasar camiones justo al lado del colegio. Recuerdo que los alumnos se levantaron y corrieron a las ventanas a ver qué ocurría, igual que cuando los soldados recorrían la ciudad durante la guerra. Solo que no había camiones. Más tarde, el director encendió la radio y entendimos lo que habíamos oído.

Palmeé la pared hasta encontrar la puerta del almacén.

—¿Lo escuchaste desde Argelia? Jesús. —La voz de Imelda sonaba como si hubiera vuelto a la cama, lo que explicaba por qué no me había topado con ella—. Yo había salido a montar con mi prometido. Volvimos a casa y su madre nos recibió en el porche llorando. Hasta ese momento, no creía que fuera humana.

Me agarré al marco de la puerta para estabilizarme y me puse de pie. No me había sentido tan dolorida desde el entrenamiento de supervivencia en el desierto obligatorio para astronautas. Se me escapó un gemido mientras mis músculos protestaban con cada movimiento.

—Nicole, ¿estás bien? —preguntó Birgit.

—Practico ejercicios vocales. Aaaaeeeooo. —Tanteé el camino hacia el almacén y traté de recordar cómo lo tenía organizado el personal médico. Una constelación de estrellas de un color azul verdoso flotó por las paredes. Me eché a reír con alivio—. Benditas sean la CAI y sus redundancias.

—¿Qué? —Las sábanas de Garnet crujieron—. ¿Qué pasa?

—Todo está etiquetado con pintura fosforescente.

Había encendido las luces de allí dentro antes de salir, por lo que había dado tiempo a que se cargaran antes de que todo se cortocircuitara. Sin embargo, las luces superiores de la enfermería habían estado apagadas, así que el brillo era mínimo.

—Una cosa que va bien.

—¡Dos! No te has muerto. —La voz de Imelda estaba un poco más alegre.

—Dame tiempo. —Mantuve el brazo izquierdo presionado contra el estómago mientras escudriñaba los estantes para buscar los repuestos de la linterna y las pilas—. Mientras hago esto, intentad ocuparos del problema del agua. Las prioridades son vuestra seguridad y limitar los daños en los suministros.

—Recibido. —Si Wafiyyah hubiera tenido acceso a un portapapeles, sin duda habría empezado a tomar notas en ese momento.

En la enfermería, las chicas empezaron a proponer ideas, identificar los problemas y los objetivos. Me aferré a los estantes y me tomé un segundo para respirar, hasta que divisé las bombillitas, que estaban etiquetadas como «luces para linternas de examen ocular».

Cuando las saqué del armario, las chicas aplaudieron. Sostuve una bajo la barbilla para iluminar mi cara.

—¡Bienvenidas a la fiesta de pijamas para mujeres astronautas! —Después de estar en completa oscuridad, la habitación parecía tan iluminada como una noche de velas—. ¿Tenemos una solución para el agua?

Imelda y Wafiyyah levantaron los pulgares.

—La tenemos. —Señaló el taburete rodante de Ana Teresa en la esquina—. Si me lo acercas, hasta te podremos ayudar.

—¿Te electrocutaste anoche y no te he visto hasta ahora? —Ana Teresa me fulminó con la mirada mientras se colocaba los guantes. El hecho de que estuviéramos en una enfermería improvisada en *Le Restaurant* en Midtown no redujo la furia en sus ojos. Me pareció injusta, ya que había acudido a verla por mi cuenta.

—En realidad, recibí una descarga eléctrica. La electrocución implica morir. —Las cortinas alrededor de la mesa de examen no llegaban a aislarnos del resto de mujeres alojadas allí—. Y técnicamente, fue esta mañana.

Si no hubiera sido antihigiénico, creo que habría escupido en el suelo. En lugar de eso, murmuró una retahíla de palabras en portugués.

—¿Perdón? —Le sonreí, como si no fuera evidente que maldecía —. ¿Qué has dicho?

Desde el otro lado de la cortina, Birgit dijo:

—Dice que los pilotos sois insufribles y que si sois astronautas, peor aún. Que podrían haberte atravesado el cuerpo con una hélice e insistirías en que sigues bien. Que ha conocido burros más inteligentes que…

—No necesito que traduzcas, gracias. —Ana Teresa miró hacia la cortina con las manos en las caderas—. Y he dicho mulas, no burros. Sea como sea, la escayola está destrozada y tengo que cambiártela.

Escondí una sonrisa. Había algo de lo que tenía que hablar con Birgit y me era imposible recordar de que se trataba por mucho que me empeñara.

—Lo siento, había agua por todas partes. —Me senté en una de las mesas del comedor y estiré las piernas, como si no estuviera agotada y dolorida.

—No te culpo por el agua. —Me agarró la mano izquierda para darle la vuelta y jadeé.

Ana Teresa me miró y me manipuló los dedos con cuidado como si fuera un maniquí. Me dio un golpecito en el índice, donde me había hecho una herida pequeña y soltó un gorjeo de satisfacción.

—¡Vaya! La marca de Jellinek.

—¿Qué?

—La electricidad entró por aquí. —Me miró los otros dedos—. Nunca lo había visto más que en los libros.

—Ah. —Tomé nota de que la manera de conseguir que Ana Teresa sonriera era presentar un síntoma novedoso.

—¿Te haces una idea de la suerte que tienes de no haber muerto?

—Sí. —El cortocircuito había dejado sin energía todo el módulo científico. Lo había frito todo de tal modo que tuvimos que trasladar a la gente a Midtown hasta que el equipo de mantenimiento terminara las reparaciones, que empezarían después de que se secara el módulo, y no parte, sino por completo, incluido el interior de las paredes, o se arriesgarían a otro cortocircuito.

El cambio de escenario era agradable, supongo. Los hombres estaban alojados en la biblioteca, las mujeres en *Le Restaurant*. No era lo ideal, pero sí la mejor opción disponible. Ver a Eugene organizar y dirigir toda la operación había sido una alegría. Me había sentido encantada de ir donde me ordenaba.

El dolor del brazo oscilaba de una punzada sorda a un balazo. Cualquier esfuerzo por ayudar a la recuperación lo empeoraba.

Ana Teresa se acercó a la mesa de exploración.

—Quítate la camisa, por favor.

Me quedé helada. Es curioso cómo de repente te das cuenta de algo que sabías, pero habías ignorado. Llevaba tiempo sin comer.

—Pero solo es el brazo.

Ana Teresa dio un largo suspiro de frustración.

—Camisa fuera. Ya.

He aquí el problema. Si me resistía demasiado, lo dejaría por escrito. Así que me saqué la camisa por la cabeza y esperé con ella pegada al pecho, como si quisiera proteger mi pudor.

Me tocó un punto junto al omóplato izquierdo. Ana Teresa retiró la mano y se quedó un momento en silencio detrás de mí. Luego levantó la voz y gritó a la cortina.

—Si habláis entre vosotras, me molestará un poco menos que escuchéis a escondidas.

Al otro lado de la tela, reinaba un silencio absoluto, como el de un crío sorprendido a mitad de una travesura. Después surgió una conversación espontánea sobre la preocupación de Garnet por su masa madre, a la que no había podido alimentar mientras estaba en la enfermería.

—Vuelve a ponerte la camisa.

Mientras lo hacía, la conversación en el exterior cambió de la elaboración del pan a una charla sobre sus mascotas favoritas. Supuse que era lo mismo. ¿Qué mascotas se podían tener en la Luna? Levadura.

Ana Teresa se dirigió al carrito y abrió un cajón. Sacó una bolsa de papel de aluminio con tacos de beicon, la abrió y me la tendió. No retrocedí, pero tomé aire con demasiada brusquedad para que pareciera casual.

—No tengo…

Levantó la mano.

—Por favor, tratar a una ciudad llena de astronautas ya es bastante agotador. Esto… Fui a una escuela solo para chicas; demuéstrame que no es un problema.

Tragué saliva.

—Sí, señora. Lo siento. —Acepté el paquete. El cubo de grasa y aceite brilló en mi mano. Levanté la barbilla y di un mordisco. Era una forma de control en sí misma.

Ana Teresa me miró masticar, lo que consiguió que la masa se me congelara en la boca y se me pegara a todas las superficies. Los tacos de beicon no deberían existir. Me señaló el brazo.

—Vamos a quitarte la escayola. Debería haberlo hecho anoche.

El yeso estaba abollado y se me había desmenuzado alrededor del pulgar y los dedos. Debajo, la gasa de algodón se había puesto de un desagradable color gris tirando a marrón. En la escayola tenía las

notas en forma de firmas superpuestas y las estrellas con las que las había decorado como recordatorio.

—Pero tienes mucho que hacer y esto todavía sujeta.

—Para empezar, eso es ofensivo. Segundo, el acolchado de debajo debe de estar empapado. No quiero añadir «infección» a la lista de dolencias.

—Es justo. ¿Me la puedo quedar como recuerdo?

—Después de estar mojada todo el día, apestará. Si te sigue interesando, adelante. —Arrastró el carrito de suministros y saetí lo que parecía una pequeña sierra giratoria—. Esto vibra, pero no te cortará la piel.

—Estupendo, no me había preocupado por eso hasta ahora.

—Es muy segura. ¿Ves? —Ana Teresa la enchufó y la encendió. Me enseñó cómo zumbaba contra la palma de su mano, como si necesitara que me tranquilizaran cual niña pequeña. Se acercó para apoyarla en la escayola.

Volví la cabeza hacia la cortina. No se distinguía ninguna palabra por encima del zumbido, aunque escuchaba el ascenso y descenso de las voces. De todos modos, hablé en voz baja.

—¿Cómo está Frisch?

Ana Teresa tensó los labios, pero no apartó la mirada de la sierra que zumbaba a través de la escayola de mi brazo.

—No comparto información sobre mis pacientes.

—Sabes por qué lo pregunto. —Mastiqué y la observé trabajar —. ¿Te sentirías cómoda hablando del té?

La sierra vibraba a través del yeso y creaba nubecitas de polvo por el aire. Ana Teresa cortó por algunos de los nombres de quienes habían firmado deseando una pronta recuperación. Se aclaró la garganta.

—El té estaba bien. Los terrones de azúcar no.

—¿Talio? —Lo habían usado con Nathaniel.

La sierra frenó. Parpadeó unos segundos, pero no levantó la vista.

—Sí.

La habitación se quedó fría. Solo pensaba en el médico de la

Tierra que había agradecido la úlcera sangrante de Nathaniel. Sin ella, no habría recibido tratamiento a tiempo y habría muerto.

—Se trata con azul de Prusia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo la pintura?

—El pigmento es el mismo, sin los aceites y todo eso. Gracias a que el lanzamiento se ha vuelto a cancelar, podrán añadirlo. Halim lo cargará personalmente en el módulo de mando. —Ana Teresa me pasó la sierra por el dorso de la mano y puso una mueca—. Es la primera vez que agradezco un retraso, aunque quizá no sea la palabra adecuada, ya que también traen las vacunas contra la polio y me gustaría tenerlas cuanto antes.

Ignoré toda esa información.

—Tengo azul de Prusia.

Se enderezó, con la sierra apagada.

—La pintura no sirve. ¿Dónde?

—El pigmento puro. —Agité la mano libre—. No pinto, pero tengo suministros disponibles para los artistas en la galería.

—¿Cuánto?

Me encogí de hombros y separé los dedos como si sostuviera una galleta.

—¿Una caja?

Ana Teresa respiró hondo y cerró los ojos. Con un movimiento de cabeza, se inclinó hacia la escayola.

—Bien.

—¡Pues vamos!

Torció las comisuras de la boca en una sonrisa.

—Si te dejo salir sin ponerte una escayola nueva, no tendrá arreglo. Lo último que necesito es reajustarte el brazo. —Arrugó la nariz por el olor que se desprendía al separar el yeso deshecho—. Pero es posible que le hayas salvado la vida a ese hombre.

—Me alegro de… ¡Ay! —El yeso se rompió y me sacudió la muñeca. Dejé caer el paquete de tacos de beicon. El dolor aumentó con el frío.

—¿Te ha dolido? —No movió las manos.

—Sí. —Tenía la respiración entrecortada. Negué con la cabeza y parpadeé para evitar las lágrimas—. Me has pillado por sorpresa, sigue.

Los músculos de la mandíbula le temblaron. Con cuidado, soltó los trozos de yeso destrozados y se volvió hacia el armario de suministros. Abrió un cajón y sacó una jeringa.

—Voy a anestesiar la zona antes de seguir.

—Estoy bien. —El brazo me palpitaba al compás de los latidos de mi corazón—. De verdad.

—En casos muy raros, las contracciones tetánicas provocadas por una descarga eléctrica pueden romper huesos. —Sacó un frasco de otro cajón y siguió hablando, como si no me hubiera oído. Su voz era clínica y enfadada al mismo tiempo—. En el caso de los brazos, suele ocurrirles a los niños pequeños porque tienen los huesos frágiles. Igual que alguien que sufre una pérdida de densidad ósea por vivir en el espacio. O la osteoporosis causada por la anorexia. —Los tacos de beicon yacían en el suelo, donde se habían caído.

Llenó el frasco.

—La máquina de rayos X está en módulo científico. Te colocaré el brazo lo mejor que pueda, pero te va a doler.

Tragué saliva.

—¿Y Frisch?

Ana Teresa metió la ampolla en el cajón y se acercó.

—Después. Ahora y durante los próximos veinte minutos, vas a fingir que tu salud importa.

CAPÍTULO 30

LA ESPOSA DEL GOBERNADOR WARGIN SE ELECTROCUTA EN LA LUNA

Base Artemisa, la Luna, 4 de mayo de 1963 — Anoche, de madrugada, una avería en el sistema de deshumidificación de la colonia lunar provocó un dramático aumento de los niveles de humedad en el aire, hasta el punto de que la colonia experimentó la lluvia por primera vez. Lejos de ser un evento encantador, el extraño suceso puso en grave riesgo a los ciudadanos de la Luna, ya que los sistemas diseñados para funcionar en entornos secos se empaparon de agua. Lo más preocupante es que la sección de la colonia más afectada alberga el ala médica, donde se trata a las víctimas de un brote de polio.

La señora Wargin, esposa del actual candidato demócrata a la presidencia, estaba a cargo de la atención nocturna en el ala de polio para mujeres cuando se percató de la lluvia. Al intentar pedir ayuda, se produjo un cortocircuito que, al parecer, lanzó a la esposa del gobernador al otro lado de la habitación. La sobrecarga eléctrica hizo saltar varios disyuntores del módulo y los dejó sin energía durante varias horas. A pesar de ello, la señora Wargin levantó el ánimo de las enfermas y fue clave en los esfuerzos de rescate y recuperación.

Ana Teresa había dicho la verdad. Dolía.
Dolía muchísimo.

Accedí a que me diese algo para el dolor, y aun así sentía el brazo palpitando en la escayola nueva.

Lo que quería era volver a la cama, tomar un Miltown y acostarme, pero tenía una reunión con Eugene para revisar los formularios del inventario.

Si hubiera sentido un dolor así en los entrenamientos, ¿habría sido suficiente para detenerme? No.

Durante el ejercicio de resistencia en el desierto, cuando me presentaba cada mañana arreglada y animada, casi había aplastado a los hombres. No tenían ni idea de que fingía. Así que corregí mi postura, me pinté los labios y me dirigí al módulo de administración.

Eugene levantó la cabeza de la pila de formularios de la mesa.

—Tienes mejor aspecto.

Era obra del pintalabios. En la guerra, una vez me abrí paso en una oficina de señal alemana con la fuerza de un portapapeles, pintalabios y…

Parpadeé cuando una idea a medias se materializó en mi cabeza.

—Eugene. —Perseguí el pensamiento de Alemania y lo traje hasta la Luna—. Creo que tengo una idea para destapar a Icaro.

Repasamos los planes con el mismo cuidado que si fuera un simulacro. El lunes por la mañana, cuando Eugene, Myrtle, Helen y yo entramos en comunicaciones, la joven que estaba detrás del mostrador levantó la vista y esbozó una sonrisa neutra de bienvenida, pero nos recorrió a los cuatro con la mirada como si nos comparase con la agenda que tenía delante.

Respondí a la mirada con una sonrisa igual de neutra.

—El administrador en funciones necesita la línea segura de la CAI de inmediato. Cuatro auriculares.

A esas alturas, todo el mundo sabía el papel que Eugene había desempeñado en la organización del rescate del fin de semana. No dudó.

—Sí, señora. —Se acercó la lista, la revisó con un lápiz e hizo

una marca en un lado—. La cabina segura está en uso, denme un segundo para despejarla.

Mientras se dirigía al pasillo de cabinas telefónicas para hacernos sitio, un sudafricano murmuró:

—Un administrador negro. —Eugene se volvió y pasó por delante de mí—. Philippus Fourie. De construcción, ¿verdad? Doctorado en ciencias materiales por la Universidad de Ciudad del Cabo —dijo con voz afable y luego se cruzó de brazos. Eugene era un tipo muy majo. Divertido y encantador. Se olvidaba con facilidad que no era solo piloto; era piloto de combate. Se quedó allí plantado, mirando al tipo, con la espalda recta y una ligera inclinación de barbilla.

Pocas veces había visto un uso tan magistral del lenguaje corporal. Eugene no hizo nada. Todo se debía a su postura. Esperó y dejó que el tipo le diera forma a la amenaza en su mente. La respiración se le aceleró un poco y se removió en el asiento.

En cuanto lo hizo, Eugene sonrió.

—Nos vemos.

Se dio la vuelta con precisión militar y volvió junto a nosotras. El pobre Fourie se encogió en el asiento y abrió un ejemplar de la revista *Popular Mechanics*, que casi seguro no estaba leyendo. Myrtle se humedeció los labios y le puso la mano en el bíceps a su marido. Estaba bastante segura de que todas las mujeres de la sala y un buen porcentaje de los hombres, la envidiaban en ese momento.

—¿Administrador Lindholm? —La joven reapareció—. La cabina está lista.

—Gracias, Anne. —Eugene la saludó con la cabeza mientras recorríamos el pasillo hasta la cabina.

Levanté las cejas y murmuré:

—¿Te sabes el nombre de todo el mundo?

—Estaba en la mesa. —Abrió la puerta de la cabina y nos la sujetó—. Y procuro informarme sobre todos los sudafricanos que envían aquí. La mayoría son buena gente, pero algunos están… «adoctrinados». Por decirlo de la manera más amable.

Myrtle ocupó su lugar en la mesa.

—Se refiere a los cabrones racistas.

—¡Esa lengua! —Eugene se rio mientras seguía a Helen al interior.

—Hay un momento y un lugar para las palabrotas. Dime que me equivoco. —Myrtle dejó una carpeta sobre la mesa y husmeó.

—¿Que te diga que te equivocas? No pienso caer en esa trampa. —Eugene nos acercó unas sillas a Helen y a mí con gesto solemne —. Muy bien. ¿Alguna última pregunta o segunda opinión antes de que empiece la llamada?

La frivolidad se esfumó de la habitación. Negué con la cabeza y me acomodé en la silla mientras trataba de encontrar una posición cómoda para apoyar la escayola. La boca de Myrtle se convirtió en una fina línea mientras repartía los órdenes del día de su carpeta. Helen puso su cara de ajedrez.

Eugene llamó. Nos pusimos los auriculares y esperamos mientras nos conectaban a través de Lunetta con la Tierra, con la secretaria de Clemons y, finalmente, con él.

—Eugene. —Clemons se aclaró la garganta—. Informe de situación y luego le pondré al día sobre la nave de suministros.

Durante la llamada, asumimos que Icaro nos escuchaba.

Sabíamos que tenían un operativo en comunicaciones en Lunetta o en una estación terrestre. Suponíamos que el ruido de muelle era el sonido de las llamadas al grabarse para revisarlas en busca de mensajes ocultos más tarde. En teoría, teníamos unos segundos antes de que empezaran a grabar.

Teníamos pensado asustarlos.

—Entendido. Vamos a activar el protocolo Rhode Island. Código cuatro tres cuatro eco papa. Repito: código cuatro tres cuatro eco papa. —Eugene levantó la vista del papel y señaló a Helen—. Este es el mensaje.

Helen asintió, levantó el orden del día y comenzó a hablar en taiwanés. Se expresaba con claridad y movía cada sílaba como si fuera una pieza de ajedrez deslizándose de casilla en casilla. Casi nunca la había oído hablar en su lengua materna, salvo en momentos de tensión, cuando a veces recurría a las palabrotas. Al

escucharla, se distinguía el propósito y el poder de cada letra que pronunciaba.

Nadie habría adivinado que estaba recitando la letra de la popular canción taiwanesa *You Can't Raise a Goldfish in a Wineglass*, intercalada con acrónimos de la CAI y números al azar. No había ningún protocolo Rhode Island.

Los terraprimeristas tendían a ser estadounidenses, así que era muy probable que no tuvieran a mano un hablante de taiwanés, lo que aumentaría el número de obstáculos que tendrían que salvar para descifrar ese galimatías sin sentido.

En el auricular, escuché el sonido de muelle. Hice un gesto con el pulgar para confirmar que teníamos oyentes. Myrtle pulsó el botón del temporizador de su Omega 3 y le hizo una señal a Helen para que continuara. En la Tierra, en algún lugar, alguien grababa sus palabras para analizarlas después e intentaría recrear el texto que se había perdido.

Escuchamos treinta segundos más de ensalmos taiwaneses y Myrtle asintió. Con suerte, les habíamos dado suficiente para mantenerlos ocupados, además de ganar tiempo para que Clemons adivinara qué estaba pasando.

Helen dejó de hablar.

Eugene cruzó los dedos sin levantar la vista del papel.

—Confirme la recepción del mensaje. Repito: confirme la recepción del mensaje.

El retraso casi me mata mientras esperábamos a que todo eso viajara a la Tierra y que la respuesta de Clemons llegara a nosotros.

Se aclaró la garganta. Me lo imaginé con los ojos entornados hacia la pared, bajando el puro mientras el humo olvidado flotaba a su alrededor.

—Recepción del mensaje confirmada.

Eugene levantó el puño al aire. Myrtle aplaudió en silencio y murmuró hacia el techo: «Gracias, Señor».

Clemons acababa de decir que iba a seguirnos el juego. Cerré los ojos y dejé escapar un silencioso suspiro de alivio al mismo tiempo que me desplomaba en la silla.

—De acuerdo con el paso veinticuatro del protocolo Rhode Island, en ausencia de transporte, el operativo ha preparado un informe verbal. —Eugene me miró—. Adelante.

Ea desinformación y la contención dentro de las filas es una buena manera de desestabilizar al enemigo, confundirlo. Hacerle perder el tiempo tratando de encontrar a un topo dentro de su propia organización.

—Ja. —La voz imitaba a la chica que fui en el pasado. Sería fácil confundirme con alguna de las empleadas suizooalemanas de la CAI, como Johanna Lehrer o Birgit Furst. Lo más importante era que no se me reconociera. Hice que sonara como si Icaro se hubiera equivocado.

Eso esperábamos. También esperábamos que Clemons comprendiera que todo lo que venía a continuación era mentira.

—El brote de polio ha tenido un lado positivo, ya que uno de los agentes terraprimeristas se encuentra entre los pacientes. Ha aceptado cooperar con nosotros y enviar informes falsos a sus superiores en la Tierra. No esperamos sinceridad total, por supuesto, pero las negociaciones acaban de empezar. Sin embargo, nos ha ofrecido la localización del vehículo desaparecido como muestra de buena fe. Esto corresponde al suceso del día dieciséis, que nos condujo al otro equipo. Por otra parte, he descubierto pruebas de que *Herr* Frisch había negociado con el gobierno de Estados Unidos para ofrecer refugio en la colonia lunar a varios funcionarios de alto rango, entre ellos miembros de la familia del presidente Denley que, de otro modo, no podrían optar a un vuelo espacial. —Kenneth había dicho «gobierno» y, aunque no fuera Denley, incluir su nombre tal vez los confundiría—. Dadas las recientes noticias sobre mensajes codificados que implican a la señora Wargin, creo que mi tapadera sigue en pie. Permiso para continuar. Repito: solicito permiso para retomar la actuación silenciosa y continuar con el protocolo Rhode Island.

El sudor me empapó la nuca durante 2,6 segundos.

—Buen trabajo. Sí, por supuesto. Siga con el protocolo Rhode Island. Recomiendo pasar a la sección veintisiete alfa del libro

negro.

—Sí, señor. —Por dentro, le aplaudí la floritura.

—Mayor Lindholm, ¿tiene todo lo necesario para ejecutar el procedimiento?

—Lo tengo, señor. —Eugene levantó los pulgares.

En resumen, lo que acabábamos de decir era: «Las cosas van muy mal aquí. Solicitamos permiso para actuar por nuestra cuenta sin informar». Clemons nos había respondido que confiaba en nosotros.

—Bien. ¿Hay algo más relacionado con el protocolo Rhode Island que debamos discutir?

—No en este momento. Si tiene los medios para cerrar esa parte de la conversación, tengo varias preguntas de operaciones relacionadas con mi papel de administrador en funciones.

Hasta ese momento, todo había sido una farsa. Pero el uso de «si tiene los medios para cerrar» era una contraseña real de los libros de códigos que Clemons había enviado. Esperábamos que los códigos más obvios disuadiesen a los terraprimeristas de prestar demasiada atención a la siguiente parte.

—Confirmado. Por favor, continúe de inmediato con el siguiente punto.

Exhalé y dejé caer la cabeza hacia delante con alivio. Había reconocido la contraseña y había dado la respuesta prevista. Helen y Myrtle se hundieron en sus sillas.

—Cuando se levante la cuarentena, quisiera hacer un recorrido minucioso por El Jardín para echar un vistazo a los planes de cultivo tempranos. —Esto ya no era un código. El código estaba en un mensaje de teletipo muy escueto referente al inventario que habíamos enviado a la Tierra junto con un lote de otros artículos. Lo que Eugene había hecho era indicarle a Clemons lo que debía buscar.

—Ajá. Pediré al departamento de agricultura que…

Las luces se apagaron.

Hay una diferencia entre una línea en silencio y una línea muerta. La línea estaba muerta. En el vestíbulo, las luces de

emergencia se encendieron y un tenue resplandor amarillo nos iluminó a través del ventanuco de la cabina. Me miré el reloj para cronometrar el apagón. ¿Tendríamos otros dieciséis minutos?

—Muy sutil.

—Queríamos asustarlos. —Helen deslizó una pieza de ajedrez imaginaria por la mesa—. Jaque.

Dieciséis minutos más tarde, volvió la luz. Eugene miró hacia la luz cuando se encendió y resopló.

—Al menos, son consistentes.

—Sí, pero ha sido una mala elección táctica. —Helen tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Acaban de delatarse y han dejado claro que nos escuchan.

—¿Tal vez haya sido un error? —Me rasqué el borde de la blanquísima escayola—. No solo una decisión estúpida. Si la energía y la grabación se controlan desde el mismo punto, quizás alguien haya pulsado el interruptor equivocado. Si solo tienen un único puesto de escucha, significaría que hay menos operativos.

—Un único puesto de escucha. —Eugene se incorporó hacia adelante—. Hemos asumido que el escucha está en comunicaciones en la Tierra. Faustino ha subido suficientes veces como para montar un puesto. Por ejemplo, en una de las estaciones de emergencia.

En los cuatro días transcurridos desde que empezamos a buscar a Faustino, nadie lo había visto. Nadie se había preocupado, porque con la cuarentena todo el mundo estaba aislado. La gente asumía que estaba en otro módulo.

Sin embargo, cuando Myrtle revisó los listados que habían enviado cada una de las zonas de aislamiento, no se encontraba en ninguno. ¿Cómo narices se desaparece en la Luna? Aparte de robando una lanzadera, claro. Pero ¿a dónde iría después?

—Tendrá que volver en algún momento —dijo Myrtle.

—¿Seguro? —Me incliné hacia delante—. La vida media de un «pájaro» durante la guerra era de seis meses. Lo sabíamos cuando nos alistábamos.

—Tú sobreviste.

No se hacía una idea.

—La cuestión es que podría haber venido con la idea de no volver a casa.

El silencio bien podría ser una línea telefónica muerta. Eugene silbó y negó con la cabeza.

—Si la explosión tuvo relación con su escondite, decir que habíamos descubierto su paradero podría ser lo que le ha hecho reaccionar. —Miró la puerta y luego su reloj—. Debería hacer un anuncio para tranquilizar a la gente. ¿Alguna podría…?

Helen asintió.

—Llamaré a Clemons para informar del estado de las luces.

Eché la silla hacia atrás y dudé.

—Eugene, ¿te parece bien si llamo a Kenneth?

—¿Qué? Claro.

Myrtle se detuvo a mitad de levantarse y me miró con la boca abierta.

—Por el amor de Dios. No has… Cariño, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con él?

Tener amigos que te conocen bien tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Tragué y doblé con torpeza el papel del orden del día por la mitad.

—No me han dejado hablar con él desde lo del mensaje codificado.

—Mierda. Nicole, lo siento. —Eugene me puso la mano en el hombro—. Por supuesto. Hablaré con comunicaciones para que no sea un problema.

Tomé aire y asentí.

—Gracias.

Myrtle y yo lo seguimos al pasillo y dejamos a Helen en la cabina «segura». El lado positivo era que las cabinas estaban vacías porque durante el apagón las habían abandonado.

Abrí la más cercana y me senté dentro. Myrtle llamó a la puerta. Cuando la abrí, me dio un pañuelo limpio y se marchó antes de darme tiempo a decir nada. Tenía los mejores amigos.

Tuve que levantar el teléfono con la mano derecha.

—Operadora. —Contestó una joven de Lunetta. ¿Tendría relación con La Tierra Primero e informaría de a quién llamaba?

—La Tierra, Kansas, larga distancia, por favor.

—Por supuesto. —El ritual de hablar con la operadora me dejó tiempo para calmarme y despojarme de un poco de adrenalina. Otra mujer dijo:

—Larga distancia.

—Operadora. —¿O sería la trabajadora terrestre la fuente más probable? ¿Tenía elección? Era lunes por la mañana en Kansas City. Kenneth estaría en la oficina de Topeka. La hora habitual a la que llamaba era el miércoles por la noche. Una llamada diurna lo preocuparía.

—Me gustaría hacer una llamada a Topeka: Main 15250.

—Claro.

El teléfono sonó una vez y la secretaria de Kenneth descolgó.

—Oficina del gobernador Wargin, ¿en qué puedo ayudarle?

Enrollé el cable en los dedos.

—Al habla la señora Wargin. ¿Está el gobernador?

—Lo siento, señora Wargin, está a punto de salir para un mitin… ¡Ah!

El teléfono rebotó y traqueteó. Después, Kenneth apareció.

—¿Nicole? ¿Estás bien?

—¿Cómo está la gatita? —No me preguntes por qué empecé con eso—. ¿Ha tirado alguna flor?

—Las flores están bien. No, espera, desaparecidas. La gatita ha robado todas las flores. No hay flores. Lo que… Nicole, no sé por dónde empezar. ¿Electrocutada, de verdad? Creía que eso era cosa de tu madre.

Maldito fuera su comunicador privado. A mí no me escuchaba, pero sí las conversaciones del Control de Superficie Lunar, y aquel habría sido un día muy activo.

—Para empezar, recibí una descarga eléctrica, porque la electro…

—La electrocución causa la muerte, sí. He oído a tu madre decir

lo mismo. Probemos otra vez: recibiste suficiente energía para dejar a oscuras todo el módulo.

—¿Tal vez? Es probable que lo soltara antes de que eso ocurriera. —Acerqué el teléfono como si pudiera acurrucarme en él —. Lo siento si te he dado problemas.

—¿Eso es lo que te preocupa? Cariño, casi te pierdo.

—No es tan fácil perderme. —Hice una mueca—. ¿Cómo de malos son los titulares?

Resopló.

—«La esposa del gobernador Wargin se electrocuta en la Luna». A los de relaciones públicas les gustaría saber si podrías organizar el rescate de un niño pequeño para sumarlo al de un grupo de mujeres con polio y completar tu imagen de heroína.

Me tocaba reírme.

—Intentaré ser una esposa comprensiva y proporcionarte noticias lo bastante sensacionalistas para acaparar la atención de otros asuntos.

Se rio, una de esas risas en las que inclinaba la cabeza hacia el techo, y luego se fundió en un suspiro. Si hubiera podido quedarme en ese silencio agradable para siempre, lo habría hecho. Suspiré y apoyé la frente en la pared.

—Por cierto, tardé en recibir la última carta. Y otra persona sacó el libro de la biblioteca.

Dos coma seis segundos después le oí inhalar. Pasó otro momento de silencio y luego dijo:

—Ya veo. Supongo que la misma persona tenía ambas cosas.

—Parece que sí. —Quise pedirle detalles sobre la investigación que llevaba a cabo el FBI. Sin embargo, incluso si Ícaro no estaba escuchando la conversación, debería asumir que los federales habrían conseguido una orden para intervenir su oficina.

—Nathaniel ha tenido que volver al hospital.

—¿Veneno? ¿O ha dejado de comer otra vez? ¿Cómo de mal está?

—Solo un dolor de estómago. Le van a hacer algunas pruebas para saber por qué. —Suspiró—. Hershel va a venir otra vez.

—Le vendrá bien. —Quería volver a casa. Echo de menos a Kenneth cuando estoy en la Luna, pero nunca había deseado tanto volver como en esa cabina. Quería hablar con mi marido sin tener que vigilar lo que decía.

—¿La gatita tiene nombre?

—Maggie. —Cambió de tono conmigo—. Como en *La gata sobre el tejado de zinc*.

—¿El personaje de Elizabeth Taylor?

—Tienes que verle los ojos. Y todavía no ha encontrado una superficie a la que no intente subirse. El respaldo de la silla, las cortinas, mi pierna… —Kenneth se aclaró la garganta—. Marlowe ha estado bebiendo mucha agua. Se le ve un poco aletargado.

—Bueno, tiene diecinueve años. —Hablé con ligereza, pero era por negación.

—Aunque tiene buen ánimo. Solo quiero que estés preparada.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no ocultármelo. —Tragué y me limpié los ojos—. Estabas de camino a un mitin, deberías ponerte en marcha.

—Que le den al mitin.

—Kenneth, ve. Parafraseando a un hombre sabio: estoy bien y no hay nada que puedas hacer por mí aquí arriba, excepto hacer tu trabajo allí abajo.

Permaneció en silencio durante más de 2,6 segundos y, cuando habló, tenía la voz ronca.

—Eres una mujer cruel, Nicole Wargin. Mira que usar mis propias palabras contra mí de esa manera.

—Si me dices que me equivoco, me subiré en el próximo cohete a casa. —Nada podía despegar en ese momento, pero me las apañaría—. Ahora ve al mitin y haz que me sienta orgullosa.

Se fue, como debía. Como habría hecho yo en su lugar y como ya había hecho.

CAPÍTULO 31

LA TEMPORADA DE HURACANES CONMOCIONA A LOS HABITANTES DE FLORIDA

La Oficina Meteorológica se prepara con la ayuda de Lunetta

Por R. Hart Phillips
Edición especial de *The National Times*

Miami, Florida, 7 de mayo de 1963 — Una fuerte perturbación meteorológica ocurrida la semana pasada cerca de las Antillas francesas, a 2400 kilómetros de Miami, ha vuelto a dirigir la atención de los habitantes de Florida hacia las operaciones de la Oficina Meteorológica de Estados Unidos en cuanto al seguimiento de los huracanes. Junto con el observatorio de la estación espacial Lunetta, los meteorólogos serán capaces de predecir y registrar con precisión el comportamiento de este huracán inusualmente temprano.

Me encantaría centrarme solo en Ícaro, pero todavía quedaban reparaciones pendientes del «día de lluvia». Todo el personal

capacitado trabajaba en la limpieza del módulo científico, lo que dejaba el mantenimiento rutinario en manos de quienes estábamos asignados a cuidar de los enfermos, a su vez. Me tumbé de lado en el suelo de Midtown, con la cabeza y los hombros en el interior de las instalaciones de las duchas. Con la mejilla apoyada contra la pared de plástico, entrecerré los ojos para enfocar el clip que intentaba reajustar en el filtro con la mano derecha.

—¿Nicole? —La voz de Eugene me sobresaltó y solté el clip. Otra vez. Odiaba hacer las cosas con la derecha, pero cualquier intento de usar la izquierda suponía… una molestia.

—Maldita… —Suspiré y busqué por todos lados—. ¿Sí?

—¿Puedes venir un momento? —Se agachó junto a la abertura, pero solo le veía los pies con los zapatos de la CAI.

—Déjame que… —Atrapé el clip con los dedos—. Casi he acabado.

—Vale. —Se incorporó otra vez y se apoyó en la pared.

Me mordí el interior del labio y cerré los ojos mientras tanteaba el enchufe del filtro.

—Si te vale, te oigo desde aquí.

Se agachó de nuevo.

—Tenemos una pista sobre Faustino.

Trastabillé con los dedos y dejé caer el clip. Me agarré al borde de la abertura y me estiré para verle la cara.

—¿Pero?

—Danika y Ruben du Preez. —Frunció los labios—. Sospecho que les resultaría más cómodo hablar con una mujer blanca.

—Ya veo. ¿Quieres que tenga una «charla» intensa con ellos?

Negó con la cabeza.

—Los metería en la categoría de bien intencionados y en negación. El objetivo de que los interrogues tú es que se sientan a gusto.

—Entendido.

Me quedé mirando el techo translúcido de Midtown. Era mediodía y el sol brillaba en lo alto del cielo. Incluso con cristal polarizado, era demasiado deslumbrante para mirarlo directamente,

como en casa antes del meteorito. Los ingenieros que lo diseñaron habían dado al cristal un tinte azul, que se superponía al negro aterciopelado del espacio. Si te quedabas allí el tiempo suficiente, las sombras se movían, pero el «mediodía» duraba tres días.

Me agarré al borde del panel de acceso y volví a entrar para buscar el clip. Una sola tarea, simple y controlable.

—¿Algo más que debería saber sobre Ruben y Danika?

—No mucho, se rumorea que hablaron con Faustino antes de que desapareciera.

El clip se deslizó hasta que se enganchó en un borde. Con cuidado, lo acerqué y empujé hasta que encajó en su sitio. Suspiré de alivio, fue casi igual de satisfactorio que un orgasmo.

—A ver qué averiguo.

—Con un poco de encanto… —Eugene se enderezó despacio—. Sal de ahí. Algo va mal.

Me escurrí por debajo de la pared. Myrtle se dirigía hacia nosotros desde la esclusa que conducía al despacho de Eugene, tenía los ojos rojos e hinchados. Todos ponemos la misma expresión cuando alguien muere. Es una cara que cualquiera del mundo de la aviación conoce, porque a todos se nos ha muerto alguien.

Me levanté y agarré el panel de acceso para volver a ponerlo en su sitio. Mientras esperábamos a que llegara hasta nosotros, giré los cierres y me concentré en confirmar que el panel se ajustaba. Fuera lo que fuera que viniera después, no quería dejar una tarea sin terminar y empeorarlo todo.

—¿Myrtle? —Eugene le sujetó las manos—. Cariño, ¿qué ha pasado?

—Ha habido un accidente en la expedición a Marte. —Le apretó las manos—. Estevan Terrazas ha muerto.

Tomé aire con fuerza en un intento de absorber sus palabras del aire. Terrazas era uno de los astronautas originales del Artemisa. Había volado con él. Había volado a la Luna con él. La sangre desapareció de las mejillas de Eugene. Cerró los ojos como si cerrase un escudo térmico y deslizó las manos por los brazos de Myrtle para acercarla.

Me quedé helada junto a las duchas. A mi alrededor, la actividad de la colonia lunar continuaba como si no hubiera pasado nada. Danika ayudaba a Birgit a cojear por la pista de atletismo. Ana Teresa iba de la biblioteca a la galería y hablaba con una de las enfermeras. Guillermo y Kadyn estaban en un banquito junto al corral de los conejos.

Ninguno conocía a Terrazas. Quizás se hubieran encontrado con él de pasada, pero la expedición a Marte había dejado la Tierra el octubre pasado y las contrataciones más recientes solo habrían coincidido con ellos unos seis meses. Sabrían que tenía el aspecto de una estrella de cine española y habrían escuchado su potente voz en la primera misión alrededor de la Luna.

No sabrían nada de su amor por el radioteatro, no sabrían cómo se reía con todo el cuerpo, ni que su hermana pequeña era la luz de su vida. No llegarían a oírle contar la historia de cómo le dio un puñetazo a Stetson Parker el día que se conocieron. Nunca probarían su paella, nunca escucharían a ese bobo anunciar las misiones desde el puesto de enlace de comunicaciones como si fueran un capítulo de *Flash Gordon*, nunca bailarían con él en microgravedad. Nunca flotarían a su lado en silencio mientras orbitaban la Luna, venerando el mismo altar.

Eugene volvió la cabeza y extendió la mano. Me agarró para atraerme al abrazo. Los rodeé y me aferré a mis amigos.

Sobre nosotros, el implacable mediodía se abría paso, ajeno a nuestro dolor. Quise refugiarme en la sombra que habíamos creado con nuestros cuerpos, pero las manos de Eugene se tensaron en torno a nosotras. En la oscuridad, murmuró:

—Tengo que ir a recibir el informe y hacer un anuncio a la colonia.

—Claro, cariño. —Myrtle asintió—. Comunicaciones llevó la noticia directamente a tu despacho. Tienen instrucciones de no decírselo a nadie hasta que lo hagas tú, pero… se hará.

—Helen. —Levanté la cabeza. Se había preparado para ir a Marte con Terrazas antes de que rotaran a Elma—. Tengo que encontrar a Helen.

Alguien, no recuerdo quién, me dijo que Helen estaba en la biblioteca, jugando al ajedrez con uno de los chicos. Pasé por Central Park y sentí que la gente me miraba. Intenté controlar la expresión, pero no había nada que hacer con mis ojos. En la Tierra, me pondría unas gafas de sol y a nadie le extrañaría.

Debería ponerlas de moda en la colonia lunar para los días soleados.

Desde el banco donde estaba apoyado con Kadyn, Guillermo me tendió una mano al pasar.

—Hola, ¿estás bien?

Apreté los labios y negué con la cabeza.

—Un mal día. —Hizo una mueca de dolor y miró hacia la galería—. Lo siento.

Mierda. Creía que Frisch había muerto. Teniendo en cuenta que se encontraba en muy mal estado, no era sorprendente. O tal vez Guillermo lo había envenenado.

—Está… —No estaba bien—. No es él. Eugene hará un anuncio pronto.

Kadyn se impulsó hacia arriba y miró hacia *Le Restaurant*, donde se encontraban las mujeres.

—¿Quién?

—Nadie de aquí. —Hacían lo mismo que hacíamos todos, repasar los nombres de las posibles bajas. Del mismo modo que cada vez que me llegaba la posibilidad de una mala noticia, me preocupaba por si era sobre Kenneth. Con la polio en la Luna, repasaron una lista de amigos cercanos y colegas que estaban allí—. Eugene lo anunciará.

Tenía que llegar hasta Helen, porque no debía enterarse así. Me metí las manos en los bolsillos y caminé, con la cabeza gacha, lo más rápido que pude hacia la biblioteca.

Dentro, se habían apartado las mesas y las estanterías de libros estaban cubiertas con láminas de plástico para mantenerlas limpias. Ana Teresa había añadido una cama cuando Lance Woolen, de operaciones, había bajado con fiebre y debilidad en el brazo izquierdo. Estaba tumbado en un lado y miraba a la pared. Los

hombres de las otras camas estaban leyendo o durmiendo. En un rincón, la radio reproducía *Chattanooga Choo Choo* mientras un hombre se concentraba en mover el pie al ritmo de la música. Solo uno, el otro yacía en un ángulo incómodo sobre la manta.

Helen estaba sentada de espaldas a la puerta en la cama de Curt con una caja de embalaje para sostener el tablero. El piloto se apoyaba en las almohadas para alcanzar las piezas; ella iba ganando.

Se reía mientras Helen estudiaba el tablero, en un claro intento de distraerla con una historia divertida.

—Así que el oficial de guardia me mira y dice: «Pero no sin la leche», y le digo… —Se le apago la voz al verme y apoyó la mano en el brazo de su contrincante. Por supuesto, el piloto sabría lo que significaba mi cara—. Helen.

Ella levantó la vista. Tensó la columna como si se preparase. Se volvió y me vio. El reconocimiento se asentó en su rostro, que se transformó en una máscara neutra. Estiró la mano y derribó al rey, dando por perdida la partida.

Curt la observó con preocupación en los ojos mientras se levantaba y caminaba hacia mí. Helen se detuvo y me miró con la columna en tensión.

—¿Vamos fuera?

Los hombres habían bajado los libros. Incluso Lance se había girado para mirarnos. Asentí y la conduje hacia la salida, pero… ¿Dónde iba a encontrar un espacio privado?

Helen me vio mirando alrededor y me puso la mano en el brazo.

—Dímelo ya.

Me humedecí los labios y asentí.

—Ha habido un accidente en la primera expedición a Marte. Estevan…

Cerró los ojos con fuerza en dos finos pliegues de puro dolor. Levantó las manos para taparse la boca. Me adelanté y rodeé con los brazos su delgada figura. Helen se apoyó en mí, sin respirar. Le pasé la mano por la espalda y sentí la tensión en cada músculo.

Se le estremeció el pecho al respirar. Sentí su pregunta en la clavícula a la vez que lo oí:

—¿Cómo?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. —Conseguí que las palabras atravesaran los cristales rotos de mi garganta—. Eugene ha ido a enterarse.

Asintió y me abrazó. Esperamos el anuncio y no sabría decir si ella me consolaba a mí o yo a ella. Permanecimos bajo el sol inmóvil y esperamos para descubrir cómo había muerto nuestro amigo de camino a Marte.

Me preparé para la posibilidad de que hubiera sido un sabotaje.

CAPÍTULO 32

ESTEVAN TERRAZAS (1924-1963)

Kansas City, Kansas, 7 de mayo de 1963 — La segunda baja en la misión a Marte se ha producido apenas un mes después de que la tripulación superase la mitad del trayecto. Los detractores señalan la muerte de Estevan Terrazas como una muestra de la incompetencia de la CAI. Una fuente anónima con un alto cargo dentro de la organización afirma que el capitán Stetson Parker se había opuesto a enviar a Terrazas y había alegado que carecía de experiencia, pero fue desautorizado por el director Clemons.

El director de la CAI ha catalogado la muerte como un extraño accidente. Según los informes, Terrazas se atascó en el sistema de refrigeración de amoniaco mientras hacía unas reparaciones. En un intento por liberarlo, la tripulación cortó una de las líneas de amoniaco. Por desgracia, un indicador defectuoso indicaba que estas se encontraban vacías y, con el corte, la presión causó que el extremo afilado de la tubería de metal saliese disparado hacia su traje y lo rasgara. El traje perdió integridad y sometió al astronauta al vacío del espacio.

Incluso si no hubiéramos estado en cuarentena, no había ningún lugar en la colonia donde reunirnos las 326 personas. Así que todo el mundo acudió al espacio común más grande del módulo en el que se encontraban y escucharon a Eugene por el sistema de anuncios.

De alguna manera, se las arregló para dejar espacio tanto para el dolor como para la esperanza en su discurso. No me refiero a que nos hiciera sentir bien ni a que sacara a relucir un aforismo trillado sobre el heroísmo y el sacrificio, sino a que nos ayudó a vislumbrar la conexión entre nuestro trabajo en la Luna y el que Estevan había estado haciendo allí afuera, así como el que llevaba a cabo la gente en la Tierra. Estábamos afligidos, sí, pero seguimos adelante, porque era lo que nos hacía humanos.

Bien entrada la noche, mucho después de que la cúpula de Midtown hubiera bajado las persianas, tan tarde que ya no era el mismo día, Helen y yo nos sentamos en el despacho de Eugene. Myrtle y él estaban haciendo la ronda, lo que hacen los políticos en momentos de dolor: consolar a la gente y escucharla. Había hecho esa ronda demasiadas veces para contarlas.

Después del meteorito, demasiada gente necesitaba consuelo y yo no tenía suficiente para ofrecer.

Helen me dio una suave patada en el pie.

—¿Recuerdas cuando Estevan le explicó a Burbujas que el título de la película *Casablanca* significaba, tal cual, «casa blanca»?

Me reí.

—Menuda cara se le quedó. Pensé que Estevan se iba a tragar la lengua de la risa.

Qué bien se reía. La lámina de plástico se agitó, Eugene la apartó y la sujetó para que Myrtle pasara con una botella en una mano y cuatro tazas de café en la otra. Tenía los ojos como si hubiera tomado demasiados *gin-tonics*.

Eugene la siguió y se hundió en la silla de Frisch. Se inclinó hacia delante y enterró la cara entre los brazos sobre la mesa. Le apoyé la mano en el brazo. No había nada que decir. Había visto a Kenneth igual de destrozado; solo se podía esperar.

U optar por la solución de Myrtle y abrir una botella.

—¿Vino de diente de león? No prometo nada.

—¿Lleva alcohol? —Levanté la mano—. Entonces me apunto.

—Lo mismo digo. —Helen levantó la mano también.

Eugene se incorporó y se limpió la cara con un resoplido.

—Dios, sí, por favor.

Nos sirvió un líquido de color amarillo intenso y repartió las tazas. Las dulces notas florales se mezclaban con el olor a tierra fresca. Myrtle levantó la suya.

—Por Estevan.

El tintineo de las tazas de café sonó plano y áspero en la pequeña habitación. Di un sorbo al líquido. Me esperaba que fuera amargo y fétido, pero era dulce y ácido, sin los sabores amargos del etanol de las primeras tandas. Levanté las cejas.

—Myrtle, está bueno.

—Al menos intenta no parecer sorprendida. —Tomó otro sorbo—. He perfeccionado la receta y he usado la esclusa para forzar el enfriamiento y detener la fermentación.

—Nadie se cree que lo del manómetro roto haya sido un accidente, ¿verdad? —Eugene se quedó mirando la taza y dio un buen trago—. Solo para que quede claro. Imposible.

Helen negó con la cabeza.

—Si sugieres que Leonard o Rafael podrían tener relación con La Tierra Primero…

—Es lo que el FBI piensa de Leonard. Por eso nos investigan. —Señaló a Myrtle y a sí mismo—. ¿Por qué no? Una de las personas a las que acabo de estrecharle la mano podría ser responsable del envenenamiento de Frisch. ¿Por qué no uno de ellos?

—No. —Helen hinchó las fosas nasales—. Nadie de la tripulación está involucrado, en ninguna de las dos naves.

—No tendrían por qué. —Pasé el dedo por el borde de la taza de café—. En una misión de tres años, sería un milagro que no fallara nada. ¿Quieres asegurarte de que ocurra? Procura que alguien instale algo mal. Un poco más de tensión en algún punto, e instala una válvula defectuosa, pero cerciórate.

—Pero no ha sido un accidente. —Eugene inclinó la taza de café hacia atrás y se la terminó. Se inclinó hacia delante y se sirvió otra buena tanda—. Alguien lo ha asesinado, no ha sido un accidente.

—Ni siquiera se suponía que habría una caminata espacial. —Negué con la cabeza despacio—. Es el espacio; a veces, la gente muere.

—¿Crees que no planearon que muriera alguien en la misión? ¿Que prefieren que cualquiera vuelva con vida? ¿Crees que quieren que alguien de la Luna sobreviva? ¿Acaso crees…? —Se calló y dejó la taza de café en la mesa—. Disculpa.

Se levantó y salió del despacho con los puños apretados. Myrtle levantó la mano hacia su marido, pero la retiró sin llegar a tocarlo. Se quedó mirando el plástico oscilante después de que saliera. Tragó saliva, se volvió hacia nosotras y esbozó una de las sonrisas más forzadas que he visto nunca.

Se limpió las manos en los pantalones y se levantó.

—¿Más vino?

—¿Segura que no quieres ir tras él?

Negó con la cabeza y se rellenó la taza.

—Necesita un minuto. —Myrtle volvió a sentarse y dejó la taza en la mesa—. Sigamos con el problema.

—De acuerdo. —Agarré mi taza con ambas manos, la escayola raspaba la superficie—. Lo que quería decir es que no les haría falta meter a un agente en la expedición a Marte. La muerte de cualquiera serviría. Tal vez vosotros no erais el objetivo de la lanzadera y ya estaba preparado de antemano.

Resopló y le dio vueltas a la taza de café hasta que el asa quedó alineada con el borde de la mesa.

La observé y pregunté:

—¿Cómo de grave fue? No nos llegasteis a contar los detalles.

—Grave. —Buscó en el bolsillo y sacó un pañuelo que retorció entre las manos—. No deberíamos haber sobrevivido.

Los ventiladores silbaron y los papeles de la mesa se agitaron. Helen se removió en la silla y dio un sorbo de vino de diente de león sin quitarnos la vista por encima del borde. Bajó la taza.

—Entonces, ¿hay dos clases de ataques: preparados e improvisados?

Eugene empujó la cortina y volvió a entrar como si no hubiera

pasado nada.

—Bien pensado. —Mientras pasaba a su lado, Myrtle le tendió el pañuelo. Bajó la mirada para aceptarlo y se acomodó en la silla antes de envolverse los nudillos ensangrentados de la mano derecha.

—El de la lanzadera fue improvisado y precipitado.

Asentí con la cabeza y fingí no darme cuenta de que, al parecer, había salido a golpear algo. Comprendía la sensación, aunque yo era más propensa a lanzar cosas.

—También encaja con lo del deshumidificador, que nos afectó a todos.

—El cortocircuito. —Helen golpeó el borde de la taza mientras lo consideraba—. ¿Sería un plan para atacar a Nicole?

—No veo cómo… —Sin embargo, había algo más. Fruncí el ceño e intenté desentrañarlo mientras miraba el interfono del despacho de Eugene. ¿Cómo lo habría hecho?—. Con el agua por todas partes, cualquiera que activase un contacto provocaría un cortocircuito. Por tanto, buscarías crear una situación en la que tu objetivo fuera el más probable en hacerlo.

—Por ejemplo, ¿una sala llena de enfermas de polio? —Helen se sentó con los pies juntos—. Si tú eres la única que podía caminar, ¿quién más iba a ser el objetivo?

—¿Ana Teresa? ¿Alguna de las enfermeras? O quizá alguna de las pacientes. —Eso era… Tras el destello del rayo—. Birgit.

—¿Qué? —Myrtle se inclinó hacia adelante para observarme.

Dejé la taza y me apreté las sienes con los dedos, no debería beber con el estómago vacío.

—Birgit empezaba a recuperar el control de las piernas. Intentaba llegar al intercomunicador, pero se cayó. Sería razonable suponer que yo sería la primera en llegar al intercomunicador, pero… casi fue ella. No, esperad. ¡Aj! Estaba muy confusa. Había algo…

—Es suiza. —Myrtle parpadeó, se levantó y se volvió hacia los armarios de archivo—. Birgit burst, es suiza y trabaja en comunicaciones. Podría ser el topo.

—Saber sintonizar una radio no es lo mismo que saber preparar

una trampa —dijo Helen.

Myrtle dejó la taza encima del archivador y lo abrió de un tirón. Hojeó los separadores.

—No, pero… —Con un ruido de satisfacción, sacó un archivo —. ¡Ja!

El paso de las páginas se acompasó con el silbido de los ventiladores. Entonces, Myrtle dejó la carpeta encima de la mesa de Eugene y señaló con el dedo una línea con aire de triunfo. Eugene se inclinó hacia delante para leerlo y silbó.

—Una cosa: si ahí dice que fue a una escuela de señoritas suiza, pienso apuñalar a alguien. —Dejé la taza en la mesa—. ¿Tengo que buscar un bolígrafo?

Myrtle se rio y dio un golpecito a la página.

—Ejército suizo. Municiones.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Volví a levantar la taza y di un trago largo que necesitaba desesperadamente.

—Así que, en teoría, no iba hacia el intercomunicador, sino que volvía de manipularlo para que pegara un chispazo. —Me froté la frente e intenté reprimir el cansancio—. Eso nos deja la cuestión de Faustino. ¿Trabajarían juntos? Quiero decir. Es incuestionable que ha desaparecido, pero ninguno de los dos tuvo la oportunidad de hacerle nada a los mandos del cohete.

—Curt sí. También podría haber ocurrido antes del despegue. —Eugene se acomodó en la silla—. No hay motivos para pensar que Ícaro sea una sola persona.

—¿Todos ellos, entonces? —Helen cruzó los tobillos—. La Tierra Primero ha conseguido meter a tres personas en una sola nave, todas con nombres que empiezan por la letra «F». ¿Qué es esto? ¿La Liga del Mal de los Nombres que Empiezan por «F»? Es demasiado complicado. Nos centramos en personas con nombres con la «F» por la navaja suiza, pero llevar una navaja con monograma me parece un error muy torpe.

La quietud de Eugene fue tan alarmante como en otra persona habría sido que gritara.

—No lo colocaron a propósito. Lamento que no estuvieras allí

para ver dónde estaba o el daño de los controles, pero te pido que confíes en mi juicio. Estaba muy claro que la navaja se cayó porque Ícaro tenía prisa y no era posible recuperarla sin desmontar los mandos.

Myrtle le puso la mano en el brazo.

—Pero podría ser robada.

—Nadie ha denunciado la desaparición de una navaja. —Señalé la pared de archivadores—. Lo de ser secretaria de Frisch se suponía que era una tapadera, pero aun así tuve que gestionar un montón de papeles. La gente denuncia hasta la pérdida de una caja de clips. Si alguien inocente hubiera perdido el cuchillo, lo habría dicho.

Eugene se encogió de hombros.

—Así que vamos a tratar que nos dirija a su propietario. Icaro negará que sea suya, pero apuesto a que alguien recordará haberla visto en algún momento. Saben que Myrtle y yo sobrevivimos a la lanzadera, así que el hecho de que tenga la navaja será comprensible. Si consigo que vengan a por mí en lugar de a por otras personas, lo consideraré una victoria.

—Ya empezamos. —Myrtle se adelantó para levantar su taza.

Eugene puso los ojos en blanco y se volvió hacia mí.

—No dejo de pensar en Faustino. Buscarlo en secreto tenía sentido cuando estábamos preocupados por Frisch, pero… —Dado lo enfermo que se encontraba, aunque hubiera estado involucrado, ahora estaba fuera de juego—. Como administrador en funciones, sería irresponsable si no informase a todo el personal de que tenemos un miembro de la tripulación desaparecido. Hagamos que todo el mundo lo busque.

—Inteligente.

—Pero… sigo queriendo que hables con Danika y Ruben. A ver si saben algo concreto de su paradero.

Asentí.

—Estoy de acuerdo con Helen en que no buscamos a un equipo grande. Pero que él y una lanzadera hayan desaparecido al mismo tiempo es… un problema. —Levanté un dedo y me volví hacia ella —. ¿Puedes hablar con Paulo? Estaba con Faustino cuando devolvió

el traje, así que podría saber de dónde venía.

Asintió.

—Sí. Usaré el ajedrez como excusa.

—Bien. Pediré a mantenimiento el tiempo estimado para el informe sobre el accidente del cohete. —Eugene dejó la taza en la mesa y acercó una libreta para tomar notas—. También les preguntaré por el fallo de los deshumidificadores, las dos cosas pasarán desapercibidas como parte de mi trabajo de administrador en funciones.

—Pasar desapercibidos… —Le di vueltas a la taza entre las manos mientras pensaba—. Quizá deberíamos dejar de ocultar lo que esta pasando. El motivo original era evitar que supieran que el FBI iba tras ellos, pero ese tren ya pasó cuando encontraron mis códigos.

Helen inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojos entrecerrados mientras valoraba las posibilidades, Myrtle dio un golpecito con el dedo en el brazo de la silla y Eugene masculló algo.

Ya le había dicho a Clemons en la Tierra que no me gustaba el secretismo, aunque lo hubiera aceptado en su momento. Sin embargo, en ese momento parecía que la forma más rápida de desenmascarar a Icaro en la Luna era no dejarles ningún lugar donde esconderse. Era distinto en la Tierra, donde tenían a donde huir. Robar una lanzadera no resolvería el problema de recursos; tarde o temprano, si querían vivir, tendrían que volver.

Eugene se recostó en la silla para mirar el techo.

—El problema de ese enfoque es que la opción más fácil de sabotearlo sería con mi testimonio, y soy negro. Necesitaremos más pruebas. —Se adelantó en el asiento y volvió a estudiar la hoja de papel—. Déjame ver si mantenimiento encuentra algo útil.

Ojalá se equivocara.

—Puedo pedirle a Kenneth que te apoye. —No haría falta mucha persuasión—. Si hacemos varias llamadas para dividir la atención, podría informarle por la mañana. Desde el punto de vista político, es un buen momento, porque a la gente no le costará establecer un vínculo con… Estevan. Si esperamos, la conexión se

difuminará en las mentes de muchos.

Eugene respiró hondo y miró la taza de café. Negó con la cabeza y miró a Myrtle al otro lado de la mesa. Ella se encogió de hombros y asintió.

—Quizás sea lo mejor. Mañana por la mañana, haremos cuatro llamadas. Yo llamaré a Clemons. Myrtle, tú a Nathaniel. Helen…

—A Reynard. Con dos maridos la llamada de Nicole será menos obvia.

—Entendido. También vigilaremos a Birgit y a Curt por si acaso. —Hizo una mueca y dio un sorbo de vino de diente de león —. AI menos eso debería ser fácil.

A menos, claro, que Birgit no estuviera tan enferma como parecía.

A la mañana siguiente, sentí el teléfono frío en la mano. Al parecer, era la primera en usar la cabina y llegué con dolor de cabeza por culpa del vino de Myrtle. Me había tomado una aspirina y después, para responder a Kenneth con sinceridad si me preguntaba, un tubo de puré de manzana para desayunar. La pulpa pegajosa y dulce seguía pegada a mis dientes, por mucho que me pasara la lengua por el interior de la boca.

En las cabinas situadas a ambos lados, mis compañeros hacían sus propias llamadas. Intenté llamar primero a casa, con la suposición de que él también habría tenido un largo día ayer. Esperaba que hubiera dormido un poco antes de ir a la oficina. Si me equivocaba, Chu compartiría conmigo la agenda de Kenneth para el día.

El mayordomo respondió al segundo tono.

—Mansión del gobernador, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, Chu.

—Señora Wargin, qué agradable sorpresa. —Nunca sonaba sorprendido, incluso cuando llamaba desde la Luna—. El gobernador está en la sala del desayuno, deme un momento.

—Gracias. Por favor, asegúrate de que sepa que estoy bien. —

Enrollé el cable en los dedos; la línea negra contrastaba con el blanco impoluto de la escayola nueva. Apreté el teléfono contra la oreja y escuché los débiles sonidos de mi hogar de fondo. ¿Había un pájaro en la distancia o mi imaginación estaba desesperada por volver la Tierra?

El teléfono crujió.

—¿Nicole, qué pasa?

—Le he pedido a Chu que te dijera que estaba bien.

—Eso no es tan tranquilizador como crees. —Sin embargo, parte de la tensión se desprendió de su voz—. Suele ir seguido de algo como: «Tuve suerte con el ángulo de entrada» o «solo fueron 8 g».

—Ni que fuera una temeraria.

—Que no… ¡Maggie, no! Ven aquí. No. —Se rio y el teléfono crujió contra la tela cuando lo bajó—. Briboncilla.

—¿Qué ha hecho?

—Ha robado un trozo de beicon. —Soltó un gruñido—. Ahora está debajo del aparador. Marlowe es un perfecto caballero y sigue sentado en su silla.

Marlowe tenía una silla en la mesa del comedor y nos miraba por encima del borde. Nunca le dábamos comida de la mesa, pero le gustaba participar. De fondo, escuché el agudo maullido de mi gato viejo.

—Así es, Marlowe. Qué poca dignidad. —Kenneth suspiró en el teléfono—. Siento mucho lo de Terrazas, era un buen hombre.

Un regusto amargo me quemó el fondo de la garganta y me ahogó.

—Lo era. Helen está bastante destrozada, aunque lo disimula bien.

—Ni me lo imagino, la incluiré en mis oraciones.

Todos nos consolamos con las ilusiones de control que podíamos. Tragué saliva, no tenía tiempo para lloros y recuerdos.

—Por eso te llamo, en realidad. Quiero informarte de lo que está pasando aquí y pedirte… Necesitamos tu peso político.

El teléfono crujió un momento y la mano de Kenneth lo

amortiguó.

—Chu, despéjame la agenda para esta mañana y déjame solo. —El aire de la línea volvió a cambiar cuando el aliento de Kenneth cruzó la distancia hasta la Luna—. Vale, dime qué necesitas.

—Voy a repasar los detalles a grandes rasgos, luego indícame los puntos en los que quieres que profundice más. Creemos que la muerte de Estevan no fue un accidente, sino el resultado de las acciones de La Tierra Primero. Aquí en la Luna, han actuado de forma similar. El propulsor defectuoso al aterrizar, los deshumidificadores, el cortocircuito que me dio la descarga. Además, ha habido otras anomalías más descaradas…

Al otro lado de la línea, Kenneth soltó un suspiro de sorpresa cuando le llegaron mis palabras después del retraso.

—Desgraciados.

Me callé por el sobresalto. Nunca antes había oído una rabia tan evidente en la voz de mi marido.

—Cariño.

—Los destruiré. Si querían que llegara el juicio final, lo han conseguido. —Tenía la respiración agitada—. Continúa, estoy tomando notas.

Me humedecí los labios y deseé estar en casa. Lo había visto enfadarse antes y era una fuerza de la naturaleza cuando eso ocurría. Se le dilataban las pupilas y los hombros se le ensanchaban hasta bloquear el hueco de las puertas. Siempre echábamos un polvo increíble cuando se ponía así. Tragué y me aclaré la garganta.

—De acuerdo. También hubo un intento de sabotaje claro…

El teléfono hizo un sonido de muelle.

Por supuesto, justo cuando llegaba al ejemplo más claro. Maldije por dentro y aligeré la voz.

—… en el Club de Jardinería. Ya sabes cómo se ponen las señoras cuando les tocan las rosas. Así que, al parecer, la señora Smith fue a quitar las que estaban marchitas y…

—También lo he oído. —La voz de Kenneth era profunda, resonante y más erótica que nunca. Sí, me atraen los hombres poderosos—. Sigue hablando, mi gente se encargará.

Dudé. Su personal era muy bueno y, si solo se tratara de adelantarse a las noticias, no me preocuparía, pero el FBI también investigaba a Kenneth por lo del raticida. Por el momento, la información no era pública. No había salido a la luz, pero si avivábamos el fuego con Icaro, casi seguro que se encargarían de filtrar la historia a las noticias, lo que perjudicaría su candidatura a la presidencia.

—Nicole. —Kenneth suavizó un poco la voz—. Déjame hacer mi trabajo, por favor.

Joder, habríamos disfrutado de una sesión de sexo increíble si hubiera estado en casa.

Por eso tenía un vibrador en la Luna.

CAPÍTULO 33

LOS PIQUETES DEL CENTRO DE CLEVELAND ACABAN EN DISTURBIOS

Cleveland, Ohio, 8 de mayo de 1963 — Miles de personas blancas enfurecidas, en su mayoría adolescentes, lanzaron piedras, huevos y tomates a los piquetes por el Congreso por la Igualdad Racial a primera hora de la mañana frente a un restaurante de autoservicio en Cleveland. La denuncia de los disturbios llevó a sesenta policías al lugar de los hechos. Al menos dos de los participantes de los piquetes resultaron heridos y fueron trasladados al hospital. Uno ha sido identificado como Robert Waldron, un hombre negro, y la otra víctima es un hombre blanco sin identificar. La policía ha declarado que el señor Waldron fue derribado y apaleado por jóvenes blancos.

Después de hablar con Kenneth, no volví a mi cama. Por desgracia. En su lugar, me reuní con mis compañeros. Eugene y yo fuimos los únicos que escuchamos los sonidos de muelle, aunque en diferentes momentos de la conversación. En mi opinión, se debía a que habían intentado cambiar de línea, lo que indicaba que tenían un único puesto de escucha. Había muy poco que hacer al respecto, además de intentar avisar a Clemons.

Cuando encontré a Danika y a Ruben paseando por la pista de

atletismo de Midtown, estaba frustrada en más de un sentido. Danika había sido una de las afortunadas que tuvo fiebre, algunos dolores y después se recuperó como de una simple gripe. En la enfermería, solo había dos bastones, así que Rubense apoyaba en un trozo de conducto, doblado para tener un mango y acolchado con capas de tela y cinta adhesiva. Tenía una base ancha y plana cortada de una caja de embalaje para darle tracción en una gravedad de 1,6.

Arrastraba la pierna izquierda detrás de él. Ruben tenía la mandíbula desencajada y se esforzaba para avanzar por la pista.

Asentí y me puse a su lado. Solo tenía que esperar al anuncio de Eugene, que me proporcionaría un buen punto de partida para la conversación.

—Buenos días.

—Buenos días. —Danika llevaba el pelo en una simple trenza alrededor de la cabeza, nada que ver con su intrincado peinado habitual—. Lamento mucho lo del capitán Terrazas.

No lo había olvidado, pero me las había arreglado para mantener la noticia a un lado. Asentí y agaché la cabeza.

—Gracias. —Delante de nosotros, el corral de los conejos reubicado desde el laboratorio de biología en el módulo científico estaba instalado al lado de la pista—. ¿Habéis visto los conejos?

Asintió y me dejó cambiar de tema.

—Nos paramos a verlos en cada vuelta, son adorables.

Ruben golpeó la pista con el bastón.

—También miramos los pollos, junto a la Galería. Nos paramos en todos los bancos disponibles.

—Aun así, parece que te va bien. —Teniendo en cuenta que hacía una semana estaba tumbado sin moverse, verlo de pie era fantástico. De hecho, por muy malo que hubiera sido el «día la lluvia», trasladar a los pacientes a Midtown les había venido bien. Era imposible que subieran a la sala de descanso del módulo científico y la sala de centrifugado quedaba descartada como forma de hacer ejercicio.

Ruben hizo una mueca.

—No está claro si podré caminar en la Tierra.

Hasta ese momento, no se me había ocurrido que era capaz de sostenerse porque su cuerpo solo pesaba una sexta parte de lo que pesaría en casa.

—Por supuesto que lo harás. —Danika se puso de puntillas para besar a su marido en la mejilla. Volvió a caer sobre los talones y señalo—: ¡Mira! Los conejitos son una monada.

Conejos en la Luna. Estaban allí para comprobar si podían ser una buena fuente de proteínas para el futuro de la colonia, a largo plazo, y para observar cómo se producía la gestación en una gravedad más baja. Sin embargo, ese día había un pequeño grupo de personas reunidas que los miraban retozar. Los conejos que habían nacido allí se movían con movimientos elásticos. En uno o dos saltos, cruzaban el recinto. Los que habían venido de la Tierra se sentían desgraciados y se quedaban tumbados en el fondo de la jaula, arrastrándose sobre las virutas de madera.

Sonaros tres campanadas por el altavoz y todos se tensaron mientras se volvían hacia la voz de Eugene:

—Buenos días. Os habla el mayor Eugene Lindholm, administrador en funciones de la Base Artemisa. Ayer fue un día duro para nuestra familia de habitantes lunares, después de dos semanas que ya habían sido estresantes. Hablé con muchos de vosotros y quiero deciros lo orgulloso que me siento del ánimo y la compasión que habéis mostrado al llorar la pérdida de Estevan Terrazas.

Mientras otras personas observaban el altavoz, como si pudieran ver a Eugene, analicé a mis objetivos. Danika rodeó a Ruben con el brazo y se inclinó con cariño hacia él. Él apretó el bastón y apoyó la mejilla en la cabeza de ella.

—Una de las cosas que me habéis repetido una y otra vez es que la cuarentena os frustra porque echáis de menos trabajar. Estáis en la Luna porque queréis servir a la humanidad. Además, debido a la separación entre módulos, os sentís aislados. Voy a instaurar los anuncios matutinos. —Escuché la sonrisa en su voz al cambiar de tono—. Sí, como si estuviéramos en el instituto.

La gente se rio y la tensión se relajó.

—Empecemos con los objetos perdidos. Hemos encontrado una navaja suiza roja con una «F» serigrafiada. Si es vuestra, podéis reclamarla avisando a mi secretaria, la señora Wargin, en la oficina de administración. También se ha perdido… Faustino Albino Ríos. Por favor, preséntate ante tu supervisor en Midtown. A todo el personal, me gustaría aprovechar la oportunidad para recordaros que la cuarentena sigue en pie. Por favor, no cambiéis de módulo sin autorización previa.

Puse los ojos en blanco y fingí que era información nueva. Me volví hacia Danika.

—Te juro que Faustino es como un hermano pequeño petardo.

Danika se agachó para meter los dedos entre la malla de la jaula y rascar a un conejito gris.

—Me imagino.

—¿En qué lío se habrá metido esta vez? —Me volví hacia Ruben mientras Eugene anunciaba la llegada del cohete de Halim, que debía aterrizar al día siguiente.

El hombre hizo una mueca y apretó el puño contra la pierna. Miró hacia la biblioteca.

—No sé dónde está Faustino.

Fue una negación mucho más firme de lo que la pregunta casual debería haber merecido.

—¿Alguna conjetura?

—No. —Negó con la cabeza y se apartó del corral de los conejos —. No, ninguna.

—Espero que esté bien. —Señalé hacia la cúpula, donde aún brillaba el sol del mediodía—. Muchas cosas pueden salir mal aquí.

—Te he dicho que no sé dónde está. —La mano se le resbaló del bastón improvisado y cayó a cámara lenta.

En la escasa gravedad, me dio tiempo a agarrarle el brazo. Bailamos un momento mientras intentaba estabilizarlo. Danika saltó demasiado rápido y se abalanzó sobre nosotros.

Nos caímos los tres. Me golpeé el codo izquierdo contra el suelo y sentí que la sacudida me recorría la rotura del brazo. Cerré los ojos un minuto y esperé a que el dolor se disipara. No lo hizo, pero rodé

hacia un lado para incorporarme. ¿Me habría gustado quedarme tumbada de espaldas para recuperar el aliento? Sí. Sin embargo, aunque no fuera piloto, como mujer astronauta no podía permitir que nadie tuviera motivos para creer que era débil.

Danika se arrodilló junto a Ruben.

—¿Estás bien?

La parte poco caritativa y desconfiada de mí estaba casi segura de que se había caído a propósito. Me puse de rodillas mientras otras personas nos rodeaban. Alguien me ofreció una mano para ayudarme a levantarme y le hice un gesto de que no era necesario.

—Ayuda a Ruben.

Me puse en pie y me limpié el polvo del culo. El brazo me seguía enviando señales de socorro en forma de un sordo latido al compás de mi pulso.

—¿Nicole? —Birgit estaba a mi lado, apoyada en unas muletas lunares diseñadas con una base ancha y ponderada—. ¿La navaja suiza? Creo que es de Curt.

—¿Ah, sí? —Me froté la zona donde la escayola me rozaba el brazo para concederle un silencio que llenar.

—Recuerdo que la tenía en la formación, porque me hacía pensar en casa. —Desplazó el peso sobre las muletas—. Y la ha perdido.

—¿No me digas? —Le sonreí como si todo lo que me había dicho fuera útil y no una masa frustrante de posibles mentiras—. Sin duda, le preguntaré al respecto.

Cuando me alejé de Birgit, reconozco que mi primer impulso fue arrojarlos a todos a una esclusa de aire hasta que pudiéramos mandarlos de vuelta a la Tierra. Quizás mantener una «conversación» con los efectos de la descompresión sobre el cuerpo humano.

No fue mi mejor momento, tampoco es que tuviera muchos últimamente. Me concentré en ordenar las tareas que tenía por delante en lugar de pensar en lo que no podía arreglar.

Tenía que hablar con Curt y con Frisch, pero opté por la conversación más fácil. Aunque preguntar «¿Quién te ha envenenado?» tampoco fuera fácil.

Abrí la puerta de la galería y entré en el tenue refugio del arte. Habían colocado la cama de Frisch de modo que estuviera frente al paisaje de Bean de los montes Tauro. El suelo se extendía en ocres y ámbar, con alguna mancha viva de verde.

Frisch estaba de espaldas, ligeramente incorporado. Ana Teresa había hecho malabares para que el administrador tuviera una verdadera cama de hospital en lugar de un catre improvisado.

La luz de las lámparas de la galería brillaba en las calvas de su cuero cabelludo.

—Nicole. —Creo que pensó que hablaba en inglés, pero el resto de lo que dijo fue en alemán de Suiza—. ¿Tiene una actualización de estado para mí?

Le respondí en el mismo idioma.

—Varias personas han empezado a recuperar la función de las piernas, lo cual es una muy buena noticia. ¿Cómo se encuentra?

—Me refería a Icaro.

—Ah. —Tomé aire y me fijé en las heridas en los bordes de su boca. Si se había envenenado a sí mismo, había calculado mal. Incluso si estaba involucrado, en aquel momento, el hombre no era una amenaza—. Curtis Frye, Faustino Albino Ríos y Birgit Furst. ¿Qué opina de ellos?

—Faustino siempre busca algún atajo. —Negó con la cabeza—. Los otros dos son contrataciones nuevas. Creo que no he conocido a *Fraulein* Furst, aunque debí de haberlo hecho a su llegada.

—O tal vez no, dado el caos del accidente.

Asintió, con los ojos entornados.

—Quizás. ¿Cómo está usted? He oído que se ha electrocutado, ¿está bien?

Me guardé para mí la definición de «electrocución».

—Es la última moda deportiva. —No mencioné los problemas para dormir ni el hecho de que apenas había comido y era consciente de ello—. Tengo una pregunta sobre los terrones de

azúcar.

—¿De dónde los saqué? —Suspiró y el gesto se convirtió en una tos larga y desgarradora. Frisch se hizo un ovillo, con una mano pegada a la boca y la otra extendida para detenerme. Me quedé inmóvil, de puntillas, observando hasta que recuperó el aliento y se desenroscó—. Disculpe y gracias por el azul de Prusia.

Abrí la boca y las palabras vacías de la esposa de un político flotaron en la habitación.

—Usted habría hecho lo mismo en mi lugar. Por favor, dime si puedo hacer algo.

—De la Tierra, los importo junto con el té. —La sonrisa de Frisch era triste mientras negaba con la cabeza—. Llegaron en la última nave. Me sentía mal, pero pensé que se debía al estrés. Ahora… Aquí tumbado en la oscuridad, me pregunto si me han envenenado poco a poco todo este tiempo o si alguien me ha cambiado los terrones de azúcar.

No tenía ni idea de cómo responderle a eso.

En la biblioteca, la radio del rincón sintonizaba una emisora que reproducía *Ring of Fire*. Guillermo se había acercado la mesa con la radio al borde de la cama y le hacía gestos a Kadyn.

—¿Has elegido Francia para la Liga Internacional? Antes eran buenos, pero este año son un desastre. ¿Eres masoquista?

—Tengo que… —Kadyn me vio y se le apagó la voz—. Te acompaño en el sentimiento.

Incliné la cabeza y me refugié en la vieja máscara de preocupación y empatia.

—Gracias, Estevan es una pérdida para todos. —En la cama de Curt, el tablero de ajedrez seguía como lo habíamos dejado, con el rey tumbado. Él estaba de espaldas, con las sábanas apretadas en un puño y la respiración un poco más entrecortada de lo que debería.

Su sonrisa parecía tensa por el dolor.

—Parece que tengo que hablar contigo de mi navaja.

Le había dado vueltas a cómo habría actuado yo en su situación.

La negación siempre sería el primer impulso inmediato. Sin embargo, dado que alguien lo había visto con ella, afirmar que la había perdido era la siguiente mejor opción.

—Me preguntaba a quién pertenecería. —Mantuve la voz ligera y despreocupada mientras me sentaba en el borde de la cama. En silencio, anoté mentalmente que Birgit no había mentido acerca del propietario de la navaja—. Me sorprende que no avisaras de que la habías perdido.

—Ya, bueno. —Cerró los ojos por un segundo, tragó, los abrió de nuevo y sonrió—. No la había perdido.

—¿Estás bien?

—Me quedé bailando hasta muy tarde.

Es una de las muchas crueldades de la polio. Te quita la capacidad de moverte, pero no de sentir. No parece una crueldad hasta que observas a pacientes con calambres en las piernas que no pueden estirarlas para aliviar el dolor. El día anterior nos habíamos saltado la fisioterapia. Desde que llegó la noticia de Terrazas, nadie pensaba en otra cosa.

Fruncí los labios, me levanté y saqué el guante de goma del carro de suministros.

—¿Así que bailando?

Palideció.

—No quería… Mierda. Lo siento, solo bromeaba. No pretendía quitarle importancia al fallecimiento del capitán Terrazas.

—Lo entiendo. A él le encantaba bailar, así que le habría encantado que lo hiciéramos en su honor. —Me puse el guante y aparté las mantas—. Deberías haber visto bailar a Ruby Donaldson. Era una bailarina profesional antes de unirse a la primera expedición a Marte.

—¿Sí? —Se puso un poco rígido cuando le levanté el pie con la mano derecha—. Yo soy mediocre, incluso en mi mejor día.

¿Volvería a tener uno de esos? Le moví la rodilla hacia el pecho, usando la escayola como guía. Todo el tiempo, no dejaba de pensar en lo que habría hecho yo si fuera Icaro y estuviera en esa cama. ¿Intentar despertar compasión? ¿Hacer que mi debilidad fuera

evidente? ¿Decir que le había prestado la navaja a otra persona?

—¿A qué te refieres cuando dices que no habías perdido la navaja?

—Sabía dónde estaba, o al menos eso creía. Se la había prestado a Faustino.

Esa era una opción interesante.

—¿Te dijo para qué la quería?

Curt negó con la cabeza.

—Ni idea.

La canción de la radio se cortó en mitad de una nota.

—Interrumpimos la programación para traerles un boletín especial de ABC Radio. Les informamos desde Kansas City. Ha habido cuatro disparos hoy en las escaleras del Capitolio de Estados Unidos cuando el gobernador Wargin se disponía a entrar en el edificio.

Dejé caer la pierna de Curt y me dirigí a la radio.

—No.

—Están escuchando ABC Radio de Kansas City. Repetimos: hoy, en el Capitolio de Estados Unidos, se han producido cuatro disparos contra el gobernador Wargin. Estamos a la espera de conocer más detalles sobre el incidente, permanezcan sintonizados para saber más. Ahora volveremos a la programación habitual.

Doris Day comenzó a cantar.

CAPÍTULO 34

ESTADOS UNIDOS PIDE A SUS ASESORES EN HAITÍ QUE ENVÍEN DE VUELTA A SUS FAMILIAS

Comienza la huida por aire de 220 personas del huracán

El resto de estadounidenses en el país reciben ayuda

> Kansas City, 8 de mayo de 1663 —Estados Unidos ha ordenado hoy que las personas vinculadas a su personal en Haití abandonen el país ante la llegada del huracán Flora. También ha ofrecido ayuda en la evacuación de otros ciudadanos estadounidenses de la isla. Aviones chárter de Pan American World Airways volarán mañana a Puerto Príncipe, la capital haitiana, para iniciar el transporte aéreo de los 220 dependientes a Estados Unidos. Es posible que participen también otros 1100 estadounidenses. El Departamento de Estado ha anunciado los planes de evacuación de los dependientes tras recibir un aviso de la estación orbital Lunetta.

Corrí por la colonia, derrapando en las esquinas. Solo pensaba «por favor, por favor, por favor, por favor». Me estrellé contra el módulo de comunicaciones.

—Necesito un teléfono.

La recepcionista levantó la vista con su estúpida sonrisa calmada:

—Señora Wargin.

—Han disparado a mi marido, necesito un teléfono.

Le cambió la cara de inmediato, empujó la silla hacia atrás y se dirigió hacia la puerta.

—Sígame.

Al llegar a la cabina de conferencias, abrió la puerta y me hizo pasar.

—¿Necesita algo?

—No. —Corrí adentro y arrastré el teléfono por la superficie de formica de la mesa—. Espere, sí. Una radio, por favor.

Todavía estaba cerrando la puerta cuando descolgué el auricular. Al otro lado de la línea, una joven en Lunetta respondió:

—Operadora.

¿Sería la espía que nos había escuchado? Seguía de pie, con la escayola clavada en la superficie de la mesa. No me tembló la voz.

—La Tierra, Kansas, larga distancia, por favor.

—Por supuesto. —En mi oído, el sonido cambió de forma sutil, como si mi voz cayera por el pozo de gravedad de la Tierra. Me dolía la garganta por el esfuerzo de no gritar. Una mujer diferente habló:

—Larga distancia.

—Operadora, me gustaría hacer una llamada a Topeka: Main 15250.

Hubo una pausa, mientras mi voz se transmitía por el espacio hasta ella, sabía que el retraso no era culpa suya.

—Por supuesto. —Esperé la conexión con la oficina de Kenneth en Topeka. Sabrían lo que pasaba—. Lo siento, señora, pero la línea está ocupada.

Había cuatro líneas en su oficina. El personal estaría desbordado atendiendo las llamadas que entraban y salían. Incliné la cabeza.

—¿Podría hacer una conexión de emergencia?

—Lo siento, señora. Es la oficina del gobernador y sería mejor que intentara…

—Soy la esposa del gobernador, le han disparado. Llamo desde la Luna. —Lo hice bien. No grité, pero mis palabras sonaban gélidas como pedazos de hielo—. Por favor, inicie una conexión de emergencia de parte de Nicole Wargin. Por favor.

La pausa. Sabía por qué pasaba, pero la espera iba a matarme.

—Por supuesto.

En un lugar extraño, tranquilo y racional de mi cerebro, se me ocurrió que tal vez estaba a punto de recibir malas noticias y que sería mejor que me sentara. Deslicé la silla hacia atrás y me hundí en ella.

—Hay que organizar una rueda de prensa. Intenta que George… —El jefe de personal de mi marido siempre sonaba tranquilo y escuchar a Medgar Davis ocuparse de sus asuntos me sirvió para respirar un poco.

—Conexión de emergencia. —Era la voz de la operadora—. Tengo a Nicole Wargin en línea desde la Luna.

Davis contuvo la respiración.

—Scott, cuelga. —Quienquiera que fuera el interlocutor, colgó sin dudar—. Señora Wargin, lo siento. No creí que se hubiera enterado todavía. Esperaba a tener más detalles para llamarla.

—Escuchaba la radio. Solo sé que le han disparado en el Capitolio. —Hice la única pregunta cuya respuesta necesitaba saber —. ¿Está vivo?

Silencio. La espera. Davis soltó un largo suspiro que absorbió todo el aire de la habitación.

—No lo sé.

—¿Cómo puede no saberlo? —Me encorvé sobre la mesa. No le grites al personal, no grites.

—No estaba allí, lo siento. Por eso no la había llamado todavía, porque sigo tratando de averiguar qué ha ocurrido. Lo único que sé por ahora es que el gobernador recibió dos disparos. —La voz le vaciló y, en todos los años que le he conocido, fue la única vez que he oído la más mínima brecha en su comportamiento. Sin embargo, me conocía desde hacía el mismo tiempo y no suavizó sus palabras —. Los informes dicen que una de las balas acertó en la cabeza.

No podía respirar y me agaché más para apretar la cabeza contra la mesa. La puerta de la cabina se abrió de golpe. No me enderecé. Eugene se agacho a mi lado, respirando con dificultad, y me abrazó por la espalda.

Luché contra la constricción de mis costillas.

—Tenía guardaespaldas. ¿Cómo ha podido pasar?

—No lo sé. Tratamos de averiguarlo.

Quería echarle en cara que preparara una rueda de prensa sin saber cómo habían disparado a mi marido. Ni siquiera sabía si estaba vivo. No dije nada de eso, porque sabía que tenían planes de contingencia para los peores casos. Al igual que yo.

No se llega a ser político sin recibir amenazas de muerte. No ves cómo tu marido decide presentarse a la presidencia de los Estados Unidos sin saber que el asesinato es una posibilidad. Medgar Davis se limitaba a seguir las directrices que Kenneth le había dejado y a mí me cabreaba.

Habría gente a la que tendría que llamar, necesitaría la línea libre.

—¿En qué…? —Se me formó un nudo en la garganta y tuve que tragar saliva para hablar—. ¿En qué hospital está?

—En el Washington Memorial. —La voz le flaqueó otra vez y eso fue casi lo peor—. Siento mucho que se haya enterado por la radio.

—Llámeme en cuanto sepa algo, no me importa lo mínimo que sea. —Colgué el teléfono y permanecí entre la oscuridad de mis brazos. Eugene me apretó los hombros y me apoyó la frente en la espalda. Volví la cabeza hacia un lado—. Le han disparado en la cabeza, supuestamente.

Me aferré al «supuestamente» porque significaba que había dudas.

—Dios. —Apretó las manos.

Me impulsé para liberarme de su amabilidad y levanté el teléfono. La mano me temblaba tanto que apenas era capaz de sujetar el auricular. Me limpié la cara con la manga.

—He pedido una radio. ¿Puedes asegurarte de que me la

traigan?

Dudó. No sé si pensó que la radio o dejarme sola era una mala idea, pero asintió y se levantó.

—¿Qué más necesitas?

—Hay… —Tuve que aclararme la garganta—. Hay una carpeta en mi habitación del ala oeste. ¿Me la traes? —Sentía su reticencia en oleadas, pero no esperé a que Eugene se fuera. Esperaba que confiaría en mí para saber lo que necesitaba.

En el teléfono contestó otra joven de Lunetta que podría ser una espía:

—Operadora.

—La Tierra, Kansas, larga distancia, por favor.

—Por supuesto. —El sonido cambió mientras miraba la pared opuesta, con los pies metidos debajo de la silla. Una mujer diferente habló:

—Larga distancia.

—Operadora, me gustaría hacer una llamada a Kansas City, Elmwood 80403.

—Por supuesto. —De nuevo, el aire cambió con el traspaso y una mujer diferente respondió.

—Hospital Washington Memorial. ¿En qué puedo ayudarle?

Quería preguntarle dónde estaba mi marido, pero una operadora de la centralita no tendría ni idea.

—Llamo por uno de sus pacientes. Quiero hablar con Nathaniel York, por favor.

—Por supuesto.

Un momento después, el teléfono sonó. Y sonó. Y sonó. Casi había perdido la esperanza.

—Al habla Nathaniel York.

—Soy Nicole. —Me adelanté, consciente de que me temblaba la voz y que pensaría que le había pasado algo a Elma—. Han disparado a Kenneth. No sé nada y odio pedírtelo, pero no sé a quién más… —Quién más entendería lo que significa estar a cientos de miles de kilómetros del amor de tu vida—. También está en el Washington Memorial. Lo siento. Sé que… ¿Podrías?

—Sí. Voy ahora mismo.

—Gracias. Yo… No quiero que esté solo. —Ahí fue cuando me rompí.

Unos pasos ligeros recorrieron el pasillo y Helen se detuvo frente a la cabina. Me di cuenta de que no se escuchaban más voces en el pasillo mientras abría la puerta de un tirón. Tenía el pelo encrespado y las mejillas sonrojadas por la carrera.

Abrí la boca, pero las palabras no salían.

—Me envía Eugene. Lo sé. No tienes que decir nada. —Se sentó a mi lado y me tomó la mano—. ¿Quieres silencio o distracción?

Quería irme a casa.

—Distracción.

Apretó los labios y asintió.

—Mi tío es cantante clásico, tenor. Me descubrió *You Can't Raise a Goldfish in a Wineglass*, que en realidad es una canción de borrachos, pero él la cantaba como si fuera una ópera. Cuando era muy pequeña, me cantaba para que me durmiera cada vez que venía de visita y yo tenía una canción favorita, *Eighteen Touches*; siempre se la pedía. Más tarde, me enteré de que hablaba de tocar a una cortesana, pero él había cambiado la letra para que tratase de mis juguetes. Lo descubrí cantándola en el patio del colegio.

—No. —Fabriqué una sonrisa y miré a Helen como si la estuviera escuchando. El resto de mi cuerpo gravitó hacia el auricular del silencioso teléfono.

—La profesora reconoció la melodía y habló con mis padres, bastante molesta, a lo que mi padre le respondió que cómo era posible que ella reconociese la canción.

Ahí parecía encajar una carcajada, y la solté.

—He pedido una radio. ¿Sabes si…?

—Están en ello, pero tienen que encontrar un cable de extensión que llegue hasta aquí, creo. —Helen se mordió el labio inferior y luego me apretó la mano—. Deja que otra persona escuche la radio.

Negué con la cabeza.

—No estoy allí.

Agachó la mirada y tensó la mandíbula un momento.

—Por aquel entonces, mi tío cantaba con un grupo maravilloso en un club y nos las arreglábamos para…

—¿Has hablado con Paulo?

—Nicole, no tienes que…

—Si no hago algo útil, me voy a desmoronar. —Todo el cuerpo me temblaba por la necesidad de solucionar el problema, pero era imposible—. ¿Has hablado con Paulo?

Asintió con todo el cuello y se mordió los labios de nuevo. Se la veía tan apenada por mí que quise apartar la mano y gritarle todo tipo de obscenidades.

—Sí, he hablado con él. De hecho, estábamos jugando al ajedrez cuando Eugene me encontró. —Helen se movió en la silla para estar más cerca de mí—. Cuando se anunció que Faustino había desaparecido, Paulo se angustió bastante.

Centré la atención en sus palabras y me aferré a ellas como un salvavidas.

—¿Sabía dónde había ido Faustino?

—No quiso decir nada, pero creo que lo sabe.

—He hablado con Ruben. —Asentí y liberé la mano con toda la delicadeza posible mientras me enderezaba en la silla—. Cuando Eugene hizo el anuncio, le pregunté de forma casual si tenía alguna idea y respondió con una negación tan rotunda que fue una clara afirmación. ¿Algo del traje espacial?

—Según Paulo, eso no tenía nada que ver, aunque no estoy convencida. Dijo que Faustino se había ofrecido a cubrir el turno de alguien porque su novia había enfermado y temía ser portador e infectar el traje. —Negó con la cabeza—. No tuve la oportunidad de indagar más.

Porque Eugene la había encontrado y le había dicho que habían disparado a Kenneth.

—Será fácil de averiguar. —Me froté la frente. Si no fuera porque oía los ventiladores, juraría que estaban apagados. El aire de

la cabina era escaso e inmóvil—. También podemos comprobar las listas de turnos en el despacho de Frisch.

Myrtle abrió la puerta de la cabina con el hombro, cargando con una bolsa de KPP en la mano. La dejó en la mesa y se agachó para abrazarme.

—Cariño, lo siento muchísimo.

Enterré la cara en su cuello, que olía a talco de lilas.

—No ha habido más noticias. —Era tanto una pregunta como una afirmación.

—Eugene sigue con lo de la radio.

—Tal vez uno de nosotros debería instalarse en otra cabina para escuchar —dijo Helen.

—Déjala que escuche. —Myrtle se apartó y lanzó una mirada feroz a Helen—. Cuando Eugene estaba en el extranjero durante la guerra, la gente quería ocultarme los periódicos y las radios. No saber es peor.

—Gracias. —No estaba segura de si llegaron a oírme.

Me apretó el hombro.

—¿Qué necesitas?

—¿Podrías… rezar por él?

—Pensaba que no… Por supuesto, cariño. Lo he hecho desde que me he enterado.

—Así es. —Respondí a la pregunta que había interrumpido. No creía en Dios—. Pero Kenneth sí.

No saber nada es lo peor, Myrtle tenía razón. La radio no ayudaba en nada, yacía en un rincón sin darnos noticias, sin importar cuál de las cinco emisoras sintonizara Eugene. La espera es lo peor. Tuve que sentarme sobre las manos para no volver a llamar a la oficina de Kenneth. La escayola se me clavaba en el muslo izquierdo. ¿Cómo era posible que no supieran nada todavía? Sin embargo, cuando me miré el reloj, solo habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que hablé con Nathaniel.

La impotencia es lo peor. Me quedé mirando la carpeta de

documentos que me había traído Eugene.

—Necesito un bolígrafo, por favor.

Eugene miró alrededor, sentado junto a la radio. Lo que más me gustaba de él es que no me dijo que eso podía esperar. Se enderezó y se rebuscó en el bolsillo del brazo para sacar un bolígrafo. Todavía me temblaban las manos y tanteé el boli cuando me lo entregó. Cayó a cámara lenta, rebotando por la mesa y dando vueltas en el suelo.

Myrtle se agachó, lo recogió y lo dejó sobre la carpeta. Se volvió hacia la bolsa de KPP y la abrió.

—Deberías comer.

—No tengo hambre.

—Lo sé. —Puso un tubo de algo delante de mí—. Pero necesitas energía.

—No tengo hambre.

—Cariño, es lo único en lo que me voy a pelear contigo. Tienes que comer.

Agarré el tubo, me levanté y lo lancé al otro lado de la habitación.

—¡No tengo hambre! —La silla se inclinó y volcó detrás de mí. El tubo chocó contra la pared y rebotó hacia el techo.

Myrtle lo atrapó en el aire.

El temblor se había extendido de mis manos a todo el cuerpo.

—¡Mierda! No quiero comer nada. Fue al Capitolio porque yo se lo pedí. No me «sentiré mejor» si como algo. Me sentiré mejor cuando suene el teléfono de los cojones y me digan algo de una puñetera vez.

Mis palabras consumieron el oxígeno que quedaba en la habitación. Quería seguir gritando. Si comía, necesitaría ir al baño y estaría fuera cuando llamaran. Estaría fuera cuando Kenneth me necesitara. Ninguno parecía sorprendido, enfadado o herido por el arrebato. Solo estaban tristes por mí. Eso era lo peor.

Myrtle se agachó y levantó la silla de nuevo. Dejó el tubo encima de la carpeta.

—No voy a jugar limpio y no voy a disculparme. —Apoyó la

mano junto al tubo y lo miró—. Vas a comerte eso porque es lo que Kenneth querría que hicieras.

—No tienes ni idea de…

—Se supone que debo decirte que «la comida es combustible». —Me miró y los ojos le brillaron con lágrimas—. No me dijo por qué, pero soy una mujer inteligente. Así que te vas a sentar y te vas a comer eso. Aceptaré la mitad del tubo, pero nada menos.

La odiaba. Le odiaba. Me senté y me comí el puñetero tubo. No tengo ni idea de qué era.

No me sentí mejor.

Empujé el tubo medio vacío por la mesa. El resto se había asentado en un bulto congelado en mi estómago.

—¿Han averiguado algo los de mantenimiento sobre el propulsor?

Eugene se sacudió en el asiento junto a la radio y levantó la cabeza. Por un momento, pensé que se había quedado dormido, pero entonces le vi las manos juntas y me di cuenta de que había estado rezando.

—No. Todavía están con la limpieza porque el propulsor es lo bastante corrosivo como para que no quieran estar allí con trajes cuando sale el sol.

La gente cree que la Luna es un lugar frío e inhóspito. Durante las dos semanas que duraba el día, la superficie alcanzaba los 127 grados centígrados.

Hizo una mueca.

—Además, les faltan trabajadores por la cuarentena.

—El sol se pone… ¿el día dieciséis? —Para entonces, todo habría estado expuesto a un día completo de sol y se habría evaporado—. ¿Qué van a hacer con el aterrizaje de Halim?

—Aterrizará en el Polo Sur y luego una lanzadera…

El teléfono sonó.

Todos nos estremecimos al oír el timbrazo. Me abalancé sobre el auricular y me lo llevé a la oreja. Myrtle se colocó detrás de mí y me

puso la mano en el hombro. Eugene bajó el volumen de la radio, pero no la apagó.

—Aquí Nicole Wargin. —Tenía la voz firme y suave, con toda la pulcritud que me habían enseñado en la escuela de señoritas suiza.

En el tiempo que el sonido tardó en llegar a la Tierra, escuché el ruido de fondo. Se oía el bullicio de un hospital: una sirena fuera del edificio, voces reclamando atención…

—Nicole. —Por la voz de Nathaniel York, en las dos sílabas de mi nombre, lo supe—. Lo siento mucho.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 35

LA SEÑORA WARGIN DEMUESTRA UNA DIGNIDAD ESTOICA Y UNA GRAN PASIÓN ANTE EL DUELO

Por Anthony Lewis
Edición especial de *The National Times*

Kansas City, 11 de mayo de 1963 — La señora de Kenneth T. Wargin ha demostrado mucha valentía en su última aparición en público, durante el funeral de su marido. Pronunció un elocuente y apasionado panegírico, retransmitido por teleconferencia desde la colonia lunar. La señora Wargin está en la Luna, atrapada con otros 300 ciudadanos lunares, por lo que no le ha sido posible asistir al funeral del gobernador Wargin, quien fue asesinado hace tres días en las escaleras del Capitolio de Estados Unidos. Se creía que la causa de la interrupción del tráfico entre la Tierra y la Luna estaba relacionada con un brote de polio, pero la señora Wargin ha hablado de sabotaje y de un complot del movimiento La Tierra Primero. La oficina del gobernador ha confirmado que se dirigía al Capitolio con información relacionada con este hecho cuando se produjo el tiroteo.

Sin embargo, era la primera vez que muchos oían mencionar el presunto motivo por el que han arrebatado la vida a su marido. Habló desde una sala de teleconferencias en la Luna, proyectarla

en la Primera Iglesia Metodista Unida de Topeka en una paulada de seis metros de altura, detrás del ataúd que contenía el cuerpo de su esposo.

Lucía un sencillo vestido negro, con un cinturón y mangas de tres cuartos, que contrastaba con la escayola de su brazo izquierdo. En el cuello, llevaba un único colgante con cuentas de azabache, que apenas colgaba en la débil gravedad lunar.

Estas fueron las palabras de la señora Wargin: «Mi marido era un hombre que amaba la ópera, jugaba al póquer y tenía debilidad por los gatitos. Luchaba por los derechos humanos y por la dignidad. Creía fervientemente en el establecimiento de un punto de partida para la humanidad en el espacio, a pesar de que padecía una enfermedad cardíaca que le impedía abandonar el planeta. Luchaba por el futuro de las personas a quienes servía y por esta razón ha sido asesinado».

La voz se le quebró en ese momento, una de las dos únicas veces en las que perdió la compostura. Fue una visión que pocos de entre los presentes olvidarán jamás. Mientras la cámara le enfocaba el rostro, que ocupaba la mayor parte de la enorme pantalla, la señora Wargin se llevó la mano a la boca y se volvió de manera repentina hacia el mayor Eugene Lindholm, el administrador en funciones de la Base Artemisa, que estaba a uno o dos pasos de distancia. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas y, por un instante, su rostro se convirtió en el de una viuda abrumada por el dolor, en lugar de la esposa de un gobernador. El mayor Lindholm le puso la mano en el hombro, Wargin tomó aire y se irguió de nuevo ante la cámara. Reapareció en la pantalla con lágrimas en las mejillas sobre el cuerpo de su marido.

«Kenneth era, ante todo, un político, en el sentido más puro de la palabra. Vivía para servir al pueblo y ha muerto para servir al pueblo. Les pido que no dejen que su muerte sea en vano. Encuentren a los cobardes que han asesinado a mi marido para impedir que expusiera sus sabotajes en la Luna y en la Tierra. Encuentren a los que me han dejado aquí atrapada, sin la posibilidad de acompañarlo en sus últimos momentos. Encuentren alos que están dispuestos a dejar a la humanidad atrapada en la Tierra por miedo».

»Mi marido me envió a la Luna porque era una oportunidad para el progreso de la humanidad. No creía que debiéramos abandonar la Tierra ni que fuéramos a hacerlo por iniciativa propia, sino que el espacio nos brindaría las herramientas, los

objetivos y, sobre todo, la esperanza de un futuro en el que ejercer al máximo nuestro potencial como individuos.

Después de hablar, asistió a la despedida por parte de los dirigentes de la Iglesia y del Estado a través de una cámara. Pocos fueron capaces de permanecer impasibles ante este retrato viviente de dolor estoico.

Tengo la suerte de ser capaz de retrasar mis reacciones ante acontecimientos intensos. Es útil cuando estás en un avión que se cae. Es útil cuando te pillan desprevenida en una conversación política. Es útil cuando tu marido ha sido asesinado.

Las cámaras de televisión se apagaron y me cubrí la cara con las manos. La capa de resolución en la que me había envuelto se resquebrajaba y todavía no podía permitirlo. La mano de Eugene se apoyó de nuevo en mi espalda y trató de abrazarme.

Me enderecé, respiré hondo y me aparté.

—Estoy bien.

Eugene miró a Myrtle, que había observado desde un espacio seguro detrás de las cámaras. Helen estaba en las sombras, con los brazos sobre el regazo. Tenía los labios apretados y las huellas de las lágrimas en su rostro casi lograron que me desmoronara de nuevo.

Bajé la mirada, estirando las mangas del vestido teñido a toda prisa. No había ropa de luto en la Luna, pero Myrtle había trabajado en una empresa que fabricaba tintes para el pelo. Habló con alguien del departamento de química y le entregó una fórmula. Helen antes era calculadora y se acordó de una compañera que antes era costurera. Uno de los artistas de mi galería había diseñado el collar con trozos de brecha lunar, rocas pulverizadas y fundidas por los meteoritos. Ese día en la Luna, fui la señora de Kenneth T. Wargin.

Tenía las mejillas empapadas y me limpié las lágrimas con la palma de la mano en un gesto apresurado.

—¿Tienes mi carpeta?

—Tal vez deberías tomarte un descanso. —Myrtle la sacó de debajo del brazo.

Negué con la cabeza, la abrí y busqué la siguiente tarea. Soy astronauta y soy la esposa de un político… la viuda de un político.

Teníamos planes de contingencia. Todo lo relacionado con su posible muerte estaba escrito en esas páginas para que no tuviera que pensar. La primera página tenía una lista de nombres y números de teléfono. Familiares, funeraria, abogados. Todos con una marca de verificación al lado. Los gatos estaban con Nathaniel. Los de la mudanza habían sacado nuestras cosas de la Mansión del Gobernador. Pasé las páginas y revisé el orden de operaciones para el duelo.

Hice otra marca junto a «funeral».

El entierro era lo siguiente. Lo llevarían a Wichita, donde sería enterrado en la parcela familiar. Podría haber organizado que retransmitieran el entierro desde el remoto cementerio, pero me habría sentido egoísta añadiendo una capa de complejidad más a un día que ya sería difícil para su familia en la Tierra.

Después… no había nada más. Me quedé mirando la página vacía. Si estuviera en casa… ¿Dónde estaba mi casa ahora?

Se me formó un nudo en las tripas. Si estuviera en la Tierra, habría tenido más cosas que hacer, pero desde allí, todo lo relacionado con su muerte se había terminado. En la Tierra, otras personas se habían encargado de todo en mi ausencia. Había hecho llamadas, tomado decisiones y delegado, pero mi presencia no era necesaria.

¿Y ahora qué? Cerré la carpeta.

Los ventiladores de la sala zumbaban alrededor. Una niebla gris flotaba en los bordes de mi visión y sabía lo que era. No tenía tiempo para desmayarme. Me quedé mirando los cables de la cámara de televisión y traté de respirar hasta que se me pasara el mareo. En el suelo, los cables se enroscaban como serpientes; en los puntos donde no estaban sujetos con cinta, se retorcían en la corriente de aire sin el peso suficiente para superar la bobina del cable. La niebla retrocedió y los ventiladores se redujeron a un silbido lejano.

Miré al joven que había controlado las cámaras.

—Gracias. —Tenía un nombre. Lo conocía de antes, pero en ese momento solo era otro chico blanco de ingeniería. Me acerqué a

él y le apreté la mano con una ilusión de sinceridad—. Muchas gracias por ayudarme hoy.

Tenía los ojos húmedos.

—Señora, siento…

—Gracias. —Si me daba el pésame, le gritaría. No se le grita al personal—… ¿Te importaría darme un momento? —Dejé que se me apagara la voz.

Agachó la cabeza y salió de la habitación; me quedé a solas con Myrtle, Eugene y Helen. Miré hacia la puerta que había cerrado tras de sí y pregunté:

—¿Qué ha pasado con Icaro?

A mi lado, Myrtle se puso rígida. No lo aprobaba y me sabía todas las razones por las que pensaba que debería parar y descansar, así que preferí enfrentarme a Eugene. Su rostro estaba fijo e impasible. Por un momento, miró a Myrtle y me la imaginé dándole instrucciones a mis espaldas.

Eugene ladeó la cabeza.

—Nicole.

—Han asesinado a mi marido. No te atrevas a terminar esa frase con nada que no sea un plan para informarme de lo que me he perdido. —Agarré la carpeta con las dos manos y la escayola raspó el papel con un siseo—. ¿Qué habéis averiguado sobre los controles del transbordador lunar en el que llegamos?

Apretó los puños y miró al suelo. Frunció los labios y negó con la cabeza, como si acabase de perder una discusión silenciosa. Después, enderezó los hombros y me miró.

—No es concluyente, pero el propulsor en sí está bien. Los mandos tenían residuos, lo que explicaría el fallo intermitente. Sin embargo, no llegaban a impedir su uso cuando abrieron el controlador. Podrían haberse desplazado en el impacto, por eso yo no tuve problemas, o podrían haber sido resultado del impacto.

—¿Faustino?

Detrás de mí, Myrtle dijo:

—¿Por qué no tenemos esta conversación en la cafetería?

Fruncí el ceño.

—No está abierta.

Intercambió una mirada con Helen, quien se aclaró la garganta.

—La han abierto esta mañana. Halim aterrizó con las vacunas el jueves, así que hemos levantado la cuarentena.

—Ah, claro. —Me habían dicho que había aterrizado, pero no había procesado la información. Me había pasado los últimos tres días encerrada en el módulo de administración haciendo llamadas o durmiendo bajo una manta de Miltown. La cafetería estaría llena de gente bienintencionada que querría consolarme.

—No es seguro.

—No, pero después de lo que acabas de emitir, no creo que la seguridad sea una preocupación. —Myrtle se dirigió a la puerta—. A todos nos vendría bien comer algo.

—No tengo hambre.

Myrtle se detuvo en la puerta e inclinó la cabeza.

—Kenneth querría que comieras.

—Kenneth no quiere que coma, ni me mira desde el cielo y se preocupa, porque está muerto. —Llevaba tres meses lejos de él, en los que solo escuchaba su voz una vez a la semana. No debería sentir su ausencia con cada respiración.

A veces se me olvidaba. Por un instante, mientras estaba ocupada con otra cosa, él seguía existiendo en el mundo. Seguía en la Tierra, en su despacho, trabajando, jugando con la gatita, hablando con un elector o yendo a la ópera. Cerré los puños para luchar contra la pena y la rabia que me llenaban la garganta.

—¿Cuál es la situación de Faustino?

—Puedes permitirte un momento para llorar.

—¡Esta es mi forma de hacerlo! —Se me desgarró la voz—. La gente que lo ha matado está ahí fuera planeando quién sabe qué, ¿y quieres que me eche una siesta? ¿Qué me tome un tentempié? ¿Qué me rasgue las vestiduras y llore?

Helen salió de entre las sombras.

—Sí, justo eso queremos. Hemos estado trabajando y te prometo que no pararemos hasta que los encontremos y los detengamos.

Tuve que recordarme a mí misma que ellos también estaban de duelo. Kenneth había sido un buen amigo para todos. También habíamos perdido a Terrazas. Me mordí el labio y miré la carpeta mientras hojeaba las páginas inútilmente.

—Tenéis dos opciones, o me dejáis ser funcional y estar ocupada o pararé. Del todo.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. —Los meses de desesperación adormecida después del último aborto espontáneo me vinieron a la mente y el dolor por la pérdida de Evelyn Marie se juntó con la pérdida de mi marido. ¿Habría sido más fácil si ella hubiera vivido? Los ojos me ardían de nuevo y me los limpié con el dorso de la mano—. Comeré. No lo suficiente como para contentaros, pero comeré.

La comida es combustible. Tenía un trabajo que hacer y conocía las consecuencias de no comer. Sabía hacia donde me encaminaba. Sin embargo, reconocer el camino y salirse son dos cosas diferentes.

—Nicole.

—Por la forma en que te niegas a responder a la pregunta, deduzco que Faustino está muerto.

Eugene dio un paso hacia mí.

—Sí. —Flexionó la mano con costras en los nudillos. No estaba seguro de si eran nuevas o del… ¿miércoles?

¿Habían pasado cuatro días desde que supimos lo de Terrazas?

—¿Vas a contarme cómo?

—Según Ruben, se fue a esquiar.

—A esquiar. —Me faltaba información—. Estamos en la Luna.

—Faustino había venido antes, conocía lugares donde el regolito se vuelve polvo. Unos esquís de madera se destruirían, por supuesto, pero uno de los amigos de Ruben tiene un doctorado en ciencias materiales y consiguió fabricarle esquís con los restos de un contenedor de embalaje. Varios se escabulleron para probarlo.

Los niveles de rabia e incredulidad que hervían bajo la superficie de mi piel habrían servido para cocinar un filete de ternera.

—¿Me tomas el pelo?

La sonrisa de Eugene era sombría.

—Eso mismo dije yo. Ruben se defendió con que no había usado materiales nuevos, le expliqué que no se trataba de eso.

Eran unos críos. Unos críos que no entendían lo peligrosa que era la Luna. Los colonos venían y vivían en una cúpula donde había una puñetera zona de recreo y les dejábamos venir sin formación alguna, porque era la única forma económica que tenía la CAI de aumentar la población en la Luna.

—¿Sabían que había salido y no dijeron nada?

—Ruben no. Al menos, no esta vez. Estaba enfermo de polio y creyó que Faustino estaba en otro módulo, hasta que hicimos el anuncio y empezó a hacerse preguntas. —Eugene se pasó la mano por el pelo—. Encontramos a Faustino donde nos dijeron que había ido a pie. Se había caído encima del sistema de soporte vital y tenía un escape.

Me estremecí. Los sistemas de soporte vital eran menos voluminosos que cuando empezamos a llegar a la Luna, pero seguían siendo una mochila engorrosa. Había que inclinarse para equilibrar el peso y, cada vez que te caías, existía la posibilidad de que se rompiera una costura del traje o una manguera del soporte y se escapara todo el aire. Es una forma rápida de morir, pero no instantánea. Faustino habría tenido tiempo de saber lo que pasaba.

—Joder. ¿Se lo habéis dicho al resto?

—Mientras estabas dormida. —Se aclaró la garganta—. Myrtle…

—Eso, déjame como la mala. —Se cruzó de brazos, lo fulminó con la mirada sin verdadero odio y se volvió hacia mí—. Hice que apagaran el altavoz de tu compartimento. Enfádate conmigo todo lo que quieras, pero era la primera vez que conseguías dormir.

Eugene volvió a intervenir antes de darme tiempo a objetar.

—Me adelantaré a tu pregunta: no había ninguna lanzadera en el lugar, todavía no sabemos dónde está.

No era posible caminar por la Luna y no dejar un rastro. No había viento ni clima que disipara las huellas. Sería difícil de ver durante el mediodía, cuando las sombras eran directas, o durante la noche de dos semanas, pero, incluso en esas condiciones, las huellas

hasta una esclusa serían claras.

—¿Habéis buscado huellas fuera de…?

Eugene asintió.

—Hemos comprobado todas las esclusas. No hay huellas que se alejen, salvo las de Faustino. No falta nadie más. Creemos que tuvieron que llevársela Curt o Birgit. Curt es el más probable.

—¿Qué…?

—Para estar seguros, los he confinado a ambos y están vigilados en todo momento. —Eugene se acercó a mí y me puso las manos en los hombros—. Te informaré de todo, te lo prometo. Incluso te daré a elegir entre tu habitación o la cafetería, pero necesito que salgas de aquí. Espera, no me contradigas todavía. Necesitas estar ocupada y necesitas un propósito, lo entiendo. Ahora mismo, tengo una base llena de personas afligidas y aterrorizadas. Necesito que des ejemplo.

Eso, eso era lo que Kenneth querría que hiciera.

—Mierda, Eugene Lindholm. No juegas limpio.

—No. —Sonrió a pesar de que las lágrimas se le acumulaban en los ojos—. No lo hago.

CAPÍTULO 36

TERRAPRIMERISTA ACUSADO

Por Gladwin Hill
Edición especial de *The National Times*

Kansas City, 11 de mayo de 1963 — Shane James Cox, un mecánico de veinte años que colabora con la Iglesia católica para ayudar a los refugiados del meteorito, fue acusado anoche de asesinar al gobernador Wargin.

Cox fue detenido a las 19:15 de la tarde del viernes, casi cuarenta y ocho horas después del asesinato del gobernador, en el distrito de White Cliff, a cinco kilómetros de donde se produjeron los disparos. El jefe de la policía, Alex Charlemagne, anunció que Cox había sido procesado oficialmente a la 1:40 de la madrugada, hora central, por el asesinato del gobernador. La comparecencia tuvo lugar ante un juez de paz del departamento de homicidios de la Jefatura de Policía. El capitán Dennis Poole, jefe de homicidios, identificó a Cox como miembro del grupo derechista «La Tierra Primero». Es el mismo grupo al que la viuda del gobernador Wargin acusó en el panegírico de su funeral, lo que da credibilidad a las alegaciones de que la organización haya intentado sabotear el programa espacial.

Para cuando terminamos de atravesar el grupo que se había formado, tenía memorizadas una serie de respuestas que me salían

con facilidad.

—Gracias, eres muy amable.

—Sí, era el amor de mi vida.

—¿Cómo estás tú?

La última me salvó, porque me permitía refugiarme en escucharlos hablar de la polio o de Faustino con una expresión preocupada que había perfeccionado durante décadas junto de Kenneth. Había aprendido el truco de asentir en los momentos adecuados e inclinar la cabeza en respuesta a un cambio en el tono de voz, que funcionaba incluso cuando había perdido la capacidad de entenderles. No sé si el hecho de que pareciera que les hacía sentir mejor era deprimente o alentador.

Me acomodé en una silla de la sala de conferencias a la que me condujo Eugene. Era tentador apoyar la cabeza en la suave formica oscura de la mesa, pero si lo hacía no volvería a levantarla. Myrtle me dejó una cantimplora de agua delante.

La fulminé con la mirada, pero la acepté y bebí porque tenía la boca tan seca que me crujía. Me dolía la cabeza. Me froté el espacio encima del ojo derecho y miré alrededor.

—¿Un cambio de despacho?

—Quería un mapa. —Eugene le acercó una silla a su mujer y señaló el mapa lunar que había en una de las paredes, salpicado de chinchetas rojas—. Mi secretaria me lo sugirió.

—¿Tu secretaria? —Bajé la mano—. ¿Significa eso que estoy despedida?

—No te ofendas, pero eres una mecanógrafa pésima.

Levanté la escayola, como si únicamente se debiera a ella.

—No te lo discuto.

Helen se acercó al mapa y dibujó un círculo con el dedo en el Mare Imbrium alrededor de la Base Artemisa.

—Hemos trabajado a partir de la suposición de que el piloto de la lanzadera desaparecida tendría que haber regresado a pie desde donde dejó la nave. Eso nos deja un radio de dos kilómetros alrededor de la colonia principal, así como alrededor de cada una de las estaciones de paso.

Señaló las tachuelas rojas que salpicaban el paisaje lunar en línea recta entre la Base Artemisa, El Jardín y el tubo de lava de Marius Hills. Las estaciones de paso eran carcasas de lanzaderas sin motores y colocadas cada dos kilómetros, que era el rango establecido de «caminata de regreso» por la CAI para un astronauta con un traje espacial lunar.

—Sin embargo, si llevaba aire extra, el rango sería superior. —Sentía la cabeza sumergida en el fondo de un pozo de gravedad. Si seguía inmóvil, me hundiría más en la silla y me desmayaría.

Myrtle abrió un paquete de galletas saladas y lo deslizó frente a mí.

—Bien. De acuerdo con los registros, creo que se llevaron la lanzadera el 16 de abril, tres días después de que aterrizáramos.

Aparté las galletas y me volví hacia Helen. La habitación parecía seguirme un poco más despacio.

—¿Cómo no hemos echado en falta una lanzadera durante tres semanas?

Eugene se inclinó hacia delante en la silla.

—Es uno de los motivos por los que mantengo a Frisch en mi lista de posibles implicados. Sigo pensando que Curt es nuestro hombre, pero no puedo ignorar el hecho de que el registro de Frisch de las lanzaderas estaba incompleto. Los inventarios incluyen cada uno de los puestos de avanzada y el hangar de aquí. El protocolo correcto habría sido asignar a alguien para que los rastrease y supervisase, pero no lo hizo.

—¿Crees que fue deliberado o se debió a la confusión provocada por el veneno? —Mientras pensaba en cómo averiguar a qué escenario nos enfrentábamos, bajé la mirada hacia la carpeta sobre la mesa. Por un momento, sentí que las costillas se me encogían y me oprimían los pulmones.

Mierda. Solo una hora, quería pasar solo una hora sin acordarme. ¿Por qué había traído la carpeta? Apreté el puño contra la boca. Seguían hablando mientras yo solo podía centrarme en intentar controlar la respiración.

Me aclaré la garganta y mantuve la cabeza agachada hasta que se

me pasaron las lágrimas.

—¿Falta algún otro equipo?

Myrtle asintió.

—Algunas cosas se deben al desgaste natural, como el material de oficina, los tubos o los cables. Colaboro con el departamento de secretaría para hacer una auditoria completa de los registros. Las cosas preocupantes, hasta ahora son… Tanques de oxígeno, depuradores de CO, y dos unidades de radio.

Levanté la cabeza tan deprisa que la habitación volvió a llenarse de manchas grises. Parpadeé y apoyé una mano en la mesa para estabilizarme.

—Una bomba por control remoto.

Eugene enarcó las cejas y se quedó con la boca abierta.

—¿Es lo primero que se te viene a la cabeza? ¿Antes que un puesto de escucha? ¿O que hay dos personas involucradas?

—Tubos, alambre, fertilizante y ácido. —Había algo más. Algo que cosquilleaban en el fondo de mi cerebro mientras hablaban, pero me costaba enfocarlo—. Una señal de radio.

Eugene se pasó la mano por la cara y miró al techo.

—Qué bien, y yo que pensaba que lo teníamos todo bajo control.

La puerta se abrió y Halim Malouf entró con la gracia de una estrella de cine argelina. Como todos los astronautas originales, era un hombre fornido al que habían elegido, aparentemente, por sus cualidades fotogénicas tanto como por su destreza como piloto de pruebas. Incluso entonces, con el pelo enmarañado y las huellas de una gorra de comunicaciones en la frente, estaba guapo.

—¡Ha funcionado! He conseguido borrar… —Me vio y toda la alegría se desvaneció de su rostro.

Cruzó la habitación y se arrodilló junto a mí; me agarró la mano derecha entre las suyas.

—Siento mucho lo de Kenneth. Estábamos en ruta y no nos avisaron hasta que aterrizamos. Cielo, si puedo hacer algo, dímelo.

—Gracias, eres muy amable. —Me ardían los ojos otra vez.

—Kenneth era un buen hombre e invencible en el póquer. Se le

echará mucho de menos.

—Sí, era el amor de mi vida.

—No me imagino por lo que estás pasando. —La tristeza le deformó las líneas de la cara mientras me miraba. No me importaba ser el centro de atención, pero detestaba ser objeto de compasión.

—¿Cómo estás tú? —Le apoyé la mano con la escayola en el hombro—. ¿Traías buenas noticias?

Dudó y miró a Eugene en busca de consejo. Myrtle se recostó en la silla y me juzgó con todo el peso del sistema solar.

—No quiere descansar, vamos a dejarla trabajar hasta que se desmaye y luego la ataremos.

Me reí y le saqué la lengua. Al soltar la mano de Halim, mantuve la sonrisa.

—No, pero en serio. ¿Qué ha funcionado? Porque me encantaría recibir buenas noticias.

—Son regulares, en realidad. —Se levantó y apoyó las manos en las caderas—. Probé un par de métodos distintos para enmascarar mis pasos. Una liberación controlada de un tanque de oxígeno de emergencia me permitió ocultar el rastro durante unos tres metros, pero solo usé un tanque. Me permitió llegar al borde de un cráter, que sirvió para disimular el resto del camino.

Helen miró el mapa e hizo una mueca.

—Así que la lanzadera podría estar en casi cualquier parte.

—No si es la bomba. —Observé el mapa, empujé la silla hacia atrás y me levanté.

La habitación se inclinó hacia un lado y se tornó gris. Me tambaleé y me agarré a la mesa. La escayola chocó contra ella y resbaló. Halim me sostuvo mientras recuperaba el equilibrio. La sala se estrechó en un túnel como si me hubiera golpeado demasiada fuerza *g* y el corazón me retumbó en los oídos.

Tragué y le apreté la mano.

—Estoy bien.

Otras personas estaban de pie. ¿Cuándo se habían movido Myrtle y Eugene para llegar a mi lado? Halim me guio de nuevo a la silla, con la cara tensa de preocupación.

—Lo siento. —Negué con la cabeza—. Lo siento, me he pillado el pie. Estoy bien.

—No estás bien. —Myrtle empujó las galletas hacia mí—. La comida es combustible.

—Que os den. —Las aparté. No tenía derecho a pronunciar palabras que ni siquiera entendía—. He tropezado, nada más.

Se puso las manos en las caderas y me fulminó con la mirada.

—Todo el mundo fuera.

Eugene levantó las manos como si quisiera protegerse de la explosión de una bomba y se alejó de ella. Helen, maldita traidora, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Solo Halim dudó.

—¿Hay algo que…?

—Fuera. Sé que eres el astronauta jefe, pero lárgate. —Myrtle señaló la puerta.

Puse los ojos en blanco.

—Myrtle, por favor. He perdido el equilibro porque estamos en la Luna. Sabes que es algo muy común.

La puerta se cerró detrás de Halim. Myrtle acercó una silla y la giró para que quedara frente a la mía. Se sentó y se inclinó hacia delante con las galletas en las manos.

—¿Sabes cuánto peso tuve que perder para entrar en el cuerpo de astronautas?

Parpadeé y me vino a la memoria el recuerdo de Myrtle tal y como la conocí por primera vez, cuando Elma aún intentaba que aceptaran a cualquier mujer en el cuerpo de astronautas. Había sido una mujer con curvas, que había dado a luz a tres hijos, a la que le encantaba cocinar y no se arrepentía de los kilos de más. Ahora era esbelta y atlética, sin ninguna redondez en las mejillas, excepto cuando sonreía, lo cual no hacía en ese momento.

—Veinte kilos en tres meses. Mi cuerpo está diseñado para las curvas. Y desde luego no tengo el metabolismo de Helen, que podría comerse una panadería francesa entera y seguir teniendo la complexión de un chiquillo adolescente. Ayuno la semana anterior a cada pesaje previo a un despegue y rezo para no haber metido la pata. —Me tendió de nuevo las galletas—. No estás bien.

—No se trata de perder peso.

—No me importa de qué se trate. —Las galletas yacían en su mano entre las dos—. Lo último que necesita Eugene es que te desplomes de verdad. Cómete las puñeteras galletas.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Esa boca?

—Cómete las puñeteras galletas de los cojones o llamaré a Ana Teresa y le diré que te seden, te aten y te metan una vía en el brazo.

Acepté las galletas.

Nos comprometimos a que me comiera las galletas y me fuera a la cama. Digo «comprometernos» porque Myrtle Lindholm está casada con un piloto de caza y no la intimidaba ni un ápice. Era más terca que yo y la alternativa era…

Si hubiera llamado a Ana Teresa, la médica me habría hospitalizado con toda la razón del mundo. Kenneth habría intervenido antes. No había comido nada desde el tubo de compota de manzana la mañana que…

Me acosté, porque Myrtle tenía razón. Lo tenían todo controlado y hacían lo mismo que yo habría hecho. Con la llegada de Halim, incluso tenían un piloto extra, uno que podía pilotar de verdad. Eugene no necesitaba que colapsara y estaba al borde de hacerlo. Tomé una Miltown y me dormí.

Me desperté en la litera de mi compartimento en el ala este, completamente desorientada. Tenía la cara empapada de lágrimas otra vez. No había dormido mucho en los últimos días, pero estaba muy cansada de despertarme llorando. Quería que Marlowe se me sentara en la espalda y me inmovilizara en la cama. Fuera de la habitación, escuché que alguien susurraba, que podría haber sido lo que me había despertado. Serían Myrtle o Helen. Debería levantarme para que dejaran de preocuparse y siguieran con sus vidas.

Al rodar sobre la espalda, sentí que mi cuerpo tenía el peso normal de la Tierra. Me quedé mirando el techo, iluminado solo por

la fina franja de luz que se filtraba desde la sala común. Todo era tenue y gris. Volví a cerrar los ojos. Más tarde, me levantaría más tarde.

Me cayó agua en la frente.

Abrí los ojos de golpe. Me incorporé y la habitación dio vueltas a mi alrededor. Saqué las piernas de la cama, me levanté hacia el interruptor de la luz y me detuve a medio camino. Estaba fuera de mí, pero no era estúpida.

Me apoyé en la pared y empujé la fina puerta de plástico. El agua caía por las paredes y el techo de la sala común. Helen y Aahana mantenían una conversación susurrada. Ambas mujeres llevaban el pijama y la luz de la habitación estaba ajustada en el tenue resplandor anaranjado del atardecer.

—No toquéis nada. —Mi voz sonaba como la de un cadáver. Muy apropiado.

Las dos se sobresaltaron. Helen no perdió el tiempo, señaló al techo, que estaba cubierto de goterones de agua a punto de caer.

—Nos dimos cuenta hace una media hora. He mandado a buscar a Eugene y a mantenimiento.

—¿Todo el módulo de vivienda? —Dudaba de que tuviéramos la suerte de que solo fuera el ala de las mujeres y Helen asintió para confirmármelo—. ¿Qué hora es?

—Casi las seis. —Helen se golpeaba el labio inferior mientras miraba la condensación del techo. Abrió los ojos de par en par y se volvió hacia mí—. Del lunes. Dormiste todo el domingo.

—Bueno. —Me senté en la cama y me agaché para ponerme los zapatos. La última vez, estaba descalza; llevar suelas de goma me parecía una buena idea—. Supongo que a eso se refieren con lo de dormir como un muerto.

—Voy a bajar. —Helen se volvió hacia Aahana—. Avisa a alguien del ala oeste para que te ayude a despertar a la gente, pero asegúrate de que nadie toque los interruptores de la luz ni nada con corriente. Que se dirijan a Midtown.

—Dame un minuto y voy contigo. —Lo que en realidad quería hacer era orinar. Otra gota de agua me golpeó la nuca mientras me

calzaba los zapatos; aquello no me ayudó a reducir las ganas.

—Vete a Midtown con los demás. —Helen se dirigió hacia la puerta.

Me levanté demasiado rápido, y todo el módulo dio un violento círculo a mi alrededor. Me agarré a la pared para estabilizarme. Helen estaba de espaldas a mí y se lo perdió, pero Aahana lo vio. Le sonreí y le guiñé un ojo. Al pasar, señalé las puertas.

—Será mejor abrirlas para que nadie pulse el interruptor por instinto.

—De acuerdo. —Se mordió el labio inferior—. ¿Estás bien?

—Practico una coreografía para el concurso de talentos.

Me di la vuelta para seguir a Helen fuera de la habitación, pero al estar erguida, el hecho de haber dormido durante más de un día se hizo muy evidente en mi vejiga.

Maldije en voz baja, me dirigí al baño y oriné en la oscuridad. Si hubiera llevado un PMA, sin duda habría puesto a prueba el límite de la «prenda de máxima absorción».

Cinco años más tarde, volví al pasillo sintiéndome mucho menos apurada. La condensación no era tan mala allí al haber menos gente respirando. La puerta del baño de hombres del ala oeste estaba abierta y me llegó la voz de Aahana hablando con alguien. Bajé con sigilo por las escaleras de caracol, con cuidado de no tocar la barandilla metálica ni el poste de apoyo, por si acaso.

La sala de equipamiento del módulo ocupaba toda la planta baja. Quizás por eso daba la impresión de amplitud, pero, como las cúpulas eran más bien burbujas, la planta inferior y la superior eran las más pequeñas. Las escaleras bajaban por el centro y cuatro pasillos salían de ellas y desembocaban en una pasarela que rodeaba el perímetro. Las baterías, los deshumidificadores, el oxígeno, los depuradores de CO_2, todo se mantenía en paquetes compactos que se enviaban arriba y se instalaban en cuadrantes ordenados. Cada módulo estaba diseñado para ser autónomo en caso de que se produjera una descompresión en otro. Teníamos un procesamiento central para cosas como la energía y la recuperación de agua, pero el soporte vital básico estaba duplicado. La sala baja estaba muy

iluminada y mucho más húmeda de lo que debería.

La iluminación facilitaba distinguir el equipo y el cuerpo de Helen, que yacía al final del pasillo.

CAPÍTULO 37

LA LEGISLATURA DE KANSAS APRUEBA LA REFORMA FISCAL

El proyecto de ley solicitado por Wargin se envía a la Cámara con 118 votos a favor y 7 en contra

> Topeka, Kansas, 13 de mayo de 1963 — AP — En una sesión especial celebrada hoy, el Senado ha aprobado, con 118 votos a favor y 7 en contra, un proyecto de ley impulsado por el difunto gobernador Wargin de reforma fiscal que eliminase las exenciones para los más ricos. La medida, que ahora pasará a la Cámara, aumentaría los ingresos del Estado en cada uno de los próximos tres años.

Bajé las escaleras y se me aceleró el corazón. ¿Qué había pasado? Helen me había sacado unos cinco minutos de ventaja. No había habido otra descarga, el aire no olía a quemado. Me ardían los ojos. ¿Por qué estaba en el suelo? Apenas conseguía respirar y la habitación daba vueltas a mi alrededor. Tuve que esforzarme, porque Helen estaba…

Helen estaba en el suelo. Estaba boca abajo en el suelo, de cara a las escaleras.

CO_2.

Toda la sala se inclinó violentamente. Había mascarillas de emergencia. ¿Dónde? No podía pensar. Solo conseguía concentrarme en que lo habíamos hecho en la formación. Conocía el procedimiento. No podía salvar a mi compañera si yo también me desmayaba. Retrocedí, me volví hacia las escaleras y me tambaleé. «Vamos, Wargin. Bailas el *foxtrot* estando borracha, esto no es nada». Contuve la respiración para conservar el oxígeno que aún me quedaba en el organismo.

Las escaleras se contoneaban delante de mí. Helen estaba detrás. Debería volver a por ella. Me saqué el pensamiento de la cabeza y llegué a las escaleras. Me agarré a la barandilla, que por alguna razón me había dado miedo… ¿Por qué había sido? «Sube. Sube, Wargin. El CO, se hunde».

Al llegar al segundo piso, avanzaba a gatas, o tal vez lo había hecho desde el principio. El brazo izquierdo me gritaba cada vez que apoyaba el peso en él, lo que me ayudaba a mantener la concentración, así que seguí arrastrándome a cuatro patas. La urgencia por tomar aire hizo que me ardieran los pulmones y en el rellano del segundo piso me arriesgué. Lo diabólico del CO_2 es que parece que hay aire. Fue un alivio respirar.

La habitación seguía dando vueltas, pero no peor que antes. Estaba mareada, pero recordaba dónde estaban las mascarillas de emergencia. Sobre todo porque estaban justo enfrente de las escaleras y etiquetadas de forma clara como «Mascarillas de oxígeno de emergencia».

Me arrastré hasta la pared y me agarré al asa del compartimento de mascarillas. Para abrirlo, tuve que ponerme de pie con las piernas abiertas y apoyarme en la pared. Saqué una mascarilla. Los movimientos conocidos y ensayados para colocármela en la cara fueron torpes con la mano equivocada. Tanteé antes de encontrar la válvula para activarla. El oxígeno puro siseó con un esplendor frío y metálico.

Las telarañas empezaron a desprenderse de mi cerebro, aún aglutinadas y aferradas, pero sabía qué hacer. Agarré otra mascarilla. Eran paquetes pequeños, diseñados para ganar diez minutos en los

que ponerse a salvo. Helen llevaba allí abajo… No estaba seguro de cuánto tiempo, pero bajé corriendo las escaleras.

Todo seguía dando vueltas y casi me caigo por los últimos escalones. Me agarré a las paredes. «Lo lento es rápido». Caminé hasta Helen porque no tenía suficiente control para correr. Me arrodillé a su lado, le coloqué la mascarilla en la cara y encendí la válvula.

Solo entonces comprobé que seguía viva.

Su pulso era rápido y frenético, como si hubiera estado corriendo. Me desplomé sobre ella y me apoyé en el suelo con alivio.

La mascarilla me presionaba la cara. Diez minutos; ya había gastado dos.

Me puse en pie y agarré el brazo de Helen para levantarla como un bombero. Incluso con en una gravedad de 1,6, donde solo pesaba nueve kilos, casi me caigo al intentar levantarla. Tenía las extremidades como gelatina y no era culpa del CO_2 ni de la escayola; era culpa mía. Me humedecí los labios y la hice rodar sobre la espalda.

Era un asco, pero la agarré del otro brazo y la arrastré hacia las escaleras. Y, después, ¿qué? No iba a ser capaz de subirlas, no en mi estado actual. Cualquier otro día, intentaría usar el interfono, pero no con tanta humedad en las paredes. La apoyé en la base de la escalera.

Miré hacia arriba de la espiral. Un piso más arriba estaban las oficinas y en el siguiente los alojamientos de la tripulación. Dos tramos de escaleras y apenas me mantenía en pie. ¿Conseguiría subir en los seis minutos que quedaban? No. Pero podía gritar desde la base del piso siguiente, lo cual, si el cerebro me funcionase bien, habría hecho desde el principio.

Con el orden de las operaciones en la cabeza, subí las escaleras a toda prisa. Cuando llegué a la planta de las oficinas, respiré hondo en la mascarilla y me la quité.

—¡Emergencia! ¡Socorro! —Metí la cara en la mascarilla y volví a respirar, sin preocuparme de sellarla. Por encima, escuché un revuelto tranquilizador hacia las escaleras—. ¡CO_2! Ponte una

mascarilla. Repito: CO_2. Consigue una mascarilla de oxígeno.

Por encima de mí, Aahana gritó de nuevo:

—¡Recibido!

Un soplo de aire metálico.

—Helen está inconsciente. No puedo levantarla. En la sala de máquinas.

—Recibido. Vamos de camino, aguanta.

No esperé a ver quién era la otra mitad de ese plural. Me limité a confiar en que mis compañeros harían su trabajo, mientras la parte malvada de mi cerebro me señalaba que, si alguno de ellos tenía relación con Ícaro, se limitarían a esperar a que se cerrara la puerta de la escalera. Si eso ocurría, tendría que encontrar un material aislante y usarlo para encender el intercomunicador.

Lo cual, de nuevo, si hubiera pensado con claridad antes, ya habría intentado. Quizás habría dado un chispazo de todos modos, pero al menos no me habría frito. Volví a ponerme la mascarilla y me dirigí al armario donde se guardaban las demás, confiando en que Aahana tomaría las medidas oportunas. Me la cambié por una nueva y saqué otra para Helen antes de volver a bajar las escaleras a trompicones.

Cuando salí del hueco de la escalera, vi otro compartimento de mascarillas de oxígenos de emergencia allí abajo, justo enfrente de la escalera. Sí que estaba aturdida. ¿Por qué narices no sonaban las alarmas?

Me arrodillé junto a Helen y me incliné para comprobar la válvula de su mascarilla. Tenía los ojos abiertos. El corazón casi se me para de alivio. Se revolvió e intentó incorporarse, pero no tenía suficiente coordinación para meter el codo debajo de su cuerpo.

Me vio y dijo algo tan confuso que no estaba segura de si era inglés, taiwanés o francés. Si hubiera sido yo, habría sido alguna versión de «¿Qué ha pasado?».

—CO_2. La ayuda está en camino. —Levanté la mascarilla nueva —. Aguanta la respiración.

Asintió, respiró hondo y alargó la mano para tantear las correas de la mascarilla que llevaba puesta. La ayudé a quitársela y se le

revolvió el pelo oscuro. Le puse la mascarilla nueva con su ayuda. Por encima de nosotras, varios pies bajaban con estrépito por las escaleras. Unos momentos después, en pijama y con unos zapatos de suela de goma, Aahana y una de las mujeres calculadoras doblaron la última curva de la escalera.

Nos levantaron a las dos y nos pusieron a salvo, porque, a quién pretendía engañar, yo también necesitaba ayuda.

Helen estaba sentada frente a mí en la mesa de conferencias con una bolsa de hielo en la cabeza. Tenía los ojos cerrados y se apoyaba en la pared.

—Sigo pensando en que Curt y Birgit están encerrados.

—Sí. —Tenía otra bolsa de hielo a juego e intentaba reducir las palpitaciones de mis sienes a un nivel soportable—. Me encantaría saber exactamente qué ha fallado con el filtro de CO_2Abrió los ojos y me miró.

—No recuerdo haber visto nada apagado, pero no es sorprendente.

Si Ana Teresa se hubiera salido con la suya, las dos estaríamos en la enfermería. Lo complicaba el hecho de que el módulo científico seguía cerrado por los daños causados por el agua y, aunque no lo hubiera estado, todavía tenía pacientes con polio.

—Si no te hubiera visto en el suelo, yo también me habría desmayado. —Mucho más rápido, de hecho.

Frente a mí había una bandeja de comida de la cafetería. Beicon, tostadas con mantequilla, un huevo duro de verdad de un pollo espacial, un vaso de Tang y una taza de café.

—¿Crees que Icaro intenta obligarnos a que nos recluyamos en un solo módulo?

Era una buena pregunta. En Midtown, Eugene y Myrtle organizaban a todas las personas que dormían en el módulo de viviendas, que era una buena parte de la colonia. Dado que el módulo científico seguía cerrado, solo quedaban tres módulos habitacionales en funcionamiento. Administración, Midtown y

operaciones. Había unos compartimentos para pilotos en el puerto, pero no eran suficientes para albergar a todo el mundo.

¿Juntarnos a todos en un mismo lugar y después detonar una bomba? Hice una mueca. En la guerra, yo era Ícaro. Había ido a sitios y hecho amigos con la única intención de traicionar su confianza.

—Es lo que yo habría…

La puerta se abrió y agarré el huevo duro. Rompí la cáscara contra la mesa y me concentré el pelarlo.

Ana Teresa volvió a entrar con una caja de suministros. Detrás de ella, Halim la seguía con un par de hamacas colgadas del hombro. Hablaban en árabe y cambiaron a mitad de frase.

—… *almar'at al'aktbar eanadaan alty qabalatha ealaa al'iitlaq*, pero casi. Pongamos las hamacas en las dos esquinas más alejadas.

—¿Hamacas? Supongo que vamos a dormir aquí. —La cáscara se enroscaba alrededor del huevo sin que la gravedad fuera suficiente para ayudarla a caer.

Ana Teresa dejó la caja en la mesa.

—Bienvenidas a la Enfermería Auxiliar C.

El huevo desnudo brillaba bajo las luces del techo. Lo dejé en la bandeja y sentí que la médica me observaba. Tomé el cuchillo y el tenedor.

—¿Cómo va todo ahí fuera?

En un rincón, Halim sacó una silla y la colocó bajo uno de los puntales de apoyo de la sala.

—Bien, la verdad. Todo el mundo está muy unido, lo que… —Se subió a la silla con una de las hamacas todavía sobre el hombro—. Reconozco que tenía mis dudas sobre los colonos.

Corté el huevo por la mitad, revelando el orbe amarillo del centro.

—Son buena gente. —Dejé el cuchillo y tomé la sal y la pimienta. El corazón se me aceleraba sin motivo—. La mayoría, al menos.

—Eso aumenta… —Me miró, luego a Ana Teresa, e hizo una mueca—. Aumenta mi respeto por Eugene, ha hecho un gran

trabajo para motivarlos.

¿Qué habría dicho si hubiéramos estado solos en la habitación? Helen me miró, con la misma pregunta en el rostro. Pinché una pizca de huevo en el tenedor y traté de pensar. Si no estuviera agotada, sin duda se me habría ocurrido algún método ingenioso para despachar a Ana Teresa, pero, por el momento, lo mejor que podía hacer era estar callada y esperar a que terminara deprisa.

Halim había llegado a la misma conclusión. Enganchó la hamaca a uno de los receptores mecánicos del puntal de apoyo e hizo una prueba de tracción. Ana Teresa arrastró una silla hacia el puntal del otro lado de la mesa de conferencias.

El huevo seguía en la punta del tenedor.

Me cuesta explicar la enorme fuerza de voluntad que me supuso metérmelo en la boca. Cuando estaba mal, a veces Kenneth… Cerré los ojos y luché por mantener la respiración uniforme. Detrás de mis párpados… «Está en mangas de camisa y revuelve un huevo crudo en un bol para prepararme una ensalada César. Los músculos de los antebrazos se le flexionan y se tensan. El pelo se le cae hacia delante».

—¿Estás bien? —La voz de Ana Teresa era suave y venía de un punto alto, como si se hubiera subido a la silla.

—Sí. —Abrí los ojos y le di un mordisco al huevo.

La yema se esparció por mi boca como una pasta. Me entraron arcadas. Levanté la servilleta, me tapé la boca y respiré por la nariz. La doctora bajó de un salto de la silla y llegó a mi lado en un instante. Intenté tragar, pero me volvieron las arcadas.

Me apoyó la mano en la espalda mientras escupía el diminuto bocado de huevo, que envolví con la servilleta. Las lágrimas se me agolparon en los ojos. Mantuve la mirada baja para no tener que ver a Helen y Halim observando todo el episodio.

Ana Teresa se agachó a mi lado y me quitó la servilleta.

—¿La compota de manzana te sería más manejable?

—Podría serlo, sí. —Tenía la voz ronca de vergüenza—. Lo siento.

Por la noche, Eugene se asomó a la puerta de la sala de conferencias. Cuando vio que teníamos las luces encendidas, abrió la puerta y se detuvo en el umbral. Levantó las cejas cuando nos vio a Helen y a mí, en nuestras glamurosas hamacas colgadas del techo.

Helen agitó los dedos.

—Sorpresa.

Bajé la libreta en la que estaba escribiendo y la vía intravenosa se enrolló en el aire con el movimiento.

—Bienvenido a mi humilde morada.

—Halim me lo advirtió, pero… —Se volvió hacia Myrtle—. ¿Has visto lo que le han hecho a mi sala de conferencias?

Ella le dio una palmada en la espalda.

—¿Vas a quedarte embobado o me vas a sujetar la puerta?

Con una sonrisa, se hizo a un lado y le sostuvo la puerta a su esposa. Tuve que elegir entre mirarlos con envidia, romper a llorar o contar los receptores mecánicos del puntal del techo. Había cinco, dos por cada hamaca y otro para la bolsa de suero.

Eugene puso un filtro de CO_2 en el centro de la mesa.

—Os agradecería que dejarais de intentar mataros.

—¿Preferirías que lo consiguiéramos?

Parecía afligido, lo que me hizo lamentar mi broma más que él la suya. Con una mueca, rodeó el extremo de la mesa hacia mi hamaca.

—Lo siento mucho.

—No es la primera broma que hago, no pasa nada. —Señalé el filtro de la mesa e intenté que pasara el momento, porque, incluso con la broma, el corazón se me encogía en el pecho.

—¿Qué has averiguado de los filtros?

Tenía cara de querer disculparse otra vez, pero Myrtle intervino:

—Es falso.

Helen suspiró con mucho agravio.

—Acabo de perder una apuesta y no me hace gracia. —Me fulminó con la mirada. Me encogí de hombros y se quedó mirando al techo en un retrato muy cómico de la desdicha. Resultaba difícil no reírse—. ¿El falso filtro está hecho con recursos *in situ*, incluida

la cinta adhesiva?

Eugene se quedó con la boca abierta y se volvió para mirarla.

—¿Cómo cojones lo sabes?

—Esa boca. —Myrtle parecía más divertida que otra cosa.

Helen me señaló con un dedo acusador.

—Pregúntale a Nicole por su lista.

—¿Qué lista? —Eugene se volvió hacia mí y miró la libreta en la que había estado garabateando.

Intenté incorporarme, lo que no resultaba fácil en una hamaca, así que me conformé con aclararme la garganta.

—Empecé a pensar en lo que yo haría para desbaratar las cosas por aquí. Si hubiera sido mi misión durante la guerra.

—Espera a que te explique por qué soy la candidata más probable para ser Icaro.

Le sonreí a Helen, porque era la forma más fácil de enmascarar el hecho de que seguía con ganas de romper a llorar.

—Te encanta ser la primera en todo.

Myrtle sacó una silla y se sentó.

—Esto quiero oírlo.

—Helen es católica y estaba en la cabina del cohete cuando subimos. Enseña a la gente a conducir los *rovers*, por lo que podría haberse llevado uno para lidiar con la lanzadera.

—Le guardo rencor a la CAI porque me sacó de la misión a Marte. —Se puso seria y entonces mencionó algo que yo no había mencionado. ¿Lo había pensado? Sí, pero no lo había dicho. Ella sí —. Y tuve acceso a las naves de la expedición a Marte.

El ceño de Eugene se contrajo al unir los puntos y entró en una espiral de dudas. Se retiró y negó con la cabeza mientras se volvía hacia mí.

—¿Sospechas de todos?

—Todo el tiempo. También sospecho de vosotros, para que quede claro.

Myrtle resopló.

—Me decepcionaría si no lo hicieras. —Le dio un golpecito a Eugene con el pie—. Espera a que descubra que tu nombre de pila

es en realidad Ferdinand.

No me dio tiempo a controlar mi reacción antes de darme cuenta de que me estaba tomando el pelo. Sabía que su nombre completo era Eugene Simmons Lindholm porque había leído su expediente. Había leído todos los expedientes de personal, porque era cierto que sospechaba de todos.

También estaba absolutamente segura de que podía confiar en ellos.

Por supuesto, ese tipo de sentimientos hacían que la gente acabase muerta cuando estaba en la guerra. Por otro lado, Myrtle se rio de mí ya sin disimulo.

—Te he pillado.

—Puede ser. —Señalé el filtro—. Así que Ícaro quitó un filtro y lo cambió por uno falso. Eso provocó que el resto expirasen más rápido y, con la alarma desactivada, la acumulación de CO_2 se produjo antes de que las rutinas de mantenimiento lo detectaran. Es una especie de bomba con temporizador, lo que le permite estar en cualquier otro lugar cuando pase. Por lo que todavía podrían ser Curt o Birgit.

Eugene asintió.

—Y plantea la cuestión de por qué Curt nos señaló el filtro de CO_2 en las escaleras del puerto.

Tamborileé el lápiz sobre la escayola, pensativa. Me era más fácil pensar, como la mañana siguiente a la aparición de la fiebre. No es que estuviera bien, pero al menos estaba más despejada. Si había colocado una trampa, ¿por qué darle a alguien una pista para descubrirla?

—¿Infundir confianza? ¿Evitar el envenenamiento por CO_2 ya que está atrapado en una cama?

—De acuerdo, hay una pieza más. —Eugene golpeó el filtro—. La estructura de esto está hecha del mismo contenedor que los esquís de Faustino.

Me quedé boquiabierta. No creo que me haya pasado antes.

—Así que o bien Curt o Birgit usaron el mismo material para fabricar cosas que Faustino, o Faustino era Icaro, murió de forma

estúpida y ha dejado un montón de bombas de relojería por ahí desperdigadas. ¿Y el operario?

—¿Te acuerdas del sudafricano de comunicaciones? Lleva mucho tiempo, así que ha tenido oportunidades antes, y es el peor tipo de imbécil que existe. —Eugene se frotó las sienes y juraría que tenía más canas que la semana pasada. A veces le ocurría a Kenneth. Todo el asunto habría…

Me limpié debajo de los ojos con los nudillos.

—¿Supongo que hicieron lo mismo con los depuradores de todos los módulos, pero este se agotó primero?

—Sí, déjame ver la lista. —Extendió la mano y me quitó la libreta.

—Yo también quiero verla. —Myrtle le indicó que se sentara a su lado.

La cara de Eugene cambió al leer. Empezó con curiosidad, luego se quedó pensativo y terminó horrorizado. Levantó la vista hacia mí.

—Das miedo, ¿lo sabías?

—Voy a tomármelo como un cumplido, no me quites la ilusión.

A su lado, Myrtle dijo:

—Es un cumplido. Te lo aseguro.

—Calla.

—No me mandes callar.

Eugene la ignoró y se sentó con los codos en las rodillas mientras miraba la lista.

—Con que hayan hecho una cuarta parte de esto, estamos jodidos.

—No es un problema, tiene solución. —Me pellizqué el borde de la escayola—. Son las cosas que no se me han ocurrido las que podrían matarnos.

CAPÍTULO 38

EL EJÉRCITO CHILENO TOMA LAS VÍAS DE TRENES ANTE HUELGAS Y DISTURBIOS

> Santiago, Chile, 20 de mayo de 1963 — Una creciente ola de manifestaciones de miles de ciudadanos por la escasez de alimentos ha provocado que el gobierno deje las líneas de los ferrocarriles bajo el control del ejército. También ha reforzado la vigilancia en puntos estratégicos y ha aumentado el número de policías que patrullan las calles de la ciudad con cañones de agua.

La semana siguiente, no fui la mejor versión de mi misma, como decía un amigo cuáquero. Les gritaba a las personas que intentaban ayudarme y… Cuanto menos profundice en mi comportamiento, mejor.

Mientras pasaba el rato colgada en la hamaca, Eugene trabajaba en la lista. Descubrió que Ícaro había escondido un cuenco de acero lleno de ácido perclórico en las tripas de los deshumidificadores. Había corroído el tazón y luego los cables. Ícaro no había llevado a cabo mi idea de contaminar el suministro de agua, lo cual era bueno, porque era muy elegante y nos habría jodido a todos.

Sin embargo, sí había introducido sedimentos en los depósitos de combustible y había desactivado los detectores de humo.

Habían vaciado las mascarillas de oxígeno de emergencia en

todas las salas de máquinas. Irónicamente, nos había salvado que no había estado lo bastante lúcida para recordar dónde estaban.

Cada vez que Eugene tachaba algo de la lista, se me ocurría otra cosa. Todas eran formas sencillas de provocar fallos. Era como repasar las listas de precauciones que nos enseñaban en la formación del cuerpo de astronautas y sugerir todo lo que se nos dijo que no debíamos hacer. Cuando Eugene encontraba alguna que había propuesto, por un instante sentía que era útil de verdad y no un pozo de recursos.

A título personal, Ana Teresa accedió a quitarme la vía después de que mantuviera un registro de comidas estable durante tres días seguidos. Sin embargo, no me autorizó para volver al trabajo. Todavía tenía que llevar el registro de comidas. La odiaba. Odiaba el registro. Me odiaba a mí misma. Era una fiesta de odio.

Aparte de eso, la semana transcurrió sin más incidentes. Excepto que seguíamos sin saber dónde estaba la lanzadera, a pesar de haber enviado a Halim a buscarla hasta la puesta de sol. El día 18, ninguno de los lugares probables seguía a la luz del día.

Así que la pregunta era: ¿habíamos detenido a Ícaro o estaban esperando su momento?

Después de apagar las luces y quedarnos a solas con el sonido de los ventiladores, Helen se removió en la hamaca. La luz del pasillo se filtraba por debajo de la puerta y recortaba su silueta sobre el fondo gris.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Es personal.

—Claro.

—Con tus dificultades alimenticias, ¿hay algo que te venga bien? —preguntó, no como si estuviera rota, sino como si fuera un problema que había que resolver.

—«Dificultades» suena a algo que diría mi abuela. Llámalo anorexia. Sé lo que es. —No sé por qué darle un nombre me hacía sentir que controlaba la conversación, pero así era. Reacomodé la cabeza en la almohada y miré la oscuridad. Hacía una década que no

tenía una recaída como aquella—. Me encantaría decirte que no es un problema constante, pero, al menos, suelo ser funcional.

—Lo sé. Sé que eres funcional, porque ni sospechaba que pudieras tener… anorexia.

—¿Estabas a punto de decir «dificultades» otra vez?

—Claro que no, es que el inglés no es mi lengua materna.

Me reí y me sentó de maravilla. No me creía ni por un instante que fuera un reto lingüístico. Hablaba inglés, taiwanés y mandarín cuando nos conocimos, después añadió el francés cuando se enamoró de Reynard. Y me habían contado que el taiwanés de su marido era comprensible, pero desternillante.

Nos quedamos en la oscuridad y creo que me habría dejado cambiar de tema y no contestarle. El problema era que mis «dificultades» la habían puesto en peligro la semana pasada. Debería haber sido capaz de levantarla o, como mínimo, no debería haber tenido problemas para mantenerme en pie.

Me volví hacia ella y la hamaca se balanceó.

—Pregúntame qué he comido. No me vigiles ni me intimides. —Suspiré—. Lo que Myrtle y Ana Teresa han estado haciendo es necesario. En este momento lo es, cuando estoy en lo que Kenneth llama —llamaba— «un episodio». Pero no es sostenible; con el tiempo, hará que me resista más. Así que pregúntame qué he comido.

—¿No te molestará?

—Lo hará. Me sacará de quicio, pero me recordará que debo pensar en si he comido. Además, a los demás les parecerá una conversación normal. —Lloraba de nuevo, pero al menos estaba oscuro y las lágrimas no se me notaban en la voz. Kenneth no me lo preguntaba todos los días, sino que lo reservaba para los momentos en que sabía que estaba bajo presión, cuando era más probable que me «olvidara» de comer. Cuando digo que hace una década que no estaba tan mal, se debe principalmente a él… se debía. Él era el motivo—. Intentaré no gritarte.

—Por favor, soy una mujer taiwanesa en el cuerpo de astronautas. Tus dramas no me asustan.

El lunes habían pasado doce días desde que era viuda y, después de que por fin me dieran el alta del purgatorio de la improvisada enfermería, me senté en un rincón alejado de la cafetería y almorcé con Helen, a quien habían autorizado a volver al trabajo la semana anterior. Todavía tenía el pelo aplastado en la frente por los auriculares, porque la dejaban pilotar de nuevo.

Me alegraba por ella y la envidiaba a la vez. Incluso por las hendiduras en sus mejillas donde el micrófono le presionaba la piel.

Estaba de espaldas a la habitación, para no tener que establecer contacto visual con nadie. Helen dibujó un círculo con el dedo en el mapa de la cara oculta de la Luna de su libro de registros, que estaba lleno de horas de vuelo.

—Es casi mediodía en la cara oculta, así que las sombras no ayudan, pero no había nada en el observatorio.

—Me he quedado sin ideas. —Me recosté otra vez en la silla y recogí los trocitos de una galleta. Habíamos comprobado las zonas alrededor de todos los puestos de salida y las estaciones de paso para ver si Icaro había aparcado la lanzadera en alguno. Hablo de «nosotros», pero me refiero a Halim, Helen y Myrtle. A mí me habían relegado a hacer listas y tomar notas.

Al final, sugerí buscar la lanzadera en lugares extraños, como el gran telescopio de la cara oculta de la Luna, que no tenía personal permanente.

—Voy a hacer una recomendación para que, en el futuro, pintemos las lanzaderas de color naranja brillante.

—De rosa fucsia, así ninguno de los hombres las tocará. —Helen guiñó un ojo—. Seguridad laboral.

—Con un lazo encima. —Sentía que me observaba juguetear con la galleta, así que me metí el siguiente trozo en la boca.

—¿Tal vez un poco de encaje? —Dobló el libro de registros y se lo volvió a guardar en el traje de vuelo.

Me reí, pero la mitad de mi mente ya se había puesto a pensar en otras formas de encontrarla.

—¿Y si pensamos dónde causaría más daños y nos movemos desde allí?

Helen entornó los ojos.

—Pero implicaría que está cerca de alguno de los lugares que ya hemos…

Las luces se apagaron.

La gente de la cafetería emitió un gruñido colectivo seguido de una débil ovación cuando se encendieron las luces de emergencia. En la tenue luz, Helen se miraba el reloj, igual que yo.

—Me molesta que no sepamos por qué ni cómo ocurre. —Sacó el libro de registros y dibujó un círculo oscuro en el calendario de la parte delantera. Frunció el ceño, contó y negó con la cabeza.

—Los intervalos son muy frustrantes. Cuatro días. Quince días. Ocho días. Ocho días.

Fruncí el ceño porque me parecían demasiados.

—Eso son cinco.

Asintió y levantó la vista con los ojos muy abiertos y preocupados.

—Sí, hubo uno el domingo 12. Estabas dormida.

El día después del funeral de Kenneth.

—Ya veo. —Bajé la mirada y aparté la bandeja de comida. Al otro lado de la mesa, Helen se puso rígida. Rechiné los dientes, volví a acercarla y tomé un poco de crema de espinacas—. Ojalá alguien me lo hubiera dicho.

—Lo siento. Después de lo del módulo de viviendas… Se me olvidó.

Hice una mueca y me sentí una canalla.

—La culpa es mía. ¿Dieciséis minutos a intervalos aleatorios?

—Quiero comprobar la geometría de las posiciones relativas de la Tierra y la Luna durante los apagones. Si la Tierra está siempre orientada hacia el mismo lado… —Tamborileó el lápiz en la mesa —. El tamaño de la muestra es demasiado pequeño para estar segura, pero, si una parte diferente de la Tierra está orientada hacia nosotros cada vez, entonces al menos podremos rechazar esa hipótesis.

La miré con el tenedor a medio camino del plato. No se me había ocurrido tratar de solucionar el problema mediante

matemáticas, y por eso Helen me parecía una maga.

El miércoles, Ana Teresa me citó en la verdadera enfermería del módulo científico, que por fin se había secado y habían reparado los daños causados por el agua. Durante todo el trayecto por los tubos de hámster desde Midtown, compuse una explicación detallada de por qué no me hacía falta llevar un registro de alimentos y de que me sentiría mucho mejor si se me permitiera trabajar. ¿Me había hecho falta la intervención? Sí, aunque odiaba que fuera así. Sin embargo, ya estaba bien y seguir controlándome era una pérdida de recursos que estarían mejor empleados en los pacientes con polio.

Cuando atravesé la puerta para entrar en la resplandeciente sala, Ana Teresa se volvió hacia mí con una pequeña sierra en las manos.

—Ven. La máquina de rayos X vuelve a funcionar, quiero verte el brazo.

—Hola a ti también. —Me guardé la diatriba interna para usarla más tarde. No es que me hubiera olvidado de que tenía el brazo roto, pero me había acostumbrado a ello. El dolor se había atenuado y había pasado al fondo, junto con mis pies. Me senté en el taburete que me había preparado y apoyé el brazo en la encimera.

—Creía que los rayos X veían a través del yeso.

Colocó la sierra en la escayola y levantó la voz por encima del zumbido.

—Tendré una imagen más clara sin ella.

—Ah. —Asentí—. Ya entiendo. Para la posteridad, el primer hueso roto y todo eso.

Ana Teresa frunció el ceño.

—La segunda rotura lo complica todo. Además de tu densidad ósea.

—Ya. Siento ser una decepción.

Resopló.

—Eres astronauta. No esperaría menos de…

Las luces se apagaron.

Un momento después, se encendieron las luces de emergencia.

Ana Teresa dejó la sierra con un resoplido, como si fuera una afrenta personal.

—Es una locura.

—Espera. —Miré al techo, como si allí fuera a ver la causa del apagón—. Volverá a funcionaren dieciséis minutos.

Sacó unas aterradoras tijeras de uso industrial de un carro de suministros y me apuntó con ellas.

—Si tuviera a alguien con soporte vital… Dile al administrador que es peligroso para mis pacientes.

—Hablando de ellos. —Miré alrededor de la enfermería a las camas vacías, levanté las cejas y traté de ignorar los crujidos de las tijeras mientras Ana Teresa rompía el resto de la escayola—. ¿Dónde están?

Señaló hacia Midtown con la cabeza mientras trabajaba.

—El espacio abierto es mejor para la recuperación, así que solo mantengo aquí a los casos más graves.

—Pero… —Miré alrededor otra vez—. Las camas están vacías.

—Sí. —Dejó las tijeras y me quitó la escayola del brazo—. Eugene reorganizó las instalaciones durante las reparaciones para crear una habitación para algunos de los pacientes de larga duración. Están al final del pasillo.

—¿Quiénes?

—Ahora mismo, el mayor Lindholm me ha pedido que aloje a Curtis, Birgit, Ruben, Garnet y al administrador.

Sacó unas tijeras más pequeñas para quitar la gasa. Sin los ventiladores, la enfermería estaba demasiado silenciosa. Oía cómo las hojas metálicas de las tijeras rozaban una contra la otra.

La gasa cayó. La muñeca se me había atrofiado con la escayola y tenía un bulto en un lado que no recordaba.

Ana Teresa resopló al mirarla y se puso las manos en las caderas.

—Gira la palma hacia arriba, despacio.

Los músculos que llevaban semanas sin moverse protestaron y sentí la tensión en el lateral del antebrazo cuando comencé el giro. Cuando el pulgar ya no apuntaba al techo, la muñeca se detuvo. Un dolor sordo me palpitaba en el centro del hueso.

Fruncí el ceño y me esforcé por girarla. No es que el dolor lo impidiera, sino que la muñeca no giraba más.

—Eso no… —Tragué y la posé de nuevo en la mesa. La palma de la mano no tocó la superficie. Me concentré e intenté girarla de nuevo. Cuarenta y cinco grados de rotación. Como mucho—. Me cuesta un poco.

Ana Teresa me puso dos dedos en la palma.

—Agarra.

Los dedos se movían, pero era casi como si la escayola siguiera allí y les impidiera cerrarse.

—No sé… Solo es atrofia, ¿verdad?

—Es una… —Las luces se encendieron. A la luz, noté el ceño de Ana Teresa más fruncido que antes. Dio un paso atrás—. Vamos a hacerte la radiografía para ver cómo de grave es.

—¿Ayudará la fisioterapia? —¿Qué había hecho? Intenté agarrar de nuevo, como si sostuviera un mando. Los dedos respondieron, pero el movimiento fue demasiado corto—. ¿Podré pilotar?

—Hagamos la radiografía. Después hablaremos.

Soy una experta en escudarme en la negación. Hay días en los que es lo único que me hace seguir adelante. Otros es lo único que puedo controlar. Algunos días, me convenzo de que mi problema es la solución.

Fui a ver a Eugene el jueves por la mañana. Estaba desayunando en la mesa del despacho de Frisch y tenía un informe delante. Balanceaba un tenedor con huevos revueltos en una mano mientras con la otra mantenía la página abierta. Me detuve en la puerta abierta a observarlo y no se dio cuenta de que estaba allí.

Se lo veía muy cansado. Tenía líneas que no recordaba en la frente y ojeras. Estaba desplomado sobre la mesa y fruncía el ceño mientras leía.

Me apoyé en la puerta.

—¿A qué hora has empezado esta mañana?

Se sobresaltó y los huevos cayeron en la mesa.

—Jesús, Wargin. —Tomó la servilleta y limpió las manchas del informe—. ¿A las seis? No he dormido bien.

—Ajá. —Me mordí el labio inferior mientras lo miraba—. ¿Me permites que te dé un consejo?

—Lo vas a hacer de todos modos. —Tiró la servilleta en la bandeja—. Dis… Dime. —Torció la voz en un intento desesperado de convertir «dispara» en «dime».

Tardé unos segundos en comprender que lo había hecho porque creía que la palabra «dispara» me habría recordado a Kenneth. No lo habría hecho, pero la desviación sí.

—Kenneth era más productivo cuando dejó de trabajar mientras desayunaba. —Lo había hecho para asegurarse de que comiera al menos una vez al día, pero los resultados seguían siendo los mismos —. Confía en mí. No te pongas un ritmo que seas incapaz de mantener.

Eugene me observó y tamborileó con los dedos en la mesa. Cerró el informe y giró la silla para mirarme.

—¿Cómo estás?

Cuando la gente te hace esa pregunta con sinceridad después de una tragedia resulta amable y agotador al mismo tiempo.

—Tendré la escayola otras dos semanas, lloro menos, como más y me aburro. —Me crucé de brazos y me preparé para una discusión —. Quiero hablar con Curt.

Entrecerró los ojos.

—¿De qué?

—De pilotar. —Me preparé para la compasión—. Tengo una pérdida permanente de la rotación del brazo izquierdo, por la rotura. No es polio, pero me ofrece un ángulo diferente con el que acercarme a él. A ver qué pasa.

Eugene negó con la cabeza.

—No va a funcionar.

Suspiré; me resistía a tener que explicarlo.

—Los puntos en común sirven para establecer una relación que se puede explotar. En este caso, los dos hemos perdido…

Las luces se apagaron.

—Por el amor de Dios. —Levanté las manos hacia los lados justo cuando se encendieron las luces de emergencia—. ¿Otra vez?

Eugene se volvió en la silla para mirar la tenue bombilla.

—Han pasado menos de veinticuatro horas desde el último.

—Sí. —Tres en una semana. ¿Cómo afectaría eso al análisis estadístico de Helen?—. Es preocupante.

—En efecto. No me gusta que la frecuencia aumente.

A mí tampoco, parecía que se acercaba algo.

—Es uno de los motivos por los que quiero hablar con Curt.

Eugene se volvió hacia mí y juntó las manos. Hubo un cambio sutil en su postura, en la línea de su cuello y en la colocación de su mandíbula, que me indicaban que había pasado de hablar conmigo como amigo a hacerlo de modo profesional.

—Voy a denegar tu petición. Todavía no estás en plena forma.

Apreté las manos, consciente de que la escayola nueva no era lo que me impedía cerrar la mano izquierda en un puño.

—No voy a derrumbarme delante de él.

Suspiró.

—No. Pero te olvidas de que en el panegírico hablaste sin tapujos de sabotaje. Si Curt es Icaro, se pondrá en guardia en cuanto entres en la habitación. —Eugene se inclinó hacia delante y me sostuvo la mirada—. Cuando hablemos con él, será un interrogatorio en toda regla.

—De acuerdo, tienes razón. Hagámoslo.

—Si hubieras entrado y propuesto eso, te habría dicho que sí y lo prepararía. —Negó con la cabeza—. No estás bien y sería una mala decisión. Contén la queja y dale una vuelta, sabes que tengo razón.

Le hice caso. Mierda. Se me da muy bien escudarme en la negación, pero no tanto. Miré las rozaduras en el suelo mientras los ojos me escocían. Me ardían las mejillas por la vergüenza. Asentí, sin confiar del todo en mi voz.

—Oye. —La silla crujió cuando se dio la vuelta y revolvió los papeles de la mesa—. Me vendría bien que revisaras el manual técnico de la base. A ver si hay alguna vulnerabilidad que estén

explotando.

Volví a asentir y acepté el portapapeles que me tendía. Si hubiera alguna posibilidad de que sirviera de algo, lo haría, pero reconozco un trabajo inútil cuando lo veo.

Pasé el viernes en la galería. Me había familiarizado con todos los manuales técnicos desde que establecimos la primera base lunar. Sin embargo, me dolían y se me cerraban los ojos al leer la letra pequeña. La gente habla del duro entrenamiento que reciben los astronautas, pero, lo más complicado de nuestro trabajo era mantenerse despierto al leer párrafos como el siguiente:

> La regulación de la tensión de salida del campo es necesaria debido a las particularidades en el rendimiento de las células fotovoltaicas; la tensión de salida es una función de la carga colocada en las células, lo que da lugar a una fuente de energía variable, que el SSU consigue al recibir la energía directamente del campo fotovoltaico y mantener la tensión de salida dentro de un rango específico de 130 a 173 V cc (normalmente, 160 V cc, que se denomina «tensión de potencia primaria»).

Ten en cuenta que se trata de una sola frase en un documento de 222 páginas, veinticuatro de las cuales son un glosario de acrónimos. Algunos los usaba a diario y había olvidado lo que significaban las letras, como PGNCS que, no sé por qué, pronunciábamos como «ping». Guía principal, navegación y no sé qué más. Otros eran más confusos. Por ejemplo:

> La energía secundaria se origina en una DDCU y se distribuye a través de una red de ORU denominadas conjuntos de distribución de energía secundaria (CDES) y conjuntos de distribución de energía remota (CDER), en cuya modalidad los CDES y CDER son esencialmente carcasas que contienen uno o más RPCM.

Mi favorita era una que no contenía ni un solo sustantivo de verdad.

Una vez que el ETCS permanente se pone en funcionamiento, el EETCS se desactiva, momento en el que las partes del EETCS se utilizan como componentes en el PVTCS.

Esperaba encontrar algo útil.
No fue así.
Y nos quedamos sin energía dos veces más.

CAPÍTULO 39

EL INGENIERO JEFE DE LA CAI REFUTA LAS ACUSACIONES DE QUE EL GOBERNADOR WARGIN INTENTASE ENVENENARLO

Kansas City, 24 de mayo de 1963 — AP — La información filtrada desde la oficina del presidente Denley ha revelado que el difunto gobernador Wargin estaba siendo investigado por el envenenamiento del ingeniero jefe de la Coalición Aeroespacial Internacional, el doctor Nathaniel York. Los datos sugieren que el gobernador sentía celos del doctor York, de quien sospechaba que mantenía una aventura con su esposa.

El doctor York, cuya esposa forma parte de la primera expedición a Marte, ha rechazado esta afirmación y la ha calificado de «insultante». Sostiene que el gobernador Wargin y él eran amigos desde hace mucho tiempo. También añadió lo siguiente: «Es un intento de la Administración de manchar la reputación de la señora Wargin. Me gustaría pedirle a la gente que reflexione sobre el momento de la acusación. ¿Por qué hacerle algo así a una viuda justo ahora? ¿Por qué intentan ocultar la investigación sobre los intentos de La Tierra Primero por inhabilitar el programa espacial?».

El viernes por la noche me dolía muchísimo la cabeza por estar leyendo una letra demasiado pequeña. No recordaba que fuera tan

diminuta cuando empecé en la CAI. Halim me pilló frotándome el puente de la nariz durante la cena; ahora tenía un acompañante para cada comida.

Se aclaró la garganta.

—Gafas de leer.

Apuñalé un trozo de boniato.

—No soy vieja.

—Siguiendo tu lógica, soy más joven que tú, pero uso gafas para leer desde hace dos años. —Se encogió de hombros y cortó el conejo —. No me han sacado del servicio, si es lo que te preocupa.

Aunque sé que muchos astronautas acaban usando gafas debido a los cambios que produce en los ojos la microgravedad, la mayoría eran hombres. Por razones que siguen siendo un misterio para los médicos aeroespaciales, los ojos de las mujeres se adaptan mejor al espacio. Por tanto, el hecho de que necesitara gafas para leer no estaba relacionado con el espacio. No me apetecía recordarle a la CAI que era una «antigualla».

Tampoco es que importara. A estas alturas, estaba bastante segura de que me apartarían del servicio para siempre en cuanto pusiera un pie en la Tierra.

El sábado por la mañana me rendí y fui a la enfermería a pedirle a Ana Teresa unas gafas. Había terminado con el manual de la base lunar actual y había decidido empezar con la iteración anterior, por si acaso había un sistema heredado. Me parecía un trabajo infructuoso, pero me negaba a sumirme en la autocompasión y convertirme en una carga más para mis compañeros de tripulación. Confiaba en que Eugene no me hubiera dado una labor del todo inútil.

Aun así, mis ojos seguían odiándome.

Cuando abrí la puerta de la enfermería, vislumbré a Ana Teresa a través de un hueco en la cortina que rodeaba la mesa de exploración. Le dijo algo al paciente sobre cómo echaba de menos las flores; no recuerdo los detalles. Tuve que darme la vuelta y salir

de la sala.

Tanto lío y preocupación por el corazón de Kenneth y al final no había importado. Apreté la frente contra la pared de goma y me apoyé en ella como si tratase de evitar que el regolito que nos enterraba se derrumbara. Tenía la garganta tensa y me ardía con cada respiración que obligaba a mi cuerpo a hacer. Diecisiete días sin él en el mundo. Me quedé mirando la pared de goma hasta que respiré con normalidad, me limpié la cara y volví a entrar.

La cortina estaba corrida y me di cuenta de que el paciente de Ana Teresa era Curt. Ella miró alrededor y la conversación se interrumpió con mi segunda aparición.

Curt volvió la cabeza hacia mí, con las cejas levantadas en señal de preocupación.

—¿Estás bien?

Debía de tener los ojos rojos, pero no había nada que hacer al respecto.

—Sí. No quería irrumpir mientras te trataba. —Mantuve la sonrisa calibrada para que fuera accesible, pero no alegre. Eugene me había dicho que no lo interrogara, y no lo haría, pero estaba allí y huir no serviría de nada—. La privacidad es importante.

Curt se llevó una mano a la frente en señal de angustia.

—Qué vergüenza si alguien descubre que tengo polio. —Bajó la mano y esbozó una media sonrisa seria—. En serio, me alegro de que te sientas mejor.

Por un momento, miré a Ana Teresa con un arranque de pánico porque le hubiera contado a Curt lo de la anorexia y luego me di cuenta de que solo quería decir que sentía que mi marido hubiera muerto. Mientras los ojos me escocían, enderecé las cortinas como si lo necesitaran.

—¿Los calambres son igual de fuertes?

—No, se han calmado bastante. —Se señaló las piernas—. Espera a que veas lo sofisticadas que me han dejado las piernas.

—Qué emocionante. —Me volví con expresión de curiosidad y se me cortó la respiración en la garganta. En las dos semanas que habían pasado desde que lo había visto, las piernas de Curt se

habían atrofiado visiblemente. Había barajado la idea de que hubiera fingido la gravedad de la enfermedad; la taché de mi lista. En cada pierna tenía una férula ortopédica, fabricada con aluminio y sujeta con correas—. Vaya, son impresionantes. ¿Quién las ha hecho?

—¡Ingenieros aeroespaciales de verdad! —Sonaba optimista, pero miraba al techo y parpadeaba demasiado rápido—. El pie derecho empezaba a torcerse y espero que esto lo detenga.

Ana Teresa le apoyó la mano en el hombro.

—Estará mejor cuando te llevemos a casa.

—Qué alegría. —Giró la cabeza para mirar a la médica—. Aquí, tal vez consiga mantenerme en pie con esto si me esfuerzo. ¿En la Tierra? Estaré condenado a una silla.

Me sorprendió. Si fuera Icaro, no revelaría el hecho de disponer de algo de movilidad.

—Una silla no detuvo a Roosevelt.

Sin embargo, también sabía que Franklin había hecho todo lo posible por ocultar su discapacidad al público. Tenía un pacto de caballeros con la prensa para que no lo fotografiasen nunca en la silla. Nadie hablaba de lo que le costaba llegar a un atril y hablar de pie.

—Podrás hacer lo que quieras cuando vuelvas.

—Pilotar, no.

No se equivocaba. Si Eugene hubiera estado de acuerdo con el plan, habría sido un buen ángulo.

Ana Teresa hizo rodar una silla con ruedas, construida con partes de un sofá de lanzamiento y una silla de oficina. Con ella, Curt podría sentarse y desplazarse, pero dependería de otra persona. Con una eficiencia que envidié, Ana Teresa lo trasladó a la silla de ruedas.

La médica se puso detrás.

—Dame un momento y enseguida estoy contigo.

—Gracias. Solo vengo a por unas gafas de lectura.

—Ah, por supuesto. Prepararé la tabla optométrica en cuanto…

Las luces se apagaron.

Parpadeé y se encendieron las luces de emergencia. Miré el reloj, aunque sabía que pasarían otros dieciséis minutos. No me gustaba cómo había aumentado la frecuencia de los apagones.

Ana Teresa fruncía el ceño contemplando las luces y Curt volvió la cabeza para mirarla.

—Doctora, ¿por qué no dejas que Nicole me lleve a la sala de la polio? Así tendrás tiempo de prepararte.

La adrenalina me inundó el cuerpo y me quedé en una postura neutra. ¿Por qué querría Curt estar conmigo a solas? No podía levantarse, así que estaba bastante segura de que no quería atacarme.

—¡Claro! Eso nos dará tiempo para que vuelva la electricidad.

Ana Teresa negó con la cabeza y me miró la escayola.

—No puedes trasladarlo a la cama.

Curt agitó una mano.

—En realidad, me gustaría estar sentado un rato. Empiezo a cansarme del techo.

Antes de que la médica objetase más, me coloqué detrás de la silla de Curt y lo empujé hacia la puerta.

—Vuelvo en un minuto.

Pasar la silla por el umbral de la puerta me supuso un esfuerzo. La escayola se me clavó en el pulgar al inclinar la silla hacia atrás para pasar las ruedas por encima del borde, pero conseguí sacar a Curt al pasillo sin que Ana Teresa nos persiguiera para ayudarnos.

En cuanto salimos por la puerta, inclinó la cabeza hacia atrás para intentar mirarme.

—¿Cuánto duran las baterías de las luces de emergencia?

Un escalofrío me recorrió la columna. Estábamos en la noche lunar y la colonia obtenía una parte importante de su energía del sol. En la gigantesca lista de posibilidades, no había pensado en agotar las baterías de emergencia. Si sucedía algo que inhabilitase la central eléctrica principal, pasaría una semana más antes de que volviera el sol.

—Es una buena pregunta.

—Detén la silla un segundo, ¿quieres?

Así lo hice, porque sentía curiosidad por saber a dónde quería

llegar. Aunque era consciente de que Eugene tenía razón, no estaba en plenas facultades.

—¿Qué pasa?

Metió la mano en el bolsillo del pecho del pijama y sacó un papel doblado. Estaba arrancado del periódico que la oficina de prensa local generaba a partir de un conjunto de noticias de la Tierra.

—¿Hablamos de esto?

Bajé la vista a la página que me tendió. «La esposa del gobernador afirma que los terroristas son responsables de la muerte de su marido». Tragué y me humedecí los labios.

—¿De qué quieres hablar?

—Piensas que soy responsable de esto. —Agitó las manos para señalar las luces.

Le devolví el periódico.

—¿Por qué lo crees?

—Veamos. Uno de los incidentes que citas en el artículo es el aterrizaje. Así que, o se cargaron el controlador antes del despegue, alguien lo hizo durante el viaje o el fallo fue fingido. Dos de esos escenarios implican que pudimos ser Mikey, Helen, Eugene o yo. Yo era el piloto cuando aterrizamos.

Cierto, era el mismo razonamiento que habíamos seguido. ¿Pensaba decirme que era imposible?

—¿Podrías haberlo fingido?

—Claro, era piloto de pruebas. La mitad de lo que hacíamos consistía en provocar que los aviones fallaran a propósito para averiguar las técnicas de recuperación. —Volvió a girar la cabeza—. ¿Podrías ponerte delante? Me cuesta verte.

Cierto, lo cual me venía bien porque también me costaba verlo a él. Caminé alrededor de la silla y observé las siluetas producidas por las luces de emergencia. Mantuve la sombra de mi cabeza justo debajo de su barbilla, para poder ver claramente su cara mientras las luces de emergencia le incidían en los ojos con mi rostro a contraluz.

—Será más fácil si entiendo qué quieres conseguir con esto.

Suspiró y tamborileó con el dedo en el brazo de la silla.

—Intento ayudar. —Señaló las luces—. Los apagones son cada vez más frecuentes y me pregunto si los saboteadores intentan deteriorar algo.

—Es posible. —Dejé que me viera suspirar, fruncí los labios en señal de reflexión y ladeé la cabeza de manera deliberada mientras lo consideraba—. ¿Qué harías tú en mi lugar? ¿En este escenario?

—No me creería ni una puñetera palabra que saliera de mi boca. —Entrecerró los ojos a contraluz—. ¿Qué hago para que eso cambie?

Si era Ícaro, era muy muy bueno. Tal vez no estuviera a pleno rendimiento, pero me sentía más viva en ese momento que en ningún otro desde que Nathaniel había llamado desde el hospital y pronunciado mi nombre. Dejé que el tiempo se extendiera para que el silencio lo llenara todo.

Esperó.

Pero no piqué. Me limité a sonreír y volver a colocarme detrás de la silla.

—Te prometo que pensaré en lo que has dicho.

Eugene se alzaba sobre mí con las manos en las caderas y me sentía muy pequeñita, a punto de desaparecer bajo la mesa de la sala de conferencias.

—Te dije que no hablaras con él.

El resto del grupo se dedicaba a admirar la arquitectura, un mapa o sus propias uñas; Helen escribía notas en su libro de registros. Ninguno iba a ayudarme. Intenté mantener la columna recta, pero no sé cómo había creído que Myrtle era la que daba miedo. No era que estuviera enfadado; Eugene estaba decepcionado conmigo.

Alcé la barbilla.

—Por eso me libré de la conversación en cuanto tuve la oportunidad.

—No, de eso nada. Cuando te pidió que lo empujases fuera de la habitación, tenías una forma sencilla de excusarte. —Me apuntó a la

escayola con un dedo—. Una forma muy fácil de decir que no. Tomaste la decisión deliberadamente.

Me mordí el labio inferior. Había informado a Eugene en cuanto Curt volvió a su habitación, ni siquiera había recogido las gafas para leer.

—Me he equivocado, lo siento. Soy consciente de la posibilidad de que me haya manipulado. Pero ya está hecho, así que, ¿qué hacemos con la información?

—¿Qué información? ¿Qué sabe que investigas el sabotaje? No es una novedad.

Suspiré.

—La cuestión de las baterías y el suministro de energía. Supongamos que es Icaro y que quiere que ocurra algo con el suministro de energía, pero no puede hacerlo. Si no lo es, entonces tiene razón en que el aumento de la frecuencia podría ser un intento de agotar las baterías.

Helen frunció el ceño mirando su libreta.

—Entonces, ¿por qué no duran más de dieciséis minutos?

—No tengo ni idea.

Siguió trabajando y de vez en cuando garabateaba una línea de números. En la mesa de enfrente, Myrtle cruzaba los tobillos y estudiaba el mapa de la Luna.

—¿Por qué no valoramos los dos escenarios? Halim y yo reflexionaremos con la opción de que Curt es inocente. —Miró a su marido—. Nicole y tú trabajaréis con la hipótesis de que Curt es Icaro.

—Hay otra opción. —Me agarré el borde de la escayola—. ¿Sabes lo que es una presunción?

—No —dijo Halim.

—En lugar de intentar que confiese, asumimos que es un agente enemigo. En este escenario… —Las luces se apagaron de nuevo—. Mierda.

Momentos después, las luces de emergencia se encendieron y todos nos miramos los relojes. Halim levantó la mirada hacia mí.

—¿Cuánto se tarda en agotar las baterías de emergencia?

—Unos noventa minutos, según el desgaste. —Así que había retenido algo de información del tiempo de lectura de manuales—. Helen, ¿cuántos cortes de energía…?

Levantó un dedo para silenciarme. Con la otra mano, garabateó una línea de texto en una parte de la página y luego saltó a otra para anotar una cifra.

—Necesito un mapa de la Tierra.

Eugene se puso en marcha y desapareció por la puerta dando largas zancadas.

—¡Y una regla! —gritó Helen.

—Entendido —se oyó desde el pasillo.

Los demás nos quedamos como estatuas mientras Helen hacía sus cosas de calculadora de vuelo. Me mordí el interior de la mejilla mientras la veía discurrir. Los cuatro minutos que tardó Eugene en pasar dos puertas hasta su despacho, agarrar un mapa y volver corriendo, bien podrían haber sido la espera de un lanzamiento. Estábamos igual de tensos e hiperconscientes.

Con los ventiladores apagados, escuché los pasos de Eugene con facilidad. Un segundo después, se agarró al marco de la puerta para cambiar el impulso de su cuerpo y se balanceo dentro de la sala de conferencias. Se detuvo con una mano en la mesa y dejó un atlas y una regla junto a Helen.

Lo miró de soslayo y nos vio a todos observándola.

—Es un satélite.

—Un satélite. —Myrtle se enderezó—. Hacen rebotar una señal hasta aquí.

Los ojos de Eugene se abrieron de par en par.

—¿Una señal para qué? ¿De dónde? —Bajó la vista al mapa—. Voy a callarme y a dejarte trabajar.

Dieciséis minutos más tarde, las luces volvían a estar encendidas y Helen nos había pedido dos libros de consulta adicionales. Sin que se lo requiriera, Myrtle consiguió una libreta amarilla que le ofreció a Helen, deslizándola junto al cuaderno en el que trabajaba. La

calculadora pasó a utilizarlo sin problemas, como si siempre hubiera estado allí.

Dibujó una circunferencia en un mapa ampliado de Estados Unidos.

—Kansas. No puedo concretar más con los materiales de los que dispongo, pero casi seguro que es Kansas City. Consígueme una lista de satélites y órbitas, y te diré qué satélite están usando.

—No crees que sea Lunetta.

Negó con la cabeza.

—Lunetta tiene un patrón orbital diferente.

Eugene se apoyó en la mesa y miró el mapa.

—¿Sabes por qué?

Helen se crujió el cuello, se recostó en la silla y se estiró.

—¿Por qué dieciséis minutos? Sí. Es el tiempo que el satélite está en la línea de visión, lo que confirma que tienen una sola base, como pensábamos. Si quieres saber qué es lo que envían con la señal, eso no lo sé.

—Te refieres a además de «desconectar la energía» —dijo Eugene.

—Hay formas más eficientes de hacer eso, si tienen un agente en la Luna. Los cortes de energía comenzaron dos días después del aterrizaje, antes de la epidemia de polio. —Volvió a mirar las notas que había tomado y puso una mueca—. Creo que tendremos otro apagón hoy y cuatro más mañana. Independientemente de la intención, será más que suficiente para agotar las baterías de emergencia.

Eugene juntó los dedos y agachó la cabeza con las yemas pegadas a la boca. Sabía que no rezaba, porque tenía los ojos abiertos y entrecerrados por la concentración, sino que valoraba el problema en su propia cabeza.

—De acuerdo. Podemos solucionar lo de las luces sacando las baterías de reserva del almacén e intercambiándolas en lugares clave. Conectaremos los generadores de emergencia al soporte vital de la cúpula principal. Daría lo que fuera por evitar los apagones.

En lo más profundo de los recovecos de mi mente, surgió una

idea. Algo relacionado con los protocolos de los satélites. Agarré el manual que había estado leyendo de una iteración anterior de la base lunar y hojeé las páginas mientras trataba de darle forma concreta. Sin embargo, no me sonaba que fuera algo que hubiera leído hacía poco. Sentía, más bien, que era algo que sabía.

—¿Hay una copia del primer manual de la base lunar? —Me levanté—. No importa, hay uno en la biblioteca.

Eugene levantó la cabeza.

—Dime que tienes algo, Wargin.

Dudé, porque era algo que solo recordaba a medias de cuando era una de las seis personas en la Luna. La información había sido sepultada y sustituida por las nuevas iteraciones de la base.

—Quiero ver las especificaciones originales de los CDER.

—Conjunto de distribución de energía remota. —Myrtle negó con la cabeza—. Solo se refiere a distribuir la energía desde una fuente central.

—Ahora, sí. Pero también contienen uno o más MCRE, lo que antes significaba «módulo de control remoto de energía».

—El corazón me latía más deprisa a medida que la conversación sacaba a la superficie la vieja información de golpe. De nuestro grupo y, de hecho, de toda la gente en la Luna en ese momento, era la única que había estado destinada en la primera iteración de la base lunar. —Parte del plan de contingencia era que el Control de Tierra en Kansas pudiera asumir el control remoto en caso de un fallo catastrófico. El desencadenante era un fallo de energía, que hacía que el sistema buscara una señal de satélite en la Tierra.

Los jadeos y asentimientos me indicaron que lo habían entendido, mientras se preparaban para lidiar con las ramificaciones. Todos pensamos en esa caja de sistemas heredados de Midtown, que seguían conectados por redundancia.

Quería ir a la biblioteca para mirar el manual. Quería estar equivocada.

—Creo que podrían asumir el control remoto de todas las funciones de la base, no solo de la energía.

CAPÍTULO 40

LAS FUERZAS AÉREAS ESTUDIAN EL ALCANCE DEL PROGRAMA ESPACIAL

Por Jack Raymond
Edición especial de *The National Times*

Kansas City, 26 de mayo de 1963 — Las Fuerzas Aéreas han emprendido una serie de estudios sobre su futuro que podrían o bien conducir a nuevas misiones en el espacio, de gran envergadura, o a una fuerte reducción de sus funciones y misiones actuales.

Por el momento, cabe afirmar que la Administración no está en absoluto convencida de la necesidad de algunas ambiciosas propuestas de cariz no militar. Los estudios son consecuencia del carácter cambiante de la tecnología de las armas aéreas y de la estrategia gubernamental en materia de armas nucleares. Sin embargo, serán reevaluados, ya que la Administración Denley cree que, a medida que los recursos del planeta se agotan, Estados Unidos ha de establecer su dominio en el espacio.

Los estudios han recibido el nombre de Proyecto Previsión y se ha comparado con el famoso informe «Hacia las estrellas», redactado por un equipo dirigido por el doctor Nathaniel York y su esposa en los días posteriores al impacto del meteorito, hace una década.

No obstante, la diferencia entre el informe anterior, solicitado

> por el entonces presidente Brannan, y el que se prepara ahora, es que en aquel momento prevalecía un ambiente de cooperación global. En la actualidad, se trata de un servicio que se aproxima a una lucha por la existencia. No se le ha dado publicidad a los nuevos estudios de la Fuerza Aérea, que fueron solicitados de forma discreta por el presidente Denfey el pasado 6 de mayo.

El aire de la sala de conferencias, donde una pandilla de ingenieros bebía café y discutía entre dónuts líofilizados, se había enrarecido hacía horas. Me dolía el culo de estar en la misma silla desde por la mañana. Eugene estaba en la cabecera de la mesa, con la mano en la barbilla, y escuchaba cómo los responsables de todos los departamentos de sistemas y el ingeniero jefe de la Luna discutían sobre qué había que desconectar y en qué orden.

—Si eliminas la circulación del agua en esa fase, no tendremos forma de rechazar el calor residual. —Christian Godfrey, ingeniero jefe de sistemas eléctricos, tenía el tipo de voz británica perfecta que dejaba claro que le habían dado una paliza en el internado.

—¿Y el SCTET? —pregunté. El sistema de control térmico externo temprano había existido solo durante los primeros seis meses de la colonia, antes de que tuviéramos montado el sistema de control térmico externo permanente. Habría matado por tener mi copia del primer manual de la base lunar, con todas mis notas garabateadas en los márgenes, pero hojear la copia de la biblioteca me había ayudado a refrescar la memoria—. Partes de él se reutilizaron para los bucles del PVTCS, ¿verdad? ¿Hay algo que nos sirva como parche?

—Es posible, veréis. Las salas de ingeniería de la Luna son bastante buenas, pero, como ya he comentado antes, me sentiría mucho más seguro si Kansas lo ejecutara como simulación —protestó otra vez.

Eugene bajó la mano.

—Te he dado los parámetros al principio. No podemos pedir ayuda a Kansas sin alertar a los terraprimeristas de que hemos encontrado su punto de acceso. Si lo planteas una vez más, te pediré que mandes a tu asistente para que te sustituya.

—Solo hago una declaración sobre mi nivel de comodidad con un proceso que quieres que apruebe. Si lo que buscas es gente que diga que sí sin rechistar, entonces esto acabará en desastre. —El hombre blanco y pálido se humedeció los labios y me lanzó una mirada—. No creo que la histeria nos sirva de nada.

—¿Histeria? —Lo habría matado con mi pluma estilográfica. Solo seguía vivo porque no tenía una en la Luna—. Una fascinante elección de palabras.

Eugene hizo ese gesto en el que inclinaba la barbilla solo un poco y endureció la expresión, pero no hizo ningún otro movimiento.

—Tu asistente es Mavis Davis, ¿cierto?

—Yo… Verás… —Miró alrededor de la sala en busca de apoyo, pero los cuadernos de los demás ingenieros se habían vuelto de repente de lo más interesantes—. Sería irresponsable si no expresara mis preocupaciones.

—Cinco veces en el espacio de dos horas, sobre una situación que ya he explicado a primera hora de la mañana. —Eugene se miró el reloj y levantó un dedo—. Tienes treinta segundos.

—Para explicar todo lo que…

—No, para que volvamos a quedarnos sin energía. —Eugene señaló la puerta—. Querrás llegar al otro lado de la esclusa en Midtown antes de que ocurra, te sugiero que corras. Veinte segundos.

Corrió. Veinte segundos después, nos quedamos sin energía en el horario que Helen había previsto. Poco más de dieciséis minutos después, Mavis se unió a nosotros y no tuvimos más problemas de «histeria».

Además, tenía razón sobre el EETCS. A veces, valía la pena ser una antigualla.

Por mucho que quisiéramos darnos prisa, hay una diferencia entre la eficiencia y la precipitación. «Lo lento es rápido» se aplica a todos los aspectos del programa espacial. Así que nos pasamos todo el

domingo pensando en cómo íbamos a desconectar los sistemas heredados.

El lunes por la mañana, Mavis Davis, cuyos padres debían de ser unas personas encantadoras, se asomó al módulo de control remoto de energía heredado. Era una mujer de hombros anchos, con un profundo acento de Tennessee y una gran comprensión de todas las cosas eléctricas.

—¿Nicole? ¿Puedes echarle un vistazo a una etiqueta por mí? Creo que es el antepasado incluso del sistema heredado.

—Claro. —Me habían dejado junto al MCRE por si surgía algo así. Se suponía que había que documentarlo todo, pero hay una diferencia entre las buenas prácticas y las prácticas reales. Por ejemplo, es muy probable que me hubiera olvidado de desayunar esa mañana si no hubiera estado trabajando con Eugene, aunque sabía que era importante recordarlo.

Me escurrí junto a ella en el reducido espacio y seguí el haz de la linterna hasta un estante de equipos al fondo del módulo. Acerqué mi propia linterna y entrecerré los ojos para leer la etiqueta en cuestión. Suspiré, me puse las flamantes gafas de leer nuevas y la etiqueta manuscrita se enfocó.

VRCS. No desacoplar sin autorización.

El cerebro me envió una señal de que era algo familiar, pero… No tenía ni idea de lo que era el VRCS. Tuve que mirarlo durante otro segundo antes de ponerme tensa. El trazo ascendente de la «V», la curva específica de la «S», la «U» un poco demasiado ancha. Tal vez me equivocase, por supuesto, porque las dos eran muestras muy pequeñas, pero, dado el contexto, apostaría a que llevaba razón. Me aparté del aparato y mantuve el rostro relajado mientras me volvía hacia Mavis.

—No estoy segura.

—Ah. —Sabía lo suficiente de la situación para entender que podría ser malo.

Lo era, y en dos frentes. Con todo lo que había pasado, nunca habíamos solucionado el tema de Frisch y cómo había llegado el libro a su oficina. Eso era malo; sin embargo, lo peor era que Icaro había estado en el MCRE y no tenía ni idea de qué era esa cosa que había instalado.

Salí del MCRE y me puse las gafas en la cabeza.

—Voy a llamar a Eugene. No hagas nada con ello, pero intenta averiguar qué haría falta para desconectarlo.

Eugene me siguió de vuelta al MCRE, con la cabeza gacha mientras escuchaba mi informe al respecto. Ambos íbamos lo bastante rápido como para tener que inclinarnos hacia delante. La gente nos vio salir del tubo de la administración y se apartó del camino.

Consultó el reloj.

—Helen dice que habrá otro apagón en dos horas, suponiendo que cumplan con el horario. ¿Crees que es lo que están usando para cortar la energía?

Negué con la cabeza.

—No tengo ni idea. Pensaba que lo hacían con el enlace por satélite.

En el MCRE, el equipo de Mavis se agrupaba alrededor de la puerta. Un hombre tenía los planos desenrollados en el suelo junto al módulo. Otra mujer se asomaba a la puerta con Mavis y asentía con seriedad. Un tercer electricista colocaba una enorme caja de herramientas sobre ruedas; levantó la vista cuando nos acercamos, le dio un golpecito en el hombro a Mavis y nos señaló.

La mujer salió del MCRE, linterna en mano, y se levantó para saludarnos.

—Se puede sacar, es una radio.

Quería gritarle «no lo toquéis», aunque sabía que no iban a hacerlo. De todos modos, el corazón me latía en el pecho como un motor desbocado.

—¿Está conectada a comunicaciones?

Negó la cabeza.

—Al SEE.

El sistema de energía eléctrica. Solo había una razón para conectar una radio a un sistema eléctrico que ya controlabas; solté el aire muy despacio.

—De acuerdo, ¿tenemos a alguien que sepa desactivar una bomba?

El tipo con los esquemas en el suelo miró hacia el MCRE tan rápido que perdió el equilibrio y se cayó.

Mavis se agachó para ayudar a levantarlo y negó con la cabeza.

—Los explosivos no están aquí, bobo. —Me miró—. Es así, ¿no? Creéis que es una trampa de control remoto. Si lo sacamos, en algún otro lugar algo explota.

Asentí, mientras a mi lado, Eugene daba una vuelta para mirar a toda la gente que seguía a lo suyo en Midtown. Tomó aire y acomodó los hombros, preparándose para ponerse en marcha.

—Dadme un minuto para hablar con los demás. —Mavis se volvió hacia su equipo con la misma tranquilidad que si se tratara de un simulacro, aunque os garantizo que «saboteador en activo» no era una situación a la que se hubiera enfrentado en la formación.

Eugene los observó y se inclinó para murmurar:

—Gracias a Dios por las personas competentes. —Levantó la cabeza y volvió a mirar alrededor—. ¿Crees que está en la lanzadera?

—Es lo que me temo, sí.

Apretó los puños.

—Quiero evacuar a la gente, pero no sé a dónde enviarla porque no sabemos dónde está esa cosa.

—Birgit. —Me clavé las uñas en el lateral del pulgar derecho—. Trabajaba en municiones y tiene movilidad.

—Pero no se acercó a la cabina antes ni durante el vuelo. —Eugene se frotó la frente y puso una mueca—. Sin embargo, no dejamos en pensar en si será Curt o Birgit, cuando podrían ser los dos.

—Habla con ella y…

—¡De acuerdo! —Mavis se volvió hacia nosotros, con los ojos azules encendidos por lo que parecía un plan. Dos de los electricistas

se habían acercado a la gran caja de herramientas, mientras que el tercero estaba agachado sobre los planos y tomaba notas en el papel —. Podemos poner una carga ficticia que simule la radio. La cuestión es que podemos sacarla, pero es mejor hacerlo durante el apagón. Tiene que tener un mecanismo para saber que la energía se ha interrumpido y no apagarse. Si la sacamos entonces y ponemos una línea para cubrir el hueco, teniendo en cuenta el cambio de resistencia y todo eso, entonces debería creer que la radio sigue ahí.

Eugene frunció los labios y casi distinguí la balanza silenciosa en la que sopesaba las opciones.

—Dieciséis minutos. ¿Seguro que podréis hacerlo?

Mavis parecía ofendida.

—Tan segura como que el día es largo y en la Luna dura dos semanas. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. Tengo a los chicos preparándose, pero no seguiremos adelante hasta que nos des el visto bueno.

La mandíbula de Eugene se tensó un momento, después asintió.

—Hazlo.

Observamos trabajar a Mavis y su equipo, con todo el cuerpo tenso por las ganas de hacer algo también. Lo tarea más útil a mi disposición era estar atenta por si había alguna otra rareza en las entrañas del MCRE, así que me acomodé en la postura de «esposa atenta» que usaba a menudo con…

Incliné la cabeza hacia atrás y miré la cúpula, esperando que la mayoría de las lágrimas volvieran dentro de los lacrimales.

La cúpula translúcida estaba oscura y solo había un orbe brillante en el cuadrante inferior, la Tierra. Con el filtro protector de la cúpula, era como ver la Luna entre las nubes.

—¿Estás bien? —preguntó Eugene en voz baja.

Asentí y me pasé la mano por debajo de los ojos.

—Deberías irte. —Saqué un pañuelo del bolsillo y me limpié la nariz—. Si no sale bien, no deberíamos estar los dos en el mismo módulo.

Sabía que quería discutir, pero era demasiado inteligente como para negar el argumento.

—Estoy de acuerdo, pero no me gusta. —Se puso las manos en las caderas y negó con la cabeza—. Voy a hacer una evacuación preliminar del personal no esencial. Los meteré en lanzaderas para que, si algo va mal, están preparados para trasladarse a un lugar seguro.

Ninguno mencionó el escenario en el que no hubiera un refugio seguro. En el que Icaro no hubiese dejado bombas en un solo lugar, sino en todos los puestos de avanzada. Hay situaciones para las que se pueden hacer planes y otras en las que les toca hacerlos a las personas que quieres.

El equipo de Mavis había aprovechado las dos horas para elaborar un plan definitivo y practicarlo todo lo posible sin tocar la radio conectada al MCRE. Midtown estaba desierto. Debajo, el Control de Superficie Lunar había cerrado la esclusa de aire y todos trabajaban con trajes de presión, listos para cerrarse los cascos en cuanto se produjera el apagón.

El equipo de ingenieros no llevaba protección. El MCRE no se había construido para acomodar un traje espacial. La escayola me obligaba a llevar un mono de astronauta, con una mascarilla de oxígeno de emergencia en la cabeza. Las únicas herramientas que tenía eran un reloj y un *walkie-talkie*. Halim tenía otro *walkie* y nos esperaba abajo, listo para ayudar en la evacuación si las cosas se ponían feas. Eugene tenía otro en el módulo de administración.

Había enviado a Myrtle y a Helen a pilotar las lanzaderas, lo que también tenía el efecto secundario de asegurarse de que su esposa estuviera en el lugar más seguro posible.

Una decisión acertada. Aunque, si fuese ella, lo habría asesinado al volver.

Mantuve pulsado el botón de hablar para que Eugene y Halim pudieran oírme, pero me dirigí a los ingenieros.

—Treinta segundos para la cuenta atrás cuando de la señal.

—Recibido, treinta segundos. —La voz de Mavis me llegó desde lo más profundo de la máquina. Ella y uno de sus ingenieros

se pondrían a trabajar en cuanto se apagaran las luces. Otro de sus compañeros estaba preparado para entregarles los suministros y la tercera hacía las veces de enlace de comunicaciones del electricista; les leería el procedimiento que habían redactado para que, cuando el tiempo fuera crítico, no tuvieran que detenerse a pensar.

El segundero recorrió el reloj.

—Treinta. —Cada respiración era tensa—. Veinte.

Las luces que rodeaban Midtown zumbaban con los ventiladores.

—Diez. —Lo sabrían cuando las luces se apagaran—. Nueve, ocho, siete. —Pero así les daría tiempo a prepararse—. Seis, cinco, cuatro. —Dentro, Mavis se puso de rodillas, con las manos extendidas—. Tres, dos, uno.

Las luces se apagaron.

A nuestro alrededor, los cierres electromagnéticos de las esclusas se reajustaron y las puertas se cerraron. El sonido de las escotillas al cerrarse resonó en la oscuridad. En el interior del MCRE, las lámparas de trabajo a pilas que habían colocado brillaban aún más en la repentina oscuridad. Unas sombras gigantescas recorrieron las paredes mientras Mavis y su equipo se movían.

Un momento después, las luces de emergencia se encendieron. Una parte de mí esperaba que o bien no nos quedáramos sin energía esa vez o bien que las luces de emergencia fallaran.

—Los ajustes son once, papa, papa, Juliet, tres. —En la penumbra, casi parecía un simulacro. Todos estaban tranquilos y eran eficientes.

—Confirmado. Once, papa, papa, Juliet, tres.

No perdí de vista el reloj, ya que era lo único que tenía que hacer. El segundero se adelantaba al ritmo de mi corazón. Sin embargo, cualquiera que me mirase vería a una mujer sentada despreocupadamente en una silla de plástico.

Me mordí el interior del labio y esperé. Tenía todos los músculos de la espalda tan tensos que casi me crujían al respirar. El minutero avanzó.

—Cinco minutos transcurridos.

—Recibido, cinco minutos.

Dentro trabajaban casi en silencio, solo respondían cuando necesitaban algo concreto.

—Desplaza papa catorce a Juliet catorce.

—Recibido, desplazando ahora.

El ingeniero de la puerta agarró una maraña de cables y la dejó en la mesa a la derecha de la puerta abierta. Con un movimiento suave, extendió la mano hacia la izquierda y tomó una pieza que pasó al compartimento. Era como ver bailar a un grupo de magos. Veréis, sé cómo hacer el mantenimiento de un avión. Tengo formación en los sistemas eléctricos de todas las naves espaciales que piloto. Había ayudado a instalar la unidad original. Sin embargo, mis conocimientos de electrónica se comparaban con los suyos como una cometa frente a un avión T-38.

—Diez minutos trascurridos.

—Recibido, diez minutos.

Sudaba y lo único que hacía era estar sentada y mirar el minutero de un reloj.

—J106 alfa colocado.

—Con esa configuración, tienes permiso para desacoplar el VRCS.

Dentro de los zapatos, mis dedos se curvaron como si fuera a ponerme en puntas. El VRCS era la radio misteriosa. Me sacaba de quicio no saber qué significaban las letras. Aunque, por lo que sabía, era un conjunto aleatorio diseñado para que quien lo viera lo dejase por desconocimiento.

—Hecho. —La voz de Mavis era fuerte y se dirigía a mí—. Despejado.

Quería aplaudirle.

—Recibido, tiempo transcurrido: catorce minutos. —Apreté el botón del *walkie*—. Listo. Nos alejamos del MCRE ahora.

La voz de Eugene crepitó en el espacio.

—Buen trabajo.

Mavis y el otro ingeniero salieron del MCRE. Les molestaba dejar los suministros por ahí, pero no habían discutido el orden de

acción. Les entregué las mascarillas de oxígeno de emergencia y nos las pusimos mientras corríamos hacia las escaleras. El plan era bajar al Control de Tierra y entrar en su esclusa, en caso de que la cúpula principal resultara afectada.

Cuando bajamos las escaleras, Halim nos esperaba con un traje de presión y nos abrió la escotilla. Nos apiñamos en la esclusa, que no estaba diseñada para albergar cinco cuerpos. Halim hizo un saludo militar mientras nos cerraba la puerta. Quería que estuviera dentro, no me gustaba el plan de dejarlo al otro lado de una gigantesca losa de aluminio, ni siquiera con el traje.

En el diminuto espacio, la esfera luminiscente de mi reloj brillaba en exceso. Todos estábamos en silencio, excepto por nuestras respiraciones. Sostuve el reloj para que todos lo viéramos, aunque lo sabríamos cuando se encendieran las luces. Habíamos llegado a la esclusa con un minuto de sobra, tiempo suficiente para tensarse y prepararse. Uno de los ingenieros no dejaba de crujirse los nudillos. Mavis se tiró de la correa de la mascarilla.

El minutero marcó los dieciséis minutos, pero las luces no volvieron a encenderse.

CAPÍTULO 41

LA TIERRA PRIMERO PUBLICA UN MANIFIESTO

Se atribuyen el asesinato del gobernador

Kansas City, 27 de mayo de 1963 — El grupo La Tierra Primero ha declarado la autoría del asesinato del gobernador Kenneth T. Wargin de Kansas a principios de este mes. En un manifiesto que han enviado a distintos periódicos de todo el país, afirman que habían intentado emplear la diplomacia para cambiar la participación de Estados Unidos en el programa espacial, pero que, tras el fracaso de esta, han cambiado de táctica. A continuación se incluye el manifiesto, impreso en su totalidad.

Exodo 32, 27: Entonces les dijo Moisés: «El Señor, Dios de Israel, ordena lo siguiente: "Cíñase cada uno la espada y recorra todo el campamento de un extremo al otro, y mate al que se le ponga enfrente, sea hermano, amigo o vecino"».

Mientras el planeta Tierra se recupera del impacto del meteorito, Estados Unidos se atrofia. Las necesidades de nuestros compatriotas son ignoradas en favor de una élite que persigue el falso ídolo de la Luna y que busca enriquecerse a costa de los pobres y los olvidados…

Cuarenta y cinco minutos después, seguíamos sin energía. Mavis le había pedido a Eugene que volviera a traer al histérico Godfrey,

porque conocía los sistemas y tenían media hora para solucionarlo antes de que las haterías de emergencia empezaran a agotarse. El hombrecillo quisquilloso atravesó Midtown con la barbilla en alto.

Me lanzó una mirada y curvó un poco los labios, pero cuando llegó junto a los ingenieros, agachó la cabeza.

—Mavis, ¿cómo puedo ayudar?

Levantó la vista del esquema sobre el que estaba inclinada con los otros electricistas.

—Christian, menos mal.

Se acercó a la mesa con las piezas que habían sacado del MCRE.

—Esto es lo que cambiamos por un parche de Vanden Heuvel. Supuse que durante el apagón no enviaría una señal y…

—Dios mío. —Le cambió la cara por completo y perdió el color mientras manipulaba la caja—. Esto es un detonador remoto.

Mavis se limitó a asentir y nadie le soltó un «¡te lo dije!» al ingeniero. Lo dejó en la mesa.

—Enséñamelo.

No soy una persona dada a caminar nerviosamente, pero sentí ganas de hacerlo mientras Mavis y su equipo trabajaban en el problema. Eugene sí caminaba. No mucho, solo alrededor de un pequeño círculo, con un brazo cruzado sobre el cuerpo agarrándose el codo contrario. Abría y cerraba el puño.

Godfrey salió del MCRE y negó con la cabeza.

—Lo de ahí dentro es un trabajo excelente. Nada de lo que habéis hecho debería haber causado esto.

Un poco de tensión desapareció de los hombros de Mavis.

—De acuerdo. —Hizo una mueca—. Aunque esa hubiera sido la solución más sencilla, ¿pasamos a la red?

—Coincido.

Eugene detuvo su paseo.

—¿Cuál es la situación?

Godfrey abrió la boca y después, en un pequeño milagro, señaló a Mavis.

—Acabo de llegar. La señorita Davis tiene más información.

Levantó las cejas con sorpresa, lo cual era comprensible, ya que

el hombre no dejaba de ser jefe.

—No sabemos cuál es la causa del apagón. Empezaremos por las soluciones más sencillas y partiremos de ahí. —Dudóy miró al MCRE—. La cuestión es que… tenemos dos problemas. Como hemos dado prioridad a sacar la radio, los controles remotos existentes siguen colocados. Cuando recuperemos la energía, serán accesibles a distancia.

Lo que significaba que La Tierra Primero aún podría controlar toda la colonia. Con una mueca, Eugene se tamborileó el muslo con los dedos.

—¿Qué necesitas para formar dos equipos?

—Algunas de las personas que hemos mandado en lanzaderas. ¿Te doy una lista?

Eugene negó con la cabeza.

—Las lanzaderas están fuera por otra… —Miró el reloj—. Quedan cuatro horas antes de que envíen un equipo para comprobar nuestro estado.

Mierda. Ya entendía por qué no dejaba de moverse y estaba tan tenso. El mismo escudo que protegía la colonia de la radiación también detenía las señales de radio. Sin energía, no teníamos forma de comunicarnos con el exterior. Myrtle estaba en una lanzadera y lo único que sabría era que no había forma de contactar con nadie dentro de la colonia principal. Las lanzaderas aún podrían hablar entre sí y con los puestos de avanzada, pero no con nosotros. Además, no teníamos ni idea de si había ocurrido algo en alguna otra parte de la colonia.

Mavis se mordió el labio inferior y miró a los que la respaldaban.

—¿Dividirnos en un equipo de tres y otro de dos? —Se volvió hacia Eugene—. ¿Puedo quedarme a Nicole?

Contesté por él.

—Sí, por supuesto.

—No. La necesito. —Eugene miraba hacia el módulo científico —. Si se puede hacer sentado, te traeré a Ruben. Si no, sacaremos a alguien del Control de Tierra hasta que se restablezca la energía.

Di un paso hacia él, sin estar segura de hasta qué punto podía

expresar mi malestar por usar a Ruben sin decir abiertamente que quizás estuviera involucrado. Sí, les habíamos contado a los jefes de departamento que se había producido un sabotaje, pero nos las habíamos arreglado para no señalar a ninguna persona en concreto.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Solo volvió la cabeza para mirar a Mavis—. ¿Te sirve?

—Sí, señor.

—Bien, te lo enviaré. Dividid los equipos. Avisa a Halim para cualquier cosa que necesites. —Comenzó a caminar hacia el módulo científico—. Wargin, conmigo.

Esperé hasta que ya no pudieran oírnos, lo que requirió un tremendo acto de voluntad.

—¿Qué vamos a hacer?

—No ser sutiles. —Señaló con un pulgar hacia las luces de emergencia—. Necesitamos respuestas y Curt, Birgit o Frisch las tienen.

—¿Estás seguro de que no es Ruben?

—Sí, es el tipo equivocado de imbécil. —Se detuvo en la esclusa y alumbró con una linterna el manómetro, después dirigió la luz a través de la ventana para una comprobación visual—. Pero he leído su informe, al igual que el de todos los sudafricanos, y al parecer es un electricista muy bueno.

Si Eugene estaba seguro, no iba a cuestionarlo. No más de lo que ya lo había hecho. Al menos no en voz alta.

—¿Para qué me quieres?

—Tú eres la espía. —Bombeó la manivela del trinquete para liberar los quince pestillos que mantenían la puerta sellada—. ¿Cómo enfocarías el interrogatorio?

Lo detuve con la mano en el brazo antes de que abriera la escotilla.

—Pregunta: ¿qué nivel de urgencia se debe a Myrtle?

Se le tensó la mano en el mango de la trampilla.

—Mentiría si dijera que no pienso en ella.

—Myrtle está bien.

Apretó los labios un momento y rompió el contacto visual.

—Pero no sabe que yo también.

—De acuerdo. —Agarré la escotilla—. Cuando las luces vuelvan a encenderse, Icaro sabrá que hemos resuelto ese problema. Así que eso nos deja un estrecho lapso para ver si alguien comete un error mientras se siente triunfante.

Eugene no me dejó abrir la esclusa sola y agarró la manivela.

—¿Por quién vas a empezar?

Había estado pensando en las preguntas sin respuesta y en la letra del MCRE. Sin embargo, quería saber cómo consiguió el libro el administrador de la colonia lunar antes de hablar con ninguno de los otros dos.

—Frisch.

—¿No con Curt? —Abrió la puerta exterior y el ojo de buey reflejó la luz de una lámpara de emergencia.

—Eugene, ¿siguen las lanzaderas en la línea de visión de la colonia principal?

—Sí. Así al menos estará más tranquila. —Negó con la cabeza —. Estoy bien, de verdad. No es como…

No es como lo de Kenneth. Aparté el pensamiento.

—La sala de aquí tiene una ventana de 360 grados. Tienes una linterna, consigue un espejo de la enfermería para usarlo como reflector para ampliar el alcance de la luz y…

—Morse. —Me agarró la frente y la besó. Nunca había visto a un hombre terminar de abrir una esclusa tan deprisa mientras seguía el procedimiento al pie de la letra.

Arriba, en el salón, Eugene les indicaba a las lanzaderas que todo el mundo estaba a salvo. Me imaginé los suspiros de alivio que recorrerían la pequeña flota de autobuses espaciales.

Ana Teresa se había llevado a Ruben a Midtown, así que crucé los dedos para que Eugene tuviera razón y no acabásemos de entregarle a Ícaro el equipo que necesitaba.

Ayudé a Frisch a caminar hasta mi improvisada sala de interrogatorios en el laboratorio de geología. Hubiera preferido el

laboratorio de biología, porque estaba más cerca, pero un corral lleno de conejitos no proyectaba la sensación que buscaba. En el laboratorio de geología, en cambio, había herramientas.

¿Sería capaz de usarlas con Ícaro? Sí. Mi marido estaba muerto y no soy una mujer amable ni en las mejores circunstancias. Lo disimulo bien, pero soy vengativa y egoísta. ¿Sería capaz de usarlas para averiguar quién era Icaro?

No.

—¿Cómo está? —Guie a Frisch hasta una silla en el centro de la sala y me senté frente a él. A mi lado, había una mesa con sierras y martillos.

Tenía la piel seca y cetrina.

—He mejorado mucho, gracias. —Señaló las luces de emergencia—. ¿Me cuenta qué pasa?

Había decidido tantearlo como si no fuera Icaro y no estuviera implicado. No era una postura irracional. Si fuera Icaro y se hubiera envenenado para despistarnos, se habría asegurado de que el laboratorio médico tuviera existencias de azul de Prusia. Además, la clase de cosas que habían sucedido parecían haberse preparado después de nuestra llegada.

—Ícaro ha estado usando un satélite para conectarse con la colonia lunar a través de un antiguo procedimiento del MCRE. Estamos intentando volver a encender las luces.

Frunció el ceño y entrecerró los ojos mientras sopesaba lo que le decía. Era, en sí mismo, una buena señal en cuanto a su salud.

—Ya veo. ¿Qué necesita de mí? —Señaló con la cabeza la puerta que había cerrado tras nosotros—. Supongo que le sirvo para algo o no estaríamos aquí.

—Había un libro en tu despacho, *The Long Tomorrow*. ¿Lo conoces?

Asintió despacio mientras me observaba.

—Fue uno de los elementos problemáticos para la CAI con el uso de códigos. Los otros eran más fáciles de descifrar, pero más difíciles de detectar si no sabías que estaban ahí. En cambio, esto era flagrante. Los periódicos se lo pasaron bomba porque no se podía

descifrar, así que podían suponer que era cualquier cosa.

Había esperado que esta parte del interrogatorio fuera un callejón sin salida. Me había preparado para que no supiera que el libro se encontraba en su despacho. Dado que estaba bajo la mesa, pensé que Ícaro lo había colocado allí.

—El código, sí. Pero el libro… ¿Por qué lo tenía?

—Ah, Vicky Hsu me lo trajo.

La habitación se enfrió.

—Vicky. —En la misa de la iglesia y en mi lista de sospechosos. Pero ¿por qué iba a poner su nombre en la biblioteca al sacar el libro, aunque disimulara la letra? ¿Era un doble engaño de algún tipo? Me froté la frente—. ¿Qué dijo cuando te lo dio?

—Que había encontrado la carta que habías descifrado dentro y que pensaba que debía saberlo. —Me miró por debajo de la nariz como una cigüeña pescando—. Pareces confundida, ¿puedo saber por qué?

—No la descifré. —Me mordí el interior del labio antes de responder, mientras todavía trataba de unir las piezas—. Cuando fui a la biblioteca, alguien se había llevado *The Long Tomorrow*. ¿Por casualidad no te dijo de dónde sacó el libro?

Negó con la cabeza.

—Solo que lo estaba leyendo cuando encontró la carta. Debería haber preguntado, pero… estaba confuso, y ahora sospecho que era porque me habían envenenado. —Frisch se aclaró la garganta—. Debo confesar que, cuando supe que el talio era un raticida y que lo habían usado conmigo, pasé un período oscuro en el que me pregunté si por eso nunca tomaba azúcar con el té. Me pregunté si estaría con Icaro.

—Me parece justo, pensé lo mismo de usted cuando encontramos el libro en su despacho. —Los argumentos en contra de que fuera Icaro eran mucho más fuertes que los argumentos a favor. Había cosas en las que nos podría ayudar, ahora que tenía la mente despejada. Tendría que informarle sobre la navaja suiza y Birgit, por si se le ocurriera algo tras haber estado en una habitación de hospital con ella—. ¿Qué le hizo cambiar de opinión?

Frunció el ceño con angustia.

—Querida… Tu marido.

Cuando terminé de hablar con Frisch, me apoyé en la pared del pasillo y me quedé mirando el techo mientras volvía a guardar el corazón en la cajita que le correspondía. Los momentos en los que la pena me asaltaba eran imprevisibles. Diecinueve días. En algún momento dejaría de contar. Exhalé un suspiro con los labios fruncidos y me enderecé.

Siguiente, Birgit o Curt. No era tan estúpida como para quedarme a solas en una habitación con ninguno de los dos, así que tendría que esperar a que Eugene terminara de comunicarse con las lanzaderas.

Me dirigí a las escaleras que llevaban hasta el salón para ir a buscarlo, no me costó subir los escalones de tres en tres. ¿Sabes ese momento en el que de pronto comprendes lo mal que has estado? Me sentía muy bien al moverme, tanto que sonreí un poco al llegar al último escalón del salón iluminado por la Tierra.

Fuera, la luz azul plateada del planeta se extendía por el suelo como una sábana de seda. Las sombras negras marcaban los bordes de los cráteres y profundizaban las laderas de los Apenninus. La silueta de Eugene se recortaba contra la luz, con las dos manos apoyadas en el cristal mientras se inclinaba para apoyar la frente también.

—¿Eugene?

Se enderezó, como una marioneta a la que el titiritero le da un tirón, en una perfecta postura militar. Tomó aire y se volvió.

—Nicole. —No me gusta que digan mi nombre en ese tono—. Myrtle dice que han visto una explosión.

Me aferré a la única brizna de consuelo en esa frase: «Myrtle dice». Así que ella estaba bien. Pero nada en su lenguaje corporal indicaba que el resto de cosas lo estuvieran.

—¿Dónde?

—El Jardín, no responden a las llamadas. —Se pasó la mano por

la cara—. Ninguno de los puestos de avanzada responde.

Me apoyé en el respaldo de una silla y la escayola rozó contra el duro plástico. El problema de una colonia pequeña es que conoces a todo el mundo. No era una explosión en un lugar anónimo y lejano, sino un lugar donde trabajaba gente que conocía. Luther Sanchez habría estado en El Jardín, Aahana también.

—Danika, la esposa de Ruben.

—Lo sé.

Sería complicado obtener un informe completo mediante código Morse con luces. A lo mejor nos faltaban detalles.

—Tal vez solo tengan un corte de energía como nosotros.

—¿Y la explosión?

Los meteoritos golpean con suficiente fuerza cinética para convertirse en una bola de fuego, incluso en la Luna. No creía que tuviéramos tanta suerte y no se me escapó la ironía.

—¿Van a volver las lanzaderas?

Negó con la cabeza.

—He mandado a Helen a inspeccionar El Jardín, pero les he dicho al resto que se queden dónde están hasta que se restableciera la energía.

—¿Qué quieres hacer?

Eugene agachó la cabeza para mirar al suelo y giró el cuello. No fue una sacudida para estirarse, sino más bien como si tratara de centrarse.

—Perderemos la oportunidad para hablar con Curt antes de que vuelvan las luces si esperamos. —Se frotó la frente—. Cortemos la energía del módulo científico para que cuando vuelva la energía principal aquí sigamos a oscuras. Eso nos dará algo de…

Las luces se encendieron.

Levantó la cabeza y miró al techo.

—Sé que estaba rezando por ello, pero, Señor, no has sido nada oportuno. —Eugene suspiró, miró las escaleras y luego el paisaje, ahora oculto tras nuestros reflejos en el cristal—. ¿Cuánto tiempo necesitas con Curt?

—Tienes que ir a Control de Superficie Lunar. Con la luz

encendida, la gente necesitará orientación para traer las lanzaderas de vuelta. —Necesitaba repensar el plan de acción con las luces encendidas—. Le pediré a Halim que me respalde.

—Buena decisión, gracias. —Comenzó a ir hacia las escaleras—. ¿Me acompañas para informarme sobre Frisch?

—Claro. Consiguió el libro de Vicky, que «encontró» la carta dentro…

Detrás de nosotros, el intercomunicador zumbó.

—Eugene Lindholm, contacte con el Control de Superficie Lunar. Eugene Lindholm, contacte con el Control de Superficie Lunar de inmediato.

Corrió por la sala y se detuvo con un brazo en la pared para controlar el impulso. Con el otro, apretó el botón para hablar.

—Aquí Lindholm. ¿Informe?

—Ningún satélite responde. —La voz de Deana Whitney en el puesto de enlace de comunicaciones sonaba agitada, algo que jamás le había escuchado—. No hemos conseguido restablecer contacto con la Tierra.

CAPÍTULO 42

> Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 27 de mayo de 1963, a las 13:55 — Protocolos de contacto completados. La comunicación con la CAI no se ha restablecido. El departamento de comunicaciones y rastreo por satélite trata de solucionar los problemas en colaboración con el departamento de energía.

El Control de Superficie Lunar tiene la misma estructura que el Centro de Control de Misión en Kansas. En la Luna, también servía como control del tráfico aéreo para las lanzaderas y los cohetes de carga procedentes de las minas del Polo Sur, pero siempre me sentía como si volviera a casa.

Ese día, fue como volver a casa y descubrir que te han robado.

Me senté al fondo de la sala y revisé todos los documentos sobre la primera instalación, a ver si recordaba algo que no estuviera escrito. Llevaba unos auriculares para servir de ayuda por si alguna persona necesitaba la «perspectiva histórica» que alguien había comentado que yo podía aportar. En un mundo perfecto, encontraría un error documentado que hubiéramos provocado por accidente al retirar el control remoto y los procedimientos para deshacerlo.

La mitad de las consolas de color azul metálico tenían luces de advertencia que parpadeaban en rojo. Sin embargo, a mi alrededor, la gente se dedicaba a sus asuntos con el mismo tono que en un día

normal. Solo si prestabas atención a las palabras, te dabas cuenta de lo mal que estaban las cosas.

—Base Artemisa a Kansas. ¿Me reciben? Base Artemisa a Kansas. ¿Me reciben?

—Control de Tierra a Lanzadera 6: que los evacuados se presenten en la cafetería tras el aterrizaje para la asignación de tareas.

—No hay respuesta del satélite en la conexión de baja intensidad.

Eugene estaba en la mesa de la directora de vuelo con una mano apoyada en la consola. Llevaba unos auriculares para escuchar las llamadas mientras cada estación valoraba el problema, las lanzaderas informaban y todos manteníamos la calma y hacíamos nuestro trabajo.

—Lanzadera 2 a Base Artemisa. —La voz de Myrtle hizo que Eugene levantara la cabeza como si la tuviera delante—. He hecho un vuelo de reconocimiento donde creemos haber visto la explosión, pero está demasiado oscuro para discernir nada.

Dirigió la mano a la unidad de comunicaciones, pero la cerró en un puño y la retiró. Miró al Controlador de Tierra y se mordió los labios como si fuera la única forma de evitar meterse en la línea de comunicación.

El controlador respondió, como correspondía.

—Recibido, Lanzadera 2.

—Solicito permiso para regresar a la base y descargar a los evacuados.

—Confirmado, regresen a la base.

Eugene aflojó el puño y lo apoyó de nuevo en el borde de la consola. Con una facilidad deliberada, bajó la cabeza y siguió trabajando.

Hay un gran reloj en la pared del Control de Superficie Lunar. Cada vez que un cohete viaja entre la Luna y la Tierra, el reloj cuenta el tiempo transcurrido de la misión. Eugene hizo que lo configuraran

para registrar cuánto tiempo llevábamos sin contacto con la Tierra. Cinco horas y cincuenta y un minutos.

Lo que no dejaba de carcomerme por dentro era que Icaro y La Tierra Primero habían modificado su estrategia. Antes habían tratado de detener el programa mediante un sutil sabotaje; habían cambiado a ataques activos.

Queríamos asustarlos. Me preguntaba si nuestros empujones habían provocado… Un pozo de ácido me llenó el estomago. ¿Estaría Kenneth vivo si hubiera agachado la cabeza? Sé de sobra lo que es la culpa del superviviente; todos la vivimos a menudo después de la guerra. Después del meteorito.

Aun así.

Eugene se detuvo detrás de mi mesa.

—Nicole, tómate un descanso.

Lo miré por encima del borde de las gafas de leer y parpadeé. El tiempo transcurrido era de siete horas y veinticuatro minutos.

Por supuesto, eso sin contar el intenso día y medio antes de que perdiéramos el contacto. La postura de Eugene era perfecta. El único indicio real de que no estaba bien era que abría y cerraba el puño derecho como si quisiera forzarlo a relajarse.

Señaló al resto de la sala y dijo:

—El segundo turno llegará pronto.

Era un momento sensato para tomarse un descanso. El equipo principal tendría que ponerlos al día. Algunos de los empleados se quedarían, por supuesto, pero no me necesitarían durante unos minutos. A ninguno de los dos.

Me quité las gafas.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Esa es mi frase?

—Myrtle me tiene bien entrenada. Han preparado un puesto de sándwiches en Midtown. —No tenía ni una pizca de hambre, pero tenía que rellenar un registro y al pensar en ello me di cuenta de que

me había saltado la comida. Me levanté, me estiré y mi espalda soltó una gran descarga—. Aprovecha para levantar la moral del equipo mientras vamos hasta allí.

Suspiró y se acercó a la directora de vuelo.

—Poppy, vuelvo en quince minutos. ¿Te traigo un sándwich?

—De ensalada de huevo, si tienen. —Como si fuera un día cualquiera, aquellos hombres y mujeres se limitaron a trabajar.

Eugene me siguió hasta la esclusa, que manteníamos cerrada, por si acaso.

Esperé hasta que estuvimos dentro y las paredes de metal nos separaran del resto del equipo.

—¿Cuándo vamos a valorar la idea de que la explosión que vio Myrtle fue la desorbitación de un satélite?

«Desorbitación» era una forma bonita de decir que se había estrellado contra la superficie lunar.

—Lo más aterrador es que he estado rezando porque fuera eso. —Agarró la manivela y la giró para abrir la puerta—. Porque si no, era El Jardín.

—¿Todavía no hay noticias de Helen?

Negó con la cabeza mientras abría la puerta.

—Calculo que falta una hora para que vuelva a entrar en el radio de alcance.

Sin satélites, el rango de las comunicaciones se limitaba a la línea de visión. En la Tierra, las señales rebotaban en la atmósfera superior, pero eso no era posible en la Luna. En los viejos tiempos, cuando teníamos un módulo de mando en órbita y un módulo de aterrizaje en la superficie, había que enviar la señal del módulo de aterrizaje hasta el Centro de Control en Kansas para que la rebotase al módulo de mando. Cada vez que el CC daba la vuelta a la cara más lejana de la Luna, el piloto se quedaba sin ninguna señal. Elma siempre decía que ese período le resultaba de lo más tranquilo.

Pero hay una clara diferencia entre la pérdida programada de señal y lo que estábamos experimentando.

En el piso de arriba, los ingenieros se habían apoderado de Midtown; habían instalado mesas de conferencias y pizarras blancas

para tratar de resolver la larga lista de problemas. Eugene se dirigió a la primera mesa y lo agarré del brazo.

—Por experiencia, lo primero es el sándwich. De lo contrario, te pondrás en marcha y te olvidarás.

Preferiría haber prescindido de la oleada de lástima que le cruzó por la cara, pero en realidad no dijo nada al respecto, simplemente asintió.

—Gracias.

Todavía nos quedaban muchos obstáculos para llegar al puesto de sándwiches en *Le Restaurant*. Tendría que estrechar la mano, dar palmadas en el hombro y asentir con seriedad cuando alguien le preguntara si las cosas iban bien. Aun así, se las arregló para seguir avanzando. Era bueno. Por cosas como esa, Kenneth había presionado a Eugene para que se dedicara a la política desde que nos conocíamos. Habría estado muy orgulloso. Me metí la mano en el bolsillo y me dirigí a *Le Restaurant*. Traería sándwiches para Poppy y para él mientras Eugene hacía lo suyo. Las puertas estaban abiertas de par en par y todas las sillas seguían arrimadas a las paredes desde que había servido como enfermería femenina. ¿Había sido solo la semana pasada cuando las trasladaron de nuevo al módulo científico?

Jeanette Arnaud me miró y sonrió.

—*Bonjour!* ¿Cómo va todo abajo?

Cambié al francés, en parte porque me gusta el idioma, pero sobre todo porque necesitaba ejercitar alguna parte del cerebro cuya función no fuera recordar siglas.

—Vamos progresando. Hemos eliminado algunas posibilidades, seguro que descubren una solución pronto.

—Bien. —Asintió y miró los sándwiches—. No necesitas nada especial, ¿verdad?

¿Especial? Me quedé helada y sentí pánico. ¿Especial, como la comida que no me desencadenaría un reflejo de náusea? Creía que me habrían guardado el secreto de la anorexia. Usaba la palabra, sí. Pero también sabía lo que supondría para la carrera de Kenneth si la gente se enterase de… Cerré los ojos. Mierda. Estaba muy cansada

de llorar. Daba igual que todo el mundo lo supiera.

—¿Nada halal ni kosher? —Deslizó una bandeja hacia mí—. ¿Jamón y queso te vale?

Me tragué todo el miedo innecesario y la flema salada que me llenaban el fondo de la garganta.

—Perfecto, gracias. —Bajé la mirada para evitar que se me notasen los ojos llorosos—. Dos y uno de ensalada de huevo, si no es molestia.

Una hoja de papel, cubierta de números, estaba debajo de las sillas y me arrodillé para tomarla, agradecida de tener algún pretexto para limpiarme los ojos sin que todos me vieran llorar. Otra vez. Además, no me gustaría que nadie perdiera sus cálculos si eso ayudaba en algo relacionado con el restablecimiento de las comunicaciones.

—Aquí tienes. —Me entregó los sándwiches, envueltos en papel de aluminio—. Un placer verte, como siempre.

Hice malabares con todo y al final encajé dos de los sándwiches entre la escayola y el cuerpo, y me guardé el de ensalada de huevo para Poppy Northcutt en un bolsillo de la pernera del traje de vuelo. Encontré a Eugene hablando con un ingeniero, con la cabeza inclinada sobre un esquema. Asentía mientras me acercaba y aceptó el paquete de papel de aluminio cuando se lo tendí. Me miró a mí y luego a mi sándwich, sin dejar de escuchar al ingeniero. Puse los ojos en blanco y le quité el papel de aluminio. La comida es combustible. Sin romper el contacto visual con Eugene, le di un buen bocado.

Me sonrió y se inclinó hacia atrás para mirar el esquema de la mesa. Si me hubiera seguido mirando, le habría sacado la lengua. Aun así, tenía razón en que salir de aquella habitación durante unos minutos me había venido bien. Ojalá consiguiera que él se tomara un verdadero descanso, pero sabía por experiencia que los políticos solo tenían oportunidad de hacerlo a puerta cerrada.

Al otro lado de Midtown, la esclusa de babor se abrió con un silbido y se cerró con el característico sonido de quince pestillos encajando. Antes siempre manteníamos cerradas las esclusas entre

módulos, pero me había acostumbrado a tener las puertas abiertas y el sonido hizo que me diera la vuelta.

Un grupo de ingenieros avanzaba por la curva de la «calle» del puerto. En la retaguardia, Myrtle Lindholm caminaba con un KPP al hombro. Vio a Eugene, que seguía inclinado sobre el esquema, y se adelantó a los pasajeros.

Abrí la boca para avisarle de que había llegado, pero Eugene levantó la cabeza como si sintiera su presencia. Me estampó el sándwich en el abdomen y corrió hacia ella. Myrtle dejó caer la bolsa y corrió. Se encontraron en el espacio despejado junto a Central Park; el impulso y la masa de Eugene la hicieron retroceder unos pasos antes de que sus cuerpos en movimiento se detuvieran en un abrazo.

Agachó la cabeza y la enterró en el arco del cuello de su mujer. Las manos de ella apretaron el material de su traje de vuelo. Los hombros de Eugene temblaron una vez, se tensaron, y soltó un aliento tembloroso. Dio un paso atrás, con las manos en los hombros de ella. La cabeza de Myrtle se inclinó hacia arriba para mirarlo a los ojos y se le humedecieron las mejillas al sonreírle. Dijo algo que estaba demasiado lejos para oír, sin dejar de sonreír, alargó la mano para limpiarle la mejilla.

Eugene giró la cabeza, le besó la mano y distinguí la curva de una sonrisa en su mejilla. Negó y se encogió de hombros de repente. La atrajo de nuevo, con una mano en la nuca y la sumergió en uno de los besos más apasionados que jamás haya visto. Myrtle levantó las rodillas y los dedos de sus pies se curvaron hacia abajo.

Alguien los vitoreó y quise matarlo.

Eugene dejó a Myrtle en el suelo, dio un paso atrás y la soltó por completo. Todavía no le veía el rostro, pero había recuperado la postura militar. Myrtle también apartó las manos y las juntó detrás de la espalda como si estuviera en posición de descanso en un desfile y escuchó mientras él hablaba.

Me alegré tanto por ellos que me dolió. Tragué saliva y me volví hacia el ingeniero, que los miraba boquiabierto. Entré en su línea de visión y señalé con el sándwich el esquema.

—¿Te ayudo con algo?

—¿Eh? ¡Ah! —Tragó con fuerza—. Solo le explicaba que habíamos desenchufado y restablecido todos los conectores. No ha habido cambios.

—Buen trabajo. —Intenté cambiar los dos sándwiches a la mano izquierda y terminé equilibrándolos sobre la escayola. Era un poco incómodo, pero me permitió apretarle el hombro con la mano—. Se lo haré saber al mayor Lindholm.

—Oye. —Se humedeció los labios y miró hacia Eugene, que escuchaba a Myrtle—. ¿Se sabe quién es el responsable?

Respiré despacio. Ese tipo de sospecha destruiría la colonia de manera mucho más eficaz que hacerla explotar.

—Eso déjaselo al mayor Lindholm.

—Sí, claro. —Se tiró de la oreja—. ¿Deberíamos hacer algo al respecto?

Miré a Eugene; caminaba hacia nosotros y se limpiaba los ojos con la manga del traje de vuelo. Volví a apretarle hombro al chico.

—Seguir trabajando.

Antes de que me hiciera otra pregunta, me acerqué a Eugene. Se aclaró la garganta, sin engañar a nadie.

—Myrtle ha terminado de informarme.

—Deberíais haberos ido a una habitación.

Hacer sonrojar a Eugene Lindholm es una visión hermosa y una alegría infinita.

—¿Ese es mi sándwich?

Se lo tendí y lo aparté antes de dejar que lo agarrase.

—Te lo cambio por los detalles del informe, el de verdad. No necesito saber el estado de sus amígdalas.

El color de su piel se intensificó con un hermoso matiz rosado. Atrapó el sándwich y empezó a caminar de vuelta a las escaleras del Control de Superficie Lunar.

—No hay señales de ninguna explosión o impacto, pero, como sabrás, por la noche está demasiado oscuro para distinguir muchos detalles ahí fuera. Al llegar, siguió una trayectoria de vuelo que le permitió rodear la base. Desde el exterior, todo se veía en orden.

—Eso es bueno, aunque tener algo definitivo sería útil. —Suspiré—. Para futuros problemas, tenemos una cuestión de baja moral…

—Nicole, ¿qué es esto? —Eugene se había detenido en seco.

En la mano, tenía un papel manchado de grasa y cubierto de números.

Más bien, cubierto de un cifrado con una letra muy específica.

—Estaba debajo de las sillas. Solo lo… —Jadeé y me volví para mirar hacia *Le Restaurant*—. Mierda.

—¿Hay algo peor?

—Cuando era la enfermería de mujeres, ahí estaba la cama de Birgit.

Me encerré en la sala de conferencias con el cifrado y una libreta. Para descifrar una clave a la fuerza, ayuda saber en qué idioma está escrita. Una vez conocí a un tipo que usaba un simple cifrado César, pero escribía las notas en inglés medieval. Eran indescifrables.

Podría ser cualquier cosa, desde inglés hasta francés. Birgit era suiza, así que también alemán. Hablaba los tres, por suerte. Sin embargo, también podía ser un idioma cualquiera, en cuyo caso sería imposible.

Una vez que vislumbras una grieta, todo se desarrolla en cuestión de minutos. Lo difícil es encontrarla.

Alguien dio un golpecito en la puerta.

—Adelante. —Me enderecé y me quité las gafas de la nariz.

Eugene asomó la cabeza.

—Helen ha vuelto. ¿Se te puede interrumpir?

—Sí. —Tiré las gafas en la mesa y me masajeé el puente de la nariz. El dolor era más intenso que un picahielo entre los ojos, más bien como si alguien tratara de entrar en mi cabeza abriéndose paso con los nudillos.

Abrió la puerta del todo y la sostuvo para Helen, Myrtle y Halim. Myrtle llevaba un KPP que dejó en el extremo de la mesa. De forma metódica, sacó la comida y la colocó en una cuadrícula

octogonal. Tenía la mandíbula tensa.

Aparté los papeles para dejarle sitio. Myrtle negó con la cabeza.

—No pierdas de vista lo que haces, hay espacio de sobra.

Helen tenía el pelo revuelto y enmarañado por los auriculares y la hendidura del micrófono todavía se le hundía en la mejilla. Se dejó caer en la silla más cercana a la puerta.

Frente a mí, Halim se frotó la nariz y comprobó una de las páginas. Me quedé quieta, esperando a que, por arte de magia, de pronto exclamase: «¡Anda! ¡Si es árabe!».

No hubo suerte.

Eugene cerró la puerta.

—Lo primero, he hablado con Vicky y le he preguntado por *The Long Tomorrow*. Dice que Birgit se lo dio.

—Preocupante. —Lo cual era un eufemismo bastante significativo.

—Hay más. Adelante, Helen.

—El panorama general: El Jardín está bien. No se han quedado sin energía, pero sí perdieron las comunicaciones con todo lo que está fuera de las instalaciones. Dado que no perdieron la energía, han podido decirnos cuándo se desconectaron los satélites. Fue en los primeros minutos del apagón inicial.

Me estremecí.

—Eso fue antes de que el equipo quitara el detonador de la radio. Entonces, ¿la pérdida de los satélites no está relacionada?

—No lo creo. —Su voz era casi tan rasgada como la de Katherine Hepburn—. Además, su telemetría captó una serie de cinco impactos o explosiones. El momento coincide con el destello que vio Myrtle.

Había cinco satélites en órbita alrededor de la Luna, sospechaba que ya no había ninguno. Para ser un hombre cuyas oraciones habían sido escuchadas, Eugene no parecía muy feliz.

—Mientras estábamos acoplados, se me ocurrió que los registros que tenemos aquí con respecto a las lanzaderas estaban incompletos, porque el administrador Frisch estaba afectado por el veneno. —Helen cruzó las manos en el regazo—. Aproveché para echar un

vistazo a los registros de El Jardín para ver si alguien de la lista de sospechosos había estado allí.

Myrtle asintió y le pasó un paquete de sopa bebible a Helen.

—Buena idea. Cuando hicimos el inventario de posibles explosivos, no miramos el registro.

—Está registrado que Birgit Furst llegó para hacer un turno en el departamento de comunicaciones. Era la única pasajera. El nombre en la ranura del piloto estaba vacío. —Se volvió para mirarme—. Birgit estaba en las 99 el día que sabotearon tu avión.

Se me heló la sangre.

—Volar una lanzadera no es lo mismo que un avión.

Halim se inclinó hacia delante con un gemido y apoyó la cara en las manos.

—La dejé entrar en el simulador.

Joder. La primera vez que volé una lanzadera, también lo había hecho solo en un simulador. En teoría, Birgit podría haber pilotado ella misma hasta El Jardín.

Miré el reloj:

—Son las diez y treinta y seis. ¿La sacamos de la cama y la interrogamos ahora, o esperamos a mañana?

Eugene se levantó.

—Llevamos catorce horas sin contacto con la Tierra; la interrogamos ahora.

CAPÍTULO 43

Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 27 de mayo de 1963, a las 23:06 — Se ha restablecido el contacto con El Jardín y Marius Hills a través de las lanzaderas. Se ha enviado un vuelo de reconocimiento al puesto de avanzada del Polo Sur a las 23:00. Piloto: Armstrong. Copiloto: Aldrin. Calculadora de vuelo: El-Mohtar.

Eugene habría querido estar en la sala cuando interrogáramos a Birgit, pero le necesitaban más en el Control de Superficie Lunar. Había desenroscado un par de bombillas en el laboratorio de geología, así que cuando Halim acompañó a Birgit a la sala de interrogatorios, la luz era escasa.

Equilibrada por un par de muletas, caminaba bastante bien, con un aparato ortopédico improvisado en la pierna izquierda. Cuando me vio esperando, se detuvo para mirar por encima del hombro a Halim y, detrás de él, al astronauta que montaba guardia frente a la puerta.

—¿Qué pasa?

—Siéntate. —Le di una palmadita al respaldo de la silla que habíamos dispuesto para ella en uno de los puntos luminosos del laboratorio de geología—. Tenemos algunas preguntas.

Abrió un poco los ojos.

—Está bien. —Birgit se dirigió a la silla y se sentó con la pierna

izquierda estirada hacia delante.

En cuanto se sentó, me dirigí a la mesa de enfrente y tomé un portapapeles. Me encantan los portapapeles. Halim cerró la puerta y se colocó a mi lado, en la sombra. Cruzó los brazos sobre el pecho y separó las piernas en una postura amplia y cómoda. Agarré un lápiz de la mesa y sonreí.

—Intentaremos ser rápidos.

—¿Rápidos con qué? —Jugó con el revestimiento del mango de la muleta. Estaba nerviosa, pero ¿porque la situación era extraña o porque sabía que la habían pillado?

Empieza siempre con algo conocido y comprobable. Acostúmbrales a responder preguntas y después pasa a otras más difíciles.

—Tu expediente personal dice que trabajaste en municiones para el ejército suizo durante la guerra. —Me toqué con la goma del lápiz el labio inferior, para dejar clara mi curiosidad—. Háblame de eso.

—Eh… —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Empezaron a movilizar a las tropas y… Sabrás que Suiza tiene un servicio militar obligatorio para los hombres sanos, ¿verdad? Reclutaron a mis hermanos y yo quería ir con ellos, así que me ofrecí voluntaria.

Asentí con ánimo, como si no me estuviera contando cosas que ya sabía.

—Por supuesto, no me destinaron con ellos. En retrospectiva, fue una tontería esperar que lo hicieran, pero era muy joven. Solo tenía catorce años, aunque, por supuesto, mentí en la solicitud. Me asignaron a una planta de municiones. —Se encogió de hombros—. Hacía calor y había mucho polvo; no fue muy glamuroso.

En el portapapeles, tomé nota para confirmar la información. No se me había ocurrido comprobar su edad durante esas actividades de guerra. Según sus archivos, tenía treinta y ocho años, así que… Catorce. Catorce cuando empezó, pero la guerra duró años. Era información fácil de comprobar y engañosa, porque hay una gran diferencia entre una niña de catorce años en una planta de

municiones y una mujer de veinte.

—¿Qué hacías en la planta de municiones?

Miró el trozo de tela en sus muletas que tanto le preocupaba.

—Barrer el suelo.

—¿Perdón?

—Creo que sabían que era menor de edad. —Levantó la cabeza de repente y se inclinó hacia delante para intentar verme la cara entre las sombras—. ¿Es por el detonador que han encontrado? Yo no… Si necesitáis que alguien lo desarme, no puedo. No estoy cualificada.

Había saltado al tema de la bomba muy rápido. El reto era abstenerme de juzgar hasta tener una visión global. Una sola pieza no bastaba, así que esperé a ver si rellenaba el silencio con más información.

Birgit se removió un momento en la silla.

—Lo siento mucho. Sé que no debería haber dejado que nadie creyera que había realizado un trabajo más complicado del que en realidad hice, es que tenía muchas ganas de ir al espacio. Lo único que hice en la fábrica de municiones fue barrer el suelo.

—Lo entiendo. —Golpeé el portapapeles con el lápiz y la observé—. ¿Te gustó *The Long Tomorrow*?

Parpadeó ante el repentino cambio de tema y luego perdió el color de la cara.

—La carta, se trata de la carta. —Birgit agachó la cabeza—. Lo siento mucho.

—¿Podrías ser más específica?

—Lo encontré. Me refiero al libro. Estaba en la puerta de mi compartimento. Había una nota que decía «para Vicky». Pensé que quien lo había dejado lo había puesto en el lugar equivocado, así que se lo llevé. Ella no sabía nada y entonces vi la carta. —Levantó la vista hacia Halim, como si buscara consuelo, y luego volvió a mirar al suelo—. Lo siento mucho, Nicole. Cuando me di cuenta de que la carta era tuya, debí llevártela de inmediato.

Incliné la cabeza.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Estaba… Tenía un código. Trabajo en comunicaciones, así que me cuesta mucho ver un código y no querer descifrarlo. —Tomó aire y se sentó recta; me miró directamente—. Hemos invadido tu intimidad y lo siento mucho. Ha sido imperdonable y estoy dispuesta a afrontar las medidas disciplinarias que se me impongan.

—Ajá. —Me encogí de hombros como si no fuera importante y, en el contexto actual, en realidad no lo era. Lo interesante era que había dicho «hemos». «Hemos invadido tu privacidad». De nuevo, era cierto. Lo habían hecho, pero la «privacidad» era una tangente innecesaria que no hacía falta explorar. El «hemos», sin embargo… —. ¿Qué pasó después?

—Dado el contenido, pensamos que era mejor hacérselo saber al administrador Frisch. Así que Vicky le llevó el libro.

El hecho de que se lo hubiera llevado a Vicky era coherente con la historia. Sin embargo, los tiempos no encajaban.

—Hay un par de cosas que no entiendo. Si no te importa ayudarme con ellas, te lo agradecería.

—Por supuesto. —Juntó las manos en su regazo y se inclinó hacia adelante, en una recreación de entusiasmo con los ojos brillantes.

—Responde en el orden que prefieras. —Marqué las incoherencias con los dedos—. Uno: el libro se sacó de la biblioteca a nombre de Vicky, pero con tu letra. Dos: recibí la carta esa mañana y las puertas de la esclusa se cerraron por la tarde, digamos que unas cuatro horas después. Así que tengo curiosidad por saber cómo llegó la carta al libro, después a tu puerta, y te dio tiempo a encontrar a Vicky, a descifrarla y a hacer que le llegara al administrador antes de que se cerraran las puertas de la esclusa.

Los ojos de Birgit parpadearon deprisa.

—La primera es fácil. Era un libro de la biblioteca y esperábamos que los registros nos dijeran quién lo había dejado. No había nada y estaba archivado como si todavía estuviera en la estantería, así que lo apunté por ella mientras iba a ver al administrador. —Alineó las muletas con el lateral de la silla—. Sin

embargo, recibí el libro la noche anterior al cierre de la esclusa. Al principio, pensé que era alguien que sabía que estaba enferma, pero luego vi el nombre de Vicky.

—¿Enferma?

—Pesaba que tenía gripe. —Torció la boca y se apoyó una mano en la pierna izquierda. Incluso a través de los pantalones, era visiblemente más delgada que la derecha—. Estuve enferma un par de días, luego mejoré durante una semana y después… esto.

—Recibiste una copia de la carta misteriosa antes que yo. ¿Qué opinas de eso?

—Es fácil. Quiero decir, el proceso en sí lo es. El correo llega por teletipo a comunicaciones y luego tenemos que clasificarlo. Si la carta hubiera llegado después de que revisaras tu buzón, no la habrías visto hasta el día siguiente. —Negó con la cabeza—. Lo que no sé es quién se la llevaría.

—¿Dices que una persona al azar se llevó una carta de mi buzón, sacó el único libro que podía descifrarla y te lo entregó por casualidad?

—¡Te lo he dicho! Decía que era para Vicky. Lo tenía por error.

A mi lado, Halim cambió el peso de un pie a otro.

—¿Todavía tienes la nota que decía «para Vicky»?

—Se la di con el libro.

Concedí más silencio a Birgit para ver con qué lo llenaba. Los ventiladores del laboratorio de geología zumbaban con un silbido casi estático. Fuera de la habitación, unas ruedas chirriaron cuando algo rodó por el pasillo.

Birgit tragó saliva.

—De verdad que siento mucho haber leído la carta. ¿Y si le echo la culpa a la fiebre? —Se rio nerviosa y luego negó con la cabeza; se hundió en la silla—. Lo siento, soy más lista que eso.

Era incapaz de contar el número de veces que había interpretado el papel de *Madcben* compungida. Su interpretación parecía sincera, pero la mía también. Lo difícil de leer el lenguaje corporal es que solo es una parte de un todo. Es decir, era cierto que apestaba a culpa; sin embargo, una de las formas más fáciles de mitigar que te

descubran es atribuir la culpa a una acción diferente a la cuestión de la que no quieres que te acusen. Había saltado directamente a «soy mala persona» en cuanto le mencioné el libro.

—El martes 16 de abril, fuiste a El Jardín. ¿Por qué? —Según el informe más detallado que Helen nos dio después del resumen general, Birgit hizo un turno no programado en comunicaciones durante unas dos horas y luego se excusó, porque no se encontraba bien. La hora de salida de la lanzadera no se registró hasta casi seis horas después, de nuevo sin piloto.

—Para trabajar en comunicaciones.

Esperé. Birgit se colocó el pelo detrás de la oreja, pero permaneció en silencio.

—En El Jardín está registrado que llegaste después del inicio del turno de mañana, ¿por qué tan tarde? Y después solo te quedaste dos horas.

—No recibí la notificación a tiempo. Cuando llegué, ya estaban cubiertos. Empecé a encontrarme mal y, como no me necesitaban, me fui. —Volvió a toquetear el revestimiento de la muleta. Hizo una mueca y se estremeció—. En retrospectiva, ya estaba enferma de polio. Me alegro mucho de que nadie se haya contagiado por mi culpa. Sigo pensando en ello, menos mal que me marché antes de empezar a… ya sabes. Vomitar y eso.

—De acuerdo con la lista de turnos, no estabas de servicio.

Levantó la vista y frunció el ceño.

—No, sí lo estaba.

Pasé a una página del portapapeles donde tenía la hoja de personal de la semana del 15 de abril.

—Tengo el horario aquí.

Cuando se lo tendí para que lo viera, Birgit negó con la cabeza.

—Ese es el original, por eso también pensé que no me tocaba. Lo cambiaron después de que el cohete se estrellara y tardé en verlo.

Las luces se apagaron.

Me puse rígida. No debería seguir ocurriendo; los ingenieros habían eliminado el acceso remoto al MCRE. Las luces de emergencia dieron un breve parpadeo y se apagaron. Habíamos

sustituido las baterías en las zonas críticas, pero el laboratorio de geología no era una de ellas.

Busqué en el bolsillo y saqué una linterna. A mi lado, oí un crujido de tela donde estaba Halim. Su linterna se encendió un segundo antes que la mía. En el halo de luz, distinguí su rostro. Señaló con la cabeza a Birgit y la enfocó.

Fuera lo que fuera que ocurría, no se solucionaría si salía corriendo, por mucho que quisiera saber por qué nos habíamos quedado sin energía. En vez de eso, apunté con la linterna al portapapeles y reordené las ideas.

—¿Conservas una copia de la versión que dice que tenías turno?

—No. ¿Por qué iba a guardarla? —Se removió en la silla y entrecerró los ojos al mirar la luz—. De todos modos, no me necesitaban.

—Ajá. —Di un golpecito con lápiz en el portapapeles y esperé un momento de más para aumentar la incomodidad—. Tengo otra pregunta. Te perdiste la ruta de la lanzadera de la mañana. ¿Cómo llegaste hasta allí?

Birgit se quedó helada. Recorrió la habitación con la mirada, pero con la linterna en la cara, tenía que estar casi ciega. Respiró deprisa y tragó saliva.

—Un amigo me llevó.

—Un amigo. Es curioso, no hay ningún piloto registrado.

—Siento que me estás acusando de algo concreto, pero no entiendo de qué. —Birgit levantó la barbilla—. No te ofendas, pero ¿por qué hablo con vosotros y no con el administrador Frisch? —Se había puesto a la defensiva y qué interesante que quisiera involucrar a Frisch en lugar de a Eugene.

Halim se inclinó un poco hacia delante sobre las puntas de los pies.

—Te recuerdo que soy el astronauta jefe.

—Sí, y jefe de tu departamento, pero…

Las luces se encendieron.

Birgit levantó la vista y, por suerte, se perdió el momento de absoluta confusión que sin duda se me reflejó en la cara. No habían

pasado ni de lejos dieciséis minutos. ¿Qué narices pasaba? Apagué la linterna y la bajé.

Birgit frunció el ceño y volvió a mirarnos.

—Soy colona, estoy en otro departamento.

Halim negó con la cabeza e hizo un excelente trabajo al mantenerse en el papel.

—En la Luna, todo el mundo está por debajo de los astronautas porque somos nosotros quienes nos hemos preparado para manteneros con vida. —Apagó la linterna y la guardó—. Además, esta pregunta tiene que ver con una nave espacial y un piloto, lo que definitivamente corresponde a mi departamento. ¿Quién voló la lanzadera?

Apretó las manos y volvió a mirar al suelo.

—No quiero meter a nadie en un lío.

—Entonces, ¿no la pilotaste hasta allí?

Negó con la cabeza sin levantar la vista.

—No estoy certificada para volar una lanzadera.

—Eres piloto. —Halim se encogió de hombros—. Has hecho simulaciones.

—Eso no… Venga ya. No soy tan tonta como para pensar que una simulación es lo mismo que volar en el vacío de verdad.

Me agaché para establecer contacto visual con ella, en una postura que expresaba preocupación. Mantuve la voz en un tono relajado y simpático.

—Solo dinos quién te llevó. No hagas que sea peor de lo que ya es.

Se tensó antes de inclinarse hacia delante para apoyar los codos en las rodillas, con la cabeza hundida.

—Los dos estamos fuera del servicio de todos modos. Solo… Pretendía ser amable, por favor, no quiero que le afecte. —Birgit respiró despacio—. Curtis Frye me llevó. No lo anotamos en el registro, porque tenía prohibido volar.

Curt. ¿Curt estuvo en El Jardín? Birgit estuvo al menos durante un período de dos horas, pero no había constancia alguna de que él hubiera ido. ¿Lo hizo? ¿O pilotó ella misma y quería inculpar a

alguien que tendría muchas razones para negar haber estado en una lanzadera?

Bajé la barbilla y pregunté:

—¿Dónde está la lanzadera?

—¿La que llevamos a El Jardín?

—La que robaste.

Birgit se quedó boquiabierta.

—¿Robar? ¿Qué…? Yo no… —Abrió los ojos de par en par. Soltó una carcajada sin gracia—. ¿Crees que soy terraprimerista? No. *Mein Gott*, fui estúpida y desconsiderada pero no soy… No. ¡No!

—Querida. —Le sonreí con toda la frialdad posible—. ¿Entiendes por qué no te creo cuando dices eso?

—Me da igual lo que creas. No he tenido nada que ver con los cortes de energía ni con la pérdida de contacto con la Tierra ni con los Lindholm…

—¿Los Lindholm?

Se cortó.

—Les… Alguien saboteó su lanzadera.

Era un detalle que no le habíamos contado a nadie fuera de nuestro pequeño grupo. Salvo a Frisch.

—No recuerdo haberlo mencionado.

—Otra persona me lo dijo.

—¿Quién?

—¡No lo sé! —Se pasó los dedos por el pelo y se lo aplastó contra el cráneo—. No me creo que pienses que tengo algo que ver con todo esto. Tengo polio, ¿qué voy a hacer? ¿Arrastrarme por ahí para hacer todo tipo de cosas perversas?

—Puedes caminar.

—¡Ahora! Apenas. —Golpeó las muletas con la palma de la mano—. Estoy mejor que Curt o Ruben, pero no es fácil. No soy sutil ni estoy hecha para moverme a escondidas y hacer las cosas de las que me acusas.

—Hasta ahora, todo ocurrió antes de que enfermaras. —Aparté unos papeles para exponer la página cifrada, que todavía no había

conseguido descifrar. La giré para enseñársela—. ¿Quieres explicar esto?

Suspiró y miró al techo.

—*Mein Gott, das ist ein Albtraum*. —Señaló el papel—. Es un juego que tenemos Curt y yo. La gente nos pasaba los papeles cuando estábamos confinados en la cama. Teníamos una aventura. Ya está, ¿contenta? Ya conoces todos mis trapos. ¿Ahora qué? ¿Escuadrón de fusilamiento? ¿Esclusa de aire?

—¿Con quién más trabajas?

—¡Con nadie! —Levantó las manos como si pudiera apartar la pregunta—. Curt y yo… ¿Sabes lo que es estar confinada en la misma habitación con él y ni siquiera poder tocarlo? ¿Crees que hemos colaborado para…? ¿Qué, exactamente?

Le sonreí con tristeza.

—Estoy segura de que es difícil para ti. Si todo es como dices, la forma más sencilla de demostrarlo es contarme qué dice la clave.

Las mejillas de Birgit se encendieron. Se cruzó de brazos.

—No puedo.

Levanté las cejas.

—No puedes. Qué raro, si realmente quieres ayudarnos.

—No la he descifrado.

—Está escrita en tu puño y letra.

Se le hincharon las fosas nasales.

—Sí, lo sé. No conseguí descifrarla, así que copié una versión en limpio para volver a empezar. —Exhaló y se quedó mirando una esquina con las mejillas todavía encendidas de un rojo intenso—. Si quieres saber lo que dice, tendrás que averiguarlo tú misma.

CAPÍTULO 44

Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 28 de mayo de 1963, a la 01:03 — Todavía no hay contacto con la Tierra. Se ha encargado al departamento de comunicaciones que confirme que las antenas parabólicas principales son capaces de recibir señales de cualquier punto de la Tierra o de sus alrededores. Se les ha informado de que no podrán aislar ningún canal debido a la baja relación señal/ruido de las fuentes ajenas a la CAI. El LGS de reserva no funciona debido a la corrosión de la aerocina causada por el accidente del transbordador lunar.

Cuando terminamos de interrogar a Birgit, la metimos en uno de los despachos que Eugene había convertido en alojamientos para la tripulación, los cuales tenían cerraduras en las puertas. Aun así, Halim le pidió a uno de los astronautas más veteranos que la custodiara, porque si este estaba involucrado con La Tierra Primero, entonces ya estábamos muertos. No era un pensamiento muy tranquilizador.

En cuanto Birgit salió del laboratorio de geología, me dirigí al intercomunicador.

—¿Lo habéis oído todo?

La voz de Helen salió del pequeño altavoz.

—Excepto cuando nos quedamos sin electricidad, alto y claro.

—¿Qué ha pasado con las luces? —preguntó Halim.

—El equipo de ingeniería apagó todo el sistema.

—¿Me tomas el pelo? Siu previo aviso. —Sentí una oleada de furia al comprender que la aterradora oscuridad la había causado nuestro propio equipo—. ¿Tienen idea de lo perjudicial que podría haber sido? Además de que estábamos interrogando a una posible terrorista, aquí no hay luces de emergencia que funcionen.

—Eugene ha hablado con ellos.

Myrtle la interrumpió.

—Lo que quiere decir es que les ha echado una bronca de proporciones bíblicas.

Me hizo reír, pero seguía queriendo apuñalar a la persona que había decidido cortar la luz sin más.

—¿Por qué maravillosa razón han decidido cortar la luz?

La voz de Helen se volvió más lenta y precisa.

—No han encontrado ningún fallo mecánico en los canales de comunicación con la Tierra y esperaban que, al reiniciar el sistema, se reconectaría al enlace descendente de la Tierra automáticamente. Pero no ha sido así.

—¿No se encendió o no se conectó automáticamente?

—Se encendió y pasó por el procedimiento correcto de conexión. Sin embargo, no conseguimos enviar ni recibir ninguna señal. —A mi lado, la cara de Halim estaba tan tensa como la mía. Miró el reloj—. Para confirmar, ¿quince horas y once minutos sin contacto?

—Confirmado.

El Centro de Control en Kansas debía ser una jaula de grillos. Los ingenieros habrían acudido en masa a las instalaciones mientras todo el mundo se ponía a trabajar en el problema… Me agarré a una silla para estabilizarme cuando se me pasó por la cabeza un pensamiento. Aunque era casi la una de la madrugada, la CAI de Kansas City debía de estar hasta los topes de personal. Astronautas, ingenieros, técnicos, calculadoras… Todo el mundo habría acudido.

La Tierra Primero había emitido un manifiesto en el que clamaba sangre. Halim me tocó el codo.

—¿Estás bien?

Me aclaré la garganta. Quería estar en dos sitios a la vez: en el

Control de Superficie Lunar para ayudarles y para hablar con Curt.

—¿Podrías pedirles que comprueben si captamos señales de algún otro punto que no sea el Centro de Control o Lunetta?

—Ya lo han hecho… —La voz de Myrtle vaciló—. ¿Qué se te ha ocurrido?

La Tierra gira, por lo que hay tres grandes antenas parabólicas colocadas alrededor del planeta cada 120 grados. Antes era lo único que teníamos, pero se añadieron satélites como una capa redundante para las antenas de radio. Cuando todo funciona, las comunicaciones pasan por los satélites alrededor de la Tierra hasta Lunetta y luego bajan a la Tierra. El Centro de Control tenía su sede en Kansas City y podía trasladarse a Brasil o a Europa, pero seguían siendo necesarias las enormes antenas parabólicas o los satélites para cruzar la distancia hasta la Luna sin perder la señal. Si se perdía una, quedaban los demás. Entonces, ¿por qué no podíamos contactar con ellos?

—Si se detectan otras señales de la Tierra, aunque no podamos responder a ellas, entonces no es nuestro sistema.

—Nicole, cariño. No tienes que resolver todos los problemas. —Apreté la mandíbula mientras la rabia me inundaba las venas en cantidades desproporcionadas. Tenía la suficiente presencia de ánimo como para ser consciente de ello y contenerme, pero quería gritarle que ella tampoco tenía que resolver todos los problemas y que yo, desde luego, no era un problema a resolver.

Tragué y suspiré.

—Lo que quería decir es que, si todo va bien aquí, entonces algo va mal en la Tierra. Todo el mundo estará en la CAI intentando localizarnos. Todo el mundo. —Respiré hondo para estabilizarme y continué—. Y ya sabemos que están dispuestos a matar.

El intercomunicador se quedó en silencio un momento y luego Helen dijo:

—Preguntaré por la recepción de otras señales.

Lo dijo en un tono tan neutro que dolió. Su marido, Reynard, era ingeniero y estaría allí. Si La Tierra Primero había decidido bombardear la CAI, no podríamos hacer nada, pero no saber nada

era lo peor.

Entonces, ¿qué hacíamos? Me puse de puntillas y pensé. Curt nos habría visto sacar a Birgit de la habitación y se habría dado cuenta de que no volvía.

—Vamos a por Curt. Decidles que no apaguen las luces.

Confirmado.

Halim dudó.

—¿Hacemos una pausa para comer algo?

Casi le tiro el portapapeles. Ya era bastante duro que Helen y Myrtle supieran lo de la anorexia. Pero ¿qué Halim lo supiera y me hiciera de niñera? Trabajamos bien juntos. Me cae bien. Lo considero un amigo, pero no un amigo cercano. Más importante, es mi jefe. No me gusta que me recuerden que conoce mis debilidades.

Negué con la cabeza.

—Después. No quiero darle a Curt más tiempo del que ya ha tenido para pensar en por qué nos hemos llevado a Birgit de la habitación en mitad de la noche.

—No tardaremos mucho. —Se encogió de hombros y sonrió con un verdadero esfuerzo por fingir inocencia.

Por el intercomunicador, Helen dijo:

—¿Qué has comido hoy?

—Me olvidé, pero he cenado un sándwich. Con Eugene, así que tengo un testigo. —La mentira se me escapó con una facilidad inquietante. Sí, me comí un sándwich. Eugene recordaría que me lo había comido. Recordaría haberme visto dar un mordisco. Le di dos bocados y luego nos liamos. El resto estaba envuelto en papel de aluminio en mi bolsillo.

Lo inteligente sería sacarlo y terminar de comerlo. Lo inteligente sería no guardarles rencor a los amigos que intentaban ayudarme.

Di una palmada.

—¿Vamos a por Curt?

Era el mismo montaje de antes. Curt estaba en la silla de ruedas

bajo la luz. Halim y yo nos apoyamos en la mesa opuesta, en la sombra.

Curt miró hacia la luz y luego hacia mí.

—Así que, ¿es mi turno del interrogatorio nocturno?

Le guiñé un ojo.

—Vayamos al grano, ¿de acuerdo? —Empieza con las respuestas conocidas—. Tu expediente dice que estuviste en las Fuerzas Aéreas. ¿Qué hacías allí?

—¿Cómo saber si hay un piloto de caza en la habitación? —Esbozó una sonrisa irónica—. Él te lo dirá.

Si me hubieran permitido volar en combate, también le habría contado a todo el mundo que era piloto de caza. Solté una risita de cortesía para establecer una relación, que probablemente era lo mismo que él intentaba hacer.

—Aunque, como has leído mi expediente, sabes que fui piloto de caza. Así que, en aras de una completa honestidad, solo volé en una misión de combate en Corea antes de que nos hicieran volver a Estados Unidos después del meteorito. A partir de ahí, me dediqué al reconocimiento para ayudar a localizar a los refugiados. Más tarde, fui a la escuela de pilotos de prueba en Edwards AFB.

—¿Por qué te uniste a la CAI?

—Allí estaban los vuelos interesantes. —Curt se encogió de hombros—. La respuesta que di en mi entrevista fue «para servir a mi país» y algo sobre «la supervivencia de la humanidad», pero, en realidad, fue por los cohetes.

—¿Qué hiciste en El Jardín?

—Pregunta trampa. —Ladeó la cabeza y entrecerró los ojos mientras me observaba en las sombras—. No he estado en el Jardín.

Interesante. Las opciones eran: esquivar la respuesta para proteger a Birgit, admitirlo sin más o negarlo.

—Sin embargo, tenemos un testigo que te vio allí.

—No sé qué deciros. No he estado allí. —Se mordió el labio inferior—. ¿Vais a decirme quién…? ¿Cuándo se supone que estuve?

—El 16 de abril. El martes. Todo el día.

—Ajá. —Se frotó la barbilla y frunció el ceño—. Intento

recordar si alguno de los nuevos empleados se me parece lo suficiente como para confundirnos. De todos modos, los martes me toca llamar a casa. No tengo coartada para todo el lapso, pero estuve hablando con mi madre parte de ese tiempo.

—Eso es fácil de comprobar. —Hice una nota en el portapapeles—. ¿Cómo está tu madre?

—Bien. Aunque, al parecer, Mike ha vuelto de Venezuela y lo esta pasando mal porque Bert tiene cáncer de útero. —Lo dijo con voz relajada y despreocupada, y entonces abrió los ojos de par en par—. ¡Ay, perdón! Es una telenovela, lo siento. Debería haberlo dejado claro desde el principio. A mi madre le encanta *Guiding Light*, así que muchas de nuestras llamadas telefónicas consisten en ponerme al día de lo que ha pasado. Deberías haberla escuchado la temporada pasada cuando le dispararon a Anne. ¡Uf! No habló de otra cosa durante días. Creo que hasta se puso de luto… Mierda. Lo siento, lo siento mucho. No quería decir… Mierda.

Lo curioso es que había estado tan concentrada en escrutar a Curt que no había establecido la conexión hasta ese momento. Me había sumido en una realidad en la que solo hacía mi trabajo y Kenneth seguía vivo. Sentí el próximo latido de mi corazón extraño, como si hubiese sido a destiempo y chocara contra las cavidades a las que no debería poder llegar.

Tragué para aclararme la garganta y le di la vuelta al portapapeles para mostrarle la carta codificada que había encontrado. Calmé la voz.

—¿Me hablas de esto?

Curt vaciló mientras seguía intentando mirarme por encima del portapapeles. Capullo. En cuanto a las tácticas de distracción, sacar a relucir mi dolor era un objetivo fácil, pero lo había hecho muy bien. Bajó la vista al portapapeles y se inclinó hacia delante.

—Es un mensaje cifrado.

Esperé para darle la oportunidad de llenar el silencio y aclararme los ojos.

Me hizo una seña.

—¿Puedo verlo? No le da bien la luz.

Buen intento para que me acercase. Le pasé la tabla a Halim.

—Ver, pero no tocar.

—Es justo. —Curt asintió mientras Halim se la acercaba y mantenía el papel fuera de su alcance.

Los ventiladores zumbaron mientras esperábamos a que leyera la página de texto. Curt frunció el ceño y movió la boca como si leyera para sí mismo.

—¿Sabemos en qué idioma está?

—¿Cómo lo determinarías?

—¿Comprobando los pares de letras comunes? Pero la criptografía no era mi área de interés. Solo di una clase y… —Se encogió de hombros—. Aprobé, así que no me fue mal.

Le di un poco más de tiempo para que lo mirara y también para que mi cerebro volviera a ponerse en marcha. ¿De qué hablábamos cuando me desvió? De su madre. Parecía un tema inocuo, así que ¿qué había sido antes de eso? Su horario. Me había dado algo que podría ser una coartada parcial y luego usó mi pregunta sobre su madre para cambiar de tema.

—¿Supongo que crees que esto tiene algún tipo de relación conmigo? —Curt apoyó los codos en las rodillas y entrecerró los ojos mientras miraba la página.

—Birgit dice que se lo diste tú.

Curt levantó la vista y enarcó las cejas.

—¿Perdón? —Señaló la página—. Pero esa no es mi letra.

—Dice que lo copió del texto que le diste.

—¿Del…? —Volvió a mirar la página y ladeó la cabeza como si así fuera a cambiar el enfoque—. Intento buscar la manera de convencerte de que no lo he visto en mi vida y no se me ocurre nada que me resultase convincente si estuviera en tu lugar.

—Dice que tenéis una aventura.

—¿Qué? ¡No! —Curt me miró—. No. Está casada, por el amor de Dios.

—Por eso se le llama aventura y no salir juntos o tener una relación.

Levantó las manos como si así fuera a detener la conversación.

—Mira, es diez años mayor que yo. Es decir, es guapa y eso, y reconozco que coqueteé con ella cuando nos conocimos, pero nunca… En cuanto supe que estaba casada dejé de hacerlo, porque hay cosas que no se hacen.

Seguí como si no hubiera protestado.

—¿Te ayudó con las comunicaciones encubiertas a la Tierra?

Se tensó y pareció a punto de gritar. En cambio, cerró los puños y se relajó despacio en la silla.

—Ciada protesta me hace parecer más culpable. No sé por qué dijo que teníamos una aventura o que le di… Espera. Retrocede. ¿Fue ella la que te dijo que me había visto en El Jardín?

Podría decirle que sí. Podría decirle que Birgit nos contó que él la había llevado allí. Sin embargo, me interesaba mucho más ver qué hacía cuando no tenía nada con lo que jugar, así que me limité a golpear el portapapeles con el lápiz.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque sí que la vi esa mañana. —Apretó los labios y lanzó una mirada a Halim—. Me dijo que la habías metido en simulaciones y que querías que se presentara para ser astronauta. Me pidió que le enseñara a pilotar una lanzadera. Mis credenciales de piloto me permiten acceder, incluso cuando se me ha apartado del servicio. Me pareció inofensivo, así que acepté. Pero estaba… Ya empezaba a sentirme mal, así que la dejé allí dentro, sola.

Podría ser cierto. Pasaron cuatro días hasta que lo encontramos en el suelo. El desarrollo de la polio indicaba que podría haber tenido síntomas de gripe que desaparecieron antes de que apareciera la parálisis. O admitía algo pequeño para ocultar algo más grande. La pregunta era, ¿qué interpretación de los hechos era la correcta?

—¿Dónde está la lanzadera?

Curt se pasó la mano por la cara.

—¿Qué lanzadera?

—La que robaste.

Se le hundieron los hombros y parecía agotado.

—Quiero ayudar, de verdad, pero te juro que no tengo ni idea de lo que me hablas. De nada de esto. Puedo hacer conjeturas, pero

cada vez que acierto parezco más culpable. Por ejemplo, acerté con lo de las luces de emergencia, ¿no?

Fruncí los labios.

—De acuerdo, jugaré. ¿Qué conjeturas harías ahora?

Curt se frotó la cara y se presionó los ojos con las palmas.

—Vale, está bien. Dado que crees que estoy involucrado, tiene que ser algo que ocurrió en abril, justo después de que llegáramos y antes de que enfermara. Ha habido problemas con los controles ambientales y cortes de energía. El último no duró ni dieciséis minutos y, por favor, dime que no soy el único que los cronometra.

En realidad, me sorprendería si no los hubieran cronometrado varias personas de la colonia. Yo también cronometraba los apagones en la Tierra, solo por curiosidad.

—Así que hablamos de cosas que podrían haberse preparado de antemano. —Bajó las manos y frunció el ceño hacia el suelo—. Ha pasado algo en El Jardín. Con Birgit, supongo. Hay una lanzadera desaparecida. Ah, y mensajes codificados, presumiblemente para La Tierra Primero. Podría ser cualquier cosa, desde ensuciar el suministro de agua hasta volar la base o hundir el cohete… Anda, esa es buena.

Levanté una ceja.

—¿Buena? Interesante elección de palabras.

Curt hizo una mueca.

—Una buena suposición, una cosa espantosa. Las lanzaderas caben en las bodegas de carga de los transbordadores translunares. Carga una con fertilizante de El Jardín, conviértela en una bomba y apárcala dentro de un cohete. Ya tienes la bomba, además del propulsor y el oxidante para encenderla. Elige el cohete adecuado y podrás arrasar con todo.

—Tienes razón, es espantoso. —Además, implicaría que una lanzadera estuviera aparcada allí durante más de un mes y parecía poco probable que ningún equipo de tierra se hubiera dado cuenta —. ¿Supones que la lanzadera tendría una trampa explosiva?

—Sin duda. —Tamborileó con los dedos en el brazo de la silla —. O en un tubo de lava. Si hubiera uno cerca de la base. O una

órbita de estacionamiento, programada para deteriorarse y estrellarse contra la base principal, aunque no sé cómo habría vuelto después. No sé cómo habría vuelto de ninguna, en realidad.

Ese problema, al menos, creíamos tenerlo solucionado. Ícaro regresó y ocultó sus huellas con aire comprimido. Por lo demás, no estaba más cerca de saber dónde estaba la lanzadera que antes.

Al menos las luces no se habían apagado.

CAPÍTULO 45

Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 28 de mayo de 1963, a las 03:00 — Diecisiete horas y treinta y seis minutos sin contacto. Hemos pedido a ingeniería que desarrolle una solución que nos permita enviar un mensaje en morse a la Tierra con las luces exteriores de la colonia. Han prometido tenerlo en 24 horas, pero nos han advertido que es probable que no sea visible a simple vista. Es aceptable; tengo que creer que al menos un telescopio terrestre está orientado hacia la Luna.

—He aquí una idea. —Eugene estaba tumbado en el suelo de la galería con los pies sobre el banco—. ¿Y si Birgit o Curt prepararon algo con la lanzadera y no lo terminaron porque contrajeron la polio?

Myrtle, que estaba sentada en el banco, le dio un golpecito en el tobillo.

—¿Dices que deberíamos dejar de buscarla, igual que yo debería renunciar a que respetes los muebles?

—¿Las dos son ilusiones? —Eugene levantó las manos y se cubrió los ojos—. Son las tres de la mañana, Myrtle. Déjame poner los pies en alto, por Dios.

La mujer frunció los labios e inhaló para hablar.

Me aclaré la garganta, que era lo más cerca de meterme en la línea de fuego que estaba dispuesta a hacer.

—Halim, ¿le pediste a Birgit que se presentara al cuerpo de

astronautas?

—¿Sí? —Se pasó una mano por el pelo—. Entended que, si dependiera de mí, preferiría que todos pasaran por el entrenamiento de astronauta porque es más riguroso. ¿Se lo pregunté a ella en concreto? ¿Quizás? Birgit es muy buena con las comunicaciones y nos vendría bien para futuras expediciones a Marte.

Lo que era consistente con las dos versiones de la realidad que Curt y Birgit nos habían dado. Además, ser buena en comunicaciones implicaba que no tendría problemas para cortar una señal débil o para conectarse a una línea a la que no debería.

Mientras le daba vueltas a la idea, me quedé mirando el cuadro de un paisaje lunar al otro lado de la galería, donde un astronauta tomaba una muestra del centro de un regolito oxidado de color naranja brillante. Me encontraba en el puesto de enlace de comunicaciones cuando Terrazas y Halim vieron esa primera mancha naranja. Contagiaron la conmoción y la emoción a toda la sala principal del Centro de Control y, al parecer, los geólogos de los cuartos de ingeniería casi se hicieron pis de alegría.

Parpadeé y negué con la cabeza para tratar de no perder el hilo.

—¿Cuál es el siguiente paso?

Desde el asiento junto a la puerta, Helen se estiró.

—La estrategia más inteligente sería tomarnos un descanso. Hemos llegado al punto en que no rendimos más.

—Para mí que ya lo hemos superado. —Halim se levantó y miró al techo con un gemido—. Está bien, gente. Voy a ejercitar mi privilegio como jefe de astronautas y a enviaros a todos a la cama.

Estaba tan cansada que me habría acurrucado en el suelo de la galería a dormir, aunque, al mismo tiempo, estaba segura de que mi cerebro no pararía.

—Voy a quedarme un rato más con el código de Birgit.

Helen hizo una pausa mientras se levantaba, antes de enderezarse con una expresión triunfal.

—¿Hay alguna razón por la que no hemos usado al departamento de informática para descifrarlo?

Abrí la boca, levanté un dedo índice y parpadeé.

—No. —No había una buena razón, salvo que seguía olvidando de lo que eran capaces las calculadoras—. Si les digo que creo que es un cifrado de sustitución homofónica, ¿sabrían qué hacer con eso?

Negó con la cabeza.

—Pero si les das los pasos que seguirías para descifrarlo, los harán, solo que el trabajo se distribuirá entre varias mesas.

—Lo escribiré y…

—¿Hola? ¿Qué parte de «todos a la cama» no ha quedado clara? —Halim nos miró con el ceño fruncido, y el hombre sabía fulminar —. Largo. A dormir. Continuaremos a las ocho y media, que son menos horas de sueño de las que os hacen falta. En la cafetería, porque tenemos que comer.

Lo último vino acompañado de una mirada dirigida a mí, seguida de un cambio meditado de atención hacia Helen, como si no fuera a notarlo.

—¿Podríamos no…? —Me corté y empecé a levantarme.

—Tienes que…

—Basta. —No levanté la voz. Usé un tono muy moderado, sonaba muy calmada—. Agobiarme es peor. ¿Qué tal si no le damos una importancia extra cada vez que hablamos de comida? Lo he tenido bajo control durante una década y las circunstancias en las que he tenido un desliz creo que son bastante razonables. Sé controlarlo. Agradezco la preocupación, pero me hacéis empeorar.

Todos nos quedamos en silencio y sentí que se comunicaban con la mirada entre sí, como si mantuvieran una conversación silenciosa sobre quién hablaría primero. En medio de esto, Eugene roncó.

No un ronquido pequeño, sino un rugido, como si el suelo se hubiera abierto y se hubiera tragado la colonia lunar entera.

Tenía los brazos estirados lejos de la cara y estaba tumbado en el suelo con la boca abierta. «Aserrar troncos» no le hacía justicia, salvo que fuera con una sierra eléctrica que nunca se hubiera engrasado.

Helen lo miró con el mismo asombro horrorizado que yo.

—¿Duermes con eso?

—Con tapones de oídos y amor. —Myrtle lo miró con cariño—. Voy a dejarlo dormir, porque si lo despierto para moverlo, querrá

volver al trabajo y estoy demasiado cansada para pelear.

—Traeré una almohada y una manta —dijo Helen.

No podía apartar la vista.

—¿Por qué no recuerdo esto de cuando hacíamos misiones juntos? Las cápsulas eran diminutas.

Myrtle negó con la cabeza.

—Solo le pasa cuando toma lácteos. Lo descubrimos porque las primeras misiones tenían un menú muy limitado.

Puse una mueca.

—Le di un sándwich de jamón y queso.

—Tranquila, no te preocupes. La culpa es suya. Lo sabe muy bien, pero le encanta el queso, así que… La mayoría de los días, merece la pena.

Cuando salimos de la galería, un par de ingenieros miraban hacia allí con cierta preocupación. Halim se acercó para explicarles que el ruido era de origen humano y no una avería del equipo. Helen fue a por la manta y la almohada.

Fui a la cafetería. Porque yo también lo sabía muy bien y, si tenía problemas, si me convertía en un problema esa semana, sería solo culpa mía.

Cinco horas después, estaba de vuelta en la cafetería y escuchaba cómo Eugene y Halim trabajaban en la descongestión de la lista de turnos, lo que daba a entender que todavía no teníamos contacto con la Tierra, pero que los asuntos habituales de la colonia debían continuar.

Igual que yo tenía que continuar. Requesón rehidratado, melocotones enlatados, tostadas, huevos revueltos rehidratados con salino, pimienta en aceite y salsa picante; anoté todo en mi mente con detalle.

A mi lado, Helen masticaba distraída una tostada mientras leía la lista de instrucciones que le había dado para las calculadoras.

—Comparar las estadísticas de los cuadragramas del texto plano con las estadísticas de los cuadragramas del texto en inglés… Vale,

tendremos que ponerlas en la misma mesa para que puedan comparar los niveles de adecuación del texto mientras trabajan. —Asintió y dejó el papel en la mesa—. Está muy claro. Le pasaré los algoritmos al departamento de informática junto con el texto. No sé qué tenían programado, así que no sé cuánto tiempo les llevará.

Sin levantar la vista de la lista de turnos, Eugene dijo:

—Diles de mi parte que es prioritario.

—Recibido. —Volvió a mirar la hoja de instrucciones—. Nicole, una pregunta. —Tragué un poco de melocotón y levanté las cejas—. ¿Por qué no eras calculadora?

—Descifrar códigos es divertido. —Me encogí de hombros y removí el requesón con el tenedor—. Los números son solo… números. No se me dan mal, pero para mí no cobran vida como para Elma y para ti…

Al otro lado de la cafetería, alguien gritó:

—¡Quítame las manos de encima, imbécil!

Cerca de la cola para el café, había estallado una refriega. Costaba ver los detalles, ya que la bola de personas se movía de un lado a otro, pero estaba claro que no se debía a la falta de cafeína. Los colonos y los astronautas se levantaron de sus asientos alrededor. Eugene y Halim corrieron hacia el conflicto, con Myrtle pisándoles los talones.

—¡Eh! ¡Parad! —El grito de Eugene se elevó por encima el ruido.

La gente lo dejó pasar. La pareja inicial estaba en el suelo y se daban patadas y puñetazos en una pila de testosterona. Eugene y otro astronauta agarraron a uno de los dos mientras Halim sometía al otro, que estaba tumbado de espaldas y jadeaba.

—¿Qué narices pasa aquí? —Eugene obligó al que agarró a tumbarse en un banco.

Era Kadyn. El alto botánico tenía la nariz ensangrentada y la piel de la ceja partida.

—Ha dicho que esto era nuestra culpa: perder el contacto con la Tierra, las luces, todo. Que no deberíamos estar aquí.

Se me pusieron los pelos de punta. Kadyn era un hombre negro

caribeño británico y el otro, blanco. La mandíbula de Eugene se tensó y el músculo de la sien le palpitó.

Halim se arrodilló junto al otro hombre y lo sujetó con una mano en el pecho. Lo reconocí de la quinta promoción de astronautas, uno de los veteranos de la Luna. Tenía la piel blanca salpicada de sangre, pero no parecía ser de sus propias heridas.

Sin apartar la mano del hombro de Kadyn, Eugene se volvió hacia el astronauta del suelo y habló con una voz neutra y aterradora.

—¿Te importa explicarme a qué te refieres?

El hombre miró a Eugene.

—Venga ya, cualquiera se daría cuenta. No había pasado nada hasta que llegó esa nave. Cada vez que viene un grupo nuevo de colonos, todo va peor. Están poco entrenados, no piensan con cabeza…

—Cierra la boca. —La voz de Halim fue un bisturí bien afilado —. Te retiro del servicio, pendiente de revisión. Y dada la situación actual, una junta de revisión no es mi máxima prioridad.

Asistí a la reunión de personal de astronautas y pilotos, aunque no podía volar, porque Eugene me lo pidió. Si pudiera elegir, preferiría estar en la sala de conferencias para intentar elaborar otra estrategia para encontrar la lanzadera. Halim estaba de pie en la parte delantera de la sala, junto a una pizarra blanca cubierta con una lista de turnos. Sostenía una taza de café y me sentía hinchada y repulsiva por el desayuno. Me senté al fondo con Helen y Myrtle; los doce astronautas a mi alrededor estaban en grupos, y tanto hombres como mujeres, pilotos y calculadoras de vuelo por igual, tenían los hombros en tensión, como si nos estuviesen atacando.

Técnicamente, era así.

A las nueve en punto de la mañana, el sistema de megafonía dio tres campanadas y la voz de Eugene inundó la sala.

—Soy Eugene Lindholm, administrador en funciones de la Base Artemisa. Ayer demostrasteis las mejores cualidades que promueve

la CAI al esforzaros por resolver los múltiples problemas a los que nos enfrentamos. La mayoría se han resuelto gracias a vuestro duro trabajo. Voy a explicaros brevemente el panorama general y después los jefes de departamento se encargarán de asignar las tareas individuales. —Hizo una pausa para recibir la atención de todos—. Ha pasado un día completo desde que perdimos el contacto con la Tierra.

Todos los presentes lo sabíamos, pero una cosa es suponerlo y otra oírlo de una voz de autoridad. Los pilotos reaccionaron de diversas maneras, algunos levantaron la cabeza hacia el altavoz, otros se inclinaron como en una oración o se quedaron rígidos en el asiento.

—No me andaré con rodeos, ahora mismo estamos en una situación muy seria. El corte de comunicaciones más largo de la historia de la CAI duró poco más de tres horas. El equipo de ingenieros ha trabajado sin descanso y no ha encontrado nada anómalo en este extremo, así que, por el momento, nos toca considerar las opciones a nuestro alcance si el problema está en Kansas.

Me fijé en que dijo «Kansas» en lugar de «la Tierra», lo que hacía que el problema pareciera más pequeño. Lo reducía un poco, hasta que pensabas en cuántas personas de la CAI tenían familia que vivía y trabajaba en Kansas City.

—En lo que me gustaría insistir es en la manera de enfocar la situación. Es muy fácil caer en la trampa de culpar a otro, pero culpar no conduce a ninguna solución. La CAI nos ha enviado aquí a construir un hogar para el futuro y lo hemos hecho. Hay personas que quieren destruir ese trabajo, pero voy a ser claro. La presencia física de la humanidad en la Luna no es el logro del que debemos estar más orgullosos, ni es lo que les asusta. Lo que hemos creado aquí es una comunidad; eso es lo que quieren destruir al hacernos desconfiar y recelar de los demás. Hemos visto a dónde conduce ese camino en la Tierra, hemos visto las guerras y las injusticias a las que conduce el miedo. El reto que os propongo, en el que quiero que trabajéis, es que encontréis la forma de mantener a la comunidad

íntegra. Tenemos lo mejor de la humanidad aquí en la Luna y sé que sois capaces de resolver los problemas que tenemos entre manos.

Habría sido un sacerdote excelente. Pillé a uno de los astronautas masculinos limpiándose los ojos con disimulo mientras se ponía rígido en la silla.

—Jefes de departamento, os cedo la palabra. Me despido.

Halim se dirigió al centro de la sala y captó nuestra atención con la mirada.

—Nuestro departamento tendrá que soportar la mayor parte del peso durante el próximo período. Sin los satélites, la navegación será más compleja entre la colonia principal y los puestos de avanzada. Como primer paso, mientras esperamos los nuevos satélites de la Tierra…

—Espera. —Aldrin se sentó hacia delante en la silla—. Lindholm ha dicho que los ingenieros «no han encontrado nada anómalo». ¿Cómo encaja eso con los satélites caídos?

—Y el detonador remoto. —Mikey frunció el ceño hacia la mesa.

—Ninguno de los dos afecta a las comunicaciones con la Tierra. Los satélites son solo para la navegación y el detonador remoto, aunque preocupante, se ha retirado y desactivado.

—Eso es estupendo, pero me preocupa más la causa de ambos. —Liz Hara señaló el altavoz del intercomunicador—. Dejando de lado el emotivo discurso, hay una persona responsable de ambas cosas. No se trata de echar culpas, pero ¿qué más podemos esperar?

Halim asintió y aceptó la pregunta como la preocupación legítima que tenía.

—No voy a restarle importancia, no lo sabemos. Lo que sí os diré es que hay un equipo que se ocupa del asunto. Soy consciente de que queréis ayudar, pero también he leído vuestros expedientes y ninguno ha trabajado en inteligencia.

—No hace falta que lo jures… —El susurro de Myrtle fue poco sutil.

—¡Oye! Eso va por mí —dijo Lovell y le lanzó un fajo de papeles.

Myrtle lo agarró en el aire cuando empezó a caer lentamente al suelo y se lo lanzó de vuelta. La frivolidad rompió la tensión que se había acumulado en la habitación, pero el trasfondo seguía ahí.

Me incliné hacia delante.

—Ahora en serio. He trabajado con todos vosotros el tiempo suficiente para saber que sois personas buenas e inteligentes, con una fuerza de voluntad sin igual. También he trabajado con Eugene y Halim el tiempo suficiente como para saber que no van a desperdiciar vuestras habilidades. —Dudé un momento antes de pronunciar el siguiente fragmento, porque estaba bastante segura de que iba a llorar y no quería hacerlo. Pero era necesario decirlo. Mantuve la mirada en el borde de la mesa que tenía delante—. Todos sabéis que tengo un interés personal en encontrar a los responsables de… todo esto. Si sirvo de ayuda como enlace de comunicaciones, allí estaré. Si es leyendo manuales, eso haré. Confío en que las personas que tienen una imagen general van a tomar las decisiones basándose en buenas razones. Creedme, no confío en la gente con facilidad. Pero confío en Eugene y confío en Halim.

Helen me apoyó una mano en la espalda. Fue como si el peso de su mano empujara las lágrimas por el borde de mis ojos. Los cerré y traté de convencerme de que verme llorar daría más valor a mis palabras. Las lágrimas eran una herramienta útil de manipulación. Apreté la mandíbula, respiré por la nariz y traté de no rebajarme a un burdo truco sensiblero.

Al frente de la sala, Halim dio unos golpecitos en la pizarra.

—Está bien. El departamento de comunicaciones y rastreo por satélite ha ideado un plan para enlazar los sistemas de comunicaciones de las estaciones de paso y así utilizarlas como red de retransmisión con los dos puestos de avanzada más cercanos, El Jardín y Marius Hills. Este es el programa de vuelos y las asignaciones para trasladar los equipos hasta allí. —El rotulador chirrió en la pizarra—. Habréis notado que todos los vuelos, incluso en lanzaderas, deben tener ahora una calculadora además de un piloto. Todos los vuelos al Polo Sur también necesitarán un

copiloto, ya que esa ruta no tiene estaciones de paso para usar como balizas de navegación y se volará sin estimaciones. Quiero dos ojos en la instrumentación y en los puntos de referencia en todo momento. ¿Preguntas hasta ahora?

—Volviendo a las comunicaciones con la Tierra. —Esa era Mary Marguerite Harding. Una gran piloto, una artista del vidrio a la que había intentado convencer para trabajar en la galería, racional como solo lo es una madre—. Solo a título informativo: ¿vamos a quedarnos quietos o a enviar una nave a Lunetta?

—Ambas cosas. Al principio, nos quedaremos aquí. Si el problema está en su lado, no hay nada que podamos hacer para ayudarlos a solucionarlo. El trayecto desde Lunetta es de tres días, así que, si hay información que necesitan que tengamos, tiene más sentido que nos envíen una nave. —Halim cerró el rotulador—. Sin embargo, también prepararemos una nave para un vuelo de libre retorno a la Tierra si no recibimos noticias en una semana.

Vuelo de libre retorno; la mecánica orbital era una cosa maravillosa. Era posible orientar un vuelo con la precisión suficiente como para que llegara a un planeta, hiciera un bucle alrededor del mismo y que la potencia gravitatoria lo lanzara de vuelta al punto de origen. Había sido el plan de la primera misión lunar: en caso de que los motores funcionaran mal, la tripulación podría haber rodeado la Luna y volver a la Tierra sin problemas.

Los hombres y mujeres de la sala lo entendieron. La tensión volvió. Eran pilotos y calculadoras de vuelo, sabían muy bien lo que implicaba un libre retorno. La única razón para planearlo en un viaje a la Tierra era la posibilidad de que no hubiera un lugar donde atracar.

CAPÍTULO 46

Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 30 de mayo de 1963, a las 09:41 — Tres días sin contacto con la CAI. El puesto de avanzada del Polo Sur informa que se encuentran en buenas condiciones. Mantenemos un flujo de vuelos regulares de lanzaderas al Polo, así como a El Jardín y Marius Hills.

Cuando amanezca mañana, los departamentos de ingeniería y de astronautas comenzarán a establecer una ruta de vuelo visual hacia el Polo Sur para que la ruta sea más segura sin los satélites de navegación.

Dos días después de entregarle a Helen la carta codificada, salía de la sala de centrifugado, sudorosa y todavía respirando con dificultad debido al tiempo de ejercicio en gravedad. No pensaba dejar que Ana Teresa me tuviera escayolada ni un día de más por culpa de no someterme a gravedad. Si hubiera sido disciplinada al respecto desde el principio, tal vez no se me habría vuelto a romper cuando recibí la descarga.

Al empujar la puerta para abrirla, Eugene se acercó desde el otro lado; fue uno de esos momentos en los que ambos nos sobresaltamos al ver al otro.

Todavía seguía calibrada a la gravedad terrestre, así que salté demasiado alto y me golpeé la coronilla con el marco de la puerta.

—¡Ay!

Al aterrizar, Eugene me estabilizó.

—Lo siento. ¿Estás bien?

Asentí y mantuve las manos en los costados en lugar de frotarme el golpe como me habría gustado, no quería que se preocupara y tampoco me dolía tanto.

—¿Qué pasa?

—Lo hemos descifrado. —Helen estaba detrás de Eugene, con una carpeta en la mano y tirando de un padrastro en el pulgar con la otra.

—Vamos arriba. —Eugene tenía un vendaje reciente en los nudillos de la mano derecha y el color «carne» de la tela contrastaba con su piel morena.

Los seguí hasta el salón.

—¿No vienen Myrtle y Halim?

—Tienen turno de vuelo. —Ni siquiera consultó el reloj—. Myrtle volverá a las cinco y media. Helen dice que esto no debe esperar.

—Solo le he dado a Eugene un resumen general, quería que vinieras para escuchar los detalles —dijo Helen.

No me gustó cómo sonaba eso ni el vendaje en la mano de Eugene, que no estaba allí la noche anterior.

Al salir al salón, el paisaje lunar nocturno se extendió a nuestro alrededor en un panorama azul plateado; los Apenninus se dibujaban en un negro más claro contra la tinta del cielo. Un instante después, las luces del campo de aterrizaje y un amplio banco de luces de trabajo externas arrojaron docenas de sombras descarnadas sobre la colonia.

Parpadeaban en una secuencia rítmica que deletreaba «TPC» en morse. Tres días y todavía no habíamos conseguido contactar con la Tierra, pero al menos podíamos tratar de hacerles saber que estábamos bien. Siempre que alguien orientase el telescopio orbital hacia nosotros o cualquier telescopio que pudiera ver a través de las nubes. A veces, los de Hawái y Australia tenían una visión clara del cielo nocturno. Lo bastante como para ver el mensaje parpadeando en la oscuridad de la Luna.

Las siglas de «todos presentes y contabilizados».

«Por favor, que también sea así en casa». Como mi mente es cruel, me recordó que Kenneth no estaba presente. Sin embargo, para mí seguía contabilizado. Parpadeé y seguí a Helen hasta una de las mesas para jugar a las cartas de la sala. Se sentó y dejó la carpeta en la mesa.

Eugene me acercó una silla. Todavía estaba sudada y demasiado nerviosa para sentarme. Cuando negué con la cabeza, se encogió de hombros y se sentó junto a Helen.

Me incliné por encima de sus hombros para mirar la carpeta.

Helen sacó un mapa de la Luna, con dos zonas marcadas con un círculo. Una cerca de El Jardín, la otra cerca de Marius Hills. Dejó una traducción pulcramente impresa junto a la copia original con marcas grasientas.

—El documento consta de tres partes. La primera y la segunda fueron las que más problemas causaron, porque era imposible encontrar un punto de conexión en ninguna de las tres lenguas de destino. Al final, nos dimos cuenta de que debíamos incluir también números en las pruebas y descubrimos que se trataba de un plan de vuelo.

Apoyé una mano en el hombro de Helen y me incliné hacia delante para estudiarlo. Impulso, tiempo de combustión…

—Es para una lanzadera, según parece.

—He deducido lo mismo. —Golpeó la página—. Teniendo en cuenta esto y la posición de lanzamiento indicada, un piloto podría poner una lanzadera en una órbita decadente que se estrellaría contra la cúpula principal. Si se lanzó a la hora indicada, el choque ocurrirá en dos días.

Eugene flexionó la mano derecha y el vendaje se arrugó con el movimiento.

—Sin embargo, la hora de lanzamiento estaba programada para después de que tanto Curt como Birgit contrajeran la polio, por lo que es posible que el despegue no llegara a producirse. De ser así, entonces es posible que las coordenadas de partida nos indiquen dónde está aparcada la lanzadera.

—Me encantaría oír buenas noticias. —Eugene se limpió la

boca, miró la traducción y después el mapa de la Luna—. Está cerca de Marius Hills, ¿no es así?

Helen asintió.

—Tengo un plan de vuelo listo para salir.

—¿Y si no está allí? —Seguía con el ceño fruncido mientras estudiaba las páginas—. ¿Es posible hacer un curso de intercepción si ya ha despegado?

—Lo es.

Eugene asintió.

—Trabajad en ello como una contingencia cuando acabemos aquí. ¿Algo más en esta sección?

—Por ahora, no. —Pasó la página para revelar tres líneas cortas —. Aquí tenemos un conjunto diferente de coordenadas. Están al oeste de El Jardín, a una distancia fácil de recorrer con un *rover*. He comparado la ubicación con el mapa grande y está en la región en la que buscamos la lanzadera. Sin embargo, nadie documentó nada reseñable.

—Ajá. —Eugene se frotó la barbilla, todavía mirando la página.

—El impacto. —Di un paso para rodearlos y apoyarme en la mesa para mirar a Helen—. Mencionaste un impacto durante el segundo apagón.

—Interesante idea.

Eugene frunció el ceño con confusión.

—¿Qué impacto?

—Cuando Myrtle y tú fuisteis a hacer el inventario el… —Helen pasó algunas páginas de la carpeta y consultó sus notas—. El sábado 20 de abril, Luther Sanchez me dijo que la estación de telemetría terrestre de El Jardín registró un impacto, pero no pudieron triangular porque la Base Artemisa estaba desconectada.

Asentí.

—Fue una semana después de aterrizar y solo un día después de que Curt enfermara de polio. Soy consciente de que es solo una suposición, pero si alguien lanzó un paquete de suministro a ciegas, lo habrían hecho antes de saber que estaba enfermo. Ese podría ser el impacto.

Eugene entrecerró un ojo mientras me estudiaba.

—¿Crees que podría ser algo que haya sobrevivido a un aterrizaje forzoso, que se envió pero nadie recuperó?

—Tal vez sí. Birgit no entró en la fase de parálisis hasta el lunes, el día 22. —Me mordí el labio inferior, miré el mapa dela Luna y deseé no tener una escayola en el brazo—. O es una trampa.

Eugene se recostó en la silla.

—A ver si lo entiendo. ¿Sugieres que nos han tendido una trampa en medio de la nada en la Luna, de la que solo nos enteraríamos al encontrar una carta secreta por accidente en la cola de los sándwiches, con el fin de librarse de… ¿dos de nosotros? ¿Qué dos? Porque solo caben dos personas en un *rover*, así que no podemos ser todos.

Levanté las manos.

—Oye, mi trabajo es hacer de paranoica y creo que no se me da nada mal.

Resopló y se volvió hacia las páginas de la mesa.

—¿Y la última sección?

—Cotilleos. —Helen pasó la página—. El idioma de destino resultó ser el inglés y la página contiene información perjudicial sobre varias personas de la CAI.

Pasé la mano por delante de Eugene para señalar un nombre.

—No son cotilleos. Es chantaje.

«Florina Morales, técnica de trajes espaciales: marido recién ascendido a jefe de proyecto, deudas de juego».

Ladeé la cabeza y me quedé mirando la página. Repasé las razones que me llevarían a entregar ese tipo de información incriminatoria a alguien si fuera Ícaro. ¿Para inculparla? ¿Para conseguir ayuda con la traducción? ¿Por qué la necesitarías si tu propia gente te lo había enviado?

—Si asumimos que Birgit miente sobre no ser capaz de decodificarlo, entonces tendría algo para chantajear a Florina, lo que le daría acceso a un traje.

Si Ícaro había contactado con Florina, podría decirnos para quién había preparado un traje fuera de horario, cuándo lo había

hecho y cuánto tiempo había estado en la superficie. Fue la primera vez que sentí que nos adelantábamos a Ícaro.

Eugene asintió.

—Muy bien. Orden de operaciones. Wargin, toma la lista de personas y comprueba si Ícaro ha contactado con alguna. Enviaré a Myrtle a Marius Hills para revisar el punto de lanzamiento de la lanzadera. Helen, irás al punto de la entrega potencial. Elige al copiloto que quieras para que te acompañe y le despejaremos la agenda.

—No me importa volar sola.

Eugene hizo una negación rotunda con la mano.

—Nadie vuela solo, no hasta que esté seguro de que hemos despejado todas las trampas que Icaro nos ha dejado.

La sala de equipamiento de trajes bullía con el primer turno que regresaba de Marius Hills o de El Jardín. Astronautas y colonos sudorosos se despojaban de sus trajes de presión mientras charlaban de las típicas cosas de las que se hablan al final del día.

Florina Morales estaba en su puesto junto a la caseta 6 y llevaba a cabo una inspección *post*-EVA en uno de los trajes de los colonos. Tenía unas manos gráciles que se movían con seguridad mientras evaluaba las costuras y los cierres en busca de desgarros o material desgastado. Levantó la vista cuando me acerqué y su mirada fue directa a mi escayola. Florina entrecerró los ojos y se enderezó.

—No pienses ni por un segundo que vas a convencerme para que te deje un traje.

Me reí.

—No, gracias. Aunque se supone que me quitan la escayola la semana que viene, lo discutiremos entonces.

—Ya. —Se quitó un guante. Uno de sus rizos oscuros se le escapó de la coleta y se balanceó junto a su mejilla—. ¿Has venido solo de visita?

Me agaché para recoger un espejo de muñeca y lo colgué en la pared.

—Tengo una pregunta, pero es un poco delicada. ¿Hay algún sitio más privado para que hablemos?

Hizo una pausa con la prenda térmica doblada.

—No me gustan las preguntas de esa clase.

—A mí tampoco me gusta hacerlas.

Florina echó un vistazo a la habitación y luego sacudió la cabeza hacia el fondo.

—Vamos, los ventiladores del taller hacen tanto ruido que tendrían que estar entre las dos para escucharnos.

El taller detrás de la sala de equipamiento era un espacio industrial estéril, dominado por una gran mesa rodeada de mujeres que reparaban y revisaban los trajes. Algunas partes de los trajes se cosían a máquina, pero los guantes requerían un trabajo tan preciso que tenía que hacerse a mano. Cualquier trozo de tela o arruga sobrante se reconvertía en un trozo de alambre rígido cuando los trajes se presurizaban.

Fiorina dejó el casco y el torso superior rígido en una estación de trabajo, de espaldas a la mesa de costura.

—¿Y bien?

Había muchas maneras de abordarlo: con calma, intentar sorprenderla con una acusación sobre el uso de un traje fuera de horario o preguntar sin más. La queríamos como aliada, así que elegí el camino más cercano a la honestidad.

—¿Ha intentado alguien chantajearte para que le dejes usar los trajes fuera del horario?

Frunció el ceño con confusión y sorpresa.

—No. ¿Chantajearme cómo?

Bajé la voz y me incliné hacia ella.

—¿Con información sobre las deudas de juego de tu marido?

El rostro de Fiorina palideció.

—No. —Me agarró del brazo—. Acaban de ascenderlo, por favor. Lo solucionará.

Apoyé la mano en la suya.

—Estoy seguro de que lo hará. No pasa nada, la deuda no me importa. —Se le dilataron las pupilas de miedo. En ese momento,

me di cuenta de que Birgit tal vez había dicho la verdad sobre al menos una cosa: no había conseguido descifrar la carta. O no se había acercado a Fiorina. De todos modos, le pregunté—. ¿Nadie ha intentado presionarte?

Negó con la cabeza.

—Es un buen hombre. Es solo que… Para ser ingeniero, se le da fatal llevar las cuentas.

Reconocí el terror que sentía por su marido. Haría cualquier cosa por él, pero no creía que hubiera hecho nada. La desesperación no era la correcta. Mostraba miedo a un futuro potencial, no por algo que hubiera hecho ya.

Volví a apretarle la mano.

—No diré nada, pero estoy dispuesta a hacer de mala si así te ayudo a meterlo en vereda.

Se rio y luego se puso seria. Vi venir la compasión antes de que pudiera detenerla.

—Siento mucho tu pérdida.

—Gracias, eres muy amable. —Miré al suelo y no lloré—. Era el amor de mi vida.

Cuatro días sin contacto con la Tierra. Doblé la esquina del despacho de Eugene y saludé con la cabeza a su secretaria. Era una mujer negra muy eficiente que atacaba las teclas de la máquina de escribir como si la hubieran ofendido personalmente.

Levantó la vista y me hizo un breve gesto con la cabeza.

—Está dentro.

Aparté la lámina de plástico de la puerta. Eugene tenía una taza de café humeante en la mesa y fruncía el ceño al leer un informe mientras se masajeaba la frente.

—Cuidado o se te va a quedar la cara así.

Resopló y marcó la página.

—Es el menor de mis problemas. —Se volvió hacia un termo que estaba junto al hervidor a presión—. ¿Café?

—Depende, ¿está envenenado? —Me acomodé en la silla frente

a la mesa.

—Depende. —Sacó una taza de café y la rellenó—. ¿Me va a gustar lo que me vas a contar?

—También depende. —Me recosté en la silla—. He hablado con todas las personas de la lista de Icaro y no han contactado con ninguna. Ni Birgit, ni Curt, ni mediante una nota anónima.

—Ajá. —Eugene frunció el ceño y me pasó la taza, sin que hiciera falta recordarle que me gustaba solo—. ¿Te lo crees?

Asentí.

—Todos entraron en pánico cuando saqué a relucir la información del chantaje potencial. Sin embargo, cuando les pregunté si alguien les había presionado, ninguno dio señales de que les hubieran contactado.

—¿Estás segura? Se me ocurren varios escenarios en los que mentirían.

—No mostraron un exceso de confusión sobre por qué se lo preguntaba. Ningún movimiento regresivo. Nada de desinterés fingido ni autoconsuelo, como, por ejemplo, frotarse la nuca.

Eugene negó con la cabeza.

—¿Movimientos regresivos, autoconsuelo…? ¿Para qué pregunto?

—Me hago la misma pregunta cada vez que intento demostrar mis habilidades. —Le guiñé un ojo por encima de la taza de café.

Con un suspiro, tomó su propia taza y la giró entre las manos mientras sumergía la mirada en las profundidades lechosas.

—Así que Birgit decía la verdad cuando dijo que no lo había descifrado. Es de suponer que Curt tampoco. ¿Alguna idea de por qué tendrían un mensaje codificado sin clave?

—Algunas, pero ninguna que me satisfaga. —Tomé un sorbo del glorioso café amargo, con todos los taninos y las complejas capas de chocolate y nueces que podría desear. No me gusta mucho la comida, pero soy una sibarita de la bebida—. Uno, la clave está en sus compartimentos y, si buscamos, la encontraremos. Dos, Curt la descifró y se la dio a Birgit para incriminarla. Tres, uno de los dos la descifró, pero no necesitó chantajear a nadie. Cuatro, la descifraron,

pero contrajeron la polio antes de que tuvieran oportunidad de llevar a cabo el chantaje. Cinco, ninguno de los dos es Ícaro.

—Venga ya, tiene que ser uno de los dos. ¿Por qué si no tendrían la carta?

Levanté el índice del asa de la taza de café.

—Birgit dijo que Curt le pasaba las notas. El dice que no. ¿Y si hay un tercero que finge enviarle notas de Curt y que también dejó el mensaje «para Vicky»?

—La navaja de Ockham.

—¿Dices que la solución más sencilla es que Birgit sea Ícaro junto con Curt? —Negué con la cabeza—. Si lo fueran, habrían coordinado una historia que no incriminara al otro, y no es el caso.

Eugene tamborileó con los dedos en la mesa y volvió a mirar el informe.

—Kansas está a oscuras.

El repentino cambio de tema hizo que el suelo se tambalease bajo mis pies.

—¿Perdón?

Se frotó la boca y la barbilla mientras miraba el informe. Esperé y le dejé espacio, como si fuera una marcha que tenía que sacar. O un amigo que necesitaba ordenar sus pensamientos. En el asiento, proyecté una imagen de atención calmada, pero el corazón se me aceleraba.

—Le he pedido al departamento de astronomía que observase la Tierra. —Levantó la mirada un momento y torció la boca—. Quería saber si había caído otro meteorito.

Antes nos preocupaban las bombas atómicas. Esas, al menos, las mantenía a raya la diplomacia; se podía tener esperanza. Los meteoritos… Tragué saliva.

—¿Supongo que no hay señales de otro impacto?

Asintió.

—Pero Kansas está a oscuras. Usaron el observatorio de infrarrojos e, incluso a través de las nubes, deberían captar las luces, electricidad, algo. Han visto Chicago, todo Illinois, Michigan, Los Ángeles es una masa brillante, pero todo Kansas y la mayor parte de

Misuri está a oscuras.

CAPÍTULO 47

> Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 31 de mayo de 1963, a las 18:34 — Cuatro días sin contacto con la CAI. Hoy me he reunido con el departamento de agricultura para discutir los planes para acelerar el trabajo en El Jardín como parte de un plan de contingencia a largo plazo. Tenemos reservas de alimentos para seis meses. Es poco probable que tengamos que cultivar toda la comida cuando pase ese tiempo, pero, al igual que la situación después del meteorito, si esperamos hasta que sea necesario, será demasiado tarde. Prefiero planificar con antelación para que la colonia lunar sea autosuficiente y descubrir que no era necesario.

Hay información con la que se puede actuar e información con la que no. Saber que Kansas estaba a oscuras… ¿Qué podíamos hacer con eso? Nada para ayudar a Kansas. O a Nathaniel, al marido de Helen, a mi gato viejo, a la gatita de mi marido o a los miles de hombres y mujeres que trabajaban en la CAI.

Sin embargo, sí podíamos preparar a la colonia lunar lo mejor posible para un período prolongado por nuestra cuenta. Tratar de evitar que Icaro destruyera más cosas. Lo digo con toda la calma posible, pero por dentro era una masa de desesperación y miedo. No temía por nosotros en la Luna, confiaba plenamente en la gente con la que trabajaba. Sería difícil, pero resolveríamos los problemas a medida que fueran surgiendo.

El miedo era por las noticias que no teníamos. Kansas estaba a

oscuras.

El desconocimiento es lo peor.

Al anochecer del día treinta y uno, Eugene y yo estábamos en una mesa de comunicaciones, con los auriculares en las orejas y una conexión estática con Marius Hills. Eugene tenía los ojos cerrados y escuchaba a Myrtle y Halim. ¿Para qué disimular?, escuchaba a Myrtle.

—No hay indicios de que la lanzadera haya estado aquí. —Parecía agotada—. Hay huellas, pero las hemos seguido por todas partes y no hay patrones de explosión en el regolito. Está oscuro, pero… No sé, cariño. No creo que estuviera aquí.

—¿Podrían haber borrado el rastro con tanques de oxígeno como Halim borró sus huellas? —Eugene apoyó la cabeza en las manos.

Halim respondió.

—No, soplar el polvo no habría ocultado el cambio de color de la ráfaga de aterrizaje.

No estaba segura de si era bueno o malo. Por un lado, tal vez significara que no teníamos que preocuparnos de que la lanzadera se estrellara contra la cúpula. Por otro, seguíamos sin saber dónde estaba. Si teníamos suerte, Ícaro la habría aparcado en algún lugar y nunca había vuelto a por ella. Si no teníamos suerte, se trataba de una búsqueda inútil para distraernos del verdadero problema.

Con la cabeza aún entre las manos, Eugene dijo:

—Háblame de las huellas.

—Atraviesan la zona, la mayoría de noroeste a sureste, con algunas incursiones a los lados. Creemos que hay dos pares.

—¿De dos personas o de dos visitas? —pregunté.

—Dos personas, tal vez.

Eugene abrió los ojos y me miró.

—Dos.

Curt y Birgit, posiblemente. O uno de ellos y otro desconocido. Quedaba abierta la posibilidad de que uno resultara inocente de todo y otra persona fuera el cómplice.

—¿Por qué dudas de que había dos personas? —Retorcí el cable

del auricular entre los dedos.

Halim llenó el silencio.

—Ambos rastros corresponden a botas medianas; sin embargo, la longitud de la zancada es diferente. Uno avanza a saltos, el otro arrastra los pies. O son dos personas, o una que arrastra algo.

—Buena observación. —Lo era. Los trajes eran modulares para hacerlos lo más personalizables posible, pero todavía había una gama limitada de tamaños. Extrapequeño, pequeño, mediano, grande y extragrande—. Preguntaré a los técnicos de trajes qué talla llevan Curt y Birgit.

—No me voy a emocionar con eso —comentó Myrtle con sequedad—. No vamos a tener la suerte de que uno de los dos lleve la talla extrapequeña.

—Probablemente tengas razón. —La mayoría de la gente tendía a usar medianas o grandes, por lo que una bota mediana no estrechaba tanto las posibilidades como una extrapequeña—. ¿Y la longitud de la zancada? ¿Habéis medido la distancia entre pasos?

—No, lo siento. Porras. —Halim sonó molesto consigo mismo y suspiró—. Sirve para calcular la altura, ¿no? He leído Sherlock Holmes, pero no se me ocurrió.

—No pasa nada, tampoco es que se haya hecho un estudio forense en la gravedad lunar. —Agarré el cordón del auricular con tanta fuerza que se me pusieron los dedos blancos. Quería estar allí. Quería mirar lo mismo que ellos y evaluarlo por mi propia cuenta—. ¿Es demasiado esperar que hayáis notado algo en la profundidad de las huellas?

Hubo un silencio al otro lado durante un momento y me imaginé a Myrtle y Halim mirándose mientras decidían quién iba a responder. Lo hizo Myrtle:

—Tampoco lo hemos comprobado. ¿Cómo lo hacemos?

—Desliza una regla verticalmente en la huella. Comprueba cuántos milímetros de profundidad tiene desde el fondo hasta el borde. —Negué con la cabeza, aunque no me veían—. No pasa nada, solo sentía curiosidad.

Eugene me había dejado irme por la tangente y nos devolvió al

objetivo.

—¿A dónde se dirigen las huellas?

—No encontramos un punto de origen. —Halim se aclaró la garganta—. El problema es que está bastante oscuro, la Tierra está solo en cuarto menguante. Nos gustaría volver mañana y traer más luces. Tendríamos que pasar la noche, pero he preguntado a los geólogos por otros tubos de lava en la zona. Al parecer, estábamos a un par de docenas de metros de una claraboya de gran tamaño, que conecta con la ubicación principal de Marius Hills.

Myrtle se unió a la conversación y la visualicé inclinándose hacia delante, como si quisiera tocarle el brazo de Eugene.

—Tienen que ir a alguna parte. Supongo que existe la posibilidad de que sean las huellas de un geólogo que hacía un trabajo legítimo.

Se rio, pero sin rastro de humor en la voz.

Eugene se frotó las sienes.

—Quiero un plan específico antes de pensar en autorizaros a entrar en un tubo de lava.

—Recibido. Lo tendremos por la mañana.

Si fuera Myrtle, tendría mucho más que decirle a mi marido, pero la radio zumbaba con la presencia estática de los testigos. Halim y yo ocupábamos el espacio entre ellos.

Me aclaré la garganta.

—Estoy agotada, así que voy a ser lista y cerrar los ojos un rato. Halim, has trabajado sin descanso, así que, por una vez, deja que yo haga de niñera: a la cama.

—Estoy bien. —Sonaba injustamente alerta—. Myrtle ha tenido el día más largo. Puedo terminar el informe para que…

—Halim. —Le corté y renuncié a la sutileza—. Son una pareja casada. Vamos a escabullimos y dejarles un poco de tiempo a solas.

—Ah. —Escuché cómo se sonrojaba a través de las ondas.

Eugene levantó la vista.

—Gracias.

Le guiñé un ojo y casi hui de la habitación. Estaba bien, algo cansada, pero no era solo por eso. El hueco que me recorría por

dentro era solo agotamiento. El temblor que sentía bajo la piel no era nada que tuviera intención de atender. Veintitrés días desde que Kenneth había sido asesinado. Solo tenía que esperar a que pasara.

Me detuve en el pasillo y apoyé la mano en la pared. La sensación de angustia no disminuyo.

Entonces, la pequeña parte de mi cerebro a la que todavía le quedaba algo de sentido de autopreservación preguntó: «¿Qué has comido?».

¿Cuándo había comido por última vez? Cerré los ojos y respiré entre dientes. ¿Cuándo fue la última vez que rellené el registro de comidas? Por cierto, ¿dónde estaba mi registro de comidas? Lo peor es que sé que me olvido de comer cuando estoy estresada, no me pillaba por sorpresa. Sin embargo, me había vuelto a pasar.

Tomé aire y me enderecé. Bien. Iria a la cafetería, comería, buscaría el registro de comidas y, después, tomaría decisiones sobre lo que iba a hacer a continuación. Haría las cosas en ese orden.

Salí del módulo administrativo e hice una pausa para completar el ritual de pasar por una esclusa con toda la minuciosidad que supone hacer las comprobaciones de Delta-V y las ráfagas de los pestillos al cerrarse. El lado de Midtown se abrió con un siseo y, cuando pasé, me llegaron los gritos.

Levanté la cabeza para localizar de dónde procedía el ruido dentro de la cúpula. El lado más alejado hacia la galería. Me incliné hacia delante y, con un impulso, me lancé al galope lunar. Si le hacían algo a mi galería, los desollaría.

Recorrí la calle e irrumpí en la zona despejada del centro de la cúpula, Central Park. Alguien había arrancado plantas en Central Park. Sé que solo son dientes de león y chumberas, y que en casa nos parecerían un puñado de malas hierbas, pero ¿en la Luna? Allí era como ver a alguien prenderle fuego al Parque Nacional de Yosemite.

Al otro lado del parque, una maraña de gente se apiñaba alrededor de una figura encorvada. Corrí hasta el borde del grupo y deseé que Eugene estuviera allí.

—¡Eh! ¡Eh! —Inspiré hondo y grité—: ¡Damas y caballeros! —

Como si fuera el comienzo de un espectáculo.

La incongruencia rompió la fijación de la multitud en la figura del centro y aproveché el momento de silencio para correr hasta él.

—¡Astronauta veterana presente! Quiero un informe de situación de inmediato. —Se volvieron y parpadearon, con los rostros enrojecidos por los gritos. Se miraron unos a otros como si se pasaran la patata caliente con las miradas. Divisé a Jennifer Weaver en la multitud, una antigua azafata convertida en astronauta. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño rápido y parecía muy cabreada.

—Jennifer, informe.

Se levantó y señaló detrás de ella.

—Llegué después de que empezaran los gritos, Emmett ha dicho que Imanol intentaba robar plantas. —Un joven blanco estaba encorvado y apoyado en la pared de la galería, con un diente de león aferrado en las manos; la raíz blanca como una estela de culpa. Un botánico vasco de España, si recordaba bien, de la rotación anterior a la nuestra. Así que uno del grupo de corta duración que deberían haber vuelto a casa cuando llegó nuestra nave. No lo conocía bien.

—¡Ya le dije que no! —Negó con la cabeza.

A Emmett Baldwin lo sujetaba un grupo de personas. Un colono de larga duración, uno de los astrónomos y un hombre negro con pequeñas cicatrices oscuras en la frente y los brazos. Estaba en Harlem cuando cayó el meteorito y de alguna manera sobrevivió durante meses antes de que lo sacaran de allí.

—¡Tienes una planta en la mano!

—¡Hago mi trabajo! —Imanol intentó dar un paso hacia mí, pero Jennifer lo bloqueó con una mano en el pecho—. Se supone que tengo que rotar las plantas con El Jardín para optimizar los portainjertos de acuerdo con las condiciones de aquí. Nos hemos retrasado con el calendario por… Durante la cuarentena. Así que hay sobrecrecimiento y estrés y…

—Las estabas arrancando.

—Se supone que debo hacerlo, pedazo de…

—Es suficiente. —Me interpuse entre los dos y deseé que

Eugene estuviera allí. Un hombre negro y un hombre blanco se enfrentaban y yo estaba a punto de tener que ponerme del lado del hombre blanco. No me gustaba esa dinámica—. Imanol, vuelve al trabajo.

—¿Vas a dejar que las tire sin más? —La cara de Emmett se puso roja y apretó los puños—. No podemos permitirnos el lujo de desperdiciar comida.

—Basta. Para. Voy a tener que dar parte y quiero que pienses en cómo prefieres que describa todo esto cuando hable con el mayor Lindholm. —Me acerqué a él mientras hablaba, más de lo necesario, confiando en que fuera razonable—. Te daré un momento para que decidas lo que prefieres. ¿Quieres tener la oportunidad de explicármelo, antes de que redacte un informe?

Balbuceó y miró alrededor del grupo en busca de ayuda. No aparté la vista de él, sin mostrar siquiera una pizca de incertidumbre en mi postura. Al final, se desplomó un poco en los brazos de las personas que lo retenían. Algo de la tensión se esfumó y asintió.

—Pero quiero que conste que es una política de mierda.

—Todavía no hemos empezado nuestra charla, pero tomo nota. —Después, miré alrededor del grupo—. Gracias por vuestra colaboración en este asunto, ya me encargo yo. Si hay algo que creáis que debería constar en el informe… Jennifer, ¿recoges las declaraciones?

Asintió con la serena competencia que esperaba de ella. En realidad, la esperaba de todos, lo que hacía más preocupante el arrebato de Emmett.

Me dirigí a la puerta de la galería y la abrí de un tirón.

—Aquí dentro.

Las personas que lo sujetaban lo soltaron de mala gana. Una tenía una roncha roja en la barbilla donde había recibido un golpe, pero se volvió con calma hacia Jennifer, como si no hubiera pasado nada. Emmett entró en la galería y se detuvo, justo después de cruzar la puerta.

Entré y cerré la puerta detrás de nosotros. Miraba un pequeño busto de una mujer negra con un casco espacial que estaba sobre un

zócalo improvisado en una esquina.

Me puse a su lado y miré también la escultura. Ed Dwight la había hecho en su última rotación como un experimento. Miraba hacia arriba, como si contemplara el espacio, y tenía una expresión de anhelo que parecía suplicar ir más allá. Había jugado con una composición de regolito, agua y masilla y había conseguido algo a lo que llamó *lunacota*. Se esculpía de forma diferente a la terracota, con un mayor contenido de arcilla, pero los diminutos granos de vidrio hacían que el barro brillara a la luz. Me encantaba.

No sobreviviría a un viaje a la Tierra.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —Mantuve la voz suave.

Emmett suspiró y dejó caer la mirada al suelo.

—Creía que estaba robando comida.

—Ya lo suponía. ¿Por qué?

Se frotó la nuca.

—Han pasado cinco días. Kansas está a oscuras. Nadie va a venir, ¿verdad?

Yo había querido preguntarle «qué acción te llevó a pensar que estaba robando», pero él me había respondido a «por qué alguien robaría». El problema de vivir rodeada de gente inteligente es que son capaces de analizar una situación igual de bien que nosotros, pero Emmett contaba con una perspectiva de la que yo carecía. Yo había estado a salvo en el centro del país cuando cayó el meteorito. Él había vivido en una parte de Nueva York que el gobierno de entonces se había «olvidado» de evacuar. Había sobrevivido, no solo a la explosión inicial, sino a las lluvias ácidas, al frío y a los meses de escasez.

Además, como astrónomo, tenía acceso a los telescopios. Había visto y entendía la mancha oscura con una claridad visceral.

—Solo sabemos que han tenido un apagón masivo. Eso afectará a los lanzamientos.

—No desde Brasil. Ni Europa.

—Cierto. Mira ahí, ¿ves? —dije con una ligereza que no sentía. Aunque trasladasen a la gente del Control de Tierra, los repetidores principales de la Red de Seguimiento Espacial se habían construido

en Kansas. Con el estado a oscuras, cualquier nave que viniera a la Luna navegaría sin comunicación terrestre que la respaldara. Todo dependería del piloto y de la calculadora a bordo—. Hemos estado enviando una señal en morse para indicarles que estamos a salvo, para que la Tierra sepa que estamos bien. Eso reducirá la urgencia de venir a por nosotros. Tenemos provisiones para seis meses, sin contar El Jardín.

—Todavía no están produciendo. —Bajó la mano y siguió mirando la escultura.

—En este momento, voy a señalar con delicadeza que impedir que la gente haga su trabajo no va a acelerar el proceso.

Agachó la cabeza y apretó la mandíbula un momento.

—No dijo nada de eso de optimizar los portainjertos, solo que estaba arrancando plantas. Tampoco dijo que trabajaba en agricultura.

—Está bien. —Valoré mis opciones. Emmett y yo no habíamos coincidido mucho más que cuando lo trasladaba a uno de los observatorios. Llevaba mucho tiempo en la Luna y, en general, era bastante tranquilo. Los últimos meses habían sido… brutales—. Voy a hablar con Eugene de manera informal. Le diré que ha sido un malentendido y que mi juicio es que no se repetirá. ¿Es correcto?

Tragó saliva.

—Sí, señora.

—¿Hay algo que deba tratar con Imanol? —Me volví para mirar directamente a Emmett—. No me suena que seas de los que se lían a puñetazos porque sí.

Movió la boca un momento como si se tragara varias respuestas. Entrecerró los ojos, levantó la mirada y volvió a mirar a la escultura en vez de a mí.

—Usó cierto lenguaje, aunque no fue lo primero que dijo. Pero… ¿por qué no me explicó lo que hacía?

—Ya veo. —No pensaba obligarle a decirme lo que había dicho Imanol, estaba lo bastante claro—. Hablaré con él, usaré mi propio lenguaje.

Soltó una risa seca, pero no sonó real. Era justo. La confianza se

ganaba mediante actos. Kenneth siempre decía que nuestras acciones colectivas suponían que nos quedaban siglos de trabajo por hacer para demostrar que éramos dignos de confianza.

Di un paso atrás, hacia la puerta.

—Gracias por hablar conmigo. —Hice una pausa y observé cómo seguía mirando la escultura—. ¿Te gusta el arte?

Emmett miró alrededor, con las cicatrices marcadas en la frente y una mancha en una ceja.

—Mi madre era escultora, le habría gustado esa pieza.

Miré la escultura de *lunacota*, con la mirada de esperanza y anhelo. ¿No era por eso por lo que estábamos todos allí? Tratar de construir un lugar para el futuro.

—Me encargaré de todo con Imanol y Eugene. —Señalé hacia mi banco improvisado—. Quédate todo el tiempo que quieras.

Cuando me fui, él se acomodó en el banco, con las manos juntas en el regazo como si rezase. Mientras tanto, me dirigía a educar a un joven que no entendería por qué estaba en un lío cuando lo que me apetecía era echarle una bronca monumental. Eugene tenía razón; mantener la comunidad unida sería la parte difícil.

Encontré a Imanol junto a Central Park, con Jennifer de pie frente a él. Proyectaba un aura de valkiria, respaldada por Guillermo, al que no había visto antes, y Christine, una de las chicas negras más jóvenes del departamento de informática. Imanol tenía la cabeza gacha y se mordía la uña del pulgar. El diente de león descansaba en un cajón de embalaje en el suelo con un par de otras plantas. La verdad, era fácil creer que estaba arrancando cosas al azar.

—¿Está claro por qué es un problema?

—No quise decir nada. —Desplazó el peso—. La palabra se parece mucho al español.

Guillermo suspiró y estampó el bastón contra en el suelo.

—No. Esto se contempla en las clases de inglés para todos los astronautas españoles que van a Estados Unidos. Aunque no fuera así, ¿por qué ibas a referirte a él por su etnia en este contexto?

—¡Alguien ha estado tirando basura!

—Por amor de… No acabas de decir eso. —Christine levantó las manos. Me vio venir y, de hecho, había comenzado a moverme más rápido. Dio un paso atrás—. Sabes que el administrador en funciones es negro, ¿verdad?

—Eso no… —Se volvió hacia Guillermo y dijo algo en español.

Guillermo agitó el bastón delante de él.

—No, no voy a apoyarte en esto. Te has equivocado y vas a decirlo. En inglés.

Me detuve junto a ellos.

—Practica la disculpa conmigo y luego haré que alguien te acompañe hasta Emmett, donde podrás transmitirla.

—¡Él me empujó! —La cara se le puso roja.

—¿Antes o después?

Abrió la boca. Volvió a cerrarla en respuesta, pero no se disculpó. Se arrodilló y sacó algo de la papelera.

—Mira. Basura en los maceteros de diente de león.

En la mano tenía un huevo de Pascua de caramelo, envuelto en celofán y manchado de suciedad.

Le miré y me reí en su cara.

—¿Sabes quién dejó eso ahí? Un hombre blanco, el mes pasado, como parte de…

Mi cerebro hizo clic y se me olvidó todo lo demás que iba a decir. Estoy bastante segura de que me quedé con la boca abierta unos segundos. ¿Por qué había escondido Curt los huevos de Pascua?

¿Para ser majo?

¿O como excusa para husmear en Central Park? Me di la vuelta y me acerqué al borde de los maceteros y los estudié como si fuera Ícaro. Habíamos registrado su habitación y la de Birgit de cabo a rabo y no habíamos encontrado nada incriminatorio. Si alguno tenía la clave de la carta codificada, no la había guardado con sus cosas. Yo tampoco lo habría hecho.

—¿Con qué frecuencia se cambian las plantas? Sin la cuarentena. ¿Cuál es el horario?

—Depende. Intentamos pasarnos cada semana para asegurarnos

de que los niveles de humedad están bien y el sistema de riego funciona. —El celofán se agitó en su mano—. Por eso, meter cosas en el parque es un problema.

Si fuera yo… Los maceteros estaban llenos de tierra lunar enriquecida, dentro de un revestimiento de goma. Habíamos extraído granito lunar y colocado muros de contención alrededor del revestimiento, tanto para reforzarlo como para embellecerlo. Nos esforzábamos por convertir el lugar en un hogar. El sistema de riego suponía que tendría que preocuparme por el agua, pero el espacio entre el revestimiento y el muro estaría seco. Una esquina, allí habría un poco más de espacio. Caminé alrededor de los bordes y me incliné para mirar los huecos en las esquinas.

En el segundo macetero, en la tercera esquina, había un trocito de celofán apenas visible. Introduje los dedos rígidos en el hueco para empujar la goma y la tierra hacia atrás. Con un dolor en la muñeca, agarré la esquinita con la mano derecha.

No era celofán. Era un sobre de plástico, lleno de seis o siete hojas de papel. El pulso se me disparó como si intentara aterrizar un avión en un portaaviones. Abrí el sobre y saqué los papeles.

La primera página era una lista de personajes de *Guiding Light* seguida de una cadena de dígitos.

—Joder. —Apenas me acordé de volver a mirar al grupo—. Jennifer, luego me das el informe. —Con la cabeza gacha y todavía leyendo, me alejé del desconcertado grupo y me dirigí al módulo de administración.

Curt era Ícaro.

La «madre» de Curt le decía qué clave usar según los personajes de los que hablaba con él por teléfono. No tenía ni idea de cómo le llegaban los mensajes sin que alguien en comunicaciones se diera cuenta de las cadenas de texto codificado que…

Claro, había reclutado a Birgit para eso. Sabíamos que tenían a alguien en la Tierra. Esa persona enviaría los mensajes cuando sabía que Birgit estaba de servicio. De repente, todo estuvo claro. Había creado una manera de chantajearla, por eso ella admitió la aventura y él la negó.

Pasé a la siguiente página.
Era una carta de Kenneth.

CAPÍTULO 48

Querida Nicole:

Espero que estés disfrutando del libro que te recomendé. Los dos personajes que lo protagonizan me recuerdan mucho a algunos de los refugiados que vimos después del meteorito, hace once años. Sé que el autor escribe sobre la vida después de una guerra nuclear, pero es imposible no ver los paralelismos, aunque reconozco que este es solo el tercer libro «postapocalíptico» que he leído.

Se me ha ocurrido que, en muchos sentidos, *El anillo del nibelungo* también podría considerarse postapocalíptico, sobre todo la tercera ópera. Las siete valquirias (¿o eran nueve?) se enfrentan a muchas de las mismas cuestiones de lealtad a las que se enfrentan las personas hoy en día. ¿Gobierno o familia? ¿El deber o el amor?

Me vas a perdonar que hoy esté un poco contemplativo. En un mitin con otros 115 asistentes, dos electores me han preguntado si el espacio es de verdad la forma de recuperarse del meteorito. La recuperación no es el objetivo del programa espacial; se trata de sobrevivir. Si me dieran un centavo por cada vez que responden: «Pero ¿de qué me sirve a mí?».

Ofrezco palabras como «empleos» y «crecimiento económico», pero la realidad es que sé que vamos a abandonar a la gente. Me duele. Es cierto que tenemos una veintena de programas que intentan recuperar y salvar la vida aquí en la Tierra, pero incluso si usásemos la tecnología lunar para construir ciudades subterráneas terrestres, no servirán para contener a todo el mundo. Es probable que muera una de cada tres personas que

veo.

Me vuelvo un hombre melancólico cuando no te tengo cerca para compensar. Voy a buscar un látigo de nueve colas y dedicarme a la autoflagelación ya que estoy, ¿qué te parece?

Marlowe está bien. Se acurruca en la almohada junto a mi cabeza por la noche, pero creo que te echa de menos. De los treinta días de este mes, he pasado fuera casi trece noches. A lo mejor, deberíamos tener dos gatos. Me han dicho que la gata de una de mis ayudantes ha dado a luz.

Cuídate, amor mío
Kenneth

Posdata: De nuevo, me he olvidado de comprar flores para la casa.

Estaba arrodillada en el suelo, a medio camino del módulo de administración. No recordaba haberme arrodillado. En las manos, tenía una carta de Kenneth que nunca había visto. Estaba llena de números, había un mensaje codificado oculto en la conversación y necesitaba *The Long Tomorrow*. El papel me tembló en las manos. Me costaba ver.

Tenía una carta de Kenneth.

Curt había robado una carta de mi marido e iba a matar a ese desgraciado.

A mi alrededor, la gente hablaba. Alguien corría. Había más páginas; había otra carta.

Querida Nicole:

Sigue sin haber flores en casa desde hace al menos ciento quince días consecutivos. Hay siete días en una semana y, sin embargo, no deja de olvidárseme. Te echo tanto de menos que creo que necesitaré la carta de ayer y la de mañana para decirte todo lo que me gustaría.

Aun así, estoy seguro de que me despertare a alguna hora intempestiva de la noche con otro pensamiento que transmitirte.

La entrevista que hiciste ayer está funcionando muy bien, lo cual no me sorprende. Medgar dice que la han reproducido en 217 estaciones diferentes. Tres personas distintas me han

contado que te han escuchado, y solo desde las nueve de esta mañana. Sé que es duro para ti, pero se te da de maravilla. A veces pienso que deberías presentarte a las elecciones en mi lugar.

Después recuerdo que eres básicamente un gato y que apenas toleras a las personas. Habrá quizá unas veintisiete personas de entre todos los mundos a las que aprecies de verdad. Lo considero uno de tus encantos, pero no soy imparcial. Quizás haya exagerado. Quizás solo te caigan bien diez.

Hablando de gatos. La gata de mi ayudante tuvo una camada de seis. Se acercan a las diez semanas de edad, que es el momento perfecto para la adopción. Me siento muy tentado. No para mí, por supuesto, sino para Marlowe, para que tenga compañía. Si quisiera horrorizarte, adoptaría tres y les pondría nombres de presidentes famosos. Ahora en serio, Nicole, te echo de menos más en este viaje que en cualquier otro. Por favor, vuelve a casa conmigo sana y salva.

Con amor,
Kenneth

—Nicole. —Eugene estaba delante de mí y caminaba de espaldas—. Habla conmigo, Nicole.

Cada vez que inhalaba, sentía punzadas en las vías respiratorias. La cúpula de Midtown se había reducido a un túnel de color rojo rodeado de negro. Dos cartas, Kenneth me había enviado dos cartas que nunca había visto. Kenneth había enviado dos cartas que Curt había robado. Curt había encargado que mataran a mi marido.

Iba hacia el módulo de administración. Curt estaba retenido en el científico. Me di la vuelta. Había otras personas alrededor.

Uno de Jos hombres sostenía una pala de jardín. Trasladé las cartas a la mano izquierda y las pellizqué con un agarre incómodo. Me apoderé de la paleta. El hombre se estremeció, pero ya me había puesto en marcha.

—¡Nicole! —Eugene me agarró del brazo—. Oye. Hola, ¿Nicole? Tienes que parar y contarme qué pasa.

Me aparté de él y me liberé del agarre tal como me habían enseñado. Curt tenía las respuestas que necesitaba y Eugene estaba en medio.

Un segundo.

Era Eugene. Le había asustado, lo cual era una mala estrategia. Si preocupaba a Eugene, trataría de detenerme. Era más grande que yo y lo conseguiría, a menos que le hiciera daño, cosa que no quería hacer.

Se puso delante de mí de nuevo y me bloqueó camino.

—Vamos, Wargin. Necesito tu informe. ¿Dame el informe de situación?

Informe de situación.

Parpadeé y los párpados me rasparon los ojos secos. Seguía frente a mí y esperaba a que le explicase la situación. Me humedecí los labios y le entregué la primera página, la que contenía las claves de los códigos.

Eugene la miró, como si tuviera miedo de apartar la vista de mí, después abrió mucho los ojos.

—Dios. —Miró a un lado y localizó a una persona entre la multitud—. ¿Dices que lo encontró en el macetero de dientes de león?

¿Por qué no me preguntaba a mí? Probablemente porque no hablaba. Lo que planteaba la cuestión de cuánto tiempo llevaba Eugene allí. No… No estaba bien.

—Vale, Wargin. ¿Me enseñas los demás papeles? —Levantó las manos.

Eran para mí.

Di un paso atrás. Me dolía respirar. Eugene tenía los ojos muy abiertos y parecía alarmado. No como cuando se preocupaba por Myrtle, sino como si evaluase una amenaza.

Ah…

Había levantado la pala, mala elección.

La bajé. Eugene no debía verme como una amenaza. Necesitaba no ser una amenaza. Relajé la postura, pero mi cara se mantuvo rígida. Bajar la mirada era la mejor opción. Levanté las cartas de Kenneth y las sostuve para que Eugene las viera, pero sin tocarlas.

—Jesús. —Con los ojos muy abiertos, levantó la vista de la página hacia mí y luego hacia la gente que aún nos rodeaba—. Está

bien. De acuerdo. ¿Nicole? Quiero que vengas conmigo al módulo de administración. Lo hablaremos y elaboraremos un plan, ¿vale?

Curt estaba en el módulo científico. La pala no era una herramienta perfecta, pero era lo que tenía. No me gustaba trabajar con la mano derecha, pero era lo que había. Giré el mango de la pala en mi mano y lo sopesé.

La mirada de Eugene se dirigió a la pala y luego a mí.

—Wargin, necesito una confirmación: ¿me recibes?

—Te recibo. —Las palabras surgieron solas en respuesta a la letanía de piloto.

—Gracias a Dios. —Cerró los ojos un segundo; podría haberme escabullido en ese segundo de inatención.

Pero también habría sido una mala estrategia. Me quedé quieta. No, tenía que hacer algo más que eso. Necesitaba ayuda, porque el problema de guardarte todas las emociones para no convertirte en una masa llorosa en el suelo es que te deja fría, muerta y a punto de clavarle una pala en las tripas a alguien para ver cómo se ahoga en su propia sangre, y eso no sería bueno. Molestaría a Eugene y molestaría a Myrtle. Pensé que Helen lo entendería, pero no estaba segura de que mi juicio funcionara bien. Le di la vuelta a la pala en la mano y se la tendí a Eugene, con el mango por delante.

Respiró hondo y extendió la mano con la misma lentitud, como si le ofreciera un arma.

—Gracias.

Arrastré la lengua fuera de su escondite.

—Siento haberte preocupado. —Mi voz sonaba plana y extraña.

—Admito que lo has hecho. —Eugene le entregó la pala a alguien—. Formación de vuelo hasta la sala de conferencias. Tú delante, yo en la cola. ¿Recibido?

—Estoy disgustada, Eugene. Y tal vez en estado de *shock*. No me he vuelto estúpida.

—Genial, me alegra oírlo. —Su sonrisa no era la habitual—. Aun así, necesito una confirmación verbal, para estar más tranquilo. Vamos a la sala de conferencias. No es una petición. ¿Recibido?

—Recibido. —Me dolió sonreír, pero relajó los hombros una

milésima, así que fue bueno—. ¿Está *The Long Tomorrow* en tu despacho?

—Sí, te lo traeremos. —Asintió y miró de nuevo las cartas que apretaba en la mano—. ¿Qué más necesitas?

Necesitaba a mi marido. Y no meter la pata.

—Un tubo de compota de manzana. Me he olvidado de comer.

—Vale. —Lanzó una mirada a un lado y asintió. Alguien se marchaba a la carrera hacia la cafetería.

—Gracias. —Me di la vuelta y me dirigí de nuevo al módulo de administración con Eugene detrás de mí. Tenía que solucionar el problema antes de que aquella cúpula de calma se fracturara.

En cada carta había cinco combinaciones de números. Diez palabras que mi marido había intentado hacerme llegar.

«Jefe de gobierno apoya terraprimeristas».

«Intenta eliminar el programa espacial».

—Creyó que lo sabía. —Deslicé la página traducida por la mesa de la sala de conferencias hacia Eugene y seguí el movimiento hasta apoyar la cabeza en la madera junto al tubo vacío de compota de manzana—. Le dije a Kenneth que no había traducido su carta más reciente, pero pensó que había recibido estas dos.

El papel crujió y, un momento después, Eugene silbó.

—No le habría pedido que… —Se me formó un nudo en la garganta y me tensé, hasta que la ola de dolor y rabia se calmó.

—Sabía en lo que se metía —dijo en voz baja.

—¡Pero yo no! —Golpeé la mesa con la escayola—. Había otras soluciones. Otras…

Me contuve y esperé hasta que volví a respirar. Eugene hizo lo propio. Se movió una vez como si pretendiera acercarse, pero dejó la mano en la mesa lo bastante cerca de la mía para que sintiera su calor.

—No pasa nada por llorar.

Se me escaparon tres horribles sollozos. Sonidos que no deberían salir de una garganta humana. Contuve la respiración e

intenté detener el ruido. Me estremecí por el esfuerzo de controlar el flujo de aire.

—No… —Tragué—. No quiero.

—¿Qué hago?

Me limpié los ojos y me recosté en la silla, con las manos en las mejillas. El frío de la escayola me penetró la piel.

—¿Me enseñas a darle un puñetazo a la pared?

Alzó las cejas y dirigió la mirada un segundo a las marcas de sus nudillos. Dudo que hubiera creído que era sutil.

—No sé cómo lo haces sin rebotar por la habitación. —Volví a limpiarme la piel debajo de los ojos y bajé las manos al regazo. Todo me dolía por la tensión que se me acumulaba en las articulaciones—. Estoy intentando con todas mis fuerzas no asesinar a Curt.

—No te mentiré, pensaba que ibas a hacerlo.

—Es probable.

Los ventiladores zumbaban y empujaban el aire hacia las lágrimas que se secaban en mis mejillas.

—Es un archivador. —Eugene apartó la silla de la mesa de reuniones—. Agarras el tirador de un cajón y te apoyas con un pie en la pared de enfrente. Pero si te rompes la otra mano, yo no te he enseñado a hacerlo y no andaba cerca.

—Seguro que a Ana Teresa le encantará saber que le tienes miedo.

—¿La doctora? —Eugene negó con la cabeza mientras me abría la puerta—. Myrtle me mataría varias veces.

La risa fue como una puñalada.

—Déjame los asesinatos a mí. —Lo agarré del brazo antes de salir por la puerta—. Siento mucho haberte asustado antes.

Eugene agachó la cabeza y volvió a cerrar con suavidad.

—Wargin, el problema no es que quieras asesinar a Curt. Es que no respondías, debería llevarte a la enfermería. No lo hago porque… Sé lo que es la rabia ciega. —Me miraba con seriedad—. Necesito que me digas que estás bien y que puedo confiar en que no actuarás sin autorización.

Algo se me partió en el pecho y me desgarró al respirar. Me

coloqué en una postura perfecta, con los hombros nivelados, y asentí.

—Sí, señor. —Deseé llevar pintalabios como escudo—. No estoy bien, pero no seré un problema.

—De acuerdo.

Su confianza casi me rompe otra vez. Me mordí los labios y miré a la pared mientras esperaba que se me pasara el ardor en la nariz. Me aclaré la garganta.

—Tengo una sugerencia que no te va a gustar.

—Pues hazme una que sí me guste.

Resoplé y me volví hacia él porque necesitaba mirarlo a los ojos para lo que iba a decir.

—Creo que deberías dejarme interrogar a Curt a solas.

Eugene se rio una vez, sin aliento, como si hubiera tratado de detener la risa.

—No.

—Te quiero al otro lado de la puerta, en caso de que haya algún problema.

Todavía me miraba como si me hubiera vuelto loca, lo cual me merecía, y negó con la cabeza.

—¿Con él o contigo?

—Cualquiera es una cuestión razonable. Por eso enviarme es una opción interesante. En cuanto sepa que hemos encontrado las cartas, seré aterradora, mucho más que tú ni que nadie. —Mantuve los brazos bien relajados en los costados—. Es una estratagema con una alta probabilidad estadística de conseguir que se derrumbe más rápido, y necesitamos que lo haga.

La verdad es que no tenía ni idea de si había estadísticas sobre algo así, pero se me da bien manipular las emociones humanas y sabía que tenía razón sobre el efecto que tendría en Curt. Sentí una punzada de culpabilidad por intentar manipular a Eugene, pero no tanta como debería. Empezaba a retirarme a ese vacío seguro y tranquilo en el que me movía sin dolor. Salir sería un infierno más tarde, pero sería un problema para otro día.

—Así que me propones que entres como una furia y…

—No. —Negué con la cabeza—. Te propongo entrar muy fría y serena, y guardarme la rabia hasta el momento oportuno. Él sabrá que está ahí. El peligro potencial de hacerme estallar será la motivación. —Ladeé la cabeza y mantuve la voz tranquila y razonable—. Te daré una lista de preguntas antes de entrar. Incluiré una frase indicadora para el momento de la ira. Si no la uso, sabrás que me he salido del guion y me sacarás.

Eugene me miró, pero no sabía a qué le daba vueltas en la cabeza. No había dicho que sí, pero había abierto la puerta a la posibilidad.

Sonreí y calculé el grado adecuado de humor seco.

—Si tienes que sacarme entre patadas y gritos, Curt te verá como un salvador y ese vínculo aumentará la probabilidad de que hable contigo. Así que, incluso si se me va la olla, seguirá siendo una victoria.

—A menos que lo mates antes de que entre.

—Adulador. —Me encogí de hombros—. Te dejaré cachearme en busca de armas antes de entrar.

—No estoy seguro de que necesites armas. No… Lo entiendo, no me presiones ahora. —Puso la mano en la puerta—. Vamos a golpear un archivador.

Eugene me dejó acompañarle cuando llamó a Helen para que lo pusiera al día sobre la comprobación de las coordenadas cerca de El Jardín. No había dicho nada más sobre mi sugerencia y sabía que era mejor no insistir. Me dolía la mano derecha por el golpe al archivador y ese dolor controlado tenía un sentido cuantificable. Sabía por qué me dolía y cuánto duraría.

El control era seductor, aunque no fuera la válvula de escape más segura a la que recurrir.

Hablando de control, había tomado un paquete de galletas de camino a hablar con Helen. No era mucho, pero me sentía muy orgullosa de mí misma por haberlo hecho. También me avergonzaba por partir una galleta en trozos cada vez más pequeños

mientras Eugene la ponía al día.

Cuando terminó, la voz de Helen crepitó en la línea con una estática horrible mientras comenzaba su informe.

—Las coordenadas no eran un lugar de impacto, sino que apuntaban a la zona de aterrizaje del Artemisa 17. Debería haberme dado cuenta, pero no se me ocurrió revisar misiones antiguas.

Había estado en esa misión. Habíamos sido Terrazas y yo, mientras Elma orbitaba como calculadora de vuelo. ¿Qué habíamos hecho para que alguien volviera al lugar? Empecé a repasar la lista de experimentos y objetivos de la misión para intentar sacar algo en claro.

—Mierda. —Dejé los trozos de galleta y aparté el paquete—. Estuve en esa misión; probamos un *jet pack*.

—Lo recuerdo. —Eugene se inclinó hacia adelante—. Estaba celoso porque no terminé la formación antes de que decidieran interrumpir su fabricación.

—El diseño era cuestionable y los *rovers* eran mejores para casi todo. Lo dejamos en la superficie, ¿está allí? Seis patas estabilizadoras que se extienden alrededor de una mochila central. Parece una araña.

Helen se quedó callada y me la imaginé recordando el recorrido.

—No, no lo he visto. Aunque he detectado unas líneas paralelas que se alejaban, creo que eran de unos esquís. Se cruzan con el camino del *rover* entre El Jardín y la plataforma de aterrizaje de la nave de carga y quedan medio ocultas.

Eugene se masajeó la frente.

—¿Solo un conjunto de huellas de esquís?

—Múltiples. Demasiado superpuestas para contarlas con exactitud.

Incluso sin descifrar las coordenadas del mensaje codificado, si Curt hubiera sabido que le iban a mandar a recuperar el *jet pack*, podría haber averiguado dónde a partir de la información pública disponible.

Eugene miró el techo.

—Me encantaría tener respuestas en lugar de preguntas

interminables. —Suspiró y cerró los ojos—. De acuerdo, sabemos que Curt tiene un cómplice y había dos pares de huellas en el lugar de Marius Hills. Helen, como estás en El Jardín, ¿puedes mirar los registros para ver si alguno de los esquiadores estuvo allí?

—Llegué a la misma conclusión cuando vi las huellas y lo he comprobado. —Por supuesto que lo había hecho, porque Helen era el tipo de persona brillante que pensaba que jugar dos partidas de ajedrez simultáneas era divertido—. El día en que se levantó la cuarentena, está registrado que Philippus Fourie llegó a El Jardín en la lanzadera de la mañana y regresó en la de la tarde. Pero no tenía turno ese día.

Eugene se pasó una mano por la cara y suspiró con fuerza.

—Por supuesto.

Me sonaba el nombre, pero no conseguía localizarlo.

—¿Quién es?

—¿Recuerdas al sudafricano de comunicaciones aquel día? ¿Al que no le gustaba que fuera administrador?

Saqué a la superficie el recuerdo del tipo encorvado sobre el ejemplar de *Popular Mechanics* mientras intentaba no desfallecer bajo la fuerza de la mirada de Eugene.

—¿Rubio? ¿Ojos azules separados?

Eugene asintió. Parecía que le dolían los dientes.

—Trabaja en construcción y es doctor en ciencias materiales por la Universidad de Ciudad del Cabo; es quien fabricó los esquís de Faustino.

—Mierda. —Reconocer la culpa de algo fácil y conocido para desviar la atención de lo más gordo.

—Así que hay un *jet pack*, una lanzadera desaparecida, explosivos y un saboteador con movilidad total suelto en la colonia.

—Curt casi me lo dijo… —Gemí y me incliné hacia atrás para mirar el techo—. Cuando me habló de programar la órbita decadente de la lanzadera, se preguntó cómo volvería… Con el *jet pack*.

Eugene negó con la cabeza.

—¿Por qué iba a decírtelo?

—No lo sé. —¿Para burlarse de mí? ¿Para presumir? ¿Para advertirnos porque se lo había pensado mejor?

La voz de Helen se volvió más lenta y precisa.

—Acabo de hacer algunos cálculos de memoria. No hay nada que impida que la lanzadera se haya lanzado en una fecha posterior con los mismos parámetros. Solo retrasaría el impacto.

Eugene apretó el puño sobre la mesa, con los nudillos envueltos en una venda ligera.

—Iremos a por Fourie, que lo encierren. Wargin. —Miró al otro lado de la mesa y se me aceleró el pulso de anticipación—. Vas a hablar con Curt.

CAPÍTULO 49

Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 1 de junio de 1963, a las 01:12 — Comienza el quinto día sin contacto. Hemos apresado a Philippus Fourie y lo tenemos confinado en un despacho bajo vigilancia. Autorizo a Nicole Wargin a interrogar a Curtis Frye y asumo toda la responsabilidad de la decisión.

—Lo de cachearme era broma. —Estaba de cara a la pared del pasillo del despacho reconvertido donde Curt estaba retenido. Tenía los brazos extendidos, con un portapapeles en la mano derecha y un tubo a medio comer de compota de manzana en la izquierda.

—Yo no. —Eugene fue metódico e impersonal mientras pasaba las manos por los laterales de mis piernas—. Sé que ahora mismo careces de sentido de autopreservación, así que seré muy claro: tus acciones se reflejarán en mí porque yo he decidido que estás lo bastante estable para esto.

—Lo estoy.

—No. Para nada. —Se levantó y me dio la vuelta. Me revisó los bolsillos, el pecho y la zona de la caja torácica como si fuera un maniquí—. Confío en que lo estés porque tengo muy pocas opciones. No voy a hacer amenazas, porque no creo que te importe ahora mismo. ¿Me equivoco?

Me costó un momento tragar.

—No, señor.

—Bien, así que lo que quiero que tengas presente es que soy un hombre negro y, si haces daño a Curt o dejas que te haga daño, todo recaerá sobre mí. La gente no sabrá que fuiste espía en la guerra. Lo que sabrán es que un hombre negro envió a una mujer blanca, a una viuda afligida, a una situación peligrosa. Se preguntarán qué clase de «salvaje» haría eso. ¿Recibido?

—Recibido. —Una forma diferente de dolor y rabia me hizo hundir los hombros. Tenía razón y yo sabía muy bien cómo terminaría eso—. Sí, señor.

Eugene dio un paso atrás y extendió la mano.

—El portapapeles.

Bajé los brazos y fruncí el ceño. El portapapeles era un accesorio importante.

—Si vacilas a la hora de cumplir una orden, me lo tomaré como una señal de que no debería fiarme. —No movió la mano ni se repitió, se limitó a mirarme.

Le entregué el portapapeles.

—Bien hecho no preguntando por qué. —Golpeó el borde del tablero de aluminio—. Nada de armas.

Sabía que no debía protestar. En parte, porque no iba a tolerar que me opusiera y, en parte, porque sí que había pensado en lo que el borde de un portapapeles le haría a una tráquea.

Sacó las notas del portapapeles y las sostuvo en una mano.

—Confirma la señal para el momento de «rabia».

Hablé con la voz tan plana que dolía.

—Matasteis a mi marido, cabrones.

Eugene asintió.

—¿Y el siguiente parámetro?

Se me permitía improvisar, pero no confiaba en que no me dejara llevar, lo cual era justo.

—No se me permite decir palabrotas, excepto en esa frase, para demostrarte que mantengo el control.

Se aferró al portapapeles, pero me devolvió la lista de preguntas que había redactado.

—Si no consigues que hable, no será un fracaso. Si cualquiera de

los dos termina herido, lo será. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

—Termínate el puré de manzana.

Quería bromear sobre que Eugene se había convertido en mi padre espacial, pero estaba bastante segura de que en ese momento carecía de sentido del humor. Desenrosqué la tapa y me pasé el tubo a la mano derecha para verter un chorro de aquella dulzura granulada en la boca. Se había calentado al apretarlo y se parecía más al relleno de una tarta insípida que a otra cosa. Era suficiente líquido como para que no se me pegara al paladar y fuera fácil de tragar.

O al menos al principio. Sentí cómo cada bocado me caía en el estómago y se instalaba allí. Eugene esperó y me miró por encima del hombro para no observarme directamente mientras comía. Me seguía mirando de reojo y eso me molestaba, aunque sabía que tenía que hacerlo.

Conseguí dar una media docena de tragos antes de que mi cuerpo me enviara una oleada de arcadas.

Me aparté el tubo de la boca y me quedé mirando la pared mientras respiraba por la nariz. Cuando tragué, la parte posterior de la garganta me ardía y estaba agria. La mirada de Eugene volvió a mí. Esperó.

Cerré los ojos y traté de esperar a que se me pasara la náusea. Mierda.

—Si lo termino, voy a vomitar. —Conseguí sonar como si informase de un problema de motor—. Lo siento.

—De acuerdo. —Suspiró y la tela crujió cuando cambió el peso de pie—. Nicole.

—Por favor, no seas amable. —Abrió los ojos, traté de tapar el tubo y se me escurrió la tapa. No maldije, para demostrar que tenía el control al menos de mi cerebro, si no de mis dedos—. Queremos que entre fría, así que no quiero empezar a llorar todavía.

—Tomo nota. —Recogió la tapa del suelo y extendió la mano para llevarse el tubo—. Estaré al otro lado de la puerta.

No estoy segura de si lo dijo para tranquilizarme a mí o a sí

mismo, o para advertirme. Probablemente lo último. Me condujo por el pasillo hasta la sala donde teníamos a Curt. Eugene se colocó a un lado de la puerta. Levanté la mano para llamar su atención. Se me acababa de ocurrir que le vendría bien ver cómo me ponía la máscara para que creyera que al menos iba a entrar teniendo el control.

Me señalé la cara y gesticulé:

—Mira.

Ladeó la cabeza y frunció las cejas en gesto interrogante. Aparté la vista de él, respiré despacio y pensé en cómo encontré las cartas de Kenneth enterradas, como si fueran otra parte de su cadáver. Aproveché el recuerdo del dolor y la rabia para cambiar la postura hacia delante. Curvé los dedos hacia la palma, sin llegar a cerrar los puños. Incliné la cabeza hacia abajo y me encorvé hacia delante con una pizca de agresividad. Toda la expresión de mi rostro se desvaneció y me quedé con una fachada inexpresiva.

He dicho que quería que Eugene me viera ponerme la máscara, pero era más exacto decir que me la estaba quitando. Había fingido ser humana para él y no era, en absoluto, lo que se escondía bajo mi piel.

Me di la vuelta y abrí la puerta de la habitación de Curt. Las luces del interior estaban apagadas. La luz del pasillo lanzó un rayo de color ámbar que cruzó la cama. Abrió los ojos y parpadeó al ver mi silueta en la puerta.

Entré y me hice a un lado para encender la luz del techo.

—¿Nicole? —Curt se frotó los ojos y se incorporó en la cama con los brazos—. ¿Qué hora es?

En una habitación sin reloj, no había forma de calcular el paso del tiempo. Podría llevar retenido un día o una semana y lo único que le ayudaría a saber la diferencia sería la debilidad de su cuerpo. Las ganas de orinar, de defecar o de comer.

Cerré la puerta de un portazo. Me apoyé en ella y observé a Curt. Con toda la intención, puse la mano en el cerrojo.

—He encontrado las cartas.

Frunció el ceño como si no tuviera ni idea de qué le hablaba.

—¿Qué cartas?

—No ha sido fácil, pero he convencido a Eugene de que estaba lo bastante calmada como para ser yo quien te interrogara. —Muy despacio, giré el cerrojo, que se encajó sin ningún ruido—. Está fuera. Por tu seguridad.

La mirada de Curt descendió por mi mano hasta el cerrojo. Por un instante, se le dilataron las pupilas al comprender que estaba encerrado conmigo.

—De acuerdo, veo un problema con eso.

Cogí la única silla de la habitación que estaba contra la pared y la puse frente a él. Me incliné hacia delante y apoyé las manos en el respaldo.

—Incluso me cacheó para asegurarse de que no llevaba un arma. —Balanceé la silla hacia delante sobre las patas delanteras, para comprobar el equilibrio. Era de plástico con patas de aluminio, como la mayoría de las sillas de la colonia—. ¿Sabes cómo encontré las cartas de mi marido? Gracias a los huevos de Pascua.

Me observó mientras probaba el peso de la silla. No tenía mucha masa, pero sí muchos bordes duros.

—Empecé a preguntarme por qué te habías tomado la molestia y gastado el dinero en traer huevos de caramelo para esconderlos entre los dientes de león.

A Curt se le daba muy bien fingir confusión e incluso un poco de miedo. Era probable que lo último fuera una emoción real que aprovechaba para enmascarar otras reacciones.

—¿Porque era Semana Santa? Además, era nuevo y se me ocurrió sobornar a la gente con chocolatinas para caerles bien.

Como si no hubiera hablado, levanté otra vez la silla le di la vuelta. Era un diseño sencillo y elegante, con un único perno de seis milímetros que bajaba hasta el eje principal de cada pata. Solo había que girar hacia la izquierda para desenroscarlo y, *voilá*, tenías un palo.

—¿Cómo está tu madre, Curt?

—Es imposible que lo sepa, ¿no? Aunque no me tuvierais encerrado aquí, lo último que supe es que no teníamos contacto con

la Tierra. —Mantenía una postura bastante relajada, pero la vena del cuello le latía de forma visible—. ¿O eso ha cambiado?

—¿Le siguen gustando las telenovelas? —Desenrosqué la pata de la silla sin dejar de mirarlo.

—Vive para ellas. —Se acercó una almohada al regazo como si quisiera mullirla. Si fuera yo, esa almohada sería un escudo o escondería un arma—. Estará muy preocupada porque me he perdido nuestra llamada semanal.

—Sabes que las telenovelas son lo que te delataron, ¿verdad? No deberías haberme dicho que hablabais de *Guiding Light*. Pero era una buena oportunidad para hablar de mi marido, despistarme un poco. —Quité la pata y dejé el resto de la silla volcada en el suelo—. Deja la almohada al lado de la cama.

—Venga ya.

—¡Matasteis a mi marido, cabrones! —Me dolió la garganta. Golpeé el colchón con la pata de la silla, justo al lado de su pie.

Curt no pudo apartarse. Se quedó mirando cómo la pata de la silla descansaba sobre el colchón a un centímetro de su pierna. Habría sentido el impacto en las sábanas. Habría oído el golpe seco, aunque el sonido no habría salido de la habitación.

Respiraba deprisa. Apoyé la pata con suavidad en su pierna derecha.

—Suelta. La. Almohada.

Los ventiladores zumbaban mientras dudaba.

Levanté mi mano derecha con el garrote improvisado, sin apartar la mirada de su rostro. Esbocé una amplia sonrisa y hablé con una alegría que me resultó dolorosa.

—Es curioso, fui espía en la guerra. Hacía lo mismo que tú: entrar, conseguir gustarle a la gente y sembrar el caos. ¿Te lo contaron en la sesión informativa para esta misión?

Si lo golpeaba ahora, le daría en el tobillo.

—Curt, querido. No tengo nada que perder, ¿está claro? Me quitaste lo único que me importaba. Me quitaste la única razón para ir por la vida como una persona buena y decente. Sospecho que no planeabas seguir aquí cuando todo se fuera a la mi… cuando todo se

desmadrase. Si hubiera sido una misión suicida de verdad, no habrías tratado de advertirnos de las cosas que podrían ser fatales para ti. Todavía te queda algo de sentido de autopreservación, a mí no. Así que vas a soltar la almohada y luego vas a responder a mis preguntas.

La vena del cuello le latía como si hubiera estado corriendo. Una gota de sudor se abrió paso despacio por su sien. Con un chasquido casi audible, la resistencia se esfumó de su cuerpo. Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—A la porra. Será más fácil así. —Curt tiró la almohada por el borde de la cama.

Cayó al suelo con un duro golpe metálico.

—¿Más fácil que qué?

—Que intentar advertirte de los problemas pendientes sin que me pilles como la persona que los ha causado. —Su sonrisa era sombría—. Es difícil y has sido lenta en la toma de decisiones.

—Curioso. Has organizado una serie de desastres y después… ¿Debo entender que cambiaste de opinión?

—La polio lo cambió todo, sí.

Aparté la pata de él y volví a acercarme a la silla.

—Voy a hacerte una serie de preguntas y vas a responderlas de forma completa y exhaustiva.

—No tuve nada que ver con la muerte de tu marido.

Toda la habitación se puso roja y se calentó. Apreté la pata de la silla con tanta fuerza que se me acalambraron los dedos. Quedarme de piedra, aguantar la respiración y clavarme en el suelo. Fue la única manera de evitar atravesarle con la pata de la silla en la sien.

Eugene había tenido mucha razón al decirme que no debía tener un arma. Me temblaban las manos por el torrente de adrenalina mientras me arrodillaba para atornillar la pata de la silla en su sitio; por eso tenía un guion. Dejé el papel doblado en el suelo y deseé tener un portapapeles.

—¿Dónde está la lanzadera? —La pata se deslizó fuera del perno y tuve que hacer una pausa.

—Si has encontrado las cartas, entonces tienes los códigos, así

que voy a suponer que ya has encontrado la lanzadera y me estás poniendo a prueba. —Suspiró y se reclinó hacia atrás para apoyar la cabeza en la pared, como si estuviera agotado—. Tienes las coordenadas. Hay un tubo de lava cerca, que conecta con El Jardín. Si me das un mapa, dibujaré la ruta hasta la entrada.

—¿Cómo está trampeada para explotar? —Conseguí encajar la pata en el perno y empecé a enroscarla.

Curt frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No lo está.

Levanté las cejas.

—Respuestas completas y exhaustivas.

—De verdad. —Se cruzó de brazos—. No tuve tiempo. En el plan original, se suponía que tenía que volver, pero no entraba en los planes que me pusiera enfermo. Mierda, ya tendría que haberme ido. Se suponía que tendrían que evacuar a toda la colonia. Me he esforzado por advertirte de las cosas que he montado, tiene que contar para algo.

Levanté la silla y la puse en pie de nuevo. Apoyada en el respaldo, lo estudié.

—No es un signo de virtud cuando se trata de autopreservación.

Curt apretó la mandíbula y pasó la mano por la manta que le cubría las piernas.

—No soy el único al que afecta esto. Por ejemplo, Garnet no sobrevivirá a la reentrada.

Me llevó un momento establecer la conexión. Garnet era una de las enfermas de polio que había estado en la sala de mujeres, con apenas un hilo de voz porque la enfermedad le había dañado los pulmones. No lo suficiente como para necesitar un pulmón de acero, pero sí como para precisar de oxígeno.

—Ah, claro. Altruismo. —Aunque la verdad era que no sabía que el estado de Garnet fuera tan grave.

—Sí, altruismo. Todo el programa espacial es un proyecto de eugenesia. —Se incorporó y se inclinó hacia mí como si fuera a convencerme de que tenía razón—. ¿No has pensado en las personas que no podrán venir aquí? ¿Las personas que no tienen la educación

adecuada porque son del color equivocado? ¿O en los que tienen una salud que no es perfecta?

No le grité. No le grité que lo pensaba todos los días, porque tenía un marido con un problema cardíaco. Tenía un marido, ya no. No mordí el anzuelo más de lo que ya lo había hecho. Esperé a que se me pasara el arrebato, mientras me forzaba a introducir aire en mi pecho constreñido, y después me senté en la silla. Me incliné para recoger la lista de preguntas del suelo.

—Empecemos con tu plan. Quiero que me expliques todo lo que has hecho. —Eugene quería que empezase por los sabotajes que todavía estaban pendientes, pero necesitaba confirmar las cosas verificables antes de adentrarme en territorio desconocido.

Extendió las manos.

—Quiero que quede claro, antes de empezar, que no voy a delatar a nadie más. Me tenéis a mí, eso es todo.

—Nosotros decidimos lo que es apropiado.

Negó la cabeza.

—No. Este es el trato: hablaré de mí y de mis acciones, pero no me sacarás nada sobre nadie más. Nada de nombres ni géneros, ningún detalle personal.

Me encogí de hombros.

—Puedes intentarlo. Veremos cuánto dura. ¿Cuál era el plan original?

Suspiró y apretó los labios.

—La idea era conseguir que la CAI abandonase la Luna con una pérdida mínima de vidas.

—Una pérdida mínima. —Levanté las cejas—. Saboteaste los depuradores de CO_2.

—Sí, lo sé. También traté de advertirte de eso, podría haber roto la cúpula. Esperábamos que, si había suficientes fallos pequeños del sistema, la CAI ordenaría una evacuación. —Se señaló sus piernas —. La polio no entraba en el plan.

—¿Por qué le provocaste a Eugene una intoxicación alimentaria? —Era un farol, porque solo sospechaba que había sido deliberado.

No alardeó.

—Tenía que apartarlo de la silla del piloto. Debía hacer que el aterrizaje pareciera forzoso, que pareciera otro cohete inseguro.

Crucé las piernas y lo observé.

—Pero bajaste con demasiada fuerza, ¿verdad? Romper el puntal de aterrizaje fue un accidente.

Eso le hizo sonrojarse, como si meter la pata como piloto fuera lo peor que había hecho.

—Nunca había aterrizado en gravedad lunar y me equivoqué, no es algo que pudiera practicar en el simulador. No planeaba que me apartaran del servicio, eso complicó las cosas. —Esbozó una sonrisa sombría—. Pero no te mentí cuando te dije que sabría fingir un fallo en el propulsor.

—Quiero una lista completa de todos los sabotajes que hayas preparado desde el aterrizaje. —Tomar notas con la mano derecha en un papel apoyado en la rodilla sería un lío. Quería el portapapeles —. Tómate un minuto para pensarlo mientras traigo al mayor Lindholm.

Curt me observó mientras me dirigía a la puerta y la desbloqueaba. La cerradura se abrió con un clic audible. Mierda. Lo había hecho tan bien al cerrarlo sin hacer ruido…

Eugene estaba de pie junto a la puerta. Me miró a mí y al cerrojo, y después me fulminó de una manera que sugería que más tarde iba a recibir un sermón de proporciones bíblicas. No me importaba. Había funcionado y no me había dicho que no cerrara la puerta por dentro.

—¿Me das el portapapeles o prefieres tomar las notas tú? —Le sonreí.

A juzgar por la mirada que me devolvió, imagino que sus hijos no se rebelaban muy a menudo. Extendió el portapapeles y me siguió dentro de la sala. Me senté en la silla frente a Curt de nuevo con Eugene detrás de mí.

Una vez que los papeles volvieron a su sitio, asentí a Curt.

—Empieza a hablar: lista de sabotajes.

—El plan consistía en crear el mayor número de problemas de acción retardada posibles por dos razones. Me daba la oportunidad

de tener coartadas cuando las cosas se torcieran y también calculamos que pasarían unas dos semanas antes de que me pillaran. Cuantas más cosas me diera tiempo a preparar al principio, mejor.

Me incliné hacia adelante en la silla, solo un poco.

—Eso no es una lista, sino un razonamiento.

Apretó la mandíbula.

—De acuerdo: cambié un filtro de los depuradores de CO_2 en todos los módulos por uno falso, usé ácido perclórico para desactivar los deshumidificadores con un efecto retardado, eché polvo lunar en los depósitos de combustible de las lanzaderas y los *rovers*, desactivé los detectores de humo, pelé los cables para aumentar la probabilidad de cortocircuitos… —Me miró y se estremeció—. Pretendía provocar alguna descarga pequeña, siento de verdad lo que te pasó.

Lo dudaba. Más bien, trataba de alejar las sospechas de Birgit ahora que había decidido hablar.

—Tendrás que decirnos qué cables están pelados.

Se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Al azar, por todas partes. Cada vez que estaba solo en una habitación, abría el panel más cercano y deshilachaba las cosas.

—Continúa.

—Vacié las máscaras de oxígeno de emergencia. Pinché los bidones de aceite de los ventiladores, que están tardando más en fallar de lo que esperaba. Hay una pequeña fuga en el sello del hangar seis de lanzaderas, esperaba que se rompiera, pero es más resistente de lo que me habría gustado. —Frunció el ceño y miró al techo—. Creo que eso es todo lo que conseguí antes del 19.

—¿El 19?

—Viernes 19 de abril: el último día que caminé. Es difícil olvidar la fecha.

Si se suponía que debía sentir pena por él, no lo hice.

—La lista parece incompleta. Por ejemplo, no has mencionado el fertilizante que robaste de El Jardín. —Ni el sabotaje de la lanzadera de los Lindholm, ni el detonador de control remoto ni el *jet pack*.

—Ya. —Se incorporó hacia adelante—. Esta es la cuestión. Todavía estamos aislados de la Tierra, ¿verdad?

Detrás de mí, Eugene dijo:

—¿Qué sabes de eso?

—Sé cuál era el plan cuando me fui, aunque lo cierto es que había dos corrientes de pensamiento en nuestro grupo. Yo estaba a favor del primer plan, que consistía en intentar que la CAI perdiera la suficiente credibilidad para que la gente dejara de tirar el dinero y empezara a ocuparse de los asuntos de la Tierra; no funcionó. —Me miró y se humedeció los labios—. Así que pasamos a las acciones más… directas.

Me aferré al portapapeles y lo apreté contra el regazo. Intentaba cabrearme para distraerme. Así no se comportaba y cooperaba alguien que había cambiado de opinión, sino alguien a quien habían pillado e intentaba seguir adelante con su plan.

Levanté el lápiz y probé la punta mientras observaba a Curt.

—Menos comentarios. Más detalles.

—Han volado las antenas de radio, desorbitado los satélites de comunicación, incluidos los dos de la expedición a Marte, bombardeado la CAI y destruido la red eléctrica de los alrededores de Kansas City. —La voz de Curt era uniforme y objetiva, como la de alguien que comenta un plan de vuelo—. Nadie va a venir a rescatarnos.

—Un ligero error de cálculo: esta es la Coalición Aeroespacial Internacional. Los puertos espaciales de Brasil y Europa todavía están bien. —El Jardín se había diseñado para alimentar a miles de personas y, aunque todavía no estaba en pleno funcionamiento, teníamos comida almacenada para seis meses y solo trescientas veintiséis personas que alimentar. Sería difícil, no me cabía duda. Pero estaba segura de que el grupo de personas que había en la Luna lo podía conseguir—. Y aunque no lo estuvieran, sobrevivir sin la Tierra es justo para lo que está diseñada la colonia.

—Lo sé. —Curt se encogió de hombros—. Y mientras estéis aquí, la gente de la Tierra querrá venir a rescataros. Le dije al grupo que solo conseguirían que «salvar la Luna» se convirtiera en una

prioridad. Así que lo que queremos es que abandonéis voluntariamente la Luna con la pérdida mínima de vidas.

Detrás de mí, Eugene dijo:

—¿Por qué narices haríamos eso?

—Porque es lo correcto. Jeremías 22, 3: «Así dice el Señor: “Practicad el derecho y la justicia. Librad al oprimido del poder del opresor”».

—El versículo no termina ahí. —Eugene me lanzó una mirada—. «No maltratéis ni hagáis violencia al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda, ni derraméis sangre inocente en este lugar». Habéis derramado sangre inocente.

—Versículo 13: «¡Ay del que edifica su casa y sus habitaciones superiores violentando la justicia y el derecho! ¡Ay del que obliga a su prójimo a trabajar de balde, y no le paga por su trabajo!». La gente de la Tierra se muere y los recursos que se invierten en esto son de dimensiones criminales. ¿Para qué? El meteorito fue hace once años. Todavía hay gente en Carolina del Norte sin agua corriente y…

—Ahórrame el monólogo. —Lo corté antes de que continuasen con el debate teológico—. Solo necesito saber lo que has hecho.

—Muy bien. Ahora que pasar al plan B es una posibilidad en vuestras cabezas. ¿Queréis una razón para abandonar la Luna? Aquí la tenéis. He programado la explosión de Marius Hills y la colonia principal. Se acciona por control remoto. —Cruzó las manos en el regazo y se recostó en la almohada—. Cuando se recupere el contacto con la Tierra, si el gobierno de los Estados Unidos no ha accedido a abandonar la Luna e invertir el dinero en ayudar a nuestra propia gente, entonces La Tierra Primero activará una detonación a distancia. Por eso no he dañado ninguna de las naves principales, para que lo sepáis. Avisadme si necesitáis ayuda para planificar la evacuación. Yo ya he hecho el trabajo preliminar, de nada.

En mi cabeza, se proyectó una película en la que me levantaba, le daba un golpe con la escayola y las paredes se empapaban de sangre. La cabeza de Curt se desviaba hacia un lado y sentía el

contacto como una sacudida en el codo y en la base de los dientes. Eugene tal vez intentaría detenerme o tal vez no.

En vez de eso, pasé el lápiz al siguiente punto de la lista. Sentía el aliento caliente en los pulmones, pero mantuve la postura relajada.

—Siguiente pregunta: ¿qué instrucciones le diste a Philippus Fourie? Te informo de que lo tenemos detenido, así que vamos a cotejar las respuestas. De nada.

Antes muerta que permitir que ese hombre me controlase.

CAPÍTULO 50

Diario de misión de la Base Artemisa, por el administrador en funciones Eugene Lindholm, 1 de junio de 1963, a las 03:37 — Orden de mantenimiento: revisar todos los ventiladores y comprobar los daños en los bidones de aceite.

Las páginas del portapapeles estaban cubiertas de notas que había tomado mientras Curt hablaba. En algún momento a lo largo de las horas en las que lo interrogamos, Eugene trajo otra silla. Se sentó a mi lado e intervino de vez en cuando con alguna pregunta, pero sobre todo se limitó a tener un aspecto intimidatorio.

Mientras Curt bostezaba lo suficiente como para desencajarse la mandíbula, yo hojeaba las páginas.

—¿Qué le habías encargado hacer a Faustino cuando murió?

Estaba lo bastante fatigado para que por un instante la constante máscara de chulería que mostraba se resquebrajara y vislumbré algo parecido a una emoción real: arrepentimiento. Curt suspiró y bajó la mano.

—Nada. Y ojalá no le hubiera enseñado los esquís. —Bajó la mirada hacia las mantas y tiró de ellas—. Es curioso que eso sea lo que me hace sentir culpable.

—Pero ¿sí usaste los esquís?

Asintió. Tenía el pelo despeinado y algunos mechones castaños despuntaban como heno reseco. Tenía todo el cuerpo hundido por el cansancio y no creía que fuera una actuación.

—Sí… Philippus los hizo, lo cual ya sabías, pero creyó que todo era legítimo.

Eugene levantó las cejas.

—Nada de esos esquís era legítimo.

Curt hizo una mueca.

—Ya sabéis a qué me refiero. Simplemente les gustaba esquiar y pensaban que sería un poco de diversión inofensiva. —Ahogó otro bostezo y dijo—: Supongo que Philippus os dijo que me ayudó a trasladar algunos materiales. Faustino estaba convencido de que era una tarea asignada, pero que hacíamos trampa con los esquís para ir más rápido.

Coincidía con lo que había dicho Philippus, aunque con muchos más llantos.

—¿Qué materiales?

—El fertilizante. Lo transferimos del tubo de lava al *jet pack* y luego lo trasladé a… un lugar sorpresa. —Extendió las manos y se encogió de hombros—. Lo siento, no voy a revelar dónde están las bombas.

—Ya lo has hecho, en realidad. —Volví a hojear las notas, pasé el lápiz por la página e hice una marca al azar—. Volviendo al tema, has dicho que la participación de Birgit también fue «inocente». La sedujiste y tal y cual. No entiendo cómo ibas a explicarle el contenido de la carta codificada que le pediste que te tradujera. La verdad es que es pura curiosidad.

—Le gustaban los códigos. —Curt parecía intentar averiguar si me tiraba un farol con lo de saber dónde estaban las bombas. Perfecto, que disfrutase de la incertidumbre—. Parte de la seducción consistió en fingir que los dos éramos agentes secretos, era como un juego de disfraces. Le gustaban las esposas, si entiendes a lo que me refiero.

—Sí, pueden ser divertidas con la persona adecuada. —Si pensaba que iba a escandalizarme, no había prestado atención. Sin embargo, Eugene tosió y levantó el vaso de agua, así que eso podría haber ido dirigido a nuestro inmaculado líder—. Quizá recuerdes que, en la carta que me robaste, mi difunto marido mencionaba un

látigo de nueve colas; es de visón.

Eugene echó el agua por la nariz. Curt se quedó con la boca abierta y se puso rojo. De verdad que nunca entenderé por qué los hombres, que parecen pasarse la mayor parte de su vida pensando en el sexo, se vuelven locos cada vez que una mujer lo menciona.

Ignoré cómo Eugene se limpiaba la barbilla y la nariz con la manga y continué sin dejar de mirar a Curt.

—El problema que veo es que Birgit ya nos contó lo de la aventura, así que sacar a relucir que «pensaba que era un juego» habría sido lo más natural para usarlo como defensa.

Curt negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—No sé qué decirte.

—De acuerdo. —Me volví hacia Eugene, que no parecía mucho menos cansado—. Ya he terminado. ¿Se te ocurre alguna otra pregunta?

Frunció los labios y observó al desgraciado.

—No.

—Vámonos. —Me levanté y la habitación giró a mi alrededor. No es bueno que tenga suficiente experiencia en casi desmayos como para saber cómo controlarlos. Los bordes de la habitación se cubrieron de ceniza oscura por un momento y luego todo se estabilizó. Me metí el portapapeles bajo el brazo y me di la vuelta con mucho cuidado para salir de allí.

Cuando llegamos al vestíbulo, Eugene cerró la puerta tras nosotros y dio instrucciones al astronauta de guardia. Esperé, con una mano apoyada en el túnel, hasta que se unió a mí.

—¿Qué opinas de…? ¿Estás bien?

—Mareada. —Me sentí muy orgullosa de mí misma por no haberle mentido—. Necesito comer algo.

Inhaló con un asentimiento y miró hacia el pasillo.

—¿Vamos a la sala de descanso? ¿Te traigo una bandeja?

—Gracias. —Me enderecé con suficiente firmeza para subir las escaleras y me sentí agradecida de no tener que enfrentarme ni siquiera a la pequeña multitud nocturna de la cafetería.

—¿Algo que te resulte apetitoso?

—¿Una ensalada César y un filete poco hecho? —Había querido que fuera una broma, ya que ninguna de las dos cosas estaba disponible en la Luna, pero se me hizo presente la imagen de Kenneth al batir las yemas de huevo en un cuenco. Me mordí el interior de la mejilla y me aclaré la garganta—. Perdona, Kenneth siempre… Aquí, los melocotones suelen irme bien. El requesón, a veces.

Eugene asintió como si estuviéramos en un restaurante normal y yo hiciera un pedido de lo más mundano.

—Recibido. Iré corriendo y… O mejor, usaré la tecnología y le pediré a alguien por el intercomunicador que nos traiga comida a los dos.

—Me alegra que los dos seamos brillantes. —Le sonreí mientras nos dirigíamos a las escaleras de la sala—. En respuesta a tu otra pregunta, Curt se ha pasado la mayor parte del tiempo soltando información falsa mezclada con toques de verdad para que comprobáramos cada una de sus afirmaciones.

Eugene hizo una pausa para dejarme pasar delante en las escaleras.

—¿Sabes dónde están las bombas?

—Ah, sí. —Subí a los escalones—. Siguen en la lanzadera. Los *jet pack* no sirven para llevar una carga, por eso no volvimos a usarlos después del viaje de prueba. Son inestables. Las huellas que Myrtle y Halim encontraron son suyas. Cargó con el *jet pack*, se dio cuenta del problema y después lo descargó. La longitud de la zancada es diferente porque estaba cansado o tenía los primeros signos de debilidad en las piernas por la polio.

—Ajá. ¿Y cuando Fourie salió después de que se levantara la cuarentena?

—Para recuperar los esquís. Curt quiere que pensemos que ha plantado una bomba en la colonia principal, por lo que quiere que pensemos que Fourie lo ayudó a descargar la lanzadera. Hay tres problemas con eso. Uno, encontramos el detonador de la colonia principal. Dos, la mencionada dificultad con el *jet pack*. Tres, a pesar de los esfuerzos de Curt por confundirnos, los registros nos dan una

verificación independiente de que Fourie fuera al puesto de avanzada de El Jardín, no a Marius Hills. —No recordaba que la escalera fuera tan larga—. Además, Curt no nos ha presionado para que lo traslademos a otro lugar; no le preocupa que le pase nada a la colonia principal.

—Solo para tenerlo claro. Hay una bomba en la lanzadera que está en el tubo de lava que Myrtle y Halim pretenden explorar en… ¿cuatro horas?

—Sí. Diles que no entren. —Por fin entré en la sala y entrecerré los ojos ante las largas sombras del amanecer lunar. La brillante luz del sol, incluso con el cristal polarizado, era una nota discordante con las primeras horas de la mañana—. Tendremos que hacer que… No sé. Enviar a Mavis y su equipo a desactivarla.

—¿No está dentro de tus habilidades?

Resoplé y me dejé caer en una silla.

—Era espía, no bombardera. —El agotamiento amenazaba con arrastrarme a un pozo gravitatorio de fatiga—. Ah, y Kenneth no tiene un látigo de visón de nueve colas.

El tiempo presente flotó en el aire.

Eugene abrió la boca e inhaló mientras negaba con la cabeza para terminar bostezando.

—Ya me parecía.

—Era de ante.

Se atragantó con el aire. Era impresionante. Mientras se daba golpes en el pecho, me observó sonreír lentamente. Negó con la cabeza.

—No sabes cuánto me alegro de que nunca hayas jugado al póquer con nosotros.

—En realidad, era de cebra.

Puso los ojos en blanco y se dirigió al interfono.

—Voy a llamar para pedir la comida. Silencio.

Me acomodé en la silla y sentí que empezaba a quedarme dormida, así que me incorporé y me acerqué el portapapeles al regazo. Mientras Eugene hablaba, repasé las notas en busca de otras discrepancias e información que rellenase los huecos en el relato de

Curt. De lo que me había dado cuenta mientras hablaba era de que había estado improvisando a lo loco desde que cayó enfermo. Si Birgit le hubiera descifrado la carta, no me cabía duda de que habría usado el chantaje para que la gente le hiciera el trabajo sucio.

Lo hizo con Birgit y Fourie, pero, en ambos casos, la información de los chantajes la consiguió por sí mismo. Birgit y la aventura. Estaba segura de que era real, aunque no tal como ninguno de los dos la describió. Me había servido de la seducción en la guerra. Él la había atraído para que fuera su cómplice, aunque no creyera en los objetivos de La Tierra Primero. Había atrapado a Philippus Fourie al conseguir que fabricara los esquís y los utilizara. Las dos cosas rompían tantas reglas que Fourie habría sido enviarlo a casa de inmediato si lo hubieran descubierto. A diferencia de Curt, él quería estar en la Luna. Fourie no era inocente, pero tampoco era un peligro.

Se me nublaba la vista mientras intentaba enfocar la página. ¿Dónde narices me había dejado las gafas? Estarían con el registro de comidas. Incliné la cabeza hacia delante, con los ojos caídos. Los abrí de golpe y me enderecé.

Eugene estaba en la silla frente a la mía, con la barbilla apoyada en la mano, y me observaba. No recordaba que se hubiera sentado. Tenía la comisura de la boca húmeda y me la limpié con disimulo, mientras comprobaba si había babeado en el portapapeles.

No lo había hecho. Curiosas las cosas por las que nos sentimos agradecidos. Eugene bajó la mano.

—Cerraste la puerta.

—Sí. —Me senté más recta en la silla y traté de volver a estar alerta—. Necesitaba asustarlo y tenía una gama limitada de amenazas disponibles.

—Deberías haberlo discutido conmigo.

—Lo sé. Pero tienes que reconocer que no desobedecí ninguno de los parámetros establecidos. —También había dicho que no podía entrar con un arma, pero no me había prohibido improvisar una—. En ningún momento fui…

—Eres más lista que eso.

—Venga ya, Eugene. Era una puerta de plástico. Si hubieras tenido que entrar, lo habrías hecho sin problema.

—¿Dices que no te habría dado el tiempo suficiente para matarlo?

—Digo que no habría necesitado ese tiempo. —Probablemente no era cierto. ¿Cuándo tenía veinte años, estaba en activo y era rápida? Sin duda. ¿Con cincuenta años y agotada? ¿Con un brazo roto? ¿Con anorexia? Habría necesitado ese tiempo.

—Eso no me tranquiliza.

—Me dejaste claras las consecuencias. —Levanté la mano mientras inhalaba—. Espera, me molesta que tengas razón en cuanto a mis motivaciones. Mi carrera en la CAI está frita y mis únicos motivos para volver a la Tierra ahora mismo son un gato de veinte años y una gatita que no conozco. Sí. Pero ¿tú? No iba a arriesgarte a ti. Caminé por la línea, pero no iba a cruzarla. Además, Myrtle me habría matado.

Se rio.

—Ya, bueno, me va a matar a mí cuando se entere de que te mandé a hablar con él.

De lo que se enteraría porque él se lo diría. Al igual que yo se lo habría dicho a Kenneth. Tarde y de forma improvisada, como si no fuera gran cosa. Suspiré y cambié de sitio el portapapeles en mi regazo.

—Tenemos que mandar a alguien a comprobar todos los puntos de aterrizaje antiguos.

Eugene frunció el ceño. Había un intervalo de dos años entre el momento en que yo empecé a ir al espacio y cuando él lo hizo. Nunca había venido a la Luna sin satélites. De los que estábamos allí arriba, solo Halim y yo habíamos utilizado los módulos de aterrizaje antiguos.

—Antes de que hubiera satélites de navegación, los módulos de aterrizaje tenían antenas de alta capacidad. —Las misiones posteriores solo las llevaban en el orbitador porque los satélites proporcionaban la cobertura.

Se incorporó hacia delante, con los ojos muy abiertos.

—¿Podríamos usarlas para contactar con la Tierra?

—¿Sí, tal vez? Dependerá de si alguien tiene los medios para escucharnos, pero… —Negué con la cabeza, antes de permitirme distraerme—. Si falta alguna, entonces la amenaza de Curt sobre la señal remota desde la Tierra podría no ser un farol. Y tal vez no necesiten esperar a la CAI para restablecer el contacto.

Eugene me miró mientras el estupor le cubría los rasgos, después abrió mucho los ojos con horror y tensó la mandíbula con rabia.

—Debería haber dejado que lo mataras.

—A lo mejor nos sirve de algo más adelante. —Giré mi escayola todo lo que pude y la toqueteé—. Pero tengo otra sugerencia que no te va a gustar.

Negó con la cabeza.

—No es momento para juegos.

—Después de comer. —Lo dije en voz alta para recordarme que no podía saltarme otra comida—. Dile a Ana Teresa que me quite la escayola. Halim y yo somos las únicas personas en todo este diminuto mundo que sabemos usar esos módulos de aterrizaje.

El problema de mi brillante propuesta era que había que esperar a que Myrtle y Halim volvieran. En concreto, esperar a que Halim volviera no era un problema, me daba la oportunidad de descansar y comer algo. Eugene envió a Mavis y su equipo al tubo de lava de El Jardín y Ana Teresa, con muchos gruñidos, me quitó la escayola. Todo estaba bien.

El problema fue que Myrtle volvió con Halim y estaba… disgustada.

Halim y yo nos quedamos en la sala de conferencias y tratamos de fingir que Myrtle y Eugene no acababan de salir fuera para discutir.

Estaban en el despacho de al lado y de vez en cuando las voces vibraba por el pasillo.

—Cómo la dejaste…

Me aclaré la garganta y empujé con el tenedor los tallos de diente de león hervidos de la bandeja. Tenía el brazo izquierdo esquelético y, al agarrar el tenedor, me dolía la base del pulgar por el esfuerzo.

La bandeja contenía la segunda comida del día y había querido asegurarme de que Myrtle me viera comer. Había dos problemas: le estaba gritando a Eugene y nada de lo que había en la bandeja tenía buen aspecto.

Abandoné el tenedor y tomé un cubo de queso cheddar de color naranja brillante con la mano derecha para hacerlo rodar entre los dedos como un dado. Se les había acabado el requesón y esta era la opción más cercana.

—He pensado en empezar por los puntos de aterrizaje más cercanos a El Jardín y Marius Hills antes de pasar a los que están cerca de la colonia principal.

—Crees que quería… —se oyó a Eugene.

Halim se detuvo con un trozo de pastel de chocolate a medio camino de la boca. Las marcas de los auriculares y el micrófono habían desaparecido en su mayor parte, pero todavía tenía el pelo hecho un desastre.

—Es más eficiente dividirnos, enviarnos a cada uno con una lanzadera cargada de ingenieros capaces de desmantelar con seguridad lo que sea que encontremos.

—Buena idea. —El queso me dejó unos residuos grasos en las puntas de los dedos—. Aunque no estoy seguro de cuánta gente tenemos que sepa de verdad cómo desactivar cosas. Tal vez tengamos que esperar a que el equipo de Mavis vuelva de…

La puerta de la sala de conferencias se abrió. Myrtle entró y me miró mientras negaba con la cabeza.

—Pilotos.

Halim miró la puerta vacía.

—¿Dónde está Eugene?

Myrtle enderezó la pila de mapas de la mesa y los alineó con el borde en una geometría perfecta.

—Si haces que lo despidan… En fin, solo espero que Dios me

perdone.

—Solo es un paseo lunar. —Dejé el queso en la bandeja y me limpié los dedos en la servilleta—. No voy a hacer nada para lo que no estemos preparados.

—¿Sabes lo que dirán las noticias si mueres ahí fuera?

—Sí. —Volví a coger el queso porque lo último que me hacía falta era que me viera sin comer—. La mayor parte de mi vida adulta me han juzgado por lo que dicen de mí en las noticias. Gracias a Dios, no tenemos que preocuparnos porque Halim salga en la prensa.

Myrtle dio un respingo.

—Sabes que es distinto.

Era la viuda de un político muy querido. Era blanca. Era una mujer. Si Halim muriera tratando de desactivar una bomba, sería un héroe; yo solo sería una tragedia. Una tragedia sin sentido y la culpa recaería en Eugene. Partí el cubo de queso por la mitad.

—Créeme, he considerado la posibilidad de ir sin autorización para que no le explotara en la cara.

Halim puso cara de horror ante la sugerencia de hacer un paseo lunar en solitario. Myrtle solo parecía triste.

—Me estoy esforzando por no cometer ninguna estupidez. —Me metí el trozo de queso en la boca. Tenía suficiente ácido láctico como para hacerme salivar—. Pero sé que mi juicio está… comprometido. Por eso lo he sugerido, para que solucionemos el problema juntos.

Myrtle apoyó la cara en las manos, con los codos sobre la mesa.

—Ha ido a hablar con los jefes de departamento. Que Dios nos ayude, pero vamos a hacerlo.

Halim y yo intercambiamos miradas. Lo único que me dio tiempo a hacer fue contarles la idea antes de que Myrtle sacara a Eugene de la habitación. La idea de Halim de dividirnos aún no se había planteado al grupo.

—¿Vamos?

Bajó los brazos y me miró.

—No creas ni por un segundo que te voy a dejar salir sin alguien

que te conozca bien.

Me gustaría olvidar el miedo concreto que mi amiga cargaba en el corazón. Myrtle no tenía miedo de que hiciera mal el trabajo o de que me equivocara en la superficie de la Luna.

Tenía miedo porque había presenciado mis intentos de conseguir un mínimo de control sobre mi vida y los veía como intentos de autodestruirme. Temía que no me preocupara lo suficiente como para tener cuidado, temía los riesgos que correría.

Tenía miedo de que no me importara si el traje se me rompía y me quedaba sin aire.

CAPÍTULO 51

Diario de misión de la lanzadera 2, por exrravehicular 1 Myrtle Lindholm, el 2 de junio de 1963, a las 06:00 — Comprobación de trajes completada. Todas las unidades de movilidad extravehicular funcionan correctamente. Los trajes tienen una duración de ocho horas de consumibles, por lo que he asignado para cada destino un máximo de cuatro horas con una recarga entre ellos. El límite global de retroceso está fijado en catorce horas.

Mi respiración sonaba fuerte dentro del casco mientras esperaba en la esclusa de la lanzadera a que el aire terminara de salir. Myrtle estaba pegada a mi hombro izquierdo y les hizo un gesto a los tres ingenieros que esperaban en la cabina principal de la lanzadera a que evaluáramos el lugar. Mavis, Eunice y Yung-Chiu, que también estaba calificado como piloto. Por si acaso.

Estábamos bastante seguros de que, si Curt no había intentado un farol, la antena que estaba usando estaría en uno de los puntos de aterrizaje cerca del puesto de avanzada de Marius Hills. Eugene envió a Halim allí. Sin embargo, si nos equivocábamos y nos pasaba algo a Myrtle o a mí, los ingenieros tendrían una manera de volver a casa.

Myrtle comprobó el indicador de la escotilla exterior. Llevaba las rayas rojas de extravehicular 1 y estaba al mando de la misión, me parecía bien. Mi función consistía en examinar el módulo de

aterrizaje, asegurarme de que no había nada fuera de lo normal y pasar al siguiente punto.

Los auriculares me presionaban las orejas y la mejilla. La voz de Myrtle crepito por el pequeño altavoz…

—La presión de la esclusa está bajando a cero. Verifica los circuitos del traje 36 a 43.

Usé el espejo de la muñeca para comprobar los ajustes del traje.

—Verificado.

—Presión FIPGA por encima de 4,5. Bien. 4,7 y bajando. Lista para abrir la escotilla cuando lleguemos a cero. —La espera hasta que la aguja se desplazada la última fracción siempre se hacía insoportablemente larga—. Vamos allá, 0,1. Voy a abrir la escotilla.

El mínimo de atmósfera restante evacuó la esclusa, en forma de una breve niebla, y desapareció antes de que la escotilla se abriera por completo. Myrtle bajó los tres peldaños de la lanzadera hasta la superficie de la Luna. Su sombra se extendía larga y oscura por las crestas de los cráteres que poblaban el suelo del Mare Crisium.

Bajé por ella mientras me peleaba con las rígidas piernas presurizadas del traje espacial. El polvo se esparcía alrededor de mis pies y caía hacia atrás en arcos de trayectoria perfectos e inalterados por el aire. El módulo de aterrizaje estaba a solo diez metros de distancia, entero en dorado y plateado, excepto por las marcas de quemaduras donde habíamos separado el módulo de ascenso para lanzarlo de vuelta a la órbita.

Myrtle nos había colocado de manera que el sol quedase a nuestra derecha; así no teníamos que caminar con la luz de cara ni a la ida ni a la vuelta. Sobre nosotras, el cielo era negro como el terciopelo.

—¿Ves algo fuera de lugar?

—Negativo. —Las pisadas rodeaban el módulo y marcaban los lugares por los que habíamos caminado para montar experimentos o recoger muestras. ¿Había huellas nuevas? Era imposible saberlo. Sin viento ni clima, las huellas que se dejaron hace años estaban tan frescas como las de ese día—. Echemos un vistazo más de cerca.

—Recibido. —Myrtle se volvió hacia el módulo y caminó hacia

él.

Me incliné un poco hacia delante en el traje para contrarrestar el sistema personal de soporte vital que llevaba a la espalda.

El SPSV tenía treinta y ocho kilos de masa y, aunque en la Luna solo pesara seis, seguía siendo un porcentaje importante de mi masa. A pesar de todo, me sentía bien en el exterior.

Sí, era mi propia nave espacial con forma de persona, pero no había paredes. Solo el arco negro del cielo como fondo de los tonos tostados, grises y blancos del paisaje lunar. Capté un destello verde a la izquierda y mi cerebro pensó de inmediato en cuando había perforado el «basalto olivino» en las primeras misiones.

De cerca, la nave estaba salpicada de impactos de micrometeoritos. Cada uno había levantado una pequeña cresta de cuchillas alrededor de los puntos de impacto.

Myrtle se paró frente a la escalera.

—No me gusta la idea de escalar eso.

Los trajes tenían veintiuna capas, cada una diseñada para mantenernos seguros de una manera diferente. En teoría, podían detener una bala de 8 milímetros. Sin embargo, los guantes eran más vulnerables porque tenían que ser flexibles. Eran resistentes a los pinchazos, pero solo estábamos en la primera parada. Pasar un día entero tocando pequeños cuchillos con los guantes no me hacía gracia.

—Ya… —Miré alrededor en el lugar de aterrizaje—. Espera.

—¿Qué piensas?

—Dejamos un montón de basura atrás. —Mis pies lanzaron la primera queja leve cuando me acerqué a la pila de bolsas blancas junto a la pata del módulo de aterrizaje. Tuve que rebotar un poco para bajar con la fuerza suficiente para doblar las rodillas del traje. Abrí la primera bolsa y saqué uno de los paquetes de plástico que había dentro.

—¿Hablas en serio? —Myrtle se me acercó por detrás.

—Tan en serio como un pañal sucio. —Sostenía en la mano derecha una bolsa de contención fecal medio congelada, llena de zurullos marrones espaciales triturados. La apoyé en el suelo para

que se descongelara a la luz del sol—. Las bolsas son resistentes y necesitamos algo que se adapte alrededor de los peldaños.

El suspiro de Myrtle se escuchó por el sistema de comunicaciones.

—Pensaba que me había librado de esto cuando los chicos dejaron de usar pañales.

—Oye, está dentro del plástico. Alégrate de haberte unido al programa después de que construyeran los retretes de gravedad cero. —Puse otra bolsa en el suelo—. Pegarse una bolsa al culo es tan agradable como suena.

Se rio.

—Me han contado historias de terror.

Sonreí a través del casco.

—Aquí va una divertida. Durante la formación, cierto astronauta al que ambas conocemos no se tomó en serio la sugerencia de afeitarse las partes pudendas. Cuando llegó el momento de quitar la cinta… No estaba en la habitación, pero escuché los gritos. Es uno de mis recuerdos más preciados.

Myrtle casi se dobló de risa y tuvo que tambalearse para recuperar el equilibrio.

—Tienes que decirme quién.

Me llevé la mano izquierda al pecho y levanté la derecha en un saludo de *Girl Scout*.

—Prometí que no lo haría.

—La tentación de mirar con quién hiciste la formación es muy fuerte.

Pinché con el dedo la primera de las bolsas para ver si los rayos del sol la habían ablandado lo suficiente como para usarla.

—Tiene suerte de que no pasara en ruta o estaría en las transcripciones.

—No me hagas reír más. No puedo limpiarme los ojos.

—Vale, entonces no te cuento lo de Terrazas y los «bombones» flotantes.

—No.

—Eso sí está en una transcripción. —Suspiré y miré hacia arriba

para intentar divisar Marte entre los millones de estrellas que había en lo alto—. ¿Cómo crees que les va ahí fuera?

Se volvió para dar la espalda al sol y miró el vasto espacio que nos separaba de la primera expedición a Marte.

—Lo último que supimos es que estaban bien. Han pasado una semana sin contacto, así que tal vez todavía estén intentando encontrar y solucionar problemas internos en las naves.

Apreté los labios. Sin la red de seguimiento del espacio exterior, la primera expedición a Marte estaría demasiado lejos para captar ninguna señal de casa. Ni siquiera tenían la opción que teníamos nosotros de enviar una nave a la Tierra.

—Nathaniel se estará volviendo loco. —Si es que la gente de la CAI estaba bien. Pinché la bolsa de plástico y el guante la hundió un poco—. La caca está caliente.

Myrtle se agachó para recoger un par.

—¡Manos a la mierda!

—¡Esa boca! —Me reí, aun consciente de que intentaba evitar que me pusiera melancólica. Por desgracia, sé por experiencia que decirle a alguien que no corres peligro de suicidarte sirve de muy poco en el contexto de un comportamiento como el mío.

Así que cargué las bolsas calientes de caca espacial al módulo de aterrizaje y las moldeé alrededor de los peldaños. Era como arcilla. Arcilla caliente y muy marrón. Las pequeñas abrasiones en la superficie daban tracción a las bolsas y evité pensar en que empezarían a filtrarse a través de las diminutas perforaciones.

Me agarré a un peldaño envuelto en caca. La bolsa cedió un poco más de lo que me hubiera gustado.

—¿Me sujetas?

—Te tengo. —Las manos de Myrtle equilibraron la masa de mi SPSV mientras me izaba. Con la mano izquierda apenas podía agarrar los travesaños, pero sirvió para subir los nueve escalones hasta el «porche» de la etapa de descenso.

El módulo de aterrizaje parecía sólido, pero en realidad no era más que un montón de piezas de motor y tubos envueltos en papel de aluminio. Perdón, envueltos en Kapton. Aun así. Tenías que

saber exactamente dónde pisar o atravesarías la lámina de oro y llegarías a una de las zonas «prohibidas». El peligro no era que dañaras el motor, sino que te rasgaras el traje.

Saber dónde pisar era la razón por la que estaba allí.

Me até a la barandilla del «porche» y me balanceé con mucho cuidado sobre la viga de soporte mientras me inclinaba sobre el compartimento del cuadrante 1. Cuando estuvimos allí, el modulo de mando de la etapa de ascenso estaba fijado al módulo de aterrizaje para proporcionar asideros. Sin él, el proceso era incómodo y doloroso. No había ningún escenario en el que una persona necesitara interactuar con esta parte de la nave sin el módulo lunar en su sitio.

Si hubiera ocurrido en una misión, significaría que se había abandonado a alguien en la superficie de la Luna. Un supuesto improbable demasiado cercano a la situación actual.

Cuando conseguí abrir el compartimento, la antena de alta capacidad seguía en el mismo sitio con los precintos de la CAI.

—Está aquí. —Me agaché para empezar a desplegarla, para que los ingenieros la desacoplaran del módulo de aterrizaje.

—Extravehicular 2 a lanzadera.

La voz de Mavis se unió a mí en la superficie de la Luna.

—Adelante, extravehicular 2.

—La antena está aquí. Estaré lista para que tu equipo la desinstale en unos cuarenta y cinco minutos.

—Recibido, extravehicular 2. Nos pondremos los trajes y nos reuniremos contigo.

De los dos problemas a los que nos enfrentábamos, ese era el más sencillo. Llevaríamos todas las antenas a la colonia principal y dejaríamos que los ingenieros hicieran su magia.

Para el segundo problema, solo sabíamos que Curt no había estado en ese módulo de aterrizaje en particular. Uno despejado, quedaban cinco.

Después del tercer lugar de aterrizaje, volvimos a pasar por la

escotilla de la lanzadera y dejamos que la esclusa alcanzara una presión parcial. Los ventiladores se encendieron y succionaron el aire y el polvo lunar al vacío. Después, circularon de verdad. Me dolían los pies y la mano izquierda de pelearme con el traje durante horas.

Myrtle me miró.

—¿Paramos a comer después de esto?

No estaba en el programa hasta después del cuarto aterrizaje.

—Claro, me parece bien.

Apagó el micrófono y se inclinó hacia mí, presionando el casco contra el mío. Suspiré y también apagué el micrófono.

La cara de Myrtle estaba iluminada parcialmente por el reflejo del sol en la superficie lunar.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Le sonreí con buen humor, pero agotada—. Aunque estoy cansada de tanta mierda.

—Hablo en serio.

Mantuve el rostro plano y neutro, porque supuse que se lo creería.

—Hay un papel que dice que el jefe del gobierno apoya a La Tierra Primero. No dejo de pensar en ello. Así que, para nuestros propósitos actuales, estoy bien. Tengo razones para estar concentrada y un problema que solucionar. —Recuperé lo suficiente de una sonrisa para suavizar la expresión—. Y no me resistiré a una pausa adelantada para comer porque, de verdad, que estoy cansada de tanta mierda.

En la quinta ubicación había un *rover*. Tenía una antena de alta capacidad desplegada en un poste como una sombrilla dorada del revés que se había usado para transmitir imágenes del lugar de trabajo a la Tierra, así que había que comprobar dos: la del *rover* y la de la etapa de descenso. No había sido una de mis misiones, pero era fácil ver que el *rover* no se había movido, porque las bolsas de caca estaban apiladas junto a una de las ruedas.

Nos habíamos alejado lo suficiente hacia el este como para que la tierra que pisábamos llevara un par de días bajo la luz del sol. Sentía el calor que irradiaba la superficie cuando me arrodillé.

—Al menos no tendremos que esperar a que se descongelen las bolsas.

—Trato de darle las gracias a Dios por las pequeñas bendiciones, pero esta no… Ni siquiera sé cómo formar la oración.

Le entregué un par de bolsas que le cayeron en la mano.

—Santo Padre, gracias por esta mi…

—No te atrevas.

—Eres tú la que se ha puesto a hablar de caca y rezar. —Recogí las bolsas de excrementos y me desequilibré un poco al levantarme. Troté al estilo lunar para volver a poner los pies en su sitio. Es divertido; caes lo bastante despacio para que, si empiezas a correr, vuelves a colocar los pies debajo del cuerpo. Casi siempre.

El impulso me lanzó contra el *rover* y dejé caer una bolsa en el asiento del conductor.

—¿Estás bien?

—Sí. —Recogí la bolsa y me detuve. En el asiento, debajo de la bolsa, había un papel con la distintiva letra de Stetson Parker. No era nada importante, solo una lista de comprobación que había dejado allí cuando terminaron en el sitio.

—Si yo fuera Curt, habría usado la antena del *rover*.

Myrtle asintió.

—Claro, es más seguro acceder a ella.

Levanté el papel.

—No creo que haya estado aquí.

Si hubiera estado, el papel no seguiría en el asiento del conductor. No era sorprendente, con cada parada nos alejábamos más de la colonia o de cualquiera de los puestos de avanzada. Halim se ocupaba de los que estaban cerca de El Jardín y de Marius Hills porque todos seguían en la oscuridad. Hacer un paseo nocturno por la luna era más arriesgado y sabía que me convenía no discutir con Eugene.

Lo más probable era que Halim ya hubiera encontrado el

módulo de aterrizaje que Curt había visitado. Sin los satélites de comunicaciones, no tendríamos noticias de la colonia hasta que volviéramos a entrar en su línea de visión.

Tenía muchas ganas de frotarme el dolor entre los ojos, pero un casco se interponía en mi camino.

—Es muy tentador saltarse la revisión del módulo de aterrizaje y pasar al siguiente sitio, pero… —dijo Myrtle.

—Ya. —Lo comprobaríamos de todos modos porque saltarse pasos era como la gente moría en el espacio.

Frunció el ceño y giró una de las bolsas.

—¿Por qué la caca de Parker es azul?

—Demasiado desinfectante. —Moví las bolsas, sin dejar de mirar la nota del asiento. Me volví para dirigir la vista hacia arriba, donde la Tierra giraba despacio sobre nosotras. Estaba en el último cuarto, así que solo una porción de azul y blanco brillante flotaba en el cielo. Hablo de los colores que se distinguen en la superficie de la Luna, pero que se desvanecen hasta convertirse en monocromos cuando miras de frente a la Tierra. Unas nubes blancas enmascaraban la mayoría de la superficie, así que no estaba segura de a quién teníamos enfrente en ese momento.

Miré el reloj. Eran casi las siete de la tarde, hora central, así que Kansas estaría entrando en la curvada sombra de la noche.

—Voy a… Me gustaría probar la radio.

Myrtle me miró a mí y al *rover*. Frunció los labios y esperé. El trato que había hecho con ella y con Eugene era que seguiría las instrucciones y no presionaría. Quería hacerlo, pero, si me equivocaba, no sería yo quien tuviera que afrontar las consecuencias.

—¿Por qué?

Señalé el panel solar y el sol.

—Debe de tener una carga completa. Ahora mismo, Brasil y Kansas están orientados hacia la Luna. Aunque es poco probable que lo consiga, existe la posibilidad de que alguien haya puesto en marcha una vieja estación de seguimiento. Lo peor que puede pasar es que la estática me inunde los oídos.

Técnicamente, lo peor que podía pasar era que un

micrometeorito hubiera golpeado algo vital justo en el ángulo equivocado y el vehículo provocara un cortocircuito. Pero mi madre había sobrevivido a tres rayos y el traje era aislante.

—¿Cuánto tardarías?

No podía encogerme de hombros con el traje, así que agité la mano derecha.

—Cinco minutos para encenderla y diez para comprobar un par de bandas.

—De acuerdo. —Myrtle levantó el espejo de muñeca para comprobar los indicadores del pecho de su traje—. Vale, tenemos seis horas de consumibles, es más que suficiente para terminar aquí. Los repondremos en los almacenes de la lanzadera para el siguiente sitio y seguir dentro de nuestros límites de retroceso. Adelante.

Sonreí y me subí al vehículo.

Solo quieres no tener que tocar más heces.

—Por esa razón le dije a Eugene que no íbamos a tener más hijos. —Apoyó una mano en el *rover*—. ¿Te ayudo con algo?

Negué con la cabeza, antes de darme cuenta de que el traje estaba en el ángulo equivocado para que me viera.

—No. Pero no toques el vehículo en caso de que me equivoque y haya un cortocircuito. —Esperé a que retirara la mano y accioné el interruptor de encendido.

El panel de instrumentos se iluminó como si se hubiera apagado el día anterior. Todavía estaba sintonizado con la frecuencia de los trajes y nos llegó un zumbido a través de nuestras comunicaciones mientras los tubos se calentaban.

Myrtle silbó.

—La CAI sí que sabe hacer…

—Brasil. Cambio. Arte… —La estática zumbó, pero la voz humana seguía allí—. Artemisa. Brasil. Cambio.

Me atraganté. Los días de miedo y dolor me obstruyeron la garganta. Tragué, con los ojos enrojecidos.

—Brasil, aquí Base Artemisa. Te recibimos. Entrecortado, pero firme. Cambio.

—Gracias a… Al habla Cristian… —Con la estática, apenas

reconocí la voz de Cristiano Zambrano en el puesto de enlace de comunicaciones—. La sala está llena de ingeni… Todos acaban de desmayarse detrás de mí. Dios… Me alegro de oíros.

—Aquí Nicole Wargin. Me acompaña Myrtle Lindholm. —Extendí mi mano y ella la tomó. Sentí cómo las oraciones se filtraban desde su traje—. Estamos en el *rover* del Artemisa 14. Repito. El *rover* del Artemisa 14. Cambio.

—Recibido… temisa 14. ¿Cuál es el… de la colonia? Cambio.

—Bien, estamos bien aquí arriba. Todos los sistemas funcionan. —No era del todo exacto. Dar prioridad a la información, dado el carácter irregular de la conexión, era difícil—. Dile a Clemons que hemos atrapado al saboteador y que estamos solucionando sus últimos desperfectos. ¿Cuál es la situación allí abajo? Cambio.

La estática era lo bastante mala como para temer que los hubiéramos perdido.

—Incendios. El director Cle… reubicó las operaciones en Brasil mientras… La ONU ha enviado más… para ofrecer ayuda. Hemos perdido a mucha gente buena… Cambió.

Quería más detalles, quería una lista de a quiénes habíamos perdido… Perdido no era la palabra correcta; quería saber a quiénes nos habían arrebatado.

Sin embargo, era una pregunta para más adelante. Por el momento, habíamos establecido contacto con casa y teníamos un problema que solucionar. Éramos la CAI y eso era lo que hacíamos.

CAPÍTULO 52

LA COLONIA LUNAR ESTÁ A SALVO

Chicago, Illinois, 2 de junio de 1963 — El mundo se ha regocijado hoy al recibir noticias de la Base Artemisa de la Luna y saber que todo va bien en ese lejano enclave de la humanidad. Ya se había detectado un mensaje anterior mediante código morse desde los telescopios de Hawái, pero la Coalición Aeroespacial Internacional carecía de los medios para responder tras los actos terroristas de La Tierra Primero de hace dos semanas. El contacto se ha restablecido gracias a la señora de Kenneth T. Wargin, viuda del difunto gobernador, que consiguió reactivar un antiguo sistema de radio que se había quedado en la superficie desde los primeros días en que la humanidad pisó la Luna. La señora Wargin ha informado de que los ciudadanos de la Luna «están todos a salvo aquí arriba y seguirán trabajando hasta que la CAI esté lista para que volvamos a casa».

Myrtle fijó una trayectoria alta y rápida para llevarnos por encima de la curva del horizonte y entrar en contacto por radio con la Base Artemisa lo antes posible. Era un infierno para el consumo de combustible, pero no era una prioridad en aquel momento. Llevábamos fuera muchas más horas de las previstas para el regreso. Enviar un informe con Yung-Chiu en la lanzadera nos habría dejado sin salvavidas si algo salía mal, así que ni siquiera nos lo

planteamos. Solo volábamos, rápido y alto.

—Lanzadera 2 a Base Artemisa. Cambio. —Sujetaba el micrófono con la mano derecha. No podía cerrar la izquierda de lo agotada que me habían dejado los guantes—. Lanzadera 2 a Base Artemisa. Cambio.

Miré por las ventanas de la lanzadera mientras el paisaje lunar se extendía a nuestros pies. Una combinación de sombras nítidas y cráteres ondulantes.

Incluso con la mano izquierda en ese estado, estuve a punto de pedir que me dejasen pilotar mientras la nave solo necesitara el mando de la derecha, porque me costaba imaginar un futuro en el que me permitieran volver a la Luna como piloto. Pero no lo pedí.

—Lanzadera 2 a Base Artemisa. Cambio.

—Base Artemisa a Lanzadera 2. Os recibimos alto y claro. —Helen respondió desde el puesto de enlace de comunicaciones—. Permitidme que os diga que nos habéis preocupado un poquito.

—Lo sentimos. Todas las ubicaciones estaban correctas, sin signos de la presencia de Frye. —Imaginé a Eugene de pie junto a la mesa mientras nuestra hora de regreso programada se alejaba—. Hazle saber al administrador en funciones que estamos bien.

Se aclaró la garganta.

—El administrador en funciones quiere que sepas que Halim encontró una bomba, la desactivó y aun así os ha adelantado por cuatro horas. Aunque él ha usado otras palabras.

Myrtle me miró. Tal vez Eugene se mantuviera al margen de las comunicaciones, pero escuchaba cada palabra que decíamos. Ella llevaba el timón, así que continué hablando con Helen.

—Superamos nuestro límite de retroceso porque conseguimos encender uno de los *rovers*. Hemos establecido contacto con la Tierra.

—Eso es… Es una buena noticia. —Un potente eco respaldó sus palabras y tardé un segundo en darme cuenta de que era el ruido de todas las personas del Control de Superficie Lunar. La voz de Helen volvió a sonar, nivelada y tranquila—. Estamos deseando escuchar los detalles cuando regreséis. Atracad en el muelle uno.

—Recibido. —Parecía otro día más en la oficina.

Tras abrir la escotilla en la Base Artemisa, Eugene le dejó tiempo a Myrtle para salir de la esclusa. Le quitó el casco y los guantes de las manos y se los pasó a un técnico. Me miró.

—Wargin, buen trabajo. Come algo y luego preséntate en la sala de conferencias a las veinte cero cero para un informe completo.

—Sí, se…

Para Eugene, el resto de la colonia lunar había dejado de existir. Tiró de Myrtle hacia un lado y la sumergió en un profundo beso, con traje espacial y todo. Había que admirar la fuerza del hombre, incluso en una gravedad de 1,6.

Les dejé un mínimo de privacidad y aparté la mirada hacia otro lado mientras salía de la lanzadera. Cuando Mavis y los otros ingenieros salieron, me dirigí a ellos para desviar su atención de Myrtle y Eugene.

—Buen trabajo ahí fuera.

Mavis se encogió de hombros.

—Solo hemos desacoplado unas conexiones. —Miró por encima del hombro y frunció el ceño—. ¿Necesitan ayuda con el equipo?

Eugene y Myrtle entraban de nuevo en la lanzadera.

Él tenía la mano en la escotilla y la estaba cerrando.

Agarré a Mavis del brazo y la dirigí hacia la sala de equipamiento.

—No. —Sonreí con una punzada de celos y me alejé de allí—. Es una sesión informativa privada.

Un momento de confusión le cruzó el rostro y después esbozó una sonrisa deslumbrante como el sol al despuntar por el horizonte de la Luna. Me guiñó un ojo.

—Entendido.

Las lanzaderas tenían muchas cualidades maravillosas. Una de ellas era que estaban insonorizadas.

Encontré a Helen esperando junto a la puerta de la sala de equipamiento. Tenía las cutículas de los pulgares en carne viva. Dejé

a Mavis y me acerqué a ella.

Señaló la sala de equipamiento.

—Perdóname por esto, pero cuando termines, debo ir a la cafetería contigo.

—Recibido.

Estaba sudada y dolorida, y tenía más ganas de ducharme que de comer, pero nada de eso importaba en ese momento. Sujeté el casco y los guantes con la mano derecha y apoyé la izquierda en el hombro de Helen.

—Reynard está en Brasil. Está bien.

Al oír el nombre de su marido, la cara de Helen se contorsionó. Se llevó las manos a la boca. La abracé con un solo brazo con cuidado de no magullarla con los controles y acopladores del traje.

Contuvo un sollozo y, negando con la cabeza, dio un paso atrás.

—¿Después?

Lo entendí bien. Además, no conocíamos el estado de todos en la CAI de Kansas City. Mavis y su equipo habían conseguido aumentar la señal con un poco de magia eléctrica, pero conseguir una lista completa de los heridos o muertos no había sido la máxima prioridad.

Sin embargo, algunos sí los sabía.

Entré en la sala de equipamiento y me dirigí a Fiorina. Se volvió cuando me acerqué y lo supo. Todos ponemos la misma cara cuando alguien muere.

Sabía que su marido había muerto.

Helen me acompañó a la cafetería y, de camino, empecé a ponerme la armadura de mi cara pública. Se había corrido la voz de que habíamos restablecido el contacto con la Tierra y la gente se movía a un ritmo frenético. Se desviaban para darme las gracias y desarrollé una serie de respuestas de memoria que pronunciaba con facilidad.

«Ha sido trabajo en equipo». «Sí, es un alivio». «Me temo que no lo sé. ¿Cómo lo llevas?».

No saber nada era lo peor. Helen trató de hacerme avanzar a

través de los grupos de nuestros compañeros, pero carecía dela práctica para sacarme de aquella situación que tenían los ayudantes de mi marido. Además, sabía cuál era mi cometido allí.

Escuché todas las preguntas. Apreté hombros, compartí risas y temores.

No iba a tener tiempo para comer de verdad y tendría a Helen para confirmar que había intentado llegar a la cafetería. Sin embargo, Eugene me había dado instrucciones. Le había prometido que no me resistiría a ninguna de ellas. Debajo de mi armadura pública de preocupación y esperanza, bullía el resentimiento porque era un trabajo que había que hacer.

La Luna estaba llena de personas vinculadas a Kansas City. Les había dado esperanzas y a la vez había confirmado sus temores. Eran inteligentes. Los que tenían familia y trabajaban en la CAI necesitaban… no que les tranquilizara, sino fuerzas para esperar.

Así que me ocupé de ello. Entre un grupo de personas y el siguiente, me dirigí a Helen.

—Lo siento, ¿me traes una bandeja? Comeré en la sala de conferencias.

Helen, campeona de ajedrez en dos mundos, evaluó la situación y asintió antes de que terminara de hablar.

—¿Requesón, melocotones y tostadas?

—No les queda requesón y el cheddar es espantoso. Así que… ¿otra cosa? Y café. —Me percaté de que otro grupo se acercaba por mi derecha—. Litros de café.

La sala de conferencias estaba abarrotada de jefes de departamento cuando llegué. No lo había previsto cuando le sugerí a Helen que comería durante la sesión informativa. Había supuesto que solo estaría nuestro pequeño grupo, pero, en retrospectiva, Eugene había dicho «informe completo». Acabábamos de restablecer el contacto con la CAI. Por supuesto, Eugene querría que todo el mundo estuviera presente.

Helen levantó la vista desde el extremo más cercano de la mesa

de conferencias y me hizo un gesto para que me acercara al asiento vacío a su lado. Tenía una bandeja delante, que alegría.

Si era capaz de comer en una mesa con el honorable embajador de Francia *satis difficultés*, no iba a permitir que una minucia como una sala llena de ingenieros me detuviera.

—Señora Wargin. —El histérico Godfrey apareció frente a mí—. Quiero disculparme. Me pesa haber despreciado sus preocupaciones, estaba muy equivocado. Gracias por lo que ha hecho hoy.

—Ha sido trabajo en equipo. —Quise mirarlo con asombro por haberse disculpado de veras, pero en lugar de eso sonreí, porque eso era lo había que hacer.

—La señorita Davis y su equipo van a recibir sin duda unas buenas recomendaciones en sus expedientes personales. —Sonrió—. Me alegro de que el *hardware* antiguo haya funcionado.

—Sí, es un alivio.

Se aclaró la garganta y bajó la vista.

—Supongo que no conoce el estado del edificio 7A.

—Me temo que no lo sé. —Era el departamento de ingeniería de Kansas City. La mayoría de sus colegas habrían estado allí—. ¿Cómo lo lleva?

—Bien, gracias. —Me dedicó una sonrisa triste—. Solo quería disculparme.

—Disculpa aceptada.

La puerta se abrió y un Eugene ligeramente jadeante la sostuvo para Myrtle. Su traje de vuelo no estaba abrochado hasta arriba.

Aproveché su llegada para escabullirme y sentarme junto a Helen. En la bandeja había melocotones en conserva, tostadas secas y un cuenco tapado.

—No sé si te gustará, pero es suave y blando. —Helen extendió la mano y levantó la tapa. Dentro había un cuenco de arroz, que parecía un *risotto* líquido, que olía a caldo de pollo y… a algo sabroso—. Se llama *mwei* o también *congee*.

Un momento después, Myrtle se sentó con nosotras. Tenía las sienes perladas de sudor y las mejillas un poco sonrosadas.

—¿Qué tal la sesión informativa? —dije con inocencia.

Se humedeció los labios y reprimió una sonrisa.

—Exhaustiva.

—Me alegra oírlo. —La bandeja estaba en la mesa y la atraje hacia mí. El fondo de la garganta se me cerraba, en parte por saber que Helen y Myrtle me miraban. Las dos procuraban no hacerlo, pero… les importaba. Levanté el cuenco—. ¿Cuchara o tenedor?

—Cuchara. —Helen le pasó a Myrtle un paquete envuelto en papel de aluminio envuelto—. Te he traído un sándwich.

—Bendita seas. —Myrtle abrió el paquete y mordió el sándwich de jamón y queso con un gusto que envidié—. Eugene quiere que seamos el primer punto del orden del día.

—Tomo nota. —Hundí la cuchara en el *tnwei* y lo probé.

Estaba… bueno. La textura era cremosa sin ser pegajosa. Asentí, podría comerlo.

—¿Estarías dispuesta a dar el informe sola? —Levanté las cejas.

—Tú dirigías la misión.

Asintió.

—También soy la esposa del administrador. Creo que sería mejor que me hiciese a un lado.

Conocía ese baile y lo detestaba. Las acusaciones de nepotismo. La creencia de que una avanzaba solo por estar casada con alguien. En mi caso, había sido cierto respecto al ingreso en la CAI. Nunca me habrían admitido si no hubiera estado casada con Kenneth.

Sin embargo, después me había ganado el puesto, ¿no?

—Creo que deberías hacerlo. —Fruncí el ceño hacia la habitación—. Cuanto más te apartes, menos capaz pensará la gente que eres.

Myrtle apretó los labios.

—Lo hemos hablado y es lo que hemos decidido.

—Toda mi vida ha sido así. —Le agarré el brazo—. Por favor, no entierres tu propia ambición…

La puerta se abrió de nuevo y entró Halim con una evidente cojera. No sé quién, pero alguien empezó a aplaudir. Un momento después, toda la sala se le unió. Teniendo en cuenta que había

desactivado una bomba, mientras que lo único que yo había hecho era encender una radio, me pareció justo. Halim trató de acallar los aplausos, pero apenas lo consiguió.

¿Le habían herido? ¿Por qué nadie me había dicho que estaba herido? Me volví hacia Myrtle para ver si ella se había enterado, pero estaba mirando a Eugene. Alguien se levantó y le ofreció la silla de enfrente, que Halim aceptó con agradecimiento. Estaba claro que se había lesionado algo más que la rodilla.

Dejé el cuenco y me incliné hacia él.

—¿Qué te ha pasado?

Halim se encogió de hombros.

—Me atacaron los osos.

—¿El *jet pack*?

—El *jet pack*. Una de las cargas solo era accesible de ese modo. —Se encogió de hombros y se ruborizó—. Nunca entrené para usarlo y debería haber esperado a que volvieras, pero supuse que, si Curt había sido capaz…

Myrtle negó con la cabeza.

—Pilotos.

—La subida fue bien.

—Siempre es así… —Hice una mueca de dolor—. Llevabas peso a la vuelta, ¿no?

—La carga. —Asintió—. ¿Quién diseñó esa cosa?

—Un piloto, no. —Me recosté en mi silla y volví a tomar el cuenco de *mwei*—. Me alegro de que no estés muerto.

Eugene llamó la atención de la sala.

—De acuerdo. Hemos esquivado algunas catástrofes potencialmente meteóricas y ha sido gracias a las personas de esta sala y a los equipos de apoyo con los que trabajáis, aunque todavía tenemos que lidiar con algunos pormenores. Así que empezaremos por el informe del equipo que ha contactado con la Tierra y después procederemos a reajustar los planes para los próximos seis meses. ¿Wargin?

Miré a Myrtle. Si no se movía, me levantaría y cumpliría con mi deber, pero no era lo correcto. Se encogió de hombros y tiró el

sándwich sobre la mesa. De pie, dijo:

—Fui la extravehicular 1 de la misión, así que os explicaré lo que hemos descubierto. La Tierra Primero tenía varias personas dentro de la CAI. En concreto, había alguien en el departamento de informática que envió un código incorrecto que desorbitó los satélites, tanto los de alrededor de la Tierra como los de aquí. Derribaron la red eléctrica en los alrededores de Kansas City y también incendiaron varias instalaciones de almacenamiento de combustible en el campus de la CAI. Los procedimientos de evacuación permitieron que la mayoría de la gente saliera; sin embargo, no todos lo hicieron. —Tragó saliva y puso la cara que ponemos cuando alguien muere—. El número de muertes confirmadas en la CAI es de catorce, con sesenta y tres desaparecidos.

Alguien gimió y, la verdad, me sorprendió que fuera solo una persona.

—Los puertos espaciales de Brasil y Europa están ilesos y la mayoría de las operaciones se están trasladando allí para…

—¿Quién? —La voz llegó desde el fondo y la interrumpió como nunca habrían interrumpido a Eugene.

Myrtle negó con la cabeza.

—Todavía no tenemos una lista. La conexión era irregular, lo siento.

—Me refería a quién lo ha hecho. Has dicho que ha sido alguien infiltrado en la CAI. Sabemos lo de Frye. ¿Quién más?

—¿Qué harías con esa información? —Myrtle se alejó de la mesa—. ¿Es ese el problema que quieres resolver esta noche? Porque solo tenemos tres naves equipadas para hacer el viaje de la Luna a la Tierra e incluso con los puertos espaciales abiertos en Brasil y Europa, no está claro cuándo la CAI podrá lanzar más. Así que, te lo pregunto en serio, ¿quieres emplear el tiempo en planear una venganza que no podemos promulgar o en trabajar por el futuro de nuestro hogar aquí?

Hay veces que me siento identificada cuando escucho una canción, leo un poema o escucho a un político hablar. Myrtle no se

había dirigido a mí, pero las palabras surgieron en mi cabeza como respuesta.

«Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Por un momento, Kenneth apareció a mi lado con tanta claridad que sentí que podía tocarle la mano.

¿Perdonar a Curt? Por supuesto que no. Pero a mí misma, sí. Me esforzaría para lograr un futuro mejor como había hecho mi marido. Como yo había hecho antes de… Antes de perderme. No era mucho, solo unas palabras, pero fueron como una estrella polar que me ayudaría a volver a casa.

Un mes, una semana y tres días después de la muerte de Kenneth, Eugene llamó a la puerta de la galería. Hacía dos semanas que habíamos recuperado el contacto con la Tierra y la colonia lunar se había asentado en algo cercano a la normalidad.

—¿Ocupada? —Llevaba un portapapeles y me alegró ver que no tenía tiritas en los nudillos de ninguna mano.

—Solo admiraba los diseños conmemorativos. —Enderecé los dibujos que había estado mirando y señalé el banco de enfrente—. ¿Qué pasa?

Se sentó frente a mí y la luz de la galería le tiñó el pelo de oro.

—Ana Teresa me ha dicho que estás mejor.

—Comidas en horarios regulares. —Suspiré y miré al techo, donde la claraboya dejaba entrar la luz artificial que llenaba la cúpula —. Si necesitas verlo, Helen tiene el registro, y me han dado a entender que he ganado peso.

Negó con la cabeza.

—¿Y el brazo?

—La fisioterapia es un milagro doloroso. —Levanté la mano izquierda y la cerré en un puño. Sentí el tirón de los tendones en la base del brazo mientras le mostraba que llegaba casi a los cien grados de rotación. Ana Teresa dijo que sería todo lo que conseguiría sin una cirugía correctiva. Bajé la mano y lo miré con cierto recelo—. ¿Qué me vas a pedir que haga?

—Vamos a enviar la primera nave a la Tierra dentro de unas tres semanas. Quiero que vayas en ella, pero… —Levantó la mano—.

Curt y Birgit también irán. ¿Qué te parecería viajar en la misma nave?

Sabía que se acercaba el regreso a la Tierra, a casa. Me encantaba la Luna, pero, si yo fuera Eugene, también me habría puesto en la primera nave de vuelta a la Tierra. Me encogí de hombros.

—No me emociona, pero lo soportaré. —Me froté el bultito de la muñeca izquierda. Incluso para un ojo inexperto, era visible. La rareza había hecho las delicias de la comunidad médica—. Gracias por darme opción a negarme.

Suspiró.

—Vale, siguiente pregunta. Halim te ha solicitado como copiloto. Helen será la calculadora de vuelo. Clemons ha aprobado la petición. ¿Tres semanas son suficientes para que estés lista?

Un zumbido punzante me invadió el cerebro. Sentí como si tuviera todas las articulaciones llenas de oxígeno líquido.

—¿Acabas de pedirme que sea copiloto?

—Sí. —Levantó las manos—. Si no te apetece, hay otras opciones.

—Eso no es… —Enderecé la espalda y agité las manos como si intentara sacar del aire las palabras adecuadas. Solo necesitaba girar la mano a noventa grados para agarrar unos mandos. Usaría el hombro para compensar si hacía falta una rotación extra. La mayor parte de los vuelos espaciales se realizaban con el mando derecho. No se trataba de nada de eso—. Después de todo, después de mi crisis nerviosa, ¿por qué la CAI me permite volar?

—No lo saben. —Bajó la vista y acarició con el pulgar el borde del portapapeles—. No he incluido en los registros tus dificultades personales.

—Halim lo sabe. Ana Teresa lo sabe. —Lo miré a los ojos—. Tú lo sabes.

—También sé que la tripulación que pilotará ese vuelo no tendrá contacto por radio durante la mayor parte del viaje. —Frunció el ceño mientras hablaba. La CAI había improvisado una antena de radio y solo teníamos contacto con ellos cuando Brasil apuntaba

hacia la Luna. Eugene levantó la cabeza y se encontró con mi mirada a través de la pequeña galería—. Sé que necesito una tripulación experimentada y unos pilotos muy buenos. Sé que el astronauta jefe te ha requerido a ti. Y sé que, si no estás preparada, me lo dirás.

No era uno de los grandes cohetes que se lanzaban desde la Tierra. En circunstancias normales, sería un viaje de autobús de la Luna a Lunetta que había hecho innumerables veces. ¿Estaba preparada? No mi brazo, ni mis pies, sino yo. Miré la escultura de *lunacota* de la esquina y el anhelo en su rostro.

—Todavía lloro de repente. Comer me resulta un desafió a veces, pero no me he saltado una comida desde que establecimos contacto. —Giré la mano hasta donde llegaba y forcé los dedos a separarse—. Me gustaría dar un par de vueltas de control y hacer algunos simulacros.

—Contaba con ello.

—¿Tres semanas?

—Sí.

Asentí.

—Entonces sí, estaré preparada.

¿Cuántos lugares consideras un hogar? En mi caso, están la casa de mis padres en Detroit, una mansión vacía en Kansas City y mi litera en la Base Artemisa.

Y el asiento central de la cabina de un cohete.

Me acomodé en el asiento de copiloto, con Helen en la silla de calculadora de vuelo a mi derecha y Halim en el puesto de comandante a mi izquierda. La cabina era estrecha y gris, con vistas a un cielo negro aterciopelado. La luz del sol que se reflejaba en los bordes de los puertos tenía el extraño color rojizo de una luna de sangre. Había estado en la superficie de la Luna durante un eclipse lunar y había presenciado las horas de despliegue coronal, pero nunca había despegado durante uno. Me sentía como si hubiera un incendio al otro lado de la ventana.

«La ventana explota con una lluvia de fuego y cristales. Agarro a Kenneth y le doy la vuelta para arrastrarnos…».

Me tragué el recuerdo y me concentré. En el regazo, tenía un portapapeles con las listas de comprobación previas al lanzamiento. Lo había hecho tantas veces a lo largo de los años que podría haber ajustado los interruptores dormida, pero las listas de comprobación nos mantienen con vida, así que me esforcé como si fuera la primera vez.

—Bien, las alimentaciones de ascenso son correctas y las válvulas están cerradas.

A través del comunicador, la voz de Myrtle era una presencia tranquilizadora en el puesto de enlace de comunicaciones.

—Recibido.

Hal impulsó el interruptor en su posición.

—Alimentación cruzada encendida.

—Artemisa a Transbordador a la Tierra, poco menos de diez minutos aquí. Todo parece correcto y suponemos que el direccionable está en modo de seguimiento automático.

Asentí, aunque Myrtle no me veía.

—Recibido. Está en modo de seguimiento automático. Y las dos baterías ED están preparadas.

—Confirmado. —La voz de Halim entró en la comunicación—. Todo en orden.

Gran parte de lo que hacía consistía en leer la lista de comprobación para que Halim ajustara los interruptores. Sabíamos que era capaz de pilotar la nave solo, pero leí los elementos en voz alta de todos modos.

—Conversión de empuje, cuatro chorros. Equilibrio por pares, activado.

Se unió a mí en la letanía.

—Equilibrio por pares, activado.

—Acelerador del módulo de control de conversión de empuje, reinicio del pulsador de hélice, banda muerta, mínimos.

—Control de actitud a modo manual; control automático, ambos.

Asintió.

—Reajuste. Automático, automático.

—Transbordador a la Tierra a Artemisa. Permiso para despegar. Repito: permiso para despegar.

Helen miró el reloj, con el lápiz preparado.

—Dos minutos para el lanzamiento, a mi señal.

—Recibido. —Halim apartó las manos de los controles. Accionó el micrófono para las personas que viajaban en el compartimiento de pasajeros debajo de nosotros—. Dos minutos, piso de abajo. Asegurad los cinturones y colocaos en posición de lanzamiento.

Debajo de nosotros, viajaban algunos de los pacientes de polio, pero no todos. Garnet no sobreviviría a las aplastantes fuerzas *g* de la reentrada a la Tierra. Tal vez algún día se recuperaría lo suficiente para volver a casa, pero, por el momento, estaba viva en la Luna y trabajaba de calculadora con un lápiz en la boca y una pizarra colocada sobre ella. Guillermo también se quedó atrás. Tenía una cojera que no le impedía trabajar, pero temía que, si volvía a la Tierra, no le dejarían volver a despegar. Eugene había convencido a Clemons para que transfiriera a Guillermo a la lista de larga estancia.

—Comienza la cuenta atrásHalim respondió:

—Recibido. Guía asistida por el sistema de teledirección automático.

Volví a comprobar los indicadores. Cada letanía de pregunta y respuesta me calmaba y me acercaba a la paz. Eugene y Myrtle tienen su iglesia, yo tengo la mía.

—Brazo principal encendido.

—Un minuto, piso de abajo.

Abajo, Curtis Frye estaba inmovilizado en un sillón de lanzamiento. No había hablado con él desde que lo interrogué con Eugene y me parecía bien. No quería volver a verle la cara hasta que estuviera en un tribunal y yo en el estrado. No era mi problema.

Pasé a otra página de la lista de control.

—Combinación de pantalla y teclado en blanco. —Las manos

de Halim se posaron sobre los controles. Era delicado, como si fuera un violinista y el transbordador terrestre un Stradivarius.

A mi izquierda, Helen miraba el reloj y recitaba la cuenta atrás.

—Nueve, ocho, siete, seis, cinco…

El motor principal se encendió, sin hacer ningún ruido en el vacío lunar. Solo un indicador confirmaba que la nave estaba viva.

—Tres, dos, uno.

Y despegamos. La gravedad nos atrapó y trató de mantenernos en la Luna. Mientras nos elevábamos sobre una columna de fuego, las fuerzas *g* nos clavaron en los asientos. Puse en marcha mi panel.

—Ocho, coma once metros por segundo de subida. Cuidado con el desvió de trayectoria.

El cohete avanzó en silencio mientras ajustábamos el ángulo para entrar en la órbita lunar antes de la combustión de inyección hacia la Tierra.

—Equilibrio por pares, desconectado. —La luz de la cabina cambió y el frío metal gris se calentó con el ámbar de una puesta de sol. Conforme volábamos, una corona de largas serpentinas rojas y doradas se elevó por la ventana. Formaba un anillo que brillaba con más intensidad en la unión con la delgada capa de la atmósfera que envolvía nuestro planeta oculto. En el centro de ese halo etéreo y cambiante se encontraba un orbe de terciopelo negro que eclipsaba al sol. La Tierra.

Mi hogar.

EPÍLOGO

EL PRIMER ALCALDE DE LA COLONIA LUNAR SE DIRIGE A LAS NACIONES UNIDAS

> Base Artemisa, la Luna, 28 de mayo de 1965 — El mayor Eugene Lindholm se ha dirigido hoy a las Naciones Unidas mediante una teleconferencia desde la Luna tras su histórica victoria como primer alcalde de la Base Artemisa. El mayor Lindholm, un apuesto hombre de raza negra, ha sido durante el último año el administrador de la colonia lunar en nombre de la Coalición Aeroespacial Internacional, pero dejará su cargo para asumir esta nueva función. En su discurso, agradeció a las Naciones Unidas su visión al permitir que la Luna sea un mundo autónomo e independiente. Invitó a todas las naciones y pueblos a pensar en la Luna como una nueva cuna para la humanidad. Lo acompañaba su esposa, la señora Lindholm, que llevaba un traje de pantalón con cinturón de color azul marino y una capa de plumas a juego.

El salón de baile resultaba sofocante con los doscientos cincuenta invitados que conformaban un remolino de la jerarquía social de Kansas City. En la parte delantera de la sala, en el escenario donde celebrábamos las ruedas de prensa, una fantástica banda acompañaba a Ella Fitzgerald. Sonreí a los invitados mientras avanzaba entre ellos con el tallo frío de una copa de martini en la

mano derecha. Tras aprender de los errores cometidos junto a Kenneth, la fiesta consistía en cócteles y aperitivos; sin embargo, podría haber organizado un banquete de doce platos y nadie se habría opuesto.

Le dábamos la bienvenida a la primera expedición a Marte.

Incluso si no aprobabas el programa espacial, aquellos hombres y mujeres eran héroes mundiales. Cada uno de los miembros de la tripulación que había vuelto a casa desde Marte estaba rodeado por un grupo de personas. En la pared del fondo, había hecho colgar los retratos oficiales de los astronautas que habíamos perdido.

Divisé a Nathaniel York arrinconado contra un ramo de gardenias por el senador Mason de Carolina del Norte. Nathaniel tenía una mano en el bolsillo del pantalón de esmoquin y disfrutaba de un martini mientras miraba por encima del hombro del senador hacia la multitud que rodeaba a Elma. Estaría allí durante horas.

Me abrí paso entre la gente como un remolino de tafetán azul.

—Buenas noches, senador. Doctor York.

El senador se volvió e hinchó el pecho por encima de la faja del esmoquin.

—Señora presidenta. Es un placer verla, y llega en un momento muy oportuno. El doctor York y yo hablábamos de las limitaciones presupuestarias a las que se enfrenta el programa espacial.

Nathaniel, de pie detrás de la línea de visión del senador, articuló con los labios: «Sálvame».

—Senador. —Le puse la mano izquierda, cubierta con un guante blanco, en la manga del esmoquin para establecer una relación—. Sabe que me encantaría mantener esta conversación en cualquier momento. De hecho, lo tengo en mi lista de tareas para la próxima semana. Quiero sentarme con usted y planear un programa de creación de empleo para Carolina del Norte.

Sus codiciosos ojillos brillaron.

—Debo decir que es muy considerado por su parte. Me alegra oír que piensa en los intereses de los estados de esta gran nación.

—¡Por supuesto! ¿Tal vez le gustaría dar un paseo en mi avión?

Parpadeó, porque volar conmigo se había convertido en una

codiciada distinción en los círculos de Kansas City. El Servicio Secretos lo detestaba, pero había hecho cambiar de opinión a muchas más personas por encima de la capa de nubes y con el sol a la vista que con todo mi poder retórico. Había valido la pena cada centavo que había gastado en los controles modificados. Y para un hombre con ansias de ascender, ¿cómo rechazar un tiempo a solas con la presidenta? Sin embargo, también sabía que tenía miedo a las alturas y que yo tenía la reputación de practicar muchas acrobacias. El senador Mason se aclaró la garganta.

—Es muy amable.

—Maravilloso, ardo en deseos de charlar con usted. Por cierto, es un hombre de familia, así que lo entenderá perfectamente. —Señalé a Nathaniel sin derramar la ginebra por el borde de la copa de martini gracias a los años pasados en una verdadera escuela para señoritas suiza—. Este hombre no ha visto a su mujer en tres años y ha llegado a casa hace solo unos días. Así que voy a aprovecharme de mis poderes presidenciales para escoltarlo hasta ella.

—Por supuesto.

Mi secretaria privada siempre me seguía en estos eventos y se encargaría de organizarlo todo con el equipo del senador. La frase «ardo en deseos de charlar» le indicaba que no debía organizar un vuelo, sino limitarse a una reunión de quince minutos. Se sentiría agradecido por no tener que volar y no presionaría para conseguir más.

Si miraba por encima del hombro derecho, vería a uno de los guardaespaldas que me seguían a todas partes en público, incluso cuando estábamos, técnicamente, en mi propia casa. El salón de baile formaba parte de las zonas públicas de la nueva Casa Blanca y yo era una nueva presidenta con muchas personas a las que no les gustaba mi política de expansión del programa espacial.

Nathaniel suspiró aliviado mientras nos alejábamos.

—Gracias. —La pizca de preocupación que se había apoderado de sus rasgos durante los últimos tres años no había desaparecido del todo—. Te daría las gracias por invitarnos, pero no consigo acercarme a mi mujer.

—Lo siento, me preocupaba esa posibilidad. —Intenté asomarme entre la multitud, pero solo llegué a vislumbrar su pelo.

Nunca entenderé por qué la CAI no le daba un controlador de masas. Tendríamos que hablar.

—Observa.

Me acerqué a la multitud y le di forma al plan de vuelo a medida que avanzaba, marcando el terreno y los lugares en los que era probable que el aire caliente estuviera más agitado.

—Embajador Ferdowsi, es un placer verlo. ¿Ha conocido al doctor York? Voy a llevarlo con su esposa. Hola, general Tanii. ¿Conoce al doctor York? Voy a llevarlo con su esposa. ¡Señora Henson! Dígale a su marido que me encantó el programa. ¿Conoce al doctor York? Voy a llevarlo con su esposa. —El camino se despejó—. ¡Elma! Querida.

—Nico… Señora presidenta. —Elma se volvió con un alivio tan evidente que casi vislumbré los números de la secuencia de Fibonacci formándose sobre su cabeza.

—¡Señora astronauta! Apenas te he visto esta noche. —La abracé y le susurré—: El personal tiene instrucciones de acompañarte al dormitorio Washington si necesitas escaparte.

—Gracias.

Al retirarme, atraje a Nathaniel hacia delante.

—Te he traído a tu marido.

—¡Nathaniel! Me preguntaba dónde te habías metido.

Stetson Parker, el comandante de la primera expedición a Marte, estaba de pie cerca de ella con su típica sonrisa encantadora. Había perdido casi todo el pelo durante su ausencia. El estrés, la radiación solar o la calvicie masculina, era difícil saberlo. Seguía siendo un cabrón guapísimo.

—¡Señora presidenta! ¿Seguro que no podemos tentarla para que vuelva al espacio?

—Mi lugar está aquí, terminando el trabajo que empezó mi marido. —Me volví hacia el grupo reunido que seguía compitiendo por un segundo con la famosa mujer astronauta y el primer hombre en el espacio. Nadie prestaba atención al hecho de que había

contratado a Ella Fitzgerald para el evento.

—Amigos, hay una banda maravillosa y estos tortolitos no se han visto en tres años. ¿Los dejamos que se escapen a la pista de baile?

—¡Sí! —La ansiedad de Elma podía pasar por un entusiasmo chispeante si no la conocías—. Hace años que no bailo, así que mejor que no me miréis mucho.

Nathaniel se la llevó sin mirar atrás.

Parker guiñó un ojo a la multitud.

—Estamos acostumbrados a un tercio de vuestra gravedad, así que… no esperéis una actuación estelar esta noche. Quizás un par de tropiezos. —Me tendió la mano—. ¿Me permite este baile, señora presidenta?

—Por supuesto. —Acomodé el brazo en el suyo y le pasé el martini a mi secretaria. Parker tenía una línea de tensión en los hombros que no estaba acostumbrada a verle. Bajé la voz y murmuré —: ¿La gravedad te está dando problemas?

Me miró y negó con la cabeza.

—Hasta hace tres días, mi mundo consistía en un puñado de personas dentro en una lata. —Señaló con la cabeza a Elma y Nathaniel, que se deslizaban en un lento *foxtrot* al ritmo de *Blue Skies*—. Lo sobrelleva mejor que yo.

—Tiene años de práctica. —Nos colocamos en posición de baile, mi mano izquierda no terminaba de encajar bien en el arco de su hombro. Fui consciente de cómo el público tomaba nota de que el primer hombre en el espacio bailaba con la presidenta de Estados Unidos, saldría al día siguiente en todos los periódicos. Tendría que asegurarme de bailar con al menos dos de los otros astronautas masculinos o los periódicos establecerían una relación romántica con Parker, lo cual era una complicación que no me hacía falta—. Dime si hay algo que pueda hacer por ti y tu equipo ahora que habéis vuelto.

—De hecho… —Nos hizo girar en un movimiento de tres pasos —. Me gustaría consultar con tu cerebro. Voy a retirarme de la CAI y había pensado en la política como siguiente paso.

Levanté las cejas.

—Nunca creí que nada te alejaría del espacio.

—Tengo dos hijos adolescentes. —Nos hizo recorrer la pista de baile en una alternancia de pasos lentos y rápidos—. En fin, ¿algún consejo?

—¿Cuál es tu programa?

—Eli…

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—Perdona. Conseguir dejarte sin palabras es una delicia. —Le apreté el hombro—. Necesitas un programa que le diga a la gente por qué deberían votarte.

—¿Cuál fue el tuyo? —Sonrió con ironía mientras dábamos otra vuelta—. Las noticias que recibíamos…

—Se censuraban, lo sé. Les dije que me parecía mal. —Suspiré y pensé en el mundo que la expedición a Marte había dejado atrás y en el que se habían encontrado al volver—. De acuerdo, los programas. Por ejemplo, relacioné la creación de empleo y el crecimiento económico con la industria espacial, además del aumento de la accesibilidad para reducir el miedo de la gente a quedarse abandonada en la Tierra. El hecho de que casi me mataran…

—¿Cómo? —No dejó de bailar, porque Parker era, ante todo, piloto, pero casi.

—Ah, cierto. —Me encogí de hombros—. Un terrorista en la Luna. Perdimos los controles ambientales y me llevé una descarga eléctrica.

—¿Te electrocutaste?

—No, me llevé una descarga. Si me hubiera electrocutado, estaría muerta. —Lo que nos llevaba a la otra parte de mi programa —. La cuestión es que el programa tiene que tener dos vertientes: la visión política y el personaje. Mi política se centró en el espacio, pero la vendí basándome en cómo beneficiaría a la gente de la Tierra. En cuanto al personaje, aproveché el tirón de un marido mártir. Funcionó bien.

Parker me condujo hasta el borde de la pista de baile y se

detuvo.

—Sentí mucho lo de Kenneth.

Dos años, dos semanas y tres días, y todavía dolía.

—Gracias, eres muy amable.

—No nos lo dijeron. Joder, era un buen hombre.

—Sí, era el amor de mi vida. —Le puse una mano en el brazo, al darme cuenta tarde de que el hecho de tener dos hijos adolescentes era diferente ahora que cuando se fue; su mujer había muerto durante el apagón de La Tierra Primero—. ¿Cómo estás tú?

Parker se tapó la boca y se dio la vuelta con brusquedad para darle la espalda a la pista de baile. Un momento después, se aclaró la garganta.

—Estaba bien hasta que volvimos. La casa…

—Lo sé. —Le apreté el brazo, porque sabía muy bien lo vacía que estaría su casa—. Voy a quedarme aquí y a balbucear sobre tonterías mientras te recompones.

Asintió. Llamé la atención de mi secretaria y le mostré dos dedos. Segundos después, los dos disfrutábamos de un martini, y mientras tanto, comencé a narrar una versión muy adornada de cuando recibí la descarga. Se rio en los momentos adecuados, pero creo que pasó un rato antes de que Parker empezase a escucharme de verdad.

Más allá de las cortinas de terciopelo que enmarcaban los altos ventanales, las nubes se abrieron un instante y el salón de baile se llenó de largos haces de luz azul. Las conversaciones se detuvieron cuando la gente se volvió como polillas a las llamas ante la rara visión de una luna creciente. Dirigí la mirada por instinto hacia el «ojo» derecho del hombre en la Luna. Acabaría de amanecer en la Base Artemisa. Unas volutas se deslizaron por su rostro y la Luna volvió a esconderse tras el velo, dejando solo un resplandor en el cielo para marcar su ubicación.

¿Cuántos lugares consideras un hogar?

La fiesta se alargó más de lo que cualquiera de los astronautas hubiera querido. En algún punto, Elma y Nathaniel desaparecieron. Cuando los demás miembros de la primera expedición a Marte

abandonaron sanos y salvos el salón de baile y fueron acompañados a los cuartos de invitados en la Nueva Casa Blanca, yo también me escabullí.

La puerta del salón de baile se cerró detrás de mí. Los rezagados seguirían charlando durante un rato antes de darse cuenta de que los invitados influyentes se habían ido. Los periodistas serían los últimos en marcharse y solo lo harían cuando se hubieran terminado los canapés.

Me deshice de la primera pieza de mi armadura pública y me quité los largos guantes de seda para descubrir el bultito de mi brazo izquierdo. Un pasillo, unas escaleras y una puerta me separaban de las zonas privadas de la Nueva Casa Blanca.

Ejercí mis poderes presidenciales y me quité los tacones; ojalá esos poderes se extendieran a la industria de la moda. Con un suspiro, hundí los doloridos pies en la gruesa alfombra por un momento. Me agaché, recogí los zapatos y me dirigí a las escaleras.

Al llegar abajo, me detuve ante la puerta de mi *suite* privada. Miré por encima del hombro derecho y asentí al agente del Servicio Secreto.

—Gracias por su trabajo esta noche.

—Buenas noches, señora presidenta.

Atravesé la puerta y me desprendí de la segunda capa de mi rostro público. Tu Guanyu Chu, ahora el nuevo jefe de personal de la Casa Blanca, me esperaba en el vestíbulo para recogerme los guantes y los zapatos.

—Buenas noches, señora presidenta. La cena la espera en el salón.

—Gracias, Chu. —Era la única persona del equipo que lo sabía. Llevaba un registro y en noches como aquella en las que una recepción de entremeses me daba una excusa fácil para no comer, procuraba que tuviera siempre un plato bien calculado esperándome. La comida es combustible y yo tenía trabajo que hacer.

Desde un recoveco, un diminuto rayo gris cruzó la habitación, con la cola mullida en alto. Maggie se agitó mientras corría hacia mí y se frotaba contra mis piernas. Su pelaje era como una nube de

tormenta y, como me había prometido Kenneth, sus ojos eran iridiscentes. Era la gata más bonita del mundo y tenía una voz de ovejita moribunda.

—Miaaaau.

Me agaché para saludarla.

—Hola, preciosa. —Volvió a balar y se enroscó a mi alrededor.

—Sí, lo sé. El estado del mundo es preocupante. —La levanté en brazos—. ¿Qué deberíamos hacer?

—Miau. Miau. Miaaau. —Se retorció sobre la espalda en mis brazos y me dejó frotarle la suave pelusa del vientre. A diferencia de todos los gatos que he conocido, se estiraba para darme mejor acceso y se quedaba flácida en mis brazos.

—Es un plan muy sensato. —Le froté la pelusita gris más clara del vientre mientras entrecerraba los ojillos verdes azulados y luego miré a Chu—. Lo siento, ¿hay algo que deba atender antes de la cena?

—No, señora presidenta. —Lo diría a pesar de todo, excepto bajo unos parámetros muy específicos—. La correspondencia que requiere de su atención personal está en su mesa. Efe seguido sus instrucciones y he confirmado el desayuno con los York por la mañana antes de que se marchen a la gira europea.

—Gracias. Buenas noches y buen trabajo. —Suspiré y llevé a Maggie al otro lado de la habitación. Se retorció en mis brazos y la solté para que se alejara correteando, todavía con la energía de una gatita en un cuerpo de gata adulta.

La luz del salón estaba encendida y las cortinas estaban corridas para protegerme del mundo exterior. Cerré la puerta y me apoyé en ella un momento. El retrato de Kenneth colgaba sobre la chimenea y lo saludé con la mano.

—Ha sido una buena velada. Parker quiere dedicarse a la política.

En la mesa del centro de la habitación, un plato cubierto descansaba sobre un mantel blanco almidonado. Me acerqué y retiré la tapa. Ensalada César y un cuenco de *mwei*; el arroz preparado en las cocinas de abajo todavía humeaba.

En la silla, una cabecita oscura y borrosa asomó por debajo del mantel y emitió un chillidito.

—Hola, caballero. —Me agaché y aupé a mi gato. Me empujó la barbilla con la cabeza. Marlowe era viejo y raquítico, pero al rascarle bajo la barbilla todavía ronroneaba como un cohete Sirius IV al escapar de la gravedad de la Tierra—. Hola, precioso. Ya estoy en casa.

AGRADECIMIENTOS

Se suele decir que escribir es un acto solitario, pero he descubierto que se parece mucho más a montar un espectáculo de una sola persona. Hay una persona debajo de los focos, pero también hay un diseñador de iluminación que permite que se le vea, un director de escena, un encargado de vestuario, un director… Con un libro, pasa algo parecido. Yo me llevo el mérito, pero me apoya una gran cantidad gente. En concreto, este libro no habría llegado vuestras manos sin la ayuda de muchísimas personas. Mientras lo escribía, mi vida se vio trastornada por una serie de enfermedades familiares y una mudanza de Chicago a Nashville. Es la primera vez que no he cumplido el plazo de entrega de una novela, la he entregado dos meses tarde. He avanzado a trompicones para escribirla y me he tenido que apoyar en las personas que solo serán visibles para quienes os habéis quedado a leer los créditos finales.

Mi agente, Seth Fishman, me ayudó a encontrar el corazón de la historia antes incluso de empezar a escribirla. Es mi defensor, y a veces tiene que defenderme de mí misma y recordarme por qué escribo. Eileen Cook, C. J. Hunt y Jared Hunt me dejaron ignorarlos para escribir. Kathy Chung me escuchó mientras divagaba sin control. Y las chicas del *whiskey*: Elizabeth, Suzanna, Nephele, Eileen y Crystal, impidieron que me desmoronara.

Gracias a toda la junta de la Asociación de escritores de Ciencia

Ficción y Fantasía de Estados Unidos, que fueron de lo más comprensivos cuando me convertí en una presidenta ausente durante el primer mes de mi mandato mientras batallaba por terminar el libro.

Alyshondra Meacham, mi primera lectora y ayudante, es una maestra del «entusiasmo ni su justa medida». Y se le datan bien explicar lo que una historia le hace sentir que pienso invitarla a todos mis ensayos, siguiendo con la metáfora del teatro, por muy duros y patéticos que sean algunos. Si consigo hacerla reír, llorar o darle asco, sabré que he llegado a alguna parte. Beth Meacham, que no tiene ninguna relación con Alyshondra, es mi editora. Cuando le envié un correo electrónico para decirle que necesitaba ayuda, empezó a leer y comentar los capítulos a medida que los escribía y me acompañó en un montón de lluvias de ideas cuando me encontraba perdida en el caos en el que se había convertido mi vida real. Además, no se quejó cuando le entregué una novela de ciento ochenta mil palabras. La última de la saga había tenido noventa y nueve mil. Con su ayuda, la recorte un poco, pero aun así.

Le echo la culpa de la extensión a Brandon Sanderson.

Dan Wells, Howard Taylor y él conforman el elenco principal del pódcast *Writting Excuses*. Recuerdo estar de cháchara después de una sesión de grabación y comentarles que no se me ocurría el final adecuado. Tienen un don para hacer las preguntas correctas.

También tengo que mencionar a algunas personas que me brindaron ayudas muy específicas. Bobak Ferdowsi calculó la frecuencia de los transbordadores translunares que salen de la estación espacial Lunetta en la órbita baja de la Tierra. Curiosamente, las secuencias de lanzamiento son más cortas, pero más frecuentes. Hay que tener en cuenta el momento en que se quiere llegar a la Luna. Hablaré de esto en más profundidad en la nota histórica a continuación.

Me ayudaron muchísimo con las secuencias de los aviones Derek Benkoski, un piloto de las Fuerzas Aéreas al que le gustan los aviones históricos, y mi suegro, Glenn Kowal, que fue piloto de combate en Vietnam, piloto de pruebas y piloto comercial. Cuando

lo obligaron a jubilarse del transporte de pasajeros, volvió a ser piloto de pruebas tanto tiempo como se lo permitieron. Gran parte de la resistencia de Nicole a dejar de volar viene de él.

4thewords.com y Habitica.com son dos empresas llenas de buenas personas que me han ayudado a no dejar de escribir. De verdad, me da vergüenza reconocer que estoy mucho más dispuesta a escribir para ganar unas alas virtuales que por un sueldo de verdad.

El café Volumes Book en Chicago era mi lugar predilecto para escribir. Si alguna vez vas por allí, tienes que probar el café con leche con sombras de avena y miel. Parnassus Books en Nashville es mi tienda local independiente favorita y está llena de gente encantadora.

Tengo unos lectores beta muy inteligentes. Sobre todo, mis mecenas de Patreon y los miembros del *Lady* Astronaut Club; Rachel Gutin se dio cuenta de un agujero enorme en la trama y me ayudó a encontrar la manera de solucionarlo. Maggie Watson me habló de las cabras enanas de Camerún, que hoy conocemos como cabras pigmeas. Algún día, me gustaría escribir una historia de alguien que hila con una rueca en gravedad cero. Marzie Keifer me ayudó con la parte química de cómo Icaro establecía las reacciones retardadas de fusión de los deshumidificadores. M. Warshaw me ayudó con el lenguaje matemático que usa Helen para descubrir lo que hace Icaro con los apagones. Rebecca Kuang, Yung Chiu Wang y Vicky Hsu me ayudaron con las preguntas sobre la música, el idioma y la comida de Taiwán.

Mark Zeman me ayudó muy amablemente con el alemán de Suiza cuando lo abordé en la WorldCon de Dublin. Le expliqué las escenas y me dio la ortografía fonética de lo que él diría.

Brendan Minish me hizo una observación sobre la comunicación por radio en *El destino celeste* y se vio arrastrado a ayudarme con las comunicaciones en este libro. Sin su ayuda y la de Bill Barry, Stephen Granade y Max Fagin, habría tenido unos cuantos errores técnicos.

Fábio M. Barreto, que es un autor brasileño y un narrador de audiolibros con muchísimo talento, me tradujo todos los diálogos en

portugués para que no fueran una chapuza. Nos conocimos cuando me dio clases de pronunciación para el audiolibro de *El destino celeste*.

La doctora Sheyna Gifford, la doctora Stacey Berg y la doctora Jennifer Chu me ayudaron con el brote de polio, averiguando cómo respondería la gente y cómo se extendería. La doctora Ghu, en concreto, es mi «cirujana ortopédica oficial no oficial» y me ayudó a descubrir cómo romper el brazo de Nicole de la manera correcta.

Quiero darles las gracias a algunas personas reales que me prestaron sus nombres, y nada más, a la novela. Nicole Wargin saca su nombre de una persona real. Nicole fue originalmente una «tuckerización» en *Hacia las estrellas*, que viene a significar «insertar el nombre de una persona real». Es algo que ofrezco a veces en eventos benéficos para recaudar fondos. Me gustó el personaje que había nacido del nombre y, cuando le pregunté a la verdadera Nicole si le parecía bien que lo usara para una novela entera, aceptó de buen grado.

Curtis Frye también es una «tuckerización». En *El destino celeste*, se suponía que no sería más que un hombre que se menciona de pasada. En el mundo real, es uno de mis amigos más antiguos. Lo conozco desde la universidad, donde coincidimos en un campeonato de debate. El auténtico Curt es un gran tío y, por suerte, se rio cuando le conté lo que había hecho con su nombre.

Los astronautas Kjell Lindgren, Cady Coleman y Jeanette Epps respondieron a muchas y muy variadas preguntas. Cady me señaló un montón de cosas que eran específicas de la experiencia de las mujeres astronautas, además de ayudarme con la secuencia de escape. Como astronauta del transbordador, está entrenada para salir haciendo rappel por el lateral de la nave en una evacuación en modo V.

En cuanto a Kjell… ¿Los capítulos catorce y quince? Los reescribí un millón de veces debido a sus comentarios. No solo es astronauta, sino que tiene un gran instinto para la narración. Queríamos encontrar el equilibrio entre la mecánica del accidente y las necesidades de la trama. Le entregaba la escena y sacudía la

cabeza. «Están todos muertos». Volví a intentarlo y añadía unas cuantas notas. «Siguen muertos». Otra vez. «El cohete está entero, pero ¿cómo respiran?». Otra vez. «Están vivos, pero ahora es aburrido». Es muy fácil que un cohete se estrelle y muy difícil que lo haga sin matar a nadie.

A veces, siento que con los libros pasa lo mismo.

NOTA HISTÓRICA

Por mucho que nos alejemos del punto clave del meteorito en el Universo de La Astronauta, hay cosas en el mundo real que siguen sirviendo como modelos para esta línea temporal alternativa, y creo que son bastante divertidos.

Los alunizajes reales se programaron para realizarse al amanecer. Sin atmósfera, era extremadamente difícil calcular la escala, por lo que las largas sombras del amanecer ayudaban a la percepción de la profundidad. Cuanto más larga era la sombra, más alto era el objeto. También suponía que la superficie no había tenido tiempo de calentarse hasta los 120 grados Celsius. Eso no afectaba a la capacidad de alunizar, pero sí al tiempo que los astronautas podían permanecer en la superficie. Cuando volvamos, estos seguirán siendo puntos que tener en cuenta.

En la Universo de La Astronauta, la preferencia sigue siendo alunizar al amanecer, pero cuentan con un control de tierra, marcadores visuales y satélites que ayudan a saber a qué distancia de la superficie se está. Por lo tanto, pueden aterrizar o despegar en cualquier momento. Debo señalar que me he esforzado mucho por asegurarme de que la hora del día en la Luna fuera correcta a lo largo de todo el libro.

Esto me llevó a descubrir que habría un eclipse en la Luna y que además los eclipses duran horas. Ardo en deseos de que llegue el día

en que una persona pueda verlo de verdad, porque debe ser espectacular.

Los planes para la Base Artemisa provienen de múltiples fuentes. Tanto la NASA como la USAF o la Unión Soviética tenían planes para establecerse en la Luna durante la carrera espacial. Esos planes han seguido vigentes hasta la actualidad con interesantes iteraciones. La base Luncx que propuso la USAF habría dado lugar a un vehículo similar al transbordador y tenía como objetivo colocar una base en la Luna para 1967. Mi favorito fue el de la NASA en 1989, que proponía cúpulas inflables con múltiples pisos. Hasta ese momento, me había imaginado la base como un único nivel bajo tierra. Encontrar esos planos me proporcionó estructuras parcialmente enterradas con la sala de máquinas en el piso inferior.

Cuando escribo estas novelas, trato de que la ciencia sea lo más verídica posible, pero hay ocasiones en las que necesito ignorar alguna cosilla. Por ejemplo, sé que en el Universo de La Astronauta han resuelto el problema del blindaje contra la radiación, pero, más allá del regolito, no conozco los detalles. En general, si un personaje interactúa de forma directa con algo, haré que sea lo más correcto posible o, si es un punto importante de la trama, pondré muchísimo cuidado. El escudo contra la radiación nunca se va a romper porque no tengo ni idea de lo que es. Por ahora.

Otra parte divertida de los planes de la colonia lunar es que sabemos más sobre la Luna que lo que se sabía en los años sesenta en nuestro mundo. Los científicos de la NASA conocían Marius Hills. Son un conjunto de cúpulas volcánicas en el Oceanus Procellarum, al oeste de la cara cercana de la Luna. Lo consideraron como lugar de aterrizaje durante las misiones del Apolo y fue un respaldo para el Apolo 15.

Conocemos el «Agujero». El agujero fue avistado en 2011 por la nave japonesa SELENE (Explorador selenológico y de ingeniería, o *SELenological and ENgineering Explorer*, en inglés) y es, en fin, un agujero de treinta y seis metros. La sonda Lunar Reconnaissance Orbiter consiguió buenas imágenes de este y confirmó que se trataba de una cueva subterránea de entre ochenta y noventa metros de

profundidad. Los investigadores creen que podría ser la claraboya de un tubo de lava. Hay otros tubos de lava confirmados en la Luna, incluido uno enorme en esa región que detectó el orbitador Chandrayaan-1. En la actualidad, se valora la posibilidad de que sean una ubicación para una estancia prolongada en la Luna.

La Luna alberga muchas cosas interesantes. Incluidas noventa y seis bolsas de desechos humanos. Sí, de caca. Cuando los astronautas tuvieron que despegar desde la superficie, cada kilo contaba, así que no siguieron la regla fundamental del senderista de llevarse consigo todo lo que habían traído. Noventa y seis bolsas de caca en la Luna, noventa y seis bolsas de CACA. Bajar una, pasarla… Hablando en serio, los científicos modernos desearían que los futuros visitantes lunares devolvieran las «unidades de contención fecal» para comprobar si algo sigue vivo en ellas después de cincuenta años en la superficie. La ciencia es gloriosa.

La máquina Radio Chef Speedy Weeny (traducido como Telechef Mini Expedito) era real. Solo quería saber qué habría en una máquina expendedora de la época y encontré esa… cosa. Adelante, búscalo. Es muy raro.

En cuanto al brote de polio, el Universo de La Astronauta presenta un cambio significativo con respecto al mundo real. En nuestro mundo, Jonas Salk desarrolló una vacuna de virus inactivado y, a través de la organización sin ánimo de lucro March of Dimes, se llevó a cabo una campaña de vacunación masiva en todo Estados Unidos. Se administraba por inyección y requería de dosis de refuerzo para ser efectiva. Una década más tarde, Albert Sabin sacó su vacuna de virus atenuado, que se administraba mediante un terrón de azúcar.

Los métodos se consideraban controvertidos en su momento. ¿El titular sobre que Chicago se negaba a vacunar a los niños? Es real. Sin embargo, el programa de vacunación funcionó y detuvo la epidemia de polio. El último caso de poliomielitis descontrolada en los Estados Unidos fue en 1979, en una población *amish* no vacunada.

En el Universo de La Astronauta, cuando el meteorito cayó en

1952, Jonas Salk trabajaba en su vacuna, al igual que en nuestro mundo, en Pittsburgh. La sede de March of Dimes estaba en Washington D. C. Esa vacuna nunca se terminó. Por tanto, la poliomielitis habría continuado siendo un problema, por lo que hice una extrapolación basada en las tendencias históricas.

Cuando escribí este libro, la COVID-19 no existía. Al mandarlo a imprenta, nos encontramos como dice mi marido «encerrados *in situ*» y, sin duda, las decisiones que he tomado a la hora de respetar religiosamente el distanciamiento social y el uso de la mascarilla surgen en gran parte de la investigación que hice sobre la polio. Mi padre dice que recuerda que se cerraron los cines, que nadie se atrevía a meterse en una piscina pública y que «todo el mundo tenía miedo de contagiarse». Todo el mundo conocía a alguien que había contraído la polio.

La poliomielitis se originó como una enfermedad infantil que afectaba a los niños. La mayoría se resfriaba un poco y luego mejoraba. Muy rara vez se perdía la función de alguna extremidad. Más tarde, a finales del siglo XIX, comenzaron a producirse brotes y estos empeoraron cada vez más. Dejó de ser una enfermedad infantil y pasó a afectar a adultos. La gripe era una enfermedad más mortífera, pero los supervivientes de la polio seguían formando parte de sus comunidades. También eran, en su mayoría, blancos y acomodados. Más que la mortalidad de la enfermedad, esto fue lo que hizo que la polio dominara los titulares.

Las casas se limpiaban a fondo. Los niños se mantenían aislados unos de otros. Las ciudades se ponían en cuarentena con puestos de control de entrada y salida. Y se construían enormes hospitales temporales en los lugares donde había brotes.

Es muy fácil pensar que la polio es una enfermedad histórica. Si bien es cierto que hemos pasado de 350000 casos registrados en todo el mundo en 1988 a 22 en 2017, todavía hay supervivientes de polio en todos los países. Lo más preocupante es que las personas que padecieron la enfermedad de niños y que, en apariencia, se recuperaron sin síntomas podrían experimentar el síndrome postpolio décadas después. Dado que es posible contraer la

poliomielitis y no tener más que fiebre, algunas personas nunca se dieron cuenta de que la habían padecido, lo que dificulta el diagnóstico del síndrome postpolio.

La anorexia es, del mismo modo, una enfermedad difícil de diagnosticar. La representación común de la misma en los medios de comunicación es la de una adolescente obsesionada con su apariencia. Hay una razón para ello. Las culturas que valoran la delgadez tienen una mayor incidencia de anorexia y a las mujeres se nos suele enseñar que nuestro valor está ligado a nuestra apariencia. Sin embargo, la anorexia afecta a los hombres también, afecta a las mujeres mayores y afecta a personas que no se preocupan por estar delgadas.

La consideramos una condición moderna. La literatura médica documenta el ayuno religioso ya en la época helenística. En la Europa medieval, la autoinanición con un objetivo de piedad religiosa se denominaba anorexia *mirabilis*. En 1873, el médico personal de la reina Victoria, William Gull, bautizó el trastorno como «anorexia nerviosa».

La Clínica Mayo dice lo siguiente y creo que merece la pena citarlo en su totalidad. «En realidad, la anorexia no tiene que ver con la comida. Es una forma insalubre y, en ocasiones, potencialmente mortal de tratar de hacer frente a los problemas emocionales. Cuando se tiene anorexia, a menudo se equipara la delgadez con la autoestima».

Hemos normalizado tanto la obsesión por el peso que es muy fácil pasar por alto las primeras señales de advertencia, hasta que la condición se convierte en una amenaza para la vida. He aquí algunas de ellas: preocupación por la comida, que a veces incluye cocinar comidas elaboradas para los demás, pero no comerlas; saltarse comidas con frecuencia o negarse a comer; negar el hambre o poner excusas para no comer; comer solo unos pocos alimentos «seguros», normalmente bajos en grasa y calorías; miedo a ganar peso que puede incluir pesarse o medirse el cuerpo de manera repetida; mirarse al espejo con frecuencia para ver si se perciben defectos; quejarse de estar gordo o de tener partes del cuerpo gordas…

Cuando escribí este libro, traté de tener mucho cuidado para no incluir comportamientos desencadenantes. Hay una cosa que se llama «*thinspiration*», que consiste en que las personas con anorexia leen sobre un personaje que tiene el trastorno y, en lugar de verlo como una advertencia, imitan el comportamiento. Recuerdo haberlo hecho cuando se estrenó *The Karen Carpenter Story* y a menudo pienso que quizás la película fue lo que me salvó. La única vez en mi vida que no he sentido que tenía sobrepeso fue después de tener disentería.

Si reconoces en ti o en un familiar alguno de estos síntomas, te animo a que hables con un médico o a que te informes sobre la enfermedad. Como punto de partida, puedes visitar: www.nationaleatingdisorders.org. El número de la Línea Nacional de Trastornos Alimentarios de Estados Unidos es el 1-800-931-2237.

En España, existe la Federación Española de Asociaciones de Ayuda y Lucha contra la Anorexia y la bulimia. En su página oficial, encontrarás un listado con la información de contacto de todas ellas.

BIBLIOGRAFÍA

Chaikin, Andrew. *A Man on the Moon: The Voyages of the Apollo Astronauts*. Nueva York: Penguin Books, 2007.

Collins, Michael. *Carrying the Fire: An Astronaut's Journeys*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2009.

Etzioni, Amitai. *The Moon-Doggie: Domestic and International Implications of the Space Race*. Nueva York: Doubleday and Company, Inc., 1964.

Hadfield, Chris. *Guía de un astronauta para vivir en la Tierra: lo que viajar al espacio me enseñó sobre el ingenio, la determinación y cómo estar preparado para todo*. Barcelona: Ediciones B, 2014.

Hardesty, Von. *Black Wings: Courageous Stories of African Americans in Aviation and Space History*. Nueva York: Smithsonian, 2008.

Holt, Nathalia. *Las mujeres de la NASA: las científicas que impulsaron los viajes al espacio*. México: Paidós, 2018.

Jessen, Gene Nora. *Sky Girls: The True Story of the First Women's Cross-Country Air Race*. Naperville (Illinois): Sourcebooks, 2018.

Kurson, Robert. *Rocket Men: The Daring Odyssey of Apollo 8 and the Astronauts Who Made Man's First Journey to the*

Moon. Nueva York: Penguin Random House 2018.

Nolen, Stephanie. *Promised the Moon: The Untold Story of the First Women in the Space Race*. Nueva York: Basic Books, 2004.

Roach, Mary. *Packing for Mars: The Curious Science of Life in the Void*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 2010.

Scott, David Meerman, y Jurek, Richard. *Marketing the Moon: The Selling of the Apollo Lunar Program*. Cambridge: The MIT Press, 2014.

Shetterly, Margot Lee. *Figuras ocultas: el sueño americano y la historia jamás contada de las mujeres matemáticas afroamericanas que ayudaron a ganar la carrera espacial*. Madrid: Harper Collins Ibérica, 2017.

Sobei, Dava. *El universo de cristal: la historia de las mujeres de Harvard que nos acercaron a las estrellas*. Madrid: Capitán Swing, 2017.

Teiteí, Amy Shira. *Breaking the Chains of Gravity: The Story of Spaceflight before NASA*. Nueva York: Bloomsbury Sigma, 2016.

Von Braun, Wernher. *Project MARS: A Technical Tale*. Burlington (Ontario): Collector's Guide Publishing, Inc., 2006.

MARY ROBINETTE KOWAL es una autora estadounidense de ciencia ficción y fantasía histórica que ha saltado a la fama recientemente por su saga *La astronauta*, con la que ha ganado los prestigiosos premios Nébula, Locus y Hugo, Además, *Hacia las estrellas*, la primera entrega de esta serie, figura entre los diez mejores libros de ciencia ficción de publicaciones como el Publishers Weekly, Locus, el Chicago Review of Books o Tite Verge. Mary Robinette vive en Nashville con su marido, Rob, dos gatos y más de una docena de máquinas de escribir.